
El
Príncipe
de las Hadas
Cristina Rigadas

Gracias a todos por esperar
con tanta ilusión — y paciencia — esta historia.

Saga Sensibles

Cristina Pujadas

Tuatha Dé Dannan

Según la antigua mitología celta, los Tuatha dé Dannan fueron unos dioses celtas que lucharon en Irlanda con los dioses de fomoré, convirtiéndose durante parte de la Edad de Bronce y la Edad de Hierro en los únicos señores de Irlanda.

La Druida *Olvidada*
Saga Sensibles #I

Cristina Pujadas
Versión 2020.10.02
Novela romántica fantástica
Nivel de erotismo: * Sensual (escenas eróticas suaves)

El Portal de las Hadas
Saga Sensibles #2

Cristina Pujadas
Versión 2020.10.02
Novela romántica fantástica
Nivel de erotismo: * Sensual (escenas eróticas suaves)

El Príncipe de las Hadas
Saga Sensibles #3

Cristina Pujadas
Versión 2023.12.05
Novela romántica fantástica
Nivel de erotismo: * Sensual (escenas eróticas suaves)

El Príncipe de las Hadas
Sensibles #3

Mila había descubierto su pasado y, al hacerlo, su vida y su futuro ahora estaban anclados al de la tribu y, en especial, a Colin Cian, el único descendiente del que antaño fue un dios celta mitad fomoriano, Lug. Por si eso no hubiera sido suficiente, una de sus mejores amigas, Marisa, había acabado instalándose en Irlanda para transformar un castillo en ruinas en un hotel de lujo, pero lo que no nos esperábamos era que para poder llevar a cabo semejante proeza tuviera que enfrentarse a un demonio que era capaz de habitar entre planos, que el fantasma de un hada acabase enviándonos a una misión absurda en la que terminamos con un par de alas encima del culo y que nos veríamos envueltas en una multitud de sinsentidos.

Bueno, la verdad es que posiblemente todo aquello formara parte de algo mucho más grande, porque Marisa acabó casándose con uno de los apuestos —y un tanto groseros— guerreros de la tribu.

Y yo… Aún no tenía claro por qué formaba parte de todo aquello, pensé mientras cerraba los ojos y sentía la calidez de la magia de aquel seductor druida rodeándome mientras cruzaba una superficie que se sentía cálida y fría al mismo tiempo: un portal que había convocado y cuyo destino no tenía la más mínima idea de cuál era. Tal vez no importaba, porque, aunque era algo estúpido, estaba dispuesta a acompañar a Ares hasta el fin del mundo. Tal vez era justamente allí donde me llevaba el Príncipe de las Hadas.

No valía la pena lamentarse por el pasado y siempre había tenido claro que debía disfrutar del presente porque el futuro… nunca sabes qué va a depararte el futuro.

Incluso siendo una anciana.

Mitad sensible y mitad hada.

Prólogo

MILA llegó a mí cuando me flaqueaban las fuerzas.

Suspiré en el momento que su brazo rodeó mi cintura. Su mirada era luz. Una luz entre blanca y lila que dejaba claro que ella era especial. Siempre lo había sido. Sonreí al evidenciar la mujer en la que se había convertido mi niña. Mi pequeña.

La que nunca había tenido.

La que siempre había deseado.

Observé el castillo de Marisa. Leap Castle. Tantos años de sufrimiento. Tantas muertes… ¿para qué?

Me sentía fascinada por la sensación de pureza que transmitía ahora; nada que ver con la oscuridad, tétrica, que había habitado en él durante tantos siglos.

Pese a la fatiga, me sentía fuerte. La magia tenía ese efecto en mi anciano cuerpo. No diré decrépito, aunque pocos sospechaban mi verdadera edad. No sería yo quien se la dijera.

Dejé que Mila me ayudara, agradecida, mientras me sorprendían las raíces que habían crecido alrededor de mí durante aquellos minutos que habíamos estado manteniendo abierto el Portal de las Hadas. Jamás habría pensado que sería capaz de llevar a cabo una empresa como aquella. Que la luz que habitaba en mi interior brillaría con aquella intensidad. Tampoco había sospechado que un día tendría alas. La vida a veces trae sorpresas.

De lo más extrañas.

Caminamos con pasos pequeños, lentos, Mila y yo. No podía obviar las similitudes entre ella y Anam. Esas pecas que salpicaban su rostro; polvo de hada, solía decir Anam cuando Mila era tan solo un bebé.

Últimamente pensaba mucho en ella. En todo lo que había aprendido a su lado. En lo orgullosa que estaría de Mila. Mi vieja amiga había renunciado a ser quien era y dudo que jamás hubiera sospechado que el destino de su hija fuera reconstruir el linaje que ella había rechazado. Pasado. Presente. Y futuro.

Observé a Marisa enterrada en los brazos de Kellan. Era un guerrero realmente formidable. Obstinado y orgulloso como mi joven amiga. Les iría bien.

Frente a nosotros, el miembro de la tribu con ascendencia sensible, Kevin, llevaba en sus brazos a Grace. Había sentido cómo perdía el conocimiento y cómo la fuerza de nuestra Triqueta disminuía con su ausencia. Éramos tres y éramos una: nos necesitábamos porque formábamos parte de un todo. Así lo había dispuesto la magia antigua. Apreté los labios con cierta tristeza. No podía fallarles. Debería aferrarme a la vida o su fuerza se achicaría, aunque eso no era tarea fácil, negar la muerte. Me sentía cansada. Débil. Necesitaba volver a casa. Pronto.

Colin llegó caminando junto a Ares. Era imposible no intimidarse un poco al observar de nuevo al antiguo amante de Anam. Admirar su esencia. Esa aura que le envolvía y cómo todo parecía amoldarse a él: la energía, la luz, la vida. A diferencia de mí, él no había envejecido: sus ojos seguían siendo ligeramente rasgados y no podías observar arrugas alrededor de ellos. Lucía su extraño báculo y lo usaba a modo de bastón. Era anciano, mucho más que el resto de los miembros de la tribu, pero su aspecto era simplemente perfecto.

No, los años no nos habían afectado de la misma manera. Él era un dios después de todo, y yo solo una vieja sensible con muchos sueños rotos y una vida que nunca dejaba de sorprenderme. Suspiré cansada. El peso del tiempo estaba haciendo mella en mí. Cada vez más rápido.

—Esa chica tiene la extraña costumbre de perder el conocimiento —criticó Ares.

—La última vez, Bres le había lanzado un conjuro de sueño —la defendió Mila, que no era consciente de la pequeña sonrisa que bailaba en los ojos del druida.

Yo no se lo tuve en cuenta porque sospechaba que era un mecanismo de defensa. Ares había visto morir a demasiada gente y su propia tribu le había dado la espalda. Sabía que era un alma torturada que no esperaba encontrar el perdón y que parecía obviar que era luz, pura luz, todo él. Llevaba viviendo solo demasiado tiempo y yo, mejor que nadie, podía entenderlo.

Marisa me observó con aspecto preocupado. La sonreí. Se había hecho un hueco enorme en mi corazón. La echaría de menos en casa, porque intuía que estaba allí de paso. Su verdadero hogar se hallaba frente a mí: ella acabaría guardando el Portal de las Hadas. ¿El porqué de esa certeza? Soy una sensible, después de todo.

—Han despertado —susurró Kevin—. No era el ente el que hablaba. Las brujas siguen vivas.

—¿En serio? —soltó Mila y tuve que contenerme la risa. Nos lo merecíamos. Reír, quiero decir.

—Cierto —afirmó Ares.

—¿Van a ir a por ellas? —interrogó Kellan con voz ronca. Había preocupación en sus palabras.

—¿Las brujas? No —repuso Ares—. Menosprecian su poder. Quizá enviarán a algún secuaz, Sluaghs o criaturas que habiten en las sombras, pero no perderán su tiempo con ellas. Al menos, no de momento.

—Eso ha sonado mal —murmuró Marisa, que no era capaz de contener su mordaz lengua, aunque no podía negarse que tenía razón: sonaba fatal.

—Eso ya puede ponerlas en peligro —intervino Mila—. ¿No hay alguna forma de protegerlas?

—Su magia es fuerte —afirmó Ares—. Si aprenden a usarla, podrán defenderse.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Con entrenamiento.

—¡Yupi! —exclamó Marisa con un tono sarcástico mientras el guerrero la apretujaba contra él y reía por lo bajo.

—Van a ir a por ti —intervino Colin y añadió el título con el que le habían llamado las brujas con un tono lleno de retintín—: Príncipe de las Hadas.

—Es posible. Pero tampoco van a menospreciar el poder de un descendiente de Lug capaz de blandir a Assal, ni de que siga con vida una diosa de la tribu que es druida, nada más y nada menos. No, eso tampoco les habrá pasado desapercibido.

—Genial —masculló Colin, tensándose. Sonreí al ver cómo le había cambiado la expresión, esa vena protectora que demostraba constantemente por Mila. Me gustaba eso de él. La forma que tenía de preocuparse por ella. Era bonito.

—¿Alguna idea? —intervino Kevin.

—Nos vendría bien tener el caldero de Dagda —declaró Ares.

—¿El caldero de Dagda? —susurró Colin—. Se perdió. Nadie sabe con seguridad su localización.

—Lo escondió Anam —declaró con media sonrisa—. Con él podríamos ocultar parte del rastro de las sensibles para hacerlas menos accesibles a las criaturas oscuras.

—Ya lo hiciste antes —señaló Mila—. Ocultarlas.

—Cierto —confesó Ares.

—¿Sabes dónde lo escondió? —le preguntó Kevin haciendo una mueca.

—No —negó él—. Pero la conocí lo suficiente como para sospechar que nos dejó alguna pista.

—Como el colgante —susurró Mila mientras lo tomaba entre sus manos. Miró a Ares y tras tomarse su tiempo se lo quitó—. Creo que esto deberían tenerlo ellas. Van a necesitarte.

Ares hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Mila se giró hacia mí. Me tensé. Sus ojos estaban presos en los míos. ¿Podía ella saberlo? ¿Sentirlo? Su mano se alzó y el colgante de Anam quedó frente a mí para que lo tomara. Intenté respirar con normalidad.

Era su legado. Y el de Ares. Una prueba tangible del vínculo que siempre existió entre Anam y él. Hermanos. Amantes. Temblé ligeramente mientras lo tomaba, esperando que dieran por sentado que era por la fatiga.

Me lo coloqué en el cuello y sentí el metal caliente contra mi piel. Alcé la mirada para observar a Ares. Sus ojos brillaban. Sentía algo. Orgullo, creo; al fin y al cabo, yo era medio hada ahora y él siempre había vivido entre ellas. El Príncipe de las Hadas.

Que eso no excusaba el hecho de que era una estupidez por mi parte pensar en él de la forma en la que a veces lo hacía, pero para algunas cosas seguía siendo tan humana como estúpida.

Ares era un dios. Antiguo. Un druida cuyo poder pocos podrían llegar a describir. Había disfrutado de placeres que yo jamás había conocido. Ni conocería. Y, sin embargo, en ese momento él solo parecía tener ojos para mí y eso me hizo sentir más fuerte. Me hizo olvidar, durante unos segundos, todos los motivos por los que aquello no tenía sentido ni fundamento alguno.

Pero la realidad volvió a mí.

Siempre vuelve.

Sentí mis ancianos huesos y el dolor, sutil, que se expandía por todo mi cuerpo. Los años. Era triste saberme vieja cuando aún tenía tantas cosas que aprender y descubrir, pero era una realidad que se hacía más evidente cada día. Cada noche.

Ares tenía que percibirlo. Cómo la vida se me empezaba a escapar, cual ladrón, entre los dedos de las manos. Solo me arrepentía de las cosas que no había hecho.

—¿Tienes alguna idea de por dónde empezar a buscar el caldero? —le preguntó Kevin.

—Todo se revelará a su debido tiempo —susurró y tras mover las manos la luz le envolvió, desapareciendo en ella. En su lugar solo quedó ese residuo de magia, la estela de su grandeza.

—Un tipo majo, en serio —bromeó Marisa y Mila empezó a reír.

Mi niña me cogió de la mano y luego le tendió la otra a Marisa antes de confesarnos:

—Cuando empezó todo esto, estaba muy asustada. Jamás me imaginé que las personas más importantes de mi otra vida, las que siempre me habían acompañado, seguirían formando parte de esta.

—La verdad es que, una vez te acostumbras, las alas molan —soltó la descerebrada de Marisa haciéndome sonreír.

—¿Vamos a ver el castillo? —nos propuso Mila.

—Mi castillo —susurró Marisa—. Le llamaré El Portal de las Hadas.

—Será un lugar de luz —afirmé.

—Y de fantasmas —murmuró Marisa mientras miraba hacia las almenas. Allí había alguien. O algo. Una sombra con rostro de mujer y largo cabello negro—. En menudo fandango nos has metido, Beltane.

Observé a la que antaño fue una guardiana. Había algo especial en ella. Sentí como su mirada

se posaba en mí y algo ardió en mi anciano corazón, haciendo que latiera más fuerte.

—*La luz iluminará de nuevo el horizonte* —susurró el viento—, *las hogueras arderán el 1 de mayo y el Príncipe de las Hadas volverá a alzarse.*

—Genial, simplemente genial —masculló Marisa.

Me quedé quieta, pensando en sus palabras.

«El Príncipe de las Hadas volverá a alzarse».

Ares.



A veces es difícil dejar atrás el pasado

Recuerdo perfectamente la primera vez que vi a Ares.

No es que sea uno de esos buenos recuerdos que uno atesora a lo largo de los años, pero mentiría si fingiera que no había dejado huella.

Ese día estaba en el comedor, ese mismo que ahora solían usar Aislin y Grace, mis nuevas inquilinas del ático, para ver películas mientras comían *pizza* los viernes a la noche. Recuerdo aquella sensación, premonitoria, precipitándose en mi interior justo antes de que a pocos metros de donde estaba se formara un fragmento que parecía metal, pero era líquido al mismo tiempo. Me recordó a un espejo, porque podría verme reflejada en él, pero al mismo tiempo brillaba con tal intensidad que parecía que un foco estuviera reflejándose en su superficie. Decir que aquello fue raro, sería quedarse corto, pero cuando él simplemente lo atravesó, apareciéndose frente a mí, me quedé sin aliento. No tengo claro si fue por el hecho de que un apuesto hombre se hubiera aparecido de la nada en mi comedor o si fue por sus ojos azules que parecían hielo ardiente al mirarme.

Sé que chillé —como nunca antes había tenido el valor de hacerlo— tras la sorpresa de ver su sedosa melena dorada y aquel cuerpo de infarto, cubierto por algo que parecía una túnica tras la que se entreveían unos ajustados pantalones de cuero. Volviendo a nuestro primer encuentro, diré a mi favor que hay quien dice que gritar es terapéutico. En ese sentido, no descarto que espantara a todas las futuras enfermedades que pretendieran asolarme a lo largo de mi vida, porque fue un chillido merecedor de un premio Guinness, aunque no había un notario para certificarlo.

Ares se limitó a mirarme como si fuera un mosquito irritante y mi comportamiento fuera tan inapropiado como molesto. Admito que sus tímpanos debieron de sufrirlo, pero creo que la cosa empeoró cuando me subí encima de uno de los sofás, chillando histérica, como si en vez de ser un tiarrón de casi dos metros de cuerpo atlético y mirada audaz, estuviera frente a un roedor tuerto que se había colado del jardín y que daba mucha —mucha— grima.

Que, a ver, del jardín no venía y más que repelús aquel hombre inspiraba pavor después de esa primera impresión en la que era imposible no admirar su etérea y masculina belleza. Vi que susurraba algo mientras me observaba como si fuera poco más que un contratiempo. Me quedé presa en sus labios: eran carnosos, pero su rictus severo le daba un aspecto inalcanzable. No es que fuera persona de pensar en bocas, en besos, o en hombres en aquel entonces, pero todo aquello pasó por mi mente antes de que el mundo se volviera oscuro y cayera en un profundo y extraño sueño.

Nunca llegué a saber cuánto tiempo estuve así, durmiendo plácidamente en un sofá como nunca antes había hecho. Me desperté con un chichón en la cabeza y la sensación de no entender nada. Me levanté un poco a tientas y caminé hasta la cocina y fue allí donde vi que en una de las viejas sillas de metal blanco que tenía en el porche trasero, para observar aquel remanso de paz que era mi pequeño jardín, estaba él, sentado, junto a la que era mi amiga y compañera de vida.

Hacía ya un par de años que Anam se había instalado en mi casa. Nuestra relación era peculiar, lo admito, porque prácticamente nuestras vidas se cruzaron en un momento en que ambas nos necesitábamos. Era poco más que un alma perdida, una jovenzuela que había huido de su casa y de sus padres; y que sospechaba que había tenido que hacer cosas que despreciaba para poder salir adelante. George había muerto hacía unos años y yo nunca sospeché que su ausencia

me haría sentir tan sola. Tenderle una mano me pareció algo natural, pero no me esperaba llegar a conectar con otra persona hasta el punto en que lo habíamos hecho, como si de repente tuviera una hermana pequeña. O esa hija que siempre soñé y la vida no quiso darme.

Recuerdo sentir el frío cristal en las palmas de mis manos mientras observaba a Ares, cuando ni siquiera habíamos sido presentados. Apenas podía ver su perfil, el cabello rubio que le caía sobre los hombros, y ese toque masculino y altivo que no me podría quitar de la cabeza para el resto de mi vida. No sé cuánto tiempo me quedé allí, espiándolos. Tenía que ser el hombre que se había aparecido en mi salón, pero al mismo tiempo mi yo más racional intentaba imponer su voluntad y negaba que pudiera serlo.

Cuando se levantó me tensé. Vi cómo alzaba el mentón y creo que durante una fracción de segundo sus ojos se dirigieron hasta donde yo estaba. Dudo que respirara en ese momento, pero creo que fue cuando él elevó una mano y una superficie brillante apareció frente a él, engulléndolo poco después, cuando empecé a temblar.

Se había ido, pero yo no podía simplemente dejar de mirar ese espacio, vacío, en el que ya no estaba. Empecé a alejarme con pasos trémulos y asustadizos cuando Anam se acercó a la cristalera de la cocina y abrió la puerta corredera.

—Siento los modales de Ares —me dijo con voz suave y pausada—. Es… un viejo amigo.

—¿Ares? —Apenas conseguí pronunciar aquellas dos sílabas con un tartamudeo.

—Muchos le conocen como el Príncipe de las Hadas. —Me estudió, como si estuviera decidiendo qué decirme a continuación—. ¿Quieres que te cuente una historia?

—¿Quiero oírla?

—Es de esas historias que lo tienen todo —repuso con una sonrisa cómplice, aunque parecía cansada—. Hay pasiones prohibidas que desencadenan sangrientas guerras, secretos y mentiras, traiciones y un buen toque dramático.

—Aún tengo mis reticencias —murmuré, indecisa.

—Hay historias que nunca estamos preparadas para escuchar, incluso si formamos parte de ellas. —Me miró—. Nunca me preguntaste por mi pasado cuando me acogiste.

—Nunca pensé que fuera necesario. No me importa quién fuiste, sino en quién quieres convertirte.

Me sonrió y asintió antes de continuar:

—Mi nombre es Anam, pero lo cierto es que llevo una eternidad vagando por este mundo. No soy humana, Margaret, al igual que tampoco lo es Ares, pero la vida… Nunca creí en los míos, pero me has enseñado a creer en vosotros.

—¿Nosotros?

—Siempre fuiste alguien especial, ¿sabes?

—Lo dice la que acaba de afirmar que no es humana —mascullé entre dientes, sosteniéndole la mirada—. Lo peor es que creo que después de lo que he visto, no puedo hacer otra cosa que creerte.

—Sabes que te aprecio lo suficiente como para no refugiarme en palabras vacías y mentiras cobardes.

—Vas a hacerlo. Vas a contármelo.

—Tienes que saberlo. Algún día… él volverá.

—¿El Príncipe de las Hadas?

—Puedes confiar en él, Margaret, pero desconfía del resto de la tribu. Fue de ellos de quienes hui, tiempo atrás… —Desvió la mirada y se acercó a uno de los armarios. Cogió un par de tazas

a juego—. ¿Queda infusión?

—Está fría —susurré tras tocar el lateral de la tetera de metal que había a mi lado.

—Eso puede solucionarse —afirmó y, tras cogerla con las manos, susurró una palabra y una llama apareció en la palma de su mano. Me quedé sin aliento, contemplando aquello.

Cuando por la boquilla de la tetera empezó a salir una brida de vapor blanquecino, las llamas que bailaban en su mano desaparecieron y se limitó a servir las tazas antes de dejar la tetera sobre uno de los fogones, como si aquello fuera algo… *normal*.

—No sé si tomarme una infusión o un tranquilizante —admití y ella me sonrió.

—¿Vamos a sentarnos? Hace una tarde preciosa.

Asentí, y entonces fue cuando Anam me contó su verdadera historia. Ese pasado que tantas tragedias y duelos arrastraba. Esa tarde mi vida dio un vuelco, incluso si nada cambió en mi día a día. Era el simple hecho de saber que existía algo mucho más grande que lo que todos conocíamos. O pensábamos conocer.

Así supe que Anam era en realidad una diosa.

Y que los Tuatha dé Dannan eran mucho más que leyendas arcaicas narradas en viejos pergaminos y libros conservados en el Trinity College.

Tras los descubrimientos que hice aquella tarde, mi vida no cambió drásticamente, incluso si pareciera que era algo inevitable. Al contrario, me refugié en mis rutinas: seguía participando en reuniones y eventos, formaba parte de tantas asociaciones y clubes sociales que ya había dejado de contarlos. Pasaron los años y seguimos juntas, como dos viejas amigas que se acompañan la una a la otra, hasta que Anam encontró el amor en un mortal y fruto de aquella relación Mila llegó al mundo.

Admito que siempre sospeché que su muerte no fue natural, por mucho que la autopsia hubiera desvelado lo contrario. Incluso si conocía su historia, sabía que Anam me ocultaba cosas, pero no podía culparla por ello. Sospechaba que había sido alguno de esos dioses altivos y arrogantes de los que me había hablado el que había decidido sentenciarla, así que cuando el padre de Mila, que desconocía la verdadera naturaleza de Anam, decidió volver a su país, pensé que no volvería a ver a la pequeña.

Nada más lejos de la realidad, aunque tampoco esperaba que acabara volviendo a Irlanda. Un milagro, como su verdadero nombre: Míorúilt. O como que su destino acabara cruzándose con el de Colin y, al hacerlo, con el legado de su madre y con un viejo dios loco al que tuvieron que enfrentar. Mila empezó un proceso de aprendizaje y aceptación, porque su vida era mucho más compleja de lo que siempre había pensado, y sus responsabilidades también.

Si ver a la hija de Anam entrar a formar parte de ese mundo me sorprendió, lo último que me esperaba era que su amiga, Marisa, viniera a Irlanda y, tras seguir las pistas de un hada muerta, acabara con un par de alas encima del culo. La parte buena era que solo los sensibles podían verlas, pero no eran pocos los que se habían girado para mirarme cuando me había cruzado con ellos en medio de alguna calle del centro. Mala cosa. Quería pensar que si empezaban a gritar como locos que «la vieja tenía tiene alas» serían ellos los que acabarían en un psiquiátrico y no yo, pero, solo por si acaso, había decidido limitar mi círculo social y disminuir mis paseos por zonas concurridas, así que solía refugiarme en los parques del barrio.

No solía pasear sola, todo fuera dicho, porque dos de mis octogenarias amigas, Eilis y Cara, disfrutaban acompañándome y contándome todos los chismes que tuvieran a mano sobre la

parroquia o nuestros conocidos. Estar con ellas era entretenido y no negaré que nuestras conversaciones eran fluidas, tal vez porque entre las tres acumulábamos historias y anécdotas como para entretener a un anfiteatro rebosante hasta los topes durante el tiempo en el que estuvo al poder el Imperio Romano. Algo gracioso que solíamos hacer era rellenar a nuestro gusto lo que recordábamos solo a medias. Lo hacíamos las tres, así que esas pequeñas variaciones de la realidad eran no solo aceptadas, sino que casi agradecíamos que nuestras batallitas tuvieran un aire un poco más fresco. Cara era la que solía modificar la realidad a su antojo con más descaro. Le habían diagnosticado un inicio de demencia, pero lo cierto es que eso en concreto llevaba haciéndolo desde que la había conocido, así que lo más probable era que tuviera una imaginación desbordante a la que algún sabidillo con título había decidido ponerle una etiqueta.

De las tres, no era yo la que parecía más anciana, aunque no dudaba que les sacaba un par de décadas, sino más. La verdad es que no tenía especial interés en compartir la que era mi verdadera edad. Llegados a cierto punto, decides que no vale la pena seguir sumando y dejas de hacerlo.

Ambas eran viudas, lo que hacía que buscaran el contacto con otros seres humanos con más ahínco, aunque las dos habían formado largas y prósperas familias, así que no solían pasar los domingos solas, sino en compañía de uno u otro hijo y unos cuantos de esos nietos que eran su entretenimiento favorito. El mío era cuidar el jardín, como si parte de lo que yo era formara parte de él o, tal vez, él de mí.

Pensé en mi propia historia. En Alexander. Habían sido tiempos felices, incluso si fueron breves. A veces deseaba que un hijo se hubiera engendrado en mi vientre, aunque eso hubiera complicado en sobremanera las excusas que dieron mis padres a amigos y conocidos tras mi regreso. Solo unos pocos llegaron a saber que hui junto a un hombre, porque en aquella época mi comportamiento hubiera sido más que criticado. Lo fue, de hecho, pero me importó entre poco y nada. Supongo que fui una mujer adelantada a mi época: una joven revolucionaria dispuesta a cambiar el mundo, aunque al final todo me vino grande y la suerte no quiso estar de mi parte.

Quizá por eso me entendía tan bien con Aislin y Marisa: ambas eran claros ejemplos de mujeres fuertes y empoderadas que habían luchado por conseguir lo que querían en la vida. Un trabajo que les apasionaba y una persona maravillosa a la que amar, incluso si para hacerlo habían tenido que romper más de una convención social y se habían puesto a prueba a ellas mismas. Quizá por eso sus éxitos tenían aún más valor.

No me arrepentí de volver a la casa de mis padres. Lo hice llorando por el hombre que había perdido y tanto había querido y ellos me consolaron porque, pese a todo, nunca dejaron de amarme. Hubiera deseado poder hacer eso: amar tanto a un hijo como para poder perdonarle, no importaba el qué, sino el simple hecho de hacerle saber que siempre estaría allí, a su lado, si me necesitaba. Eso, al menos, lo había aprendido de mis padres.

Quizá si hubiera tenido un hijo con Alexander no habría llegado a volver a conectar con George, mi otro gran amor, el hombre del que me enamoré siendo poco más que una niña y al que dejé atrás cuando Alexander entró en mi vida con la fuerza de un huracán. Lo hice de malas maneras, huyendo de un compromiso que llevaba tiempo anhelando, pero que de repente se convirtió en una atadura. Pasaron algunos años antes de que nos encontráramos en un parque, casi por casualidad. Aquello acabó convirtiéndose en una costumbre y volvimos a establecer una buena amistad, solo que ambos éramos más mayores y mucho más maduros. No nos atrevimos a dar un paso hacia delante en aquella relación, supongo que por los miedos que arrastrábamos ambos en nuestro interior, aunque creo que ambos sentíamos algo más que una mera amistad.

Lamentaba no haber tenido el valor de confesarle mis sentimientos, pero tampoco sé si él habría tenido la fortaleza de aceptarme después de lo que le había hecho tiempo atrás. Nunca lo sabría.

Abandoné los pensamientos tristes y me obligué a sonreír. Mi mente solía hacer eso, divagar de un lado a otro, sin previo aviso. Es lo que tienen los años: se acumulan muchas cosas, pero, sobre todo, recuerdos.

Eilis y Cara estaban esperándome en el banco de siempre.

Me senté en un extremo y me limité a escucharlas. Era gracioso cómo nos aferrábamos a una juventud que ya no nos pertenecía, intentando vivirla a través de hijos y nietos, de sus vivencias y sus anécdotas, porque si nos focalizábamos en nuestra realidad, acabábamos en una competición de achaques y enfermedades que, además de tediosa, se volvía eterna.

Pese a que las consideraba mis amigas, lo cierto es que sabían migajas de la que había sido en realidad mi vida. Ambas eran de esas personas criadas en un ambiente conservador y un tanto cerrado, así que no eran capaces de ver que Aislin y Grace eran algo más que un par de amigas, incluso si las habían visto cogidas de la mano en contadas ocasiones. Tampoco verían con buenos ojos que yo me hubiera escapado a hurtadillas de casa, dejando a mi prometido a dos velas y a mis padres en la estacada. Nunca sentí la necesidad de contarles ese tipo de detalles.

Sí, a Cara y Eilis les había hablado de Alexander; de su risa y de cómo cada día era una fiesta si él estaba a mi lado. También lloré recordando su muerte y ellas me acompañaron, porque el duelo compartido siempre se vuelve más llevadero. En esa versión de moralidad incuestionable, George en vez de ser el prometido al que abandoné se convirtió en un primo muy querido que me acompañó hasta que la muerte acabó arrebatándomelo. Soy consciente de cuán puntillosa es ella, la muerte. A veces, en esos días grises que acaban calando dentro, pienso que no merezco haber vivido tanto y ellos tan poco.

—Tengo algo que mostraros, ¿conocéis a Anna?

—¿La mayor de Sophie? —le cuestionó Eilis, sospechando que hablaba de una de sus nietas. De las dos, Cara era la que tenía más tendencia a hablarnos de su familia y me sabía trapitos sucios de prácticamente todos sus miembros.

—Se ha ennoviado —nos dijo con voz soñadora.

—¿Ya os lo ha presentado?

—La verdad es que no —murmuró, como si tuviera intención de convertir eso en su próxima gesta personal. Que se preparara la pobre criatura, porque a tozudas y perseverantes, nadie nos gana a las viejas—. Me ha enviado una foto suya. ¿Queréis que os la enseñe?

No esperó a que le contestáramos y sonreí, callándome lo primero que me vino a la cabeza cuando nos la mostró. No, delante de ellas no soltaría eso de que «tenía un buen polvazo» aunque sí le aseguré que estaba de muy buen ver y parecía majo, haciendo que su sonrisa se expandiera en su rostro y ya se planteara cuándo la harían bisabuela.

La influencia y carencia de filtro por parte de Aislin y Marisa, en mi actual vida, para ese tipo de cosas, era pésima. Tiempo atrás no se me hubiera ocurrido decir una burrada como esa y posiblemente ni siquiera hubiera pensado en algo relacionado con el sexo al ver a un chico enseñando un bíceps parcialmente tatuado, pero el aumento de testosterona medio en pelotas que había tenido a lo largo de los últimos meses corriendo por casa, supongo que había despertado en mí recuerdos de tiempos pasados, haciendo que recordara que yo también había tenido encuentros de ese tipo, ardientes, sudorosos y la mar de entretenidos.

Me encantaba cómo Marisa intentaba escandalizar al mundo, la muy bruja. No diré zorra, porque no soporto ese toque crítico que esa palabra arrastra, mientras al zorro lo dan de astuto y

pillo. Admito que me hubiera gustado nacer en esa generación en la que las mujeres no se intimidaban y hacían sonar sus pasos con fuerza, no permitiendo que sus palabras o sus acciones fueran censuradas con un criterio diferente al que se usaba para los hombres. Mujeres valientes que no tenían reparo alguno en admitir que disfrutan de cosas como el sexo y no mostraban pudor alguno al decirlo. Mujeres que soñaban alto y que disfrutaban de la vida sin atarse a compromisos férreos que a veces podían llegar a ser asfixiantes. Algunas encontraban a la horma de su zapato y otras simplemente seguían caminando con valentía, sin que el hecho de estar solas les supusiera un lastre, sino al contrario.

Marisa y Aislin, a veces, se comportaban como si aún fueran un par de adolescentes y, lo admito, tenía cierta tendencia a ponerme a su altura, algo que no sé si decía mucho o muy poco de mí. Desde que Mila había vuelto y había abierto la caja de Pandora me sentía mucho más en sintonía con ellas que con personas como Eilis o Cara, incluso si había pasado la mayor parte de mi tiempo con estas últimas durante los últimos años.

Era como si olvidara mi edad.

Mi pasado o las personas que había dejado atrás, porque aún tenía la extraña sensación de que lo mejor estaba por llegar.

¿Quién dice que tienes que dejar de soñar por el hecho de ser centenaria?

—¿Sabéis lo que os digo? ¡Que disfruten!

—¡Margaret! —me recriminó Eilis entre risas.

—Son otros tiempos —afirmé con vehemencia.

—Son otros tiempos —admitió Cara, aunque eso parecía disgustarle.

—¿Sabéis de qué me he enterado? —nos preguntó Eilis y sus ojos brillaron traviesos. Me mordí el labio inferior, sabiendo que ahora venía un buen cotilleo. Lo escuché con avidez, pero me pareció insulso y vacío, incluso si me forcé a sonreír y reírme con ellas.

—¿Estás bien? —me preguntó Cara; supongo que notó que me estaba forzando.

—Solo un poco cansada.

—Deberías ir a que te vea un médico —puntualizó al momento Eilis, que era la más pragmática y resolutiva de las tres.

—¿Para que me hinche a pastillas? —Obvié un «como a vosotras», aunque creo que las tres lo pensamos—. Casi que paso.

—Margaret tiene una salud de hierro —sentenció Cara con un tono orgulloso, aunque había un deje de envidia que no podía tenerle en cuenta. Lo de su inicio de demencia la había hundido en la miseria durante unos meses, por lo que acabaron dándole «una pastillita *más* para subirle los ánimos».

—Echas de menos a Mila —me dijo.

—Sí, supongo que sí.

—Pero esas chicas son monísimas, las que tienes alquiladas —sentenció Cara, intentando ser cordial. Ese tema en cuestión era algo que no acababan de entender y yo tampoco tenía forma alguna de explicárselo.

Una cosa era Mila, de la que les había hablado toda la vida: que viniera a mi casa cuando había decidido instalarse en Irlanda, tras la muerte de su padre, sonaba bastante coherente.

Lo de Grace y Aislin, ya no tanto. No podía decirles que Grace y yo compartíamos algo muy especial, un par de alas que no eran capaces de ver y que en teoría habíamos heredado, por decirlo de alguna manera, de unas viejas hadas guardianas muertas. La opción más fácil —y cómoda— había sido justificar que había decidido alquilar parte de la casa, lo que hizo que

pensaran que andaba necesitada de dinero y sus miradas cautas empezaban a darme urticaria.

Las mentiras tienen eso: quiebran hasta la más bonita de las relaciones.

Quería aferrarme a mis amigas, a la seguridad que me daba su compañía, pero lo cierto es que cada vez mi vida era más complicada y no sabía cómo hacer que mis dos mundos no acabaran colisionando. No me planteaba explicarles la verdad. No lo había hecho con la historia de Alexander y George, ¿cómo diablos podía contarles lo de aquellos dioses celtas antiguos y el reino de las hadas del que ahora formaba parte?

No tenía otra opción que seguir mirando al frente y hacer ver que todo estaba bien.

Incluso si nada lo estaba.

Seguir mintiéndoles y dejando que la bola cada vez se hiciera más grande, hasta que cayera por su propio peso.

Escondido tras las mentiras estaba el miedo. Porque, pese a que fingía lo contrario, sabía que un peligro mucho más grande que el que ya habíamos enfrentado seguía acechando. En algún lado. Magia oscura. Tres brujas. Dispuestas a eliminar a los restos de la tribu; y eso incluía a mi muy querida Mila. La hija de Anam. La pequeña a la que había visto crecer.

Mientras ella estuviera en peligro no podría volver a dormir tranquila.

Porque, aunque estar allí, con Eilis y Cara, era maravilloso, mi vida era mucho más complicada que las anécdotas o los cotilleos del barrio.



Un empujoncito

Fue un par de días más tarde cuando, sentadas en el mismo parque con Cara y Eilis, vimos a una pareja de cuarentones que hacía tiempo que no veíamos por allí. No es que los conociéramos propiamente, pero éramos cotillas por naturaleza y esos dos no caminaban de la mano, pero a veces se lanzaban miradas que hablaban por sí solas.

Solíamos divagar sobre ellos, sobre quiénes eran y por qué no empezaban algo parecido a un noviazgo. ¿Cuándo los vimos por primera vez? Tal vez haría un año. Creo que teníamos ese punto de celestinas y deseábamos darles ese empujoncito que les faltaba, incluso si desconocíamos en realidad cuál era su historia.

—¡Han vuelto los tortolitos! —Eilis me dio un codazo y Cara se recolocó los progresivos sobre su afilada nariz.

Sonreí cuando vi que se sentaban en el banco bajo un viejo castaño que había en el parque. Siempre había pensado que ese árbol era especial y creo que ellos también, porque era su lugar favorito: siempre que venían al parque se sentaban allí si estaba vacío y se pasaban los minutos, las horas, hablando.

Nos gustaba mirarlos. Cómo intentaban conectar con palabras, la forma en que a veces ella se ruborizaba y desviaba la mirada mientras él parecía olvidar el mundo que le rodeaba, con todos sus sentidos presos en la mujer que le acompañaba.

Durante un tiempo sus encuentros eran ocasionales, pero luego se volvieron rutinarios, un poco como los nuestros, solo que entre ellos había una química tangible y esa necesidad de entender y ser entendido. De encontrar. O de haber encontrado.

Nunca llegaban a dar ese último paso, como si sus propios lastres los anclaran a la seguridad de la relación que compartían, si bien teníamos la sospecha de que no les satisfacía por completo. Daba igual, preferían aferrarse a ella que dar un paso adelante. Tal vez la mera esperanza les hacía sentir vivos y tenían miedo de que si no funcionaba perdieran todo lo que ya habían construido.

—Yo creo que ella es una madre soltera —apostó Cara—. Tres hijos. Adolescentes. Por eso no puede permitirse que un hombre entre en sus vidas. ¿Qué opinarían ellos de que se echara novio?

—Si son adolescentes, con tal de que les dejen salir con quien quieran y volver a las horas que les apetezca, les traerá sin cuidado —opiné con una pequeña sonrisa. Dudo que a unos adolescentes les perturbara que su madre rehiciera su vida o se acostara con quien le viniera en cara. Asquito, tal vez, un poco, pero vamos, que a según qué edades, seguro que eso también lo hacían ellos.

—Yo creo que no es tan mayor para tener hijos adolescentes —negó Eilis—. Tal vez sufrió un gran desamor de joven y se prometió no volver a amar nunca más.

—¿Y qué me decís de él? —les cuestioné.

La verdad es que no era el más agraciado de los hombres, pero se le veía buena gente y eso es mucho. Además, solo tenía ojos para ella. Yo no recordaba la última vez que alguien me había mirado así, sin importarle quién podía estar murmurando a su costa, sobre qué o quién era o si algún día acabara encontrando el valor de besarla.

Sí, vengo de esa generación en la que un beso lo era todo. Que entiendo que el sexo puede desbancar ese concepto, pero soy de las que se aferran a él. De las que creen que en un beso

pueden conectarse dos almas, por mucho que en el sexo se fundan dos cuerpos.

Sentí un tirón. La magia que latía en mi interior. Tal vez debería evitar ir a sitios repletos de árboles antiguos que quisieran contarme sus historias y que entrara a formar parte de ellos a través de la magia feérica que ahora poseía, y que había ido creciendo a lo largo de las últimas semanas. Aún me sentía insegura y no tenía claro por qué a veces funcionaba y otras no.

—Es profesor —se lanzó a la piscina Eilis.

—¡De sus hijos! —exclamó Cara.

—Divorciado —declaré, entrando en el juego.

—Siempre ha querido hijos, pero no los puede tener —me contradijo Cara, que por lo visto hoy quería que la historia acabara con toques de drama.

—Hoy en día esas cosas no pasan —intervino Eilis—. Les cogen una muestra y si sus soldaditos son vagos los meten dentro.

—¿Dentro de dónde? —le preguntó Cara.

—¡De la oreja! —solté, no pude evitarlo. Eilis empezó a reír y Cara se puso roja como un tomate.

A nuestra edad ya eso de ruborizarse deberíamos haberlo superado, pero las personas en realidad no cambian. Lo hacen nuestros cuerpos, no voy a negarlo, pero en esencia seguimos siendo la misma persona que fuimos y, por lo visto, yo me quedé en la postadolescencia.

Nos quedamos allí, riéndonos entre dientes, mientras Cara hacía un mohín por el hecho de haber sido víctima de su propia ingenuidad. ¡A los ochenta! Tenía tres hijos, así que virgen e inocente tampoco era.

—¿De qué creéis que están hablando?

—Ni idea —murmuré.

No me hubiera importado que Marisa nos acompañara en esos momentos. Tenía una extraña habilidad: arrastraba las palabras con su magia aérea y podíamos escuchar cosas que decían a lo lejos los vecinos. Sus conversaciones no eran demasiado interesantes, todo sea dicho, pero mi joven amiga se jactaba de que tenía futuro como espía internacional.

La magia que a mí se me había dado era muy diferente; tenía mucho que ver con la naturaleza y la tierra a mi alrededor. Quizá por eso al estar rodeada por tierra y árboles, en vez de asfalto y ladrillos, me sentía más en sintonía con esa otra mitad que ahora me pertenecía. La verdad es que, si me esmeraba, entre mis habilidades de jardinería y la magia que fluía en mi interior podría ganar un concurso al jardín de ensueño de la década. Al margen de hacer que florezcan las azaleas fuera de temporada o que las hortalizas tengan el sabor de las de antaño y no como las de los supermercados, poco más podría decir de la utilidad de esta.

Observé a la pareja. ¡Si pudiera darles un empujoncito! Uno pequeñito, inocente.

Lo justo como para…

Sentí la vida que latía a mi lado: el tronco de un árbol cuyas raíces conectaban con la tierra que nos sostenía y con el resto de las plantas del hermoso parque. Casi todos los bancos estaban colocados estratégicamente para que el follaje de los árboles nos protegiera del sol, incluso si en Irlanda era un tanto perezoso y solía brillar por su ausencia.

Eilis tenía la teoría de que era para que la gente pudiera resguardarse si caía el diluvio universal, algo que sucedía de tanto en tanto en mayor o menor medida. Daba igual la cantidad de veces que le había contado lo de los rayos, los árboles y la mala idea que era quedarse debajo de uno de ellos en plena tormenta. Otra cualidad que tienen los octogenarios es que, si una cosa la tienen clara, les importa un comino lo que diga la gente, la ciencia, la televisión o la wiki-no-

se-qué. Dan por sentado que la razón la tienen ellos, un poco por eso de «más sabe el diablo por viejo que por diablo».

Me recliné hacia un costado para apoyar una mano sobre la corteza del viejo árbol que había a nuestro lado y la magia vibró a mi alrededor. Sabía que no debería hacerlo porque toda magia deja un rastro, las brujas andaban sueltas y, además, corríamos peligros porque nuestra extraña dualidad entre vivas y muertas atraía a criaturas que era mejor ni ver ni conocer. Solo usábamos magia cuando estábamos en mi casa o en la arboleda de Colin y Mila porque existían defensas mágicas que ocultaban nuestros intentos, tórpidos, de controlar nuestro poder. Sí, sabía que la magia podía dejar un rastro, lo admito, pero el impulso era demasiado fuerte como para ignorarlo.

¿Os he comentado mi teoría de que con los años los defectos se acentúan? Pongámonos en contexto, si de joven me fugué con un hombre que no era mi prometido, ¿qué no sería yo capaz de hacer en un acto impulsivo y sin mucho sentido ahora que no tenía filtros?

Lo hice porque sentí que ese momento era perfecto para poner mi granito de arena.

La vida y los años acaban pasando. Somos finitos, pero nos merecemos, al menos, épocas de calma en las que ser felices.

Busqué la conexión con la tierra que me rodeaba. La necesidad de expandirme y sentir el mundo a través de la magia y no mediante unos sentidos meramente mortales. Mi energía atravesó la distancia que me separaba de aquel viejo castaño, bajo el que nuestros eternos tortolitos hablaban animadamente.

Solo me arrepentía de lo que no había llegado a hacer.

Y estaba dispuesta a que ellos no cometieran ese error.

Mi magia se expandió hasta llegar al viejo tronco del castaño. Sentí el peso de su historia como si fuera propio, pero le insté a seguir adelante, a avanzar, por difícil que fuera el camino. La energía latía con fuerza en cada centímetro cuadrado de aquel enorme ser con vida propia, pero mi magia hizo que rebosara como nunca antes había hecho: las hojas se volvieron más verdes y las ramas se cubrieron de penachos de flores.

Sentí la belleza de aquel árbol y una brisa traviesa hizo que algunos de esos penachos florales se desprendieran, con la casualidad, si eso existe, de que uno cayera directamente sobre la frondosa melena de nuestra mujer misteriosa.

Eilis me agarró la mano que tenía libre y me obligué a romper la conexión que mantenía con la tierra que nos rodeaba mientras una mano masculina, un tanto insegura, se acercaba hasta las flores que habían caído sobre su cabeza. Le sonrió y se lo mostró; ambos fueron conscientes al mismo tiempo de cuán cerca estaban el uno del otro.

No fui la única en ver la duda, pero también el deseo, en aquellos ojos oscuros. Eilis me apretó la mano con fuerza y creo que Cara había dejado de respirar. Éramos solo tres anónimas observadoras, pero el momento bien valía la emoción compartida.

—Va a hacerlo, va a hacerlo —susurró Eilis.

—Si os ponéis a chillar, ya os digo yo que no —protesté, entre dientes, sin querer perderme lo que sucedía.

Se inclinó sobre ella. Eilis me estaba apretando tan fuerte la mano que a punto estaba de ponerme a chillar yo. Sus labios sobre los de ella.

—¡Lo ha hecho! —gimió Cara, emocionada como la que más.

—¿Y si les damos un poco de intimidad? —opiné con una sonrisa en el rostro y una extraña calidez embriagando mi corazón.

—¿En serio? —masculló Cara que los miraba con descaro en esos momentos, mientras ellos se besaban como si no existiera nadie más en todo el universo.

—¿Sabes que ahora puedes ver porno en la tele? —le solté y mi amiga empezó a toser, aunque creo que también había alguna carcajada entre espasmo y espasmo.

—Vamos —nos instó Eilis—. Menudo par de bobas…

—¡A su servicio! —bromeé mientras me despedía mentalmente del bonito castaño y, también, de aquella pareja.

Dejé que parlotearan mientras deshacíamos el camino y me acompañaban a casa, porque, aunque yo me retiraría, ellas continuarían con sus andaduras hasta que la noche hiciera acto de presencia o sus estómagos les mendigaran un poco de atención.

Supongo que estaba más sensible que de costumbre, pero no pude evitar pensar en el amor. En esa hermosa luz que iluminaba el camino, pero, al mismo tiempo, quemaba y dolía. Había descubierto que se podía amar a varias personas y de muchas formas.

Sentí que algo en mi interior palpitaba, como si quisiera salir a borbotones. ¿Magia? Tal vez. Mis manos comenzaron a temblar y no tuve duda alguna de que las lágrimas no tardarían en acompañarlas. Hay veces que necesitas soltar, incluso si ya no recuerdas qué es lo que llevas tanto tiempo escondiendo. Da igual, porque sigue haciendo daño. Esas heridas que se esconden, por mucho que finjamos, también dejan cicatrices.

Me levanté más pronto de lo habitual porque me apetecía desayunar con Aislin y Grace. Si bien habían adaptado sus rutinas y Grace minimizaba al máximo el tiempo que se pasaba fuera de casa, seguía frecuentando el centro cada mañana para llegar a una oficina en la que se pasaba muchísimas horas haciendo aún no sabía exactamente el qué.

Me las encontré en la cocina. Aislin llevaba una camiseta deportiva y unos pantalones de esos que estaban tan de moda para hacer deporte y que resaltaban sus afiladas y largas piernas. Me senté junto a Grace. Aislin me tendió un café con leche mientras se contoneaba por la cocina tarareando una canción.

—Veo que está de buen humor —opiné.

—Hoy está Parker de guardia, así que será un poco menos malo que cuando hay otro —me confesó.

—¿Parker? ¿Jason Parker? ¿El de Mila?

—¿A que no hay ovarios de soltar eso delante de Colin? —me retó Aislin levantando una cuchara de madera con restos de avena que estaba cociendo a fuego lento.

—Aprecio mi cuello, gracias.

—Me da un poco de pena, aunque por lo que he oído ahora está tonteando con una médico nueva que ha entrado en Urgencias.

—¿Qué hay de la bombera?

—Supongo que apaga otros fuegos —bromeó Aislin mientras se sentaba con nosotras.

—Hace varios días que no hablo con Mila —les dije, como quien no quiere la cosa. Vi cómo se miraban entre ellas. Ya empezaban con sus secretitos. Decidí hacer ver que, además de vieja, era tonta. Y ciega.

—Estará liada intentando descubrir algo del caldero —optó por decir Grace en un tono neutro.

—O haciendo cosas de druidas —añadió la otra.

—Podríamos ir a la arboleda este fin de semana —les propuse.

—Me parece una idea maravillosa. Tengo ganas de hacer algo que no sea pasarme el día en la oficina o en casa, y que conste que la compañía es grata.

—Otros años, por estas fechas, estaríamos ultimando los preparativos para el viaje de rigor del verano —me contó Aislin—. Dadas las circunstancias, no nos parece oportuno hacerlo.

—Por mí no os preocupéis…

—Lleva una diana mágica a rastras y paso de que nos topemos con a saber qué y a saber dónde —negó Aislin y vi que Grace hacía un pequeño puchero—. Venga, glotona, espabila que te acerco al centro. Aprovecharé para ir a hacer un par de recados.

—Aquí estaré —les aseguré con una sonrisa y me despedí de ellas.

Un día más.

Un día menos.

Me senté en el balancín del porche que daba al jardín tras descalzarme. Incluso si me apasionaba tener a esa peculiar pareja de compañeras, disponer de mi casa para mí sola también era un oscuro placer con el que a veces me deleitaba.

El silencio.

Caminé descalza por el jardín, sintiendo la vida que había debajo de mí con todos los sentidos posibles. Siempre me había atraído la naturaleza en su estado más puro y salvaje. Esa era una de las cosas que compartía con Anam. Nos habíamos dado largos paseos por lugares repletos de ruinas antiguas antes de conocer su historia y quién era en realidad.

Sí, seguía siendo esa mujer que disfrutaba andando descalza, sintiendo el rocío humedeciendo mi piel mientras ramas y hojas secas crujían a mi paso. Amaba ser. Sentir. Estar. Soñar despierta. La sensación de mariposas en el estómago cuando el hombre al que amabas te miraba. ¡Añoraba tantas cosas! Dejarme llevar por mis pasos a ningún lugar en concreto y hacerlo sin que mis huesos se resintieran durante días o tal vez semanas.

Mila y Marisa habían encendido hogueras alrededor del Portal de las Hadas el 1 de mayo, una fiesta que solía conocerse como Beltane y en la que se veneraba a la tierra para que produjera buenas cosechas. Aquel fantasma de una de las guardianas era tan liante como escurridizo; con todo le teníamos en estima. Queríamos honrar los rituales antiguos, como habían hecho las guardianas tiempo atrás, y Mila nos había prometido que estudiaría el Lughnasadh para celebrar con nosotras esa festividad del primero de agosto, aunque aún no teníamos del todo claro cómo hacerlo.

Cada cosa a su tiempo, supongo.

Una de mis grandes dudas era si Anam sospechó o no el que algo así podría suceder: que yo formara también parte de su mundo. Siendo sincera, las probabilidades de que acabara con dos alas a la espalda eran ínfimas. No tengo claro que ella hubiera deseado que lo hiciera tampoco, porque siempre receló de la tribu.

De todos menos de Ares.

Tardó cierto tiempo en contarme que habían sido amantes. No tengo del todo claro el porqué, pero la verdad es que, para cuando me lo dijo, yo ya lo sospechaba. Que no es que tuviera mucho que decir de lo que hacían o dejaban de hacer un par de dioses celtas antiguos para pasar el rato, pero admito que tardé mi tiempo en digerirlo. Quizá porque él me parecía una criatura peligrosa y cínica, tal vez porque deseaba que ella pudiera amar a alguien capaz de corresponderle, algo que dudaba que Ares fuera capaz de hacer tras ver la frialdad que habitaba en su mirada.

Al final, Anam encontró a su verdadero amor y, como todo lo que hacía, vivió aquello intensamente. Mila fue el resultado de ese reencuentro consigo misma. De ese volver a empezar.

De descubrir que sí existen las segundas oportunidades, incluso si nuestro pasado está lleno de secretos, de mentiras, de traiciones y, sí, también de oscuridad. En aquel entonces tuvimos una de esas conversaciones. Una en la que yo le decía que debía explicarle la verdad sobre su naturaleza al padre de su hija, pero ella se negaba a hacerlo y salía de mi casa dando un portazo. También habíamos tenido discusiones de esas, sí, y quizá por eso nuestra relación fue fortaleciéndose con el paso de los años, en vez de convertirse en un cascarón vacío de formalismos.

Incluso si éramos solo medio hadas, nuestra magia empezaba a mostrarse cuando le venía en gana y nuestras vidas ya jamás volverían a ser las mismas: podíamos estar en peligro simplemente existiendo, por ser lo que éramos. Esa era una de las muchas razones que habían motivado a la tribu a seguir el consejo de Ares y buscar el caldero de Dagda: con su poder era posible que pudieran ocultarnos.

Estaría bien poder volver a caminar por las calles del centro sin miedo a que te acosara alguien o se pusiera a chillar al verte pasar. A Marisa una vez le hicieron fotografías a mansalva y ella salió sonriente y con cara de suficiencia, haciéndoles una peineta. Sé que es cierto porque les pidió que le pasaran unas pocas; esa cría es capaz de hacer cualquier cosa.

Anam me ocultó muchas partes de su historia, pero tampoco podía tenérselo en cuenta. Su vida había sido trágica en muchos aspectos y yo tampoco estaba preparada para entender el porqué de algunas de sus acciones. Fue Mila la que me contó la verdad sobre su madre después del enfrentamiento con Bres; la que rellenó muchas lagunas y me hizo comprender cuánto había llegado a evolucionar aquella mujer con el paso de los siglos, incluso si murió llevándose con ella muchos de sus secretos. Dónde estaba oculto el maldito caldero, por ejemplo.

Entiendo que hay veces que sabes que desvelar ese secreto solo va a causar dolor y distanciamiento, y decides no hacerlo no tanto por una carencia de confianza, sino para proteger a la persona a la que aprecias. Yo lo hice con Mila durante años, y siempre sentí que hiciera lo que hiciera, nada era correcto. No hablarle de su linaje o entrometerme en algo que me venía demasiado grande…

Al final la verdad explotó en sus narices. Fue entonces cuando Ares apareció en mi casa por segunda vez, pero en esos momentos era a mí a quien quería ver, tal vez porque sospechaba que era la única persona que podía darle alguna respuesta. Esta vez no hubo gritos, aunque admito que estaba irritado y furioso porque había descubierto que Anam había encontrado a su amor verdadero y fruto de él había nacido Mila, la cual, por lo que me contó, se había plantificado en su fortaleza sin previo aviso. Creo que lo que peor llevaba era que Colin hubiera sido capaz de sacarla de allí sin que él lo consintiera; lo que a mí me costó digerir fue que el novio de Mila formara parte de la tribu y que ella se hubiera visto envuelta en todo aquello y no me hubiera dicho nada. No podía culparla, yo tampoco le había explicado la historia de su madre.

El mundo de los Tuatha dé Dannan seguía sobrepasándome.

Tuviera o no alas.



La importancia de vivir el presente

El peso de los años se acrecentaba día tras día, pero nunca antes había tenido la certeza de que este no era mi momento. No podía serlo. No cuando Mila había vuelto y sentía que necesitaba, más que nunca, que yo estuviera a su lado. Eso y lo de las guardianas. Tres que son una, aunque parecíamos salidas de una comedia de esas absurdas: la alegre Grace, la impetuosa Marisa y el vejestorio que tenía que seguirles el ritmo. Sonreí. Podía ser anciana, pero nunca me había sentido tan viva. Incluso si mis alas no eran más que una huella del pasado, un residuo de la magia de aquellas hadas que yacían muertas desde hacía siglos, me sentía más fuerte que nunca. Aunque esa emoción contrastaba con los achaques que la edad me tenía reservados: mi cuerpo ya no era el de aquella muchacha inquieta que se dejaba llevar por sus instintos.

Tres que son una.

No podía permitirme dar un paso en falso: tenía que aferrarme a la vida, pese a los dolores que me limitaban a primera hora de la mañana y los que me acompañaban en el lecho al acostarme. No tenía intención de quejarme y sabía que era afortunada por cada día que sumaba a mi espalda.

La muerte es algo piojoso, pero tampoco me gustaría ser inmortal. Había asistido a tantos velatorios que hasta los del tanatorio ya me saludaban, como si esperaran que, finalmente, fuera yo la que ocupara una de esas salitas en vez de acudir para dar un pésame. A medida que fui perdiendo a mis antiguos amigos, acabé haciendo nuevos, eso sí. Yo era la resiliencia. Me adaptaba al medio a medida que este cambiaba, pero nunca acababa de encajar en ningún lado.

Escuché que sonaba el timbre de la casa y maldije entre dientes, porque empezaba a acostumbrarme a que Aislin y Grace se ocuparan de la puerta, algo que tenía su sentido porque sus piernas eran más ligeras y en el descansillo solía estar un transportista con un paquete para ellas; tenían una absurda afición a comprar las cosas por internet, sin verlas ni tocarlas en primera persona.

—Voy —grité cuando ya me faltaban solo unos pocos pasos para llegar hasta el recibidor, incluso si por una vez no estaban acribillando el timbre, una vez tras otra, como si cada segundo que pasaban allí fuera les quemara por dentro.

Hay personas que no saben disfrutar de las pausas del ahora y no son capaces de vivir el presente, siempre pensando en ese mañana que nunca acaba de llegar y perdiéndose lo que hay a su alrededor. No me consideraba una de ellas, más bien al contrario.

—¡Kevin! —exclamé sorprendida. Diría que se trataba de un joven apuesto, pero lo cierto es que era bastante más viejo que yo, aunque nadie lo diría.

Tenía unos ojos ligeramente rasgados y una mirada astuta que destacaba en un rostro de ángulos suaves que le daba un toque masculino, pero sin esas facciones prominentes, más primitivas, que compartían algunos de sus primos, como Kellan y Colin.

Kevin Mac Gréine tenía ese toque de bribón que hacía que me rejuveneciera casi al instante y conseguía que esa alegría que irradiaba acabara calando en todos los que le rodeaban. Un glamur, me había dicho un día, como si fuera su carta de presentación, aunque sospechaba que había mucho más que ese porte despreocupado con el que fingía enfocar la vida. Lo cierto es que percibía que, tras esa fachada perfectamente lograda, Kevin arrastraba sus propios lastres y secretos. Un poco como todos.

Admito que su compañía era más que grata; me encantaba ese sentido del humor tan suyo y

que solía sonreír la mayor parte del tiempo y, teniendo en cuenta que era un Tuatha dé Dannan, su carácter jovial era poco habitual. De ahí que, aunque aparentara estar alrededor de los ventilargos, en realidad fuera un vejestorio que tendría que estar, por lo menos, momificado.

—Si llego a saber que te alegrarías tanto de mi visita, habría venido antes —bromeó.

—Eres un adulador, pero no te cortes.

Rio por lo bajo mientras yo me desplazaba, a mi ritmo, para dejarle pasar.

Excepto a Kellan, al resto de los guerreros de la tribu prácticamente no los conocía. Todos habían pasado por mi casa en uno u otro momento para buscar a Mila o a Colin durante el tiempo que vivieron conmigo y, más tarde, a Kellan o a Marisa, pero el único que parecía sentirse cómodo conmigo y estaba dispuesto a acompañarme un rato mientras esperaba pacientemente al primo que andaba buscando era Eamonn.

De los eruditos poco podía decir, porque se pasaban el día encerrados en una biblioteca que, por lo que Mila me había dicho, era un pedazo de sueño hecho realidad. Todos menos Kevin. Desde lo del Portal de las Hadas y lo que nos había pasado a Marisa, a Grace y a mí se había volcado mucho en nosotras y el proyecto del hotel que la mujer de su primo tenía entre manos, y a veces hacía justamente eso: se dejaba caer en mi casa sin más intención que pasar el rato.

No habíamos llegado a intimar tanto como para que me mostrara qué había detrás de su glamur, pero que me confesara que había mucho más que lo que podía verse en la superficie implicaba que me tenía cierto aprecio. Que no apego. Podía aparecer varias tardes seguidas y no dar señales de vida durante varias semanas, antes de presentarse frente a mi puerta, sin previo aviso, como era el caso.

—Aisin ha preparado té —le ofrecí cuando llegamos a la cocina. Sonreí cuando vi que se acercó a un armario, sacó una taza con su correspondiente plato y se sirvió por su cuenta. Me gustaba ese punto de complicidad que empezaba a haber entre nosotros.

—¿Vamos fuera? Sabes que adoro tu jardín.

—Te veo cansado —advertí al ver unas sutiles ojeras de color grisáceo.

—Llevo un par de noches sin pegar ojo.

—¿Y eso?

—Odio dar palos de ciego.

Asentí. Nos acercamos a la mesa de hierro forjado cuya pintura blanca se había vuelto a desquebrajar debido al tiempo inclemente; la casa era demasiado grande para poderla tener como me gustaría o como solía tenerla tiempo atrás, cuando las horas me cundían de una forma que ahora me parecía sobrenatural. Tal vez lo fue, después de todo, porque con Anam cerca cualquier cosa era posible, aunque lo más probable era que la energía que disponía cuando aún era un poco más joven fuera el origen de ese pequeño milagro.

Observé cómo saboreaba el té, cerrando los ojos y aspirando su aroma. Me gustaban ese tipo de gestos en él. A diferencia de Grace y Aislin, que siempre andaban haciendo cosas, como si el mero hecho de *estar* les aburriera y necesitaran llenar tiempo y espacio con uno y otro quehacer, Kevin disfrutaba simplemente estando. Quizá porque era tan viejo que ya había hecho todo lo que quería o se podía llegar a hacer, no lo negaré, pero su compañía era relajante y su carácter pausado y alegre, una gran compañía.

Nos quedamos en silencio, observando el jardín, sin que ninguno de los dos se sintiera incómodo o molesto. Vi cómo sus ojos se perdían entre las flores de los parterres y sonreí, porque él también podía verlo. Sentirlo.

Aquellas orejas de puntas picudas que solo unos pocos éramos capaces de ver decían mucho

de cuál era su origen. No era *solo* un dios. Igual que nosotras, Kevin Mac Gréine era un sensible. Descendía de una de las hadas que Áine creó de su propia sangre, gracias a la magia de su padre, un druida llamado Eogabail que solía acompañar a Dagda.

—Así que seguimos sin tener ni la más remota idea de dónde escondió el caldero Anam.

—Ryan ha propuesto excavar en tu huerto —me dijo y me tensé. Vi como los labios se le curvaban en una sonrisa. Hice un puchero y le di un golpe en el brazo—. ¡Ay! ¡Eso ha dolido!, sabes que bromeaba.

—Lo sé, pero te entiendo. Si tuvierais la certeza de que está aquí escondido, no me importaría que lo hicierais —cedí, mirando aquel lugar que lo era todo para mí—. Me gustaría poder ayudaros.

Desde que desterramos a la criatura que las brujas habían invocado para convertir el Portal de las Hadas en un lugar de maldad y oscuridad, todos nos encontrábamos en un cierto estado de tensión porque teníamos la certeza de que ellas seguían vivas. Habrían pasado un par de meses en los que todo parecía estar en calma, pero éramos conscientes de que en algún momento la tormenta nos golpearía.

Era ridículo: nada parecía haber cambiado, incluso si lo había hecho todo.

La gran pregunta que nos hacíamos era si la tribu estaría preparada para combatir contra tres viejas brujas que poseían una magia tan poderosa como para que minaran a los antiguos de los Tuatha dé Dannan tiempo atrás.

No era que Marisa, Grace o yo misma tuviéramos alguna posibilidad contra ellas, pero no mentía al decirle a Kevin que me gustaría poder ayudarlos. Por Mila, sí, pero también por el resto de aquel peculiar grupo de personas que poco a poco se habían hecho un hueco en mi corazoncito y, sí, entre ellos también estaba Kevin, Eamonn o las parejas de las que consideraba mis niñas.

Lo poco que sabía se basaba en pequeños retazos que compartían conmigo, a hurtadillas, Mila y Marisa. Era normal que no vinieran a pedirme ayuda, seamos sinceros, porque era poco más que una sensible, como cientos o tal vez miles de personas con ascendencia celta, incluso si ahora poseía una cierta habilidad mágica.

Tenía la esperanza de que Mila disfrutara de la inmortalidad de su madre, en parte por su herencia y en parte porque la magia de los druidas era algo muy poderoso y sabía que Colin haría lo que hiciera falta para mantenerla a su lado.

Sé que Grace no pensaba en ese tipo de cosas, la muerte, pero Marisa y yo éramos un tema a parte, incluso si nos escudábamos en ese sentido del humor un tanto retorcido que hacía que conectáramos entre nosotras pese a nuestras evidentes diferencias. En su caso el detonante era el hecho de que su marido era inmortal, y en el mío que la muerte no tardaría en venir a mi encuentro, por mucho que me esforzara en darle esquinazo.

—Igual hay algo que sí que podrías hacer para ayudarnos.

—Soy toda oídos.

—Podrías llamar a Ares. —Me gustaba eso de él, que pese a su carácter pausado solía ser una persona directa.

—¿A Ares? —Me tensé, lo admito, porque pensar en él removía muchas cosas en mi interior. Dudaba que se alegrara si le llamaba para decirle que seguíamos en el mismo punto en el que nos dejó meses atrás. El medallón anudado en mi cuello empezó a calentarse y eso hizo que me tensara en mi silla, incluso si solía hacer justamente eso cuando decía su nombre en voz alta o, en algunas ocasiones, cuando pensaba en él como si hubiera entrado en un maldito bucle—. ¿Para

decirle qué?

—La verdad: que no tenemos nada.

—¿Eso no heriría el ego de la tribu? —Intenté buscar una salida, porque llamar a Ares me repateaba infinito, pero si no veían otra salida posible, lo haría.

—La de algunos —admitió—, pero no tienen por qué saberlo.

Me guiñó un ojo y sonrió.

—Te desagrada menos que al resto.

—Siempre que le hemos necesitado nos ha apoyado —reflexionó en voz alta—. Y sabe más cosas de las que dice.

—Por interés te quiero Andrés —bromeé y él rio por lo bajo.

—Fue él quien nos puso tras la pista del caldero. Tal vez también tenga un interés personal en que se encuentre.

—¿Para usarlo?

—Creo que le sería más útil que como objeto decorativo —se burló Kevin y puse los ojos en blanco.

—Dame un par de días —le pedí—. Necesito mentalizarme. Ares…

—Impone.

—Si con imponer te refieres a que te tiemblen las piernas cuando te mira y temes acabar convertido en sapo, sí, supongo que sí.

—Más que sapo, te veo como una linda gacela —aseguró mi acompañante con una sonrisa pícara—. Si quieres podemos hacerlo juntos.

—¿Y qué dirán tus primos de que le hayamos llamado?

—No tienen por qué saberlo y, en cualquier caso, puedo hacer lo que me dé la gana, ya soy mayorcito.

—Para según qué cosas sigues pareciendo un niño —le reprendí con un tono alegre—. No te preocupes. Puedo con Ares, o, al menos, me siento capaz de llamarle a través de un colgante; no se negó a que Mila me lo diera, así que supongo que no puede enojarse ahora porque le dé uso.

—Bien visto.

—Si lo repito varias veces, creo que acabaré convenciéndome.

—Eres una mujer valiente, Margaret. —Sus ojos buscaron los míos—. Voy a confesarte un secreto.

—No sé si asustarme o emocionarme.

—De las tres, eres mi favorita. —Supe que se refería a las tres guardianas; le sonreí.

—Seguro que se lo dices a todas. —Le reté con la mirada.

—Hay algo en ti… tu luz es única. Brilla con más fuerza, no puedes negarme que no lo has notado.

—Marisa es la más fuerte de las tres —afirmé, porque me sentía un poco insegura al hablar de aquello. Kevin era un adulador, eso era algo que ya había descubierto y me traían sin cuidado sus absurdos coqueteos, pero sabía que ahora hablaba con el corazón y eso sí me inquietaba un poco.

—Está vinculada a Kellan, no podría ser de otra forma —sentenció, asintiendo—. Pero aun así, la luz que emites cuando conectas con tu magia es más nítida. No sé cómo describirlo, pero es hermosa.

—Gracias. —Le sonreí mientras me sonrojaba—. Cuenta conmigo. Hablaré con Ares, pero no puedo asegurarte que quiera compartir conmigo lo que sepa.

Ares no confiaba en la tribu. Ni en nadie, probablemente. Tal vez lo hizo, tiempo atrás, en

Anam, en Áine o en alguna de las hadas que solían adorarle.

—No te preocupes por eso —me aseguró—. Tengo una corazonada.

Nos quedamos en silencio, simplemente gozando de la compañía del otro. Si hubiera tenido un hijo, no me importaría que tuviera un aire a ese hombre que me acompañaba.

—¿Tienes tiempo?

—Para ti, siempre.

—Quería limpiar aquel trozo de parterre de las malas hierbas —le informé.

Me sonrió mientras se levantaba y me tendió la mano. La tomé y noté que mi cadera crujía mientras conseguía ponerme de pie. Era una consecuencia habitual que me achacaba cuando había estado en una misma posición más tiempo del que mis entumecidas articulaciones consideraban apropiado.

Kevin soltó mi mano para ir a coger el cesto en el que solía guardar los utensilios más básicos para cuidar el jardín y caminamos juntos, uno al lado del otro, hasta llegar a nuestro destino. Se limitó a observarme mientras me sentaba en el suelo, con ciertas dificultades, pero no se ofreció a ayudarme. A veces hacía justamente eso, mirar mientras yo luchaba contra las limitaciones que la edad pretendía ponerme. Creo que lo hacía para demostrarme que, pese a todo, aún era capaz de seguir avanzando, pero tampoco lo tenía muy claro.

Ya no me impresionó ver a aquel dios de orejas puntiagudas arrodillarse en el suelo, a mi lado, para cuidar del jardín. Dejé que mi magia fluyera por la tierra mientras arrancábamos malas hierbas y sacábamos hojas secas. Aquella tierra estaba repleta de magia, sí, pero también de muchas horas de cuidado y esfuerzo.

—Simplemente preciosa —susurró Kevin, a mi lado, observándome. Me sentí un poco cohibida, no lo negaré, pero también enternecida por la emoción contenida en su mirada.

—Es una pena que el resto del mundo no pueda verlo —le dije, guiñándole un ojo.

—Tal vez solo somos tú y yo —murmuró, ladeando la cabeza, estudiándome—. Y el resto del mundo no son más que una panda de ciegos.

Reí al escuchar aquel comentario.

—No te veo desyerbando —le recriminé.

Hizo un mohín y volvió a ponerse manos a la obra. Le observé de reojo; era como si Kevin también necesitara, pese a su inmortalidad, sentir la magia antigua recubriendo sus manos, rozando su piel…

La magia con la que Anam protegió y bendijo aquel terreno en el que ahora también vertía mi propia magia. Hacerlo allí no tenía consecuencias porque nos amparaba el escudo mágico con el que Anam protegió aquel lugar; mi poder era ínfimo respecto al que nutría de vida a aquel lugar y nos aislaba del resto del mundo.

Vi a Kevin empaparse de aquella magia, sus ojos cerrados para obligarse a percibirla con ese sexto sentido que poseíamos. Cuando estaba allí, trabajando en el jardín conmigo, era como si él también recargara parte de su esencia y de lo que era. Algo que siendo un miembro de la tribu no tenía mucho sentido. ¿O tal vez sí?

Los sábados por la mañana Aislin y Grace solían acompañarme en mis quehaceres, un rato, al menos. Quiero decir que no las retenía todo el día a mi lado, sino más bien intentaba que volaran y tuvieran sus ratos de intimidad en mi casa, porque entre semana tenían los turnos cruzados y apenas se veían.

Nos sentamos en la cafetería de siempre. Rutinas. Esas sí que llevaban años acompañándome cada mañana.

La camarera era nueva y nos pidió nota, algo que, habitualmente, no era necesario: Grace solía tomar un café descafeinado con leche porque argumentaba que con la cafeína que se había tomado a primera hora de la mañana tenía para todo el día y Aislin, en cambio, era de café solo con hielo, independientemente de las condiciones climáticas, aunque he de admitir que ese junio, para ser Dublín, estaba siendo más bien caluroso; yo siempre pedía una infusión con canela y cardamomo.

Me deleité con un pequeño trago de mi bebida mientras observaba a las que solía llamar como «mis chicas». No había tenido hijos propios, pero Mila había suplido con creces esa deficiencia, aunque en los últimos meses ellas también se habían ganado a pulso un lugar en mi corazoncito.

—Este verano va a ser raro. —Escuché que protestaba Grace haciendo un puchero. Era poco habitual en ella que se quejara: solía ser el positivismo encarnado en poco más de cincuenta kilogramos, coronado por un pelo corto que lucía desordenado a todas horas, un contraste llamativo con el pelo rizado color azabache de su pareja.

—Ya hemos hablado de eso…

—¿De qué? —decidí entrometerme en la conversación. Es lo que tienen los años, te permiten meter la nariz en cualquier lugar sin la necesidad de que te hayan invitado y nadie suele enviarte a la mierda. Que poder, podrían.

—Vacaciones —repuso Grace lanzando un sonoro suspiro. Le sonreí. Sí, las había oído hablar al respecto. Sabía que solían visitar una capital europea cada verano. Una tradición que mantenían desde que empezaron a salir juntas, pero que este año no parecían dispuestas a llevar a cabo.

—¿No vais a hacer nada especial? —les pregunté con cierta curiosidad. Para los que estamos todo el año de vacaciones, los meses se suceden uno detrás del otro y a veces perdemos la noción del tiempo o de las estaciones. Para alguien que trabaja once meses al año, ese mes restante es único y especial.

—No está el horno para bollos —negó Aislin, aunque pude sentir ese punto de tristeza en ella, pese a que pretendía mostrarse indiferente.

—Este año queríamos ir a Madrid. Mila nos había hablado de un montón de sitios a los que ir —añadió Grace con un tono cargado de ensoñación.

—Colin nos aconsejó que nos mantuviéramos dentro del bullicio de Dublín, que aquí estaríamos más seguras. No podemos arriesgarnos a alejarnos de la ciudad, y menos aún de Irlanda.

—Madrid es muy grande. Yo he estado un par de veces allí y parece una ciudad muy tranquila —murmuré, tentativa. Si lo que necesitaban era un lugar abarrotado de gente, creo que cumplía con sus requerimientos.

—Una cosa es la ciudad que viste y otra muy diferente la que ahora podrías ver —negó Aislin con mirada inteligente.

Hice una mueca; que fuera ella la que nos recordara nuestra condición era irónico, porque ella no era una sensible y no podía ver las alas que Grace lucía a su espalda ni los tonos turquesas que tintineaban a su alrededor cuando conectaba con su magia acuática. Tampoco es que pudiera criticarla por recelar y mostrarse prudente, porque Grace había acabado en manos de Bres y tardó varias horas en recuperar la consciencia tras liberar el Portal. Si yo estuviera enamorada de alguien que hubiera sufrido lo que ella, supongo que también sería cauta.

—Tal vez Mila y Colin quieran acompañaros —tanteé—. No estaría mal que se pasara por la academia de música de su padre; tal vez le apetece ver al resto de sus antiguos amigos. ¿Por qué no habláis con ella?

—¡Esa sería una gran idea! —exclamó Grace alegremente.

—Igual les vendría bien despejar la mente un poco. Últimamente se pasan el día practicando en la arboleda o están encerrados en la biblioteca con los eruditos de la tribu —protesté.

—¡Ya te diré yo lo que practican esos dos en su bosquecito…!

Reí al escuchar el comentario de Aislin. Prefería imaginar a Mila haciendo el amor a todas horas con Colin que no mordiéndose las uñas, inquieta, porque no tenían la más mínima idea de cómo afrontar a las tres brujas y sintiendo que la responsabilidad de la supervivencia caía sobre sus hombros porque la habían nombrado algo así como su nueva líder, algo que mucho tenía que ver con sus ascendentes, porque por lo visto Anam descendía de Nuada, el primer gran rey de la tribu.

Durante el combate contra Bres, formalizaron un pacto de sangre para fortalecer la magia de Mila y, desde entonces, ella era considerada la nueva reina de la tribu, aunque no es que aquellos formidables dioses hubieran tomado un rol especialmente sumiso. Kevin solía decir que las cosas pasan porque han de pasar; lo cierto era que, aunque cuando se vincularon a Mila no lo sabían, existía una vieja profecía que decía que llegaría un día en el que el primer linaje se restauraría. Mila era ese punto de inflexión en la historia de la tribu.

—La que me parece que va servida es Marisa. Me contó Kevin que su primo Ryan Mac Cecht no sale de la biblioteca para no oírlos dale que te dale… con sus discusiones.

—Si ahora se le llama al sexo discutir… —ronroneó Aislin con mirada traviesa, haciéndome reír. La verdad es que era una pareja explosiva en todos los sentidos posibles.

—Ryan, el erudito, debe de tener unas ganas locas de que las obras del Portal de las Hadas acaben y que los tortolitos se instalen allí —opiné. Le conocía poco, pero me gustaban esos ojos inteligentes que parecían ir más allá de lo que se veía en la superficie. Tenía un gesto desenfadado y una lengua mordaz, algo que hacía sus comentarios tan interesantes como divertidos.

—Si solo fuera eso… —murmuró Grace y Aislin le pasó un brazo por encima de los hombros.

Las miré, sintiéndome un poco triste, porque nadie sabía cuándo podríamos volver a gozar de nuestra antigua libertad. A mí Mila me había pedido que no me alejara del perímetro de seguridad que me ofrecía el bullicio habitual que había en mi propio barrio, pero seguía haciendo exactamente lo mismo que tiempo atrás: mi paseo matutino, mis compras en las tiendas de siempre, ese reposar en la mesa que solían guardarme en la cafetería en la que estábamos o en algún banco del parque que solía frecuentar. No tenía más obligaciones que ver las horas pasar.

Grace y Aislin, en cambio, eran jóvenes y no podían vivir encerradas entre cuatro paredes y unas pocas calles. Habían dejado de ir al centro de la ciudad de noche: ni restaurantes de moda, *pubs* en los que ver un partido de *hurling* o *camodie* mientras bebían unas pintas o una película en el cine. Todo eso se les había acabado desde que Marisa sufrió un ataque porque la mitad que arrastrábamos a la espalda nos convertía en criaturas medio vivas y muertas, algo que atraía a seres oscuros y podía ponernos en peligro.

Colin y el resto no pensaban que las brujas fueran a atacarnos a nosotras, pero su existencia tampoco es que nos animara mucho a exponernos, aunque Ares nos había dado una pizca de esperanza con la posibilidad de ocultar nuestro rastro usando el famoso caldero, algo que Kevin sospechaba que ya había hecho tiempo atrás.

—¿En qué estás pensando? —me cuestionó Grace.

—En que espero que encuentren pronto el caldero.

—¿Crees realmente que el Príncipe de las Hadas podría hacerlo? —me preguntó Aislin—. Tapar vuestra esencia, o lo que sea, para que podáis volver…

—A tener unas vidas normales —acabó la frase Grace, soltando un suspiro alargado, un tanto exagerado. No había sido del todo consciente hasta ese momento de que su alegría estaba marchitándose con aquella reclusión forzada.

—Él es muy poderoso; y por lo que dio a entender cuando liberamos el Portal de las Hadas… Sí, creo que Ares sería capaz de hacerlo.

—Eso sería una gran noticia —opinó Aislin, golpeando con su cuerpo el costado de su novia, como si quisiera darle un poco de su fe en que, tarde o temprano, recuperaría su vida. Hice una mueca recordando la conversación que había tenido con Kevin.

—¿Qué pasa? —me preguntó Grace. ¿Para qué mentirle?

—Kevin vino el otro día y me dijo que no han avanzado demasiado…

—Si fuera de otra manera, Mila nos lo habría dicho. —Llegó a la conclusión obvia la guardiana, con ojos llenos de pesar.

—Me pidió que llamara a Ares y, ¿sabes qué? Creo que lo haré. Igual él puede darnos alguna pista, un cabo del que empezar a tirar.

—Si supiera algo, ¿no nos lo habría dicho ya? —cuestionó ella.

—Ares es… No confía en la gente, y menos en la tribu —les dije tras reflexionarlo—. Kevin cree que sabe más de lo que suele compartir con nosotros.

—¿Y tú?

—Creo que no perdemos nada por pedirle ayuda. —Excepto mi salud mental, pero eso no venía al caso—. Lo haré.

—Lo haremos juntas —afirmó Grace, tendiéndome la mano, sobre la mesa. La tomé y entrelacé mis ancianos dedos entre los suyos. ¡Eran tan diferentes! Mis dedos afilados en los que destacaban las líneas de los huesos, cubiertas de piel llena de arrugas y manchas color café con esa piel tersa y sonrosada, tan simplemente perfecta.

—Me parece una gran idea —murmuré, porque sí agradecería su compañía. Quizá yo llevaba aquel collar que tiempo atrás había sido de Anam y que había heredado Mila, pero no era más que la representante de las que ahora éramos las tres guardianas.

—Podríamos llamar también a Marisa —opinó Aislin.

—Me parece bien, siempre y cuando Kellan no se entere de nuestras intenciones.

—¿Y eso?

—No todos los de la tribu estarían de acuerdo con eso de pedirle ayuda a… ¿cómo suelen llamarle?

—¿Duende?

—¡Eso! —afirmé, con una pequeña sonrisa cómplice.

—Tarde de chicas, entonces —opinó Aislin guiñándonos un ojo.

—Dale. —Vi una sonrisa sincera en el rostro de Grace y me alegré por ella. Se merecía poder volver a su normalidad, pero sin tener que asumir ningún peligro o, al menos, no más del que ya pesaba sobre nuestras alas.



El efecto mariposa

Habíamos quedado con Marisa a la tarde, aunque su intención era quedarse a dormir mientras Kellan salía a jugar a cazar monstruos con un par de sus primos. Supuse que primero nos pondríamos al día y nos echaríamos unas risas antes de intentar llamar a Ares. Que consiguiéramos captar su atención o si fuera como una sesión de ouija en la que acabaríamos riéndonos de nosotras mismas, como unas tontas, era otro tema.

Empecé a caminar por la bonita avenida en dirección al parque. Necesitaba un poco de aire fresco, despejar la mente, antes de enfrentarle.

Pensé en Bres, aquel viejo rey destronado, mitad fomoriano y mitad de la tribu, que aprendió de las oscuras habilidades de las tres brujas. Fue él quien las utilizó contra las que habían sido nuestras antepasadas y, aunque las hadas dejaron de existir, su esencia quedó presente en los que descendíamos de ellas. Los cruces entre hadas y humanos, en tiempos antiguos, acabaron haciendo que nosotros, a los que solían llamarnos sensibles, pobláramos aquellas verdes y fértiles tierras.

Lo único que nos hacía especiales era ese sexto sentido que a veces teníamos, aunque en nuestro caso había ido a más desde que tocamos una Triqueta perdida en medio de un bosque a la que nos envió el fantasma de Beltane, una antigua guardiana que había muerto tiempo atrás defendiendo el Portal, pero que no parecía tener intención de alejarse de él pese a ser tan solo un espíritu.

Mila sospechaba que Ares había anulado parte de ese rastro ancestral que poseíamos los sensibles para proteger lo que quedaba del legado de su madre. No es que él lo hubiera confirmado propiamente, pero tampoco lo había negado. Los sensibles sobrevivimos, aunque no tenía del todo claro si en realidad fue cuestión de que Bres no se había tomado la molestia de aniquilarnos, sin más.

En cualquier caso, el dato más relevante para tener en cuenta era que, desde que el vínculo entre Marisa y Kellan se había forjado, los miembros de la tribu nos miraban con otros ojos. Después de una eternidad en la que nos habían ignorado, ahora tomaban la consciencia de que tal vez los sensibles éramos una pieza clave en la reconstrucción de la antigua tribu, porque, aunque fuera a través de una herencia muy lejana —y pese a ser mortales— sangre de Áine, de la tribu, corría por nuestras venas.

Kevin me había contado que estaban estudiando los pocos textos que existían en su biblioteca sobre nosotros, aunque la localización del caldero era su prioridad. Ambas cosas tenían ejes en común, porque Anam era íntima amiga de Áine, la reina de las Hadas, motivo por el que habían estado leyendo su diario. Mila nos contó que daba mucha información sobre aquel mundo que creó, sobre los diferentes tipos de magias que las hadas habían poseído, así como la historia de por qué se forjó la Triqueta de las guardianas por primera vez para separar el Portal del mundo de los hombres, pero sobre los sensibles apenas se habían escrito unas pocas líneas.

Nadie jamás nos prestó atención alguna hasta que Marisa había conseguido romper sus esquemas y sus prejuicios; igual que le sucedió a Anam, Kellan había encontrado en un sensible su amor verdadero y eso significaba que, pese a que Bres y las brujas mataron a todas las diosas de la tribu, aún había esperanza para todos ellos. De diosas solo quedaba una, Mila, pero sensibles… ¿cuántos sensibles había en Irlanda? ¿En el mundo entero?

Los irlandeses podíamos ser muchas cosas, pero desde luego no habíamos sido perezosos en

lanzarnos a la aventura para encontrar nuevas posibilidades a lo largo del mundo. Buscar el amor verdadero entre millones de personas era como intentar encontrar una aguja en un pajar. No diré imposible, pero sí complicado. En cualquier caso, se aferraban a la esperanza. Era algo que tiempo atrás ni siquiera tenían.

Marisa solía quejarse de que la mayoría solo querían encontrar una hembra que pudiera darles descendencia para fortalecer sus linajes, como si fuéramos poco más que vientres en los que gestar a sus hijos, algo que venía a ser uno de los motivos por los que Anam acabó maldiciendo a la tribu. Sin embargo, la maldición era clara: solo en el amor engendrarían. Un amor verdadero, de esos por los que estarías dispuesto a darlo todo. Tal vez cuando lo encontraran sus prioridades evolucionarían. Como había sido el caso del grandullón de Kellan, después de todo.

El olor de la hierba recién cortada llegó a mí con claridad. Cerré los ojos, dejándome llevar por aquella fragancia. Me gustaría vagar por un bosque salvaje, pero sabía que no podría hacerlo hasta que alguien ocultara mi rastro. La ciudad y su bullicio alejaban a aquel tipo de criaturas oscuras, que disfrutaban acechando entre las sombras y escondiéndose entre el follaje para atacar a los incautos.

Me acerqué a un viejo árbol y coloqué la mano sobre su tronco. Era rugoso al tacto, pero sentí la calidez de la vida que en él habitaba. Sus raíces. Cómo conectaba con todo lo que le rodeaba, como si una red infinita hiciera justamente eso: entrelazar la existencia de todas las criaturas a través de ejes que unen personas que podían parecer totalmente dispares.

Mis alas se extendieron a mi espalda al sentir el poder de la tierra que me rodeaba, pero no hice uso de él. Sabía que hacerlo era exponerme. Pude sentir el brillo del viejo castaño florecido y supe que mis pasos acabarían llevándome hasta él. No es que me sintiera orgullosa de aquel desliz, pero no contemplar la belleza de aquel árbol era un delito.

A diferencia de Marisa, que a la mínima que se despistaba tenía que aferrarse a cualquier superficie para no alzar el vuelo, mis dotes volando eran pésimas. Podía hacerlo, había conseguido elevarme un par de palmos del suelo en alguna ocasión, pero al hacerlo sentía que necesitaba, más que nunca, enraizar en él, en vez de distanciarme de la seguridad que me daba. Marisa decía que volar era la sensación más maravillosa que había experimentado, eso y un buen polvo, cómo no. La verdad era que volar me atraía poco, tal vez porque temía las consecuencias de una mala caída para mis desgastados huesos. Un buen polvo… no diré nada al respecto.

Dejé que mis viejos huesos me llevaran con pasos cortos, indecisos, hasta el antiguo castaño. Me senté a reposar en el banco de madera que solía compartir con mis amigas. Tal vez necesitaba justo eso: ver el árbol que había florecido gracias a mi magia y sentir que formaba parte de la naturaleza que me rodeaba para calmar mi inquieto corazón y prepararme para el encuentro que tal vez viviría aquella noche.

Observé el lugar en el que aquella pareja compartió su primer beso y una sensación de bienestar me invadió al momento, hasta que algo entre el follaje de los matorrales llamó mi atención: dos motas doradas.

Me quedé esperando, buscando esos ojos dorados que por un segundo me había parecido ver. ¿Un perro tal vez? Conseguí localizar una sombra verde deslizándose entre unos matorrales. Había luz en ella. Una luz que nada tenía que ver con la del sol que iluminaba esa cálida mañana de junio. Me picó la curiosidad.

Soy de esas, incluso si criticaba que la gente siguiera algo que desconoce sin pararse a pensarlo dos veces, que era lo que sucedía siempre en las películas de miedo que había visto en la televisión. No es que fueran lo mío, pero una ha de tener la mente abierta para probar cosas

antes de decidir si le gustan o no.

Me levanté y seguí un camino de tierra que pasaba a unos pocos metros de aquel lugar. La luz era más tenue, como si se hubiera alejado o, tal vez, estuviera escondiéndose. ¿Quizá podía presentir lo que yo era? ¿Las alas que brillaban a mi espalda? Que una criatura pudiera verlo no significaba que fuera algo bueno, porque hablaba de su naturaleza, pero que tuviera miedo de mí me pareció ridículo. Titubeé antes de alejarme del camino, pero no podía quedarme con esa sensación de que había asustado a alguien. O a algo.

Me dije a mí misma que conocía las diferencias que existían entre la luz y la oscuridad. Ahora más que nunca era capaz de percibir la luz de la magia de Anam y había podido presenciar, desde demasiado cerca, la oscuridad de la criatura que moraba en el Portal de las Hadas. No, aquella criatura no era mala de per se. Tal vez solo fueron motivos para justificar mi deseo de ir a su encuentro. Di unos pocos pasos, adentrándome entre la vegetación, hasta sentirme un tanto estúpida al preguntar:

—¿Hola?

Vi algo que se movía entre el follaje y admito que allí sí sentí el miedo instalándose en mi corazón. Unos segundos después, un lobo se apareció de la nada, frente a mí, haciendo que diera un brinco, pero no perdí por completo el equilibrio. Lo último que me faltaba era una cadera rota.

Me asusté un poco, la verdad, pero poseía una belleza hipnótica que era imposible dejar de admirar. Nuestras miradas conectaron y sentí un nudo en el pecho.

Sí, su silueta y su rostro eran los de un lobo, pero su pelaje tenía un color verde musgo que emitía sutiles destellos de luz, creando diminutos arcoíris a su alrededor. Sus ojos eran dorados y había una inteligencia viva en ellos. Su larga cola estaba formada por filamentos verdes trenzados que dibujaban un complejo patrón. No tenía ninguna duda de que era una criatura sobrenatural y, aunque no podría decir cómo tenía esa certeza ni el porqué, supe que me estaba buscando.

Pensé en Anam y recordé las palabras de Ares. Ella no hubiera escondido el caldero sin dejar una pista tras sus pasos. ¿Tal vez esa era la pista? ¿Un mensajero? ¿Acaso podría hablar?

El miedo que sentía quedó aplacado mientras nos mirábamos, como si presintiera que no quería hacerme daño, pero sí percibía una firme advertencia en su mirada. Algo que no supe interpretar, pero que estaba allí, bailando entre nosotros.

Mientras las dudas me asaltaban desapareció tras los matorrales. Ni siquiera lo pensé: empecé a seguirlo, intentando que mis pasos fueran ágiles, incluso si no lo eran. Ignoré los zarzales que rasgaron la piel de mis brazos mientras intentaba encontrar un camino. ¿Por dónde había ido? ¿Qué o quién era? Avancé dejándome llevar por un instinto que me instaba a seguir buscándole, aunque me sentía perdida al mismo tiempo.

Fue entonces cuando escuché un rugido a mi espalda. Mis alas se extendieron, alerta. No necesité verla para poder sentir una esencia maligna. ¿Acaso el lobo me había tendido una trampa?

Me quedé quieta, temblando, antes de encontrar el valor de girarme para verle. Me estremecí cuando mis ojos se posaron sobre una criatura de afilado pico y oscuras alas a su espalda. No era su aspecto aterrador lo que más me impactó, sino la oscuridad que destilaba a su alrededor mientras se sostenía en el aire, sin tocar siquiera el suelo.

Si era o no el lobo verde, no sabría decirlo, porque su esencia no tenía nada que ver con lo que había podido percibir previamente, aunque tal vez me había confiado de mis propias y desconocidas habilidades y aquella criatura poseía el poder de fingir ser algo que no era. Yo no

era más que una novata en un mundo infinito y mi osadía acababa de colocarme en un serio aprieto.

¿Cuánto me había desviado del camino? ¿Podría oírme alguien si comenzaba a chillar? Y, en caso de que los astros se alinearan y fuera mi día de suerte, la persona que se atreviera a acudir a mi llamada de socorro, ¿sería capaz de ver lo que se alzaba frente a mí o me tomarían por una vieja demente que se había escapado de un asilo?

Las preguntas quedaron en el aire porque sentí que se me paraba la respiración y todo proceso mental coherente cuando se irguió por completo y evidencié que sobrepasaba los dos metros. ¡Joder! Ese sí que era un buen momento para una palabra malsonante lo suficientemente rimbombante como para que escandalizara a las de mi club de lectura.

Me estremecí cuando sus pies tocaron suelo, como si acabaran de darme una bofetada. Sentí mi conexión con la tierra que me rodeaba y mis ojos se posaron en la hierba marchita, muerta, que rodeaba el lugar donde sus pies se habían colocado.

Tragué saliva a duras penas.

Su rostro era humanoide, aunque solo podían verse restos de carne sobre unos grisáceos huesos que conformaban su cráneo, en el que sobresalía ese largo pico que recordaba al de las aves rapaces. Sentí una arcada, pero me obligué a hacer algo. Intenté retroceder, pero mis piernas respondieron solo a medias y no vi una raíz que había justo detrás de uno de mis pies. Escuché un ruido sordo, como un crujido, y un dolor agudo alcanzó uno de mis tobillos. Tuve el tiempo preciso de apoyar las manos en el suelo para amortiguar la caída, aunque solo lo logré a medias y me raspé las rodillas, sin embargo, no escuché ningún hueso crujir durante el proceso.

—No, no, no…

Me giré como pude para no perderle de vista. Mis dedos se hundieron en la tierra y sentí la magia que en ella habitaba. Mis alas se extendieron a mi espalda, como si me instaran a buscar mi propia fortaleza. Si fuera capaz de alzar el vuelo, como Marisa, tal vez tendría una oportunidad de huir, pero recordé que aquella criatura también volaba y no dudaba de que lo haría mucho mejor que yo.

¿Qué me quedaba? Morir, esa era una opción que parecía brillar con cierta satisfacción en los ojos rojizos de aquella criatura. Jamás me había planteado que mi final fuera así. Con sangre salpicando el verde tapiz de un parque y mis gritos haciendo que los pájaros alzaran el vuelo por el miedo.

Algo en mí reaccionó; gruesas raíces brotaron a mi alrededor y crearon un pequeño capullo para protegerme. La criatura emitió un chillido agudo y acortó, en apenas unos segundos, la distancia hasta mi posición. Una de sus garras rasgó parte de las raíces que me rodeaban y, aunque las melló, no consiguió cortarlas por completo. Clavé las uñas en la tierra mientras sentía las zarpas de aquella criatura destrozando la cúpula vegetal que me cubría. Podía sentir cada una de aquellas laceraciones por la conexión que mantenía con la tierra mientras percibía, al mismo tiempo, el intento desesperado de cicatrizar de cada uno de aquellos rígidos tallos que no parecían dispuestos a darle vía libre hasta mi cuerpo. Dolía. Cada zarpazo. Pero no tenía otra salida que aguantar y esperar a que alguien acudiera a ayudarme.

Escuché sus agudos gritos de rabia y de frustración. Sus chillidos hacían que mi cuerpo se estremeciera y comencé a temblar mientras lloraba al mismo tiempo, pero me aferré a la vida; lo que no sabía era cuánto tiempo aguantaría. ¿Se cansaría? ¿Alguien escucharía sus gemidos y vendría a nuestro encuentro? Fue entonces, mientras intentaba encontrar una chispa de esperanza a la que aferrarme para seguir luchando, cuando un rayo de luz se coló entre el follaje de los

árboles y me trajo su recuerdo. Mi corazón palpitó con una energía renovada, la de la creencia de que podía haber un mañana y de que, tal vez, ese no era mi final.

—¡Ares! —gemí soportando el dolor de sus acometidas sobre aquellas raíces que en esos momentos también formaban parte de mí—. ¡Ares, por favor! ¡Ayúdame!

Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas cuando se evidenció que la criatura era capaz de hacer tajos más profundos y supe que mi magia no disponía del tiempo necesario para regenerarlas antes de que llevara a cabo la siguiente acometida. No saldría victoriosa de ese enfrentamiento, lo supe sin más, pero me negué a ceder.

Una luz blanca iluminó aquel perdido rincón de un parque cualquiera de Dublín. Mi corazón la reconoció antes de que lo hicieran mis ojos y supe que todo estaba bien. Sentí un alivio tal que las lágrimas de miedo se convirtieron en felicidad, antes incluso de que la amenaza de la criatura hubiera desaparecido. Pude ver a través de las raíces la silueta de un hombre alto y esbelto vestido con una túnica plateada; la luz que emitía se reflejaba en ella y le daba un aura mágica, como si fuera el apuesto héroe de un cuento infantil.

Ares, el Príncipe de las Hadas, había escuchado mi llamada.

Le observé ladear la cabeza para estudiar a aquella criatura, cuyo interés había cambiado y en vez de seguir arañando mi pequeño refugio, ahora analizaba al dios que se había aparecido de la nada frente a él.

La criatura no llegó a atacarle: Ares movió el báculo y una onda de luz surcó el espacio que los separaba hasta impactar en él. Vi como salía despedido, pero no llegó a chocar contra el suelo porque aquel ser repleto de oscuridad comenzó a disolverse ante la pureza de aquella luz, convirtiéndolo en poco más que polvo.

Creo que fue entonces cuando suspiré, agotada, y un dolor punzante hizo que desviara mi atención hacia el tobillo que tenía hinchado y de un color entre rojizo y lila. No pintaba bonito, pero dadas las circunstancias, no pensaba quejarme. Levanté la mirada para buscar a Ares y observé que estudiaba el lugar en el que estábamos antes de iniciar el camino hacia mi pequeño capullo protector. Me sentí pequeña e indefensa ante su presencia, aunque nunca antes había deseado tanto que él acudiera a mí, incluso si mi estado era deplorable y odiaba ser el centro de una de sus miradas asqueadas y acusatorias con las que estaba casi segura de que acabaría obsequiándome.

Golpeó con el báculo el suelo y las raíces que habían estado protegiéndome le reconocieron de alguna forma, porque empezaron a separarse las unas de las otras hasta dejar una abertura frente a él. Alcé el mentón y vi que sus ojos azules me observaban con cierta curiosidad. Supongo que me veía patética en esos momentos. Más de lo habitual, quiero decir. Intenté sonreír, pero creo que se quedó en algo parecido a una mueca.

—Margaret —me saludó inclinando la cabeza, alargando las sílabas.

No era la primera vez que hacía justamente eso, usar mi nombre a modo de saludo o de despedida. No estaba segura de que fuera una muestra de respeto por mi aspecto anciano o una forma de marcar la distancia que existía entre nosotros. En esos momentos no me importó. Me había salvado la vida.

—Gracias.

Su mirada se desplazó por mi cuerpo y me sentí totalmente expuesta y vulnerable. Ares era un dios antiguo y su poder… podía sentirlo a través de la tierra que lo sustentaba. Apreté los labios, intentando contener las emociones que me embargaban, mientras el aire se arremolinaba a mi alrededor y, antes de que fuera consciente de su intención, encontré mi cuerpo suspendido en la

nada.

Ares se mostró irritado cuando observó el tobillo que tenía abultado y con un color que gritaba que algo se había roto. Tal vez un tendón, quizá un hueso o, si tenía mala suerte, un poco de cada. Nada que no fuera a solucionarse con tiempo, esperaba. Ese ente caprichoso, el tiempo, que tanto tenía, pero me sobraba y faltaba a la vez.

—Estás herida.

—Creo que me he torcido el tobillo —mentí, porque sospechaba que había mucho más que una mera torcedura.

—¿Y los brazos?

Hice una mueca. Sí, tenía algunos arañazos superficiales de mi absurda obsesión por seguir al lobo a través de los matorrales, pero no eran más que eso. Rasguños.

—Vencida por unos zarzales —le confesé. Si pensó que era estúpida por bromear al respecto o por dejar que un pedazo de arbusto me ganara la partida no lo dijo en voz alta, pero su rostro seguía mostrando ese semblante serio y un tanto solemne del que no le gusta lo que ve.

—Estás sola.

—Desde hace mucho —mascullé y me arrepentí al momento, así que añadí, un tanto mortificada—: ¿Lo he dicho en voz alta?

Ares no era hombre de sonreír, pero sus ojos mostraron una chispa de diversión. ¿Que le había soltado lo primero que me había venido a la cabeza? Correcto. Me sentía cohibida frente a él y perdía parte de mi habitual elocuencia. La ironía no, por lo visto. Que decirle a Ares que estaba sola era hurgar en la llaga, porque llevaba controlando el acceso al inframundo desde antes de que yo naciera, y muy concurrida no creo que fuera su fortaleza.

—Lo has hecho bien, pero podría haberte matado —afirmó tras observar las raíces que había invocado.

—¿Qué diablos era eso?

—Un Sluagh.

—¡Mierda!

—No vas muy desencaminada, buscan entre los deshechos de los moribundos a aquellas almas luminosas que están a punto de pasar al otro lado. Supongo que tu condición puede atraerlos.

—Uno de esos fue a por Marisa —le conté mientras veía que movía una mano y una esfera de luz aparecía frente a nosotros hasta convertirse en una imagen que recordaba a la superficie de un lago en calma.

—Algo había oído. ¿Cómo la enfrentó? —me cuestionó mostrando cierto interés.

—Kellan Mac Cecht.

—Entiendo. —Sentí que el viento que me sostenía empezaba a mover mi maltrecho cuerpo en dirección a aquella superficie luminosa. Eso no tenía sentido. ¿Qué diablos estaba haciendo?

—¿Ares? —Creo que notó en mi tono el punto de desconfianza, o tal vez fueran mis pupilas dilatadas o el hecho de que extendí mis alas y mis brazos como si pretendiera frenar ese avance, incluso si no dependía de mí. Apreté los labios, intentando resistirme, pero la magia de Ares era mucho más poderosa que mis escasas habilidades y, aunque hubiera intentado que las raíces me sujetaran, dudo que sirviera de algo. Mi magia le reconocía: su madre era el origen de lo que ahora latía en mi interior.

—Necesitas recuperarte y yo no puedo permanecer por mucho más tiempo aquí.

—He quedado con Marisa y Grace en mi casa. Mila se preocupará…

—Debería hacerlo. —No me gustó que usara ese tono—. No deberían haberte dejado salir sola. ¿Cuántos ataques son necesarios para que los miembros de la tribu tomen consciencia de que estáis en peligro? ¿Entiendes que podrías haber muerto?

—Teniendo en cuenta mi edad, cada día podría hacerlo, de hecho, sin necesidad de que un ser sediento de almas tome partido en ello. —Juraría que rodó los ojos, dejándolos en blanco, pero tal vez fueron imaginaciones mías porque dudo que alguien como él hiciera algo así.

—Respecto a tu edad, para un inmortal, eres poco más que un capullo que aún ha de florecer, Margaret.

—Uno con muchas arrugas que, además, es mortal, pero, gracias, creo que eso ha sido bonito —mascullé cuando la luz estaba a pocos centímetros de mí y, aunque me resistía, mi cuerpo avanzaba hacia ella sin vacilación.

—No era mi intención. —Un inmortal un tanto capullo, para ser exactos, cuyo aspecto eternamente joven hacía que envidiara que no se hubiera convertido en una pasa arrugada por el paso del tiempo.

—No, si ya… —Sentí un estremecimiento; se suponía que debería confiar en Ares. Anam lo hacía, pero la tribu no tanto. Supongo que yo estaba en territorio fronterizo.

Había confiado en él cuando se había presentado en mi casa para explicarme la extraña visita que había recibido en la fortaleza en la que vivía y desde donde controlaba el acceso al inframundo. Ese día me vi obligada a hablarle de Mila, la hija de Anam, porque cuando él me contó lo que había pasado en la fortaleza entendí quién o qué era realmente Colin y en qué se estaba involucrando mi pequeña.

Pese a las advertencias de Ares respecto a Colin, aun sabiendo que en su herencia había sangre fomoriana, me dejé guiar por ese sexto sentido que tenía más por vieja que por sensible. Soy de las que creen que cada uno ha de encontrar su propio destino y en aquel entonces yo ya intuía que Mila amaba a Colin. Era su «Alexander», ella misma me lo había dicho. Que eso no significaba que fuera a ser algo fácil, pero sí algo por lo que valía la pena luchar. ¿Quién era yo para interferir?

Sé que no era lo que Anam hubiera deseado para ella, pero si el amor era el motivo por el que Mila había acabado adentrándose en el mundo de los Tuatha dé Dannan, creo que la hubiera apoyado, incluso si era el único descendiente vivo del viejo rey Lug.

Cuando Aislin llegó a nuestra casa entre llantos, hacía unos meses, supe que algo andaba mal y que no se trataba de una riña de amantes, como Mila pretendió colarme. Había un rastro de la oscuridad de Bres en ella, incluso si yo en ese entonces sabía poco de ese viejo dios mitad fomoriano. Podría no haberme delatado y no haber usado el collar que lucía Mila en su cuello, pero Ares me había dicho que tal vez ella estaba en peligro y que la muerte de Anam no había sido algo accidental, algo que yo siempre había sospechado en lo más profundo de mi corazón, así que le creí pese a que solo le había visto dos veces en mi vida y en la primera acabó lanzándome un conjuro para dejarme frita sobre el sofá.

Tampoco tenía otra opción que volver a hacerlo, así que, me obligué a confiar en él de nuevo. Cerré los ojos y sentí la calidez de la magia de Ares rodeándome mientras cruzaba aquella superficie que se sentía cálida y fría al mismo tiempo. A mis ciento y pocos años estaba a punto de traspasar un portal que me llevaría a quién sabía dónde.

No valía la pena lamentarse por el pasado y siempre había tenido claro que debía disfrutar del presente, porque el futuro… nunca sabes qué va a depararte el futuro.

Incluso siendo una anciana.

Mitad hada.



Un futuro incierto

Lo primero que me vino a la cabeza cuando abrí los ojos fue que había tanta luz que era imposible ver en ella. Poco a poco, lentamente, conseguí que las formas fueran definiéndose mientras mi cuerpo se movía guiado por la magia de Ares hasta un diván en el que me dejó recostada.

La estancia era grande. Techos altísimos de los que pendían lámparas de cristal que emitían suaves brillos iridiscentes, una gran mesa de mármol blanco repleta de pergaminos y objetos que nunca antes había visto y montones de libros viejos apilonados a lo largo del suelo. Ares el Blanco podía ser muchas cosas, pero por lo visto no era demasiado ordenado.

Sonreí, sintiéndome un poco menos mal.

Menos vulnerable.

—¿Dónde estamos?

—En la frontera.

Dudaba de que fuera la frontera entre Irlanda del norte e Irlanda del sur, pero reprimí el comentario. ¿Qué me había contado Mila del día que conoció a Ares? Que vivía en una fortaleza de luz en un lugar que era solo oscuridad. Sería una buena definición para describir el interior de la sala en la que me encontraba; lo que había fuera, solo por si acaso, prefería no verlo. ¿Qué pintaba un druida de la luz en un lugar como aquel? No pude evitar responderme en voz alta:

—Fomorianos.

Ares me observó y asintió. Había dejado su báculo apoyado en una silla de respaldo alto que parecía tallada en piedra. Sus manos se movieron, haciendo que el fuego prendiera en la chimenea cuando susurró una palabra en un dialecto que no llegué a comprender. Se giró para estudiarme, antes de intentar reconfortarme:

—No debes preocuparte por ellos.

—Tengo tantas preocupaciones en estos momentos que ellos, créeme, me traen sin cuidado.

No sonrió, pero me observó, como si quisiera meterse dentro de mi cabeza. Tal vez podía hacerlo, algo que sería bastante molesto, porque había muchas cosas de mi vida y de mi pasado en las que me molestaría que él metiera esa nariz afilada que resaltaba con masculina gracia en un rostro que era condenadamente perfecto.

Caminó hasta una estantería de cristal y cogió una copa; se acercó después al caldero que había sobre el fuego y el líquido ascendió hasta rellenarla. No sé por qué me sorprendió aquello: usaba la magia sin ser consciente de estar haciéndolo. Un druida. Un dios antiguo que, a diferencia de Anam, no pretendía fingir no serlo.

Miré el perfil del rostro de Ares y observé la belleza etérea que poseía; no era un hombre de rasgos duros, pero había en sus facciones una sensualidad masculina a la que pocas serían inmunes y que le daban un toque entre sereno y frío, cauto, tal vez, en el mejor de los casos.

Sonreí. A Ares le traía sin cuidado lo que la gente pensara. Lo que yo pensara. Al fin y al cabo, ¿qué importancia tenía una mera mortal entrada en años para un dios milenario que poseía magia ancestral? Supongo que eso estaba bien. Saber que las cosas eran tal y como aparentaban; sin máscaras ni falsedades.

Tampoco era que hubiera allí mucha gente como para criticar su carácter huraño y su falta de empatía. Admito que, en eso, al menos, no le envidiaba. No abandonaría mis partidas de bingo, las reuniones del club de lectura y las mañanas en el parque por nada del mundo: me supondría

un auténtico esfuerzo renunciar a esas pequeñas costumbres que amenizaban los días y las semanas que se sucedían, unos tras otros, año tras año.

—¿Vives solo?

—Eres una mujer con una extraña curiosidad por las vidas ajenas.

—Se llama ser sociable.

—Hay quien diría que es ser una entrometida.

—Es lo que tiene hacerse mayor, se pierden los filtros. —Me ignoró mientras me tendía la copa. ¡A saber qué llevaba! La olisqueé un poco y tras hacer un mohín me decanté por darle un trago. Estaba tibia y tenía un gusto ligeramente dulce. Pensaba que sería mucho peor, la verdad.

Creo que le satisfizo que lo hiciera, porque asintió con el mentón y me contestó pese a que ya había descartado que fuera a hacerlo.

—Hay un puca.

—¿Un puca? —repetí asombrada—. Mila me contó que también hay uno en la biblioteca de la tribu…

—¿Rathma? —Creo que escuchar aquello le dio cierta satisfacción.

—Me suena ese nombre, podría ser.

—Me alegra oírlo. Era un buen siervo.

No andaba equivocada, aunque esa no era la palabra que yo usaría para definir a alguien, pucas incluidos, pero no tenía intención de ponerme quisquillosa con él. Dependía del príncipe que me acompañaba para salir de aquel lugar y no quería que decidiera negarme esa posibilidad a modo de castigo por haberle enfrentado, ofendido o lo que fuera. Mejor me callaba la última frase de todo lo que me venía a la cabeza y listos.

Aquello me hizo recordar que me esperaban en mi casa. Aislin y Grace, Marisa… ¿ya se habrían dado cuenta de que me retrasaba? ¿O tal vez aún no era la hora a la que habíamos quedado? Eso me llevó a pensar en cuál era el motivo por el que habíamos decidido reunirnos las tres guardianas. Para excusarme de mi torpeza y lentitud a mi favor diría aquello de que un Sluagh había intentado matarme y mi cerebro aún funcionaba a trompicones después de aquel chute de adrenalina.

—Esta noche… había quedado con las otras guardianas. Quería intentar contactar contigo mediante el medallón.

—¿Y eso?

—Tenía ganas de empaparme de tu habitual alegría. —No pude evitarlo, lo admito, se me escaparon las palabras antes de que fuera consciente de haberlas pronunciado.

Ares frunció el ceño y no pude evitar reírme por lo bajo. Creo que eso no le gustó demasiado, pero estaba tan sorprendido que, al menos, no me reprendió y se limitó a intentar mantener una conversación de esas normales, entre adultos que no son ni milenarios ni llevan dos alas fantasmagóricas a la espalda. Una falacia, vamos.

—Habéis mejorado vuestras habilidades, tal y como os indiqué que hicierais.

—Sería más fácil si alguien nos enseñara —remarqué con un tono acusatorio. Sí, Ares nos había sugerido que debíamos esforzarnos en dominar la esencia mágica que se nos había dado, pero dábamos bastantes tumbos antes de dar un paso adelante. Nuestra magia surgía de improviso, en arrebatos impulsivos que hacía que fuera muchas cosas, pero desde luego no controlable—. Verás, no hemos encontrado un manual para medio hadas que nos oriente en cómo agilizar el proceso.

Creo que fue consciente del tono irónico que había usado, pero se mantuvo impasible. Sus

ojos me estudiaron con esa frialdad que tanto le caracterizaba, incluso si mi cuerpo se encendía ante su escrutinio.

—No puedo abandonar mis obligaciones. —No quise preguntarle cuáles eran, hay cosas que es mejor no saber.

El mundo de los Tuatha dé Dannan me venía un poco grande, incluso si, sin saber bien bien cómo, ahora también formaba parte de él por el legado que las hadas me habían dado. Hablar ya del inframundo y los fomorianos… tenía la certeza de que podía prescindir de ese tipo de información y sería mucho más feliz.

—En realidad, quería hablarte del caldero.

—¿Ya lo han encontrado?

—Por el contrario, por lo que sé, los de la tribu no tienen ni la más remota idea de por dónde empezar a buscar —le contradije, contándole nuestras penurias; si él tendría la capacidad o no de empatizar con nosotros, ya no lo tenía tan claro.

—Ya veo.

—Al menos las brujas no han creado el caos en la superficie —intenté mostrarme positiva, más por convicción que no porque confiara en que eso no fuera a suceder en algún momento, más pronto que tarde.

—Eso es raro.

—Si usaras un tono que diera la sensación de que te alegras de que sigamos todos con vida, no quedarías como un auténtico cenizo que nos ha dejado a nuestra suerte.

—Siempre que me habéis necesitado, os he dado mi apoyo. —Apretó la mandíbula y supe que había conseguido enojarlo.

En contra de lo que sería juicioso, me decanté por presionarle:

—¿Y si queremos más?

—¿Más?

—Mucho más —sentencié elevando el mentón en un gesto obstinado, incluso si mi posición recostada no me daba mucha altivez que digamos. Quería que Ares… ¿qué quería exactamente?

—¿Como qué?

Eso. Buena pregunta.

Observé al dios que tenía frente a mí. Su mandíbula, tensa, y la forma en la que parecía estar escuchándome con todo lo que era. Esa sensación, ser el centro de todo en ese momento, hizo que algo en mi interior se removiera. Saber que reflexionaría sobre lo que yo le dijera, incluso si yo no era nadie. Sabía que Ares no tomaba decisiones precipitadas, Anam me había hablado de él después de que despertara, cual bella durmiente, del conjuro de sueño con el que me obsequió la primera vez que se apareció en mi casa.

Me incorporé ligeramente, con movimientos lentos, mientras mi maltrecho cuerpo respondía a su ritmo, hasta conseguir sentarme en el diván; necesitaba sentir que estaba a su altura, al menos dentro de mi mente.

—Tú conociste a Anam —empecé—. ¿No se te ocurre dónde podría haberlo escondido?

—Si no me lo dijo… Es posible que no tuviera interés en que yo lo encontrara.

—¿Y eso? —No tengo claro por qué me confesó aquello, porque exponía que tal vez Anam no confiaba ciegamente en él, algo que debería tener en cuenta de aquí en adelante, incluso si Ares, como bien había dicho, había acudido a ayudarnos siempre que le habíamos necesitado. Qué le motivaba a hacerlo es lo que yo no tenía totalmente claro. Ni qué me instaba, a mí, a creer en sus palabras.

—Anam no era la única con sed de venganza. Ella fue magnánime con la tribu, a su manera.

—¿Qué quieres decir?

—Los tres antiguos reyes se negaron a vengar la muerte de mi madre. Con el poder del caldero en mis manos… tal vez ya no quedaría ningún vestigio de la tribu.

—Ellos ya no están, Ares —afirmé, sintiendo como el dolor aún latía en su interior.

—Pero sí sus descendientes.

—No puedes culparles de los errores que cometieron sus antepasados —le indiqué y él me sostuvo la mirada—. Han demostrado que están dispuestos a dar un paso adelante. Restauraron el linaje de Anam. Mila es ahora su lo que sea.

—¿Ha mejorado el control de su magia druídica? —me preguntó en referencia a esta última.

—Si vinieras de tanto en tanto a la superficie podrías preguntárselo tú mismo —le reté. Pude ver una pequeña sonrisa, tentativa, en su rostro. Era más de lo que me esperaba.

—Eres osada. Pocos solían tener el valor de enfrentarme.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? Yo pensaba que era una conversación amistosa entre dos viejos amigos.

—Nunca hemos sido amigos.

—Pero tuvimos amigos comunes —remarqué, incluso si sus palabras me habían dolido un poco. Algo un tanto estúpido por mi parte. Ares era un dios amargado y quejoso; yo una vieja dispuesta a estrujar la vida hasta el último momento. No existía nada que compartiéramos, excepto Anam. Ella era nuestro eje, una vez más.

—La tuvimos —admitió y, tras dar un par de zancadas, se dejó caer en la hermosa silla de piedra. Vi la luz que emitía Ares reflejarse en ella. Por una vez, me pareció más humano. No diré débil, porque alguien como él no conocía el significado de algo así.

—Llevo mucho tiempo encerrado aquí, Margaret —murmuró con un tono que parecía ligeramente cansado—. La mujer que tú conociste distaba mucho de la diosa con la que yo… me relacioné.

Supe que no era esa la palabra que pretendía usar, pero decidió rectificar al último momento. No tengo claro si fue porque no quería admitirlo en voz alta, pero yo sabía que él la había amado, aunque lo hiciera a su manera. No fueron amantes por casualidad, supongo, y aunque Anam apreciaba a Ares, no le correspondía de igual manera. Para ella siempre fue más que un amante, un amigo o un hermano, pero fue el padre de Mila el que despertó en ella el verdadero amor. Ese que tal vez Ares había aspirado a compartir con ella.

Incluso si se criaron juntos, como si fueran hermanos, en la tribu era habitual que se mantuvieran relaciones entre miembros de un mismo linaje, entre primos, nietos o inclusive hermanos; de ahí muchas de las trifulcas que tuvieron en su pasado.

—Su hija corre peligro —remarqué—. Mila es alguien muy importante para mí y sé que, de alguna forma, también lo es para ti.

—No sé dónde podría haber escondido el caldero, pero sí sé que, si lo hizo, dejó un camino tras ella para que pudiera ser encontrado. Nunca lo consideró suyo.

—¿Y qué puedes decirme de las brujas? —le cuestioné—. ¿Por qué no atacan a la tribu? Vamos a ciegas, Ares, danos un poco de tu luz, por favor.

—No sé mucho de ellas —admitió y, viendo mi aspecto abatido, acabó añadiendo, un poco a regañadientes—: Tengo algunos textos antiguos. Tal vez los eruditos de la tribu deberían centrarse en la historia de Bres. Buscar dónde y cuándo su vida se cruzó con la de ellas.

—Se lo diré a Kevin —le aseguré regalándole una amplia sonrisa. Él asintió. Sentí algo cálido

en el pecho. Una chispa de esperanza, supongo. Sabía que en la biblioteca de Dagda había información en tal cantidad que abordarla toda era un imposible, pero tenía la certeza de que encontrarían cosas al respecto.

—Anam estaba muy enojada con la tribu. Cuando escondió el caldero… Estoy seguro de que lo hizo a conciencia. Dudo que quisiera que otro miembro de la tribu se hiciera con él y pudiera intentar revertir la que consideraba su gran obra maestra.

—¿Podría hacerse? ¿Revertir la maldición de Anam que pesa sobre la tribu?

—No lo sé —murmuró el druida encogiéndose de hombros—. Tal vez, pero estoy seguro de que esa no era su intención.

—Si pudieras, ¿lo harías?

—¿Revertir la maldición? Tu curiosidad es extraordinaria —murmuró mirándome con atención, pero no parecía enojado—. No, no lo haría. La tribu se merecía ser castigada, Anam fue magnánima con ellos. Debían sufrir, aunque entiendo que no es honesto que paguen justos por pecadores; tal vez a algunos de ellos sí que habría que darles una segunda oportunidad, aquellos que demuestren que son dignos de ella.

—Colin y Kellan han demostrado que lo son —argumenté y una duda me asaltó—: ¿Y qué hay de ti? ¿No desearías ser libre para tener descendencia?

—Soy más antiguo que la maldición de Anam. Mis necesidades no son las mismas que las de los que moran en la superficie.

—Entiendo… —Aunque no lo hacía del todo.

—Es posible que lo usara para maldecir a la tribu o para decantar la guerra contra los milesianos, pero un objeto tan poderoso… dudo que acostumbrara a llevarlo encima. Anam lo heredó al poco de morir el hijo de Dagda a manos de Lug, antes de que mi madre muriera; tal vez le pidió ayuda a ella para ocultarlo.

—¿Antes que a ti? —Igual le ofendió el comentario, pero desvió la mirada en dirección a las llamas.

—Es probable que fraccionara la información en piezas y diera cada una de ellas a diferentes personas en las que confiaba. Tal vez incluso a mí, aunque no tengo consciencia de que lo hiciera. Anam tenía la extraña habilidad de esconder las cosas dejándolas a la vista.

Medité sus palabras y la ambigüedad de estas. Pensé en el collar, la llave hasta la fortaleza de Ares, cuya forma hacía referencia a la isla donde estaba la puerta de acceso. También había dejado su grimorio en el viejo baúl, a la vista de todos, aunque solo los que conocían el lenguaje de las runas serían capaces de leerlo. Por si todas aquellas pistas, ocultas a simple vista, no fueran suficientes, Mila me había contado que había encontrado un viejo puñal ceremonial de su madre enterrado entre los parterres del jardín.

—Sé lo que quieres decir. —Ares asintió—. ¿En quién confiaba Anam?

—En Dagda, por supuesto, y también en mi madre. Quiero pensar que también en mí. Ella… siempre tuvo cierta predilección por las criaturas mágicas de nuestro mundo y le fascinaban las hadas.

—Lamento lo de Áine —susurré, pensando en la madre que él había perdido y la amiga que Anam decidió vengar. Sus ojos brillaron, pero se limitó a asentir.

—Tampoco podemos descartar que Anam lo escondiera cuando yo ya regía este lugar, mi madre había muerto y Dagda desaparecido —murmuró Ares—. Si fuera así, no sabría por dónde empezar.

—No tenemos nada, así que en ese sentido cualquier pista podría venirnos bien.

Miró las llamas que ardían en la chimenea y frunció el ceño. Comenzó a acariciarse el mentón con las yemas de los dedos de una mano y no pude evitar preguntarme qué tacto tendría esa mandíbula firme cubierta tan solo por un sutil vello que le daba un aspecto sensual.

—Tal vez no es una coincidencia que ella aún siga aquí… —Su mirada se desplazó hacia mí mientras yo contenía el aliento, intentando que no notara que me había quedado presa en la silueta de su rostro como si fuera una colegiala enamoradiza.

—¿Quién?

—Las guardianas siempre velaron por el mundo secreto de mi madre; tal vez también lo hicieron con alguno de los muchos secretos que arrastraba Anam. Es solo una posibilidad, pero existe una guardiana que debería haber cruzado al otro lado, pero no llegó a hacerlo. Una que está muerta, pero sigue viva, de alguna forma, para los que sois capaces de verla. —Me quedé estupefacta ante aquella posibilidad.

Sabía a quién hacía referencia y me estremecí: Marisa había estado viendo a esa hada en sus sueños desde que era pequeña y su influencia le animó a venir a Irlanda para organizar un hotel temático en un viejo castillo abandonado donde, tiempo atrás, había estado un lugar místico conocido como el Portal de las Hadas. Sí, la misma que nos envió al bosque en el que se nos dieron esas alas que nos convertían en algo más que meras sensibles.

—Beltane.

—Tal vez ella pueda daros una respuesta. —Asintió mientras decía aquello.

—Gracias, Ares.

Se levantó de la silla y movió las manos frente a él; una luz tenue empezó a coger intensidad hasta convertirse en un nuevo portal. Lo observé con curiosidad y un punto de nerviosismo hasta que vi que al otro lado de aquella superficie que parecía de cristal estaba el comedor de mi casa.

Miré a Ares. Su rostro se mostraba sereno, como era habitual, pero parecía más vivo. Como si nuestro pequeño encuentro fuera también un soplo de aire fresco en su monotonía o, tal vez, el hecho de empujarnos en la dirección correcta le satisficiera. Yo no podría decir qué sentía exactamente en ese momento. La necesidad apremiante de salir de allí corriendo y la certeza de que, cuando lo hiciera, no podría evitar mirar atrás para volver a verle.

—Estarás bien —sentenció—. Ya deberías sentirte mejor.

Era cierto. El dolor había desaparecido y las heridas de mis brazos ya no existían. Miré a Ares, pero su expresión era hermética. Apoyé los pies en el suelo con cierto recelo y vi que el que hacía apenas unos minutos estaba hinchado y tenía un tono rojizo se veía con mucho mejor aspecto. Me incorporé lentamente, dejando que mi cuerpo se adaptara. Me sentí más liviana. Más ágil y hasta más fuerte.

Le sonreí. No tenía claro qué había hecho, pero no podía menos que agradecérselo.

—Podrías venir algún día —le indiqué, señalando con el mentón el que era mi hogar—. No te haría daño sociabilizar un poco y estoy segura de que, si trabajamos juntos, podemos conseguir cosas imposibles.

—Lo pensaré.

—No tardes mucho —le advertí, sintiéndome más fuerte, tal vez por el extraño brebaje que me había dado—. El tiempo juega en contra de algunos.

Nos sostuvimos la mirada y tras aquello dirigí mi atención hacia el portal que había abierto para mí. Lo traspasé, obligándome a no mirar atrás. Percibí la magia de Ares rodeándome y me pregunté, en silencio, cómo se sentiría si fueran sus brazos los que lo hicieran.

VI

Un reencuentro

La mortal traspasó el portal en dirección al lugar en el que ambos sabíamos que estaría a salvo. Anam no se tomaba las cosas a la ligera y, por algún motivo, se aseguró de que aquella mujer gozara de su protección divina. Probablemente la nueva guardiana no tenía del todo claro qué había hecho mi vieja amiga en la que era su casa.

No sería yo quien fuera a desvelar su secreto.

Más aún cuando era perfectamente consciente de que había cosas que desconocía y que no tenía una visión completa de todo lo referente a Margaret. Nuestros pasados habían coincidido fugazmente, pero nuestro presente parecía dispuesto a que nuestras vidas colisionaran. Algo que no tenía por qué ser algo bueno.

Tampoco podía ser una casualidad que luciera dos hermosas alas a su espalda.

Un recuerdo, un espejismo, del mundo que creó mi madre. Tenía ese porte un tanto altivo que le daba la apariencia de una maldita reina, incluso si su cuerpo había pasado ya su etapa dorada y se la veía demasiado frágil. Vulnerable.

A veces no era del todo consciente del tiempo que había pasado en la superficie de Eyre. Nuestros planos no se regían por las mismas leyes en cuanto al espacio y al tiempo y era fácil olvidar que existía algo más allá de las cuatro paredes que llevaban recluyendo mi vida desde lo que parecía una eternidad. Margaret era, sin embargo, un recuerdo patente de que el tiempo no pasaba en balde para algunos. Había aceptado proteger la frontera para complacer a mi madre y al padre de ella, Eogabail, un druida que pereció en el alzamiento de los milesianos, mucho después de que yo aceptara aquella tarea.

Tal vez la mortal tenía razón. Hacía demasiado que no me volcaba en lo que sucedía en la superficie, quizá porque nada me retenía ya allí. Incluso soportando la carga que se me había dado, antes sí que encontraba el tiempo y el interés de visitar el Portal de las Hadas, a mi madre y a Anam, aunque poco a poco mis visitas fueron espaciándose porque el mundo a mi alrededor y las personas a las que conocí antaño fueron cambiando.

Tal vez yo también.

La soledad era un arma de doble filo. Tentadora como pocas, pero también celosa hasta volverse asfixiante.

Fui hasta uno de los muebles y me serví un licor que me transportaba a épocas pasadas. A una vida, lejana, que ya no parecía pertenecerme. Una en la que sentía cierto entusiasmo con cada amanecer y no ese tedio que desde hacía tanto me acompañaba.

No tengo claro por qué alguien como ella podía conseguir ejercer tal influencia en mi persona, pero lo cierto era que tomé una decisión tras apurar el último trago; una que llevaba demasiado tiempo posponiendo.

El ocaso despuntaba en el firmamento cuando salí a la superficie.

Observé aquel lugar al que tiempo atrás había sentido como mi hogar. No me gustaba verlo rodeado de plafones de metal y de vehículos motorizados, pero al menos ahora no anidaba en él la oscuridad de aquel ente invocado por las tres brujas. Los mortales lo habían contaminado todo con su tecnología y la magia prácticamente estaba extinta. No era un mundo para alguien que, como yo, era uno con la luz. Como lo fueron las hadas.

Sentí la luz que rodeaba el Portal de las Hadas y dejé que calara dentro de mí la sensación de que algo estaba cambiando, después de todo aquel tiempo. Me apoyé en el báculo mientras caminaba hasta la parte frontal del edificio. Cerré los ojos y dejé que mi mente vagara entre el aquí y el allí, solo para cerciorarme de que estaba solo.

Hacía demasiado que rehuía ese reencuentro, pero no sabría decir el porqué.

Quizá porque todo había cambiado. El mundo que fue. Lo que ahora era. Lo que habíamos compartido y la certeza de que nada volvería a ser igual.

Tal vez no quería confirmar lo que ya hacía mucho que sabía. Incluso si aún seguía aquí, dolía porque al mismo tiempo no lo hacía.

—*Dóiteáin.* —Las llamas prendieron frente a mí, en el suelo, creando una pequeña hoguera mágica. Las observé mientras me sacaba del cinto un pequeño puñal. Rasgué la palma de mi mano en un corte único y certero y dejé que mi sangre se volcara sobre ellas e impregnara aquella tierra que me pertenecía. El Portal de las Hadas de mi madre.

Mi legado.

—Beltane, guardiana del Portal, yo te invoco. Escucha mi llamada.

Me alejé un par de pasos, consciente de que solo la magia de sangre podría lograr semejante proeza. Había cosas que no llegaba a comprender y eso me molestaba e inquietaba en proporciones semejantes.

La muerte era algo a lo que muchos de los míos temían. No sabría decir qué inspiraba en mi persona exactamente. Quizá ese era el principal problema. No quería ser como mi padre, incluso si, para algunas cosas, no podía negar las similitudes existentes entre nosotros.

Las llamas empezaron a crecer y una silueta se dibujó en ellas. Me quedé quieto, expectante, mientras la forma de una mujer alada comenzó a forjarse frente a mí. Cuando finalmente encontró la fortaleza para salir de aquel fuego que era su elemento natural, me encontré de nuevo con ella.

Beltane. O lo que quedaba de ella.

No tengo claro qué esperaba hallar. Seguía siendo ella, pero, al mismo tiempo, ya no lo era. La piel que normalmente tenía un tono tostado ahora mostraba cierta palidez y no había huella alguna de su fuego, aunque su belleza etérea seguía siendo notoria.

Nuestros ojos se buscaron y el tiempo dejó de correr a nuestro alrededor.

Debería haber estado allí. Tiempo atrás. Apreté los labios en un gesto duro, enojado con un pasado que no podía cambiar.

—Padre. —Beltane inclinó la cabeza antes de, con la gracia propia de una bailarina, hacer una reverencia.

—Si lo hubiera sabido, habría venido antes —me limité a contestarle mientras el mundo a mi alrededor respondía a mis necesidades y un trono de raíces aparecía detrás de mí para que me acomodara en él.

—Lo sé —aseguró incorporándose. Ya no había luz en ella, ni magia, solo quedaba un vestigio de lo que fue: ese espíritu rebelde e inquebrantable que ni siquiera la muerte fue capaz de aplacar por completo—. No podía saberlo. Nadie podía.

—Nunca antes ha sucedido algo así —añadí mientras ella jugueteaba con las llamas, como solía hacer de niña, aunque esta vez el poder del fuego no respondía a sus atenciones. Ya no quedaba magia en ella. Estaba muerta, incluso si seguía viva.

—Siempre pensé que se debía a que tenía una tarea pendiente. Es lo que se dice de los fantasmas después de todo, ¿no?

Asentí, reflexionando sobre aquello. Beltane, mi hija, siempre había contado con el favor de mi madre.

La había engendrado durante una festividad, un 1 de mayo, en un hada cuya belleza siempre me había cautivado. Pese a su aspecto, que no difería al del resto de hadas, la magia de mi hija siempre había sido única. Un poder más propio de la oscuridad que no de la luz, el del fuego. Sin embargo, jamás se desvió del camino. Nunca. Fue la más leal y la más valiente. Hasta su último suspiro. Incluso muerta, seguía aquí velando por el legado de mi madre. El mío. El suyo.

—Lo has hecho bien —indiqué y ella me sonrió.

—Gracias, padre.

Nos quedamos en silencio y me limité a contemplarla, recordando lo que fue y lo que ya no era.

—Debería haber estado aquí —sentencié. Se giró para observarme y negó con la cabeza.

—No hubiera podido salvarme, padre. Anam lo intentó, pero llegó demasiado tarde.

—¿Anam? —Ella asintió—. Nunca me lo contó.

—Atacaron de noche —empezó a contarme mientras desviaba la mirada hacia las llamas en las que siempre había encontrado su propio consuelo—. Aquella criatura traspasó el velo y nos encontró a todas parcialmente indefensas. Luchamos, padre, si nos hubiera visto, estaría orgulloso de nosotras.

—Siempre lo he estado —le aseguré y ella me sonrió, incluso si una lágrima traicionera recorría su mejilla.

—Nuestra magia no podía matarle. Nunca tuvimos una oportunidad, en realidad, de vencerle.

—¿Cómo lo supo Anam?

—Nunca llegué a preguntárselo —me contestó—. Intentó llegar a nosotras, pero no pudo abrir el portal sin las guardianas, así que invocó a la criatura.

—Para enfrentarla —asumí furioso porque no me hubiera contactado para acompañarla en aquella batalla.

—Se escondió entre planos y no pudo cazarla. No era ese nuestro momento, padre. Con el tiempo… soy consciente de que hay cosas que no podemos controlar. La vida. La muerte. Incluso si nos pesa.

No le contesté. Nunca sabríamos si mi magia, junto la de Anam, podría haber cambiado ese pasado oscuro y siniestro que arrasó con todo a su paso.

—¿Cuándo fuiste consciente de que seguías aquí… en parte?

—Cuando no estás viva, ni tampoco muerta, el tiempo se convierte en algo…

—Irrelevante —acabé su frase y me sonrió.

—Pasaron años antes de que entendiera que existía algo que me conectaba con el exterior.

—¿Qué quieres decir?

—Hebras invisibles —se decidió a responderme tras un titubeo—. Creo que son todas y cada una de las personas que descienden de mí —elevó la mirada y añadió—: y, por ende, de vos.

—Lazos de sangre —murmuré y me froté el mentón. Hice un gesto afirmativo para que continuara.

—Intenté tirar de todos y cada uno de ellos durante… —Suspiró—. Algunas perecían, pero aparecían otras de nuevas. Nadie parecía ser capaz de sentirme hasta Marisa.

—¿Y por qué ella?

—No supe la respuesta hasta que vino a mí. —Esperé a que continuara con su relato—. Había en ella luz, padre. Una que no tiene nada que ver conmigo, con nosotros.

—¿Qué tipo de luz?

—De la tribu —sentenció, mirándome con gesto indeciso.

—Es la pareja de uno de los descendientes de los tres reyes —afirmé, aunque supuse que eso ella ya lo sabía, porque su expresión mostraba cierto recelo. Sabía el odio que les profesaba y era algo que compartíamos. Ella había amado a mi madre tanto o más que yo.

—Estaban destinados a encontrarse, supongo —admitió ella, asintiendo—. Creo que eso hizo que fuera más fuerte y, de alguna forma, pudiera sentirme.

—Un enlace fortalece a las personas que lo conforman —reflexioné, pensando en la época en la que aún se formalizaban relaciones entre dioses, incluso si solíamos traicionarnos los unos a los otros tarde o temprano. Por culpa de eso, empezó todo. La infidelidad de la esposa de Lug. La muerte del hijo de Dagda. El ascenso de los tres reyes. Mi madre—. Puede que desde que Anam nos maldijo, exista ese vínculo antes incluso de que se formalice eso que ella llamaba amor verdadero.

—Tras darle muchas vueltas, esa es la conclusión a la que yo llegué. Más o menos…

Desvió su mirada en dirección a las llamas. Había algo que le preocupaba, pero no quise presionarla. No me sentí capaz de hacerlo. No después de todo lo que había vivido y sufrido en soledad durante todos aquellos años.

—Enviaste a las sensibles a un lugar sagrado.

—Eran tres —fue su justificación y asentí—. Simplemente lo supe. Fue el lugar en el que madre nos invistió como guardianas; no sabía qué pasaría exactamente, pero sí que la magia no podría simplemente ignorar su ascendencia.

—Un acto de fe —afirmé, incluso sabiendo que la magia que habían heredado las ponía en peligro.

Pensé en Margaret. Esperaba que se tomara más en serio su propia seguridad. Tenía que mantenerse recluida en su casa, era la mejor de las opciones. Eso y aprender a usar su magia, aunque hacerlo en un lugar que no estuviera protegido podía delatar su naturaleza en un mundo en el que ya no se creía en los seres de los que ella descendía ni en los antiguos dioses que poblaron Eyre. Habíamos caído en el olvido.

—Sin la lanza de Assal no habrían podido darle muerte.

—Lo sé —admití, incluso si lo hice a regañadientes—. El primer linaje se ha restaurado.

—La hija de Anam —afirmó Beltane mirándome con atención, como si intuyera que era un tema que me hería. Ella sabía perfectamente que Anam y yo habíamos sido amantes y amigos desde nuestra más tierna infancia.

—Vencimos a Bres —le conté y los ojos de Beltane brillaron con satisfacción—, pero aún nadie está a salvo.

—Pude oír sus voces esa noche —admitió mi hija con rostro solemne—. Las brujas. Siguen vivas.

—No sé a qué esperan, pero tenemos que prepararnos para lo peor.

—Las guardianas deberían celebrar el solsticio de verano, podría fortalecer su vínculo con la magia que han heredado y con el propio Portal. —Asentí. Los ritos antiguos deberían ser honrados ahora que el Portal de las Hadas había sido liberado.

—Quiero que cooperes con las guardianas y con la hija de Anam. Vendrán a pedirte ayuda y quiero que se la prestes.

—¿Incluso si las acompañan dioses de la tribu?

—No tenemos otra alternativa si queremos acabar con la amenaza de las brujas, aunque eso

no significa que la tribu se haya ganado mi confianza.

—Probablemente eso no lo logrará nunca —afirmó con una sonrisa traviesa Beltane.

Se la devolví y sentí que un peso se volvía más ligero en mi pecho. Hacía mucho que pensaba que la había perdido y, pese a que solo era un fantasma de la persona que fue, poder compartir con la única hija que había tenido a lo largo de los siglos ese momento era más de lo que nunca pensé que podría volver a hacer.

—Tenemos que repetir esto —le dije mientras me levantaba y las raíces que me habían servido de trono se arrastraban y volvían a ocultarse bajo tierra.

—Espero seguir aquí cuando vuelva, padre —me contestó y sentí una punzada de tristeza al pensar que podría simplemente desvanecerse en cualquier momento.

Me aproximé a ella y le tendí los brazos. Se enterró en ellos. La abracé, pero no pude sentir la calidez que solía emitir su cuerpo, el olor de su cabello o el sonido de sus alas vibrando con el viento.

Mataría a las brujas para vengar su muerte y buscaría una forma para poder retenerla en este mundo, incluso si solo quedaba un vestigio de lo que fue antaño.

Tal vez con el caldero de Dagda dispondría del poder necesario para hacerlo.

Nada había cambiado en mi fortaleza, incluso si todo parecía estar haciéndolo.

Me quedé observando una estatua que decoraba una de las muchas salas del pequeño palacio que era mi hogar. O mi cárcel. Lo que fuera.

Un hada de rostro ovalado parecía mirarme, como si esperara algo de mí, pero no tenía del todo claro el qué.

Pensaba que habían acabado con todas y cada una de ellas y, en vez de eso, ahora tenía al fantasma de Beltane y tres sensibles aladas con magia feérica que apenas comprendían. Quizá Margaret tenía razón. Alguien debería enseñarles cómo hacerse con el control del poder que poseían. Tal vez Beltane podría asumir esa labor, incluso si ahora ya no poseía su magia. Decidí que reflexionaría al respecto.

—¿Un día atípico, amo? —me cuestionó el pequeño puca con mirada llena de curiosidad, asomando un rostro repleto de pelo en el que destacaban dos enormes orejas que recordaban las de un conejo, aunque su mirada era más bien felina.

—Algo así.

—Creo que hemos tenido una visita —insistió.

—Podría ser.

—Esta vez las puertas no parecen maltrechas, amo. —Ignoré su tono alegre porque recordar al descendiente de Lug blandiendo a Assal en uno de mis salones me producía jaqueca. No le respondí porque no me apetecía tener una conversación con él. Podíamos estar semanas, o tal vez meses, sin hacerlo. No veía la necesidad de mantener una en esos momentos.

—La mujer parecía agradable. —Por lo visto era el único que apreciaría un poco de silencio en el que reflexionar sobre todo lo que había sucedido a lo largo del día.

Era inevitable que el puca hubiera estado espiándonos para saciar su curiosidad y poder verla, incluso si ninguno de los dos habíamos notado su presencia. Son criaturas cotillas, los pucas, aunque magia antigua corre por sus venas. Nunca sería tan estúpido como para despreciar lo que eso conlleva.

En cualquier caso, agradable no era como yo definiría a Margaret, pero supongo que todo eran

puntos de vista. Tenía una lengua un tanto mordaz y una curiosidad malsana que no dudaba que acabaría poniéndola en peligro. De nuevo.

¿Habría tenido el sentido común de quedarse en la casa que Anam había protegido para ella?

Mi gesto preocupado se suavizó cuando pensé en lo absurda que había sido parte de nuestra conversación. ¿Qué había dicho? Que necesitaba sociabilizar. Una pequeña sonrisa se me escapó por la comisura de los labios.

Era absurdo que alguien como ella me dijera qué podía necesitar alguien como yo, pero su carencia de respeto le daba un toque de inocencia que hacía tiempo no presenciaba. Las hadas eran altivas y arrogantes, pero rebosaban una sensualidad que hacía que les tolerara algunas de las licencias que se tomaban conmigo porque no negaré que su compañía era agradable: la música de sus cantos, la belleza de su vuelo y la calidez de sus cuerpos.

La mayoría de ellas solían frecuentar a varones mortales, igual que Beltane, durante los solsticios en los que las guardianas fusionaban ambos planos. Los infantes que engendraban solían ser entregados a sus progenitores mortales cuando superaban el año de edad, tiempo hasta el cual solían vivir protegidos por la magia del Portal de las Hadas en el reino que creó mi madre para ellas. Su naturaleza mortal no les permitía permanecer allí indefinidamente, incluso si las separaciones siempre eran duras.

Como único hijo de la Reina de las Hadas, pronto empezaron a usar ese título en mi persona cuando frecuentaba el mundo que había creado mi madre. Príncipe. Nunca necesité reconocimiento alguno, pero admito que me sentía mejor en ese mundo alternativo que no entre los miembros de la tribu, entre los que se suponía que eran mis iguales.

Igual que Anam, desde niño fui tutelado por mi abuelo Eogabail y su buen amigo, el gran Dagda. Las envidias y los rencores eran algo habituales entre los dioses y Anam y yo aprendimos rápido a ocultar parte de lo que éramos capaces de hacer. Para protegernos, supongo. Solo por si acaso. Nos convertimos en algo así como dos sombras, dos marginados entre viejos dioses altivos y arrogantes.

Tal vez, con el tiempo, yo también me estaba convirtiendo en uno de ellos.

No es que pensara que Margaret, la mortal medio hada, tuviera mucho que decir sobre mi forma de vida, pero supuse que no me podía hacer ningún daño intentar recuperar los lazos que en un pasado me unían a la superficie. El Portal de las Hadas había sido recuperado y tal vez deberíamos revivir las viejas tradiciones. Las fiestas de los solsticios y los homenajes a los que ya no estaban.

No solo por Beltane o por Margaret, también estaba la guardiana vinculada a un miembro de la tribu y que era sangre de mi sangre. Una sensible que descendía de la niña que engendró con un mortal mi propia hija. No es que tuviera especial interés en estrechar vínculos con ella, pero no podía limitarme a ignorarlo. No cuando estaba en peligro. Igual que Margaret y la moza de pelo corto cuyo nombre no había tenido interés en memorizar.

Incluso si aquellas mortales no eran hadas, era innegable que habían sido bendecidas con la magia de mi madre; cómo Beltane había sido capaz de intuir que sucedería algo así aún era un misterio.

Al igual que Anam, Áine no solía contarme todo lo que tenía en mente y muchas veces acababa descubriendo los planes que había trazado cuando ya estaban consumados. En la mayoría de esas ocasiones, madre era plenamente consciente de que no hubiera estado conforme a sus intereses, todo sea dicho. Supongo que en eso me parecía a ella; prefería mantener un silencio relativo en cuanto a compartir determinada información.

Mi carácter, sin embargo, se asemejaba mucho más al de mi padre, ese dios al que muchos temían y evitaban desde tiempos inmemorables y que ni tan solo yo tenía la certeza de si hubiese cruzado al más allá o aún seguía existiendo en algún lugar, ignorando a los que había dejado atrás. Jamás se preocupó por nadie que no fuera él mismo, pero es algo que no le critico en absoluto; puedo entender a la perfección sus motivaciones y hay veces que me gustaría ser capaz de hacer justamente eso.

Dejar de pensar en todos para pensar únicamente en mí.

Abandonar esa fortaleza.

Ignorar que al hacerlo tal vez provocaría el fin del mundo.

Las brujas a las que pretendían dar caza los descendientes de la tribu eran meras aprendices si las comparábamos con los dioses fomorianos que vivían al otro lado del abismo.

Un carraspeo me hizo recordar dónde estaba; observé al viejo puca cuya paciencia brillaba por su ausencia.

—Me temo que tendremos que revisar los viejos tomos —le indiqué, tras ignorar su curiosidad y sus comentarios.

No tenía claro cómo proteger a las nuevas guardianas, cómo encontrar el caldero ni cómo anular la amenaza de las brujas, pero estaba claro que los que prevalecían de los Tuatha dé Dannan eran incapaces de hacerlo por su cuenta, pese a los aires de grandeza de aquellos jóvenes dioses.

—¿De qué época estamos hablando? —Noté cierto retintín en su tono. Si una cosa odiaba mi vasallo era pasarse las horas entre libros.

—Bres.

—Pensaba que yacía muerto —me indicó con la mirada ligeramente asustadiza.

—Eso puedo asegurártelo, pero no podría decir lo mismo de las tres brujas que le dieron parte de su poder.

—Mal augurio.

Eso no podía negárselo.

—Igual te alegrará saber que, por lo visto, Rathma sigue viviendo en la vieja biblioteca de Dagda. Tal vez sería una buena idea visitarle, aunque no creo que los miembros de la tribu me recibieran con los brazos abiertos.

—¿Rathma? —Los ojos de aquella criatura brillaron, emitiendo leves destellos rojizos.

—El mismo.

—Yo podría encontrarle… sin ser visto. —No era que esperara algo diferente, la verdad, pero asentí, dándole el crédito de esa idea. Era un buen siervo. Rathma también lo había sido, aunque sus lealtades podían verse comprometidas ya que los Mac Gréine, los Mac Cecht y los Mac Cuill descendían de los antiguos tres reyes del tercer linaje y, por tanto, del propio Dagda. Con todo, aquel puca siempre había sido una criatura con opiniones e intereses propios. Solo esperaba que fueran en la misma dirección que los míos.

Apoyaría a las nuevas guardianas e intentaría confiar en ellas algunos de los secretos de la magia de las hadas que poblaron el Portal tiempo atrás o me encargaría de que Beltane tomara esa responsabilidad. Aún no me había decidido al respecto, pero sí volveríamos a celebrar nuestros antiguos rituales, las hogueras prenderían y regresaría parte del esplendor que tuvo tiempo atrás aquel lugar. Pronto sería el solsticio de verano y ellas abrirían el Portal para que la magia fluyera entre su mundo y el de sus antepasadas. Ni siquiera Anam había sido capaz de quebrar aquel sello por su cuenta y tenía la sospecha de que ni siquiera yo, usando magia de

sangre, pudiera lograr abrirlo. Traspasarlo sería otra cosa: después de todo, la herencia de mi padre latía en mí con tanta o más fuerza que la de mi madre.

Cerré los ojos para rememorar aquel rostro ovalado y esos ojos repletos de vida de la única mujer mortal que se ganó el afecto y el respeto de Anam, en la guardiana por cuyas venas corría mi sangre y en la joven de rostro risueño que cerraba la Triqueta. Esa a la que Bres secuestró. Tal vez no la escogió al azar, después de todo… también tendría que investigar sobre ese detalle en concreto, más adelante.

Lamentaba no tener con quién compartir mis impresiones, pero no me sentía capaz de confiar en el resto de la tribu.

Después de todo, no me era nada nuevo saberme solo.


VII

Noche de chicas

Apenas crucé el portal mágico y Marisa, Aislin y Grace aparecieron en el comedor como si hubieran podido presentir mi llegada. Me encontré sus brazos rodeándome mientras Aislin y Marisa soltaban un montón de palabrotas, una detrás de la otra, arrancándome una sonrisa.

—Pero ¿dónde diablos estabas? —acabó finalmente por recriminarme la mujer de cabellos rizados con un tono enojado.

—Estábamos a punto de dar la alarma —admitió Marisa.

—Me olvidé de avisaros de que tenía una cita.

—¿Qué…? —Apreté los labios para no reírme a carcajadas de la cara que había puesto Aislin. Entrecerró los ojos antes de añadir—: Me la quieres colar.

—Obvio, amiga —sentenció Marisa mientras me estudiaba.

Empecé a reír a carcajadas; creo que necesitaba eso, reírme de todo lo que me había pasado. Del ataque y de mi encontronazo con Ares. Era eso o ponerme a llorar y, la verdad, soy de las que en pleno ataque de histeria tienden a lo primero.

—Digamos que se me ha complicado la mañana.

—No has entrado por la puerta —intervino Marisa, a la que no se le escapaba ni una. Grace me liberó de su abrazo y pude enfrentarlas en condiciones.

—Mila está a punto de llegar —añadió Aislin—. Le hemos dicho que habías desaparecido.

—Pero…

—Igual sí que hemos dado la alarma, después de todo. Pero entre Mila o llamar a los hospitales…

—Hemos optado primero por Mila —intervino Grace, acabando la frase de Marisa, aunque se miraron y rieron por lo bajo.

—Nos estábamos poniendo nerviosas —admitió Aislin.

—Teníamos miedo de que te hubiera pasado algo —concluyó Grace, que acudió a su lado y Aislin le pasó el brazo por debajo de la cintura.

—Pues algo, lo que se dice algo, me ha pasado…

Se escuchó el ruido de abrir y cerrar la puerta principal con más ímpetu del que era necesario. Mila. Decidí no reñirla al respecto porque su rostro lo decía todo: los nervios que arrastraba al llegar, y también la tranquilidad de encontrarme allí después de todo.

—Acaba de llegar. Nos está intentando colar que se ha echado novio y que entre polvo y polvo, se le ha pasado la hora —inventó Marisa mi historia sobre la marcha, pero consiguió que Grace y Aislin empezaran a reír. Las seguí, porque la risa es terapéutica y yo necesitaba un poco de esa medicina, aunque tampoco le diría que no a un buen copazo.

Hice un pequeño mohín cuando vi que Mila se quedaba en el marco de la puerta, mirándome, como si el verme allí aplacara sus inquietudes y al mismo tiempo quisiera matarme por el mal rato que le había hecho pasar. Vi a Colin asomar detrás de ella.

—Así que está viva, después de todo. —Se ganó un codazo.

—Mala hierba nunca muere, hijo —le contesté con un tono orgulloso.

—¿Estás bien? Estábamos preocupados —me preguntó Mila con expresión más tranquila, pero arrastrando aún parte de la ansiedad de pensarme perdida.

—No me lo tengas en cuenta. No hay cobertura en la fortaleza de Ares.

—¿Perdona? —Esa había sido Aislin.

—¿Ares? —Colin parecía de repente interesado en la conversación.

—Pero ¿no se supone que hacíamos el aquelarre para llamar juntas al Blanco?

—¿Llamar a Ares? —Frunció el ceño Colin, mirándonos a las tres guardianas.

—Cosas de hadas —le soltó Marisa, quedándose tan ancha y excluyéndolo con su comentario. Vi que Mila hizo un pequeño mohín; sí, también la habíamos excluido a ella y supongo que eso no le debió de sentar especialmente bien, pero ella ahora, en muchos sentidos, estaba en otra liga.

—Nada importante —intervine—. Solo queríamos… estrechar lazos y, ya puestos, preguntarle por el caldero.

—¿Y eso?

—Kevin me dijo que no tenéis nada —me sinceré con Colin y él asintió.

—¿Por qué diablos has pasado por ese mal rato tu sola? A ese entre las tres te digo que conseguimos marearlo, pero es demasiado estirado para una sola —indicó Marisa.

—Deja de tenerle manía —le dijo Mila, sentándose en el sofá, a su lado, con expresión cansada—. Ares no te ha hecho nada.

—Si ni tan solo le puedo tener manía a alguien porque me sale del chocho, vamos listos —protestó ella y Mila puso los ojos en blanco.

—¿Has sacado algo en claro de Ares? —me cuestionó Colin, que no se atrevió a acercarse al sofá, con tanta fémina por allí suelta.

—Quizá mejor será que empiece por el principio —decidí mientras tomaba asiento.

—¿Preparo algo?

—Por favor —le pedí a Grace. Aislin se sentó a mi lado mientras Colin cruzaba los brazos sobre el pecho y se recostaba sobre la pared—. Ya puestos, para mí en vez de una infusión una copa de lo que encuentres, siempre y cuando lleve alcohol.

—Así de mal, ya veo —masculló Marisa, entre dientes.

—He salido a pasear esta mañana y he visto algo entre los matorrales.

—¿Qué quieres decir con algo? —inquirió Aislin.

—Parecía un perro, pero era de color verde… y brillaba.

—¿Un perro verde? —Las pupilas de Mila se dilataron mientras me estudiaba—. ¿Podría ser un lobo? ¿Uno verde? ¿Con la cola trenzada?

—¿Cómo diablos sabes tú eso? —le cuestioné ladeando la cabeza y entonces me iluminé—: ¿Era realmente un mensajero de tu madre?

—¿Un mensajero? —me preguntó ella, sin entender nada.

—Pude percibir que había luz en él y me planteé… que pudiera tener un mensaje. Una pista o algo. Supongo que no fue buena idea seguirle.

—¿Seguiste al Cù Sith? —murmuró Colin, frunciendo el ceño—. Eso no puede acabar bien.

—Podría haber acabado peor —intenté sonar optimista—. ¿Qué es eso? ¿Cómo puedes saber cómo era?

—Yo también lo vi. Hace años… cuando vine con el instituto a Dublín —repuso Mila.

—¿Alguien puede explicarnos qué o quién es exactamente ese lobo verde? —pidió Aislin.

—Es un mensajero de la muerte —repuso Colin.

—¡Mierda! —solté.

—Pues sí que era un mensajero, después de todo —se burló Marisa.

—Su aparición implica que corres peligro —empezó Mila—. Es posible que cuando yo vine a Irlanda quisiera advertirme de Bres. En tu caso…

—No, si hasta tiene sentido —mascullé, irritada conmigo misma por mi desconocimiento. Tal

vez si hubiera sabido lo que implicaba, hubiera puesto tierra de por medio y aquella criatura no me habría llegado a atacar.

—Estabas contándonos que lo seguiste —intervino Grace, que parecía ansiosa por descubrir el desenlace.

—Sí, eso, le seguí. Ahora veo que no fue la mejor de las ideas. No parecía malo, al contrario.

—No son criaturas malas de por sí, aunque se les asocia con calamidades porque predicen… un peligro que puede conducir a tu propia muerte —intervino Colin, haciendo sus propias conjeturas—. ¿Dónde te lo encontraste?

—En el Helbert Park. —Colin asintió, aunque no parecía muy contento con ese detalle en concreto. No es que hubiera estado en medio de la Irlanda más rural, sino que mis desgracias habían acontecido en plena ciudad—. La cuestión es que desapareció y me pareció una gran idea seguirlo entre los arbustos.

—¡Grandiosa! —se mofó Marisa, ahora que estaba en casa sana y salva. Mejor reírnos, sí.

—Moraleja, Margaret: no sigas cosas verdes que brillan —intervino Aislin mientras Grace distribuía varias copas antes de sentarse a su lado.

—Sabía que había algo en él mágico, pero no me pareció malo, al contrario. Pensé que igual era una de esas famosas pistas que nos tenían que llevar hasta el caldero o un mensajero de Anam, ¡yo qué sé! —intenté justificarme, incluso si la mirada de Mila y Grace tenía un punto crítico. Supongo que yo también las reprendería si fueran ellas las que persiguieran criaturas sobrenaturales estando a solas en medio del sitio que fuera—. El problema vino después.

Creo que respetaron mi silencio porque fueron conscientes de que necesitaba tiempo para aceptar lo que había pasado y podérselo contar. Aquella criatura. Me estremecí ligeramente y me decanté por darle un trago a mi copa para compensar la sensación de frío que comenzaba a calar en mis ancianos huesos.

—Un Sluagh.

—¡Mierda! —soltó Colin—. No suelen adentrarse en la ciudad excepto que algo les llame mucho la atención.

Todas se quedaron quietas, mirándome, tras la muestra de descontento del druida.

—¿Qué pasó? —me preguntó Mila con voz pausada, recordándome a su madre.

—Intenté defenderme —le confesé—. No lo hice demasiado mal, en realidad; me cubrí con una especie de capullo formado por raíces, pero creo que no hubiera podido contenerlo eternamente. Ares escuchó que le llamaba y vino a mi encuentro.

Los ojos de Mila descendieron al collar que llevaba prendido en mi cuello. Hizo un gesto afirmativo con el mentón.

—De ahí que hayas aparecido en el salón sin pasar por el recibidor —sentenció Marisa—. Ese tipo no respeta las propiedades ajenas. Un día entrará aquí y os encontrará echando un polvo.

Aislin rio, pero Grace se sonrojó, así que decidí tirarle un capote:

—Mientras no sea yo la que se lo esté montando sobre el mármol de la cocina…

Marisa y Aislin me miraron y las tres empezamos a reírnos a carcajadas. Colin nos miraba como si fuéramos tres locas, que un poco de razón tenía, mientras Mila mostraba una sonrisa mucho más contenida, pero repleta de felicidad.

Creo que le gustaba la complicidad que compartíamos, porque dudo que lo del polvo se lo hubiera tragado. Lo más probable era que si un semental intentara montarme de esa forma se me desencajara la cadera. Sí que sería gracioso acabar en Urgencias explicando el contexto de la emergencia.

—Así que… ¿Ares el Blanco acabó con él? —preguntó Aislin con un tono alegre.

Era Marisa quien solía llamar a Ares así, por una de esas películas de fantasía en la que había enanos, elfos y quién sabe qué más. No creo que lo hiciera por un tono admirativo propiamente, sino más bien para burlarse del druida y sus entradas dramáticas. Era un experto en ese tipo de cosas, para qué negarlo. Su habilidad creando portales era algo inaudito, por lo que había oído comentar a Colin tiempo atrás. Tenía esas excentricidades que le daban un toque severo, pero también un atractivo considerable.

—Correcto. No le duró mucho, no —admití con media sonrisa, sintiendo un pequeño hormigueo en el vientre.

—¿Y luego? —me cuestionó Grace.

—Yo tenía un tobillo torcido. —En el mejor de los casos—. Abrió uno de esos portales y me llevó a su fortaleza de mármol y granito.

—¿Te llevó allí? —susurró Mila, impresionada—. No sabía que podía transportar personas a través de los portales que abría.

—A mí no me mires —le dije, encogiéndome de hombros. Colin y ella se miraron, pero si pensaron algo en concreto, no lo compartieron con nosotros.

—¿Y una vez allí? —me interrogó Aislin, que estaba tensa.

—No creo que acabaran sobre el mármol de la cocina, eso ya te lo digo ahora, no te hagas ilusiones —soltó Marisa, haciendo que parte de la tensión de la otra se disipara, si bien yo me sonrojé. Algo que era totalmente estúpido por mi parte, lo admito. Quizá era mi culpa por haber soltado esa estupidez hacía un momento. Es lo que tiene el karma, te la acaba devolviendo.

—Me dio un brebaje y se me curó el tobillo. Muy majo él —les conté, sin darle mucho más bombo y platillo. No sé qué querían que les contara para esperarlo con tanta emoción, pero la realidad no es que hubiera sido demasiado emocionante.

—Nótese el punto de sarcasmo —añadió Marisa—. ¿Se comportó como un capullo?

—Digamos que fue él mismo. —Me miró y empezó a reír por lo bajo—. En cualquier caso, dado que me salvó la vida, no se lo voy a tener en cuenta.

—Bien visto —opinó Aislin.

—Aproveché la situación para contarle que vamos dando tumbos; que las brujas no han dado señales de vida y que no tenemos la más remota idea de dónde puede estar el caldero.

—Conociéndote, más bien le exigiste que nos echara una mano —intervino Mila, mirándome con una sonrisa ladeada.

—Más bien le supliqué un poquito —admití haciendo un mohín. Aislin rio.

—Maza en mano —bromeó Marisa—. Creo que eres de esas personas que no han suplicado en su vida.

—¡Mira quién fue a hablar! —puntualizó Mila mirando a su amiga, que le sacó la lengua a modo de respuesta.

—Voy a revisar el parque —intervino Colin, que creo que ya estaba de nosotras hasta sus partes nobles—. Lo del Sluagh en medio de Dublín es un cambio de comportamiento un tanto inquietante. Tal vez alguien le animó a salir de caza.

—Mala cosa —declaró Grace mientras Aislin la miraba con una expresión preocupada.

—¿Piensas en las brujas? —cuestionó Marisa.

—Es una posibilidad, sí —admitió él—. Han demostrado que no buscan un enfrentamiento directo. Tal vez busquen otras opciones para debilitarnos sin tener que mancharse las manos.

—Mala cosa, sí —sentenció Mila haciendo una mueca.

—No salgáis de la casa hasta que vuelva —nos pidió.

—Ten cuidado —le rogó la hija de Anam.

—Kellan no debe de andar muy lejos… —le advirtió Marisa y él se limitó a asentir.

Se acercó para besar a Mila en los labios antes de marcharse de cacería y se despidió del resto de nosotras con una inclinación de cabeza. Estaba casi segura de que lo primero que haría al salir de mi casa sería llamar a alguno de sus primos.

¿Significaba eso que no podríamos salir de la protección de las cuatro paredes que nos daba mi casa? Miré a Grace, creo que ella también estaba pensando justamente eso.

—Menudo susto —sentenció Mila.

—Y menuda mierda —añadió Grace.

—Llegados a este punto, yo optaría por hacer otra ronda y después, quizá, llamar a la policía —opinó Aislin. No esperó a que le respondiéramos y empezó a rellenar copas.

—¿La policía? —cuestioné yo, que mi actividad cerebral estaba bajo mínimos y las pillaba al cabo de un rato.

—Grace no mentía, primero hemos llamado a Mila —empezó Aislin, con una sonrisa traviesa.

—Pero mientras llegaba, digamos que también hemos activado el plan B, solo por si acaso —se justificó Marisa—. Entre que te hubiera dado un infarto o te hubiera atacado un Sluagh, discúlpanos, pero no teníamos claro hacia dónde se decantaba la balanza.

Apreté los labios, para no reír por no llorar. Su razonamiento era impecable, para qué negarlo. Comencé a reír antes de llegar a la conclusión obvia:

—Habéis llamado a la policía.

—Y a todos los hospitales de la zona.

—Les hemos dicho que una abuelita entrañable con la que vivíamos había desaparecido —explicó Grace.

—Entrañable —repetí a punto de una crisis de risa.

—Admito que quizá les he dicho algo sobre que tenías demencia senil —intervino Aislin y abrí la boca para soltar alguna barbaridad, pero ella añadió corriendo—: No se puede dar un parte de desaparición porque alguien llegue media hora tarde a casa, así que le he tenido que poner un poco de imaginación.

—Así que ahora, además de vieja, estoy loca —mascullé entre risas, menos irritada de lo que tal vez debería. Lo de vieja lo tenía bastante asumido, pero conservar todas y cada una de mis habilidades mentales era algo de lo que me enorgullecía.

—Estábamos preocupadas de que te hubiera dado un chungo —admitió Marisa y, por una vez, su expresión se suavizó, como si esa posibilidad le hubiera angustiado bastante.

—O un infarto —añadió Aislin, con un tono de voz más profesional y neutro.

—Que poder, podría, porque la cosa esa es fea de narices —admití, quitándole hierro al asunto. Estaba bien eso de poder minimizar el terror que había sufrido y convertirlo hasta en algo de lo que reírme con ellas.

—Confirmo —intervino Marisa, poniendo cara de asco.

—Si no llega a ser por Ares… —murmuró Mila, que aún no se había quitado toda la preocupación de encima.

—Mejor no pensarlo —admití—. Un lugar encantador, su casa.

—Ahora no tengo claro si lo dice de coña o no —protestó Marisa tras vaciar su copa. Era una maldita esponja, esa chica, pero no había quien la tumbara.

—Él tampoco. —Les guiñé un ojo y Aislin y Marisa empezaron a reír a carcajadas.

—Me hubiera gustado veros —aseguró esta última, con lagrimones en las comisuras de los ojos.

—No te has perdido nada. No me contó gran cosa, pero sugirió que tal vez Áine o las antiguas guardianas podrían haber ayudado a Anam a esconder el caldero.

—¿Áine? —cuestionó Mila.

—¿Las guardianas? —exclamaron a la vez Aislin y Marisa.

—Es solo una posibilidad, no sabemos si escondió el caldero antes o después de que la reina de las Hadas muriera. Dagda partió mucho antes, así que existe la posibilidad de que Áine le ayudara a ocultarlo.

—Tiene sentido —opinó Mila—. Eran grandes amigas.

—¿Y qué tienen que ver entonces las guardianas?

—Que tal vez ellas puedan darnos alguna pista.

—No estás pensando en las guardianas a nivel genérico —negó Marisa—. Estás pensando en una con nombre propio. Una que nos encasquetó dos alas encima del culo y que, además, se ocupó de que limpiáramos de mierda su casa.

—Esa misma —admití.

—Mi familia apesta —masculló Marisa, enojada.

—Así que, ¿vamos a ir a ver a Beltane? —cuestionó Grace, removiéndose con expresión emocionada en su silla.

Hacía tiempo que no la veía con ese brillo lleno de ilusión y determinación en sus ojos, por lo que me apresuré a contestarle:

—Iremos a verla.

—Cuando Colin nos libere del toque de queda —intervino Aislin, mirándonos a ambas como si fuera nuestra madre. Asentimos. Yo como que pasaba de encontrarme otro bicho de esos en lo que me quedaba de vida. Con uno ya estaba servida hasta el fin de mis días.

—Ojalá pueda decirnos algo —opinó Grace esperanzada.

—Creo que antes de presentarnos allí deberíamos hablar con el resto de la familia —opinó Mila—. Lo que ha pasado… no podemos arriesgarnos a que se repita. Si hemos de ir al Portal, lo haremos bien acompañadas.

—Si hubiera sido Grace y no Margaret… —Aislin dejó la frase inacabada.

—Pero no ha sido el caso —declaró ella para tranquilizarla, aunque todas nos miramos, con un nudo en el pecho.

Ella no tenía un colgante con el que pedir ayuda a una de las pocas personas que podían dársela. Colin tenía razón. Algo había cambiado. Y teníamos que empezar a movernos o quizá la próxima vez, el día acabaría con dolor y lágrimas.

—Mañana iremos todas a la biblioteca de la tribu —decidió Mila—. Por mucho que digan, esto afecta a las guardianas tanto como al resto.

—Yo también iré —intervino Aislin, sosteniéndole la mirada a Mila.

—Ya contaba con eso —le aseguró ella con una amplia sonrisa, cómplice.

—¿Es necesario? —mascullé entre dientes—. Con la agradable velada que he pasado con Ares, créeme que voy servida de dioses celtas.

—¿Tan malo ha sido? —me preguntó Marisa.

—No es la persona más sociable del mundo, pero quitando ese punto altivo y arrogante que tiene, teniendo en cuenta que me ha salvado la vida, creo que hasta le estoy cogiendo aprecio

—cedí, bajando un poco mis defensas, tal vez por las dos copas que ya me había fundido o porque la compañía hacía que, poco a poco, se fueran desprendiendo todas aquellas capas que cubrían ese viejo corazón mío—. Aunque admito que, si no llevara tanta ropa puesta, la velada sería mucho más amena.

—Vieja verde —me soltó entre carcajadas Aislin y le regalé una de esas miradas angelicales que reservaba para cuando estaba en la parroquia.

—Una es vieja, pero no ciega —repuse con un tono alegre.

—Echa de menos ver a Colin y a Kellan en pelotas por los pasillos —afirmó Marisa mirando a Mila y reí por lo bajo mientras ella se sonrojaba. La verdad era que no me importaba que lo hicieran y era hasta divertido, pero no era como que mi imaginación diera para mucho ya a esas alturas de la película. Con Ares… era diferente.

Supongo que porque ya había fantaseado con cómo sería el cuerpo que ocultaba la túnica que vestía la primera vez que le vi en mi casa. Sus rasgos eran más afilados que los de Colin o Kellan, cuyos cuerpos eran mucho más musculosos, pero menos atléticos. Sí, si tuviera que elegir, estaba claro por quién me decantaría. Si pudiera hacerlo. Incluso si era ridículo pensar en eso. En Ares.

—Miradlo por el lado bueno —intervino Aislin—. Vamos a tener una noche de chicas y, la verdad, creo que nos lo merecemos.

—Brindemos por ello —declaró Mila, con una amplia sonrisa en el rostro—. Estamos todas bien, del resto… ya nos preocuparemos mañana.

Seguramente no era la actitud más madura ni responsable para la que se suponía la nueva líder de los Tuatha dé Dannan, pero a mí me bastaba. Alcé mi copa y brindé con ellas. Lo que tuviera que ser, sería. Y el resto… ¡a la mierda lo enviaría!



El espejo

Colin, Kellan y Eamonn llegaron a primera hora de la mañana. Habíamos dormido entre poco y menos, porque acabamos hablando de tantas cosas al mismo tiempo que nos bebimos las horas, entre copas, sin apenas darnos cuenta.

Debería sentirme agotada y ojerosa, pero lo cierto es que me sentía viva. Quizá después de la experiencia anterior mi cerebro pretendía aferrarse a la vida con más ímpetu y ahínco, si eso era posible.

Nos distribuimos entre los coches. Acabé sentada en el asiento de copiloto del enorme vehículo de Eamonn. Se prestó a abrirme la puerta y me tendió el brazo para ayudarme a subir, porque el todoterreno no era el vehículo más fácil del mundo en el que sentarse y él tenía esos modales de quien ha vivido épocas pasadas. Se lo agradecí y me acomodé sobre la tapicería de cuero que parecía envolverme pese a mi envergadura.

—Me alegro de que estés bien —me dijo tras encender el motor. Se incorporó a la circulación sin maniobras bruscas.

—Yo también.

—Estuvo cerca, ¿verdad?

—No se lo digáis a Mila —le pedí y él me miró de reojo antes de sonreírme y asentir.

—Kevin se ha puesto de un humor de perros.

—¿Kevin?

—Te aviso por si al llegar te cae un rapapolvo. Te aprecia.

—Y yo a él —admití—. No pretendía meterme en problemas, realmente.

—Cuando el Cú Sith aparece, los problemas están a punto de encontrarte.

—¿Os lo ha contado Colin? —Eamonn asintió—. Estaría bien tener un manual o algo sobre ese tipo de cosas, ¿sabes? Vamos un poco perdidas en todo esto.

—Lo sé —admitió—. Vamos a estar más pendientes de ti y de Grace, intentaremos…

—No podéis convertiros en nuestras *nannies*.

—Tampoco podemos dejar de hacerlo —opinó él—. Mila lo decretará, os guste o no, y nosotros estamos obligados para con ella.

—Como corderitos —mascullé molesta.

—Incluso si ella no nos lo pidiera, sabes que os apreciamos. Kevin está en deuda contigo y con Grace por liberar el Portal de las Hadas, así que el resto de los Mac Gréine se mostrarán más

que dispuestos a velar por vosotras.

—¿Aidan y Brian? —Reí por lo bajo, eran un par de brutos—. Esos sí que saben pasar desapercibidos.

Eamonn se añadió a mi risa baja.

—Igual podría instalarme con vosotras, en tu casa —tanteó—. O tal vez Kevin. Ryan lo haría encantado para no tener a Kellan y Marisa empotrándose contra la primera pared que se cruza con ellos, pero alejarse de su querida biblioteca sería como amputarle un par de extremidades.

—Ese símil solo se le podría ocurrir a uno de los guerreros de la tribu —me burlé y él me sonrió.

—Me alegro de verte así, Margaret. Me asustaba encontrarte, no sé, asustadiza y trémula.

—Ares pudo gozar de esa parte. Creo que, después de mi visita, no volverá a asomar por la superficie hasta el fin de los tiempos.

—Es un tipo un tanto peculiar.

—Para qué negarlo.

—¿Sabes algo de un castaño florecido?

—¿Un castaño florecido?

—En el parque. A Colin le ha llamado la atención. Por lo visto ha dejado un rastro, una huella mágica.

—Ah… *ese* castaño florecido. —Se giró para mirarme y elevó una ceja acusatoria—. Culpable.

—Así que Colin tenía razón —asintió con aspecto divertido—. Has estado jugando a ponerle un poco de color al paisaje.

—No exactamente, pero supongo que excusarme no serviría de nada.

—Siempre puede ser un atenuante.

—¿Ahora vas de abogado?

—Te sorprendería lo que da la vida cuando eres inmortal.

—¿Estudiaste Derecho?

—Nunca he sido tan versado a los libros como los eruditos, pero darme de palos todo el día con el resto de mis primos durante siglos puede llegar a convertirse en cansino.

Le sonreí, sabiendo que ese tipo de confidencias Eamonn no las haría con cualquiera.

—Había una pareja —le conté—. Hace tiempo que pasean por el parque, pero nunca daban ese último paso. Pensé que necesitaban un empujoncito, solo eso.

—Y usaste tu magia para darle un toque de romanticismo —murmuró Eamonn sin ponerse a chillar como un energúmeno, así que supuse que le encontró un cierto sentido a mi desliz—. Y al final el efecto mariposa te atrapó en su red.

—Eso parece, sí. ¿No vas a reñirme?

—Creo que ya has aprendido el riesgo que implica hacer algo así, no necesitas que alguien te lo tire en cara.

—En eso tienes razón.

—¿Sabes qué?

—Te escucho.

—Si alguna vez estuviera en esa situación, no me importaría que anduvieras cerca. —Me guiñó un ojo. Sonreí, porque Eamonn era de esas personas tan bonitas que se merecían su propio final feliz. Hubo un tiempo en el que él suspiró por Mila. Supongo que nunca llegó a ser la pasión abrasadora que consumía a su primo Colin, pero lo cierto es que Eamonn tenía tanto amor

para dar que esperaba que encontrara algún día a esa sensible que pudiera complementarle.

—Cuenta con ello. Sacaría mi arco de Cupido y me arriesgaría a que otro Sluagh siguiera mi pista si, con eso, pudieras encontrar a tu media naranja.

—Al menos ahora nos queda la esperanza. Es posible que esa huella que dejaste en el castaño pudiera haber atraído al Sluagh. Quizá no están las brujas detrás de ese ataque, después de todo.

—Eso no sería mala cosa.

—Con todo, no debemos confiarnos.

—Lo sé. Quizá si encontramos el caldero, Ares pueda usarlo para ocultar nuestro rastro. No es que me preocupe mucho, pero lo siento por Grace. Hay tanta vida y alegría en esa chica, que estar allí encerrada la va apagando lentamente.

—Tiene mucha suerte con Aislin, es una mujer afortunada.

—Las dos lo son, sí, por haberse encontrado —admití, con una sonrisa tierna, pensando en ellas. Vi que Eamonn asentía, pero su rostro se ensombrecía ligeramente, como si también ansiara que ese tipo de fortuna le sonriera, por una vez.

Aparcamos detrás del coche de Colin, frente a un pequeño castillo de regias paredes de piedra construido en un enorme prado de ese color verde esmeralda que era característico en mi querida tierra. Varias ventanas del edificio estaban abiertas, igual que la puerta principal.

Bajé del coche observando a los tres hombres que había fuera.

—Para que te quejes —me soltó Aislin golpeándome con el codo las costillas tras acercarse con una expresión traviesa en el rostro. Tosí ligeramente y oscureció sus facciones por la culpa, así que me obligué a fingir que la tos era falsa, haciéndola reír, incluso si un poco sí que me había dolido el golpe.

Me gustaba que a veces se olvidaran de lo frágil que era en realidad. Me ayudaba a hacer lo propio. Me mordí el labio inferior mientras mis ojos recorrían los movimientos de aquellos tres varones. Tragué saliva. Quizá sí acabaría en Urgencias con una angina de pecho.

Vestían solo unos pantalones desgastados y sus torsos, parcialmente sudados, exhibían una musculatura perfecta mientras lanzaban golpes al aire que sus oponentes esquivaban con movimientos que parecían imposibles. Los estudié, buscando entre mis recuerdos para saber quién era quién. Admito que me quedé presa en los tatuajes que llevaban, así como en las cicatrices cuyas historias prefería no conocer, más que en sus rostros. Verlos entrenando juntos era un auténtico espectáculo.

Aidan Mac Gréine. Conan Mac Cuill. Brian Mac Gréine.

Tres de los guerreros de la tribu.

Ignoraron la llegada de nuestros coches mientras combatían sobre el prado con rudimentarias armas de madera. No era la fuerza de sus movimientos lo que me dejó extasiada, sino la coordinación entre ellos y la velocidad con la que ejercían cada movimiento, como si fuera una antigua danza que habían realizado durante milenios.

No andaba muy desencaminada, seguramente.

—¿Quieres un babero? —me preguntó Aislin, colocándose a mi lado. Esta vez fui yo la que le dio un codazo antes de ponerme a reír—. También puedes optar por desmayarte, en las películas funciona.

—Solo que aquí me llevarían a Urgencias y de allí directa a la planta de Geriatría o, teniendo en cuenta lo que les soltasteis ayer a los de emergencias, quizá acabo en Psiquiatría…

—Tú cuéntales lo de Ares y su fortaleza —se cachondeó Marisa, tras salir del todoterreno que Kellan había aparcado detrás del nuestro.

—Justo estaba pensando en eso —mascullé poniendo los ojos en blanco.

—Puestos a elegir, quédate en Geriatría, que tienes a Parker y no podrías estar en mejores manos —intervino Aislin, que trabajaba allí—. Tengo un abuelo en la quinientos cinco la mar de majo. Igual podría presentártelo.

—Casi que, puestos a elegir, prefiero a uno de esos —le repuse señalando a los dioses que combatían haciendo complicadas piruetas, demostrando que su naturaleza no era mortal. Las cuatro mujeres que habían llegado hasta donde yo estaba se rieron por lo bajo.

—Eres más lista…

—Que vieja —acabé la frase de Grace mostrando una mirada pilla.

—Que el hambre, más lista que el hambre —rectificó ella, entre risas.

—Yo sigo pensando que eres una vieja verde, pero, oye, por eso soy tan fan tuya —declaró Marisa mientras dos hombres salían del castillo. Dos que estaban totalmente vestidos, aunque sospechaba que sus cuerpos no carecerían de esa sensualidad masculina que parecían compartir todos aquellos dioses antiguos. No pude evitar pensar en Ares, aunque fue a otro dios con orejas afiladas a quien saludé.

—¡Kevin! —Se acercó a mí y me cogió de las manos en un gesto que mostraba el cariño que a esas alturas empezábamos a tenernos. Hice un mohín—. Nada de broncas, ya he aprendido la lección. Eamonn me ha estado sermoneando en el coche.

—Me alegro de que lo haya hecho —sentenció él con voz firme—, pero aún me alegro más de que estés bien.

—Ya estamos todos, entonces —sentenció su acompañante—. Connor está dentro. Bienvenidas al hogar de los Mac Gréine.

Ryan hizo una pequeña, pero graciosa, reverencia hacia nosotras. Grace se sonrojó y los ojos de Aislin brillaban con cierta emoción contenida. Sonreí, aunque admito que yo también estaba un poco nerviosa. Mila me había hablado de aquel lugar y aunque sabía lo que podía encontrarme dentro, supongo que nunca se está totalmente preparada. Por el momento, me habían plantificado tres tíos medio en pelotas, sudorosos y *sexies* como pocos, para probar el estado de mis coronarias, como si el Sluagh y estar en presencia de Ares no hubieran sido emociones suficientes en tan corto tiempo.

—Él es Ryan Mac Cecht —empezó Mila, presentándoselo a Grace y Aislin oficialmente, pero el eludido la interrumpió.

—El erudito del clan.

—Y el metomentodo también —añadió Kellan con expresión suficiente.

—Creo que he oído que estás especialmente interesado en que las obras del Portal de las Hadas concluyan pronto —masculló entre dientes Aislin, aunque todos pudimos oírla. Mila y yo empezamos a reír por lo bajo mientras Marisa le mostraba una peineta, acompañada de una amplia sonrisa.

—Ese mismo —admitió Ryan con una sonrisa torcida.

—¿Podéis dejar de daros golpes durante un rato y venir a presentaros? —les pidió Mila a los tres varones que seguían ignorándonos.

Lo hicieron, pero protestando.

—Brian Mac Gréine. —Su aspecto era fiero, pero sus ojos azules parecían curiosos. Sabía quiénes éramos, pero él, al igual que el resto de sus primos, a excepción de Kevin, no podían ver

nuestras alas.

—Aidan —añadió el guerrero cuyo cabello estaba teñido con ligeros toques rojizos—. Mac Gréine.

—Conan Mac Cuill —nos dijo el tercero cuando sus primos acabaron sus presentaciones.

—¿Cuál de vosotras dos es también medio hada? —cuestionó Aidan mirando a Aislin y a Grace.

—Es ella y tiene nombre, ¿sabes? —intervino Eamonn con un tono socarrón—. Te presento a Grace, pero no te hagas ilusiones, porque esta preciosidad que la acompaña es Aislin, su novia.

—¿Cómo diablos acabasteis metidas en todo esto? —les cuestionó Brian.

—Aislin y yo trabajábamos juntas en el hospital —repuso Mila—. Grace fue la que me ayudó a aceptar todo esto, porque veía cosas que a mí en esos momentos se me escapaban.

—Pensaba que había sido la vieja —soltó Aidan, mostrando el gran tacto que tenía el muchacho.

—Para viejos, me ganas —le contesté, ni corta ni perezosa. Kevin rio por lo bajo y Aidan se limitó a sonreírme y encogerse de hombros, como si no pudiera negar una verdad como aquella—. Además, puestos a elegir, me van los jovencitos, así que siento decirte que tampoco tienes ninguna posibilidad conmigo.

Ahí Eamonn y Colin empezaron a reírse a carcajadas y Kellan le dio una colleja a su primo, así como quien no quiere la cosa, antes de decirle:

—Quien juega con fuego, se quema, capullo.

—No se lo tengas en cuenta —me pidió Kevin colocando una de mis manos en su brazo para acompañarme al interior del edificio, como si fuera un galán caballero que acaba de encontrarse con una damisela, no diré en apuros, porque en esos momentos podía merendarme a Aidan. Después de estar sola con Ares, aquel guerrero era poco más que un aperitivo—. Lleva muerto de hambre desde hace milenios.

—Y no es el único —añadió Kellan con una sonrisa burlesca.

—¿Y si nos centramos en el motivo por el que hemos decidido reunirnos?

—Lo veo —opinó Conan—. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

Ya podía currármelo de ahora en adelante porque, a este paso, en la siguiente reunión me vetaban la entrada, fijo.

—¿Tienes miedo a meterte en la boca del lobo? —me preguntó Kevin cuando llegamos a los escalones de piedra que daban al acceso principal del castillo.

—Te recuerdo que ayer pasé un delicioso rato en el mismísimo infierno. —No se lo diría, pero sí que sentía un cierto nerviosismo con cada paso que me acercaba más al mundo de los Tuatha dé Dannan. Esa era una de las guaridas de aquellas criaturas milenarias cuya existencia ni siquiera los libros de texto daban por certera.

—Esa es mi chica. —Me sonrió mientras seguíamos a Grace y Aislin, cuyas manos enlazadas las ayudaba a enfrentarse a cualquier cosa.

Subimos peldaño a peldaño y Kevin se adaptó a mi ritmo, sin mostrar inconveniente alguno en que el resto ya hubieran desaparecido dentro del castillo.

—Gracias.

—Es un placer, Margaret, siempre lo es. —Pensé que me liberaría de su contacto una vez llegáramos al piso, pero, en vez de eso, colocó su mano sobre la mía y me acompañó a lo largo de los pasillos repletos de cuadros y tapices. Los observé fascinada.

—La historia de los antiguos tres grandes reyes —me contó como si fuera mi confidente—.

Admito que parte de las historias de nuestro pasado se perdieron entre secretos y mentiras, aunque aún nos afectan de lleno.

—Piensas en Anam —murmuré y él asintió.

—Seguramente eres la única persona que llegó a conocerla de verdad.

—Sin contar a Ares.

—No creo que fuera la misma mujer la que conocisteis ambos. —Ahí llamó por completo mi atención, porque ese comentario no tenía sentido, pero andaba en sintonía con lo que Ares había dicho sobre ella—. Incluso si fueron la misma persona, había tantas vivencias que separaban a la furiosa druida que condenó a la tribu en una rabieta respecto a la cariñosa amiga con la que compartías veladas en el porche de tu casa, que es como si hubieran sido dos personas diferentes. Anam se perdió, pero se reencontró por el camino.

—Todos cambiamos —admití, entendiendo a qué se refería.

—Más aún si vives mucho.

—Mucho creo que es quedarse corto en vuestro caso —le dije, guiñándole un ojo.

—Un día me gustaría escuchar tu historia.

—¿La mía? —le pregunté sorprendida.

—La tuya, claro, ¿por qué no?

—Pensaba que tendrías muchas cosas más interesantes que hacer que descubrir el pasado de una vieja arrugada y añosa.

—Conozco mujeres mucho más jóvenes que tienen muchas más arrugas que las que acumularás tú jamás en tu rostro.

—Y mucho menos simpáticas —añadí demostrando mi alto nivel de autoestima; Kevin rio al escuchar mi comentario.

—Me gustaría enseñarte algo. Tardamos apenas cinco minutos —indicó al resto y nos separamos del grupo que se dirigía a la biblioteca.

—Ares me dijo algo parecido.

—¿Que eres encantadora y que le gustaría profundizar en vuestra relación?

Me quedé parada y vi que sus ojos brillaban con una expresión traviesa. Eso de encantadora tenía un pase, pero lo de profundizar en una relación, no tenía del todo claro cómo tomármelo. Que era un adulador y coqueteaba hasta con las flores, era una realidad, pero había algo en sus ojos que a veces me hacía pensar que parte de lo que decía… Eso no tenía ningún sentido.

—No exactamente —le contesté tras hacer un mohín—. Me refiero a lo de Anam. Que la persona que yo conocí y la que él conoció… eran muy diferentes, pese a ser la misma.

—No sé si sorprenderme de que, teniendo en cuenta su alto nivel de empatía, sea capaz de apreciar ese detalle —se burló Kevin.

—Pensaba que le despreciabas menos que el resto.

—No le desprecio —negó él—. Al contrario, siento sana curiosidad por su historia, pero no es que se haya mostrado especialmente accesible.

—¿Y el resto? —cuestioné.

—Es complicado —admitió—. A los guerreros, por norma general, les repatean los druidas. Su poder es… ¿cómo te lo diría?

—¿Infinito?

—Tanto como eso, no diría, pero sí puede decantar una batalla sin importar la valía de los guerreros que participen en ella.

—Como hizo Anam.

—Sí, pero muchos otros también antes que ella. ¿Has oído la historia de aquella vez que Dagda venció a los fomorianos con su arpa?

—No.

—Al margen del caldero, que se considera el objeto druídico más poderoso de la tribu, Dagda también tenía una maza y un arpa, Uaithne. De hecho, hay quien cree que la lira que sale en el escudo de Irlanda hace referencia a ella.

—No tenía la más remota idea —repuse, sorprendida.

—En una de las muchas batallas contra los fomorianos, antes de conseguir desterrarlos, robaron su arpa.

—¿Y eso fue muy malo?

—No demasiado, porque solo aquellos que conocen las melodías mágicas que Dagda conjuró en ella pueden invocar su magia.

—¿Melodías mágicas?

—Tres, que se sepa —continuó contándome—. Cuando una de ellas sonaba en las cuerdas de Uaithne, ni el guerrero más formidable podía evitar caer rendido a su belleza.

—No me imagino a Aidan y Brian bailando —bromeé.

—Pues sería capaz de hacerles hacer mucho más que eso —añadió con una sonrisa—. Dagda y un par más de la tribu se infiltraron en el campamento de los fomorianos, pero fueron descubiertos antes de poder huir.

—Esto se pone interesante. —Kevin abrió una puerta de roble y entramos en una gran sala con una mesa central alargada de madera de color caoba. Había candelabros sobre ella y manteles de hilo que habían sido bordados con maestría.

—Dagda tocó el arpa y todos los fomorianos empezaron a reír de tal forma que ni siquiera podían sostener sus armas.

—Dicen que la risa es algo muy saludable.

—Luego cambió la melodía, para hacer que la tristeza los ahogara y su llanto se escuchó en la distancia, para, finalmente, tocar la última de las melodías.

—¿Y los mató a todos? —le cuestioné. Kevin me sonrió mientras nos acercábamos a un bonito mostrador.

—Eres más sanguinaria que el propio Dagda, no sé si eso debería de preocuparme.

—¡Kevin! —protesté.

—No, no los mató. Esa melodía hacía que cualquiera que la escuchara se sumiera en un profundo sueño. Salieron de allí ilesos, sin desenfundar una sola arma, amparados solo por la magia de algo tan ínfimo como puede ser un arpa.

—La música amansa a las fieras —argumenté, aunque aquella historia me había parecido de lo más bucólica.

—Ven, quería enseñarte esto. —Descolgó un pequeño objeto ovalado de una pared. Apenas tendía un palmo en su diámetro más largo. Observé los elegantes y finos trazos que confeccionaban un bonito paisaje en él—. ¿Qué ves?

—Un hermoso paisaje —repuse, sosteniendo el objeto que, con mimo, me acababa de entregar.

—¿Arrugado y descolorido? —me cuestionó.

—Verde y repleto de flores de todos los colores —negué. Me giré para mirarle, porque presentía que había algo que no me estaba diciendo.

—¿Qué pasaría si te dijera que no es un cuadro?

—Que pensaría que mientes.

—Tendrás que prometerme que guardarás el secreto, porque mis primos desconocen la realidad de lo que hay frente a ti.

—¿Kevin? —Alcé una ceja, tensándome.

—Es un espejo, Margaret. Lo que hay frente a ti es un espejo.

Fruncí el ceño. Desplacé mi atención de nuevo hacia el cuadro. El marco era de metal, aunque estaba deslustrado por el paso de los años. La superficie era lisa y no tenía la textura que esperarías encontrar en un lienzo antiguo, pero la imagen que había en su superficie era perfectamente visible: era un paisaje precioso, lleno de vida y repleto de luz y color. Un lugar hermoso en el que me gustaría pasear, con un libro en la mano, tal vez. Me giré para mirar a Kevin. Tenía la mirada perdida en aquel cuadro.

—Lo que para el resto es un espejo, para nosotros es en realidad un reflejo de algo que está más allá del rostro que tenemos —me explicó. Apreté los labios mientras lo comprendía.

—Te refieres a los sensibles. —Él asintió.

—Siempre supe que era diferente, incluso si nadie parecía darse cuenta hasta que apareció Mila y, después, vosotras. —Se limitó a observar el cuadro y supe que necesitaba tiempo para hacerlo, porque algo en su interior se estaba removiendo—. Lo que ves es lo que eres en realidad, Margaret, tu esencia, no lo que puede ver de ti la gente a simple vista. Da igual si usas un glamur o cuál sea tu apariencia, Margaret, las arrugas o los años que has dejado detrás de ti… Lo cierto es que sigues siendo un hermoso paisaje verde repleto de flores de todos los colores posibles. Nunca dejarás de ser eso. Incluso si solo unos pocos somos capaces de verlo.

Me impactaron sus palabras. Me temblaron ligeramente las manos y Kevin se colocó a mi espalda. Sus brazos se alargaron para rodearme y sus manos se posaron debajo de las mías, como si estuviera dispuesto a compartir esa carga conmigo. Me sentí extraña. La calidez de su cuerpo, la hermosa imagen que veía en aquel espejo. Noté que me emocionaba: por sus palabras tiernas y por la belleza del paisaje que según Kevin me representaba.

Empecé a observar ciertas tendencias. Las flores que amaba tener siempre por todos los rincones de mi casa, estampadas en mi ropa o como elementos decorativos en uno de mis sombreros de paja. Esa tierra verde y fértil, que me recordaba a la magia que ahora corría por mis venas.

Entendí lo que Kevin quería mostrarme. Nunca había dejado de ser yo misma, incluso si la edad había ido mellando mi cuerpo.

—¿Tú qué ves? —le pregunté.

—Hadas —murmuró y sentí su aliento sobre mi cabeza—. Siempre he visto hadas.

Había una mezcla de pasión y tristeza en aquella confesión. Intenté girarme para observarle y fui consciente de la proximidad que compartíamos en ese momento. Le sonreí y él me respondió haciendo justamente lo mismo.

—Eres una mujer fascinante, Margaret.

—Y tú un adulador.

—No me importaría enamorarme de ti —admitió con una pequeña sonrisa, aunque sus palabras eran ligeras, teñidas con un «quiero, pero no puedo» que me confirmó que su corazón aún no tenía dueña—. Que fueras mi alma gemela, o lo que sea.

—Dudo que pudiera darte hijos —intenté bromear, para quitarle hierro.

—Eso es cierto —admitió, haciendo un puchero—. ¿No tendrás una hija escondida por algún lado? Te prometo que la trataría bien, no como esos brutos de mis primos…

—Va a ser que no —le aseguré, con una sonrisa cómplice, tendiéndole el espejo. Se separó de mí y admito que añoré un poco la calidez de su masculino cuerpo rodeándome—. Creo que, si hubiera parido una, lo recordaría.

—Visto así, me tocará seguir buscando, supongo. Será mejor que bajemos antes de que alguno de mis primos saque conclusiones precipitadas sobre qué podemos estar haciendo. Hijos no, pero hay otras cosas que incluso a tu edad pueden ser la mar de entretenidas, te lo dice un vejestorio. —Me guiñó un ojo y me sonrojé. ¡Yo! ¡A mi siglo cumplido!

Me sentí más ligera mientras volvíamos sobre nuestros pasos para dirigirnos a la biblioteca de la tribu, un lugar que antaño había pertenecido al mismísimo Dagda. No tengo claro el porqué, pero la imagen que me había mostrado Kevin había despertado algo en mí. La necesidad, quizá, de conectar con ese yo etéreo e intentar ignorar la carcasa de pellejo y huesos frágiles que me limitaba.

Kevin tenía razón.

Yo era mucho más que un montón de años y unas cuantas arrugas.



Una reunión atípica

Apenas traspasé el marco de la puerta y fue como si entrara en otro mundo. El lugar estaba empapado de magia, una parte visible y otra simplemente podía sentirse en cada recoveco de aquel lugar que existía desde tiempos inmemorables.

Los óvalos de luz se movían por todos lados, dando la impresión de que cientos de diminutos soles iluminaban al mismo tiempo la estancia, evidenciando la naturaleza de aquel lugar. Observé fascinada la disposición errática de estanterías y libros, aquellos balcones aislados que parecían estar observándonos y las escaleras de madera de caracol que ascendían a los pasillos de los pisos superiores que se perdían a la vista.

Aquel lugar parecía infinito.

Kevin permaneció a mi lado durante el tiempo que necesité para asimilar todo lo que me rodeaba y, finalmente, me acompañó hasta la gran mesa, sentándonos en los únicos asientos libres.

Marisa elevó una ceja, como si estuviera haciendo sus propias teorías, aunque se reprimió de soltar un comentario al respecto. Que lo hiciera, no le privaría de semejante entretenimiento. Kevin y yo éramos poco más que dos almas que arrastraban sus propias penas, pero nuestra mutua compañía hacía un poco menos pesada la carga al poder compartirla.

Era cierto que el momento que habíamos compartido había sido especial. Sus palabras, la necesidad que sentía de amar y ser amado… a mí tampoco me hubiera importado que alguien como él hubiera sido mi Alexander, para qué negarlo. Era atento y vivaz, de esas personas capaces de arrancarme una sonrisa y emocionarme desde dentro, pero ambos sabíamos que estar juntos no era algo que nos estuviera deparando nuestro destino. Con todo, era innegable que nuestro vínculo iba estrechándose, poco a poco, convirtiéndonos en dos verdaderos amigos, sin importar cuál era nuestra apariencia o nuestro ciclo vital.

Una peculiar e interesante amistad, una que justo estábamos empezando a hacer florecer, a nuestro ritmo. Kevin tenía todo el tiempo del mundo y yo lo que no tenía era prisa. Mis huesos no eran capaces de seguir la velocidad de mis pensamientos, en muchas ocasiones, pero tal y como acababa de mostrarme, eso no importaba. No realmente.

—Espero que nos hayamos saltado los preludios y lleguemos ya en al momento en el que tomamos decisiones —bromeó mi acompañante. Ryan sonrió.

—Nada más lejos de la realidad, mi querido primo —negó él—. Colin nos estaba contando

algo sobre un residuo de magia en medio de un parque de Dublín que atrajo a un Sluagh.

—Casi que puedes seguir enseñándome el castillo un ratito más —le dije a Kevin y él rio por lo bajo.

—¿Qué has hecho exactamente esta vez, Margaret? —me preguntó Marisa. Que no fuera Mila me hizo pensar que había estado sonsacando a Colin durante el trayecto hasta el castillo.

—Darle un poco de color a un parque —repuse, haciendo un mohín.

—Era lo suficientemente evidente como para pensar que llamó la atención del bicho, pero tampoco podemos descartar que las brujas estén enviando a sus carroñeros a la ciudad —intervino Colin—. Aún no sé qué pensar del hecho de que viera al Cù Sith.

—Lo más prudente es que de momento os mantengáis en un lugar seguro —sentenció Ryan tras asentir y Grace se hundió por completo en su asiento.

Eso me envalentó.

—Yo puedo acatar esa *sugerencia*. —No les pasó desapercibido, por el tono que usé, el hecho de que no estaba dispuesta a seguir órdenes de nadie. Tampoco era tan estúpida como para arriesgar mi vida otra vez, pero entendía que mi situación era diferente a la de la joven hada frente a mí—. Grace tiene una vida, un trabajo… no puede simplemente hacer como que se ha muerto.

—Si no lo hace, podría morir de verdad —sentenció con dureza Aidan, el del cabello ligeramente rojizo.

—Me tomaré eso como que te ofreces voluntario para acompañarla cuando tenga que desplazarse al centro para ir a trabajar —intervino Kevin.

—No estás hablando en serio —masculló el otro, molesto.

—Necesitan protección.

—No soy la niñera de nadie.

—Tienes más probabilidades de cazar algo si andas cerca de la medio hada que si te quedas en casa con los brazos cruzados —repuso mi acompañante. Además de adulador, Kevin era un manipulador, por lo visto.

—Sigues sin convencerme. —Cruzó los brazos sobre su pecho y se recostó en el asiento, observándole, como si hubiera un pulso mudo entre ellos.

—Igual hasta la conquistas —soltó Kellan desde la otra punta de la mesa.

—¡Y una mierda! —le contradijo Aislin que tuvo la osadía de hacerle una peineta al susodicho, haciendo que Marisa se partiera de la risa.

—Podemos establecer turnos, al menos, hasta que puedan defenderse solas —intervino Eamonn—. Margaret pudo oponer resistencia hasta que llegaron los refuerzos.

—¿Contra un Sluagh? —cuestionó Conan mirándome con algo parecido al respeto.

—Unas cuantas raíces —intervino Colin—. Consiguió crear un caparazón que resistió sus embestidas hasta que Ares acudió y acabó con la amenaza.

—¿El duende?

—Tiene el medallón —le recordó Kevin a Ryan, que parecía sorprendido con esa parte de la historia.

—¿Y si ha sido cosa de las brujas?

—Quien acompañe a las guardianas tendrá más posibilidades de acabar en un callejón desangrándose —repuso Colin al escuchar la pregunta de Brian.

—Esa parte sí puede llegar a ser un aliciente —bromeó Aidan. Porque era una broma, ¿no?

—Dudo que eliminemos a las brujas chasqueando los dedos. —Colin no parecía demasiado optimista al respecto—. Pero tampoco han dado señales de vida, algo que, a mí, particularmente, me escama bastante.

—Al único que amenazaron abiertamente fue a Ares —intervino Kevin y aquello hizo que me estremeciera—. Dijeron que no volvería a alzarse.

—Porque no querían que el Portal dejara de pertenecerles —opinó Colin—. Ares es el único miembro de la tribu al que ellas reconocieron. Nosotros no estuvimos en la época en la que Bres fue destronado, ni cuando Lug y el resto desterraron a los fomorianos. Él probablemente sí.

—Su edad igual hasta justifica su carácter —opinó Kevin con una sonrisa.

—Si es tan gilipollas como los viejos, no descartaría que intentara traicionarnos a la mínima posible.

—Lleva allí encerrado una eternidad —intervino Mila, poniéndose a la defensiva al escuchar el comentario de Ryan—. No creo que sea la más gozosa de las existencias, sinceramente.

—¿A dónde quieres llevarnos? —le cuestionó Connor con expresión cauta.

—Si está allí es para mantener a los fomorianos en el otro lado, ¿no?

—Eso dice él, sí —admitió Ryan.

—De ese contexto podemos sacar dos conclusiones —continuó los argumentos de su esposa Colin—. Que sí presenció cómo los desterraron y que hace mucho que no se ha inmiscuido en lo que pasa en la superficie. Es normal que se haya vuelto huraño y hasta cierto punto desconfiado.

—Perfecto, vamos a jugar a que queremos hacernos amiguis del duende —decidió Ryan—. Si luego nos la clava por la espalda, que conste en acta que fui yo quien os lo advirtió y que pienso recordároslo para el resto de vuestra existencia.

—Si Ares o las brujas nos la juegan, posiblemente, será corta en cualquier caso —opinó Kellan, encogiéndose de hombros, como si aquello no le preocupara demasiado.

—Venga, ahora que ya hemos entrado en modo catastrofista —cortó aquello Eamonn sin mostrarse impresionado o preocupado al respecto—. ¿Qué tenemos? ¿Hay alguna pista de dónde puede estar el caldero? ¿Hemos descubierto algo tangible sobre las brujas?

—Poca cosa —admitió Connor y Conan cerró un puño con un movimiento brusco que hizo que sus nudillos crujieran. No me gustaría que esa mano en concreto rodeara mi cuello.

—Margaret estuvo hablando con Ares sobre el caldero —intervino Mila.

—No me fío del duende —gruñó Aidan y Brian, a su lado, se tensó, como si él también pensara eso.

—Me salvó la vida —le defendí.

—Es medio hada —murmuró Ryan—. Supongo que tiene sentido.

—¿Qué tiene sentido? —le cuestionó Eamonn con curiosidad.

—Que se preocupe por ellas. Es el hijo de Áine y ostenta el título de Príncipe de las Hadas —repuso Ryan.

—No estaría de más que fuera él quien las acompañara al trabajo —opinó Conan.

—A mí el Blanco que no se me acerque —masculló Marisa entre dientes.

—De eso me ocupo yo, *mo Shaol*, no te preocupes —afirmó Kellan pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Vuestra habitación está en el segundo piso, dejad lo que sea que se os está pasando por la cabeza hasta que estéis allí. —Cortó la complicidad de sus miradas Aidan con voz hastiada.

—Uno que hace mucho que no moja… —contratacó Kellan.

—Jugad a mataros luego, que ahora tenemos compañía —les cortó Kevin—. Creo que vale la

pena demostrarle a Ares que no somos como los antiguos. Tal vez, si lo hacemos, aporte más de lo que ha hecho hasta ahora.

—Nos ayudó cuando se lo pedimos —añadió Colin, defendiendo la posición de Kevin.

—Mila está de su parte —sentenció Conan—, así que mejor que nos mentalicemos de que el duende está dentro.

—Viva la democracia —masculló Brian, entre dientes. Aidan, sentado a su lado, rio su comentario.

—Si dejáis que Margaret hable —masculló Mila, molesta—, podríais saber qué le contó Ares exactamente y sacar vuestras propias conclusiones, en vez de hacerlo antes de tiempo.

—Dale —me pidió Connor.

Que todos me miraran no me ayudó mucho a empezar con mi historia. Tampoco había mucho que contar, realmente. Ares sabía poco del caldero o de cómo podíamos llegar a él. Solo tenía la certeza de que Anam dejó alguna pista. Nada que no nos hubiera dicho antes, ¿no? Estaba aquello de Áine y de las guardianas.

—No supo decirme mucho de las brujas, pero me aconsejó que buscáramos información de la época en la que Bres estuvo en el trono.

—Su alianza debió forjarse una vez Lug lo enfrentó, pero es cierto que su reinado fue siniestro —opinó Ryan y se frotó el mentón—. ¿Tal vez ellas ya le acompañaban?

—No es descabellado —opinó Connor—. Era un tirano. Tal vez ya estaba bajo su embrujo.

—No olvidemos que era mitad fomoriano —añadió Kevin.

—Excepto el linaje de Colin, todos los que fueron pervertidos por su sangre acabaron convirtiéndose en poco más que escoria —admitió Conan.

—Podemos tirar de allí —aceptó Ryan—. Al menos es otro enfoque; en lo referente a las muertes de las diosas antiguas, poco hemos encontrado que no conociéramos de antemano. Las revelaciones más importantes de nuestro pasado fue el mismo Bres quien nos las dio, y lo hizo porque no pensaba que saldríamos de allí con vida.

—Iluso.

—¿Qué más te dijo el duende? —me preguntó Ryan.

—Insistió en que Anam tenía que haber dejado una pista. Algo que marcara el camino hasta el caldero.

—No te diría, por casualidad, ¿dónde? —cuestionó con un tono irónico Conan.

—En tu culo —le espetó Kevin, regalándole una amplia sonrisa. Escuché a varios de los miembros de la tribu reírse alrededor de la mesa.

—Ares cree que depende de si escondió el caldero antes de que Áine muriera o que lo hiciera después —les conté.

—¿Qué relevancia tendría? —quiso saber Ryan, acercando su cuerpo hacia la mesa y dejando los codos reposando en ella mientras cruzaba los dedos de sus manos y colocaba la barbilla sobre ellas, mirándome, como si aquella teoría le interesara.

—Anam no confiaba en muchas personas. Ares cree que es posible que le pidiera ayuda a su madre o a las guardianas.

—¿Ayuda para esconderlo? —inquirió Connor, mordiéndose el labio inferior. Asentí.

—Si se lo dijo a su madre, ¿no habría compartido con su hijo druida ese secreto? —preguntó Connor.

—Depende de la relación que tuvieran —opinó Ryan—. O del interés de que lo hiciera.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que he leído en el grimorio de Anam, creo que disfrutaba… rompiendo los límites. Jugó con magias de todo tipo, incluso con algunas a las que muchos temían. Nos maldijo a todos, os lo recuerdo, y, además, decantó una guerra contra nosotros. No era una mujer que estuviera por chiquillerías.

—¿Y eso qué tiene que ver con Ares o Áine?

—Creo que si lo ocultó, lo haría asegurándose de que quien lo encontrara fuera digno de utilizarlo. Solo eso —concluyó Ryan.

—Cuadraría bastante con lo que me dijo Ares —admití y Ryan me sonrió—. Anam, la mujer que yo conocí, tenía ganas de vivir y sonreírle a la vida. Era amable y generosa, siempre atenta con todos los que necesitaban algo. Cuando la encontré, admito que parecía perdida, pero le tendí la mano y creo que eso… consiguió sorprenderla.

—La humanidad, en general, apesta —sentenció Brian. No pude negar que tenía parte de razón al decir aquello.

—Vale, volvamos a la diosa psicópata reconvertida en corderito —empezó Aidan y añadió, mirando a Mila—: sin ánimos de ofender.

—Podías callarte la mitad de cada frase —le recriminó Colin.

—Pero entonces sería mucho menos divertido —le retó el otro.

—Estaría bien revisar los diarios de Áine —intervino Kevin—. Igual encontramos algo referente a ocultar un objeto mágico. Algo que se nos podría haber pasado porque no teníamos claro qué buscábamos.

—Me pondré a ello —decidió Connor.

—Yo revisaré lo que tenemos de Bres, a ver si consigo descubrir algo de las brujas —sentenció Ryan, asintiendo.

—No es que la aportación del Príncipe nos lo haya puesto en bandeja, tampoco —opinó Eamonn—. Áine está muerta y del mundo de las hadas ya no queda nada.

—Nada, nada, tampoco —intervino Marisa y me miró.

—No pretendía ofender a las presentes, me refería a las hadas de la época de Anam.

Kevin rio por lo bajo.

—Esto va a ser la mar de divertido, creo que nos vamos a ir de excursión.

—No te sigo —indicó Aidan.

—Hay alguien a quien aún podemos preguntarle al respecto —sentencié, sin atreverme a decirles que me refería a un fantasma. Uno que ellos no eran capaces de ver ni oír, para ser más precisos. Una fuente de información superfiable, vamos.

—Beltane —susurró Marisa. Nos sostuvimos la mirada y asentí—. ¡Será bruja! Esa siempre sabe más de lo que dice.

—¿Beltane? —cuestionó Brian.

—El fantasma de la guardiana —concretó Eamonn, que solía escucharnos cuando se quedaba a pasar el rato por casa.

—No sé a quién me recuerda Beltane… —ronroneó Mila; ella y Marisa se miraron con una expresión cómplice.

Yo poco podía opinar sobre ella, porque había coincidido solo en contadas ocasiones, y no es que se pasara el rato intentando ser amable, precisamente. Marisa era la que más había interaccionado con ella, en parte porque llevaba toda la vida acosándola en sueños que a veces se convertían en pesadillas.

Gracias a ella, o por su culpa, según cómo se enfoque, las tres acabamos siendo criaturas

haladas a las que los Sluaghs se querían merendar a modo de tentempié. Encantadora. Admito que lo de la magia era algo increíble y que ahora me costaría prescindir de ella, pero acabar encerrada entre cuatro paredes era pagar un precio muy alto; hubiera estado bien poder estudiar los pros y los contras antes de aceptar formar parte de nuestro particular aquelarre.

—¿Cuándo? —nos preguntó Marisa.

—El lunes a la noche, cuando Aislin salga de su turno —decidió Mila, que había rechazado su plaza en el hospital y estaba dedicándose en cuerpo y alma a conocer la historia del pueblo de su madre y a controlar la magia que poseía.

—No sería mejor ir, no sé, ¿ahora mismo? —nos preguntó Ryan.

—En estos momentos puedo asegurarte que las guardianas están de resaca.

—Creo que no son las únicas —se burló Colin besándola en la cabeza.

—Nosotros buscando rastros, arriesgando nuestras vidas para enfrentarnos a un monstruo, y ellas hinchándose a licores —protestó Kellan.

—Qué vida más dura, ¿eh? —se burló Brian.

—Lo que quiere es un polvo de compensación —sentenció Aidan.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó él, entre carcajadas, y ganándose un codazo de su mujer.

—El lunes a la noche estará bien —cedió Ryan.

—Me aseguraré de que no queden operarios —declaró Marisa, ignorando los morritos que le ponía Kellan tras haber sido agredido físicamente por ella, incluso si se lo había ganado a pulso.

—Solo por curiosidad, ¿qué se supone que vais a hacer? —nos preguntó Eamonn.

—¿No es obvio? —le cuestioné con una sonrisa traviesa—. Abrir el Portal de las Hadas.

Decirlo era más fácil que hacerlo.

Nos habíamos colocado cada una en un punto cardinal, tal y como habíamos hecho cuando nos enfrentamos a aquella criatura oscura que vivía entre las dimensiones del aquí y del allí al mismo tiempo.

No era la primera vez que volvíamos a abrirlo desde entonces: Beltane le había pedido a Marisa que lo hiciéramos para asegurarse que estuviéramos a la altura y fuéramos capaces de hacerlo, pese a que solo éramos medio hadas y esa parte en concreto de nosotras estuviera en realidad muerta. Lo habíamos logrado con la satisfacción de llevarle la contraria a nuestra atípica amiga muerta.

Kevin estaba a mi lado, junto a su primo Brian. Aidan y Eamonn estaban al lado de Grace y Aislin y con Marisa estaba Kellan, como era de esperar, y a pocos metros de ellos Mila y Colin observaban todo lo que sucedía en el proceso, como si quisieran memorizarlo de todas las formas posibles.

Tras intentar abrir los brazos las unas hacia las otras y que no pasara absolutamente nada, pese a hacerlo durante un buen rato, Mila nos había animado a conectar primero con la magia que cada una de nosotras representábamos.

Tener a algunos de los guerreros murmurando por lo bajo que aquello era una pérdida de tiempo no nos ayudaba demasiado, pero supongo que prescindir de ellos y que nos viniera una bandada de Sluaghs era una opción aún más mala que la presente, así que opté por callarme más de un comentario, haciendo ver que, además de vieja, era sorda, como por lo visto ellos daban por sentado.

Tras ese primer intento frustrado, me senté en el suelo, con las piernas cruzadas, para apoyar

mis manos sobre la tierra. Había descubierto que tocándola me era más fácil conectar con el poder que me representaba. Grace solía empaparse de arriba abajo y Marisa… ella simplemente agitaba las alas, alzaba el vuelo y la magia a su alrededor se expandía, algo que mucho tenía que ver con la conexión que compartía con Kellan.

Mila nos había contado que en algunas ocasiones se establecía un vínculo entre druidas que permitía que su magia estuviera en sintonía, de forma que podían compartir su poder en caso de necesidad. Cuando me había hablado de aquello, no había podido evitar pensar en Ares y en Anam, en si ellos habrían compartido algo así, tan sumamente íntimo. Supongo que nunca sabría la respuesta, aunque tampoco era un asunto de mi incumbencia en realidad, pero era curiosa por naturaleza y me gustaba meter la nariz en los asuntos ajenos. Incluso si algunos, como Ares, podían tacharme de entrometida. Sonreí al recordarle diciéndome aquello. No debería ser un recuerdo feliz, eso de que alguien me insultara, pero no dejaba de serlo.

Dejamos que nuestra magia vibrara a nuestro alrededor, mientras el lazo que nos unía empezaba a formarse mediante líneas de luz blanquecina. Brian seguía murmurando por lo bajo, así que sobrentendí que él no podía verlas.

No diré que fuera un proceso rápido, porque tardamos varios minutos en conseguir consolidar aquella forma en la que cada una de las guardianas era un vértice, pero logramos hacerlo.

Hasta los que no eran sensibles sintieron cómo el mundo se sacudía a su alrededor y cómo todo cambiaba frente a ellos: el castillo seguía siendo el mismo, con sus andamios y sus paredes maltrechas, como si aquel lugar fuera neutro en ambos lados, pero todo su entorno era ahora un espacio de una belleza sublime.

Las flores, la luz del sol sobre el verde manto que tapizaba la tierra, los olores, el zumbido de una abeja y el piar de los pájaros. Para los que éramos capaces de ver más allá, era inevitable sentir una calidez que irradiaba y llenaba el espacio bajo el pecho, la sensación de pertenecer a ese lugar y, al mismo tiempo, la satisfacción de hacerlo.

No es que abrir el Portal nos permitiera, sin más, ver a Beltane, pero solía vivir en esa realidad, paralela a la nuestra, así que teníamos más posibilidades de que la presencia de Marisa pudiera atraerla para que se manifestara. Por desgracia, no teníamos una máquina de esas de los Cazafantasmas, así que solo nos quedaba cruzar los dedos y tener fe. En el peor de los casos, podíamos repetirlo un número indefinido de veces hasta que Beltane mostrara sus alas y, con un poco de suerte, nos diera alguna respuesta.

Por lo que Marisa nos había contado, no es que fuera muy habladora, la verdad. Se le presentaba de tanto en tanto, cuando estaba con los arquitectos que llevaban la obra o en cualquier circunstancia que pudiera ponerla en un compromiso y poner a prueba su cordura. Kellan solía decir de ella que era peor que una mosca cojonera.

En la mayoría de las ocasiones se limitaba a enviar pensamientos o palabras, a veces aleatorios, a su descendiente. A veces se quejaba del color que había elegido para las paredes o la tapicería, pero en otras le daba información de cosas más productivas y le contaba anécdotas de cómo era su vida tiempo atrás, cuando el Portal estaba poblado por hadas. Era evidente que existía una conexión entre ellas, incluso si a mi antigua inquilina le repateaba un poco todo aquello.

—Es precioso —murmuró Kevin, a mi lado, cuando los colores impregnaron todo cuanto nos rodeaba. El allí y el aquí unidos como si solo fueran uno.

—Me alegro de que te guste —le indiqué con una pequeña sonrisa. Me tendió la mano y me ayudó a incorporarme—. Apenas aguantará un par de horas y volverá a cerrarse.

—¿No debéis repetir el ritual para que eso suceda? —me cuestionó con curiosidad.

—Creo que la naturaleza del reino de Áine era mantenerse oculto —negué—. Nosotras solo podemos invertirlo de forma temporal.

—Es una apreciación interesante —afirmó mientras comenzábamos a caminar en dirección al resto del grupo.

—¿Queréis ver los avances que hemos hecho en los interiores? —nos preguntó Marisa con un tono alegre.

—¡Claro! —se animó enseguida Grace y Mila sonrió al ver su camaradería.

—Recuerda que nos prometiste una habitación especial para cuando hagáis la apertura oficial —ronroneó Aislin—. Gratiiis.

—¡Cómo para olvidarlo!, si me lo recuerdas día sí y día también —se burló ella—. Pero que te quede claro que aquí todas las habitaciones serán especiales.

—En tal caso, igual tendrías que invitarnos para que las probáramos todas —añadió Aislin con una amplia sonrisa.

—Para lo que tú quieres hacer allí dentro, te aviso que no están insonorizadas —le soltó Marisa y Aislin rio a carcajadas.

Pese a nuestra alegría compartida, pronto fue evidente que otros estaban más que nerviosos. No tengo claro si por la consciencia de que realmente teníamos la capacidad de hacerlo, abrir el Portal, o porque nuestra conversación les importaba un comino.

—¿No veníamos aquí a encontrarnos con un hada muerta? —masculló Aidan con un tono molesto.

—¿La que tienes a la espalda? —le pregunté. Se giró con un movimiento brusco, la mandíbula tensa, igual que sus fornidos y musculosos brazos.

Marisa y Mila empezaron a reír a carcajadas, aunque Grace se contuvo, porque Aidan le daba un poco de repelús y un bastante de acojone.

—Muy graciosa —masculló molesto, mirándome, al darse cuenta de que le había tomado el pelo.

—Tienes que admitir que ha tenido su punto —opinó Kevin, sonriéndole. Fue entonces cuando, los sensibles, pudimos oír palabras perdidas que nos trajo el viento. El mensaje era claro:

—*Os estaba esperando.*



El Portal de las Hadas

Los que pudimos oírla palidecimos ligeramente; eso hizo que los que no eran capaces de escucharla se tensaran y miraran en todas direcciones, intentando ver lo que suponían que nosotros estábamos presenciando. Brian llevó la mano al pomo de su arma y en la palma de Colin aparecieron unas pequeñas llamas tras susurrarle algo al viento. Todos estaban alertas.

—¿Os habéis puesto de acuerdo para jodernos al resto? —cuestionó Aidan, que estaba tenso, con el ceño fruncido y la mirada entrecerrada, estudiándonos.

—Sabe que estamos aquí —murmuró Marisa—. Ha dicho que nos estaba esperando.

—¿Dónde está? —inquirió Eamonn, mientras Kevin se acercaba a mí y colocaba su brazo sobre mis lumbares, como si quisiera reconfortarme ante la presencia de aquel fantasma.

—De momento solo la hemos oído —contesté.

—Allí. —Señaló Grace.

Nos quedamos quietas mientras una sombra se acercaba a nosotras. Nos rodeó en un movimiento fluido y, como si pretendiera hacer una entrada dramática, acabó formándose la silueta inerte y translúcida de una hermosa hada. Nos observó, uno a uno, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Se acercó a Colin, que no era capaz de verla; con las yemas de los dedos acarició las llamas que prendían en su mano. Apretó los labios, como si le pesara aquello: no poder sentirlas, tal vez, o haber perdido su poder.

Desvió la atención de Colin, para centrarla en Eamonn y Brian. Se demoró un tiempo, como si quisiera estudiarlos, antes de pararse frente a Kevin. Ladeó la cabeza y se convirtió en brisa, una silueta desdibujada, que parecía ser arrastrada por el viento como si fuera una hoja meciéndose alrededor de nosotros hasta volverse definida, de nuevo, a un par de metros de distancia, en el centro de nuestro atípico grupo.

Se giró para observarnos mientras le sosteníamos la mirada. Beltane se acercó de nuevo, con movimientos sensuales y sinuosos, propios de una bailarina. Kevin siguió cada uno de ellos con atención y creo que algo parecido a la admiración. Si era cierto lo que me había contado al mostrarme aquel espejo, él siempre había visto hadas en aquel retrato. Ahora estaba frente a una de ellas, una real, aunque muerta.

—*Me ves.*

—Lo hago.

—¿Qué coño está pasando? —masculló Aidan, molesto.

—Beltane está aquí —le informé, con suavidad, como si temiera que su rudeza pudiera espantarla—. Creo que está sorprendida de que hayáis venido con nosotros.

—A Kellan ya lo ha visto otras veces —intervino Marisa—. Pero nunca habíamos abierto el Portal con tanta gente cerca.

—*Tuatha dé Dannan. Descendientes de los antiguos tres reyes… traidores.*

—No nos culpes por los errores de los que fueron nuestros antepasados, porque no somos responsables de sus actos, pero sí de los nuestros —repuso Kevin, incluso si ella estaba caminando alrededor de Aidan, como si lo estuviera estudiando.

Si él pudo sentir su presencia no dio muestras de ello. Beltane estaba frente a él, como si esperara algo. Tenía la cabeza ladeada y su mirada estaba repleta de rabia y odio, pero también de una tristeza tan profunda que me golpeó de tal forma que la sentí como mía.

—Ayudamos a las guardianas a restituir el Portal de las Hadas y si estamos aquí es para demostrarte nuestro respeto —intervino de nuevo Kevin.

Se giró, pero en ese momento su mirada parecía perdida. Di un paso hacia ella, como si quisiera decirle que todo estaba bien, incluso si para ella nada lo estaba. Sentí una absurda necesidad de consolarla por todo lo que había sido y ya no era, lo que había perdido.

—Las hogueras volverán a arder —susurré—. Como lo hicieron el 1 de mayo.

Me miró. Vi una pequeña sonrisa en sus ojos, aunque no llegó a sus labios. Asintió.

—*Sabía que vendríais* —afirmó antes de volver a susurrar—: *Os estaba esperando.*

—Así que está aquí. —Llegó a la conclusión obvia Eamonn. De todos los que no podían verla, creo que era el que estaba más tranquilo, aunque Colin había hecho desaparecer las llamas de la palma de la mano, una señal de autocontrol que intentaba demostrar que confiaba en ella, aunque seguramente solo lo hacía a medias.

—Genial —gruñó Aidan—. Odio cuando hay cosas que no puedo ver.

—Porque entonces no puedes matarlas —puntualizó Kellan.

—Tú sí me conoces —masculló el guerrero con una amplia sonrisa.

—Os recuerdo que ya está muerta —remarcó Eamonn, con expresión neutra, aunque parecía cauto. Creo que tampoco le gustaba la sensación de no poder controlar lo que sucedía a su alrededor.

—Ignora a mis primos. Yo lo hago constantemente —le dijo Kevin a la que tiempo atrás había sido un hada.

Beltane empezó a caminar entre los guerreros que nos acompañaban, incluso si ellos no podían verla. Sus movimientos eran femeninos y gráciles. Verla era simplemente fascinante.

Rodeó a Eamonn antes de centrar su atención en Brian, en Kellan, en Colin y finalmente se colocó de nuevo frente a Aidan, sus ojos fijos en los del guerrero. Vi sus alas cerrarse a su espalda en un gesto que transmitía tristeza y dolor.

Se alejó de ellos para dirigirse a Kevin:

—*¿Por qué tú puedes verme y oírme, pero ellos no?*

—Un antepasado mío engendró en un hada. Incluso si mi ascendencia es lejana, soy un sensible. —Ella asintió, como si eso hiciera que aquel misterio cobrara sentido y, tras sentir satisfecha su curiosidad, volcó su atención en nosotras.

—*Venís a buscar respuestas que no poseo.*

—Aún no te hemos preguntado nada —masculló molesta Marisa.

Beltane se giró hacia ella y sonrió con una expresión altiva y llena de suficiencia que me

recordó un poco a la mujer de carne y hueso que había frente a ella.

—*En primer lugar, os diré que no sé quiénes son las brujas.*

—Va a resultar que nuestra visita es bastante obvia —murmuró Grace, con gesto culpable.

Beltane se acercó a ella, le rozó con un dedo la mejilla, una suave pero fantasmagórica caricia, mientras le sonreía como si quisiera mostrarle su afecto o, tal vez, agradecerle su sinceridad.

—*Me alegro de verte* —le susurró.

—Gracias por lo que me concierne —masculló Marisa, entre dientes. Intenté contener una carcajada al ver la muestra de celos de la que era su descendiente.

—*Aquella criatura apareció aquí a medianoche. No las vimos, porque ellas no pudieron cruzar el portal. El engendro… causó el caos entre los mortales que vivían en el castillo y, al hacerlo, fue ganando poder. Tardó apenas una hora en cubrir los pasillos de sangre; no diferenció entre hombres, mujeres o niños.*

—¡Hijo de puta! —balbuceó Marisa, apretando los puños. Kellan se tensó, a su lado.

—Beltane nos está contando lo que pasó en el Portal —intervino Kevin antes de que alguno de sus primos alzara sus armas.

—Y no fue bonito —intuyó Eamonn. Asentí.

—*Se alimentó de sus gritos y de su miedo. También de sus cuerpos. Una vez su oscuridad se fortaleció, cruzó el Portal sin necesidad de que fuera abierto. Lo enfrentamos, pero no pudimos vencerlo.*

—Por eso sabes lo que sucedió cuando liberamos el Portal, escuchaste las voces que nos amenazaron —intervino Mila y ella asintió—. Las que pusieron a esa criatura aquí, las tres brujas, siguen vivas y, en algún momento, deberemos enfrentarlas. Necesitamos tu ayuda, Beltane.

—*No soy más que un espectro* —susurró elevando las manos y mirando a través de ellas. Se me heló la sangre al verla hacer eso.

—Ares, el Príncipe de las Hadas, nos habló de un caldero. Uno que había pertenecido a Dagda y que, por lo visto, mi madre heredó. Creemos que lo ocultó en algún lugar… y necesitamos dar con él.

—*¿Para qué queréis el caldero?* —Se tensó Beltane, girándose hacia Mila.

—Lo necesitamos para proteger a las guardianas y, si es preciso, para usarlo contra las brujas. —Se sostuvieron la mirada, pero el fantasma no parecía dispuesto a torcer su brazo.

—Mila no miente. Hace un par de días un Sluagh me atacó —intervine, captando toda su atención—. Lo que somos ahora, mitad vivas y mitad muertas, les atrae y eso nos pone en peligro. No es la primera vez que sucede algo así, Beltane, antes de liberar el Portal Marisa sufrió un ataque y si Kellan no hubiera estado a su lado…

—*¿Cómo sobreviviste?* —me preguntó con curiosidad.

—Ares intercedió.

Beltane se quedó quieta, mirándome. Frunció el ceño, como si no acabara de entender aquello. Se acercó al lugar en el que estaba y una corriente la envolvió, arrastrándola a mi alrededor como si fuera solo una bruma antes de convertirse de nuevo en un fantasma de rasgos definidos, frente a mí.

—*¿Cómo pudo él saberlo?*

Saqué el colgante de Anam de debajo de mi ropa y se lo mostré.

—Mila lo heredó de Anam y, tras convertirnos en guardianas, ella me lo cedió a mí.

—*Él te escuchó* —susurró mirándome. Me sorprendió acercándose a mí mientras me tendía

ambos brazos con algo parecido a una sonrisa en su rostro. Acerqué los míos a los suyos y noté algo cálido sobre mis antebrazos mientras ella los tomaba, aunque no se llegó a sentir como si alguien me estuviera tocando—. *Siempre lo hará. Algo ha cambiado.*

—¿En qué sentido? —cuestionó Kevin.

—*Anam maldijo a la tribu con ese caldero, poco después de que Dagda partiera.*

—Conoces la historia —le dije, aún con sus brazos sujetos a los míos, sintiéndola y sin sentirla al mismo tiempo.

—*Los dioses antiguos eran caprichosos, egoístas y narcisistas. Primero fueron las hadas, porque nos consideraban inferiores respecto a su estatus, pero luego las diosas también sufrieron de sus abusos. Dagda les condenó a amar a una única mujer, pero en su afán de perpetuar sus linajes, no tenían reparo en adueñarse de mujeres que no les correspondían para dejarlas en cinta.*

—No necesitaban amarlas para hacerlo —susurró Mila, mostrando en su rostro cómo esa realidad la enojaba por dentro.

—Hasta que Anam intervino —concluyó Kevin—. Tal vez, más que una maldición, nos ayudó a encontrar el camino. —Beltane se separó de mí para observarlo—. El primer linaje ha sido restituido y no solo eso: has visto a mi primo Kellan y a su esposa, tu guardiana, otras veces. Sabes que algo ha cambiado.

—*Lo ha hecho* —cedió ella, tras asentir.

—Las guardianas corren peligro —insistió Mila—. El Príncipe de las Hadas cree que puede protegerlas, pero necesita el caldero, y nosotros… cualquier cosa que nos pueda ayudar a enfrentar a tres brujas milenarias, créeme que nos vendría muy bien. Hace unos meses ni siquiera sabía la verdad de la historia de mi madre; estamos aprendiendo a trompicones y ni siquiera sabemos de cuánto tiempo disponemos.

—*Queréis matar a las brujas.*

—Mejor eso a que nos maten ellas —declaró Marisa y Beltane asintió, como si al menos en eso estuviera de acuerdo.

—*¿Y después?*

—¿Después de matarlas? —le cuestionó Kevin.

—*Hay cosas que no deben ser alteradas.*

—No sé qué os está diciendo, pero contad conmigo para eso de matar lo que sea —sentenció Aidan.

Brian rio por lo bajo. Beltane se giró para mirarle antes de continuar hablando:

—*Si ellas os robaran el caldero…*

—Lo esconderemos en un lugar seguro —intervino Mila—. En el mismo que lo dejó mi madre, si es preciso. Somos los primeros interesados en no ponerles las cosas fáciles, más bien al contrario.

—*¿Y el druida?* —nos cuestionó.

—Beltane está preocupada por cómo usaremos el caldero y de que nos lo roben —le explicó Mila a Colin.

—Algo que podría ser un verdadero inconveniente —convino Kevin.

—Haremos lo que sea necesario para protegerlo —declaró Colin, hablándole al aire, sin saber dónde estaba aquel fantasma de la guardiana que fue antaño.

—*El deseo de Dagda y el de Anam no debe ser corrompido. Su maldición… debéis jurar que jamás intentaréis quebrarla.*

—No quiere que usemos el caldero para romper la maldición de Anam ni la de Dagda —repitió Kevin en voz alta—. Creo que es una petición razonable.

—¿Podría hacerse? ¿Romper la maldición? —murmuró Brian, impactado ante aquella posibilidad.

—Si las brujas nos matan antes, no —repuso Eamonn—. Está bien para mí. Lo que haya de ser, será. Después de todos estos siglos, puedo esperar unos pocos más.

—Lo que está exigiendo que aceptemos esta mierda de fantasma es algo que no tiene derecho a pedirnos —masculló Aidan—. Lo que somos. Creo que llevamos suficiente tiempo condenados por pecados que nosotros ni siquiera cometimos como para que nos venga con esas pretensiones.

—¡Joder, podríamos ser libres! —susurró Brian.

—Ya lo somos —sentenció Kevin—. Desde que se cumplió la profecía, hay futuro para todos nosotros: Kellan es la prueba de que no miento. Ahora es solo cuestión de tiempo.

—Hacedlo —sentenció Aidan.

—Ya los has oído —repuso Mila—. Respetaremos tu voluntad.

—*¿Y él?*

—¿Colin? —le pidió Mila a su marido.

—Llevo siglos fingiendo no ser un druida —empezó él—. Lo que soy no va a cambiar con o sin caldero; mi único interés es que las brujas no puedan llegar a mi mujer o, algún día, a nuestra descendencia. Respetaré, ahora y siempre, la voluntad de Dagda y la de Anam, la verdadera heredera al trono de los Tuatha dé Dannan.

—Es una decisión que deberíamos consensuar con el resto de la familia —intervino Brian—. Esto no solo nos afecta a nosotros.

—Ryan y Connor tienen claras cuáles son sus prioridades —repuso Kevin—. Conan…

—A él le preocupa más matar a las brujas que buscarse esposa —sentenció Eamonn con una sonrisa torcida.

—Estamos de acuerdo, en tal caso —asintió Brian, aunque vi que aceptar aquello le pesaba—. Supongo que ese es el menor de nuestros problemas, en estos momentos.

—Sé que todos estos años no han sido fáciles para vosotros, pero hay esperanza —reflexioné en voz alta mientras me acercaba a Kevin—. El amor siempre encuentra su camino.

—Son palabras muy bonitas, vieja —intervino Aidan con gesto duro—, pero lo cierto es que a mí conformarme únicamente con una mujer, me pesa bastante. Llevo demasiado tiempo gozando de varias al mismo tiempo… Ya no me importa si el apellido Mac Gréine cae algún día en el olvido, esa carga se la cedo a mis muy queridos primos.

Hizo una pequeña reverencia hacia Kevin y él sonrió.

—Me gusta tu punto de vista, primo, tener descendencia está sobrevalorado —opinó Brian tras golpearle en el costado.

—No lo hará, los Mac Gréine volverán a alzarse —les aseguró Kevin—. Tengo la certeza de que los Tuatha dé Dannan resurgiremos, lo dice la profecía: «Cuando el primer linaje sea restituido, la magia de los antiguos resurgirá de nuevo en aquellos que de su sangre nacieron. Pasado en el presente y futuro en su vientre. El ciclo de la tribu comenzará de nuevo».

Le tendió un brazo y su primo Aidan lo tomó. Un pacto silencioso entre ellos.

—Así sea —sentenció Mila—. Nada cambiará.

—¿Qué sabes del caldero? —le cuestionó Marisa, que parecía ansiosa por llegar al quid de la cuestión.

—*Anam le pidió a la Reina de las Hadas su ayuda para ocultarlo* —nos confesó Beltane.

Ares tenía razón, después de todo. Sonreí. Nos había dado un cabo del que tirar.

—¿Y sabes dónde está? —le cuestionó Marisa. Beltane negó.

—*A la Reina de las Hadas le gustaba dejar sus recuerdos más preciados en lugares a los que acudía, para, con el paso de los años, revivirlos.*

—¿Revivirlos? —murmuré sorprendida.

—*Su magia quedaba impresa y, en ella, sus recuerdos. Solo las hadas podíamos verlos en cualquier caso. Fragmentos de su vida, de lo que ella fue.*

—¿Recuerdos impresos? —Fue Grace la que cuestionó aquello; alzó la mirada hacia Mila. Se sonrieron, como si compartieran algo que solo les pertenecía a ellas en ese momento.

Mila hizo un gesto afirmativo antes de añadir:

—Visitamos el lago de Limerick, hace un tiempo, antes de que Grace fuera una guardiana, cuando estábamos buscando respuestas sobre mi madre. Creo que encontramos la tumba de Áine y vimos…

—Sus recuerdos —concluyó Grace, asintiendo. Beltane sonrió, como si se sintiera orgullosa al respecto.

—*Entonces ya sabréis qué habéis de buscar* —sentenció antes de elevarse ligeramente.

—Pero no dónde —replicó Grace.

—*Antes de partir en vuestra búsqueda, necesitaría que hicierais algo por mí.* —Nos quedamos en silencio. Supongo que todo tiene un precio. La ayuda de Beltane, también—. *Pronto será el solsticio de verano…*

—Y quieres que prendamos hogueras —masculló Marisa, entre dientes, como si hacer aquello le repateara.

—*Quiero que hagáis mucho más* —le contradijo ella—. *Vuestro poder también está vinculado a este lugar. Si honráis las fiestas y seguís los antiguos rituales, la magia de este lugar volverá a su antiguo esplendor y vosotras seréis las conductoras de ese poder.*

—Quiere que celebren aquí el solsticio de verano siguiendo las antiguas tradiciones —murmuró Kevin.

—¡Será divertido! —ronroneó Kellan, mordiéndose el labio inferior.

—Lo haremos —sentencié, mirando a Beltane. Ella asintió, como si diera por sentado que mi palabra era ley.

—*Después del solsticio, buscad en el lago del árbol o en las viejas cruces del norte. Esos lugares, junto el lago de Limerick, eran los favoritos de la Reina de las Hadas.*

Su mirada nos recorrió a las tres, una tras otra, acabando en Marisa. Ignoró a los miembros de la tribu que nos acompañaban y la bruma que formaba su silueta explotó en miles de pedazos, dejando la nada en el espacio en el que hacía un momento había estado, pero solo nosotras y Kevin presenciamos su peculiar despedida.

—¿El lago del árbol? —preguntó Grace frunciendo el ceño—. ¿Las viejas cruces del norte?

—La próxima vez podrías ser un poco más críptica, Beltane —masculló Marisa, enfadada.

—No le des ideas —le advertí, entre risas.

—Sé dónde está el lago del árbol —murmuró Kevin—. *Loch Craobh*.

—*Loch Craobh* significa lago del árbol en irlandés, aunque tal vez os suena esa zona como el Lough Crew —nos explicó Eamonn—. ¿Eso no estaba cerca de Oldcastle, en Meath?

Colin asintió, pero fue Kevin el que nos contó lo que sabía de aquel lugar:

—Es posible que Beltane se refiriera al Sliabh na Caillí. Es una zona en la que hay, en la cima de una cordillera, varias tumbas megalíticas. Su datación es muy antigua y es posible que los

viejos las frecuentaran o que las hicieran construir.

—Cuando dice tumbas, se refiere a unas tres docenas, algunas de las cuales seguramente no estarán ni excavadas —intervino Aidan—. Podemos pasarnos una buena temporada allí, según lo que tardéis en revisar cada una de ellas para encontrar… ¿qué exactamente? ¿Recuerdos? ¿De Beltane? Es complicado saber qué narices ha pasado si solo escuchas una parte de la conversación.

—¿Como espiar a tu primo cuando mantiene conversaciones privadas? —le preguntó Kellan.

—Más, porque tú te limitas a provocar a tu mujer diciéndole dónde te la vas a cepillar cuando vuelvas a casa —le rebatió Aidan con mirada altiva, Kellan rio por lo bajo y Marisa optó por ignorarle.

—Tardarán lo que sea necesario —repuso Colin—. No tenemos nada más y no perdemos nada en intentarlo.

—¿Y qué hay de lo otro? —cuestioné—. ¿Os dice algo lo de las cruces del norte?

—Tal vez se refiera a Mainistir Bhuithe.

—¿Monasterboice? —cuestionó Colin al escuchar la respuesta de Brian—. Sí que es cierto que está lleno de cruces celtas, pero su datación es muy posterior; sus grabados, de hecho, narran fragmentos bíblicos.

—En muchas ocasiones el cristianismo tomaba los sitios de culto de la tradición celta y los hacía suyos para que la transición de las creencias de nuestra época a las que ellos predicaban fuera más fácil. Patricio era un gran estratega —intervino Kevin.

—¿Quieres decir que igual hay alguna construcción de la época de la Reina de las Hadas sobre la que ellos erigieron sus cementerios? —cuestionó Aidan.

—No es una locura —admitió Colin—, al fin y al cabo, fue en el condado de Louth, donde está Mainistir Bhuithe, donde se sitúa la leyenda del Táin Bó Cúailnge.

—Sí, ya sabes, esa tan famosa —se mofó Marisa, golpeando a Mila en el costado. Grace y Aislin rieron por lo bajo.

Fue Eamonn quien comenzó a narrarla:

—En esa época regían Connacht, la reina Medb, y su consorte, el rey Aillil. En un enfrentamiento, Medb le dijo a su esposo que ella debería ser la única y verdadera soberana porque tenía más rango y posesiones que él.

—La cuestión es que decidieron mirar quién la tenía más larga —intervino Aidan y Brian empezó a reír por lo bajo.

—Contaron sus posesiones y descubrieron que eran las mismas, excepto por un bello animal que Aillil poseía —continuó Eamonn, ignorando a sus primos.

—Al animal solían llamarle Finnbennach, aunque también era conocido como el Blanco Cornudo —sentenció Kevin.

—¡¡¡Ares!!! —soltó Marisa y allí a todos nos arrancó una carcajada, porque ella solía llamarle el Blanco a modo de mofa.

—No me imagino a Ares con cuernos —opinó Colin, aunque aún se dibujaba una amplia sonrisa en su boca.

—Dudo que nadie pudiera aguantar al duende y emparejarse con él para el resto de la eternidad —negó Aidan—. Tendría que engatusar a la pobre sensible para que quisiera vivir con él en el inframundo.

—Yo me refería con cuernos cuernos —dijo Colin, colocando las dos manos sobre su cabeza—. Da igual, mejor nos centramos en la historia.

—Medb mandó a sus mejores hombres a la búsqueda de un ejemplar mejor que el de su esposo y cuando llegó a sus oídos que existía un semental único, el Pardo de Cuailnge, decidió que se lo quería quedar —continuó Eamonn, ignorando a unos y otros—. Su propietario, sin embargo, se negó a entregárselo y Medb decidió declararle la guerra al norte.

La magia del Portal comenzó a perder parte de su poder y vimos cómo se cerraba mientras seguían contándonos aquella leyenda.

—¿Fue allí cuando intervino Cú Chulainn? —cuestionó Brian.

—¿Y ese era…? —le preguntó Marisa.

—Un semidios, un descendiente de Lug de los muchos enredos de faldas que tuvo con mortales —repuso Colin—. Un guerrero admirable que se enfrentó él solo a todo el ejército de Medb.

—Llevaba las de perder —opinó Brian, pero su sonrisa me hizo intuir que pasó justamente lo contrario—. Supongo que no contaban con que su padre le cediera a Assal durante aquellos sangrientos y oscuros días.

—¿Assal? —cuestionó Mila—. ¿Tu lanza?

—La misma —asintió Colin.

—Cú Chulainn venció a Medb, pero eso hizo que Nemain se enojara, así que le mató —continuó Eamonn y miró a Mila antes de añadir—: Nemain era la diosa de la guerra. La esposa de Nuada.

—¿La madre de mi abuela?

—Es posible que Medb descendiera de ella. No solo los dioses varones se entretenían con los mortales, después de todo —puntualizó Kevin, aunque parecía un poco culpable al decir aquello.

—La madre de mi abuela mató a un algo tuyo —susurró mirando a Colin, con aspecto culpable y un tanto asqueada.

—Eso era algo habitual entre los antiguos, recuerda que ellos nada tienen que ver con nosotros. —Ella asintió mientras él le pasaba un brazo por la cintura y acercaba su cuerpo al suyo para besarla en el cabello.

—¿Y qué pasó con los reyes y los toros? —les pregunté.

—Que el Pardo se escapó y buscó al Blanco Cornudo por toda Irlanda hasta que dio con él, lucharon en una encarnizada batalla y ambos acabaron muriendo —concluyó Aidan sin más miramientos.

—¿Y cuál es la moraleja? —cuestionó Aislin, haciendo una mueca.

—Cada uno debe encontrar la suya propia —sentenció Kevin con una amplia sonrisa.

—Y que es mejor no mirar quién la tiene más larga, sino disfrutar encajándola —soltó Aidan.

—Es posible que las basílicas se construyeran sobre edificaciones más antiguas o incluso en el lugar en que sucedieron aquellas batallas —reflexionó Kevin en voz alta.

—También tendríamos que visitar Knockbridge, dicen que fue allí donde Cú Chulainn murió —opinó Eamonn y el resto asintieron.

—Pues parece ser que nos vamos de excursión al norte —declaró Grace con tono alegre.

—Yo tampoco quiero perdérmelo; nos organizaremos para acompañaros —afirmó Kevin mirando a Brian y Aidan; ambos asintieron.

—¿Cuándo? —cuestionó Aislin que era la más pragmática de todas.

—Después del solsticio de verano; se lo hemos prometido a Beltane —decidió Mila.

—Genial, así tengo tiempo de ir a repasarme el tinte —les dije para romper la tensión que había en el ambiente en ese momento.

Me miraron y las chicas empezaron a partirse de risa, aunque a los varones allí presentes mi comentario les trajo sin cuidado.

Mientras volvíamos hacia Dublín en coche, dejé que mis ojos vagaran por el paisaje, pensando en las diferencias evidentes que había entre cada uno de los miembros de la tribu. Sonreí al imaginarme a Aidan pensando en qué bichos podría matar hasta entonces, a Kellan contando cuántas veces le podría dar un repaso a Marisa una vez llegaran a su castillo, a Eamonn sopesando qué mierdas tendría que enfrentarse para protegernos, a Colin reflexionando sobre si existiría algún tipo de magia druídica para conseguir ver y oír lo mismo que nosotras y a Kevin… ¿en qué diablos estaría pensando Kevin?



El solsticio de verano

Durante aquellos días limité al máximo mi vida social. No es que fuera algo que hiciera habitualmente, pero no necesité decir demasiado: mis amistades no me presionaron cuando les dije que me dolían los huesos y me sentía resfriada. Creo que a mi edad todo el mundo esperaba que tuviera un achaque que me obligara a tomarme unos días de reposo, con un poco de suerte. Era eso o que acabara estirando la pata si las cosas se complicaban.

Grace seguía con su vida, aunque lo hacía acompañada. Alguno de los guerreros se dejaba caer por casa a primera hora de la mañana para llevarla hasta su trabajo y se quedaba vagando por sus alrededores hasta la hora en la que acababa su turno. De allí la traían directamente a casa. Ambrosía, vamos.

Mila y Marisa habían estado recluidas en la biblioteca investigando sobre las celebraciones del solsticio de verano mientras nosotras nos limitábamos a seguir con nuestras vidas. Unas más que otras, para qué negarlo. Yo me había pasado tantas horas en el jardín que ya no me quedaba ni una mala hierba con la que entretenerme.

Habíamos quedado para cenar en mi casa con la intención de ultimar los detalles del ritual del solsticio la noche anterior al esperado evento. Que vinieran Mila, Marisa, Colin y Kellan me sirvió de aliciente para pasarme el día en la cocina con la intención de preparar una cena digna. Aislin se ocupó de ir a comprar todo lo que necesitaba a primera hora de la mañana y lo hizo sin rechistar; creo que estaba emocionada también por lo del solsticio.

Marisa y Kellan llegaron un poco antes de la hora acordada. Por la tensión evidente que había entre ellos, era obvio que habían discutido. Grace y yo nos limitamos a disimular y nos encerramos en la cocina, donde nuestro máximo problema era decidir si usábamos una u otra mantelería.

Para cuando Mila y Colin llegaron, tras pasar a buscar a Aislin por el hospital, ya teníamos la mesa puesta, aunque no contábamos con que Kevin hubiera decidido añadirse en el último momento. No fue difícil incorporar un plato más a la mesa del comedor, con un bonito centro floral colocado en el medio que le daba un toque de alegría que, por lo visto, era bastante necesario: el ambiente estaba cargado, aunque no teníamos ni idea del porqué.

Empecé a servir la sopa fría mientras les observaba.

—¿Alguien va a contarnos por qué estáis todos con esos morros? —les pedí. Mila y Marisa se miraron, Colin parecía incómodo, Kellan… no sabría decir—. ¿Ha pasado algo que debamos

saber?

—Es la mierda esa del solsticio —masculló Marisa.

—¿Qué pasa con lo de mañana? —cuestionó Grace, frunciendo el ceño. Creo que las dos estábamos igual de confundidas.

—Tradicionalmente… Digamos que no es tan sencillo como abrir el Portal y prender unas cuantas hogueras —repuso Mila, incómoda, encogiéndose en su silla.

—Dime que no hemos de sacrificar un venado vivo o algo así —murmuré, mirándola, con un temor naciendo bajo mi pecho.

—En esta ocasión, no, pero visto lo visto, igual Beltane hasta pretende que hagamos sacrificios humanos —masculló Marisa enojada.

—¡No exageres! Yo no le veo el problema a celebrar el solsticio como se hacía antaño —soltó Kellan tras meterse un trozo de pan en la boca.

—¡Y dale! —gruñó Marisa, roja como un tomate—. No pienso follar contigo con todas mis amigas y tus primos mirando.

No sé qué me impactó más: el comentario de Marisa o la explosión de agua que salió por ambas fosas nasales, cual cráter, de la nariz de Aislin. Grace le golpeó en la espalda mientras Mila secaba el estropicio con varias servilletas. Sus movimientos eran un tanto nerviosos; supe que a ella el comentario de Marisa no le venía de nuevo.

—Vale, ¿alguien puede contarnos de qué va todo esto? —Miré a Mila, pero me rehuyó, así que me senté en la silla y me giré para contemplar a Kevin—. Ya que has venido, creo que te va a tocar abrir el melón. ¿Qué pasa exactamente con el solsticio de verano?

—Acepto el reto —cedió Kevin tras morderse el labio inferior—. ¿Por dónde empiezo?

—Yo me he quedado en lo de Marisa follando con Kellan —soltó Aislin y la afectada le lanzó un trozo de pan a la cara—. Gracias, justo quería un pedazo.

—Primero tenemos que ponernos en contexto y creo que es importante recordar lo que dijo Beltane sobre reforzar la magia del Portal y, por ende, la vuestra.

—¡Ve al grano! —le pidió Aislin.

—El solsticio de verano es un homenaje a Litha, la expresión máxima del fuego, el calor y la luz solar, no en vano se celebra el día más largo del año —empezó él con un tono de voz neutro—. Representa el inicio de la época de luz y, con ella, se hace tributo a la fertilidad y a la vida. Las parejas de enamorados esperaban a esa noche para formalizar sus votos y saltaban sobre las brasas de las hogueras tres veces para que sus enlaces fueran bendecidos con muchos hijos.

—Sí, va a haber hogueras después de todo —intuí, para animarle a continuar. Kevin asintió.

—Durante esa noche era habitual que las parejas mantuvieran relaciones sexuales alrededor de la hoguera, al aire libre, para fortalecer el fuego de esta y darles fuerza a las cosechas.

—Lo que vulgarmente se conoce como una orgía —soltó Marisa.

—No exactamente —negó Colin, interviniendo—. No se trata de un aquí te pillo y aquí te mato con la primera persona que pasa, sino una forma de ungir de poder esa tierra mediante la fuerza y la magia del amor que se profesa una pareja.

—Que eso no quiere decir que más de uno pillara lo primero que se encontraba e hiciera justamente eso —añadió Kellan, que parecía el único que se lo estaba pasando en grande con todo aquello.

—En resumen: el solsticio de verano era un cúmulo de parejas follando y unos cuantos listillos que aprovechaban las circunstancias —sentenció Marisa, haciendo una mueca de

disgusto—. No sé vosotras, pero, en serio, yo paso.

Miró a Grace y a Aislin. La primera estaba roja como un tomate y la otra creo que aún no había asimilado completamente lo que Kevin acababa de contarnos.

—¿No pretenderéis que yo…? —mascullé, entre risas. Al menos eso sirvió para cortar la tensión del ambiente, porque no fui la única que acabó con una crisis de carcajadas, aunque tal vez había un componente de histeria asociado, no lo negaré.

—Entonces, ¿qué se supone que vamos a hacer? —cuestionó Grace.

—Ahí está el problema, no vamos a conseguir ponernos de acuerdo y creo que es bastante comprometida la situación como para que sea un todos o nadie; excluyendo a Margaret, obvio —sentenció Mila.

—Gracias, cielo, no creo que mi cadera lo aguantara. —Kevin rio por lo bajo.

—Según los textos que hemos leído, lo más sensato si pretendemos fortalecer el portal es…

—Ñaca-ñaca —le cortó Aislin, entre risas—. Esa parte ya la hemos entendido.

—*Mo Shaol*, el sitio es grande y si cada uno está pendiente de lo suyo, ¿qué más nos da lo que hagan Mila, Grace o alguno de mis primos?

—Mila cree que deberíamos ampliar el círculo —sentenció Marisa—. Pero yo paso de tener a los babosos de tus primos compitiendo a ver quién la lía más gorda.

—¿Ampliar el círculo? —cuestioné mirando a Mila. No sabía si ponerme a reír o salir corriendo.

—Es la única oportunidad que tenemos de fortalecer vuestra magia —murmuró, aunque se sentía cohibida—. Aidan, Brian y Conan estarían dispuestos a participar. Ya me han dicho que traerían a alguna amiga con la que compartir la noche.

—Que no fuera sensible —puntualizó Kevin—. No necesitamos que alguien vea que no es una pantomima folclórica, sino un ritual tan real como ellas mismas.

—¿Van a invitarlas a unas copas y después les propondrán participar en una orgía? —murmuré, partiéndome de la risa.

—Te sorprendería lo que son capaces de conseguir esos tres con sus caras bonitas y su aspecto brabucón —bromeó Kevin.

—¿Y qué hay de ti? —le cuestionó Aislin. Observé al hombre sentado a mi lado. Su expresión era neutra y su mirada indiferente, pero pude sentir cierta tristeza anidada en su corazón.

—Hace tiempo que no encuentro diversión alguna al acostarme con alguien que no me importa lo más mínimo, no creo que pudiera potenciar la magia del portal, sino más bien al contrario —repuso, encogiéndose de hombros.

—Eamonn se ha ofrecido a velar la seguridad del perímetro y teniendo en cuenta que es el único guardián que le queda a la tribu, creo que sería lo más apropiado —añadió Colin.

—Podríamos comprometernos a usar cintas para cubrirnos los ojos después de que el Portal haya sido abierto; es posible que eso nos facilitase un poco el proceso —murmuró Mila, que parecía insegura y un tanto cohibida hablando de aquello, pese a que era evidente que estaba dispuesta a hacerlo. No creo que fuera por el morbo, porque eso le pegaría más a Marisa, sino por la posibilidad de que el Portal se fortaleciera y, tal vez, también nosotras.

—¿Y los eruditos? —le cuestioné.

—Han encontrado algo sobre las brujas en un viejo libro que habla de Bres y lo están estudiando, así que hasta que no acaben con eso, no van a soltarlo ni por el polvo de su vida —sentenció Kellan. Asentí.

—¿Crees realmente que toda esa pantomima serviría de algo? —le pregunté a Mila. Alzó la mirada, la cual había mantenido baja en lo que llevábamos de conversación, para fijarla en mí.

—No lo creo, lo sé. El amor es una fuerza primitiva infinita. Si podéis beneficiaros de parte de ese poder, creo que es una estupidez aferrarnos a nuestro pudor para no llevar a cabo un ritual que era algo habitual en aquella época. ¿Y si fuerais capaces de defenderos de un Sluagh al darle al Portal ese chute de energía? ¿Y si Beltane nos dijo que debíamos celebrar primero el solsticio de verano para fortaleceros porque teme que pueda pasaros algo mientras buscamos entre los recuerdos de Áine?

—¡Joder, Mila! —Marisa gruñó por lo bajo. Me miró y luego a Grace, como si se planteara el grado de culpabilidad que la perseguiría para toda la eternidad si algo malo nos pasaba por haberse negado a participar en aquel aquelarre en el que se incluía, además de las hogueras, el sexo—. Está bien, estoy dentro.

Kellan ronroneó a su lado y ella le lanzó un codazo que lo único que consiguió fue arrancarle una carcajada.

—Nunca pensé que nos liaríamos a hacer algo así —murmuró Grace, encogiéndose de hombros—, pero tampoco que me saldrían alas encima del culo.

—¡Esa es mi chica! —exclamó con un tono jovial Aislin mientras ella se ruborizaba un poco.

—Avisaré a nuestros primos de que, al final, sí que van a tener que buscarse una pareja para mañana —optó por decir Kevin, alzando la copa.

—Por la follada del año —soltó Kellan, mirando a Marisa—. Haremos que las hogueras prendan, *mo Shaol*, te lo prometo.

—¡Vete. A. La. Mierda!

Me centré en mi plato para no ponerme a reír por la característica pareja que formaban Kellan y Marisa y decidí que, para lo que quedaba de cena, lo mejor era no volver a sacar el tema del solsticio ni la peculiar noche que nos esperaba al día siguiente.

Eamonn nos pasó a buscar a media tarde. Aislin se sentó delante, en el asiento del copiloto, y Grace y yo nos quedamos atrás. Hablaron de cosas triviales mientras yo me limitaba a observar las casas que dejábamos atrás y, luego, los campos y prados de ese verde esmeralda que les robaba el corazón a los turistas.

Para cuando llegamos al Leap Castle, el castillo que se edificó sobre el Portal de las Hadas, ya había una gran pira de madera que aún no estaba prendida. Comenzamos a caminar por aquel paraje con el sol aún en lo alto. Marisa había hecho instalar varias zonas con cojines y divanes, como si por una noche todo aquel paisaje fuera un gran *chill out*. Si tenía que hacerlo, no sería entre hierbajos, eso estaba claro. Marisa Carreras era una mujer con clase a la que le gustaba encarar el toro y cogerlo de los cuernos.

Admito que estábamos nerviosas. Supongo que yo la que menos, porque, aunque todo aquello me parecía un poco surrealista, no era lo mismo saber lo que pasaría que tener que participar activamente en la celebración. Yo me limitaría a abrir el Portal, encontrar un lugar cómodo en el que reposar y dormitar hasta que todo hubiera acabado o el amanecer me desvelara.

—¡Barra libre! —informó Marisa cuando llegamos a un mueble bar que habían instalado en el exterior—. Aunque he de avisaros que hoy cada uno se sirve lo suyo, ni de coña contrato a un par de universitarios con ganas de sacarse unos eurillos para que nos acaben colgando en YouTube como los frikis del solsticio celta.

—Igual nos haríamos tendencia —bromeó Aislin.

—Necesito un trago —sentenció Mila. Pese a haber sido una de las instigadoras, sus nervios estaban a flor de piel. Marisa se colocó detrás de la barra y empezó a servir copas con cierta maestría. Sonreí. Estaba segura de que no era la primera vez que estaba detrás de una barra.

—¿Cuál es la orden del día? —cuestionó Aislin, llegando hasta ellas. Cogí la copa que me tendía sin titubear. Ni siquiera le pregunté qué había metido dentro.

—Abrimos el Portal —respondió Marisa, que tenía larga experiencia organizando eventos, aunque no de aquel tipo—. Colin y Mila prenden fuego a la hoguera y cada uno se busca un rincón.

Nos tendió unas cintas de seda de color negro.

—No son las más tupidas que hay en el mercado, pero tampoco se trata de que alguien se parta la cara —sentenció mientras veíamos que llegaba el coche de Brian. Bajó acompañado de una mujer de largas piernas y cabellera rojiza.

—No sé si se nos ha ido de las manos —murmuró Mila, que ahora parecía titubear. Marisa le dio una colleja y la miró con expresión dura.

—Ahora no te cortes, zorra. ¡Bebe y ocúpate de disfrutar después! Como el Portal luego no sea una puta bombilla energética, te juro que esta te la voy a restregar por la cara el resto de nuestra existencia.

Pese al tono duro de sus palabras, había complicidad entre ellas. Ante la inseguridad de Mila, Marisa acabó abrazándola antes de ir en busca de los nuevos invitados a la fiesta del solsticio de verano.

La mujer en cuestión no pareció sorprenderse cuando les tendió dos vendas y Marisa les explicó con las palabras justas cuándo debían colocárselas y que, a partir de ahí, lo que hicieran ya era cosa suya, pero que no podían molestar o incomodar a otras parejas.

Los dejé allí, recibiendo a los que faltaban, y fui a buscar uno de los ejes de la Triqueta que nos permitiría abrir el Portal. Marisa había colocado a pocos metros un par de palés cubiertos por cojines que le daban la apariencia de un sofá rústico. Demasiado bajo como para que fuera cómodo para alguien de mi edad sentarse y levantarse después, pero viviría con ello.

A la hora acordada empezamos el ritual. Fui consciente de que lo habían vendido como una experiencia única, una mezcla del folclore celta antiguo y una cita con tintes eróticos. Todo en plan superexclusivo, lo que hacía que las tres mujeres que no tenían ni idea de qué iba todo aquello estuvieran tanto o más emocionadas que el resto.

Quizá Marisa podría usarlo a modo de experiencia en el hotel, sin la parte del sexo, claro, no fueran a cerrarle el sitio por ser un picadero y no un hotel temático de lujo.

Me sorprendió lo rápido que fluyó entre nosotras la magia. No sé si la copa que nos habíamos tomado las tres había ayudado o si se debía a ese algo especial que hacía que aquella noche fuera única.

Sentí algo cálido en mi interior mientras el Portal se abría: la conexión se sentía más fuerte que en otras ocasiones. No tenía la certeza, pero sí la sensación de que, si alargaba la mano, podría llegar a tocar esas hebras de luz que nos conectaban a las tres y dibujaban una Triqueta cuya magia fusionaba dos lugares que ocupaban el mismo espacio, pero no la misma dimensión.

No sabría decir qué o cómo lo veían el resto, los viejos dioses de la tribu, Aislin o las tres mujeres que habían acompañado a alguno de los apuestos guerreros. Para mí aquello era una explosión de luz y colores, de aromas que no sabría identificar porque tal vez no existían en nuestro mundo, de sensaciones a flor de piel, la caricia fugaz de la brisa en mi brazo o el canto

que podía escucharse y que no sabría definir de dónde venía. Era sobrecogedor: dudo que existiera otro lugar en el mundo cuya belleza fuera equiparable.

Aidan tenía cogida a la mujer que había traído por la cintura. Vi que enterraba su nariz en su cuello y ella se mordía el labio inferior. No me había parado a pensar en el hecho de tener gente externa, que nada sabían de lo que nosotras éramos ni de lo que eran ellos, haría que me sintiera hasta cierto punto expuesta. Y eso que no tenía intención de acabar en pelotas. Era algo mucho más íntimo. El Portal. El mundo que quedaba oculto a la vista de todos. Ahora ellas estaban allí y, aunque no eran sensibles, era imposible que no percibieran que algo había cambiado.

Busqué con la mirada a Aislin. Las alas de Grace, situada a su lado, brillaban con matices azules y turquesas con una intensidad como nunca había visto en ellas. Tal vez Mila tenía razón y Beltane quería que nos fortaleciéramos. Acepté aquello. La presencia de personas que me eran desconocidas, dispuesta a proteger a las que sí que formaban parte de mi extraña familia. Al fin y al cabo, así había sido al principio de los tiempos. Cuando el Portal se abría en los solsticios, todos eran incluidos en aquel festival en el que la magia no diferenciaba entre mortales, dioses o hadas. Así habíamos nacido nosotros, los sensibles, después de todo.

Las llamas prendieron en los troncos, captando mi atención.

Pude percibir la magia de Colin y Mila entrelazándose de forma armónica, como si fuera solo una, a través del vínculo druídico que compartían. Al mirarlos, sentí algo. Una emoción contenida que supuse que era suya pero que, en esos momentos, notaba como si fuera propia. El deseo, feroz, quemando entre ellos. Tuve una contracción en el bajo vientre, un recuerdo lejano, fugaz, de una época que me era muy lejana.

Nerviosa, y un tanto culpable por percibir emociones contenidas que no me pertenecían, llegué hasta mi improvisado sillón con pasos trémulos mientras las sensaciones se multiplicaban a mi alrededor. Vi como las parejas buscaban uno de los muchos lugares que Marisa había hecho instalar en los alrededores, visibles pero íntimos al mismo tiempo.

Busqué la cinta que Marisa me había entregado, pero otra corriente de deseo ardiente me quemó por dentro. Levanté la mirada y vi como Brian se quitaba la camiseta por la cabeza bajo la atenta mirada de la mujer que había traído. ¡Joder! Dudo que en mi época hubiera hombres así, con cuerpos que parecían esculpidos para hacer que las mujeres sintieran la lujuria de aquella forma. Me estremecí mientras el deseo crecía en mi interior, aunque sabía que no era solo mío. Tal vez por ser una guardiana o quizá por ser una sensible, pero podía percibir todo lo que sucedía a mi alrededor como si yo formara parte de aquello: las sensaciones que despertaban los primeros roces, el erotismo de aquel momento, el fuego que ardía a pocos metros y el que consumía a unos y otros por dentro. Jadeé.

Cogí la tira de seda que Marisa me había dado, dispuesta a cubrir mis ojos, para no ver lo que ya sentía en mis propias carnes. La sensación de que varias manos recorrían mi cuerpo al mismo tiempo y una necesidad apremiante empezaba a enloquecerme.

Me quedé allí, sentada, incapaz de hacer nada. Solo… sentirlo… todo.

Y entonces las caricias se convirtieron en movimientos rítmicos que hacían que me temblara el cuerpo mientras escuchaba gemidos entrecortados a mi alrededor; supe que estaba a punto de colapsarme, deseaba sentir en mis propias carnes aquellos movimientos rítmicos y no como un reflejo lejano que me tentaba, pero no me colmaba por dentro.

Comencé a sudar mientras clavaba las uñas en la tapicería de los cojines, sintiendo cosas que no me pertenecían, dejándome acunar por los movimientos que empujaban, sin hacerlo, mi cadera, yo no era el objetivo de aquellas embestidas, algunas más suaves, otras más duras y

salvajes. Era demasiado. No importaba la venda que cubría mis ojos. El calor quemaba. Y yo necesitaba…

Me arranqué la venda de los ojos y todo a mi alrededor se desdibujó, como si fuera un tapiz cuya pintura la lluvia hubiera corrido. No podía seguir allí. Sentir todas aquellas caricias propias de los amantes que no me pertenecían, pero que deseaba notar como mías. Vestigios de un pasado muy lejano que no me ofrecía consuelo ante el vacío que sentía en aquel momento por la soledad que durante tanto tiempo me había acompañado.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y apenas fui consciente de que me levantaba y me alejaba de aquel lugar, huyendo de todo lo que estaba despertando en mi interior. El deseo voraz de que alguien me cubriera de besos, me amara como si fuera la única mujer del mundo y me hiciera enloquecer hasta que gritara su nombre en pleno orgasmo.

Caminé, no sabría decir cuánto, la necesidad apremiante de apagar ese deseo voraz que me consumía por dentro. Me encontré jadeando, con la respiración entrecortada, apoyando las manos y la cabeza sobre la corteza de un árbol. Aún podía sentirlos, pero la distancia ayudaba.

Conseguí aplacar las lágrimas y recuperé el control de mi cuerpo. Me quedé allí, respirando entre jadeos, excitada, insatisfecha y sintiéndome vacía, como un cascarón, cuando una pequeña llama azul apareció a pocos metros de mí y, detrás de esta, algo más alejado, encontré otro fuego añil revoloteando en el aire. Elevé la mirada y localicé una tercera llama. Marcaban un camino. Me quedé quieta, observándolas. ¡Eran tan hermosas! Su tenue luz azulada transmitía paz y calma, algo que en esos momentos necesitaba. Encarecidamente.

Sí, debería haber aprendido la lección, esa de que no se deben seguir las cosas de las que no tienes ni idea qué significan, especialmente aquellas cuya etiología es mágica.

¿Qué hice? Lo obvio: seguirlas.

Empecé a deambular y me perdí por aquel bosque que en esos momentos formaba parte del aquí y del allá. La magia del Portal fluía por aquella tierra y se sentía en los árboles y la brisa que me acompañaban y vigilaban mi camino. Las llamas desaparecían cuando me acercaba a ellas, pero otras nuevas aparecían más alejadas, guiándome, a través de un lugar que me era desconocido. No me importaba. Ni siquiera sentía miedo. Solo la necesidad imperiosa de alejarme del eje de poder del Portal y de las emociones que se estaban acumulando allí y que despertaban una necesidad en mi interior que jamás podría aplacar.

Sonreí cuando una de aquellas llamas se hizo un poco más grande para desaparecer justo cuando llegaba hasta ella. Era como si quisieran jugar conmigo y me ayudaban a olvidar el resto mientras las seguía, una tras otra. Aún podía escuchar el ruido de los cuerpos chocando los unos contra los otros, los gemidos, los jadeos. Podía percibir lo que pasaba en el Portal, pero se sentía más lejano y ya no era como si mi cuerpo estuviera viviéndolo, sino como un rumor lejano.

Seguí caminando, paso a paso, perdiéndome. Nunca me planteé cuál era mi destino ni si había en realidad algo al final del camino que aquellos pequeños fuegos fatuos me estaban mostrando. No tenía importancia, en realidad. Mi objetivo no era otro que seguir avanzando.

La última llama se desvaneció frente a un enorme claro con un pequeño estanque que reflejaba la luna llena, pero la magia del lugar hacía que suaves tonos azulados y violetas se formaran alrededor de aquella esfera blanquecina.

Me sentí cautiva de aquella belleza y agradecida de que el destino hubiera guiado mis pasos hasta esa zona. Fue entonces cuando sentí que formaba parte de aquel lugar, que vi que, frente al estanque, iluminada por la luz de la luna, había la silueta de un hombre.

—*Solas.* —Todo se removió en mi interior al escuchar su voz. A su alrededor pequeños

destellos lumínicos alumbraron aquel lugar mágico en el que estábamos.

Flores blancas decoraban el tapiz verde que cubría el suelo, musgo de brillantes tonalidades envolvía parte de la corteza de los árboles y allí, en medio de aquel lugar que no podía existir más allá del propio Portal, estaba él, Ares, vistiendo una túnica blanca que se le ajustaba a los hombros y marcaba un torso atlético que deseé, más que nada en el mundo, poder tocar.

Las piernas empezaron a temblarme mientras el apetito voraz volvía a atizarme, sin previo aviso, ante su mera presencia. No pude decir nada, solo mantener la mirada sobre él mientras el mundo parecía haberse detenido y yo sentía que me ahogaba por la necesidad de acortar la distancia que nos separaba.

Tal vez la culpa la tenía la copa que me había tomado o quizá la lujuria que me estaba consumiendo por lo que estaba sucediendo durante la fiesta del solsticio de verano, pero jamás había deseado algo con tanta vehemencia.

Sus ojos buscaron los míos y yo simplemente me quedé allí, esperando algo que jamás sucedería.

—Margaret —alargó las sílabas y sentí una contracción entre los muslos y cómo el estómago se me encogía. No fui capaz de responderle, pero no pareció importarle—. ¿Qué haces aquí?

Quizá era una sensación mía, pero mi nombre en sus labios había sonado como la cosa más erótica que jamás nadie me había dicho. Su expresión parecía confundida, más que enojada, pero sus palabras parecían indecisas, como si algo le perturbara. ¿Acaso él también podía sentirlo? ¿El fuego que quemaba en la hoguera y la lujuria que ardía a su alrededor?

—El Portal. Solsticio. —Aunque sonó trémulo y apenas fui capaz de unir varias palabras al mismo tiempo, supongo que consiguió encontrarle un sentido, porque sus ojos brillaron bajo la luz de la luna, pero su mirada se oscureció mientras me estudiaba.

—Lo sé. Pude sentirlo.

Nos quedamos así, mirándonos, como si ninguno de los dos supiera qué decir a continuación.

—Estás sola.

—Ya no.

Creo que no fue mi imaginación, pero vi cómo mis palabras hacían que se tensara. Vi cómo la nuez de su cuello ascendía y descendía, cómo sus ojos brillaban con algo que no supe definir, pero deseaba, fervientemente, que fuera la misma necesidad que a mí me consumía. Él había formado parte de aquello, tiempo atrás. Seguro que había estado cerca de la hoguera, con alguna mujer hermosa, un hada, tal vez, o quizá una diosa.

En comparación a ellas, supongo que mi presencia le decepcionaba, pero una parte de mí fantaseaba con que las cosas fueran diferentes. En lo más profundo y oscuro de mi ser, desearía ser una mujer joven capaz de tentar a aquel dios antiguo para que se ofreciera a celebrar el solsticio enterrándose dentro de mi cuerpo esa noche. Esa que se sentía única.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Pronunció cada palabra lentamente y me estremecí por el deseo que volvía a quemarme por dentro porque cada vez su voz se escuchaba más ronca y sensual, haciendo que fuera condenadamente difícil evitar cometer la tontería más absurda y ridícula de toda mi vida. Ser yo la que le propusiera eso. Que me colmara con su cuerpo y me hiciera recordar cómo era tener a un hombre dentro.

—Una llama azul apareció en medio de la nada. Creo que eran fuegos fatuos. —Intenté centrarme en sus palabras y no en sus ojos. En la sensación de que también había fuego en ellos. Deseo. Incluso si posiblemente no eran más que imaginaciones febriles mías o el efecto del

propio solsticio quemando en su cuerpo.

—Te han traído… hasta mí.

Asentí. Vi cómo se humedecía el labio inferior y deseé ser yo quien pudiera hacer aquello.

—Debería marcharme… ahora.

¿Ares había titubeado al decir aquello o acaso eran imaginaciones mías? No le respondí. Me temblaban las piernas, creo que eso es lo que me salvó de ir a su encuentro. Me limité a quedarme allí, apoyada en la corteza de un árbol. Asentí. Mejor así. Que se fuera. Que me dejara sola para capear la tormenta que dolía y quemaba en mi interior al mismo tiempo. Tendría que afrontar la soledad y el vacío que me quedarían con su ausencia.

—¿Sabrás encontrar el camino de vuelta? —Negué con la cabeza y tuve la sensación de que maldecía por lo bajo. Volvió a fijar su mirada en la mía y sentí que mi cuerpo ardía al notar sus ojos sobre mí—. Yo no debería acercarme al eje del poder del Portal.

—¿Por qué?

—Creo que tú también tienes que poder sentirlo, de alguna forma; la magia del solsticio de verano es fuerte esta noche. —Dio un paso hacia delante, pero después lo deshizo al ver que yo tragaba saliva con dificultad. Asentí.

—Y aun así estás sola —susurró.

—Tú también —le contesté. Si entendía que quería decirle muchas más cosas, o no, jamás lo supe.

—Intuyo que ambos somos un tanto tercos —murmuró, finalmente, y sus labios se curvaron en una sonrisa que eclipsó la belleza del lugar que nos rodeaba—. *Treoirlt*, guíala.

Un caballo blanco apareció detrás de él, caminando con un porte majestuoso. Sus crines parecían brillar, como si hubiera magia feérica en él. Inclinó la cabeza hacia Ares y él asintió.

—Monta en él. Velará por ti y te llevará hasta la tribu. —Con pasos firmes, la enorme bestia blanca llegó hasta mí.

Miré a la mole de pelaje blanquecino que había llegado hasta mi posición: era imposible que subiera a lomos de aquel majestuoso animal, pero en cuanto la duda me asaltó, Ares susurró unas palabras en un idioma que desconocía y el animal se arrodilló a mi lado. Esa muestra de poder me excitó, pillándome de improvisto.

¡Joder! Tenía que salir de allí. Alejarme de Ares y de lo que despertaba en mí. Había dejado de ser una curiosidad teñida de anhelo en mi interior, para convertirse en una necesidad física de descubrir su cuerpo y de que se fusionara con el mío hasta que fuéramos solo uno.

Tragué saliva y miré por última vez a Ares antes de agarrarme a las crines del corcel. Pasé una pierna por encima de su lomo y, una vez asegurada sobre él, se levantó con movimientos suaves, lentos, como si quisiera asegurarse de que no cayera.

—¡Ares! —le llamé, incapaz de alejarme de él cuando el caballo había empezado a dar sus primeros pasos, esos que me alejaban del druida. El Príncipe de las Hadas.

El animal se paró y encontré el valor para girarme un poco, lo justo para volver a verle. Su rostro ya no era neutro o indiferente; había en él destellos de tristeza y supe que también se sentía solo. Igual que yo. Supe que lo que mostraba no era más que una pequeña porción de lo que él realmente era y aquella verdad me golpeó con fuerza. El deseo de saber más de él. El porqué de ese ceño fruncido, de esa mirada perdida, anhelando algo que tal vez ni siquiera existía ya en nuestro mundo.

Había vivido tantas vidas y había estado tanto tiempo entre blancas y gélidas paredes… tal vez había salido a la superficie para notar la calidez del fuego y el deseo en su cuerpo sin más

intención que saberse vivo. Busqué su mirada y sentí que algo había cambiado entre nosotros.

—Te escucho. —Su voz me llegó pese a que apenas fue un susurro. Fue como si me acariciara la mejilla con suavidad para dejarse caer después, lentamente, por el perfil de mi cuello, despertando cada centímetro de mi piel. El deseo…

—Gracias.

—A ti. Por encontrarme. —Inclinó la cabeza y susurró algo en un idioma extraño que hizo que el animal volviera a ponerse en movimiento, alejándome de él y de aquel lugar cuyo recuerdo atesoraría para el resto de mi vida.



Una visita inesperada

Me desperté y me sorprendió encontrarme en mi habitación, estirada en mi cama, como si todo lo de la noche anterior solo hubiera pasado en mi imaginación. Me incorporé y me senté, dejando que mis pies tocaran el suelo. Había sido tan real y surrealista al mismo tiempo. Llevaba un camisón de algodón con unos suaves bordados de flores naranjas, uno de tantos. El problema era que no recordaba habérmelo puesto.

Encendí la lámpara de la mesita de noche y me apropié de las zapatillas. Escuché el ruido de la nevera al cerrarse en el piso de abajo. Al menos no estaba sola. Ni siquiera me puse el batín y salí al pasillo. Me agarré a la barandilla para bajar las escaleras porque me sentía un poco embotada. Como si hubiera bebido cantidades ingentes de alcohol y ahora estuviera sufriendo las consecuencias.

Algo que no había hecho.

¿No?

Esperaba encontrarme a Aislin o Grace y no a un enorme hombretón que estaba llevándose una cucharada repleta de cereales a la boca. La cuchara en cuestión no llegó a su destino y quedó suspendida en el aire, a medio camino, mientras me miraba frunciendo el ceño. Me aseguré de que el camisón siguiera en su sitio, no fuera que su genuina sorpresa viniera condicionada por encontrarse a una mujer de mi edad en pelotas. No, ese no era el problema en cuestión.

—Tenía hambre y he decidido servirme —se justificó Conan, llevando después la cuchara a su destino final. Me quedé allí mirándole masticar. Como si fuera una estúpida.

—Está bien, sí —murmuré, obligándome a entrar en la cocina.

—Hay café.

—Eso suena bien —admití mientras me acercaba a la cafetera. Levanté la tapa para confirmar que aún quedaba algo de esa pócima líquida que hacía más livianas las mañanas—. ¿Me trajiste a casa?

Sé que debí sonar patética en esos momentos, pero todo estaba borroso y no tenía claro qué había sido real y qué fue solo una jugarreta de mi imaginación.

Se limitó a asentir. Me senté en la mesa, frente a él, con mi taza de café solo. Me limité a olfatearlo primero, intentando que esa parte entumecida de mi cerebro empezara a despertar. Di el primer trago y me gustó que aún estuviera caliente.

—Mila está de camino —me informó Conan y levantó el brazo para mirar el reloj caro que

llevaba en la muñeca izquierda—. Cinco, diez minutos a lo sumo.

—Bien. —Supongo, vamos.

—Bien.

Genial.

—¿Quieres algo más? Puedo prepararte unas tostadas o huevos revueltos.

Elevó la mirada de sus cereales y vi un brillo lleno de esperanza en sus ojos. Sonreí y me levanté, llevándome la taza conmigo. Una cosa era cocinar, otra muy diferente dejar el café a medias.

Cuando volví a sentarme en la mesa, lo hice con un plato lleno de comida. Si era la mitad de tragón que Kellan, sabía que no sobraría ni una migaja. Se lo puse delante y creo que me hubiera hasta dado un beso de agradecimiento. Pensar en besos hizo que me acordara de la mujer que había llevado al solsticio. Porque eso había pasado, ¿verdad?

—Anoche, ¿celebramos el solsticio de verano? —Conan asintió. No me pasó desapercibida la sonrisa traviesa que se entrevió en su rostro—. Bien celebrado, por lo que veo.

Rio por lo bajo.

—No estuvo mal —murmuró, por decir algo.

—Recuerdo todo solo a medias.

—Es por el efecto de la bruma. —Elevé una ceja, interrogante. Se encogió de hombros y añadió—: Incluso si arrastras sangre de hada y alas de las antiguas guardianas, eres humana.

—¿Eso debería de ser algo comprensible? —No llegó a contestarme porque escuchamos que alguien entraba en casa. Me giré para mirarle y vi que se lanzaba a devorar la comida. Supongo que tenía ganas de largarse de allí lo más rápido posible, pero no tenía intención de hacerlo con el estómago vacío.

—¡Mila!

—¡Margaret! —Se acercó a mí con pasos rápidos y me abrazó antes de darme tiempo a levantarme siquiera.

—Chiquilla, ¡vas a dejarme sin respiración!

Se separó de mí con una sonrisa radiante en el rostro, aunque había unas sutiles ojeras debajo de sus ojos. Dormir, no había dormido mucho.

—Mil gracias, Conan —le dijo al grandullón que se levantó y me sorprendió recogiendo su plato y llevándolo al fregadero.

—Un placer —declaró—. Mila, Margaret.

Inclinó la cabeza a modo de despedida y se largó de allí como si el tiempo que se había pasado en mi casa haciendo de niñera le estuviera quemando.

—Me lo he encontrado desayunando —le conté a Mila mientras ella se acercaba a la cafetera y hacía un mohín al ver que estaba vacía. Antes de que pudiera ofrecerme a prepararle algo, ya estaba cogiendo el paquete de café mientras dos tostadas empezaban a dorarse en la tostadora y sacaba de la nevera la mermelada de moras que había hecho hacía unos días.

—Te trajo anoche —explicó ella—. Eamonn vio que te adentrabas en el bosque, pero no quería alejarse de la hoguera, por si las brujas intentaban aprovechar que el Portal estaba abierto.

—Fue demasiado para mi —le confesé—. Podía sentirlo… todo.

—Te entiendo —murmuró Mila, sentándose frente a mí con las tostadas. Empezó a untarlas con mermelada—. A mí también me pasó; creo que es por eso de que somos sensibles. En cualquier caso, Eamonn no se quedó tranquilo cuando te perdió de vista.

—Lo siento, pero necesitaba un poco de aire fresco.

—No tienes que justificarte —negó ella—. No me hubiera gustado estar en tu piel.

—Igual el problema es que me gustó demasiado —le solté, para bajar un poco la tensión contenida, mientras le guiñaba un ojo. Soltó una carcajada y nos miramos con esa complicidad que habíamos adquirido con el paso del tiempo—. Dime que estuvo bien, lo que se dice bien.

—Demasiado bien —me contestó roja como un tomate—. Fue extraño, pero brutal. Mejor de lo que esperaba, la verdad, dadas las circunstancias. Nunca había pensado que participaría en algo así.

—Nunca digas de esa agua no beberé.

—Creo que en los últimos meses no puede decirse que no haya abierto mi mente —bromeó ella—. Eamonn me dijo que Conan te encontró medio dormida y decidieron traerte a casa.

—¿Qué pasó con la chica del grandullón?

—Esta mañana estaba con Aidan.

—¿Y la otra?

—También, pero no pienses que parecía importarles, creo que las tuvo la mar de entretenidas toda la noche; al ser dos les daba un respiro para recuperarse entre polvo y polvo.

—No voy a decir nada al respecto.

—Dilo, dilo, que nos reiremos juntas —me provocó ella.

—Más que un guerrero, ese chico es un maldito semental.

Mila rio por lo bajo mientras asentía, aunque creo que más que en Aidan estaba pensando en Colin. Supongo que su noche también había sido movidita.

—¿Has dormido algo?

—No mucho. —Lo que era como decir que se había pasado la noche entera dándole. Decidí no darle más importancia porque, al fin y al cabo, ninguno de los dos era propiamente humano. Supongo que los límites de extenuación para unos y otros no eran exactamente los mismos.

—¿Conan me odiará eternamente por chafarle el plan?

—¿Odiarte? ¿Te ha dicho algo al respecto?

—No, qué va, pero supongo que preferiría haberse quedado en el Portal que no acompañando a la abuela del grupo a su casa.

—Seguro que ya tuvo su momento —murmuró Mila—. En cualquier caso, si se quedó con ganas ya se buscará la vida.

—Muy romántico todo, ya veo.

—¿Ha sonado muy chungo?

—Solo un poco —le dije guiñándole un ojo—. Si te hace sentir mejor, Marisa hubiera añadido una «follada», un «me la suda» y un «que le jodan» para decir lo mismo.

Mila empezó a reír a carcajadas y me uní a ella con la alegría de tenerla en casa.

—Antes, Conan me ha dicho algo sobre una bruma. —Mila asintió, pero no dijo nada, así que intenté precisar—. Hay cosas que no recuerdo, como si estuviera todo borroso en mi cabeza. Además, me noto embotada, como si tuviera una resaca considerable.

—Áine no quería que los mortales se obsesionaran con el Portal de las Hadas, pero sí que sus hadas pudieran celebrar las festividades con ellos.

—Y se preñaran, ya puestos.

—No voy a negarlo —afirmó tras soltar una carcajada—. Le pidió a un druida que creara la bruma, un conjuro que hace que todo lo sucedido mientras el Portal y el mundo real están fusionados deje recuerdos vagos y poco precisos. Lo necesario como para que recordaran lo que había pasado y desearan acudir de nuevo a celebrar el solsticio allí, pero no lo suficiente como

para que tuvieran la certeza de que eran hadas las que habitaban aquel lugar.

—Tiene sentido —murmuré. Alcé la mirada y añadí—: Tal vez fue tu madre la que creó la bruma.

—O Ares. Incluso Eogabail o Dagda; ambos tenían relación con Áine y, por lo que hemos leído, participaban habitualmente en las festividades de los solsticios.

—Llámales tontos —mascullé y Mila sonrió—. Espero que lo de anoche haya servido para algo.

—Beltane tenía razón, algo ha cambiado. Esta mañana el Portal se sentía incluso estando cerrado —me confesó Mila—. Grace ha percibido esa conexión y, ¿sabes qué? Ha conseguido que lloviera.

—¿En serio?

—Sí —asintió—. Ha sido increíble.

Sonreí, Grace siempre se veía como el patito torpe y me alegraba que el solsticio de verano le hubiera ayudado a que su magia fuera más brillante. Ella ya lo era.

—Me alegro.

—Tal vez tú deberías también probar si notas algún cambio.

—Hoy no. No me siento preparada para más emociones fuertes esta mañana ni posiblemente en un par de semanas. —Mila rio por lo bajo.

—Colin cree que ese aumento de poder dependerá de la distancia que os separe del Portal, un poco como les pasa a ellos cuando se alejan de la isla. —Era una teoría interesante—. Incluso si hemos conseguido nuestro objetivo, siento el mal rato que pasaste ayer. Espero que al menos alejarte de la hoguera te ayudara a hacerlo más llevadero.

El bosque, sí. Aquello me trajo el recuerdo de un caballo blanco cuyas crines parecían brillar como si hubiera magia en él. Fue entonces cuando recordé que allí, en un lugar cuya belleza etérea no podía existir en el mundo real, me encontré a Ares. Dejé mi taza sobre el platito, en la mesa, porque empezó a temblarme la mano. ¿Había pasado realmente o era fruto de mi imaginación?

Titubeé antes de contárselo a Mila, no porque no tuviera la confianza, sino más bien por el temor de que no fuera más que una fantasía. El deseo de verle ante la necesidad física de que un hombre me rodeara con sus brazos. Puestos a soñar, prefería hacerlo con Ares, aunque esto último sí pensaba callármelo.

—Creo que me encontré con unos fuegos fatuos.

—¿Fuegos fatuos? —Aquello la sorprendió por completo.

—Sí, ya sabes unas bolitas azuladas que aparecían y desaparecían a su antojo.

—¿Las seguiste?

—Me conoces, sabes que no podría no haberlo hecho.

Hice un mohín y Mila rio por lo bajo antes de ponerse más seria y soltarme con un tono maternal:

—Dime que no te encontraste un lobo verde esta vez.

—Nada de lobos, esta vez fue un caballo blanco.

—¿Un caballo blanco? —murmuró sorprendida—. No he leído nada sobre caballos blancos, pero le preguntaré a Colin por si significa algo.

—Creo que Ares le llamó para que me llevara de vuelta.

—¿Ares?

—Dijo… No sé bien bien qué dijo, pero creo que había sentido que el Portal de las Hadas se

había abierto y supongo que se acercó a darle un vistazo.

—¿Ares vino al solsticio? —Estaba roja como un tomate—. Eamonn no lo vio.

—No creo que se acercara, él solo estaba allí. Dudo que quisiera participar en la parte del dale que te dale, creo que solo quería asegurarse de que todo volvía a su lugar. Que los antiguos ritos se celebraban, incluso si todo ha cambiado al mismo tiempo.

Mila se quedó pensativa, pero asintió.

—Ese fue el mundo de su madre tiempo atrás y, en verdad, él es el Príncipe de las Hadas —reflexionó—. Tal vez le deberíamos de haber advertido de nuestra intención de celebrar el solsticio. Haberle invitado a participar, como seguro hacía antes de que todo fuera cubierto de sangre y oscuridad.

Me estremecí al pensar en Ares frente a la hoguera, en el momento más álgido del ritual. Rompiendo la bruma que cubría mi memoria, recordé los ojos brillantes con los que me miró durante la celebración. Esa mezcla de tantas emociones que hacía que me temblara el cuerpo entero deseando cosas que jamás tendría.

—¿Estás bien? —me preguntó. Supongo que me había abstraído en lo poco que recordaba de la conversación que habíamos mantenido.

—Lo estoy, pero admito que lo de anoche fue la experiencia más extraña y erótica que he vivido en toda mi vida; tardaré días en recuperarme. —Reí porque aquello era una verdad en mayúsculas—. Solo voy a decirte que si uno de esos sementales a los que llamáis guerreros se hubiera ofrecido a desencajarme la cadera, creo que no hubiera sido capaz de decirle que no.

Mila empezó a reír a carcajadas y me uní a ella. Era mejor así: reírse, en vez de llorar, porque la necesidad que me había estado quemando la noche anterior, por dentro, era real y no diferenciaba entre razas, edades o géneros. La necesidad del contacto físico con alguien especial capaz de hacer que tu estómago se encogiera y tu alma brillara cuando te miraba.

Me sentía un tanto perdida porque Ares conseguía todo eso.

Habían pasado tres días desde el solsticio de verano, pero creo que ni en todo lo que me quedaba de existencia podría superarlo por completo. Seguía haciendo mis rutinas y me pasaba el día sentada entre los parterres para buscar malas hierbas, podando las ramas menos vigorosas y añadiendo virutas de madera alrededor de los esquejes más tiernos para asegurar que se mantuviera la humedad. No podía salir de casa, después de todo, pero tampoco quedarme ociosa, sin hacer nada de nada, hora tras hora.

Estaba sola cuando escuché el timbre. Dejé sobre la mesita un folleto de materiales de jardinería que estaba ojeando, antes de levantarme, a mi ritmo. Llegué a la puerta en menos tiempo del que sería mi costumbre: no sería la primera vez que quien llamaba se largaba pensando que no había nadie en casa. La paciencia era una virtud difícil de encontrar en la cultura del ya.

—¿Kevin? —me sorprendió encontrarle allí, con esa sonrisa neutra suya y ese aspecto apuesto de bribón y galán al mismo tiempo.

—He pensado que te apetecería dar un paseo.

—Cualquier día te haré un monumento —Sonreí, por no besarle, porque incluso si mi casa era un remanso de paz, sentirme encerrada en ella era de todo menos agradable—. Dame solo dos minutos.

—Como si son cinco —apuntó mientras se quedaba en el rellano, esperándome.

Cogí las llaves del piso, una chaquetita ligera de punto y un sombrero de ala ancha con un enorme lazo de color granate. Me tendió el brazo para que me cogiera a él en cuanto salimos de mi parcela. Cogí aire con fuerza, como si este fuera diferente al que podía respirar en mi jardín. ¿Absurdo? Totalmente. Pero era esa sensación de poder *salir*. De no ser una prisionera en un palacio de cristal.

—¿A dónde vamos? —me preguntó Kevin mientras empezábamos a caminar.

—Donde quieras, al fin y al cabo, hace poco estuve en el fin del mundo y poco después en una bacanal, no creo que ya nada me sorprenda —bromeé.

—Por lo que he oído, no estuvo tan mal —ronroneó él con gesto travieso.

—Que lo digas tú, que te escaqueaste vilmente, suena hasta gracioso —le recriminé y me moví lo justo para golpear con mi costado el suyo. Kevin rio. Era extraño pero nuestra complicidad cada vez se sentía más natural.

—Kellan dice que ya tiene ganas de que llegue el solsticio de invierno…

—Por lo que he oído, es posible que Aidan también.

Nos miramos y empezamos a reír juntos. Nuestros pasos nos llevaron al parque que solía frecuentar con Cara y Eilis. Tal vez no debería acercarme a ese lugar en concreto, pero esta vez no estaba sola y soy de las que creen que cuando te has caído de la bicicleta, tienes que encontrar el valor para volver a subirte después.

—¿Fue aquí? —me cuestionó. Asentí mientras volvíamos a caminar. Quizá era un tanto ridículo, pero me alegré de no encontrarme a mis viejas amigas en aquella ocasión.

No tenía la energía como para mentirles y seguir con aquella farsa eternamente, pero tampoco podía contarles la verdad. En ese aspecto, mi vida era una mierda. Supongo que me pasaba lo mismo que le había pasado a Mila, que durante tiempo les ocultó a Marisa y a su otra amiga española la verdad de lo que estaba pasando en Irlanda. No podía culparla. A veces era más fácil hacer justamente eso, incluso si hacía que se abriera un abismo entre nosotras y me dolía que eso estuviera sucediendo.

—Este debe de ser el famoso castaño —intuyó Kevin mirando el árbol florecido. Me mordí el labio inferior, en un gesto de culpabilidad.

Le señalé con el mentón el banco frente al castaño, ese en el que había estado con mis amigas viendo a la pareja de tortolitos titubear, de nuevo, antes de dejarme llevar y poner mi granito de arena. Aquel que había hecho que, al final, todo me explotara encima. Toda acción puede tener una reacción, a veces insospechada.

—Me gusta sentarme aquí y simplemente ver el tiempo pasar —le confesé cuando llevábamos un rato allí, quietos, en silencio.

—Es agradable hacerlo —admitió—. Creo que podría acostumbrarme.

—No somos tan diferentes, tú y yo.

—No lo somos, no —admitió Kevin—. Me gusta tu compañía. Te parecerá extraño, pero es refrescante.

—Es lo que tiene la juventud, estimula a los viejos —bromeé.

—Yo creo que tiene más que ver contigo —afirmó él, guiñándome un ojo en un gesto coqueto—. ¿Sabes?, creo que hubiéramos estado bien juntos.

—Estamos bien —le dije, aunque sospeché que se refería a algo más profundo y personal que no a compartir un banco en medio de un parque. Tal vez—. Con Anam, también se sentía así. Esa complicidad, como si de alguna forma…

—Algo os conectara. —Kevin asintió—. No me había pasado con otros sensibles. Aprecio a

Grace y a Marisa, pero no es lo mismo.

—Es que yo soy única. —Golpeé su costado y él me sonrió. Me pasó un brazo por encima de los hombros y nos quedamos así, en silencio, observando el tiempo pasar.

Quizá debería sentirme incómoda o azorada por el hecho de que Kevin me tenía en parte abrazada justo después de una conversación que tenía matices de cortejo, pero no fue así. Creo que había tristeza en su interior, esa soledad de quien ha vagado solo mucho tiempo. Igual que, tiempo atrás, había percibido en Anam. Supongo que fue esa complicidad la que hizo que ella se arriesgara a vivir en la casa de una mortal, una sensible. Debió de picarle la curiosidad. Sonreí, recordándola.

Cuando volví mi atención hacia Kevin, vi que estaba estudiando el mundo que nos rodeaba. Si lo que hacía era disfrutarlo o vigilar que un nuevo peligro viniera a mi encuentro, no podría decirlo. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué te preocupa?

—Podría decirte que todo y al mismo tiempo que nada. Ambas respuestas son ciertas.

—Un día de esos, ya veo.

—Creo que Anam no confiaba en nosotros.

—¿A quién te refieres con eso de *nosotros*?

—La tribu.

—No lo hacía, no —admití.

—En cambio, sí lo hacía en Áine y en sus hadas. Creo que por eso escondía las cosas a la vista, pero se aseguró de que solo algunos pudieran llegar a verlas.

—Los sensibles.

—Ella os consideraba especiales.

—Nos —le corregí, porque él también lo era, incluso si siempre se había sentido un miembro de la tribu y había ignorado esa ascendencia, lejana, de un hada—. Sí, somos especiales. Todos. Cada uno a nuestra manera.

—Sé que no te refieres al hecho de que ahora eres medio hada.

—Siempre me sentí especial. La vida me hizo sentir así, supongo, o tal vez me aferré a esa idea para sobrevivir —le confesé—. Pasé épocas muy buenas y otras… dejémoslo en que fueron duras. —Inspiré para conseguir tener la fortaleza de continuar sincerándome con él—. Tomé decisiones acertadas, pero también me equivoqué. Cada una de esas pequeñas cosas me hizo única. Por eso, sí, creo que todos somos especiales.

—Es una teoría interesante.

—¿Quieres que te confiese un secreto?

—Por favor.

—Creo que todos tenemos magia.

—¿De verdad? —Se giró para mirarme con curiosidad.

—Creo que hay emociones que son magia pura, incluso si no podemos verlas.

—El amor. Eres de las que creen en ese tipo de cosas —declaró él con una sonrisa condescendiente—. ¿Sabes qué? Yo también, aunque me cuesta entenderlo, supongo. Lo que soy… es complicado. No es fácil creer en algo que nunca he experimentado.

—Lo harás, solo que aún no ha llegado tu momento.

—¿Puedo confesarte un secreto?

—Eso es lo que hacen un par de amigos cuando están de confesiones.

—¿Somos eso? ¿Un par de amigos?

—No se me ocurre otra forma mejor de definirnos —afirmé regalándole una amplia sonrisa. Me la devolvió, incluso si era pequeña y tenía matices amargos.

—Yo puedo verla.

—¿El qué?

—La magia de las pequeñas cosas. Esa de la que tú hablabas. Vínculos que unen a las personas a medida que se consolidan sus relaciones. Lo vi hace tiempo en Marisa y Kellan, también en Colin y Mila.

—¿En serio? —le pregunté sorprendida.

—Me gustaría poder tirar de una de esas hebras, descubrir quién está al otro lado.

—Encontrar a tu pareja. —Asintió.

—No es tan fácil como eso, pero me gustaría que lo fuera, sí.

—Eso es algo bueno, supongo. Sabrás reconocerla.

—Me gustaría tener esa certeza —admitió tras mirar hacia el castaño, como si su belleza también le cautivara—. A veces, aunque veamos algo, la imagen puede ser confusa.

—Pues deja que sea tu corazón el que guíe tus pasos.

—Amaste a alguien, en el pasado —afirmó él entonces. Asentí, recordando el dolor de las pérdidas que había afrontado, aunque ahora se sentía más liviano, como si finalmente el tiempo hubiera sanado, lentamente, las heridas.

—Amé a dos personas, de hecho —le confesé.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque pasara lo que pasara, ya no están aquí, contigo.

—Valió la pena.

Kevin se quedó en silencio, reflexionando sobre aquello.

Nos quedamos un rato allí, sentados, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que decidimos dar por concluida nuestra pequeña escapada. Volvimos a casa caminando, uno al lado del otro, mi mano sobre su brazo mientras él se adaptaba al ritmo de mis pasos. Sí. Yo no podía ver la magia que unía a las personas, pero no dudaba que existía ese algo entre nosotros. Amistad, complicidad… lo que fuera. ¿Importaba acaso ponerle un nombre?

—¿Sabes?, podría hacerte una copia de las llaves —le ofrecí a Kevin mientras abría la puerta de mi pequeño hogar, ahora mi prisión, y nos adentrábamos en él—. ¿Quieres tomar algo?

—Me parecen dos grandes ideas, Margaret, pero mejor será que calentemos agua para tres, que hay quien no necesita llaves para entrar en tu casa —repuso y se apartó para que pudiera ver al hombre que estaba sentado en una de mis butacas, como si hiciera aquello de forma habitual.

Me quedé en estado de *shock* mientras observaba su rostro perfilado por la luz que se colaba por el enorme ventanal. Tragué saliva e intenté no temblar, porque allí, en mi comedor, estaba Ares. Pude recomponerme mientras él y Kevin se sostenían la mirada, como si se estudiaran el uno al otro. Nadie pronunció palabra alguna, así que al final empecé a dudar de si aquello no era más que una mala pasada de mi imaginación.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —le cuestioné a Kevin señalando al druida.

—Si te refieres a un dios antiguo cuyo sentido de la moda deja mucho que cuestionar, sí, sin lugar a duda —afirmó sonriéndome, tras desviar la mirada de Ares hacia mí. Inclinó la cabeza, como si estuviera pensando en algo.

—¿Ares? —Creo que aquello fue estúpido por mi parte, decir su nombre cuando acababan de confirmarme que estaba frente a mí, pero es que me parecía como si fuera un espejismo. A ver.

Era Ares. Y estaba cómodamente sentado en mi sofá.

—Margaret —alargó cada sílaba de mi nombre, haciendo que un cosquilleo me recorriera la nuca mientras desviaba su atención hacia mí.

—Veo que nos conocemos todos —se burló Kevin.

—¿Tú eras…? —El tono de Ares era de todo menos amistoso.

—Kevin Mac Gréine —repuso haciendo una ridícula reverencia—. Un placer volver a verte sin la necesidad imperiosa de tener que matar o descuartizar a nadie.

—Es una mejora, sí —afirmó él, que parecía estudiarle.

—Siéntate, estás cansada —me pidió Kevin señalando una de las butacas que había al lado de Ares—. Voy a preparar una infusión para todos.

—Ya lo hago yo…

—Hazme el favor, tienes un invitado. Tardo cinco minutos. —No me dio la oportunidad de rebatirle aquello, porque salió del comedor, dejándonos a solas. Me giré para mirar a Ares, pero se limitó a apretar los labios en un gesto severo. Elevé las cejas, esperando que hiciera o dijera algo. No lo hizo.

—¿Es cómoda la butaca? —opté por preguntarle.

—Podría decirse que sí.

Eso era mejor que un no, supuse.

—¿Hace mucho que esperas? —cuestioné mientras me acercaba al asiento que había al lado del suyo.

Me observó durante el proceso, pero, por lo visto, no le interesó contestarme, en cambio, su tono se volvió reprobatorio cuando me dijo:

—Creo recordar que te aconsejé mantenerte dentro de la protección que Anam le había dado a tu casa.

—Excepto por la noche del solsticio —busqué alguna muestra de que recordaba nuestro encuentro, pero su rostro se mostraba neutro y parecía cerrado en sus propios pensamientos—, he estado encerrada en casa. Hoy Kevin se ha ofrecido a acompañarme al parque un rato y, como comprenderás, no he podido negarme.

—Te ha acompañado al parque.

—Me gusta el parque —me justifiqué.

—Ese parque. —Su tono era un tanto crítico, pero eran sus ojos, ligeramente entrecerrados, lo que me hizo saber que desaprobaba completamente que hubiéramos hecho aquello.

—Dicen que cuando te caes de la bicicleta, lo primero que has de hacer es volver a montarte en ella para que no le cojas miedo.

—Un poco de aprensión tal vez te volvería más cauta y prudente, Margaret; estaría bien que evitaras volver a exponerte a un peligro.

—Estaba con Kevin, ¿recuerdas?

—¿Podría él protegerte?

—La verdad es que un guerrero cumpliría mejor con esa labor —intervino el susodicho entrando por la puerta con una bandeja repleta—. Pero lo cierto es que tenemos otras dos medio hadas corriendo por Dublín y nosotros no estamos exentos de nuestras propias obligaciones.

Sirvió tres tazas y las rellenó con el líquido de una tetera. Ares frunció el ceño, como si desconfiara de qué podía llevar ese brebaje. Cogí mi taza sin reparo alguno y le di un sorbito pequeño porque aún estaba demasiado caliente para mi gusto.

—En tal caso, lo más apropiado sería que Margaret no saliera del perímetro de seguridad

—sentenció Ares con dureza.

—No todos son capaces de vivir encerrados entre cuatro paredes, ¿sabes? —le retó Kevin con una sonrisa—. Aunque tal vez podrías ser tú quien la acompañara, si es cierto que te preocupa su seguridad.

Me atraganté con el segundo sorbo y me salió a modo de rocío por la nariz. Gracias, Kevin. Le miré con ganas de estrangularle, aunque me ignoró, porque él y Ares mantenían un pulso mudo entre ellos. Si las miradas mataran, en esos momentos estaría a solas con dos fiambres.

—No puedo ausentarme de la fortaleza.

—Pues eso es justamente lo que estás haciendo ahora.

—Pretendía ser una visita breve.

—La mía también —le retó Kevin con una sonrisa provocadora—. El parque es un lugar tan bueno como cualquier otro para pasar el rato, a no ser que temas no poder protegerla.

Ares frunció el ceño, mirando a mi amigo con un gesto despectivo.

—¿Quién dices que eres?

—Nadie, no soy nadie —le soltó entre risas Kevin—. Pero tengo un poco de sensible, oh, Príncipe de las Hadas. Veo cosas. Siento cosas. Sé cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —le preguntó Ares estudiándole.

—Dejaré algo de ropa por si un día te replanteas lo de salir a dar un paseo —afirmó sin contestarle—. Tiene que gustarte la naturaleza, ¿no? Es hermosa y puedo asegurarte que es de lo más agradable acompañar a…

—Esta tierra está contaminada por el metal —le cortó Ares con voz gélida.

—Aún quedan lugares a los que vale la pena darles una oportunidad —le contradijo Kevin, ignorando el tono seco y duro que había usado Ares con él—. Margaret te los podría mostrar.

Por gusto le hubiera dicho a Kevin que se fuera a la mierda; no sé si no lo hice por educación o porque no quería montar un numerito allí en medio, con Ares formando parte de la ecuación. Quizá sí le reprendería y le estiraría de sus orejas picudas el próximo día que me visitara. No creo que me lo tuviera en cuenta, porque se lo había ganado a pulso.

Decidí interrumpirles y buscar un tema neutral, algo que no tuviera que ver con quién me sacaba a la calle como si fuera un perrito faldero con un collar anudado en su cuello, porque si seguían con eso de quién hace de canguro de Margaret, acabarían jodiéndome las ganas de salir de casa.

—Fuimos a hablar con Beltane. —Creo que eso no se lo había dicho en el lago, ¿no? Porque aquello, ¿había sido real?

—¿Os ayudó?

—Ella nos pidió que celebráramos el solsticio de verano. —Busqué su mirada y él asintió; tuve la sensación de que sus facciones duras se suavizaban un poco mientras lo hacía—. Cree que Áine y las hadas le ayudaron a esconder el caldero y nos dio dos localizaciones; esperamos encontrar alguna pista allí.

—Tenemos intención de ir este fin de semana —decidió confiarle Kevin—. Colin y Mila tenían que venir, pero les ha salido un contratiempo, así que seré yo quien acompañe a las guardianas.

—Podría ser peligroso —reflexionó Ares centrando su atención en Kevin. Vi que fruncía el ceño, como si aquella idea no le gustara.

—Cierto. —No me esperaba que Kevin admitiera aquello, pero tampoco sabía que Mila y Colin no vendrían con nosotros. Apreté los labios. ¿No sería mejor, entonces, posponerlo?

—¿Y los guerreros? —cuestionó Ares.

—Hay un punto caliente cerca de la calzada de los gigantes. No creo que dispongamos de ellos.

Miré a Kevin. Había algo que no tenía sentido. Mi amigo me ignoró mientras estudiaba a Ares, que parecía reflexionar sobre aquello y era bastante evidente que lo que fuera que estaba pensando, no era de su agrado.

—Llámame. Os acompañaré —soltó de repente, dirigiéndose a mí, como si detestara hacerlo, pero considerara que era la menos mala de las opciones posibles.

—Yo…

—Es una gran idea —sentenció Kevin usando ese tono cantarín que reservaba para cuando estaba especialmente contento. Le miré como si se hubiera vuelto loco y entonces lo supe. ¿A qué narices estaba jugando? Estaba segura de que ni Colin y Mila tenían un contratiempo ni los guerreros estaban a saber dónde—. Dicho esto, creo que me voy. Ya se sabe que tres son multitud.

—Te acompaño a la puerta —me ofrecí.

—Soy yo el que se debería marchar —intervino Ares, que no había llegado a beber de la taza que le había ofrecido Kevin. Se levantó del sillón y me miró. No sé qué se suponía que debía decirle. ¿Agradecerle su peculiar visita?

—Nos veremos pronto, en cualquier caso —remarcó Kevin con una expresión alegre que contrastaba con el porte solemne y regio de Ares.

—Eso parece —masculló entre dientes.

—Me aseguraré de que te avise —le dijo Kevin al druida y él asintió. Empezó a convocar un portal moviendo las manos frente a él con una facilidad que era asombrosa.

—Margaret —se despidió de mí con un gesto de cabeza.

Antes de que desapareciera por esa superficie que recordaba un espejo, Kevin le llamó:

—¡Ares! Solo una cosa, hazme un favor y… ponte guapo.

El druida le lanzó una mirada siniestra antes de cruzar el portal. En cuanto se cerró, Kevin rio a carcajadas, mientras yo aún estaba en estado de *shock*. El que teóricamente era mi amigo se giró para mirarme y añadió:

—Creo que voy a reírme este fin de semana más que en todos estos últimos siglos juntos.

—Lo que yo creo es que te has vuelto loco.

—Esperemos que no sea el único —me dijo entre risas, mirando el espacio en el que había desaparecido Ares—, porque esto promete lo que no está escrito.


XIII

Un paso hacia delante

¡Maldito engreído!

Ese Mac Gréine no tenía ni la más remota idea de qué estaba pasando ni en qué estado encontré a Margaret cuando la atacó el Sluagh.

Dudaba que ni siquiera fuera consciente de quién era yo o el poder que ostentaba, y eso que me había visto enfrentarme a la oscuridad dos veces.

Lo que más rabia me daba, en cualquier caso, era la familiaridad que mostraba con Margaret.

Ella era mortal y, por ende, frágil. No podía minimizar el riesgo que asumía al permitirle abandonar las protecciones que Anam había puesto en su casa.

Necio.

Inmaduro.

Tal vez descendía de un hada y se autoproclamaba sensible, pero eso no significaba que fuera a creer en él o en sus palabras carentes de sentido que acompañaba con miradas largas que pretendían advertirme de que sabía cosas que otros desconocían. ¡Que yo no percibía!

Gruñí, enojado.

Él no la había visto allí, defendiéndose con uñas y dientes, como la guardiana que era. Aquellos ataques podrían haberle costado la vida. Cerré los ojos para recordar el caparazón que Margaret había creado para protegerse: no hubiera podido contenerlo indefinidamente, pero había conseguido ganar algo de tiempo.

Me estremecí al recordar su llamada de auxilio. No debería importarme. O afectarme. Pero lo hacía. De una forma que me quemaba y helaba por dentro al mismo tiempo.

Quizá las había dejado a su merced cuando las tres eran en parte mi responsabilidad, porque ya no quedaba nadie más de los que construimos aquel mundo, incluso si mis obligaciones me mantenían lejos del Portal. Y de ellas. No estaba seguro de cuál debía de ser mi papel en todo aquello, pero lo que sí tenía claro era que Kevin Mac Gréine no debería tener voz ni voto en nada referente a las guardianas o a Margaret. Se sentía erróneo que fuera él quien las acompañara a buscar respuestas sobre la ubicación del caldero de Dagda y, peor aún, que frecuentara la casa de Margaret hasta el punto de que ella le hubiera ofrecido acceso ilimitado allí. Sí, él tenía un algo de hada, ¡pero yo era el maldito príncipe!

Y ella…

No es que hubiera considerado que las tres nuevas guardianas fueran hadas en derecho pleno, pero era innegable que la magia de mi madre ardía en su sangre. Más fuerte de lo que jamás esperé que hiciera, siendo más mortales que hadas, pero, por lo visto, Margaret tenía la peculiar afición de sorprenderme. Siempre.

Empecé a caminar sin un rumbo fijo por la fortaleza que gobernaba el abismo.

Aquella estructura solemne de regias y blanquecinas paredes, que contrastaban con la nada en la que existía, dependía de mi energía vital para sostenerse. La magia que irradiaba mi reino de luz evitaba que los fomorianos pudieran usar su oscuridad para cruzar el espacio que separaba el inframundo del que era el camino hasta la superficie. El tiempo que pasaba en la superficie debilitaba la luz de mi fortaleza y, aunque el abismo no dejaría de existir si algún día yo perecía, sí les facilitaría a nuestros eternos enemigos encontrar un método para superarlo y, en ese caso, las brujas serían el menor de nuestros problemas.

—Sé que estás siguiéndome —le indiqué a mi pequeño puca, que no parecía encontrar el

valor de enfrentarme. Admito que mi comportamiento errático indicaba que no estaba del mejor de los estados anímicos posibles y que lo más inteligente por su parte era evitarme, pero que lo hiciera solo a medias me irritaba.

—Amo. —Hizo una reverencia tras sacar la peluda cabeza de detrás del marco de una puerta. Las habilidades mágicas de los pucas no me eran desconocidas; lo que podía estar rondándole dentro de su cabeza era otra cosa—. Hice lo que me sugirió.

—Supongo que no te refieres a traer fruta y agua fresca —indiqué con el ceño fruncido.

—Fui al encuentro de Rathma, el puca de la biblioteca de Dagda.

—Un buen siervo.

—Siente bastante aprecio por Colin Cian y Ryan Mac Cecht, así como por su protegida, la descendiente del anciano Nuada.

—Esperemos que su criterio respecto a los descendientes de la tribu sea certero. Que Mila se ganara su afecto, siendo hija de su madre, era algo previsible; lo del druida y el erudito, ya es otro tema. ¿Qué te ha contado?

—Hace unos días hubo una reunión —empezó tras un titubeo—, poco después de que nosotros tuviéramos esa visita de la atípica medio hada.

—Margaret —le corregí—. Tiene un nombre.

Ladeó la cabeza y asintió, como si no se esperara que aquello me molestara. Era una tontería, realmente. Pero lo que era innegable era que llamarla atípica era quedarse a medio camino. Mortal, mitad sensible y mitad hada, Margaret era también una guardiana; en realidad, ella era única. Igual que las otras dos guardianas, me dije. Tres que eran una: mi descendiente, la chica de mirada brillante y luego estaba… ella.

Me dirigí a uno de los miradores mientras el puca me seguía. La oscuridad que habitaba fuera fortalecía mi empeño y la consciencia de que aquel era el lugar en el que debía estar. Había momentos de flaqueza. Era imposible no tenerlos. La compañía de un puca no aliviaba la soledad ni la sed de algo más.

—Me hablabas de una reunión —le recordé al puca, que se colocó en el margen de la puerta, sujetándose con las dos manos, como si no encontrara el valor de salir a la balaustrada que daba al exterior. No podía criticarle ese detalle en concreto. Si bien me aportaba la certeza de la importancia de mi labor, la quietud que existía en el abismo era tan aterradora como siniestra.

—La tribu tiene un total de nueve miembros, sin contar a la hija de Anam, que es en parte mortal. El más poderoso de ellos es Colin Cian, el portador de Assal. —Asentí para que continuara—. La biblioteca de Dagda está protegida por los Mac Cecht: un guerrero que heredó la cambiante de su antepasado y el erudito al que Rathma aprecia.

—El guerrero Mac Cecht, ¿es el que formalizó su enlace con una de las nuevas guardianas?

—Así es, señor. Consuman su relación con bastante frecuencia, por lo que me ha hecho saber Rathma.

—Ese detalle en cuestión no era necesario.

—Solo quería darle toda la información que dispongo, tal y como me pidió.

Me froté la frente, porque a mí que se acostaran juntos me traía sin cuidado, pero tampoco quería que el puca acabara contándome solo lo que considerara relevante. La información es poder. Tomaría ese dato como algo que podía llegar a ser importante. Tal vez.

—De acuerdo, continúa.

—Entre los eruditos hay uno que es… diferente.

—¿En qué sentido? —le cuestioné.

—Tiene un algo de hada.

—Kevin Mac Gréine —mascullé entre dientes.

El rostro del puca se iluminó con algo parecido a alegría mientras exclamaba:

—¡Ese!

—¿Qué más sabes del resto de los Mac Gréine?

—Son tres; los otros dos son guerreros. No suelen pasar demasiado tiempo en la biblioteca. —Se encogió de hombros.

—Entiendo. Un descendiente de Lug, dos Mac Cecht y tres Mac Gréine. ¿Qué hay de los tres restantes?

Repasé mentalmente los fragmentos de la noche en la que nos enfrentamos a Bres. Reconocí al guerrero Mac Cecht, el que era la pareja del hada que descendía de Beltane. Intenté ponerle nombre a cada uno de aquellos rostros, algo que no me había parado a hacer hasta ese momento. Supongo que algo había cambiado, incluso si no quería decirlo en voz alta y no sabía cómo enfrentarme a ello.

—Un artesano y dos guerreros, pero uno de ellos posee la magia antigua de protección de los Mac Cuill.

—Eamonn. —Conseguí recuperar su nombre entre mis recuerdos. Él había protegido a los arqueros y a Mila. Era más que un buen guerrero: la tenacidad que había demostrado al mantener el escudo pese a los ataques de aquellas criaturas decía mucho de la pureza de su esencia. Esa magia antigua provenía de la luz y solo un portador de esta sería capaz de controlarla de aquella forma.

—Además de los guerreros de la tribu, había cinco hembras.

—Mila —intuí—, y las tres guardianas.

Margaret había estado allí. Con todos los miembros de la tribu. Mis iguales. No me gustaba especialmente aquello; incluso si a la mayoría apenas los conocía, recelaba de ellos.

Sabía que Mila y ella compartían una relación especial. Sospechaba que Margaret había desarrollado un papel hasta cierto punto maternal con ella tras la muerte de Anam. Me había sorprendido que mi vieja amiga le hubiera explicado nuestra realidad casi tanto como que ella se la hubiera ocultado a Mila. Cuando me reuní con Margaret, tras la aparición de Mila en mi fortaleza y la intervención del descendiente de Lug para extraerla, debería haberme dado cuenta de que no era una mujer cualquiera. La facilidad con la que me contradecía y enfrentaba era algo que nunca antes me había sucedido.

Con todo, seguía sin ubicar quién era la quinta mujer. Observé a mi lacayo, buscando una respuesta a esa pregunta silenciosa.

—Una mortal. —Me mordí el labio inferior, sorprendido por aquella respuesta. ¿Una sensible tal vez? ¿Alguien que poseía algún tipo de conocimiento antiguo que le había sido legado por algún ancestro? Miré al puca, pero se encogió de hombros de una forma un tanto ridícula. De acuerdo, seguiría siendo un misterio. Otro más.

—¿Qué escuchó Rathma?

—Hablaron del ataque que había sufrido una de las… Margaret —se corrigió el puca y me miró con algo parecido a una sonrisa triunfal y un punto de orgullo, haciéndome sentir incómodo, antes de añadir—: De cómo el amo la salvó del ataque de un Sluagh.

—Continúa.

—Creo que no confían en el amo. —Chasqueó la lengua al decir aquello, como si hubiera estado dispuesto a defender mi honor frente a toda esa panda de dioses.

—Yo tampoco confío en ellos, eso no me preocupa —le interrumpí antes de que empezara a soltar maleficios contra ellos; pese a que su poder de condenar verbalmente a alguien era efímero, no era inexistente. Los pucas no dejaban de ser criaturas nacidas de la magia, después de todo.

—Hablaron del Portal de las Hadas y de un hada que no está muerta. ¿O tal vez sí? Por lo que entendió Rathma, solo los sensibles pueden verla, amo.

—Beltane. —Asentí y él se quedó callado, reflexionando sobre aquello.

—Rathma no estaba seguro de haber escuchado bien el nombre de su hija —murmuró—. No sabía que eso era posible. Que un hada, una guardiana, pudiera permanecer en el mundo de los vivos, pese a estar muerta.

—Yo tampoco.

—Ella nunca fue una guardiana cualquiera —susurró con admiración y me emocionó un poco su lealtad, no solo conmigo, sino también con los míos. Asentí.

—¿El amo… ha podido verla?

—Invoqué su espectro mediante el lazo de sangre que nos hace uno. —Me rocé la herida aún tierna de la palma de la mano.

—Magia de sangre. —Comprendió el puca, asintiendo con una pequeña sonrisa, incompleta. Incluso si había podido reencontrarme con mi hija, no dejaba de estar muerta. Eso aún dolía. Era una cicatriz que seguramente jamás cerraría del todo.

—Sé que la visitaron —le conté a mi pequeño, pero fiel, aliado—. Acabo de cruzarme con uno de los Mac Gréine.

Le oculté que era a Margaret a quien había ido a buscar. Era mi fiel siervo desde tiempos antiguos y su lealtad para con mi persona era incuestionable; quizá por eso se había ganado mi aprecio y también mi confianza. Sin embargo, no me apetecía compartir con él aquel detalle.

—Eso justifica el enojo del amo.

—Por lo visto, Beltane les ha dado algunas ubicaciones en las que tal vez mi madre dejó algún recuerdo vivido que pueda ayudarnos a localizar el caldero de Dagda. Los acompañaré en su búsqueda.

—¿Vuestra hija ayudó a los Tuatha dé Dannan?

—Yo le pedí que lo hiciera. —Me alejé del balcón que daba al vacío y me adentré en mi fortaleza mientras el puca me seguía—. Algo despertó cuando las nuevas guardianas liberaron el portal. Algo a lo que aún no hemos podido ponerle nombre.

—Las tres brujas que le dieron el poder a Bres, el usurpador. —Asentí. Poco sabíamos de ellas, solo leyendas que se habían olvidado.

—Que no hayan atacado aún no significa que no vayan a hacerlo.

—Colin Cian… Él afirma que se trata de tres brujas desterradas, mitad fomorianas y mitad humanas —me contó el puca—. Creen que tal vez consiguieron la inmortalidad mediante magia negra.

—Es poco probable.

—Podría ser que Rathma sospechara de alguien. —Esperé pacientemente a que el puca me diera un nombre, vi sus ojos brillar con una mezcla de emoción y miedo, antes de continuar—: Carman.

—¿Carman? ¿Carman la Oscura? —Me tensé al escuchar aquel nombre—. ¿No la mató Nemain?

¡Mierda! Si Carman tenía algo que ver con las brujas, podía ser mucho peor de lo que

pensaba. Los pocos miembros de la tribu que quedaban no estaban preparados para enfrentarse a una amenaza como aquella. Ni siquiera era una fomoriana, sino que pertenecía a una estirpe de dioses mucho más antiguos a los que destronamos de Eyre para establecer la luz sobre la oscuridad.

—Una Fir Bolg —sentenció el puca, mirándome. Asentí, incluso si no podía evitar que una cierta inquietud anidara en mi alma—. Rathma le dijo a Ryan Mac Cecht que cree que las brujas descienden de ella, pero no tiene la certeza de que entiendan lo que eso podría llegar a suponer.

—Eso complicaría las cosas —murmuré—. Mucho.

El puca se quedó en silencio y se limitó a asentir mientras meneaba una de sus patas en un movimiento oscilante, algo que solía hacer cuando estaba inquieto.

—¿Están investigando la historia de Carman, al menos?

—Lo están haciendo —afirmó el puca. Asentí. Los miembros de la tribu que restaban eran menos estúpidos y altivos que los que los precedieron, después de todo. Uno de los antiguos jamás le hubiera dado credibilidad a una criatura a la que consideraban inferior, como era el caso de los pucas. Admito que fue Anam la que me hizo aprender a verlos de otra forma, hasta el punto de que acabé aceptando que uno de ellos me acompañara al inframundo. Nunca me había arrepentido de esa decisión.

—Supongo que no podían ser solo mitad mortales y mitad fomorianas —mascullé entre dientes, consciente de cómo complicaba aquello las cosas.

Cerré los ojos, reflexionando sobre esa posibilidad. Que nuestros enemigos fueran vestigios del pasado que habitaba Eyre cuando Nuada y el resto de la tribu decidieron poblar la tierra en la que se establecerían.

Muchos de los Fir Bolg habían emigrado tiempo atrás y habían poblado Grecia, así que a los antiguos no les fue difícil expulsar a los que quedaban en Eyre. Cuando algunos de ellos volvieron, mostraron su descontento al encontrar a nuestros antepasados instalados allí, lo que supuso varias décadas de enfrentamientos.

Carman la Oscura era una de esas diosas; su poder provenía de la magia negra y su esencia no era muy diferente a lo que habíamos conseguido erradicar del Portal de las Hadas. Si la historia no había sido alterada, murió enfrentándose a Nemain, la mujer de Nuada, pero no era descartable que antes hubiera tenido descendencia. Tres. No podía ser otro número, supongo.

¿Cuándo cruzó el destino los caminos de las brujas y de Bres? Me vino una idea descabellada, pero me negué a rechazarla por completo. Bres no era más que un mestizo de la tribu, mitad fomoriano. Demostró ser un tirano en cuanto tuvo el control de la tribu, lo que me hizo valorar si la influencia de las brujas en su persona era anterior a su ascenso al trono y su intención nunca fue otra que destruirnos desde dentro.

Pensé en Margaret. En la magia de Anam que latía en ella y las arrugas que cubrían su rostro. Seguía teniendo un algo que la hacía especial, hermosa a su manera, pero el paso del tiempo era más que evidente en su anciano cuerpo. Incluso si desde mi perspectiva aún era poco más que un capullo que aún no había explotado la mayor parte de su potencial, su mortalidad era algo ineludible, por mucho que detestara y me consumiera esa idea.

La certeza de la fragilidad de Margaret evidenciaba que las descendientes de Carman no podían ser mortales, al menos, no en el sentido estricto de la palabra. Mestizas, tal vez, de esa vieja bruja y de alguien de la tribu. Un druida, quizá. Uno de los que acompañaron a Nuada y Nemain en aquella primera conquista.

Me froté el mentón. ¿Dagda? Su afición por las mujeres, independientemente de su

naturaleza, era más que sabida. Conocía muchas de las tretas que había usado para seducir a diosas casadas, incitando a sus maridos a hacer viajes cuya supervivencia era poco probable. Solía hacerlo con cierto estilo, no lo negaré, pero eso no significaba que no hubiera bastardos del viejo druida dispersos por el mundo entero, algunos de los cuales desconocían por completo que provenían de su linaje.

Era irónico que hubiera sido él quien, tras perder a uno de sus hijos, decidiera usar su propia vida para saldar una maldición que pesaría hasta el fin de los tiempos sobre el resto de la tribu: amar a una sola persona.

Tal vez Dagda jamás llegó a amar y sospechaba que su hijo, aquel que perdió después de que sedujera a la esposa de Lug, tampoco. Quizá fue su forma de redimirse e intentar salvar a la tribu de sus propias bajezas. Los antiguos eran dioses caprichosos que disfrutaban del cuerpo de las mujeres más que de su compañía.

Todos habíamos sido un poco así, supongo, después de todo. Jamás forcé a nadie y dudo que hubiera sentido placer obligando a una mujer a que me complaciera, pero otros no tuvieron reparo alguno en hacerlo. Después de lo de mi madre, de que fuera violada y los tres reyes se negaran a castigar al culpable, Anam no dudó en darle el toque de gracia al conjuro de Dagda a modo de venganza personal. Admiré su tenacidad, lo admito, incluso si al hacerlo sabía que condicionaba nuestra propia supervivencia.

Sin embargo, lo que hizo para decantar la última gran guerra…

No tenía claro si, con el tiempo, podría perdonarle esa traición para con los nuestros, aunque entendía sus motivaciones. Yo podía despreciarlos, pero no dejaban de ser mi familia y, por mucho que me negara a decirlo en voz alta, también era uno de ellos.

Me senté en un trono de mármol blanco en uno de los despachos que solía ocupar. La mesa estaba repleta de pergaminos y libros. Margaret había estado tendida en el diván que había en un extremo, y, si cerraba los ojos, aún podía sentir el olor a bosque y a rosas que desprendía su ropa.

—¿Qué ha encontrado Rathma sobre ellas?

El puca me sonrió, consciente de que esa era la información que más me interesaba de lo que me había podido conseguir. Empezó a contarme lo poco que sabía, retales de historias que se entrelazaban y que saltaban cronológicamente sin un orden lógico.

Dut, Dother y Dain.

Oscuridad, maldad y violencia.

Era menos malo si podíamos ponerles nombre.

Incluso si estos no evocaban nada bueno.

Escuché su voz, y mentiría si dijera que no estaba esperándola. El tiempo es algo relativo y su curso no es exactamente el mismo en la superficie que en los confines del fin del mundo.

Había llegado a plantearme que me excluirían de sus investigaciones: Kevin Mac Gréine no era santo de mi devoción y que fuera él quien me había asegurado que me llamarían no es que suscitara mucha confianza en mi persona.

No tenía del todo claro el porqué, pero le detestaba.

Cerré los ojos mientras movía mis manos frente a mí, dispuesto a acudir hasta ella. Podía sentir la calidez del colgante que compartíamos mientras lo frotaba con sus dedos para despertar parte de la magia que había en él y escuchaba en mi cabeza su voz diciendo mi nombre. No era solo la magia del colgante la que ansiaba responder a su canto de sirena.

Crucé el portal que me transportó a una verde pradera. Frente a mí estaba Margaret y, a pocos metros de ella, Kevin. ¡Cómo no! Me decanté por ignorar su expresión condescendiente y estudiar el terreno en el que nos encontrábamos.

—*An Seanchaisleán,* Oldcastle —sentencié tras tomarme mi tiempo. Kevin asintió mientras los ojos de Margaret brillaban con algo que podría calificarse de admiración. Centré mi mirada en ella. Aún no la había saludado—. Margaret.

Incliné la cabeza en su dirección y ella me contestó con una pequeña sonrisa que hacía que su rostro pareciera el de una chiquilla capaz de ruborizarse con unas pocas caricias.

—Bienvenido al pasado —bromeó Kevin—. Aquí hay unas cuantas tumbas que deben de traerte muchos recuerdos.

Le ignoré, porque Margaret parecía nerviosa y hasta juraría que emocionada, lo que captó por completo mi atención. Miraba hacia ambos lados, como si pretendiera percibir todo lo que la rodeaba con todos y cada uno de sus sentidos. Creo que se dio cuenta de que la estaba estudiando, porque se sonrojó un poco, incluso si mis manos no estaban sobre su piel.

—Nunca había estado aquí —se justificó.

—¿Le gustaban las tumbas a tu madre? —me preguntó Kevin con un tono que no me gustó especialmente, sacándome de mis poco productivas divagaciones.

—Respetaba las antiguas costumbres —repuse—. ¿Y las otras guardianas?

—Kellan está con ellas. Hemos decidido separarnos para explorar el terreno.

—No tengo claro que esa sea una buena idea —remarqué—. Juntas son más fuertes.

—Es una extensión demasiado amplia como para dar un paseo —negó Kevin—. Nos toca la colina de Carbane Hill; ellos patearán Slieve na Caillighe. Quien encuentre algo, avisará al resto por móvil.

Sacó un pequeño artilugio metálico del bolsillo de sus pantalones. Me miró con gesto altivo, haciendo que deseara que la tierra lo tragara.

—Sabes lo que es, ¿no?

—No dudo que no tardarás en ilustrarme —repuse sosteniéndole la mirada.

—Un teléfono que se puede llevar encima —intervino Margaret—. Es algo muy útil para comunicarte con la gente, un poco como el colgante.

Asentí. Anam me había ido explicando cómo había cambiado el mundo con la tecnología. Era como si pudieran hacer magia, pero sin poseer ese don. Admiraba a los mortales, aunque al mismo tiempo despreciaba algunas de las cosas que hacían. Los teléfonos ya existían por aquel entonces, aunque no recordaba que fueran tan pequeños ni que se alimentaran de aire.

—Tenemos bastantes tumbas, ¿alguna preferencia de por dónde empezar? —me cuestionó Kevin.

—Cuando estemos cerca, lo sabremos —sentencié tras observar la posición del sol.

—¿Estás seguro? —me preguntó Margaret con sincera curiosidad. Supongo que por eso me decanté por responderle.

—Solía tener especial predilección por las festividades antiguas.

—Los equinoccios —intervino Kellan tendiéndole el brazo a Margaret.

Ella no dudó en agarrarse a él. No sé qué me molestó más: que él se ofreciera a acompañarla durante el camino o que ella lo aceptara sin vacilación, evidenciando esa familiaridad que existía entre ellos y que se me atragantaba.

Empezaron a andar y les seguí.

Los pasos de Margaret eran firmes, pero no rápidos.

Al ir ligeramente rezagado, me permití observarla. Llevaba un gracioso sombrero de ala ancha en el que había algunas flores secas que le daban un toque de color. Observé su perfil, en silencio, mientras los minutos se sucedían uno detrás del otro.

Fue Kevin el que rompió aquel silencio que era plácido: por lo visto tenía intención de incomodarme hasta en eso. Hacía tiempo que no vagaba por la superficie para disfrutar de algo tan banal como un paseo. Admito que era placentero sentir el viento en mi rostro mientras el olor del mundo que me rodeaba me traía vagos recuerdos.

—¿Has viajado mucho? —le cuestionó a Margaret. Ella negó, pero, por lo visto, estaba decidido a arrancarle alguna palabra—. ¿Te hubiera gustado?

—Sí —cedió—. Hubo una época en la que soñé con ver mundo.

—¿Y qué pasó?

—Alexander murió —repuso ella y el tono de tristeza con el que dijo aquello hizo que me pusiera alerta. Acorté la distancia para ponerme a su altura y busqué su mirada, pero la mantenía fija sobre el terreno irregular por el que avanzábamos. ¿Quién era Alexander?

—¿Llegasteis a casaros? —Estuve tentado a lanzarle un conjuro de silencio y convertir a nuestro acompañante en mudo el resto del trayecto. ¿Casada? ¿Margaret había estado casada?

—Sí, aunque lo nuestro fue complicado. Huimos juntos. Yo estaba prometida a otro hombre.

—Así que fuiste una rebelde. —Aquella afirmación consiguió arrancarle una pequeña sonrisa, pero seguía habiendo tristeza en su mirada y aquello me molestaba.

No sabía nada, realmente, de la vida de Margaret: solo que vivía sola y que Anam vio en ella algo especial, así que decidió irse a vivir con ella. Tampoco tenía claro si quería descubrir cómo había sido su vida antes. Hay cosas que a veces es mejor dejarlas como están.

—Algo así.

—Me alegro por ti —opinó Kevin, sorprendiéndome—. Que encontraras a alguien que se mereciera tu afecto.

—Fue muy bonito, sí, aunque fue breve. Murió cuando llevábamos menos de un año juntos.

—La vida a veces es caprichosa. —Permanecí en silencio mientras reflexionaba sobre esa gran verdad. Y sobre el pasado de Margaret—. No llegasteis a tener hijos.

—No.

—¿Te hubiera gustado?

—Hubiera hecho que todo tuviera un sentido, supongo —admitió con un deje de tristeza—. Aunque facilitó que volviera a la sociedad que había abandonado. Que una mujer de mi época se comportara de la forma en la que yo lo hice no es que estuviera muy bien visto.

—Siempre he admirado a las mujeres valientes —repuso Kevin, colocando una mano sobre la de ella—. Sabes que tienes toda mi admiración, eres fascinante.

Palabras vagas y vacías.

Kevin Mac Gréine era un adulador y eso no prometía ser algo bueno.

Me mantuve en silencio, molesto por su comportamiento y por las emociones vagas que pretendían salir a la superficie. No tenía ningún tipo de intención de facilitarles el camino. Mi vida era lo suficientemente caótica como para complicármela aún más.

Caminamos en silencio hasta que uno de aquellos montículos quedó frente a nosotros en toda su majestuosidad. El paraje estaba desierto, como si los mortales sintieran que aquel lugar enterraba secretos de un pasado lejano y prefirieran evitarlos. Para alguien que no supiera de nuestra historia, podría aparentar un relieve cualquiera. Nada más lejos de la realidad.

—Estás cansada —opinó Kevin mirando a Margaret y ella intentó negarlo, pero su pulso se

había acelerado y su respiración era algo más forzada.

—Lo estás —intervine. Dejé que la magia que había en mí fuera canalizada por el báculo que llevaba conmigo y la tierra respondió a mi llamada. Las raíces atravesaron la superficie de la tierra y crearon gruesas trenzas que tomaron la forma de un trono—. Siéntate, necesitas descansar.

Creo que tenía intención de resistirse, pero finalmente prevaleció el sentido común. Su cuerpo se acomodó en el asiento que había creado para ella y me sentí extrañamente satisfecho por ello.

—Igual debería llamar a Kellan para saber cómo les va.

—No habrán encontrado nada —afirmé.

—Admiro tu optimismo —ironizó él.

—Por lo visto ni ves ni sientes ni sabes nada más allá de lo que tienes delante —aseguré usando sus propias palabras—. Sea lo que sea, ese es el lugar.

Elevé el mentón mientras observaba el túmulo antiguo que se había edificado tiempo atrás. La orientación era la correcta para que la luz del sol entrara en el pasadizo con los equinoccios de primavera y otoño. No era algo casual.

—¿Cómo estás tan seguro? —me preguntó Margaret.

Desplacé mi atención hacia ella. Sentada sobre un trono de raíces, en medio de una tierra que antaño nos pertenecía, parecía una diosa antigua, una con alas que tintineaban y que mostraban destellos de cómo era ella en realidad. Luz. Luz en estado puro, de esa que rara vez alguien encuentra en el camino. No pude menos que admirar aquella imagen.

Decidí que sería más fácil si se lo mostraba, porque en esos momentos no me sentía capaz de usar algo tan vacío como unas palabras. Ella formaba parte de aquello. Me gustara o no.

Cerré los ojos y dejé que la energía que fluía en aquella tierra conectara con la mía. Flujos de poder nos rodearon y ambos pudieron percibir la forma en la que la magia se reconocía. El velo que ocultaba el hechizo de mi madre poco a poco empezó a desvanecerse, como si la capa invisible que la protegía de miradas curiosas se hubiera retirado.

—Cada encantamiento deja una huella —añadí mientras observábamos la luz que emitía el interior de aquel pedazo de tierra—. Puedo reconocer la de mi madre sin demasiada dificultad.

—Pues tal vez sí que es el lugar —declaró Kevin con una amplia sonrisa en el rostro. Se sacó aquel peculiar aparato de metal de uno de los bolsillos del pantalón y tras toquetearlo se dirigió a Margaret—: ¿Tú tienes cobertura?

—Olvidé mi teléfono en casa —le indicó con gesto culpable.

—No sé por qué no me sorprende —murmuró Kevin poniendo los ojos en blanco antes de mirarme—. ¿Llevas…? Olvídalo. Como si no te hubiera preguntado nada. Voy a ver si consigo cobertura para avisar a Kellan y enviarles nuestra ubicación. Portaros bien.

Margaret rio ante aquel comentario. No es que fuera especialmente gracioso, a mi modo de ver, pero tal vez el mundo de la superficie había cambiado mucho desde las últimas veces que había pasado algo de tiempo en él. No es que viviera totalmente ajeno a lo que sucedía, porque mi puca solía traerme libros y diarios en los que veía cómo la tecnología destrozaba poco a poco un mundo que antaño era mucho mejor.

Observé cómo se alejaba con las manos en los bolsillos antes de mirar a Margaret. Dejé que mi magia creara un nuevo asiento a su lado y decidí acompañarla mientras recuperaba el aliento. Nos quedamos en silencio durante unos minutos que se me antojaron simplemente perfectos.

—Es hermoso.

Me giré para observarla.

—Sí, lo es.

—¿Echas de menos la superficie? —me preguntó tras permanecer de nuevo en un silencio cómodo. No me miró al preguntarme aquello. Pensaba en voz alta. No tenía la obligación de contestarle, pero lo hice de todos modos.

—No me permito hacerlo.

—¿Por qué? —Nadie jamás me había preguntado algo así.

Centró su mirada en mi persona y me sentí vulnerable. Otra vez. Era algo que por lo visto empezaba a convertirse en una costumbre cuando ella andaba cerca.

—La fortaleza a la que te llevé depende de mi magia. El tiempo que paso en la superficie puede debilitarla y eso facilitaría que los fomorianos volvieran a resurgir de sus cenizas.

—¿Es peligroso que estés ahora aquí?

—Más peligroso sería que no lo estuviera —le contesté mirándola. Ella asintió, consciente del poder que ostentaba. Que confiara en mí, en ese aspecto, me reconfortó.

—Gracias.

No supe qué contestarle a eso, así que opté por quedarme en silencio, observando el mundo que nos rodeaba.

—Lamento lo de tu marido. —Creo que no era mi intención decirlo en voz alta, pero las palabras salieron por mi boca, incluso si apenas fui consciente de haberlas pronunciado.

—Pensaba que no estabas prestando atención —admitió mostrándose de repente tímida.

—¿Por qué no debería haberlo hecho?

—Di por sentado que mi vida personal te traía sin cuidado.

—Al contrario, siento curiosidad.

—¿En serio? —me preguntó incrédula. Por poco consigue arrancarme una sonrisa el gesto de su semblante. Conseguí callarme muchas cosas que tal vez desearía decirle, pero antes de que mi debilidad pudiera hacerse paso hasta la superficie, de nuevo, decidí buscar un tema diferente. Algo que consiguiera templarme.

—Por lo visto no soy el único.

—Sospecho que Kevin suele darme conversación para entretenerme, más que por otra cosa.

—No confío en él —le confesé—. Creo que pretende utilizarte.

—¿Utilizarme? ¿A mí? ¿Para qué?

—No lo sé —mascullé molesto y ella empezó a reír por lo bajo. Me irritó que no me tomara en serio—. Posees magia. Has heredado algo que tal vez él quiera. Por no decir que eres una mujer que parece despertar su interés.

Me miró y ese pequeño murmullo de fondo se convirtió en carcajadas.

—No creo que sea eso —negó cuando consiguió controlarlas—. Kevin se está convirtiendo en un buen amigo, sin más.

—A veces las apariencias engañan —le advertí, aún enojado con su comportamiento infantil.

—No fue él quien me lanzó un conjuro, dejándome fuera de juego, la primera vez que nos vimos —me recordó ella. Eso. Sí. Lo recordaba… demasiado bien.

—Me incomodaron tus gritos.

—¡¿Que te incomodaron?! —exclamó entre risas—. ¡Fuiste tú quien se apareció de la nada en medio de mi comedor!

—Podías simplemente haberte desmayado, pero no, los gritos parecían los de una *banshee* —me defendí. Me sorprendió golpeándome con la mano el brazo, mientras hacía un puchero y se reía. ¿Podían hacerse todas esas cosas a un tiempo? Me encontré apretando los labios para evitar

contagiarme de su risa—, además, solo te lancé un conjuro de sueño.

—Gracias por no matarme —se burló ella.

—De nada.

—Lo decía en plan ironía.

—Lo sé —le contesté y me sostuvo la mirada. Me sonrió. Solo eso.

—¿Sabes qué? —me preguntó tras un momento que se sintió íntimo—. Lamento que tengas que vivir allí encerrado.

—Gracias, creo —murmuré ligeramente confundido.

—Aún no te he agradecido lo del solsticio de verano —me dijo entonces, haciendo que me tensara.

—No tienes nada que agradecerme —repuse, incapaz de dejar de mirarla. ¿Lo recordaba? Había tenido mis dudas al respecto; al fin y al cabo, era una mortal y la bruma, en ellos, solía ser fuerte.

—De verdad. Fue una experiencia… extraña. Supongo que no debería de haberme alejado del fuego, pero no podía quedarme allí.

—No es habitual que una guardiana se pasee sola la noche de un solsticio de verano —opiné sin poder apartar la mirada de sus ojos. Si supiera todo lo que llegó a pasar por mi mente cuando se presentó frente a mí aquella noche…

—¡No sé por qué! —bromeó y consiguió hacer que mis labios se curvaran.

—Solo hay una cosa en la que tal vez estoy de acuerdo con Kevin Mac Gréine —le confesé—. Eres, realmente, una mujer fascinante.

Se sonrojó mientras me sonreía. Una sonrisa ladeada, entre coqueta y tímida, pero simplemente perfecta. Asentí y desvié mi atención hacia el infinito.

Nos quedamos en silencio mientras el sol comenzaba a descender lentamente.



Una vieja tumba

El resto del grupo tardó su tiempo en dar señales de vida. Llegué a pensar que el teléfono de Kevin había pasado a otro mundo y acabó deshaciendo todo el camino hasta que dio con ellos; lo que fuera, no nos lo dijo.

Ares hizo desaparecer nuestros improvisados sillones como si ese tipo de cosas fueran naturales para él. Debió de haberlo sido, tiempo atrás, cuando vivía en la superficie. La frialdad de la fortaleza en la que vivía se volvía ahora mucho más nítida en mi mente: allí no había vida alguna a la que dar forma, a diferencia del mundo que nos rodeaba. Aquí la tierra le reconocía en todos los aspectos posibles y la naturaleza respondía a su voluntad mientras que en su castillo de mármol y granito no había vida alguna con la que interaccionar excepto con aquel peculiar puca. ¡Estaba tan solo!

Prometí no volver a quejarme nunca más de mi propia mierda. Al menos yo no había estado sola un número de años —o siglos— mal definidos. En el fin del mundo. Si tenía en cuenta eso, el carácter hosco de Ares me parecía mucho más humano. Y menos altivo.

Sentí que una rodilla se me doblaba más de lo necesario mientras avanzábamos hacia la entrada de aquella tumba neolítica. Mi corazón dio un vuelco porque Kevin no estaba a mi lado y durante una fracción de segundo sentí que mi cuerpo se inclinaba, camino al suelo. Sin embargo, eso no llegó a pasar. Algo me agarró mientras colocaba bien la rodilla y conseguía volver a sostenerme por mis propios medios. Me quedé quieta, sin entender qué había pasado, hasta que mi mirada se cruzó con la de Ares. Lo supe. Era él quien había evitado que cayera de bruces. Ladeé la cabeza, sin entenderlo, y fue entonces cuando percibí que su magia me rodeaba y me seguía a cada paso. Me sentí un poco estúpida, como el niño pequeño que sabe que le están vigilando, pero al mismo tiempo algo se removió en mi interior. Saber que él, de alguna manera, se preocupaba por mí.

Apreté los labios, sintiéndome incómoda y agradecida al mismo tiempo. Él se limitó a hacer un gesto con el mentón en mi dirección y percibí que su magia me animaba a seguir caminando. Opté por darles a mis piernas las órdenes básicas: flexión, extensión y luego repetí la cadencia. No era algo difícil, pero hacía mucho que no caminaba tanto y supongo que mi cuerpo empezaba a resentirse.

A partir de ese momento, Ares caminó a mi lado, cerca, pero no demasiado.

Su mera presencia me ponía nerviosa, como si temiera que pudiera meterse dentro de mi

cabeza, de alguna forma. ¿Tenían los druidas el poder para hacer algo así? Tal vez debería hablar con Mila. O con Colin. Pero hacerlo sería tener que responder a preguntas que no me apetecía que salieran a colación.

—Connor es el que podría darnos más información sobre todo esto —admitió Kevin cuando llegamos a la entrada del túnel—, pero tal vez Ares pueda hacernos una pequeña introducción de qué es exactamente este lugar.

—Tumbas funerarias —respondió él en un tono hastiado, aunque no parecía del todo disgustado de hablar sobre ellas—. Puntos de inflexión entre el mundo de los vivos y de los muertos.

—Leí sobre ellas —intervino Grace—. Transportaban las rocas para crear el túnel y luego lo cubrían con tierra. ¿Es cierto lo que dicen de que las orientaban siguiendo patrones astrológicos?

Ares la miró y creo que había cierta satisfacción por el interés que mostraba mientras asentía. De los presentes, era la única que había hecho los deberes.

—Solo disponían de sitios así las familias más poderosas.

—La mayoría de ellas descendían de la tribu —intervino Kellan.

—Antes de la maldición de Anam, muchos mestizos poblaron Eyre —empezó a contarnos Ares mientras acortábamos la distancia que nos separaba de aquel montículo—. Aquellos que conocían su ascendencia solían considerarse superiores al resto de los mortales, así que intentaban que su herencia no se diluyera.

—Hace poco realizaron estudios genéticos a varios huesos encontrados en uno de estos túmulos y demostraron que era habitual el incesto —añadió Kevin.

—¿Qué pasaría si dieran con los huesos de uno de vosotros? —cuestionó Aislin.

—No dejamos cadáveres a nuestro paso —contestó Ares, pero fue Kevin el que nos resolvió aquel dilema.

—Nos convertimos en polvo. Un buen montón, de hecho.

—¿Podemos dejar de hablar de muertos? Me está entrando grima —protestó Marisa y Kellan la atrajo hacia él.

—Es que vamos a entrar en una tumba. No hablar de ellos sería ofensivo.

—¿Para quién? Para mí no, desde luego —matizó ella.

—Honrar a los que nos precedieron es algo que siempre ha sido importante, no solo para los mortales. —Al decir aquello Ares miró a Kevin y a Kellan. Ellos asintieron. Creo que era la primera vez que estaban de acuerdo en algo. Todos habían visto morir a muchas personas a lo largo de los siglos, supuse—. Mi madre creía que la vida y la muerte eran algo cíclico, igual que las estaciones o las cosechas.

—Pero ella era inmortal —puntualizó Marisa.

—Nadie puede vivir eternamente —negó él—. Incluso los que no perecemos por el paso del tiempo.

Anam. Áine. Nadie podía discutirle a Ares que aquella era una gran verdad, así que optamos por permanecer en silencio.

—Está cerrada —observó Kellan al llegar a la abertura que daba al túnel.

Una puerta de metal se interponía en nuestro camino. Pude sentir el viento arremolinarse alrededor de Ares, que había apoyado su báculo en el suelo, pero antes de que usara su magia, Kevin le puso una mano sobre el hombro. Que aquella familiaridad le molestó fue evidente por la expresión dura de su semblante: si las miradas mataran, Kevin ya estaría muerto. Con todo, él no se achicó y se limitó a decirle:

—Antes de que te animes a hacer que algo explote, dame cinco minutos.

—Pides mucho —masculló molesto mientras él se acercaba a la puerta y manipulaba un candado con unos utensilios de metal que había sacado de un monedero de piel oscura. No tardó en escucharse el característico clic que hacía una cerradura al abrirse.

—¿Vas a contárnoslo? —le cuestionó Grace, entre risas que tenían un punto de nerviosismo.

—Durante unos años me dediqué a esto.

—¿A qué exactamente? —le pregunté confusa.

—Era un ladrón de guante blanco —respondió Kellan—. Se dedicó a recuperar todas las piezas de arte de la tribu que habían sido extraviadas y expuestas en colecciones privadas.

—Sospecho que en las que no eran privadas también —opinó Marisa con una sonrisa maliciosa.

—Todo empezó por la ilusión de colarme en las alcobas de las mujeres hermosas que se cruzaban en mi camino —añadió con un tono travieso y me guiñó un ojo. Era como un niño pequeño, solo que milenario.

—Un donjuán nuestro Kevin —soltó Kellan—, pero les dejaba flores, en vez de follárselas.

Marisa le dio un codazo en las costillas.

—Siempre he sido un romántico —afirmó tirando de la puerta con ambas manos para desencajarla. Las bisagras gimieron, pero la puerta se abrió. Hizo una ridícula reverencia—. Diría eso de las damas primero, pero si hay alguna trampa, mejor que sea Kellan el que la sufra.

—Siempre tan encantador —gruñó el guerrero mientras un puñal aparecía en su mano y entraba dentro del pasadizo sin titubear en ningún momento.

—Si le pasa algo, maldeciré tus huesos —le soltó Marisa, adentrándose en el oscuro pasaje detrás de su pareja.

Aislin y Grace se miraron y entraron juntas, cogidas de la mano. Kevin me miró. Admito que yo sí tuve un momento de debilidad. No tengo claro si mi miedo venía dado por lo que podíamos encontrar dentro o por el simple hecho de que las piedras cedieran y la colina se nos viniera encima. No sería la primera tumba de esa época que colapsaba, después de todo.

—Estaré a tu lado en todo momento —me dijo Ares, interrumpiendo ese momento de incertidumbre bajo la mirada siempre paciente de Kevin. Me giré para mirar a Ares y asentí.

—Pasad delante —nos pidió entonces Kevin—. Yo os cubriré la espalda. No dejaremos que te pase nada, Margaret.

Inspiré antes de dar el primer paso en dirección a aquel zulo repleto de oscuridad. Si no lo hacía por mí misma alguien acabaría metiéndome allí. A rastras, si era Kellan el que hacía lo propio, o simplemente como si fuera una marioneta que levitaba a su antojo, en el caso de Ares.

—Todo irá bien —afirmó este último en cuanto cruzamos aquel umbral.

—Dime que tu madre no era una maniaca asesina que se cebaba en los incautos que le seguían los pasos —le pedí a Ares mientras seguía la tenue luz de la linterna de Aislin, que nos enfocaba el camino que seguir desde un poco más adelante.

—No diría tanto, aunque era celosa con sus cosas.

—Eso no era lo que quería oír —mascullé mientras comenzaba a agobiarme al estar rodeada de todo aquello. Jamás me lo había planteado, pero tal vez tenía claustrofobia. Aquel lugar era una tumba, después de todo. Solo esperaba que no acabara siendo la mía.

—Tu respiración se está agitando y tu pulso también —indicó Ares, colocándose a mi lado tras separarnos en una zona algo más estrecha.

—Dime algo que no sepa. —Empezaba a sentir un sudor frío perlándome el rostro y mi

corazón latiendo con tanta fuerza que parecía dispuesto a salir de mi pecho.

—La tierra es tu elemento, Margaret. Todo cuanto te rodea te pertenece.

—Déjame que te diga que me siento como pez fuera del agua en estos momentos.

—No debería ser así.

—Me gusta llevar la contraria al cosmos.

Escuché una falsa tos apagada detrás de mí. Estaba bien que alguien lo encontrara gracioso. El próximo día que Kevin viniera a tomar el té a mi casa, le pondría pimienta.

—Estás a punto de tener una crisis de ansiedad.

—¿Ahora eres médico? —Admito que se lo solté a las malas y que, aunque Ares no era don empatía, tampoco es que tuviera la culpa de cómo estaba reaccionando mi cuerpo al encontrarme encerrada en un lugar como aquel.

Muchos disfrutarían de la belleza de la construcción y de los grabados que decoraban las piedras ceremoniales. Yo solo quería encontrar un agujero por el que sacar la cabeza —y el resto de mi cuerpo, a ser posible— para respirar una bocanada de aire puro.

Sentí un pequeño tirón y di un respingo cuando la mano de Ares rozó la mía y sus dedos se intercalaron a los míos. Ahora yo no tenía claro qué me impresionaba más, pero desde luego no consiguió que mis pulsaciones bajaran al sentir el contacto de su mano enlazada con la mía, sino más bien al contrario.

No emitió palabra alguna, pero me obligó a seguir andando a su lado y lo hice, sin saber bien bien cómo.

—Respira. —Creo que era una orden. Una que no tenía mucho sentido que me empeñara en contradecir. Así que me centré en hacer justamente eso mientras me esforzaba en caminar con pasos cortos, intentando no tropezar con alguna irregularidad de un suelo que veía solo a medias.

Tras aquel pasadizo que se me antojaba eterno, estaba el centro de la cámara funeraria. A cada lado había una abertura con un pequeño pasillo y sobre el eje central había una rendija que se elevaba varios metros, pero, desafortunadamente, estaba cubierta y no podía verse el cielo.

—¡Es la tumba de Cairn en T! —exclamó con admiración Grace, que desde luego estaba mucho más entera y emocionada que una servidora.

—¿Has estado estudiando sobre este lugar? —le preguntó Kevin.

—¿Bromeas? Se ha pasado la semana en Google, a este paso sabrá más que lo que os cuentan esos viejos libros y manuscritos —contestó Aislin. No pude verla, pero intuí que Grace se habría sonrojado.

—¿Y ahora? —cuestionó Kellan rascándose la mejilla con el filo de la daga.

—¿Alguien percibe algo? —nos preguntó Kevin que se había acercado al eje de la cámara, adelantándose al lugar en el que Ares y yo nos habíamos quedado.

Admito que prefería quedarme allí, ligeramente separada del resto del grupo. Quizá era algo totalmente ridículo, pero me daba una soberana vergüenza que me vieran de la mano del susodicho. Que era absurdo, obviamente. Una cosa era cogerse del brazo de Kevin para caminar, porque eso lo hacía para garantizar que no me fuera al suelo. Supongo que a Ares eso no le preocupaba, porque su magia hacía esa función: llevaría unos cuantos cardenales, sino algún hueso roto, si no hubiera usado su magia para sostenerme cuando se me había doblado la rodilla.

Ahora, en cambio… ¿por qué diablos me había dado la mano? ¿Acaso podía controlar mi agitación con su contacto? Desde luego, si esa era su intención, se le daba fatal. Mejor que se dedicara a matar cosas y mantener a los fomorianos a raya, porque conmigo en vez de calmarme, lo único que conseguía era lo contrario.

—Nada —negó Marisa—. Porque no cuenta que tengo unas ganas de largarme de aquí que ni te cuento, ¿verdad?

—Cuando fuimos a buscar la tumba de Áine, los olores se intensificaron y nos llevó hasta una pequeña elevación desde la que vimos que algo brillaba debajo del lago —empezó Grace—. Cuando comenzamos a caminar hacia allí, descalzas, el agua se separó para crear un túnel que nos permitió llegar hasta varias piedras que suponemos que eran su tumba.

Ares, a mi lado, se quedó callado. Hablar del lugar en el que había sido enterrada su madre supongo que no era un tema muy alegre. No fui consciente del momento en el que mi pulgar se movió para rozar el dorso de su mano, en algo que pretendía ser un gesto de consuelo, incluso si tenía tintes de caricia. Me puse roja como un tomate al ser consciente de lo que acababa de hacer, pero Ares tenía la vista fija hacia delante, como si no hubiera sentido aquel sutil movimiento.

—Estabais caladas cuando os recogimos —la contradijo Aislin.

—Es que solo funcionó cuando nos descalzamos, hasta ese momento nos empapamos a conciencia. —Arrugó la nariz en un gesto gracioso.

—Mila nos contó que habíais tenido unas visiones —intervino Kevin.

—Eso fue cuando tocamos la piedra —repuso tras meditarlo un momento.

—¡Pues yo no pienso tocar según qué! —remarcó Marisa haciendo un mohín—. Este sitio me da mucha grima.

—Si se trata de un pedazo de hueso, estoy con ella —murmuré entre dientes. Sentí la calidez de la mano de Ares y juraría que esta vez fue su pulgar el que acarició el dorso de mi mano. Tal vez fue una alucinación, pero me subió un sofoco que hizo que se me subiera la temperatura un par de grados, al menos, algo que no estaba mal del todo porque allí dentro hacía bastante frío. Si alguien preguntaba al respecto, dudo que colara que era culpa de la menopausia, teniendo en cuenta mi contexto.

—¿Tenía intención de escaparse? —le preguntó Aislin a Ares. Fruncí el ceño antes de soltar un «¡mierda!» mentalmente. Por lo visto la listilla del grupo se había percatado de que nuestras manos estaban enlazadas.

—La verdad es que sí —contesté nerviosa.

—No me apetece que entre en pánico y se ponga a chillar en un lugar sagrado —justificó Ares.

Admito que no esperaba que dijera algo bonito, pero tampoco una contestación tamaño gran capullo.

—¿Harías algo así? —me preguntó Aislin que parecía divertida.

—Me faltaba el aire. —Algo que, curiosamente, ya no me pasaba. Ese nudo que oprimía mi pecho había desaparecido—. ¿Estás usando tu magia en mí?

—Tal vez. —Tardó su tiempo en ladear la cabeza para mirarme—. Tenerte otra vez chillando y saltando a mi alrededor creo que sería molesto, aunque he pensado que usar un conjuro de sueño, esta vez, no sería la opción más inteligente por mi parte.

—¿Esta vez? —cuestionó Marisa frunciendo el ceño mientras nos estudiaba.

—Se refiere a cuando me lo encontré por primera vez en mi casa —repuse. Quizá sí estaba usando algún tipo de extraño embrujo en mí, porque apenas era capaz de desviar la mirada de aquellos ojos cristalinos.

—Creo que lo tengo —intervino Kevin, haciendo que el interés de todos se centrara en algo que no fuéramos Ares y mi humilde persona—. Hay tres pasillos. Tres. No puede ser una coincidencia.

—Podría funcionar —opinó Ares—. Colocaros cada una en uno de los pasillos, en un punto equidistante al centro.

—¿Has traído una cinta métrica? —le soltó Marisa de malas maneras, pero Ares la ignoró mientras Grace y Aislin elegían uno de los túneles laterales. Las miré y avancé un par de pasos, lo justo para ponerme más o menos a la misma distancia de ellas.

—Me situaré en el centro para que os orientéis —indicó Kevin, colocándose bajo la abertura superior del techo. Marisa chasqueó la lengua, pero empezó a dirigirse al tercero de los pasillos—. ¿Funciona?

—Para nada —negó Marisa, que por lo visto hoy estaba bastante gris.

—Si no tenéis muchas más ideas, he de admitir que nunca antes había tenido tanta necesidad de salir de un sitio —mascullé un poco agobiada, ya no sé si por el lugar en el que estábamos, si por el contacto de Ares o por el hecho de que nunca había estado bajo tierra de aquella forma.

—Debéis mostrar quiénes sois —declaró Ares—. La magia que habita en este lugar tiene que reconoceros, de alguna forma. Sois sensibles, sois medio hadas, pero, ante todo, sois las nuevas guardianas.

—Como pasó en el lago —susurró Grace—. Cuando tocamos el suelo, nos reconoció de alguna forma. Fue entonces cuando el túnel en medio del lago se abrió para nosotras.

—No sé vosotras, pero yo no llego a ambos extremos del túnel —dijo Marisa extendiendo los brazos a ambos lados.

—¿Y si nos descalzamos?

—Usad vuestra magia —ordenó Ares. Eso se le daba bien, mangonear al resto.

—Aquí estoy que me ahogo, no puedo volar ni queriendo —protestó Marisa.

—Pues tierra, lo que es tierra, hay a porrillo, pero como la líe y se nos caiga encima…

—Puedes controlarla, recuerda que es tu elemento —remarcó Ares.

—Y tú no te olvides de que estoy a punto de tener una crisis de ansiedad y a mi edad después de eso viene el infarto.

—Con eso no bromees, Margaret —me riñó Marisa.

Vale, intentaría comportarme.

Aislin le tendió a Grace una cantimplora y se roció los brazos con ella mientras Marisa batía las alas pese al escaso espacio en el que nos encontrábamos. Sentí una corriente. Algo que parecía tirar de mí. Igual Ares tenía razón. ¿Existía la posibilidad de que se volviera aún más arrogante si era así? Quizá debería estar concentrándome en esa conexión, pero era inevitable divagar, en parte por el nerviosismo.

Noté un suave roce en el dorso de mi mano. Desvié la mirada hacia allí y pude ver como Ares movía su pulgar sobre mi piel, dibujando pequeños círculos. Un estremecimiento me recorrió de arriba abajo mientras elevaba los ojos para llegar hasta los suyos, fijos sobre mi persona. En ese momento sentí el deseo absurdo de acortar el espacio que nos separaba para besarle.

—Hazlo.

¿Hacer qué? ¿Besarle?

Mi corazón comenzó a latir con fuerza porque aquel momento era solo nuestro, la intimidad que compartíamos empezó a removerse dentro de mí, haciendo que reviviera el deseo que despertó durante la noche del solsticio.

—Puedes conectar con la tierra. Céntrate en la magia.

Vale, eso. Nada de besos, después de todo. ¿Cómo diablos pretendía que me concentrara en la tierra si solo podía pensar en él y en la proximidad de su cuerpo, la sensación de tener sus dedos

enlazados a los míos y la suavidad de las caricias que me ofrecía su pulgar?

Cerré los ojos, intentando bloquear aquellas emociones, e intenté hacer algo útil: centrarme en mi propia magia para activar lo que fuera que la madre de Ares había dejado allí y, con un poco de suerte, poder largarme lo más rápido posible. Volver a la tranquilidad pausada de mi jardín, con el cielo sobre mi cabeza y mis manos enterradas en la tierra en vez de en contacto con las suyas.

Tragué saliva y elevé la mano que aún tenía libre para acercarla a una de las paredes del lateral del túnel. Sentí el frío de aquella superficie mientras intentaba bloquear mis miedos, pero también las emociones que Ares despertaba en mí. La sensación de que no era un abismo el que nos separaba, sino apenas unos pocos centímetros.

Percibí un tirón. Uno muy parecido a la conexión que latía entre nosotras cuando el Portal de las Hadas se abría. La magia de tres que eran una.



Revelaciones

Un fogonazo me cegó, incluso teniendo los ojos cerrados, como si aquella luz no dependiera de la vista para ser percibida. Me agité, confundida, pero la mano de Ares me retuvo allí, a su lado, con fuerza, pero gentileza al mismo tiempo. Tardé un tiempo en recuperar el aliento, como si durante aquel breve lapso de tiempo no hubiera sido capaz de respirar siquiera.

—¿Estás bien? —La voz de Ares estaba ligeramente ronca, pero sonó suave, casi como si fuera melódica. Un susurro apenas. Conseguí enfocarle. Estaba frente a mí, y no a mi lado. Nuestras manos seguían enlazadas, pero su otro brazo me rodeaba en algo que nadie podría negar que era un abrazo.

Creo que se me dilataron las pupilas y se me agitó el pulso. Sus ojos se quedaron presos en los míos, solo una fracción de segundo, antes de separarse de mí con movimientos lentos, como si temiera que pudiera perder el equilibrio. Me obligué a salir del trance en el que me había quedado cautiva al sentir su cuerpo rodeando el mío.

—Nadie puede negar que madre solía hacer las cosas a lo grande. —Había una emoción contenida en él. El reencuentro de parte del legado que Áine dejó tras ella. Su madre, después de todo.

Observé aquel lugar luminoso en el que parecía no existir nada más que nosotros dos. Aquella realidad empezó a ponerme nerviosa.

—¿Y el resto?

—Creo que mi madre usó un cierre para que las guardianas lo abrieran.

—No tengo ni la más remota idea de qué se supone que significa eso.

Ares se giró para mirarme. Vi que sus labios se curvaban ligeramente. Tiró de mí y comenzó a andar. Ya pensaba que no tenía intención de explicarme nada, cuando habló de nuevo:

—Un cierre es un mecanismo, como una cerradura, pero mágica. Generalmente depende de una única persona, pero mi madre tenía predilección por el significado del número tres.

—¿Sería equivalente a lo que hacemos en el Portal?

—No. La magia que compartís allí hace que el Portal se active, pero luego permanece abierto hasta que vuelve a cerrarse o la Triqueta pierde parte de su poder.

—Eso último es lo que suele pasar.

—Es normal. Solo sois medio hadas y, además, si una de las tres se aleja del centro energético del Portal, su tendencia natural será cerrarse. Un cierre depende de la magia de las personas que

lo han abierto para mantenerse activo. En el momento en que una de esas personas pierda la concentración o el conocimiento, volverá a su estado basal.

—Que es cerrado —intuí. ¿Que quizá era obvio? Tal vez, pero lo cierto es que yo estaba haciendo clases aceleradas de magia feérica y prefería no dar nada por sentado. Me miró, como si dudara de si estaba usando ese sarcasmo mío con el que a veces le deleitaba, pero al no obtener respuesta, asintió.

—Es posible que no tengamos mucho tiempo —murmuró mientras seguíamos avanzando—. Incluso si vuestra magia desde lo del solsticio de verano es más fuerte, es posible que tus compañeras no puedan aguantar el cierre abierto durante mucho rato.

Estaba bien que no me considerara débil, mágicamente hablando, pero yo no es que tuviera una gran fe en mis propias habilidades.

—¿Por qué no están aquí? —cuestioné mientras seguíamos avanzando. Vi una luz que parecía tintinear a lo lejos.

—Ellas estarán en un estado de trance —me contó—. Dudo que puedan moverse y creo que no han conseguido entrar propiamente; ellas siguen allí, en los túneles.

—¿Por qué, entonces, yo estoy aquí?

—Porque estás conmigo —susurró y se giró para mirarme—. Mi magia te protege.

Sentí la calidez de su piel en contacto con la mía. Nos habíamos quedado quietos y él me miraba como si necesitara que yo lo entendiera. Asentí. Incluso si no comprendía ni una mierda.

Ares dejó de prestarme atención y tiró de mi mano para que siguiera caminando, a su lado. No parecía tener intención de liberarme de su agarre; tal vez así le era más fácil mantenerme protegida con su magia. No tenía intención de quejarme. Su piel contra la mía era algo que nunca había aspirado a llegar a sentir.

—¿Y ahora?

—Hay algo que madre quería mostraros, aunque es posible que solo tú puedas verlo.

—Sin presión —mascullé. Su pulgar rozó el dorso de mi mano, pero no me dijo nada. Supongo que Ares no era del tipo de hombres que usan palabras vagas de ánimos ni conocen lo que es el refuerzo positivo.

Seguimos caminando. Aquella pequeña luz que tintineaba era cada vez más evidente.

—¿Podría ser aquello? —le cuestioné señalándola.

—¿Qué ves?

—Una luz que parpadea.

—Podría ser, sí.

—¿Puedes verla? —Ares negó. No le presioné porque no debía de ser agradable saber que su madre había ocultado algo sabiendo que él no sería capaz de apreciarlo.

Avanzamos unos cuantos pasos más hasta llegar a una estructura de piedra blanca con intrincados grabados celtas. Nos quedamos en silencio, frente al atril de piedra, durante unos segundos. Brillaba. Lo que supongo que era algo bueno, pero me daba un yuyu considerable.

—¿Margaret? —Me giré para mirarle haciendo un mohín—. ¿Tienes intención de tocarlo hoy o prefieres repetir la experiencia completa mañana?

¡Capullo!

—¡Ya voy! —Me tensé sabiendo qué tenía que hacer, pero sin tener el valor de llevarlo a cabo.

—Solo hazlo.

—Deberías aprender que las cosas también se pueden conseguir si las pides con cariño en vez

de lanzar órdenes a diestro y siniestro —le reprendí enojada mientras encaraba aquella superficie de piedra.

Elevé la mano que tenía libre para acercarla a ella. El mundo a nuestro alrededor tintineó cuando estaba a poco menos de un palmo de tocarla. Aquello hizo que, por instinto, recelara y alejara la mano de aquella superficie. La luz a nuestro alrededor perdía parte de su intensidad.

—¡Hazlo ya, Margaret!, nos estamos quedando sin tiempo. —Empecé a temblar—. No voy a dejarte, Margaret, seguiré aquí, contigo.

—¿Y si…?

—Pase lo que pase. Siempre. ¡Hazlo!

Siempre es una palabra demasiado grande. Pero, aunque era absurdo, creí en ella. Solo me arrepentía de lo que no había hecho y no estaba dispuesta a hacerlo de no haber encontrado el valor para tocar aquella maldita piedra. Sin vacilación ni señal alguna de los temblores que hacía un momento estaban adueñándose de mi cuerpo, coloqué la mano sobre su superficie.

Jadeé asustada cuando todo a mi alrededor se volvió negra noche de forma violenta y sentí una fuerte corriente de aire que parecía arrastrar todo hacia ningún lugar en concreto. ¿Ares? Le busqué a mi lado, pero no podía verle. Me estremecí y estaba a punto de entrar en una crisis de pánico cuando sentí la calidez de su mano enlazada con la mía y cómo su pulgar acariciaba el dorso de mi mano, haciendo movimientos circulares, rítmicos. No podía verle, pero supe que seguía allí. Creo que eso me dio la fortaleza para no colapsarme mientras a mi alrededor comenzaban a aparecer sombras, siluetas, de tonos grises y blanquecinos, como si se tratara de una película antigua velada por el paso del tiempo.

Ares estaba en lo cierto: no sabía qué estaba a punto de mostrarme Áine, pero sí que él no podría presenciarlo. Sin el miedo de saberme sola, observé aquello fascinada. Había hadas por todos lados, algunas reunidas alrededor de una hoguera mientras tocaban instrumentos musicales cuyos nombres desconocía, otras volando como si fueran pequeñas bandadas y, algo más alejadas, vi a tres hadas rodeando a una mujer cuya belleza me dejó helada. Lo supe, sin más, incluso si las similitudes entre ella y Ares no eran muchas: el color dorado con matices ceniza de su cabello y esa mirada de tono cristalino que parecía ver más allá de lo que abarcaba la vista.

Me mordí el labio inferior, indecisa, hasta que encontré el valor de acercarme a ellas, intentando no hiperventilar mientras lo hacía. Observé a las tres hadas que había junto a ella y me sorprendió cuando se giraron para mirarme y, al momento, alzaron el vuelo. ¿Acaso eran tres guardianas de tiempos pasados?

Llegué hasta Áine y vi que se sentaba en un trono de marfil con una delicadeza y sensualidad que no podían ser humanas. Su cabeza se giró hacia mí y escuché su voz:

—*Tienes preguntas.*

Me quedé helada. Sí, tenía preguntas. Cientos, o tal vez miles. Pero tardé un buen rato en reaccionar. ¿Podía su espíritu reconocerme como a una de sus guardianas? Cuando empecé a hablar, lo hice a trompicones, sin saber si aquello era o no normal.

—Estamos buscando el caldero de Dagda. Hay tres brujas que nos quieren muertas. Matamos a lo que habitaba en el Portal de las Hadas, pero somos mortales.

—*¿Por qué yo?*

Su voz sonó ronca. Enojada. Podría reconocerla en cualquier lugar, pero no esperaba que estuviera justo allí. Ares. Temblé para observarle. Su aspecto no había cambiado un ápice, pero en ese mundo onírico no era más que una silueta desteñida. ¿Un recuerdo? Tal vez. No, no era a mí a quien había hablado la Reina de las Hadas, sino a su hijo. Allí yo era una mera observadora.

—Pocos pueden decir que sean vida y muerte al mismo tiempo —le contestó ella—. *Forma parte de tu naturaleza ser luz donde solo hay oscuridad.*

—Muchos podrían considerarlo un destierro.

—Algunos desconfían de que semejante responsabilidad recaiga en una única persona, pero Dagda confía en ti. Y yo también.

—Lo haré, madre, pero no sé si el peligro está en el inframundo o en la superficie.

—Lo que pase aquí, ya no te incumbe, hijo. Confía en los ancianos.

—Muchos de ellos no se han ganado ese honor —le contestó con un deje duro y su imagen se desdibujó hasta volverse poco más que una nube.

Apreté los labios, confundida, pero antes de que fuera capaz de reaccionar, una nueva silueta apareció frente a mí. Sentí una emoción extraña quemándome al verla. Anam. Mi vieja amiga. Caminé hasta quedarme a su lado. Era solo una silueta de humo blanquecino que la brisa pretendía desdibujar, pero consiguió hacer que me conmocionara y dos lágrimas rodaron por mis mejillas. Fue Anam la que inició la conversación, esta vez, mientras la Reina de las Hadas la observaba desde su trono.

—No está contento.

—Alguien tiene que asegurar las puertas del inframundo.

—Sé que pretendes alejarlo de lo que está pasando en la superficie.

—Siempre fuiste capaz de ver más allá de lo que se ve a simple vista. Una madre no debería ver perecer a sus hijos.

—¿Han vuelto a atacar?

—Cinco hadas de la tierra han sido drenadas esta vez. No podré ocultárselo a Ares por mucho más tiempo. Cuando lo sepa querrá intervenir y no sabemos a qué nos enfrentamos realmente. No solo están muriendo hadas, Anam.

—Lo sé —asintió mi vieja amiga—. *Por eso aceptaste la petición de Dagda y de tu padre para que fuera él quien sellara la entrada al inframundo.*

—Desde la muerte de Cermait, el viejo druida no ha sido el mismo.

—Lo sé, y créeme que me preocupa —admitió Anam. Áine hizo aparecer una lira y empezó a tocar con destreza aquel instrumento, como si hacerlo le ayudara a organizar sus propios pensamientos.

—¿Crees que va a hacerlo?

—¿Dagda? ¿Te ha contado que quiere cambiar la historia de nuestro pueblo? —Áine asintió—. *Sí. Tal vez no sea una mala idea, después de todo. Perder a Lug y a Cermait por un estúpido triángulo amoroso… nos estamos debilitando nosotros solos.*

—Deberías haber aceptado la propuesta de Dagda. Los hijos de Cermait creen que por haber matado a Lug tienen el derecho de sentarse en el trono.

—Lo sé.

—Si revelaras tu ascendencia, aceptarían tu liderazgo —tanteó Áine.

—Lo dudo. Todo acabaría resolviéndose en otro enfrentamiento, pero estoy cansada de derramar sangre, Áine. No creo en el amor, pero no quiero ser recordada como una portadora de muerte, como lo fue mi abuela.

—Tú no eres ella.

—No, no lo soy. Ella era una poderosa guerrera, pero te recuerdo que yo podría eliminar un poblado chasqueando los dedos.

—Que tengas ese poder no significa que vayas a usarlo.

—Dagda me ha pedido que me quede con su grimorio y su caldero.

—Así que al final va a intervenir para que no vuelva a suceder lo de Lug y su hijo. —Anam asintió.

—Quiero que me ayudes a ocultar el caldero. Nadie debería poseer semejante poder.

—¿Ni siquiera tú?

—Especialmente yo —añadió ella con una sonrisa triste, cansada.

—Ares podría ayudarte. Hacer tu carga más liviana.

—Lo sé, pero no es justo.

—Él te aprecia.

—Ha aceptado entregar su vida para proteger a la tribu. Incluso si crees que le estás protegiendo, la vida que le espera… no sé si vale la pena vivir así, sin vivir. Se merece algo mejor.

—Estoy segura de que el futuro le sonreirá.

—¿Aislado en el inframundo? Déjame que lo dude.

—La vida da muchas vueltas, Anam, especialmente para alguien que es inmortal.

Se quedaron en silencio y supe que no veían aquella decisión, la de enviar a Ares al fin del mundo, con el mismo punto de vista.

—Hablemos del caldero. ¿Qué quieres exactamente?

—Que ningún miembro de la tribu pueda llegar hasta él.

—¿Y si Ares o tú necesitáis usarlo en algún momento?

—En ese caso, sabremos encontrar el camino.

—¿Cómo?

—Ambos sabemos quiénes son nuestros verdaderos aliados. Tengo una idea.

Algo tiró de mí y no pude escuchar el resto de la conversación, pero sí vi como Anam extendía un trozo de tela frente a ella, como si se tratara de un pergamino en el que se encontraba la respuesta a la pregunta que Áine le había hecho. El secreto, tal vez, de dónde pretendía ocultar el caldero. La sensación de mi cuerpo arrastrado sin control alguno hizo que empezara a sentir una fuerte náusea en el estómago, pero de repente todo se volvió apacible.

—Te tengo. —La voz de Ares me devolvió a la realidad. Abrí los ojos, lentamente; era como si todo mi cuerpo tuviera serias dificultades para hacer algo. Lo que fuera. Notaba calambres en algunos músculos y me costaba respirar y, por una vez, no era por el efecto de estar abrazada por Ares, que parecía tenerme acunada entre sus brazos.

No era la única que estaba sufriendo las consecuencias de abrir aquel maldito cierre.

En uno de los túneles laterales, Grace estaba sentada en el suelo, jadeando, mientras Aislin le daba instrucciones de cómo debía respirar con un tono profesional, aunque su preocupación era evidente mientras se desvivía por ella. Kellan tenía a Marisa parcialmente retenida entre sus brazos y aunque aquella mujer orgullosa se sostenía sobre sus piernas, su rostro nunca había estado tan pálido.

—¿Estás bien? —me preguntó Kevin, acercándose a mí. Pude verlo solo a medias, porque Ares ocupaba la mayor parte del espacio frente a mí. Asentí. Supuse que me vio hacerlo porque no insistió.

—No podían aguantar por más tiempo. ¿Has podido ver algo? —Supongo que a Ares lo que más le preocupaba era eso, después de todo. Si había conseguido cumplir mi misión. Lo había hecho, aunque solo a medias. No tenía la más remota idea de qué había en el pergamino de cuero, pero sí podía recabar fragmentos aislados de todo lo que había visto.

—Recuerdos —conseguí pronunciar aquella palabra con cierta dificultad mientras Ares me depositaba con cuidado en el suelo. Conseguí sostenerme por mis propios medios y me sorprendió cogiéndome del mentón con suavidad.

—Antes de que pierdas el conocimiento, deberías intentar escribir todo lo que recuerdas. Cuanto más tardes en hacerlo, más borroso será todo.

—Está cansada, ¿sabes? —masculló Marisa, molesta, acercándose a nosotros.

—Necesitan un poco de aire fresco y algo caliente —opinó Kevin, que se había acercado a Grace—. En cuanto estemos fuera podemos registrar lo que hayas podido ver en una grabación de voz. Te costará menos esfuerzo.

Ares no le contradijo, aunque su ceño fruncido manifestaba que no le gustaba que fuera Kevin quien llevara la voz cantante.

Una vez en el exterior me noté algo más tranquila, agotada, eso sí, pero sin la sensación de opresión que me había azotado desde que entramos en la tumba. Percibí el interés de todos en mi persona, pero apenas era capaz de entender qué había visto exactamente.

¿Debía contarles lo de Áine y Ares? Vi su perfil serio. Si era cierto lo que había podido entender, su madre había querido alejarle de lo que estaba pasando en la superficie y, para hacerlo, lo había enviado a controlar la fortaleza del inframundo. ¿Qué significaba eso de que era vida y muerte al mismo tiempo? Ares era pura luz, pero las palabras de Áine resonaban en mis oídos. ¡Ojalá hubiera podido prestarle la misma atención a lo que había pasado después con Anam! Tal vez ya estaba tan cansada en esos momentos que los recuerdos se escapaban más rápido de lo que Ares había predicho.

Apreté los labios antes de resumir la conversación que había presenciado entre Anam y Áine:

—Anam le pidió ayuda a Áine para esconder el caldero. Le dijo que nadie debería ostentar tanto poder y que debían esconderlo para que nadie de la tribu pudiera usarlo. Áine le preguntó cómo conseguirían llegar hasta él si ella o Ares necesitaban de su poder y ella le contestó que sabían en quién podían confiar.

—¿Eso tiene algún sentido para ti? —le preguntó Kevin a Ares.

—Podría.

—¿Y tendrías intención de compartirlo con nosotros? —insistió con un tono más burlesco que altivo.

—Ellas han abierto el cierre —sentenció—. Ellas pueden ver el camino que ha dejado Anam hasta el caldero. Ningún miembro de la tribu confiaría ni les pediría ayuda a las guardianas.

—Pues estamos de suerte, ¡están de nuestra parte! —se burló Kevin. Marisa gruñó y Grace rio por lo bajo, aunque pronto sus risas se convirtieron en una tos seca un tanto fea.

—Después, Anam le ha mostrado un trozo de tela. Creo que había algo escrito o dibujado en él, pero no he podido verlo.

—Cualquier cosa que recuerdes puede llevarnos al inicio del camino.

—Eso de inicio… casi que mejor que nos lleve al final directamente —intervino Kellan.

—No será tan fácil. No con Anam —negó el druida.

—¿Crees que podrías ver algo más? —me cuestionó Kevin.

—No lo sé, todo se ha vuelto borroso. Quizá…

—No en su actual estado —declaró Ares con un tono seco—. Pese a que su magia se ha fortalecido con el solsticio de verano, solo son medio hadas. No puedes pedirles que vuelvan a exponerse a ese cierre. Podría llegar a matarlas.

—Ahora no, desde luego —negó Kevin—. En unas semanas, tal vez. Cuando estén

recuperadas.

—En unos meses —musitó Marisa.

—¿Sabías que podían exponerse a un peligro de ese calibre? —inquirió Kellan, que se había puesto rígido y tenía un aspecto aterrador.

—Si decidí venir no fue por casualidad —le contestó Ares, ignorando su gesto fiero—. He sido yo el que ha sentido su debilidad y las ha liberado del cierre.

—¿Puedes hacer eso? —cuestionó Kevin, sorprendido.

—Por fuerte que sea la magia que las contenga. —Asintió Ares.

—Es un tipo de magia sorprendente —murmuró Kevin—. Nunca he oído hablar de algo así. Lo que me recuerda los portales que eres capaz de invocar… como si pudieras vagar entre planos. El poder que posees es un tanto peculiar.

—Excepcional, diría yo. —Sonreí, porque jamás había dudado de que la modestia no formaba parte de las virtudes del druida.

—Al menos sabemos que estamos siguiendo el camino adecuado —murmuró Grace.

—Se ha hecho tarde. Debería partir —declaró Ares mirando los colores cálidos del ocaso.

—No te cortes —le dijo Kevin—. Yo me ocuparé de ella.

—¿Debería eso tranquilizarme?

—No mucho, supongo. —Se sostuvieron la mirada y pude sentir que, muy a su pesar, Ares no tenía otra opción que hacer justamente eso: volver a la fortaleza que nos protegía de los dioses oscuros que vivían en el inframundo.

Entendí el instinto maternal de Áine de querer protegerle, pero también la posición de Anam; al hacerlo estaban aislándolo para el resto de su existencia en un lugar al que nadie tenía acceso. Quizá por ello mi vieja amiga conjuró aquel colgante que le permitía acudir a su encuentro. Admiré su tenacidad, incluso si con el tiempo ellos dos acabaron distanciándose.

—Margaret —se despidió Ares de mí con un gesto de cabeza después de mirar al resto de los presentes. Admito que me sentí más frágil cuando separó su mano de la mía y que me estremecí cuando vi que desaparecía, como si su ausencia doliera.

—Parece ser que tu cita tenía toque de queda —bromeó Kevin. Consiguió arrancarme una sonrisa, incluso si su comentario era una soberana estupidez.

—Esto no era una cita —le contradije.

—Pues no es lo que parecía, ¡si hasta habéis andado cogidos de la mano! —Aislin se cachondeó de mí.

—¿No hay nadie más con quien podáis meteros?

—Todo es negociable —anunció Aislin regalándome una amplia sonrisa.

—No es una cita si no la metes —opinó Kellan y Kevin le rio la burrada mientras Aislin hacía ver que tenía arcadas al escuchar aquel comentario.

—¿Podríamos volver a casa? —les pedí, sintiendo el peso de los años que arrastraba como si fueran una gran carga—. Necesito tumbarme algo así como un par de días seguidos.

—Si me lo permites, creo que ya has hecho mucho para un solo día —afirmó Kevin y antes de que pudiera decir nada al respecto, se inclinó ligeramente para pasar uno de sus brazos por detrás de mis piernas y el otro por mi espalda, alzándome como si no pesara nada.

—No pensarás cargarme hasta el coche —murmuré ligeramente incomodada.

—Pues es justo lo que pensaba hacer.

—Pues igual al final este sí que se la mete —soltó Kellan, haciendo que hasta yo me riera con aquella pulla mientras Kevin ponía los ojos en blanco y optaba por ignorarle.



Quiero, pero no puedo

Aquella semana, aunque hubiera podido volver a mis rutinas, a mis paseos matutinos, a la infusión en la cafetería de siempre y a las tertulias con las octogenarias del barrio, no habría sido capaz de llevarlas a cabo: apenas tenía energía y el cuerpo no seguía el ritmo de mi mente desde que visitamos aquella maldita tumba.

Ahora entendía eso del dolor de huesos, de las pautas de calmantes y las cremas antinflamatorias cuyo alivio duraba poco más que un suspiro. Fingía que no me dolían las costillas al respirar y evitaba coincidir con Aislin o Grace cuando tenía que subir las escaleras para que no vieran las dificultades que tenía.

Mila vino a visitarme, pero apenas estuvo un par de horas. Admito que los párpados se me cerraban mientras intentaba compartir con ella lo que había visto. No tengo claro por qué, pero no le conté lo de Ares. Quizá me parecía demasiado personal y, al fin y al cabo, no tenía nada que ver con lo que nos traíamos entre manos.

Es posible que si hubiera estado mejor, Mila hubiera acabado tirándome de la lengua y al final hubiera confesado aquellas frases sueltas que aún recordaba. Sobre el destierro de Ares. El amor de una madre que quiere proteger a un hijo. En cualquier caso, no tardó en darse cuenta de que lo único que deseaba era acostarme y dejar reposar a mi cuerpo anciano.

Solo deseaba volver a sentirme yo misma. Estaba harta de ese caparazón en mal estado que no me representaba. Nunca había notado el paso de los años con tanta vehemencia y hacerlo me enojaba en sobremanera.

Aislin se sentó conmigo en el porche trasero. Me acercó una manta y me la coloqué por encima. Había llovido aquella mañana y aunque no hacía frío, había refrescado.

—¿Cómo te encuentras?

—Jodida, pero no de la forma que me gustaría.

Me sonrió, pero en su mirada había una franca preocupación. Era enfermera en la planta de geriatría. A saber cuántas adorables viejitas, muy en mi línea, habría visto dar un bajón como el que yo estaba viviendo. No quería preguntarle al respecto. Quería, necesitaba, tener la esperanza de que era algo temporal y que ese cansancio que me consumía no había llegado para instalarse en mí. El inicio del fin.

Creo que lo sabían. Que el efecto de lo que habíamos compartido aquel fin de semana me había minado por dentro. No quería fallarles, pero, por primera vez en mi vida, sabía que no

tenía ni voz ni voto al respecto. No podía exigirle a mi cuerpo añejo algo que era contra natura.

—Me enoja esto. El quiero, pero no puedo. —Aislin asintió y se quedó allí, a mi lado, dispuesta a hacerme compañía.

—¿Hay una luz parpadeando? —le cuestioné cuando vi un brillo que mucho tenía que ver con una magia antigua que cada vez me era más familiar. Aislin frunció el ceño y negó con la cabeza. Le sonreí—. En tal caso, creo que vamos a tener una visita.

Aquella luz se convirtió en una superficie lisa que reflejaba la belleza del que era mi mayor posesión: aquel jardín que durante toda la vida había cuidado con devoción.

—¿Qué quieres decir? —No necesité responderle. Frente a nosotras apareció Ares—. Vale, ese tipo de visitas.

—Margaret.

—Un placer volver a verte —murmuró Aislin, entre dientes, al ver que el druida la miraba, pero no parecía recordar su nombre. Tal vez ni siquiera sabía quién era ella.

—No te he llamado porque aún no sabemos nada —le dije, intentando sonar firme, incluso si me sentía abatida en muchos aspectos—. Lo siento.

Negó con la cabeza. Creo que pretendía decir que no era mi culpa, pero tal vez en realidad venía a ser todo lo contrario.

—Hay sillas —le indicó Aislin. Ares la miró, luego desvió la atención hacia la silla, como si se pensara que empezaría a caminar sola. Tardó su tiempo, pero al final se acercó y se sentó en ella—. ¿Quieres una cerveza? —Él la miró, como si no hablaran el mismo idioma—. Ya sabes cer… ve… za…

—Tal vez Ares prefiera una infusión o un poco de agua —intervine, intentando no ponerme a reír mientras Aislin gesticulaba de tal forma que la situación era aún más ridícula.

—Agua estaría bien —declaró.

—Ya voy yo —me ofrecí. Coloqué las manos sobre los reposabrazos para ayudarme a levantar, pero Aislin se apresuró a colocar una mano sobre mi hombro.

—Ni loca me quedo a solas con *tu* invitado —masculló entre dientes y tras guiñarme un ojo desapareció dentro de la casa, aunque había visto aquella mirada de preocupación de quien sabe que la persona que está a su lado es frágil.

Nos quedamos en silencio. Ares y yo.

—No estás bien —murmuró.

—Estoy cansada —admití—. Supongo que mis huesos son cada día más viejos por mucho que me empeño en negarlo.

—Yo sigo viéndote como aquella primera vez —me dijo, aunque no me estaba mirando. Parecía admirar, en silencio, mi jardín.

—Creo que ese día no me prestaste demasiada atención en cualquier caso —bromeé.

Se giró para contemplarme. Cuando clavó sus ojos en los míos, me desgarró por dentro sentir su lástima. Él sabía, de alguna forma, que las fuerzas me estaban abandonando. Apretó los labios, como si aquello le enojara.

—¿Estás comiendo bien?

—A diario —afirmé haciendo un mohín.

—Ven conmigo. —Se levantó y me tendió la mano.

—¿A dónde se supone que pretendes llevártela? —Aislin entró con un vaso y una jarra, pero su tono era el de una madre que acaba de pillar infraganti a un tipo de lo más desagradable intentando algo feo con su pequeñina.

—No está bien.

—Sigo sin ser sorda —mascullé enojada.

—Está así desde lo de la tumba. —¿Desde cuándo Aislin se ponía de parte de Ares?

—No lo sabía.

—Ahora sí. —Mi amiga elevó el mentón, como si estuviera estudiándole—. ¿Puedes ayudarla?

Vi que estaba tensa y supe que le preguntaba eso con el corazón en un puño. Creo que estaba más preocupada de lo que dejaba entrever cuando me acompañaba. De hecho, entre ella, Grace y Kevin no me habían dejado sola en todo lo que llevábamos de semana.

—Puedo.

—De acuerdo, pero no quiero que venga más tarde de las diez —sentenció poniendo una voz ridícula y mostrando una amplia sonrisa, como si le diera un voto de confianza o necesitara aferrarse a esa esperanza—, pero ¡ni se te ocurra aprovecharte de su virtud!

La cara de Ares era un poema; a mí me dio por la risa tonta mientras Aislin se acercaba a mí para darme un cariñoso abrazo.

—Espero que el viejo loco sepa lo que se hace —me dijo al oído, aunque era probable que él pudiera oírla—. Si intenta secuestrarte, Mila sabe dónde vive.

Puse los ojos en blanco y ella se despidió de Ares con un movimiento de cabeza. Me giré para tomar, finalmente, la mano de Ares. Tiró de mí para ayudarme en el arduo proceso de levantarme de la silla, pero una vez logró su objetivo, enlazó sus dedos a los míos, como si no tuviera intención de liberarme de su contacto. No pretendía quejarme: su tacto era suave y cálido, mucho más que la mirada fría de aquellos ojos azules.

—Aislin está aburrida y creo que más preocupada de lo que admite. No se lo tengas en cuenta.

—Puedo entenderlo. No tienes buen aspecto.

—Hay veces en las que no es necesario ser tan sumamente sincero.

—No me gustaría tener que mentirte.

—¿A dónde me llevas? —le pregunté mientras Ares abría un portal.

—¿Confías en mí? —Esa era una gran pregunta. Sí, confiaba en Ares. Tal vez porque Anam confió en él tiempo atrás o quizá por el sacrificio que hizo para proteger a una familia en la que solo creía a medias. Lo que fuera, hacía que mi sexto sentido me animara, encarecidamente, a hacerlo.

—Lo hago. Juntos hasta el fin del mundo.

Una sonrisa fugaz asomó en su mirada y fue como si, por un momento, el mundo se congelara a nuestro alrededor. Como si solo estuviéramos él y yo. ¿Podía él sentir aquello? La sensación de que… había algo.

—Perfecto, porque es allí a donde vamos —susurró, acercando su cuerpo al mío. Me estremecí cuando su torso entró en contacto con el mío. Alcé el mentón y me quedé presa de esa mirada que brillaba como si tuviera luz propia.

Tan cerca.

Y tan lejos.

Sentí su magia rodearme, pero no fui consciente de cuándo cruzamos el portal que había convocado, porque me encontraba presa de su presencia. El mundo a mi alrededor había cambiado de nuevo.

Dudo que pudiera describir aquel lugar y hacerle justicia. Había una gran superficie de agua desde la que ascendían esbeltas columnas blancas de mármol que se elevaban hasta una gran

cúpula repleta de cristales minúsculos que emitían tonos iridiscentes en todas direcciones, haciendo que cientos, o tal vez miles, de diminutos arcoíris dieran un toque de color a las regias paredes blancas de mármol blanco con vetas plateadas.

—¿Dónde estamos?

—En el fin del mundo.

—¿Estamos en tu fortaleza? —le cuestioné mientras admiraba la belleza de aquel lugar. Alrededor de la gran superficie acuática había bancos de piedra y estatuas de hadas desnudas. Ares se había alejado un par de pasos de mí, dejándome que saciara mi curiosidad. Cuando volví a centrar mi atención en él, asintió.

—Erigí este baño termal como lugar de culto y de reposo —me indicó—. Hay magia sanadora de gran poder en estas aguas.

—¿Crees que es apropiado que alguien como yo…?

—Anam alimentó tu cuerpo con magia, durante años —susurró Ares, acercándose a mí—. Esa magia ahora apenas corre por tus venas, como si lo sucedido este fin de semana la hubiera consumido.

—Así es justamente cómo me siento —murmuré, mostrándome vulnerable—. Frágil.

—Eres mortal.

—Ahora me noto más *mortal* de lo habitual, y créeme que eso me preocupa.

—Tómate el tiempo que necesites —me ofreció Ares—. Cuando te sientas recuperada, avísame y vendré a buscarte.

—¿Y si necesito varios días? —mascullé, un poco a la desesperada. Quería creer en sus palabras, pero no quería confiar en ellas porque si aquello no funcionaba, ya no sabría a qué aferrarme para no perder la esperanza.

—Como si es el resto de la eternidad. —Me sostuvo la mirada y había tal intensidad que me obligué a ser fuerte. A intentar creer en la magia de aquel lugar. Asentí—. Te daré un poco de intimidad para que puedas… desnudarte.

Sentí que me ruborizaba, cual colegiala, cuando su mirada descendió lentamente por mi cuerpo. ¿Tal vez podía ver esa carencia de magia que decía que era la causa de mi actual debilidad? Era lo más posible, porque puestos a mirar, había hermosas hadas desnudas en posiciones de lo más variadas, como si el pudor no fuera con ellas, con las que deleitarse.

Ares inclinó la cabeza antes de darme la espalda. Dos enormes puertas blancas se abrieron frente a él y se cerraron una vez las hubo traspasado, sin que llegara a tocarlas. Magia. La magia vivía y reconocía a Ares como único y verdadero señor de aquel lugar.

¿Qué pintaba yo en todo aquello?

Aún no lo tenía muy claro.

Era la medio hada, la sensible a la que ahora llamaban guardiana. Una anciana, una amiga, una madre que no había tenido hijos. Tragué saliva, sintiéndome intimidada por la grandeza de aquel lugar.

Busqué un banco de blanca piedra y con manos trémulas me desabroché la camisa. Poco a poco fui dejando todas y cada una de las piezas de mi austero vestuario hasta que me encontré totalmente desnuda, excepto por el medallón de Ares.

Nunca me había sentido tan expuesta y, sin embargo, no me importó.

Me acerqué al margen de aquella enorme superficie acuática y descendí el primer peldaño de la escalera que rodeaba aquella estructura. Sonreí cuando el agua lamió mi piel. Se sentía cálida y fresca al mismo tiempo. Descendí un poco más hasta que me cubrió la cintura. Coloqué las

palmas de las manos sobre el agua y percibí un cosquilleo trepar por mis brazos. Un brillo blanquecino comenzaba a cubrir mi piel mientras descendía los últimos peldaños para que me cubriera el torso y los pechos. Era una sensación extraña, un remanso de paz y armonía que me envolvía. Si no pensaba en cómo Ares me había mirado hacía unos segundos. Entonces, todo se removía de nuevo. Las sensaciones. El solsticio. Los recuerdos de una vida que ya era muy lejana. Las caricias de un hombre sobre mi cuerpo.

No tardé en sumergirme.

Mi cabello empapado se enganchó a la piel de mis hombros y un mechón me rozó el pezón, haciendo que me estremeciera. Abrí los ojos, casi como si esperara no estar sola en ese momento. Era absurdo desearlo, pero me imaginé a Ares allí, observándome. Deseándome. Como si fuera mi amante. Mi compañero.

Empecé a deslizarme por aquel lugar a medida que recuperaba mis fuerzas, movida tal vez por la curiosidad de conocer a través de él un poco más al hombre que lo había creado. Estudié cada recoveco, percibiendo la magia de Ares palpitar a mi alrededor. Era luz en estado puro y yo amaba sentirme rodeada de ella.

No sé cuánto tiempo estuve allí dentro, pero me cohibí al ver que mi ropa había desaparecido y que en su lugar había una hermosa túnica. ¿Había sido Ares? ¿Había estado allí? ¿Observando desde las sombras cómo me mecía en aquel lugar desnuda? Esa idea debería inquietarme, pero, en vez de eso, sentí que me excitaba. De nuevo.

Anulé ese pensamiento. El deseo. Cogí entre mis manos la túnica: nunca había visto un tejido como aquel, cuyo tacto parecía seda y terciopelo al mismo tiempo. Cerré los ojos mientras me deslizaba por su interior. No había espejos, así que me limité a ver mi reflejo en el agua. Me sorprendió la imagen que vi: era yo, pero al mismo tiempo no lo era.

Apreté los labios mientras tocaba mi rostro, carente de arrugas, como si el paso de los años apenas hubiera hecho mella en mí. Recordé el cuadro de Kevin, aquel que en realidad era un espejo que reflejaba lo que albergaba nuestro interior. Tal vez aquel lugar, la magia que había en el agua, tenía un poder similar, me dije. Mis manos seguían siendo las mismas: huesudas y con ese pellejo de piel repleto de manchas que evidenciaban las décadas que había dejado tras de mí.

Me alisé la túnica, sintiéndome extraña al no llevar nada debajo. Era como estar desnuda, con la incomodidad de que cada roce, cada fricción, se sentía como una erótica caricia. Coloqué las manos delante de mi estómago antes de rozar con el pulpejo del pulgar el viejo colgante.

—¿Ares?

Apenas tardó unos pocos segundos en escucharse un ruido. Las puertas volvieron a abrirse y pude ver que él estaba detrás de ellas. Me sonrojé, lo sé. Siempre había sido consciente del atractivo que poseía, pero en ese momento era como si todo estuviera en el lugar preciso, como si su magia hiciera que resplandeciera en aquel lugar. Sus ojos azules destacaban sobre la túnica plateada que lucía sobre su atlético cuerpo. Ares era un druida, un antiguo dios, pero también un hombre. Y en esos momentos, yo podía ser muchas cosas, medio hada, medio sensible, bastante anciana y de todo menos cuerda, pero me sentía como si solo fuera una mujer. Una que notaba mariposas en la barriga cuando el hombre que estaba frente a ella la miraba.

—Margaret. —Inclinó la cabeza hacia mí, como solía hacer siempre que nos encontrábamos. En esos momentos aquel gesto me pareció tan solemne como sensual.

Me mordí el labio inferior antes de soltar algo totalmente inoportuno. Un «fóllame», por ejemplo. Algo que Marisa aplaudiría, para qué negarlo, pero que además de no llevarme a ningún lado, haría que alguien me acabara llevando a emergencias pensando que tenía un trombo o un

tumor dentro de la cabeza.

—He pedido que te trajeran algo más cómodo. Te sienta bien.

—Gracias —murmuré tomando consciencia de que mis fantasías de él espiándome mientras nadaba desnuda no eran más que eso. Ensoñaciones. Aquí la única que fantaseaba era la menda, y a este paso creo que acabaría haciéndolo de forma premeditada, porque el runrún que me carcomía por dentro cada vez se hacía oír con más vehemencia y a este paso tendría que buscar una forma de darle salida a esa ansia.

—Te veo bien —titubeó tras repetir ese segundo *bien* como si no supiera qué decir, algo que no le pegaba a Ares, que siempre parecía saberlo todo de todo—. ¿Cómo te encuentras?

—Me noto mejor, sí, gracias —añadí un poco a trompicones, sintiéndome de repente pequeñita e insignificante. Nos quedamos en silencio, creo que ninguno de los dos tenía claro qué decir a continuación.

Ahora que estar en sus aguas termales me había devuelto parte de mi vitalidad habitual, ¿me invitaría a abandonar su hogar lo más presto posible? ¿O tal vez se ofrecería a acompañarme durante unas horas?

Yo no quería simplemente irme. No ahora.

—Tal vez deberías comer algo —tanteó.

—Sí, creo que me vendría bien.

—Te mostraré el camino. —Vaciló antes de acercarse a mí. Me tendió un brazo y me sonrojé al aceptarlo. ¡Tierra trágame! ¿Podía hacer aún más el ridículo? Me mordí el labio mientras pasaba mi mano alrededor de su brazo, sintiendo que me temblaba ligeramente el pulso. No tardó en colocar su mano sobre ella haciendo que me viniera un sofoco como los que tenía cuando empecé con la coña esa de la menopausia.

Avanzamos así, uno al lado del otro, sin mediar palabra, por pasillos repletos de luz y de esculturas de increíble belleza.

—Este lugar es increíble, Ares —murmuré cuando frente a nosotros se abrieron dos puertas blancas que daban a un gran salón en el que había una mesa de cristal apoyada sobre dos esculturas de plata.

—Siempre sentí cierta debilidad por la belleza —me indicó mientras me acompañaba hasta una de las sillas. Se inclinó ligeramente sobre mí cuando tomé asiento y colocó el respaldo en dirección a la mesa para acomodarla. Noté su aliento en mi cogote—. Sigo haciéndolo.

Si él supiera cómo me sentía en ese momento…

Cómo ansiaba que sus labios resiguieran la silueta de mi cuello y sus manos…

Se sentó a mi lado y se escuchó el ruido de algo rozando el suelo detrás de nosotros. Me sobresalté, pero Ares se apresuró a tranquilizarme:

—No temas. Es mi siervo.

—¿Tu siervo? —Tardé un tiempo en reaccionar porque su proximidad me quemaba por dentro—. El puca.

—Señorita…

La voz de la criatura era ronca y tenía matices que nunca había escuchado antes. Siendo realista, tampoco había estado antes frente a alguien que era, pues eso, un puca. Intenté no hacer una mueca mientras observaba los dos pequeños cuernos que sobresalían de su cabeza y aquel rostro que sería humanoide si no fuera por la cantidad de pelo que lo recubría. Vestía algo parecido a unos pantalones que le llegaban hasta las rodillas y cubrían solo en parte unas piernas que recordaban a las de las cabras, pezuñas incluidas. Sus extremidades superiores, sin embargo,

parecían humanas, aunque estaba cubierto de pelo como si su esencia fuera más próxima a la de los animales, aunque sostenía una bandeja con unas manos de dedos gruesos y cubiertos de pelo.

No pude encontrar el valor de contestarle, pero me obligué a sonreírle. Algo conseguí, porque empezó a mover una colita redondita que asomaba por un agujero que había en la parte trasera de sus pantalones.

Colocó la comida sobre la mesa a una velocidad que no era humana. Había arrastrado hasta el lugar un pequeño mostrador con ruedas y parecía dichoso de interpretar aquel papel de camarero o, tal vez, de anfitrión. Dudo que Ares tuviera muchas visitas. Honestamente.

—Gracias —murmuré cuando acabó su cometido, viendo que se quedaba mirándonos, como si esperara algo.

—Puedes retirarte —sentenció Ares y me sorprendió la suavidad que usó al ordenarle aquello. El puca me sonrió y se volatilizó de repente.

—¿Has sido tú? —le pregunté al druida con las pupilas dilatadas por la impresión. Frunció el ceño.

—¿Yo?

—¿Le has hecho algo? —le acusé con el dedo índice y se quedó observándome, como si no entendiera el motivo de mi enfado. Negó finamente con la cabeza, pero creo que mi comportamiento le divertía.

—Los pucas son criaturas mágicas y, como tales, no están sujetas a las mismas leyes naturales que nosotros. Pueden aparecerse a su antojo donde les place.

—¿En serio?

—Tienes la extraña costumbre de pensar mal de mí.

En ese momento me percaté de que estaba tan cerca que casi podía sentir su aliento. Mi mirada se desplazó hasta sus labios en un momento de debilidad, pero él no se inmutó. Probablemente no era consciente del efecto que tenía sobre mi persona.

Conseguí desplazar la mirada hacia mi regazo y él acabó alejándose de mí, volviendo a recostarse sobre el respaldo de su silla.

Empezó a servirme pequeñas porciones de todo lo que había en la mesa. Creo que si me comía todo lo que había en el plato acabaría con un soberano empacho, pero no quise interrumpirle. Probé un bocado y el sabor me sorprendió por completo.

—Está riquísimo —admiré.

—Se lo haré saber —afirmó Ares con una expresión complacida.

—¿El puca cocina?

—Se ocupa de todo, realmente —admitió Ares y me sorprendió que lo hiciera.

—¿Son todos así?

—¿Así cómo? —me cuestionó frunciendo el ceño.

—Tan peludos. —Me sorprendió porque conseguí arrancarle una pequeña sonrisa.

—Pueden adoptar diferentes aspectos, así que cada uno escoge el que más le representa.

—¿En serio pueden hacer eso?

—Son criaturas mágicas.

—Aquí todo lo es. En la superficie de tus aguas termales mi reflejo se veía diferente.

—¿En qué sentido?

—Me veía más joven.

Ares se quedó pensativo y se frotó el mentón.

—La magia a veces es caprichosa —optó por contestarme—. A veces nos muestra lo que

queremos ver y, en otras ocasiones, lo que fuimos o lo que llegaremos a ser.

—No voy a quejarme, me veía bien —le repuse con una amplia sonrisa.

—Sigues viéndote bien, Margaret.

—No me importaría tener unas cuantas arrugas menos y, ya puestos, unos huesos que no chirriaran cada vez que me muevo.

—Eres una exagerada —opinó con ese gesto suyo un tanto altivo.

—Lo dice el que es simplemente perfecto pese a ser milenario.

—¿Perfecto? —Una sonrisa vanidosa bailó en su mirada.

—Como si no lo hubiera dicho en voz alta, no sea caso que se te suba —le advertí.

—Si hemos de sincerarnos, déjame que te diga que creo que eres una mujer fascinante.

—Supongo que suena mejor eso que no un «simpática».

—¿Eso no sería apropiado?

—Es lo que se les dice a las personas que no te interesan ni de broma. —Me arrepentí al momento de lo que había dicho. ¿En qué diablos estaba pensando? ¿Estaba intentando coquetear con Ares? Mejor me centraba en la comida—. Que no quería decir que…

—He entendido el concepto.

—Vale. Es que el otro día… —¿Qué carajos podía yo soltarle ahora para mantener mi dignidad sin tacha? Me vino a la cabeza lo que había dicho Kevin—. Después de lo de la tumba, cuando te fuiste, Kevin bromeó con que se me había acabado la cita.

—¿La cita?

—Kevin tiene un sentido del humor muy suyo —continué, construyendo sobre la marcha—. Como soy yo la que te llama mediante el amuleto, bromea al respecto.

—Una cita. —Me miró, con una expresión neutra—. Ten por seguro que no te llevaría a una tumba.

—Una gran muestra de sensibilidad por tu parte —bromeé.

—¿Tal vez preferirías que el Mac Gréine te llevara a, no sé, un parque, por ejemplo?

¿Perdona? ¿Acaso hacía referencia al día en que nos lo encontramos sentado en uno de mis butacones?

—Eso no era una cita. Era dar un paseo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Una cita implica que hay un interés en la otra persona.

—Kevin Mac Gréine muestra activamente su interés en tu vida y en tu persona.

—Me refiero a otro tipo de interés —le contesté, conteniendo la risa. Frunció el ceño.

—¿Interés sexual?

—Por ejemplo. —Si me salía un poco de esa deliciosa sopa por la nariz, que conste que no sería culpa mía.

—Entiendo —afirmó tras reflexionar sobre aquello—. ¿Por eso no le pediste que te acompañara durante la noche del solsticio?

—Por eso y porque mi cadera no está para semejante *guateque* —le contesté entre carcajadas.

—No debiste de pasarlo bien. La magia del solsticio es fuerte. Más para una de las guardianas.

—Fue incómodo. Extraño. No pasa nada, al final los fuegos fatuos me llevaron hasta ti. No estuvo tan mal, después de todo… quiero decir.

—Ellos te mostraron el camino.

—¿Sabes por qué lo hicieron?

—Porque eres luz. —Me quedé esperando a que dijera algo más, pero no lo hizo. Igual Marisa tenía razón en que era más críptico que un jeroglífico—. La mortal que estaba contigo, la que suele acompañar a… ¿Grace?

—Aislin.

—¿Qué papel tiene en todo esto?

—Es su novia.

—¿Ellas dos?

—¿Te sorprende? —le cuestioné divertida. Vi que se removía en su asiento.

—Me cuesta imaginar a dos mujeres copulando —admitió, y aquello por poco me arranca una carcajada.

—No puedes hacerte a la idea de lo creativos que son los jóvenes de hoy en día —le aseguré.

—¿En qué sentido?

—Tienen juguetes. —Me miró con expresión cauta y opté por separar mis manos, dejando un espacio considerable entre mis palmas—. Cosas así que vibran solas.

Dejó de masticar durante unos segundos y creo que le costó tragar aquel pedazo de carne. Finalmente, se reincorporó en la conversación:

—Me parece extraño y no negaré que también un tanto sorprendente.

—Supongo que no es lo mismo que tener a un amante dispuesto a complacerte, pero son más que útiles para autosatisfacer necesidades básicas.

Se quedó en silencio, creo que reflexionando sobre eso, cuando me dejó patidifusa al preguntarme:

—¿Tú también los usas?

¿En serio Ares me acababa de preguntar *eso*? Empecé a reír y a toser y él se limitó a observarme, como si no supiera cómo comportarse en esos momentos.

—Cuando yo tenía su edad, si esas cosas existían, créeme que no tenía ni idea de dónde comprar una.

—¿Ya no sientes el deseo de estar con un hombre? —me preguntó frunciendo el ceño. Que fuera él quien me dijera aquello hizo que se me erizara el vello; si él se dio cuenta, casi que prefería no saberlo.

—Un no rotundo sería mentirte —le respondí tras recomponerme, porque hacía apenas unos minutos, desnuda en sus aguas termales, me había estado recreando mentalmente en cómo sería que Ares acariciara mi cuerpo desnudo.

—Pero no usas de esas cosas para complacerte y, por tu tono, entiendo que hace tiempo que no tomas un amante. —Creo que en esos momentos tenía la boca abierta, con o sin comida dentro no podría decirlo, pero es que no era para menos. ¿Estábamos hablando de sexo? ¿En serio?—. ¿Te incomoda que te lo pregunte?

—Simplemente me sorprende —le contesté—. Marisa y el resto hablan de sexo constantemente y casi empiezo a acostumbrarme a que lo hagan. Supongo que no estaba mentalizada a hablar algo así contigo.

—Entiendo —repuso asintiendo; su rostro se mostraba neutro, indiferente, como si aquella conversación a él no le incomodara—. El sexo era algo natural para nosotros, hablar de las experiencias que habíamos compartido nunca fue un tabú, aunque sé que hay culturas en las que se vivía de forma muy diferente. Para nosotros el sexo era una forma de celebrar momentos importantes y festejar los equinoccios.

—Doy fe de ello —mascullé—. Tú solías… ¿participar?

Prefería no imaginarme a Ares desnudo en medio de mujeres de esbeltas figuras, no tanto por miedo a sentir celos, sino porque no estaba el horno como para tener un calentón a esas alturas de la película. Mi mente se quedaría en esa primera parte: Ares, de pie, completamente desnudo, con la hoguera de telón de fondo, solo que en mi imaginación las llamas serían azules. Como sus ojos o los fuegos fatuos que me habían hecho encontrarle aquella noche tan especial y extraña al mismo tiempo.

—Solía hacerlo, sí.

—¿Y solía ser entre parejas consolidadas o era meramente casual?

—Había un poco de todo. Cada persona hacía lo que quería con quién quería, siempre y cuando fuera consentido. Es cierto que algunos dioses usaban máscaras para ocultarse, pero otros disfrutaban exponiéndose. Era bastante habitual gozar de varias mortales a lo largo de la noche, aunque también había parejas consolidadas con el paso de los años que disfrutaban de esa velada mágica juntos. Eran fiestas para celebrar la fertilidad y perpetuar los linajes, después de todo.

—¿Y qué pasaba con las mujeres casadas? ¿Ellas también gozaban de esas libertades? —le pregunté, fascinada y escandalizada a partes iguales. Mejor no pensar en el nudo que sentía bajo el vientre. Un deseo oscuro que amenazaba a salir a la superficie y que mucho tenía que ver con el hombre sentado a mi lado.

—Se suponía que las parejas casadas no acudían a ese tipo de celebraciones si no lo hacían juntas.

—Que no significa que no lo hicieran. De ahí lo de las máscaras, ¿no? —Asintió.

—Antes de Dagda y de Anam las cosas eran diferentes. La lujuria es tentadora, pero las consecuencias de ese tipo de acciones solían ser dramáticas.

—Entiendo —murmuré estudiando a Ares. Existía un abismo entre nosotros—. En el mundo en el que yo crecí una mujer no podía hacer algo así. Yo descubrí cómo pueden amarse un hombre y una mujer cuando me casé con Alexander. Solo con él.

—Solo con él —repitió Ares con voz solemne, como si pudiera entenderlo y en vez de mostrarse crítico, elevó la mirada para clavarla en la mía—. Fuiste leal a tu compromiso, Margaret, eso te honra.

—Gracias.

—¿Y después? —me preguntó tras reflexionar sobre aquello durante unos segundos en los que no dejó de mirarme—. Él murió cuando aún eras muy joven y la vida tenía mil placeres con los que tentarte.

—No dejé que lo hiciera —le contesté haciendo una mueca—. Visto en perspectiva, tal vez fui una estúpida.

—Fuiste leal a ti misma y a tu pasado. Tal vez si hubieras tomado otro esposo… —murmuró aquello con voz suave, casi sensual, haciendo que me estremeciera.

Pensé en mi vida, en mi pasado. Si hubiera tenido el valor de confesarle a George mis sentimientos, quizá hubiéramos tenido una segunda oportunidad. Nunca llegaría a saberlo.

—Tal vez.

Ares asintió sin dejar de mirarme y, tras tomarse su tiempo, desvió la mirada hacia su plato. Supuse que, llegados a ese punto, bien podía ser yo la que le preguntara por su pasado.

—Sé que tú y Anam…

—Siempre la consideré mi compañera, aunque supongo que nuestras vidas nunca fueron una —repuso sin mostrarse incómodo—. Admiro la pasión con la que evocas los recuerdos de tu pasado; temo que yo jamás podría amar ni ser amado de esa forma, quizá por mi naturaleza.

—Nunca digas nunca.

—¿Nunca pierdes la fe?

—Hay cosas inevitables que me asustan —le confesé—. Cuando eso pasa, suelo enfrentarlas desde el optimismo, me ayuda a hacer más llevadero el miedo.

—¿Qué tipo de cosas?

—La muerte. —Exhalé tras pronunciar aquella palabra en voz alta porque al hacerlo parecía que se volvía más real—. No podré seguir esquivándola eternamente.

—Nadie sensato, mortal o no, debería dejar de temerla.

—Estaría dispuesta a brindar por eso —le dije.

—Pues hagámoslo. —Rellenó mi copa de cristal con un líquido de color dorado y luego hizo lo propio con la suya. La elevó hacia mí y fue como si me hubieran transportado a otro mundo, a otro lugar, uno en el que yo comía manjares exóticos engalanada con ropa de seda al lado de un hombre cuya mera presencia era arrolladora.

Si estaba soñando, esperaba tardar mucho tiempo en despertarme.

XVII

Fragilidad y resiliencia

Las palabras de Margaret me dejaron inquieto. No tanto el hecho de que ella hubiera amado a su esposo como solo los mortales son capaces de hacer, sin reservas, sino el inquietante detalle de la fragilidad de su existencia.

Le asustaba la muerte.

Ni siquiera los inmortales dejábamos de temerla, pero era diferente para nosotros. Había perdido a mi madre, a Anam, así como a un par de dioses antiguos a los que consideraba también parte de mi familia. Sabía que el mal que acechaba tras las murallas de mi fortaleza no dudaría en arrebatarme la vida si pudiera. Con todo, nada tenía que ver con la certeza de que la hebra que sostenía la vida de Margaret tenía un principio y un final.

¿Qué edad tenía? Era consciente de que arrastraba más años de los que aparentaba. Sí, su cuerpo ya no era el de una joven adolescente, pero en sus ojos había una sabiduría que tampoco era propia entre los suyos.

Anam mucho tenía que ver con ese detalle en concreto; si Margaret lo sabía o no era un tema aparte. La magia que fluía de forma natural en aquella tierra alimentaba a Margaret de muchas formas. Cuando supe que esa había sido la intención de mi vieja amiga y compañera, me alegré de que la valorara lo suficiente como para buscar la forma de hacer que su vida fuera lo más longeva posible. Incluso sí, tal y como ella misma me había dicho, era algo que sabía que no podría eludir eternamente.

Me negaba a no hacer nada al respecto. No podía simplemente quedarme impasible tras verla pálida y ojerosa, como si la vida se le estuviera escapando entre los dedos…

Tal vez yo podía hacer lo mismo que hizo tiempo atrás Anam: fortalecer aquel lugar en el que vivía y, al hacerlo, ayudar a Margaret a esquivar durante todo el tiempo posible el que no podía ser otro que su destino. Ni siquiera la magia de mis aguas termales podían quebrar el equilibrio natural entre la vida y la muerte. Solo cabía desear que esta no llegara, incluso si era un imposible.

Empecé a caminar en dirección a mi biblioteca, reflexionando sobre aquello. Las luces prendidas en las paredes ganaban intensidad a medida que me acercaba a ellas, como si me reconocieran. Usando la magia más antigua de todas, la de la sangre, tal vez podría darle un par de décadas, tres a lo más. Apenas un suspiro para una vida inmortal, pero suficiente como para que pudiera ver alguno de esos lugares que anhelaba visitar cuando era joven, me dije, recordando la conversación que había mantenido con Kevin.

No lo haría junto al hombre al que amó, porque esa pérdida no podía subsanarla, pero sí podía ayudarla a cumplir parte de esos sueños. Aquella idea fue cogiendo fuerza y, al hacerlo, me sentí más vivo y el peso que se había instalado en mi interior comenzó a hacerse más liviano.

Hacía tiempo que no sentía esa emoción, la ilusión de hacer algo que no fuera simplemente vivir un día más. Pensé en ella. En su luz. Era extraño recordarla allí, paseando por mi fortaleza, vestida con una túnica que hacía que nuestras diferencias se volvieran menos evidentes. Lo que ambos éramos. Si dejaba la mente en blanco, podía escuchar su risa cantarina. ¿Cómo sería mi vida si ella me acompañara? Menos pausada, pero mucho más plácida probablemente. Abandoné esos pensamientos porque ella jamás podría ser feliz aquí, conmigo, viviendo como una exiliada, lejos de las personas a las que sí amaba y de ese hogar que tenía su esencia impregnada.

Sí, me gustaría poder acompañarla en uno de esos viajes y ver cómo el mundo había

cambiado en mi ausencia. Tiempo atrás había visitado muchos lugares y en algunos de ellos tal vez quedaba alguna huella de mi propia magia de la que podría tirar para crear un portal. Sabía que alejarme de Eyre era una jugada arriesgada porque mi magia se sustentaba por la esencia de la tierra en la que nos encontrábamos, igual que le sucedía al resto de la tribu, pero tal vez podríamos permitirnos escaparnos de tanto en tanto y crear nuevos recuerdos, si a ella no le importunaba que fuera yo su acompañante.

Cerré los ojos tras cruzar las puertas de mi biblioteca, intentando focalizarme.

Era algo que no solía necesitar hacer. Organizar mis pensamientos. No tenía del todo claro el porqué, pero ahora me parecía imposible hacerlo, como si todo se entremezclara y no existiera una línea recta para llegar a mi destino.

Nada de todo eso sería posible, en cualquier caso, hasta que las tres brujas, quienes posiblemente fueran descendientes de Carman la Oscura, ya no formaran parte de la ecuación. No descartaba que estuvieran buscando la ubicación del que era mi hogar. Si pudieran tenderles la mano a los fomorianos a cambio de su favor, no dudarían en hacerlo.

Debía centrarme primero en esa amenaza, incluso si no disponíamos del caldero de Dagda. Todavía. Intentaría parecerme un poco a mi peculiar invitada y mostrar algo de fe por mi parte en lo que estaban haciendo las guardianas y el resto de la tribu. Necesitábamos tiempo, pero eso jugaba en contra de las leyes de la naturaleza de los mortales.

Lo que sí podía hacer, por el momento, era fortalecer la magia que sustentaba y protegía a Margaret. Chasqueé los dedos y el puca se apareció a mi lado.

—¿Me ha llamado, mi amo?

—Necesito el grimorio de Anam —sentencié—. Ver las últimas páginas, al menos. Hemos de proteger la casa en la que viven Margaret y la otra guardiana, pero necesito saber qué tipo de defensas puso para poder complementarlas de forma natural.

—¿Para que ellas no puedan percibir la magia del amo alterar la que ya existe allí? —Asentí—. ¿Por qué no quiere el amo que las guardianas lo sepan?

—No veo la necesidad de hacer lo contrario.

—El amo siempre se preocupó por las guardianas. —Le sostuve la mirada—. Lo tienen los eruditos de la tribu. —Asentí, tenía la esperanza de que estuviera en sus manos, incluso si no tenía del todo claro que fuera más fácil buscar una aguja en un pajar que negociar con ellos. Supuse que pronto lo sabría.

—¿Está en la biblioteca de Dagda?

—Sí, allí está, mi amo.

—Supongo que tendremos que optar por hacer un trueque —murmuré mientras dejaba que mi mirada vagara alrededor de aquellos tomos que me habían acompañado durante la mayor parte de mi existencia.

—¿Un grimorio antiguo? —me cuestionó el puca—. ¿Los pergaminos de Eogabail quizá?

—No —negué—. Son eruditos, no druidas.

Empecé a caminar por uno de los pasillos entre dos librerías y me paré frente a un viejo tomo. Hacía apenas unos días lo había estado releyendo y conocía al dedillo todo lo que contenía. Historias antiguas de la primera dinastía y, entre ellas, el origen de Carman y los que la precedieron.

Saqué el tomo con sumo cuidado.

—¿Tienes el grabado? —le pregunté y el puca asintió.

Dando pequeños saltitos se acercó a la gran mesa de piedra y cogió un viejo pergamino.

Rathma nos había dado tres nombres, unos que no era la primera vez que escuchaba, aunque había tardado tiempo en conseguir información sobre sus andaduras. Con cuidado, desenrollé aquel trozo de cuero y observé las tres imágenes grabadas en tinta. Eran tres, pero eran uno. No es que aquel dibujo pudiera decirnos cómo encontrarlos o destruirlos, pero sí había información, si sabías verla, de las habilidades que poseían. No dudaba que los eruditos valorarían su contenido.

—Tendrá que valer —sentencié finalmente.

—¿Qué va a hacer el amo exactamente? —me cuestionó.

—Lo que sea necesario —declaré con la certeza de que estaba dispuesto a cualquier cosa para conseguir lo que necesitaba. Incluso si eso suponía enfrentarme abiertamente al resto de la tribu.

No pensaba dejar que el azar se entrometiera en mi camino.

Me aseguraría de que Margaret gozara de una salud del hierro el tiempo que necesitara para acabar con las brujas. Tenía intención de mantenerla lejos del peligro. La magia que se le había extraído durante las visiones en la tumba de mi madre la había debilitado más de lo que parecía a simple vista. No podía arriesgarme a que sobrepasara sus propios límites o a que se encontrara en un fuego cruzado. Era una guardiana, pero su fragilidad, pese a su resiliencia, se había revelado. Margaret no volvería a asumir un riesgo como aquel. No más. Kevin Mac Gréine decía ser en parte un sensible y Mila también poseía la capacidad de ver lo que estaba a oculto a simple vista.

Deberían encontrar el caldero sin las guardianas.

Margaret no podía exponerse de aquella forma. Otra vez.

Tal vez, después, podríamos visitar alguno de esos lugares con los que soñó tiempo atrás. Era consciente de que me estaba convirtiendo en alguien más ambicioso que antaño, pero, por primera vez en mucho tiempo, no era capaz de quedarme de brazos cruzados y vivir al margen de lo que sucedía en la superficie.

Abrí un portal con esa determinación. Hubiera deseado que no hubiera nadie al otro lado, pero no era tan estúpido como para creer que ese deseo tenía posibilidades de cumplirse.

Reconocí la magia de aquel lugar en el que tantas horas había pasado cuando aún era joven. No tenía claro dónde habían ubicado el acceso a aquel espacio mágico, pero dudaba que fuera en el que había estado originariamente. La magia es algo infinito; son la creatividad y perspicacia de quien la invoca las que definen en realidad sus limitaciones o las carencias de estas.

Dagda era único haciendo justamente eso. Aunque Anam aprendió rápido.

Observé el lugar, deleitándome con aquel reencuentro. Esa biblioteca era un espacio único. Varias generaciones de druidas y eruditos habían leído cada uno de aquellos volúmenes, no una, sino varias veces muchos de ellos. Historias de nuestras leyendas, de nuestro pasado, pero también del mundo que nos rodeaba y del que veníamos. Que hubiera dos miembros de la tribu sentados frente a una enorme mesa generó en mí emociones contradictorias: la satisfacción de que ese legado no hubiera caído en el olvido y la frustración, al mismo tiempo, de no poder hacer las cosas sin tener que dar explicaciones al respecto.

Los observé mientras el portal se cerraba a mi espalda, sabiendo que la existencia de este no les había pasado desapercibida. Había temor en sus ceños fruncidos, incluso si ambos estaban dispuestos a enfrentarse a quien osara adentrarse en su territorio pese a no ser guerreros. Admiré su valor, aunque un enfrentamiento no tenía que ser estrictamente necesario; me habían reconocido, igual que yo a ellos.

No es que la noche en la que nos enfrentamos a Bres fuera una noche en la que sociabilizáramos especialmente, pero dudo que nadie fuera capaz de olvidarla para el resto de su

inmortalidad. Dejé que fueran ellos los que tomaran la iniciativa.

—Ares.

—Veo que seguís vivos —declaré a modo de saludo mientras los estudiaba. Pensé en lo que me había estado contando el puca sobre los descendientes de los tres reyes. ¿Quién era el Mac Cecht que vivía allí y al que Rathma apreciaba? Ryan. Sí, eso—. ¿Ryan Mac Cecht?

—Yo mismo —sentenció el de pelo oscuro y ojos claros, estudiándome—. Si hubiera sabido que vendrías a visitarnos habría pedido que nos prepararan un tentempié.

—¿No se supone que este lugar está protegido? —masculló el otro con gesto serio, enojado con mi presencia y, posiblemente, con mi existencia también.

—Yo ayudé a protegerlo —le contesté con gesto altivo—. Este lugar me reconoce.

—¿Significa eso que una de las brujas no podría simplemente hacer *eso*? —me cuestionó Ryan refiriéndose al portal que ya se había desdibujado a mi espalda.

—Dudo que posean ese tipo de poder —les indiqué.

—¿Tienes la certeza? —optó por retarme, como si fuera mi igual.

—Solo alguien que domine los tres elementos primarios podría convocarlo —les dije, incluso si había un «algo más» que no tenía intención de compartir con ellos.

—No es muy diferente a lo que hacen las guardianas en el Portal de las Hadas —murmuró Ryan frotándose el mentón, como si aquel tema le fascinara. Me recordó a un viejo erudito por el que sentía cierto aprecio siendo un niño; tal vez por eso no pude negarme el placer de contestarle.

—Así es. Mi madre se inspiró en mis habilidades para crearlo.

—Lo que significa que eres más viejo de lo que nos pensábamos —corroboró el otro hombre. Si mi memoria no me fallaba, el erudito frente a mí tenía que ser Connor Mac Cuill, porque el resto de la tribu eran en esencia guerreros. Excepto Kevin, pero a ese ya lo tenía suficientemente atragantado como para confundirlo con alguno de sus primos.

—No soy vuestro enemigo, Connor —afirmé, incluso si estaba dispuesto a convertirme justamente en eso si las cosas se torcían. El erudito exhaló una bocanada de aire y se recostó en su asiento mientras me estudiaba.

—Tampoco nuestro amigo, pero sí espero que nuestro aliado —sentenció Ryan—. ¿Qué necesitas?

—¿Tan obvio soy? —le cuestioné sin perder esa expresión fría que me caracterizaba, satisfecho por su astucia.

—Vienen tiempos difíciles —sentencio Ryan—. Mejor aprender a trabajar en equipo.

—Ese no sería mi estilo —le contradije—, pero tampoco pretendo mantenerme al margen.

Nos sostuvimos la mirada y finalmente asintió. Se sentó en el hermoso asiento de respaldo alto en el que había grabados de escenas de algunas de las leyendas de nuestros antiguos reyes y héroes.

—Hemos encontrado algo —declaró Ryan tras colocar los codos sobre los reposabrazos y juntar las yemas de sus dedos, estudiándome.

—Te escucho.

Ryan miró al otro hombre. No es que Connor Mac Cuill pareciera muy contento de hacerme partícipe de sus avances, pero aceptó la voluntad de su primo, algo que me sorprendió. ¿Existía algún tipo de jerarquía entre ellos?

—Existe un texto antiguo en los diarios de… tu madre —titubeó antes de decir aquello y me miró. Asentí—. Tres guardianas para tres tipos de magia.

—El número tres siempre ha tenido un significado especial para los antiguos —añadió Ryan.

—Sigue teniéndolo.

—Sí, supongo que sí —admitió él—. Creo que ninguno de nosotros se esperaba lo de las guardianas.

No le contradije y me limité a mirar a su primo.

—Hay una entrada en la que se habla de ocultar algo —continuó Connor—. Ryan recordó ese pasaje porque hace también referencia a una vieja profecía sobre la restitución del primer linaje.

No dejé que vieran que aquellas palabras me sorprendían, aunque nunca había oído hablar de una profecía sobre la restitución del linaje del rey Nuada. Tal vez querían probarme, de alguna forma.

—Continúa —le pedí.

—Creemos que Áine hacía referencia al caldero —admitió Ryan—. Si es así, creo que deberemos enfrentarnos a tres pruebas.

—Eso sería bastante el estilo de mi madre —consideré—. ¿Qué tiene que ver el primer linaje?

—Dinos qué has venido a buscar y te diré lo que sabemos —sentenció Ryan estudiándome.

—Necesito el diario de Anam.

Silbó, como si aquello no se lo esperara.

—¿No vas a decirnos para qué?

—No era mi intención, no.

—Pero vas a pedirme que confíe en ti —observó.

—Sería más peligroso que no lo hicieras.

—¿Pretendía ser una amenaza? —Miró a su primo—. ¿A ti te ha sonado como una amenaza?

No le contesté, porque la respuesta estaba en tierra de nadie. En vez de eso, me adelanté y coloqué el viejo libro y el pergamino cuidadosamente enrollado sobre la mesa. Los ojos de ambos brillaron con avaricia. Había acertado de lleno. Un par de eruditos no podían negarse a descubrir los secretos que podían ocultar aquellas páginas.

—Necesitamos el caldero, pero también saber a qué nos enfrentamos —les dije.

—¿Te has dado cuenta del detalle? —le preguntó Ryan a su primo.

—¿Que quiere un trueque?

—Que ha dicho «nos enfrentamos». Parece ser que su magia va a acompañarnos, una vez más.

—Nunca he dicho que no fuera a hacerlo.

—El diario de Anam no saldrá de esta biblioteca, pero eres libre de consultarlo siempre que quieras, Ares, hijo de Áine, Príncipe de las Hadas —declaró Ryan con voz solemne—. Si la biblioteca te reconoce, el legado de los Tuatha dé Dannan también te pertenece. No vamos a ser nosotros quienes se interpongan a tu legítimo derecho.

—En ese caso, disculpadme que no os dé conversación, pero el tiempo del que dispongo no es mucho.

Se escuchó un pequeño estruendo detrás de nosotros. El ruido ligeramente agudo de las patas de un puca dando pequeños saltitos mientras avanzaba a trompicones.

—¡Es cierto! ¡Sigue vivo! ¡Sigue vivo!

—Rathma. —Incliné la cabeza hacia él y sus ojos brillaron de una emoción contenida.

—El grimorio de Anam, amo. —Me lo tendió mientras hacía una pequeña reverencia.

Sé que los dos eruditos nos observaban con una mezcla de incredulidad. Lo cogí de sus manos sin mediar palabra. Varios orbes de luz descendieron para rodearme mientras las estanterías a mi

alrededor se movían para adaptarse a mi gusto.

Cerré los ojos dejando que mi magia y la de aquel lugar se reconocieran. Aquella había sido mi segunda casa y volver a estar allí y sentir aquella conexión convirtió aquel momento en único, incluso si aquel ya no era el lugar en el que se suponía que debía de estar. Ya no más.

Un viejo sillón de cuero desgastado se desplazó hasta mi posición y me dejé caer en él mientras abría el libro por la última página y los dos primos me miraban con una mezcla de admiración y sorpresa. Supongo que su voluntad también conectaba con aquel lugar, pero dudo que lo hiciera con la fluidez que yo compartía con su esencia mágica. Yo había ayudado a Dagda a fortalecer muchas de sus barreras. Mi propia magia protegía aquel lugar. Igual que la de Anam. O la de mi abuelo Eogabail.

Deslicé la mano por el cuero de la contraportada y lo sentí cálido. Tal vez también me reconocía. Conocía ese grimorio, incluso si no era el mío. Algunas de las notas que había en los márgenes eran de mi puño y letra. Anam y yo fuimos grandes amigos y aprendimos el uno del otro durante siglos. Compartimos sabiduría, ambiciones y sueños. Su ausencia aún me pesaba.

—¡Joder! —murmuró Connor, mirándome. Alcé la vista. Todo a mi alrededor había cambiado, incluso si ni siquiera era consciente de haberlo hecho. La madera oscura de caoba de las estanterías más cercanas ahora era cuarzo de tonalidades claras y en el suelo había aparecido un nudo celta de protección en cuyo centro estaba mi viejo sofá de cuero.

—Por lo visto no solo sabe brillar como un *gusiluz* —bromeó Ryan, mencionando la luz con la que fui capaz de retener a Bres cuando combatimos juntos.

—Un puto druida.

—*Otro* puto druida, si tenemos en cuenta a Colin y a Mila —matizó Ryan—. Casi mejor, al fin y al cabo, tres es un buen número.

—Si no queréis que os lance un conjuro de silencio, agradecería que os callarais mientras esté aquí.

—¿Crees que lo haría?

—Creo que esa no es la pregunta correcta —negó Ryan—. Lo que sería interesante es saber qué me pediría a cambio de lanzárselo a Marisa y a Kellan; estoy de su folleteo hasta los cojones.

En vez de palabras, quedó el murmullo de las risas de Connor de telón de fondo. Era extraño. No recordaba ese tipo de complicidad entre los viejos miembros de la tribu. Me centré en los trazos suaves y femeninos de Anam, pero elevé la mirada al cabo de unos minutos para observarles con cierta curiosidad. Algo así había existido entre nosotros. Admito que tener el grimorio de Anam entre mis manos me había emocionado más de lo que esperaba. Saberla muerta. Hacía tiempo que apenas era capaz de hacer justamente eso. Sentir. Lo que fuera. Tristeza. Felicidad. Complicidad. Ilusión.

Todo había cambiado.

El primer linaje estaba restituido. Y existía una profecía al respecto. Tal vez debería preguntarles por ella o, quizá, lo mejor sería hablar directamente con Rathma. Lo haría, más adelante. Cogí la pluma mojada en tinta que había junto a un pergamino en un púlpito que había aparecido a mi lado y empecé a tomar notas. Hubiera deseado llevarme el grimorio para leerlo de arriba abajo, los conjuros que habíamos construido juntos y también aquellos cuya existencia desconocía, pero me limité a centrarme en un conjuro de protección. Estaba seguro de que era el que había usado en la casa de Margaret. Ahora solo tenía que ver cómo podía mejorarlo. Y que Margaret y la otra guardiana no se dieran cuenta de que lo había hecho.

Esperé a que fuera de noche para ir a casa de Margaret. No quería tener que justificarme ni hacerla partícipe de mis intenciones o mis preocupaciones. Era obvio que ella ya arrastraba las suyas.

Me sentía cansado. Después de las horas que había pasado en la vieja biblioteca había vuelto a mi fortaleza para confirmar que todas las defensas y barreras siguieran en perfecto estado. Hacerlo exigió cierto esfuerzo, pero no quería que aquellos cambios en mis rutinas pudieran debilitar el mundo que había creado a las puertas del inframundo.

Esperé a que anocheciera, aunque no tenía intención de posponer por más tiempo lo que me mantenía en vela. No me sorprendió la oscuridad de la noche envolviendo el porche de Margaret ni la vibración de la magia que Anam había depositado en aquella tierra, pero sí la paz que podía respirarse allí.

No me había costado demasiado encontrar las referencias que había usado para realizar aquel conjuro. Un vínculo de sangre, no podía ser de otra manera.

Busqué entre los pliegues de mi túnica la daga ceremonial que llevaba siempre conmigo. Su filo brillaba, reflejando la magia que había a su alrededor. Fue el legado que me dejó mi abuelo Eogabail cuando murió. Aquella arma sagrada podía advertirte de cualquier esencia mágica que anduviera cerca y, además, podía cortar patrones que a veces ni siquiera eran visibles para el ojo humano. Hoy, sin embargo, mi intención no era anular un conjuro protector, sino formar parte de él, pero sin corromperlo. Añadir capas a esa magia que cubría aquel lugar, aislándolo del resto del mundo, pero sin cambiar su esencia. Pocos podrían logar conseguir aquel efecto sin dejar una huella a su paso, pero a mi favor estaba el hecho de que había podido leer el grimorio de Anam y conocía cómo aquel conjuro había tomado forma, paso a paso.

Busqué el lugar exacto en el que Anam formalizó aquel vínculo guiándome por la vibración de mi daga. Una vez allí, repetí una a una las palabras que ella usó tiempo atrás. Versos escritos en una lengua antigua, solo comprensibles para algunos.

—*Mo theach do theach faigheann ár dteach mo chosaint anois agus i gcónaí* —murmuré dejando que mi magia fluyera a mi alrededor. Alcé la daga y me corté la palma de la mano, dejando que mi sangre goteara sobre aquella tierra que ahora no solo me reconocería, sino que recibiría parte de la magia que de mi linaje pendía—. Mi casa. Tu casa. Nuestra casa. Recibe mi protección. Ahora y siempre.

Sentí cómo mi esencia penetraba en aquella tierra cuya fertilidad era única. Siempre lo sería. Incluso si, igual que Anam, algún día yo ya no estaba allí para poder seguir velando por ella. Mientras la sangre que corría por mis venas siguiera viva en mis descendientes, aquel conjuro de sangre perduraría. Pensé en Marisa. Era hasta cierto punto irónico que fuera ella una de las elegidas. ¿Podría fecundarla el guerrero de la tribu? ¿Cómo serían sus descendientes? ¿Acaso la magia de mi madre se fortalecería con el linaje de los Mac Cecht y volvería a haber hadas surcando los cielos?

Admito que sentía cierta curiosidad al respecto.

Guardé la daga antes de usar un ungüento para detener la hemorragia. Estaba hecho y sabía que debería irme, pero en vez de eso me encontré sentándome en una de aquellas viejas sillas de metal, observando el tiempo pasar y disfrutando de la belleza de aquel lugar y las emociones que transmitía. Para tener cada recoveco en perfecto estado, Margaret debía de pasarse muchas horas allí. Supuse que debía disfrutar haciéndolo.

Esa era otra de las muchas cosas a las que había renunciado: la belleza de la naturaleza en

todo su esplendor. No había sol que nutriera a las plantas en el mundo que yo habitaba. Apenas recordaba el olor de las rosas florecidas en primavera, cómo olía un bosque después de una tormenta o el aroma característico del mar. Cerré los ojos, intentando impregnarme de todo lo que era capaz de percibir en el aire.

Es posible que si no hubiera estado con la mente en blanco no hubiera podido sentir un sutil rumor. No era tanto escuchar palabras o sonidos que me trajera el viento, sino más bien sentirlos, aunque no tenía del todo claro el cómo. Sí, en cambio, quién era la que me estaba llamando.

Me levanté y observé el edificio que se alzaba detrás de mí. Me acerqué a la puerta corredera. Fruncí el ceño antes de tomar una decisión. La puerta se abrió para mí, empujada por una corriente de mi magia. Me adentré en su hogar, sintiéndome en parte un intruso, aunque no era la primera vez que estaba allí dentro. Tampoco es que me hubieran invitado las veces anteriores, pero algo había cambiado: no existía un motivo para justificar lo que estaba haciendo y eso hacía que no tuviera sentido, pero no podía dejar de hacerlo.

Dejé que aquel ronroneo guiara mis pasos y llegué a su habitación. Tenía la puerta abierta de par en par, lo que me hizo suponer que no tenía nada que ocultar. Podía sentir la presencia de dos personas más en el piso superior: Grace y Aislin, supuse, por la proximidad que había entre ambos cuerpos.

Me quedé en el marco de la puerta, observando cómo dormía Margaret. Sonreí al escuchar que ronroneaba, aunque no supe entender qué pretendía decir ni a quién. La vida no había sido benevolente con ella y, sin embargo, seguía luchando con una sonrisa en el rostro.

Esa sonrisa…

Observé su habitación. Sus muebles eran austeros, pero tenía jarrones con flores por todos lados. Sí, no era difícil apreciar que le gustaban las flores de todo tipo, independientemente de su fragancia, su tamaño o sus colores. Apreté los labios, recordando una vieja historia de amor narrada en verso. Una con un trágico final. Esas eran las que más me gustaban, porque se ajustaban más a la realidad. Mi realidad.

Margaret se revolvió entre las sábanas, captando de nuevo mi atención.

El perfil de su rostro era ovalado y destacaban en sus mejillas pequeñas pecas que le daban un toque campestre y liviano, pero, al mismo tiempo, le dotaba de personalidad. Su nariz ligeramente afilada, la forma de sus ojos almendrados y aquellas finas cejas que formaban un arco perfecto. Era hermosa.

Se movió, inquieta.

—Shhh —le susurré—. *Codladh.* Duerme.

Mi magia llegó hasta ella y la acunó mientras encontraba cierto consuelo a lo que fuera que estaba perturbando su sueño.

—Yo velaré tus sueños, *mo Sholas* —murmuré observando como su respiración se normalizaba y desaparecía de su rostro la tensión—. Eres luz, realmente.

Los fuegos fatuos la habían guiado hasta mí en un momento en el que me sentía perdido. El mundo de mi madre despertaba, pero yo ya no formaba parte de él. Mi vida, la persona que había sido y en la que me había convertido… apenas era capaz de reconocerme a mí mismo.

Nada parecía tener sentido. Esa oscuridad que acechaba tras los muros de mi fortaleza, pero también anidaba en mi interior, parecía reclamarme. Fue entonces, en esa crisis existencial en la que me lamentaba de mi compleja existencia, cuando ella había llegado hasta mí para iluminar mi camino. Y mi vida. Tan viejo y tan ciego al mismo tiempo.

Mo Sholas. Mi luz.

No tenía intención de lamentarme por todo lo que no había sido.

Los años que habíamos perdido y la posibilidad de construir algo juntos antes de que la edad mellara su cuerpo, pero no su espíritu, ese que conseguía arrancarme una sonrisa traicionera y me sorprendía con su grandeza.

Nuestros caminos se habían cruzado anteriormente y me sentía culpable de no haber sido capaz de verla con el corazón. Tal vez no estaba preparado para aceptar aquella verdad y me había negado a la posibilidad de que una mortal pudiera llegar a ser alguien importante en mi vida. Mi único consuelo era que Margaret había tenido una vida plena. La magia de Anam no pesaba igual sobre ambos, quizá porque ella era esencialmente humana, pero lo cierto es que había amado a otro hombre, aunque, para mí, nunca existiría otra.

No me importaba que nunca fuera a ser mía. No se merecía pasar sus últimos años encerrada, encadenada a un frío dios que probablemente jamás sería capaz de amarla como ella se merecía. Como tiempo atrás la amó otro hombre, uno al que ella sí había correspondido. Dudaba que pudiera llegar a amarme a mí de esa forma, sin reservas, dada mi naturaleza y mis obligaciones, pero ahora que tenía la certeza de quién era, tampoco podía seguir escondiéndome en el abismo e ignorando que ella existía. Cada minuto que pasaba a su lado hacía que volviera a sentirme vivo, incluso si la posibilidad de perderla y que la muerte me la arrebatara me quemaba por dentro.

Solo podía intentar velar por ella. Asegurarme de que se mantuviera a salvo, en aquella fortaleza que Anam creó tiempo atrás, intentar que algunos de esos sueños rotos se cumplieran y disfrutar ocasionalmente de la calidez de sus miradas y su sonrisa. Incluso si me sabía a poco.

—*Mo Sholas* —susurré mirándola mientras sentía un peso que me oprimía debajo del pecho—. Mi luz.

La única que siempre me alumbraría.

Di un paso hacia atrás para alejarme de ella, aunque no pude evitar quedarme allí, durante unos minutos, contemplándola. Hice acopio de mi fuerza de voluntad para alejarme de ella. No podía liberarla del vínculo que compartíamos, pero sí dejar que siguiera con su vida, aunque, para bien o para mal, cada día que pasaba me costaba más renunciar a su compañía.



Choque de mundos

Queríamos pasar el fin de semana en la arboleda de Colin y Mila porque era el lugar en el que conectábamos con mayor facilidad con nuestra magia feérica y no teníamos que preocuparnos por si aparecían operarios de improviso. Grace estaba superilusionada, porque aquello se había convertido en algo así como una acampada romántica, algo que era de agradecer para romper con la monotonía en la que vivíamos.

Para cuando me levanté, Marisa andaba por casa, algo que no era del todo extraño, porque entraba y salía de ella a su antojo y, de hecho, seguía teniendo una copia de las llaves de la entrada. Aislin había solicitado un cambio de turno para poder tener libre la tarde y sospechaba que le había pedido a Marisa que me echara un ojo durante la mañana. Solo por si acaso. Me sentía mucho mejor desde que había estado en las aguas termales de la fortaleza de Ares, pero creo que todos seguían preocupados por mi salud, como si se hubieran dado cuenta de que alguien de mi edad tarde o temprano les daría un susto.

Intentaba no recrearme en lo bien que me sentía, porque si me venía otro arrechucho me sentiría aún más patética y decrépita. No recordaba desde cuándo no podía levantarme de la silla sin ejecutar un ritual de movimientos para que mis huesos no crujieran en el proceso y no pareciera algo así como un ganso cojo, tuerto y con joroba, pero lo cierto es que ahora podía hacerlo. Era una gozada que mi cuerpo respondiera a mis órdenes sin tener que ejecutar maniobras evasivas o de compensación. Igual tendría que pedirle a Ares que me dejara zambullir en ese lugar de tanto en tanto. ¿Qué me respondería si se lo pedía? ¡A saber!

El timbre de la puerta sonó con insistencia: Eilis y Cara llevaban demasiado tiempo ofreciéndose a venir a visitarme y yo no podía seguir esquivándolas eternamente. Tampoco tenía intención de quebrantar mi compromiso de no poner un pie en la calle, así que me decanté por invitarlas a un tentempié a media mañana, para poder ir tranquilamente a la arboleda con Marisa y Kellan después de comer. Grace pretendía ir con su coche, pero al final Eamonn consiguió ganársela para pasarlas a recoger y, de paso, asegurarse de que llegaran a buen puerto sin incidencias.

—¡Empieza la fiesta! —se burló Marisa mientras me acompañaba al recibidor.

—Tú saca el alcohol y ya verás lo rápido que esto se anima —bromeé sin que ni uno solo de mis huesos crujiera por el camino.

—Queridas…

—Tienes buen aspecto —opinó Cara—. No puedes imaginarte lo preocupadas que estábamos.

—Pasé unos días flojita —admití.

Creo que el hecho de que el rostro de Marisa se ensombreciera hizo mucho más creíble mi afirmación, porque lo cierto es que Eilis no mentía cuando intervino:

—¡Pues ahora tienes muy buen aspecto!

—Me alegro de que hayáis venido —les dije de corazón porque, aunque mi vida en los últimos meses se había revuelto bastante, llevaba mucho tiempo disfrutando de su compañía—. ¿Os acordáis de Marisa?

—Señoras —las saludó ella con expresión afable. Si quería podía ser una pelota de narices.

—¿Dónde está ese novio tuyo? —le preguntó Cara.

De Marisa no tenía claro que se acordaran, pero sabía que el buenorro de su marido no les había pasado desapercibido. ¡Cómo para no hacerlo! Una vez se nos presentó en calzoncillos en medio de la cocina mientras estábamos disfrutando de una infusión sin mostrar pudor alguno, pero sí mucho músculo. Creo que les vino más de cara las vistas que no el té con aroma floral, la verdad, pero quién soy yo para criticarles justamente eso.

—Haciendo cosas importantes de personas importantes —le contestó ella con una amplia sonrisa, haciendo que les picara la curiosidad a ambas.

—¿En qué trabajaba? —Dudo que le hubiéramos dicho nada del trabajo de Kellan a Eilis, pero lo que siempre digo sobre los viejos: sabemos más que el diablo de cómo realizar un tercer grado.

—Teóricamente es exterminador —sentenció ella usando un tono de voz cómplice—. Pero no puedo deciros exactamente qué es lo que extermina.

—¿Exterminador? —cuestionó Cara aturdida.

—Yo creo que trabaja para el gobierno —declaró entonces Eilis—. Igual es espía.

—Pues yo diría que desapercibido el chico no pasa —opiné mientras ellas seguían elucubrando disparatadas teorías. La realidad era más complicada que cualquiera de ellas en cualquier caso, pero era divertida la complicidad que había entre todas nosotras en ese momento y Marisa disfrutaba como una niña pequeña haciéndose la interesante.

—En eso estoy de acuerdo —opinó Eilis con mirada traviesa. Otra que aún recordaba lo que era tener un hombre en la cama.

—Poneros cómodas —nos pidió Marisa—. Voy a traeros alguna cosa para picotear.

—Gracias, cielo. —Me acomodé en el porche y mis amigas me acompañaron.

—Dinos la verdad… —me pidió Cara.

—¿A qué te refieres? —le pregunté frunciendo el ceño.

—Te has pinchado algo. ¿Botox? Tienes menos arrugas…

—Es verdad —intervino Eilis mirándome con curiosidad. Me sonrojé un poco, no tanto por el hecho de que alabaran un supuesto tratamiento estético, sino por ese punto de vanidad que todos tenemos pese a que pasen los años.

—He estado en una especie de *spa* —opté por contestarles, improvisando sobre la marcha. Sí, yo también había notado algunos cambios en mi rostro y hasta en las manchas que normalmente cubrían la piel de mis manos. Era algo sutil, pero el efecto de la magia de las aguas termales de la fortaleza de Ares podía apreciarse tanto por fuera como por dentro.

—¿En serio? —me cuestionó Cara—. ¿Es muy caro? Algo así tal vez nos vendría bien…

—Me lo regaló Mila —mentí—, pero creo que es un lugar que sale de nuestro presupuesto.

—Esa chica te aprecia mucho —sentenció Eilis y Cara asintió mientras sonreía. Un chillido

agudo y el ruido de algo rompiéndose nos hizo dar un respingo.

—¡Marisa! —No fui consciente de cómo me levanté a esa velocidad ni cómo mis pasos me llevaron hasta la cocina en apenas un suspiro. Mi corazón palpitaba a mil por hora mientras el miedo atizaba mis entrañas.

Mi joven amiga estaba suspendida a medio metro del suelo, sus alas batiendo a su espalda. Al otro lado de la habitación había una figura de metro y medio tendida en el suelo, con varios platos rotos y comida dispersa a su alrededor. Vi un pequeño cuerno del que colgaban unos cuantos fideos y, tras ellos, un rostro peludo que no me era del todo desconocido.

—¿Qué haces aquí? —le cuestioné al puca abriendo los ojos como platos.

—¿Qué diablos es eso? —masculló Marisa mientras yo tiraba de su mano para hacer que pusiera sus pies en el suelo, estudiando el marco de la puerta por el que yo había entrado sintiendo pánico de que mis amigas entraran en ese momento. No sabía si les sorprendería más encontrarse a Marisa levitando o ver a un puca con rostro culpable en el otro extremo de la cocina. No tengo claro cuál de las dos sería la que acabaría en Urgencias con un infarto, pero como que me llamaba Margaret que una de las dos la cascaba con el susto.

—Es el puca de Ares —sentencié y mi amiga frunció el ceño, pero al menos ya no se la veía como una vengadora cabreada dispuesta a cargárselo a base de fideos.

—¿Qué hace aquí?

—¿A mí qué me cuentas?

—El amo pensó que tal vez le vendría bien comer algo para recuperar fuerzas.

Se había puesto de pie y con una de las pezuñas rascaba la baldosa de la cocina mientras miraba el suelo, como si no fuera capaz de sostenerme la mirada. Comida, lo que se dice comida, había mucha: por las paredes, el techo y también sobre las puertas de los armarios de la encimera. Solo una bandeja de plata con una decoración impecable y repleta de comida de aspecto delicioso había sobrevivido al ataque de Marisa; no era tan estúpida como para pensar que el puca se había tropezado.

—Menudo estropicio —masculló Marisa, entre dientes.

—No pasa nada, se puede limpiar —murmuré. El puca chasqueó los dedos y toda la comida a su alrededor, así como los restos de cerámica rota, desaparecieron—. Eso ha sido…

—Extraño —acabó mi frase Marisa.

—No más que una medio hada me lanzara contra la pared sin mediar palabra —le retó el puca elevando el hocico.

—Igual he sobreactuado, pero no esperaba encontrarme… contigo. —Se contuvo de decir algo así como un «monstruo recubierto de pelo», que siendo ella era un detalle.

—Has traído una cantidad abrumadora de comida —observé mirando la bandeja que había sobrevivido al «apocalipsis Marisa» y sabiendo que mucha más se había desperdiciado durante el incidente.

—El amo no sabía qué le apetecería.

—¿El amo? —A Marisa le chirriaron los dientes al decir aquello.

—¿Estáis bien? —Escuché la voz de Eilis acercándose. Por lo visto, viendo que tardábamos mucho, mis amigas habían decidido venir a socorrernos.

—No pueden verte —murmuré mientras miraba a mi alrededor, valorando si podría apretujar dentro de los armarios de la cocina a aquella peculiar criatura. ¿Tendría aptitudes de contorsionista?

Inclinó la cabeza hacia mí y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo como si de una peonza se

tratara y, en uno de esos movimientos, simplemente se desvaneció.

—¿Estáis bien? —cuestionó de nuevo Cara mostrando una expresión preocupada al entrar en la cocina. A su lado estaba Eilis. Exhalé de forma brusca: ¡por los pelos!

—Parece que hayáis visto un fantasma.

—Un fantasma, no —negó Marisa y tras morderse el labio inferior empezó a reír a carcajadas. No pude evitar seguirla. Cara y Eilis nos miraron y como eso de la risa es algo contagioso, acabaron con una sonrisa de oreja a oreja, incluso si no tenían para nada claro el porqué.

—¿Y toda esa comida? —nos preguntó Eilis—. No sé en España qué entendéis por tentempié, pero desde luego esto es para alimentar a un regimiento.

—Esas bandejas son preciosas, ¡y ese centro de plata! —A Cara los ojitos le hacían chispitas y no era para menos. Creo que no había visto una bandeja de comida decorada con tanto mimo en toda mi vida. Que no es que pensara que Ares fuera el artífice de aquella obra de arte, pero por lo visto el puca era un virtuoso.

—Alguien parece estar tomándose muchas molestias —opinó Marisa.

—¿No lo has hecho tú? —cuestionó Eilis estudiándola.

—Para nada. Esto es cosa del Blanco, el nuevo novio de Margaret —aseguró mientras me miraba con expresión de diablesa—. Nos la acaba de enviar con un mensajero.

—¿El nuevo novio de Margaret? —soltó Cara a trompicones.

—No os creáis una palabra —negué elevando el mentón, aunque me ruboricé como un maldito tomate.

—Se está poniendo roja —opinó Marisa. Zorra—. El otro día andaban paseando cogiditos de la mano.

—¡Pero bueno! ¡Eso no nos lo habías contado!

—Ares es solo un buen amigo.

—¡Se llama Ares! —exclamó Cara con un tono lleno de ensoñación.

¿En serio? ¿Me veían ennoviándome con alguien? ¿A mi edad?

—¿Cuándo vas a presentárnosle? —me interrogó Eilis.

—Creo que eso no va a pasar nunca —mascullé, lanzándole una mirada asesina a Marisa.

—No vamos a desperdiciar esta comida, ¿no? —cuestionó Marisa alzando la bandeja mientras se reía por lo bajo, la muy bruja.

—¿Por qué no vas a presentarnos a Ares? —protestó Eilis poniendo los brazos en jarra.

—No es mi nada —argumenté.

—¿Y esta comida?

—Quizá no sois las únicas preocupadas porque me recupere pronto.

—A mí no me importaría que alguien se preocupara un poquito de mí de esta forma, la verdad. —Eilis le rio el comentario a Cara y yo puse los ojos en blanco.

—Tú le conoces —afirmó acercándose a Marisa—. ¿No te apetecería acompañarnos un ratito para charlar?

—Por supuesto. Será un verdadero placer.

—Marisa… —Le advertí con la mirada que vigilara qué les contaba. Incluso si a veces deseaba explicarles mi nueva situación, hacerlo no serviría de nada y solo conseguiría que esa realidad en la que vivían y que parecía ser confiable dejara de serlo.

—Así que ese es el secreto de Margaret. Un novio, ya ves, Eilis. ¡Por eso se ha querido poner guapa! —se cachondeó Cara con mirada traviesa.

—¡A saber qué le pusieron en ese *spa* de lujo para quitarle todas esas arrugas! —opinó ella,

aunque creo que no pretendía ser crítica.

—Botox —intervino Cara—. Ya sabes…

—Pues voy a contaros que no fue sola a ese *spa* —intervino Marisa. ¿Se vería muy mal si intentaba estrangularla? Solo un poquito…

—¡¡¡Fue con Ares!!! —chillaron mis amigas al unísono haciendo que me resonaran los tímpanos.

Me hubiera puesto a reír, en otras circunstancias, pero, por el contrario, me puse lívida. Marisa también. Detrás de mis octogenarias amigas las luces se arremolinaron y apareció un portal cristalino a través de cuya superficie apareció Ares. Tierra, ¡trágame! Ese sería un buen momento para, no sé, desmayarme, por ejemplo, pero lo cierto es que solo pude fijar mi mirada en la suya y eso hizo que las dos mujeres frente a nosotras, que no habían sido conscientes de lo que sucedía a sus espaldas, se voltearan.

Nunca había estado en una colisión entre dos trenes, pero supongo que no debía de sentirse muy diferente.

Dudo que Eilis y Cara sospecharan que él fuera la persona de la que estábamos hablando porque era demasiado apuesto e inalcanzable para una mujer hermosa y joven, así que ni te cuento para alguien añoso, arrugado y con las tetas caídas. Fue Marisa la que intentó salvar la situación mientras Ares nos observaba a las cuatro con ese gesto suyo altivo y un tanto frío, el porte de un verdadero príncipe engalanado con las ropas que llevaría un personaje de *El Señor de los Anillos*.

—No sabía que andabas cerca.

—He oído que me llamabais.

—No exactamente —le contestó ella mientras observaba la laca de sus uñas, como si su impresionante presencia le aburriera.

—Margaret. —Inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Es Ares? —cuchicheó Cara, creo que impresionada. Él ladeó la cabeza para observarla.

—¿Por qué saben mi nombre? —me cuestionó. No pude contestarle, porque Marisa se me adelantó, evitando que empezara a tartamudear como una estúpida.

—Será por la comida.

—Entiendo —afirmó él tras observar la bandeja de plata.

Su carencia de palabras me hizo dudar de si en realidad había sido el puca el que había decidido llenar mi cocina después de que, durante mi fugaz visita, alabara algo así como una decena de veces su labor como cocinero. Era más que probable que ese fuera el verdadero motivo de que me hubiera abastecido de aquella manera, y no que Ares se preocupara de si comía adecuadamente o no. En cualquier caso, tuvo la delicadeza de no delatarle y, en vez de eso, dio por finalizada su visita.

—Veo que estás acompañada. —Gran conclusión la suya—. Será mejor que me vaya, en tal caso.

Ni Cara ni Eilis tuvieron los ovarios de pedirle que se quedara. Tenían la boca ligeramente abierta, como si no acabaran de creer lo que sus ojos veían, y eso que no eran sensibles y no podían percibir la magia que Ares irradiaba a su alrededor de forma natural, haciendo que su mera presencia fuera aún más imponente.

—La puerta está allí —sentenció Marisa señalando el pasillo que daba al recibidor de mi casa. Ares frunció el ceño, pero creo que entendió lo que Marisa no llegó a decirle. Inclinó la cabeza hacia mí y nos dio la espalda. La túnica se removió tras él mientras se alejaba de la cocina y

desaparecía de nuestra vista.

Aunque no llegamos a escuchar el ruido de la puerta, supe que se había ido.

—Como alguien vuelva a decir su nombre, os juro que os froto la piel con una lija —mascullé entre dientes.

—¿Tiene llaves de su casa?

Desafortunadamente, no me miraba a mí, sino al que consideró el eslabón más débil y fue Marisa la que respondió:

—Podría ser…

—¿De qué iba vestido? —masculló Eilis—. Y, lo más importante, ¿cuántos años tiene?

—Es muy joven —repuso Cara antes de que contestáramos. Me miró con expresión preocupada—. ¿Estás segura de esto? ¿No querrá aprovecharse de ti?

—¿Perdón? —protesté entrando en una crisis de risa—. ¿Aprovecharse de mí? ¿Nadie se está planteando que Marisa os la está *colando*?

—La verdad es que sería raro —murmuró Eilis, dudando—. Pero está lo de la comida y, ¿qué diablos hacía en tu casa?

—Seguro que ha venido a desayunar con ella —opinó Cara.

—O igual ya estaba aquí cuando hemos llegado —remarcó Eilis mirándome con suspicacia.

—¿Habéis visto cómo la mira? —intervino la que muy pronto acabaría con mis manos sobre su cuello en un intento de asesinato.

—Seguid soñando. —Negué con la cabeza, incluso si tenía una sonrisa bobalicona en el rostro.

—Sean o no novios, esta comida no va a desaparecer sola —intervino Cara, intentando sonar conciliadora.

Marisa y yo nos miramos, porque hacía un momento había pasado justamente eso: un montón de comida que estaba por el suelo había desaparecido por arte de magia. Nos pudo lo absurdo de todo aquello y nos pusimos a reír como locas. Las lágrimas me saltaron de los ojos mientras dábamos aquel tema por zanjado.

Encontramos aparcado en el arcén el coche de Eamonn. Dejamos el todoterreno de Kellan a su vera, haciendo que el de Eamonn pareciera mucho más pequeño de lo que era. Al hombre de Marisa le gustaban las cosas grandes.

—Hay un buen tramo hasta allí. Kevin me pidió que te ofreciera mi ayuda.

Que podía simplemente ofrecerla, sin más, pero me hizo gracia que mencionara a su primo, como quien no quiere quitarle el mérito de preocuparse por la presente anciana.

—Si tu intención es cargarla en brazos, ya te digo que solo para que la sobes un poco dirá que sí —afirmó Marisa con un tono picante.

—¿No te morirás de celos? Piensa que las maduritas somos de armas tomar —contrataqué mientras Kellan reía por lo bajo.

—Así tendré un motivo para pelearme con él —opinó con una sonrisa traviesa.

—No me lo digas, que ya sé lo que quieres —murmuré.

—No será que no le haya dado ya un buen revolcón esta mañana —soltó Kellan como si tal cosa y a mí me dio por la risa tonta mientras se acercaba a mí, dispuesto a cargarme.

—Creo que puedo caminar un rato —opté por decir.

—Tiene miedo de que la cargues como si fuera un saco de patatas —afirmó Marisa.

—¿Cómo si no debería llevarla? —la provocó él.

—Con delicadeza.

—A ti no te gusta que sea delicado.

—Yo no soy Margaret —repuso.

—¿Y a ti quién te dice cómo quiere que se lo hagan a ella?

—A mí dejadme al margen de vuestras discusiones de alto voltaje.

Marisa le lanzó una mirada incendiaria y Kellan ronroneó por lo bajo. Hasta a mí me entraban calores cuando esos dos se provocaban y se comían con los ojos. Antes de que Kellan se decidiera a alcanzarla, Marisa alzó el vuelo.

—Como se aleje demasiado, va a oírme.

—Creo que, si hablas en ese tono, ya te oye —remarqué divertida, porque prácticamente estaba gritando.

—Esa era la idea —me contestó en un tono mucho más suave, guiñándome un ojo.

—Os veo bien.

—Supongo que no te refieres solo a nuestros entretenimientos de cama.

—No dudo que allí os entendéis de maravilla. —Me reí—. Hacéis buena pareja.

—Es extraño —admitió el arrogante guerrero—. Amar a alguien.

—¿Quieres decir que lo sientes como algo nuevo?

—Totalmente.

—Sin embargo, aprecias a tus primos.

—A ellos no los quiero tener debajo de mí a todas horas.

—Dejando de lado el sexo, algo que todos somos conscientes que practicáis de forma regular y que roza lo patológico —declaré conteniendo la risa—, tú y tus primos estáis más unidos de lo que a veces queréis aparentar.

—Son muchos siglos juntos.

—Sin mataros por el camino.

—Es más de lo que solían hacer los antiguos.

—Igual no os habéis dado cuenta, pero habéis aprendido a amar durante todo este tiempo —le dije—. Tal vez necesitabais aprender primero eso.

—No te sigo.

—Hay muchos tipos de amor, Kellan. La amistad, por ejemplo. Confiáis los unos en los otros, sin importaros demasiado cuál es vuestro apellido.

—Supongo que si lo dices será verdad. —Estaba claro que Kellan no era muy dado a hablar de este tipo de cosas, pero aun así se mostró bastante respetuoso.

Decidí dejarle un poco de espacio para que reflexionara sobre aquello, así que acabamos andando juntos en un silencio que se nos hizo cómodo mientras Marisa abría el camino a pocos metros. No necesité ayuda para realizar aquel trayecto. No era la primera vez que lo hacía, pero no negaré que en otras ocasiones había llegado algo sofocada y con dolores en articulaciones cuyos nombres desconocía. Aquella vez fue diferente. Apenas me faltaba el aliento, y en vez de sentirme pesada y añosa me sentía en conexión con todo lo que me rodeaba.

Siempre había admirado aquel lugar de ensueño: las verdes praderas repletas de mariposas y diminutas flores blancas y moradas, las canciones melódicas que piaban los pájaros o el murmullo de fondo del riachuelo. Su belleza era única porque la magia fluía en ella de todas las formas posibles. Tenía algunas similitudes al que era mi otro hogar; el Portal de las Hadas.

—Hemos llegado.

Me quedé quieta observando la gran calma que desprendía la enorme llanura en la que corría el río y, de telón de fondo, la casa de ensueño que construyó Colin con sus propias manos. Pequeñas motas de polvo brillante flotaban en el aire. Suspiré, sintiéndome en casa. Era una sensación extraña que siempre me acontecía cuando llegábamos, como si lo reconociera de alguna forma. Tal vez formaba parte de la magia que se me había entregado junto a aquellas alas de atrezo que solo algunos podían ver a mi espalda.

Supe que ya nunca nada podría volver a ser igual en mi vida, pero no me importó que así fuera. Recordé el extraño momento que había vivido aquella mañana. El puca en mi cocina, mis octogenarias amigas y Ares apareciéndose de la nada. Sonreí. Era extraño, pero incluso si era absurdo, era como si mi vida estuviera encontrando su camino.

Aunque no sabía hacia dónde me dirigía.



Una daga y un secreto

Mis alas se extendieron a mi espalda y empezaron a batir con fuerza. Era algo fascinante, sentir aquellas prolongaciones de mi propio cuerpo que solo me pertenecían en parte.

—¡Sigue así! —me animó Marisa emocionada.

Apreté los labios mientras intentaba hacerlo, pero me sentía torpe como el niño que prueba a dar sus primeros pasos. Y, entonces, sucedió: mis pies dejaron de tocar el suelo y me sentí liviana.

—¡Lo está haciendo! —gritó Aislin. ¿O tal vez fue Grace? Quizá las dos.

—No pierdas la concentración —me pidió Mila con esa voz suave y calmada, nada que ver con los gritos joviales que estaba lanzando Marisa mientras Kellan soltaba un par de palabrotas.

—Vale, y ahora, ¿cómo bajo? —les pregunté con media sonrisa cuando fui consciente de que me había elevado algo así como un par de metros.

—Si no consigues controlarlas, Kellan te dará una mano —opinó Marisa y, por la sonrisa traviesa que le dedicó, supuse que alguna vez la había tenido que «pescar» al vuelo.

—Para ella debería de ser más fácil —intervino Colin, que había dejado lo que estaba haciendo para celebrar mi pequeño triunfo—. Su magia proviene de la tierra. La vincula a ella.

—¿Y eso qué significa exactamente? —cuestionó Kellan alzando una ceja.

—El medio natural de la magia de Marisa es el aire —repuso Mila—. Cuando vuela, está estrechando lazos con su magia, lo que hace que se fatigue menos y que volar sea algo natural para ella.

—De ahí la facilidad con la que aprendí a hacerlo.

—Volar dando tumbos no creo que pueda llamarse aprender a hacer algo —puntualizó su pareja con mirada condescendiente y ella le sacó la lengua.

—Si intentas conectar con tu magia, lo más probable es que te ayude a aterrizar sin incidencias —concluyó Colin.

—¿Y si no lo consigo?

—Yo te sujeto —afirmó Mila y colocó las dos manos frente a ella mientras fruncía el ceño, concentrándose—. *Gaoth*.

Una suave corriente de aire la envolvió y se desplazó por sus brazos extendidos. Miré a la hija de Anam y asentí. Si tenía que confiar en alguien, ¿quién mejor que ella?

—Te tengo. Tengo el control del aire que te rodea.

—El poder del viento. —Colin asintió, mostrándose orgulloso de su mujer.

Cerré los ojos. La magia muchas veces dependía de un salto de fe. Busqué ese poder que tanto me identificaba y lo sentí mucho más débil que de costumbre. Entendí lo que Colin había querido decirme: parte del poder de la tierra se perdía al alejarme de ella y perder el contacto físico con el suelo que por norma general me sustentaba.

Intenté aferrarme a esa magia, como si quisiera tirar de ella. Noté que mi cuerpo se desplazaba. Ignoré aquello y me limité a centrarme en esa conexión rota entre nosotras.

Mis pies se apoyaron con suavidad sobre la tierra y sentí de nuevo el mundo que me rodeaba. Me estremecí. No había sido consciente de lo dependiente que me había convertido de la sensación de pertenecer a algo más grande. Sin abrir los ojos, percibí la presencia de todas las personas que me rodeaban. Todas menos una: Marisa por lo visto debía de haber vuelto a alzar el vuelo. Me sorprendió aquello, poder sentirlos sin necesidad de verlos.

Abrí los ojos y los clavé en Mila. Sentí el aire que me sustentaba desvanecerse en el momento en el que ella bajó sus brazos. Nos sonreímos.

—Creo que lo de volar está sobrevalorado —opiné guiñándole un ojo—. Casi mejor me quedo en tierra firme.

—¿Qué hay de Grace, entonces? —cuestionó Marisa.

—Soy la alumna menos aventajada, pero para testaruda nadie me gana —intervino ella con una amplia sonrisa. Estaba frente al riachuelo y movía las manos para invertir la dirección de la corriente. Nunca antes lo había conseguido, pero tras lo que había pasado en el solsticio de verano había logrado su objetivo un par de veces aquella tarde. Lo de volar, ese era otro tema.

Lamenté que a veces se sintiera así. Marisa siempre había demostrado que sus habilidades eran mucho más fluidas y su aprendizaje más ágil que el nuestro. Mila sospechaba que se debía al vínculo que tenía con Kellan porque existía un flujo de energía único entre ellos del que Marisa, de alguna forma, se aprovechaba. Cuando me había contado aquello, no había tenido reparo alguno en replicarle que el guerrero de Marisa también se aprovechaba de ella en muchos otros aspectos. Nos habíamos reído un buen rato a costa de la peculiar pareja.

La verdad es que, por sentido común, yo debería de ser la más lenta y poco habilidosa del grupo. La determinación y el entusiasmo que Grace ponía en cada entrenamiento era elogiable y no dejaba de ser más joven; y físicamente tenía el cuerpo de una verdadera atleta. Sin embargo, era innegable que sus pasitos eran más pequeños que los míos.

—Es posible que algo la bloquee —tanteó Mila, insegura.

—Me refería a si sería más de volar o de tierra firme —negó Marisa, consciente de que se habían malinterpretado sus palabras. Creo que la última de sus intenciones era sugerir que Grace no nos seguía el ritmo—. Ya sabes eso de que los últimos serán los primeros, cero estrés.

—En teoría, Grace podría conectar con su elemento en ambos medios —nos explicó Colin—. Será más fuerte cuanta más agua haya a su alrededor, eso sí. Volará más alto y rápido si hay tormenta y si está en tierra firme su poder se fortalecerá si está cerca del mar o de un lago.

—Grace es el hada comodín —opinó Mila.

—Me gusta cómo suena —aseguró la aludida con una amplia sonrisa.

—¿Y si nos tomamos un descanso? —les pedí. No me vendría mal comer algo y mi intención era dormir largo y tendido aquella noche. Me lo había ganado a pulso con el paseo y todos los ejercicios que llevábamos haciendo desde que habíamos llegado.

—Se está haciendo tarde —convino Mila—. Margaret y yo podemos preparar alguna cosa para cenar mientras acabáis vuestras prácticas.

Creo que Grace y Marisa estarían jugando a controlar sus elementos hasta entrada la madrugada más felices que nadie, así que todos se avinieron.

Entramos en la pequeña cabaña mientras hablábamos de cosas triviales con esa fluidez que siempre habíamos compartido. Estaba bien aquello, que no hubiera secretos entre nosotras. Ya no más.

Cocinar allí era extraño: no había corriente ni cocina de gas. Colin era un druida, después de todo, y aquel era su pequeño remanso de paz, uno que invadíamos de tanto en tanto. Antes solía acudir cuando necesitaba dejar salir su magia sin que pudiera perjudicar la relación que mantenía con sus primos, porque Colin era único. Don de dones. Druida, guerrero y erudito, todo al mismo tiempo.

—*Dóiteán* —susurró Mila y un murmullo de llamas aparecieron en su mano. Las dirigió hacia la chimenea sobre la que había una rejilla de metal, haciendo que varios troncos de madera prendieran sobre antiguas brasas. Algo tan impresionante se había convertido en banal para ella. La magia había enraizado no solo en su sangre, sino también en lo que ella era o en cómo percibía el mundo a su alrededor. Al igual que Colin, allí no tenía que fingir ser algo que no era.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté.

—Hay pasta en ese armario. Calcula que somos un regimiento, porque Colin y Kellan comen por tres cada uno. —Se dirigió a un armario en el que había varias cazuelas. Eligió la más grande.

Observé cómo la rellenaba con agua que solían recoger a primera hora de la mañana en el arroyo. Esperamos a que hirviera para volcar varios paquetes de macarrones. Mila puso un par de pellizcos de sal y removió el contenido con una cuchara de madera.

—Siéntate un poco —me pidió y decidí no hacerle ascos a esa proposición.

Me apoderé de una de esas sillas de madera rústicas que había tallado Colin, como el resto de los muebles que había allí. Todos tenían pequeñas imperfecciones que los hacía únicos. Como las personas.

Me sentí dichosa de que Mila hubiera encontrado a su alma gemela. Había perdido a su madre siendo una niña y a su padre hacía menos de un año. Incapaz de salir adelante, había venido a Irlanda para volver a empezar y alejarse del dolor de los recuerdos que no la dejaban avanzar. Todo había cambiado. Ahora era feliz y esa certeza me emocionaba.

Dejé que mi mirada divagara por aquel lugar y vi en una estantería el sutil brillo del filo de una daga cuya magia parecía llamarme a gritos.

—¿Y eso? —le cuestioné, señalándola.

—Era de mi madre. —Pude ver una expresión casi reverencial al decirlo.

Se limpió las manos antes de acercarse a la estantería para cogerla y mostrármela. Me estremecí. Creo que fue algo instintivo porque, si no, tal vez no me hubiera dado cuenta. Mila percibió la tensión en mi cuerpo, la sorpresa en mi mirada. La dejó sobre la mesa. La daga, sí, pero también un pedazo de cuero añoso.

—¿Estás bien?

—Es solo… —¿Podía ser? ¿O me lo estaba imaginando?

—Era la daga ceremonial de mi madre —me contó Mila sentándose a mi lado. La cogió con sumo cuidado, deleitándose en cada uno de los detalles del mango y del filo—. Supongo que dejó el grimorio en el baúl porque, aunque lo encontrara, no sería capaz de descifrarlo. Un puñal, en cambio, me hubiera llamado la atención y no en el buen sentido.

—¿Cómo la encontraste?

—Estaba enterrada en el jardín —me confesó haciendo un mohín—. Un día simplemente la percibí. Cubrí el agujero, no me riñas.

—¿En mi jardín? —exclamé impresionada. Anam no dejaba de hacer justamente eso, sorprenderme.

—Creo que tu casa era su zona de confort. Las cosas importantes, las dejó allí. Sabía que cuidarías de ellas y no acabarían en una casa de empeños, aunque la daga prefirió ocultarla. Era poderosa, pero ahora aún lo es más.

—¿Por qué?

—El pacto con los descendientes de los tres antiguos reyes se consolidó con ella. Desde entonces, siento que soy capaz de cualquier cosa si la empuño. Quizá por eso no suelo hacerlo. Me impresiona un poco sentir ese poder. Hace que todo sea como más real. Que yo ya no sea solo Mila, ¿sabes? Es como si cuando la sostengo una corona pesara sobre mi cabeza y la responsabilidad sobre mis hombros.

—Entiendo —susurré, mirando la daga, para desviar de nuevo mi atención hacia aquel trozo de cuero—. ¿Y eso?

—Mi madre lo usó para envolver la daga y mantenerla protegida, incluso si la enterró bajo tierra. Creo que aplicó algún tipo de magia en este trozo de cuero, porque no tiene sentido que haya sobrevivido tanto tiempo y apenas esté descastado y mohoso. —Usó un tono tierno, como si imaginarse a su madre protegiendo aquella pequeña arma la emocionara de alguna manera—. Ya cumplió su función, pero no me he sentido capaz de tirarlo. Es como si fuera parte de su legado. ¿Es absurdo que lo sienta así?

—No —negué, tragando saliva, con dificultad—. Creo que tienes toda la razón del mundo. Has hecho bien conservándolo.

—Sabía que lo entenderías —murmuró con una sonrisa mientras dejaba la daga sobre el trozo de pergamino de cuero.

—Tal vez Anam sí sospechó que acabarías siendo una gran druida, incluso si esa no era su ambición —afirmé, más para mí que no para ella. Alcé la mirada para observarla—. Anam no solo te dejó su grimorio o la daga que la acompañó durante su vida, Mila, también te dejó el pergamino que le mostró a Áine en mi visión.

—¿Estás segura? —Todo su cuerpo estaba en tensión. Asentí.

—Incluso si me juego toda mi credibilidad. Ese es el pergamino que vi.

—¿Este? —Sus pupilas se dilataron mientras observaba aquel trozo de cuero maltrecho estupefacta.

—Puede que me equivoque, pero…

—Lo sientes así. —Asentí de nuevo.

—Nunca he visto en él ningún grabado, pero puede ser que el tiempo y el agua hayan hecho desaparecer la tinta. —Había un tono de decepción y de miedo en sus palabras. Como si barajara la posibilidad de que el inicio de nuestro camino no fuera más que el final de este.

—Es más probable que Anam lo protegiera de miradas indiscretas —opiné y Mila alzó la vista hasta mí. Me encogí de hombros—. Piénsalo, era una druida, ¿qué no podéis hacer vosotros? Digo yo que tiene que existir un conjuro para ocultar un texto como si se hubiera usado tinta invisible.

—Visto así… Será mejor que se lo expliquemos a Colin. Igual a él se le ocurre cómo hacer que se desvele el secreto, espero que no se haya perdido con el paso del tiempo.

—Conociendo a Anam, no hubiera dejado que algo tan importante pudiera quedar en el olvido

por unas cuantas noches de tormenta.

—Tenemos una pista —sentenció Mila con un tono de voz respetuoso.

—La tenemos. Ahora solo hace falta saber cómo diablos podemos verla —bromeé.

La biblioteca de los Tuatha dé Dannan me impresionó tanto como la primera vez. En parte era porque la configuración de algunas de las plataformas y salientes de los pisos superiores no tenían nada que ver con las que había encontrado con anterioridad, pero también por aquel rincón en el que la magia de Ares había dejado su huella en forma de una estructura de piedra blanca en la que destacaba un viejo sillón desgastado de cuero oscuro centrado en un grabado celta que decoraba el suelo.

No sé qué me sorprendió más: que él hubiera estado en la biblioteca leyendo el grimorio de Anam o que hubiera creado un espacio que recordaba la fría belleza de la que era su fortaleza.

Ryan se encogió de hombros cuando Colin le preguntó por qué ese rincón no había vuelto a su anterior estado y Connor se limitó a decir que tal vez la biblioteca sospechaba que aquella visita no sería la única en las próximas semanas. Creo que esa posibilidad le repateaba.

Kevin me acompañó a un lateral de la mesa donde tomamos asiento, uno al lado del otro, mientras el resto de la tribu hacía lo propio. Mila y Colin se sentaron en la cabecera, en dos enormes asientos que bien podían ser considerados tronos. Dudo que a Mila le gustara especialmente esa deferencia, pero tenía la sensación de que la biblioteca hacía ese tipo de cosas: decidía por sí misma, como si tuviera voluntad propia.

De ahí el encantador rinconcito de Ares, me dije mientras lo observaba, planteándome que aquel sillón tenía aspecto de ser mucho más cómodo que el asiento en el que me encontraba. Incluso si la idea era tentadora, ocuparlo e invadir ese espacio para sentirle un poco más cerca, me quedé en la solemne y regia silla de madera.

Marisa se dejó caer en la butaca frente a nosotros tras hacer resonar sus zapatos de tacón por aquel milenario suelo. Lo hizo con la gracia de una bailarina y la fuerza de una amazona. A uno de sus lados se sentó Kellan y, al otro, Aislin y Grace.

Mila colocó el pergamino y la daga sobre la mesa.

Marisa chasqueó la lengua antes de soltarle:

—Mérida, ¿cuántas veces tengo que decirte que no se ponen armas en la mesa?

—No protestes o te convertiré en oso —le contestó ella, haciendo que Marisa riera por lo bajo. Creo que ellas fueron las únicas en entender sus propias bromas.

—¿Es *ese* pergamino? —cuestionó Ryan. Mila asintió y se lo tendió. El erudito lo estudió con el ceño fruncido.

—Parece vacío.

—Que no significa que lo esté —intervine y Eamonn rio por lo bajo.

—Secundo a Margaret —dijo Kevin en voz alta con un tono alegre y despreocupado.

—¿Ves algo? —le cuestionó Ryan, cediéndoselo. Kevin lo miró y tras voltearlo un par de veces, acabó dejándolo sobre la mesa.

—Nada de nada. ¿Vosotras? —Grace se limitó a negar con la cabeza.

—Para mí es un trozo asqueroso de lo que sea —destacó Marisa encogiéndose de hombros.

—¿Estás segura de que este trozo de cuero fue lo que viste? —me preguntó Connor.

—Sé que no debería estarlo.

—Pero lo estás —concluyó Ryan frotándose el mentón, como si reflexionara sobre aquello—.

Puede tener algo que ver con ese sexto sentido de los sensibles.

—Pienso igual que tú, primo —afirmó Kevin—. Creo que debemos darles un voto de fe a ese tipo de corazonadas por parte de las guardianas.

—Y así haremos —intervino Colin.

—¿Rathma? —Fue Ryan el que lo llamó. El ruido de los saltitos del puca me llamó la atención, pero esta vez no me asusté cuando aquella criatura quedó frente a nosotros, sino más bien sentí cierta lástima, porque parecía ligeramente impresionado con la presencia de tanta gente en aquel lugar.

Tenía el mismo tamaño que el puca de Ares, pero era mucho menos peludo y su aspecto era más humanoide, excepto por aquellas piernas que recordaban las de una cabra con sus pequeñas y graciosas pezuñas en su extremo distal. Ares me había explicado que cada uno tomaba el aspecto que le apetecía. Estaría bien tener un poder como aquel.

—¿Puedes acercarte, Rathma? —le pidió con voz gentil Mila. Aquella criatura hizo lo que se le pedía, aunque seguía estudiándonos a todos con gesto intranquilo—. Hemos encontrado esto. Creemos que mi madre dejó un mensaje para nosotros, pero no sabemos cómo revelarlo.

En los ojos del puca desapareció el miedo para mostrar el brillo característico de la excitación. Sonreí. En unos pocos saltitos se colocó junto a la mesa y con aquellas manos que eran solo medio humanas, cogió el pergamino con sumo cuidado. Creo que todos contuvimos la respiración durante el tiempo en el que estuvo observándolo.

—No usó tinta.

—¿Podría haber usado algo diferente para escribir en él? —le cuestionó Colin.

El puca acercó el hocico al pergamino y no sé si fui la única que por un momento pensó que tenía intención de darle un mordisco. No lo hizo, en cualquier caso, se limitó a olfatearlo.

—Magia.

—¡Qué sorpresa! —se mofó Brian, que estaba allí calentando una silla más que con ganas de colaborar en descifrar aquel viejo trozo de cuero.

—¿Cómo podemos desvelarlo? —le pidió Kevin.

—No soy un druida —murmuró—. ¿Quizá habrá información al respecto en el grimorio de Anam?

—Ya había pensado en eso —admitió Ryan—. Nos llevará un tiempo, pero tal vez encontraremos en él la forma de desvelar lo que sea que oculta.

—Hay otra opción —opinó Connor.

—Por tu careto, sé en qué estás pensando —se burló Eamonn.

—Más bien en quién —puntualizó Kevin—. Dudo que fuera una casualidad que se pasara por aquí preguntando por él.

—No, casual no sería como definiría su visita —admitió Ryan divertido.

—Sigo sin fiarme del duende —protestó Aidan.

—Ni él de nosotros —intervino Colin—. Pero conoció a Anam y tenemos intereses comunes.

—Ares ha demostrado que quiere ayudarnos en varias ocasiones —lo defendió Mila y me sentí orgullosa de ella. Ares era un tanto peculiar, pero siempre había estado dispuesto a brindarle su ayuda. Además, yo estaba en deuda con él. Por lo del Sluagh. Y por compartir conmigo sus termas.

—Ha hecho una primera aproximación a la tribu compartiendo algunos de sus documentos —admitió Ryan.

—La muestra de buena voluntad fue, más bien, que no intentara matarnos —reconoció con

expresión alegre Connor.

—Eso también, sí.

—Esta biblioteca está protegida con magia antigua —murmuró Colin—. Que pudiera abrir un portal aquí…

—Por lo visto ayudó a crear esas protecciones —repuso Ryan.

—¡Joder con Gandalf el Blanco, es más viejo que Matusalén!

Me quedé en estado de *shock* mientras Marisa reía a carcajadas tras decir aquello.

—¿Podría apoderarse de nuestros textos? —cuestionó Aidan.

—Ningún libro o pergamino que haya sigo depositado en esta sala puede salir sin la autorización de Ryan —negó Kevin—. Él es el depositario de la magia que hay en este lugar y responde solo a él.

—No le permití sustraerlo, pero sí le ofrecí que se pusiera cómodo todo el tiempo que necesitara mientras lo consultaba.

—¡Vaya si lo hizo! —masculló Connor mirando aquel rincón de esbeltas librerías de blanco marfil que contrastaba con la calidez de la madera del resto del lugar.

—Así que Ares no habría podido sacarlo sin su consentimiento —tanteó Kellan—. Se vio obligado a negociar.

—También tenía la opción de matarme, algo que técnicamente es bastante irritante, porque aprecio la mala vida que llevo —puntualizó Ryan con una pequeña sonrisa que le dio un toque sensual.

—Ahora casi prefiero pasear por el centro de Dublín contigo que quedarme aquí dentro a merced del duende —opinó Aidan mirando a Grace, y esta sonrió, divertida por su comentario.

—Incluso si mostró su buena voluntad, no confiamos plenamente en él.

—Tal vez él tenga alguna respuesta sobre cómo desvelar el contenido del pergamino. ¿Crees que podrías llamarle? —me preguntó Kevin.

—Puedo intentarlo, claro —murmuré, sintiéndome cohibida al ser el centro de atención de todos los presentes.

—Voy a ver al Blanco dos días seguidos, estoy en racha —masculló Marisa con un tono irritado.

No tenía del todo claro el porqué, pero Marisa estaba muy a la defensiva en todo lo que tuviera relación con Ares. Al margen del apodo que le había dado tiempo atrás, había un tono de enojo cada vez que hablaba de él. Incluso cuando había estado bromeando con que era mi novio, había ese punto de recelo, como si hubiera algo que no me hubiera contado que hiciera que desconfiara de él. Más que del resto, quiero decir.

—¿Visteis a Ares ayer? —nos preguntó Mila sorprendida. Fui consciente de que no le habíamos contado lo de la visita fugaz que habíamos tenido estando en casa cuando estaban mis octogenarias amigas.

—Si te lo cuento, no te lo creerás —repuse, haciendo un mohín.

—Me puede la curiosidad —intervino Kevin recostándose en su asiento y mirándome con atención.

—Fue un malentendido. A alguien le dio por hablar de Ares —mascullé lanzándole una mirada airada a Marisa, que empezó a reír por lo bajo—. Él nos escuchó y se apareció en la cocina.

—En un mal momento —puntualizó Marisa que estaba conteniendo la risa a duras penas.

—¿Margaret? —Mila me miraba con el ceño fruncido.

—¿Te acuerdas de Cara y Eilis?

—¡¡No!! —No era un «no» de que no se acordaba de ellas, eso estaba claro.

—Pues va a ser que sí.

—¿Ares se apareció frente a ellas?

—Detrás, para ser más exactos.

—Como para que les diera un infarto —se burló Marisa—. Y con sus pintas, no veas la mierda que me inventé sobre las convenciones de frikis.

—Otra cosa no, pero lo de soltar una mentira detrás de otra, se le da de maravilla —admití con solo media sonrisa en el rostro recordando lo absurda que había sido aquella mañana—. La verdad es que se comportó: tuvo la deferencia de salir de la cocina antes de invocar un portal y no les lanzó ningún conjuro para dejarlas patidifusas en el suelo.

—De lo más encantador —bromeó Kevin—. A ver de qué pie se ha levantado hoy, entonces.

Le sonreí antes de ponerme a frotar con las yemas de los dedos el medallón que colgaba de mi cuello. Emitió un suave calor y supe que él también lo percibiría.

—Ares, hemos encontrado algo —dije en voz alta, sintiéndome un poco estúpida al hacerlo delante de toda aquella gente—. Creo que es el pergamino que Anam le tendió a tu madre, pero no hay nada escrito.

Nunca había sentido con tanta nitidez la conexión entre nosotros. Me estremecí antes de que a pocos metros de la mesa empezara a verse el brillo característico de la magia de Ares y, poco después, apareciera un portal que cruzó sin mostrar titubeo alguno. Creo que sabía qué había al otro lado: una biblioteca mágica, un montón de dioses, tres mujeres medio hadas y una mortal.



No hay tesoro sin un peligro acechando

Escuché su llamada. No esperaba que fuera tan pronto, pero lo cierto es que la estaba esperando. Una justificación o una disculpa, tal vez, estaría bien. Lo que fuera. Sin embargo, tras crear el portal, supe que no se trataba de algo tan banal como aquello. Probablemente a Margaret le traía sin cuidado la preocupación que me había generado al escuchar aquellos bramidos llamándome y que no fuera ella la que lo hiciera.

Lo primero que había pensado era que no estaba capacitada para hacerlo. Pedirme auxilio. Esa posibilidad me había creado un nudo en el estómago del que aún no me había liberado por completo. Su fragilidad. La mortalidad a la que estaba sujeta. Me quemaba por dentro, como si fuera una herida sangrante que sabía que no podía sellar con ningún conjuro. Saber que tarde o temprano la perdería.

Al otro lado del portal estaba la tribu al completo reunida junto a las guardianas. Que fuera Kevin el que estaba al lado de Margaret me molestaba casi tanto como el hecho de sentir aquella necesidad imperiosa de disfrutar de su compañía, aunque solo fuera durante unos pocos minutos. No hacía falta que lo rellenara con palabras vacías y sin sentido, ni siquiera necesitaba que ella me correspondiera, me bastaba con estar a su lado y poder sentirla. Me obligué a alejar aquellas emociones traicioneras que me volvían vulnerable. Mejor asumir que su llamada se limitaba a que la tribu me necesitaba y ella era nuestro enlace, que no fantasear con que ella sentía también esa absurda conexión entre nosotros o que apreciaba mi desplaciente compañía.

Crucé el portal para volver a un lugar cuya magia me reconocía. Era agradable saber que existían conexiones que perduraban más allá del espacio o del tiempo. Yo formaba parte de aquello: era un miembro de la tribu, el más anciano de los presentes y, probablemente, el más poderoso.

No dudaba que tal vez el descendiente de Lug, portador de Assal, podría llegar a ser un digno oponente, pero aún era poco más que un niño desde mi perspectiva. Igual que Mila. La hija de Anam. Poseía en esencia el poder de su madre y su magia tenía ese punto instintivo, algo que me hacía pensar que podría llegar a ser alguien cuyo poder sería digno de admirar, pero su linaje ya no era puro y su magia tampoco. Esa sangre de humana y de sensible que había heredado de su padre la limitaba, aunque había superado con creces mis expectativas.

—Margaret. —Incliné la cabeza en su dirección antes de centrarme en Ryan. Incluso si el lugar era presidido por Colin y Mila, no dudaba que era él quien quería en realidad contactar

conmigo. Estábamos en su reino de tinta y pergaminos—. Supongo que tenéis algo.

—Eso parece —confirmó mientras asentía—. El pergamino que Anam le tendió a Áine en la visión de la guardiana.

—Esa es una gran noticia.

—El único problema es que nadie parece capaz de leerlo.

—¿Y eso? —cuestioné alzando una ceja. Existían lenguas antiguas, olvidadas, pero dudaba que un erudito en posesión de la mayor biblioteca del mundo hubiera desestimado sus obligaciones para con las lenguas muertas.

—No está escrito con tinta —sentenció y señaló a Kevin con el mentón. El sensible se levantó con un pergamino de cuero y se acercó para tendérmelo. Intenté centrarme en él, aunque mil dudas me asolaban de cómo Margaret había conseguido identificarlo.

Cogí el trozo de tejido que me mostraba Kevin. Su textura me llevó a un tiempo pasado. Nuestra forma de vida había evolucionado a lo largo de los siglos mientras la humanidad descubría fórmulas de lograr cosas sin disponer de la magia de los antiguos dioses.

Miré a Margaret, pero ella desvió la mirada hacia el suelo, como si estar en aquel lugar, con todos aquellos dioses, le incomodara. Fue eso lo que hizo que me decantara por dirigirme a Mila en vez de a ella.

—¿Cómo lo habéis encontrado?

—Mi madre lo usó para envolver su daga ceremonial —me contestó—. Lo encontré antes de enfrentarnos a Bres. Estaba enterrado en el jardín de Margaret. No pensé que fuera importante, pero había algo en él que hizo que no lo tirara. Margaret lo ha reconocido casi por casualidad.

Sabía que Anam no dejaría que algo así pudiera desaparecer en el olvido, incluso si dejárselo a su hija infante era algo que podía volverse en nuestra contra. Nadie tenía la certeza de cómo sería el carácter de aquel bebé o las influencias que podía llegar a tener en el futuro sin su guía. Sospeché que por ese motivo lo había escondido en el jardín de Margaret. Me sentí orgulloso, antes incluso de ser una guardiana del Portal, aquella formidable mujer que era mi luz había ejercido ese papel con algunas de las pertenencias más importantes de la que debería haber sido la líder de nuestro pueblo.

Pese a que una de las esquinas del pergamino estaba parcialmente rota y estaba algo desgastado, era imposible que se hubiera conservado así si no hubiera algún tipo de protección mágica sobre él. Me acerqué a la mesa, ocupando el lugar de la silla que había retirado Kevin al levantarse. Apenas le presté atención a Margaret mientras lo extendía, pero saber que estaba a mi lado era un pequeño aliciente con el que calmar la inquietud que había anidado en mi interior desde la noche del solsticio.

Palpé el pergamino, buscando una marca, una señal, sin hallarla. Me quedé quieto, reflexionando sobre qué habría hecho Anam. Disfrutaba escondiendo las cosas a la vista y retando así a los eruditos de la tribu.

—Pensamos que tal vez encontremos en su grimorio qué conjuro usó para ocultar lo que sea que anotó en él —puntualizó Kevin, que se había acercado a la mesa. Su presencia me molestaba. Su existencia también, para qué negarlo, pero viviría con ello y le dejaría vivir, que es más que lo que hubieran hecho muchos de los antiguos en una situación similar.

Me gustaría certificar que si Kevin hubiera pasado la noche del solsticio con Margaret me mantendría en la misma tesitura, pero no estaba seguro de si sería capaz de mantener mi neutralidad en caso de saberla en sus brazos y la celosa amargura de sentirme engañado, incluso si ella no tenía ninguna obligación para conmigo. Me enojaba saber que había estado vinculada a

otro hombre mientras yo vivía ajeno a su existencia, en el inframundo, incluso si era consciente de que ese mismo mortal le habría dado a Margaret más de lo que yo jamás podría ofrecerle. Amor incondicional. Algo que alguien como yo probablemente no sería capaz de brindarle.

—La vista a veces puede engañarnos —murmuré mientras cerraba los ojos y me limitaba a acariciar el pergamino de nuevo. Sentí un relieve. Fruncí el ceño y volví a ese punto en concreto. No podía ser una casualidad—. Hay algo. Runas.

—¿Qué quieres decir? —Uno de los guerreros de la tribu se tensó.

—Dadme un trozo de carboncillo.

Fue Rathma el que se acercó con pasos decididos, llevando una madera totalmente quemada en una de sus manos. Asentí a modo de agradecimiento antes de cogerla y romper un trozo pequeño para que me cupiera dentro del puño. Lo cerré con fuerza, dispuesto a fragmentarlo en mil pedazos hasta que se convirtió en poco más que polvo.

—*Gaoth* —susurré y el polvo alzó el vuelo para depositarse sobre el pergamino y la mesa a partes iguales.

Con una delicadeza inusual, dejé que mi magia acariciara aquel trozo de cuero como si fueran las caricias de un amante. Poco a poco las líneas empezaron a definirse y tomar forma. Runas antiguas, de un lenguaje que ya solo nos pertenecía a nosotros. Dioses viejos y olvidados, perdidos y humillados por los milesianos.

—¡Lo sabía! —exclamó Margaret con un entusiasmo que hizo que no pudiera evitar elevar la mirada para contemplar su radiante rostro. Era absurdo, pero preferiría memorizar cada centímetro de esa sonrisa, que no el pergamino que había sobre la mesa y que podía decantar la balanza contra la amenaza que suponían las hijas de Carman la Oscura.

El ruido de unas sillas me obligó a recordar dónde estaba. Me alejé de la mesa y de Margaret, dejando espacio para que Ryan y Connor pudieran observar de cerca el pergamino y me dirigí a mi pequeño sillón.

Me sorprendió que lo leyeran con fluidez en apenas un par de minutos, en voz alta, como si estuvieran dispuestos a compartir aquella información conmigo. Y con las tres guardianas.

—*Para superar la primera prueba* —leyó Connor.

—*El gélido filo del metal* —continuó Kevin.

—*Deberás afrontar* —sentenció Ryan.

—¿Qué coño significa eso? —protestó uno de los guerreros.

—Es obvio, Aidan, vamos a tener que enfrentarnos a varias pruebas —sentenció Eamonn, que además de músculo demostraba que también ejercitaba su cerebro.

—¿De cuántas estamos hablando? —cuestionó de nuevo el guerrero.

—Tres —repuso Colin, casi como si hubiera tenido una revelación, antes de añadir, mirándome—: Que fueran tres tendría sentido.

—Es probable —admití. Anam honraba muchas de las antiguas tradiciones. Pasado, presente y futuro. Tierra, agua y aire. El tres siempre fue su número preferido.

—*Para superar la primera prueba, el gélido filo del metal deberás afrontar* —susurró Mila, recuperando los fragmentos que había escuchado.

—Si se trata de afrontar algo helado, contad con mi filo de fuego —se ofreció Aidan que, por una vez, parecía empezar a tener interés en la conversación.

—No es tan sencillo —negué.

—¿Qué sabes y no nos dices? —me preguntó Kevin estudiándome.

—Anam no decía: mostraba. Ese acertijo puede significar cualquier cosa, pero lo que os

puedo asegurar es que incluye una advertencia. Puede ser peligroso.

—No esperábamos menos —aseguró el guerrero sentado al lado de Aidan.

—Igual se refiere a la daga —propuso Ryan—. El pergamino estaba junto a ella.

—Magia de sangre —opinó Colin y me limité a permanecer como si fuera un mero observador.

—Es una opción —admitió Kevin—. Esa daga ya ha vertido nuestra sangre, no vendrá de un poco más.

—Si ha de ser un druida, lo mejor es que sea yo —decidió Colin, levantándose, aunque se detuvo antes de mirarme—, excepto que quieras hacer tú los honores.

Negué con la cabeza.

El druida miró a Mila y ella asintió. Tras esa concesión, cogió la daga y se acercó al pergamino. No dudó en cortarse la palma de la mano y dejar que su sangre cayera sobre aquel cuero desgastado.

—Muéstrame el camino —pidió Colin.

El pergamino temblaba y, como si un campo invisible lo cubriera impidiendo que se empapara, la sangre de Colin empezó a deslizarse sobre él, sin marcarlo, y acabó dispersa sobre la mesa.

—Ya sabemos por qué el agua no lo ha podrido del todo —ironizó mi descendiente.

—Igual es mi sangre la que quiere —tanteó Mila, aunque no parecía demasiado convencida.

—O la de su amigo el duende —añadió Aidan mirándome con un punto de desprecio que ignoré.

—Creo que es el planteamiento lo que no es certero —negué. Ladeé la cabeza, reflexionando sobre aquello. Metal. El frío filo del metal—. Metal o tal vez frío… —Me levanté y me acerqué al extremo de la mesa en la que había varios papeles dispersos y, entre ellos, pequeñas piezas de metal para sujetar varios folios—. ¿Me permites?

Ryan asintió desde su posición. Deslicé el metal por encima del pergamino y sentí un tirón, sutil, cuando pasaba por el centro. Fruncí el ceño. Dejé el pequeño dispositivo metálico allí y levanté el papel, colocándolo de forma vertical. Desafiando a las leyes de la gravedad, aquella pieza de metal se mantuvo sujeta al pergamino de Anam.

—¡Está imantado! —exclamó Ryan con cierto regocijo.

—Polvo de metal. Necesitamos polvo de hierro —añadió Connor.

—Puedo conseguir un poco de la herrería —afirmó Aidan levantándose. También lo hizo su compañero, el otro guerrero Mac Gréine.

No esperaron a que alguien aceptara su oferta y salieron de la biblioteca. Observé al resto de los presentes con cierta curiosidad.

—Si no vuelven en diez minutos, tendremos que ir a buscarlos —opinó Eamonn, el protector de la tribu.

—Conociéndolos, se van a poner a jugar con las primeras armas que encuentren —admitió el enorme hombre a su lado. Ese debía de ser Conan Mac Cuill.

—¿Sabes?, tenía la certeza de que podrías ayudarnos en esto —me dijo Kevin, como si pretendiera forzar algún tipo de entendimiento entre nosotros.

—Conocí a Anam. Sé cómo pensaba.

—No eres el único. Margaret estuvo viviendo con ella durante bastante tiempo. Coincidisteis antes de que Mila volviera a Irlanda, ¿verdad?

—Una vez. —Recordar aquel día en el que me sentí abrumado por aquella mujer mortal que

gritaba y saltaba a la par, haciendo que no supiera qué hacer o decir para calmarla, motivo por el que busqué la forma que me pareció más sensata para concluir con aquella crisis, ahora me asqueaba.

No supe interpretar el porqué de esa sensación de inseguridad que me embargó antes de anular sus gritos con un conjuro de sueño. Apenas fueron unos segundos y tampoco tenía claro si algo hubiera cambiado de haberlo sabido en aquel entonces. Mi vida seguía siendo la misma: igual de mísera y solitaria. Margaret se merecía algo mejor y la superficie estaba llena de vida.

Me centré en ella. Parecía incómoda por ser el centro de atención. No me importaría sacarla de allí. Lo haría, si me lo pidiera. Estuve tentado de sentarme a su lado y ocupar el asiento de Kevin, pero, en vez de hacerlo, volví a sentarme en mi sofá.

—Tú también te dejas llevar por tus corazonadas, ¿verdad? Ha funcionado con el carboncillo y lo hará con el polvo de metal —añadió Kevin, que parecía obsesionado con mantener una conversación conmigo. Si no fuera porque deseaba conocer cómo se resolvía aquel acertijo y me resistía a alejarme de *mo Sholas*, lo más probable es que ya hubiera vuelto a mi fortaleza—. Igual que Margaret.

Fruncí el ceño y me giré para observar a Kevin. Me sonrió, como si estuviera satisfecho de haber conseguido un poco de mi atención. Aunque más bien lo que estaba consiguiendo era enojarme. ¿No podía dejar a Margaret al margen? ¿Acaso no podía pensar en otra cosa que no fuera ella?

—Fue una suerte que estuvieras con ella cuando visitamos la tumba. Creo que, sin tu interferencia, ella tampoco habría podido ver lo que pasaba, como les sucedió a Marisa y Grace —continuó Kevin.

—Es posible —me limité a contestarle.

—Hacéis un buen equipo —añadió. ¿Es que no tenía nada más de lo que hablar ni algún otro interés?

—¿De dónde viene tu ascendencia? —Creo que no esperaba que fuera yo quien iniciara un tema de conversación y aunque pude ver en su rostro que hablar de aquello no le apasionaba, no se cerró. Algo que bien podría haber hecho.

No es que me interesara realmente la historia de su linaje, pero era mejor que seguir escuchándole hablar sobre las bondades de la mujer que había frente a nosotros. Era molesto que lo hiciera. Yo era perfectamente capaz de verlas.

—No tengo la más remota idea y, aunque siento cierta curiosidad, es probable que lo que pueda encontrar al respecto no sea precisamente placentero.

—No puedo negarte eso, los miembros de la tribu solían considerarlas criaturas inferiores y no era extraño que abusaran de ellas; por eso mi madre decidió ocultarlas en el Portal de las Hadas. Su habilidad para crear pequeños recovecos paralelos a nuestro mundo era inigualable —reflexioné en voz alta.

Sí, muchos dioses antiguos, seducidos por la belleza etérea de las hadas que mi madre había creado, decidían intentar conquistarlas y, en caso de que ellas no correspondieran a sus intereses, solían decantarse por violarlas. Si ni siquiera la violación y el asesinato de mi madre fueron resarcidos por aquellos tres monarcas, no era de extrañar que ese tipo de conductas no fueran penalizadas. Ese fue el motivo por el que mi madre creó el Portal de las Hadas: un mundo en el que podían vivir ajenas a la codicia y lujuria de los que eran mis iguales. Aunque al final ni siquiera esa realidad pudo protegerlas.

El ruido de unos pasos sobre el pavimento me obligó a alejar aquellos oscuros recuerdos. Mi

rostro era neutro para cuando la puerta se abrió y fue cruzada por Aidan y Brian Mac Gréine.

—¿Bastará? —cuestionó Aidan con una mirada de autosuficiencia mientras dejaba un pequeño saco de rafia sobre la mesa.

—Debería —opinó Connor, sopesándolo. Miró al resto de los presentes y Mila asintió. Abrió el saquito y dejó que el polvo del metal cayera sobre el pergamino.

—¿Y ahora? —inquirió Eamonn, que se había acercado y contemplaba aquello con cierto recelo.

—Prueba a levantarlo, a ver si nos muestra algo —le pidió Colin y el Mac Cuill siguió sus órdenes. Lo hizo. Todos nos quedamos en silencio mientras algunas de las partículas caían sobre la mesa y el suelo, pero otras quedaban sujetas al pergamino de cuero.

—Es una espiral —susurró Margaret sorprendida.

—No es una espiral cualquiera —decidí contarle, suponiendo que muchos de los presentes ya habían intuido el lugar al que hacía referencia—. Es única porque contiene otra en ella. No es como el Trisquel; el origen de esta espiral es mucho más antiguo y tiene un significado puramente espiritual. Representa la evolución y el crecimiento del alma, además del ciclo natural de la dualidad humana: la vida y la muerte.

—Y, lo más importante, nos da una ubicación —intervino Ryan con expresión cauta. Asentí.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber mi descendiente desde su asiento.

—Esta espiral solo se encuentra dibujada dentro de los pasillos funerarios de Newgrange, en el Brú na Bóinne —intervino Connor—. Teniendo en cuenta que encontramos la pista en una tumba…

—Tiene sentido —opinó Kevin—. Brú na Bóinne es coetánea a las tumbas que fuimos a visitar en el norte, donde Áine dejó uno de sus recuerdos.

—¿Significa eso que podemos ahorrarnos visitar las famosas cruces? —cuestionó Margaret. Colin y Mila se miraron antes de que esta última asintiera.

—No tendría sentido posponer esta pista —sentenció Colin.

—Mila, tu madre podía ser una druida un tanto impulsiva, pero cuando hacía las cosas tras reflexionarlas… No sé qué nos espera, pero lo que sí sé es que va a ser peligroso.

Los miembros de la tribu se quedaron en silencio y agradecí que, al menos, consideraran mi advertencia.

—¿Significa eso que vas a acompañarnos? —expresó Mila.

—Sospecho que no hacerlo podría convertir en imposible resolver la prueba que preparó tu madre —le contesté y ella me sonrió.

—Gracias, Ares. —Asentí.

—Allí dentro no vamos a caber todos —intervino Aidan Mac Gréine frunciendo el ceño.

—Haremos un perímetro de seguridad —decidió Eamonn Mac Cuill con bastante criterio—. Es probable que la prueba que puso fuera para sus iguales.

Mila miró a Colin y asintió. Druidas. ¿Quién sino querría hacerse con el caldero de Dagda?

—Ni de coña me quedo fuera —sentenció mi descendiente con una arrogancia que me recordó un poco a la que había sido tiempo atrás mi joven hija, aunque su vocabulario y sus formas distaban mucho del carácter respetuosos de Beltane.

—Kellan puede sernos útil si las cosas se complican dentro —opinó Colin, pero miró a Mila, como si fuera ella la que tuviera la última palabra al respecto. Lo que me extrañó fue que diera por sentado que aquella mujer medio hada conseguiría participar en aquella empresa que le venía demasiado grande.

—Con ellos seríamos cinco —asintió Mila y miró a Kevin—. ¿Te apuntas?

—Pensaba que no me lo ibas a pedir —le contestó él con una amplia sonrisa.

—¿Margaret?

Me tensé. Mila no podía estar hablando en serio. Conocía a Anam lo suficiente como para sospechar que las palabras de aquel acertijo no eran una vaga advertencia y no estaba dispuesto a que Margaret se expusiera. Me vino a la mente el día en que la encontré en el suelo, con los brazos ensangrentados, luchando para protegerse de un Sluagh. No, no permitiría que corriera un riesgo como aquel. Otra vez.

—Creo que no es apropiado —intervine antes de que la susodicha respondiera.

—Seré vuestros ojos y prometo intentar no enlenteceros —afirmó ella alzando el mentón, ignorando mi aportación.

—No creo que sea buena idea —insistí, levantándome de mi sillón, inquieto. Margaret se giró para enfrentarme y vi una expresión dolida en sus ojos cuando me dijo:

—Es una suerte que nadie te haya pedido la opinión, en tal caso.

—¿Qué parte de va a ser peligroso no has entendido? —Me encaré a ella, enojado, acortando la distancia que nos separaba. Agradecí que hubiera el respaldo de la silla en la que ella se había ladeado para mirarme, separándonos, porque el impulso de zarandearla era fuerte. ¿No veía el riesgo que podía suponer para ella participar en aquello? ¿Acaso no entendía que su vida era frágil como la de una flor de temporada?

—Me ha quedado claro, gracias.

—Vas a exponerte.

—Eso parece.

—Hazle entrar en razón, Mila —mascullé, enojado. Desviando mi atención hacia la única persona que tenía la autoridad para negarle participar en aquello.

—Creo que es lo suficientemente mayor como para tomar sus propias decisiones —opinó y escuché alguna risa alrededor de la mesa. Contuve el deseo de hacerles explotar en mil pedazos, pero le lancé una mirada enojada que hizo que Colin se tensara a su lado.

En otros temas, en otras circunstancias, no me importaría que Margaret hiciera lo que le diera la gana, pero si era su vida lo que estaba en juego, no tenía intención de dejar que decidiera al respecto. Tal vez el resto de la tribu había otorgado el peso del liderazgo de la tribu en Mila, pero yo no.

—No puede ser una casualidad que ese pergamino estuviera enterrado en mi jardín —me dijo entonces Margaret, como si quisiera convencerme de que su posición tenía algún tipo de sentido—. Anam me conocía. Sabía que, si algo así sucedía y este secreto veía la luz, yo acompañaría a su hija hasta el fin del mundo.

—Ella creó estas pruebas miles de años antes de que tú nacieras —le contradije y tuvo el valor de sostenerme la mirada.

—Tuvo tiempo de sobra para cambiarlas.

—¿De verdad crees que una mera humana podría influir en una decisión que tomó tiempo atrás una diosa nacida para ser reina y que superó al más grande de los druidas de los Tuatha dé Dannan? —Sus ojos brillaron con algo parecido a rabia. O tal vez fuera dolor.

—A esa humana se le entregó magia antigua y ayudó a liberar el Portal de las Hadas de lo que sea que allí habitaba —se defendió con garra.

—Magia que apenas dominas —critiqué y vi que ella apretaba los puños.

—Voy a ir, Ares.

—Por encima de mi cadáver.

—Eso podría solucionarse —ronroneó Aidan Mac Gréine y vi que en su mano aparecía un hacha cuyo filo empezó a arder en llamas.

—Aidan, no —intervino Colin con voz gélida. El guerrero apretó la mandíbula y la hizo desaparecer.

—Ares, esto es más grande que tú y que yo —opinó Mila, levantándose. Dio un par de pasos hacia nosotros mientras añadía—: Marisa, Margaret y Grace también forman parte de la tribu. Quizá no era así en los tiempos de los antiguos reyes, pero sé que tu madre hubiera apreciado que se las tratara como a iguales y no como a criaturas menores. Cada una de ellas tiene derecho a tomar sus propias decisiones.

—Si le pasa algo… espero que su muerte pese en tu conciencia —declaré con la frialdad que había perfeccionado con el paso de los años. Por una vez, no me despedí de mi guardiana y me limité a añadir—: Cuando llegue el momento, avisadme.

Me giré y crucé un portal que se había abierto con más ímpetu del habitual. Tras él no estaba mi hogar, incluso si aquel fuera el lugar más sensato al que ir. Si no podía convencerla, al menos intentaría protegerla.

Apreté los labios mientras susurraba las palabras de un antiguo conjuro que me convertía en una criatura parcialmente invisible ya que mi cuerpo reflejaba todo lo que me rodeaba como si fuera un espejo. Quedaban apenas un par de operarios en el Portal de las Hadas y me sorprendieron los avances que podían apreciarse en apenas unos días.

Me acerqué a uno de los ejes de poder que lo sostenían, alejándome del edificio principal y de los dos mortales. No dudé en rajar la palma de mi mano con mi daga ni en verter mi sangre en aquella tierra que tiempo atrás había sido mi segundo hogar.

La llamé, con la necesidad de encontrar respuestas, usando mi sangre para fortalecerla y que pudiera acudir a mi encuentro. Sin ese tipo de conjuro, ni siquiera yo podría ver el espíritu en el que se había convertido, pero Beltane podía valerse del poder que nos unía para volverse visible para los que, a simple vista, no podríamos verla.

—¿Padre?

—Beltane. —Incliné la cabeza en su dirección y ella ladeó la suya. No brillaba el fuego en las puntas de sus alas, ni su cuerpo resplandecía como solía. La fina hebra que la sostenía en este mundo, aun estando muerta, no le permitía ser más que un espectro de lo que fue, incluso si era mi sangre la que la traía de vuelta.

—¿Estáis bien?

¿Qué responder a eso?

Mejor callar.

—Hemos encontrado un pergamino en el que hay información del lugar y de la primera prueba para localizar el caldero de Dagda.

—¡Esas son grandes noticias! —exclamó con un tono alegre. Ni siquiera la muerte podía apagar por completo su fuego.

—Lo son.

—Sin embargo, no estáis contento.

—No están preparados para enfrentar lo que sea que Anam preparó para quien osara encontrar el caldero. Temo por sus vidas.

—Siempre apreciaste a Anam —afirmó Beltane y me miró, como si quisiera leer en mi interior—. Es normal que te preocupes por su hija.

Lo hacía, sí, pero no era en ella en la que pensaba cuando mi sangre hervía por la impotencia de saberla en peligro.

—Necesito que me ayudes. —Sus pupilas se dilataron. Me sorprendió colocando una rodilla en el suelo y un brazo contra su pecho.

—Hasta mi último aliento, padre.

—Me gustaría… tal vez con el caldero pueda ayudarte.

—No hay vuelta atrás para los que cruzan el velo —negó ella, consciente de la dirección de mis pensamientos, volviendo a incorporarse. La miré durante un largo rato, reflexionando sobre sus palabras. Si su deseo era permanecer aquí, incluso siendo solo un vestigio de lo que fue, encontraría la forma de hacerlo posible. Tal vez con el caldero de Dagda dispondría del poder para hacer algo así.

—¿Has llegado a cruzarlo?

—Lo he hecho. —Cerró los ojos—. Hay algo que me retiene aquí, padre. No paro de pensar en eso desde que liberamos el Portal.

—Siempre diste por supuesto que exterminar a aquella criatura era tu asunto pendiente.

—Sí, pero no lo era. Ahora sé…

—¿Qué sabes?

—Hay otro motivo.

—Uno que no estás preparada para compartir —murmuré mirando a mi hija y ella asintió—. Está bien así.

—Gracias, padre.

—Anam nos dejó una pista: «El gélido filo del metal deberás afrontar» —le conté a Beltane—. Hemos usado virutas de metal para que el pergamino mostrara el símbolo de la espiral compleja que se talló en las piedras del Newgrange.

—La Reina de las Hadas tenía cierta predilección por las tumbas —admitió Beltane.

—Sea lo que sea, lo planearon juntas.

—¿Eso le molesta?

—¿Qué no contaran conmigo para proteger el caldero? —Ella asintió. Era una buena pregunta. Anam era mi amiga. Áine mi madre. Yo era un gran druida, después de todo—. Tal vez pensaron que algún día sería yo el que iría a su encuentro.

—Anam confiaba en vos. Os lo habría entregado sin haceros probar vuestra valía.

—Las personas cambian, Beltane —le dije—. Anam encontró el amor y tuvo una hija. Yo podría haber acabado seducido por la oscuridad que hay al otro lado de la fortaleza que gobierno.

—Si pensó eso, es que no os conoció de verdad.

—Ni yo a ella, probablemente. Estoy bien con eso. Nunca fuimos uno, después de todo. Ese no era nuestro destino. —Ahora, más que nunca, podía decirlo sin duda alguna.

—No lo era.

—He estado pensando sobre qué podemos encontrarnos.

—Es imposible saberlo.

—¿Qué era lo que mejor sabía hacer mi madre? —le cuestioné a mi hija.

—¿En qué sentido? —me preguntó, confundida.

—¿Qué podía pedirle una druida de la categoría de Anam a la Reina de las Hadas? Piénsalo, algo que ni siquiera los druidas eran capaces de doblegar a su antojo.

—¿Os referís al Portal de las Hadas?

—Intentaron abrirlo, tiempo atrás. Druidas. Brujas —le recordé.

—Nunca lo lograron —afirmó Beltane—. Los cierres, Áine era única protegiendo las cosas que eran importantes.

—¿Y cómo lo hacía?

—Portales, dimensiones paralelas que no pueden ser accesibles sin algo concreto —murmuró—. Creéis que la prueba os llevará a otro lugar. —Asentí.

—Es probable que el pergamino que le dejó Anam a su hija sea la llave.

—Pero lo que podéis encontrar al otro lado… las posibilidades son infinitas.

—Desafortunadamente.

—No sé, entonces, cómo puedo ayudarle, padre.

—¿Crees que podrías conseguir una de aquellas cotas que se forjaron con tu fuego?

—La armadura de una guardiana —murmuró—. «El gélido filo del metal deberás afrontar». Tiene sentido, pero no sé si seré capaz. Nunca he intentado sacar algo del otro lado desde que…

—Solo sabremos si puedes lograrlo si lo intentas.

—Lo haré —afirmó elevando el mentón, demostrando que seguía siendo una guerrera, una guardiana, incluso en su estado.

—Estaré aquí, esperándote —declaré, como si diera por sentado que conseguiría encontrar la forma para cumplir sus palabras.

—Solo una cosa, padre —añadió antes de desaparecer—. Cuidad de ella.

—Velaré por la hija de Anam. —Beltane ladeó la cabeza y me miró.

—Me refería a la mujer que hace que su luz brille.

—¿A qué te refieres? —le cuestioné, frunciendo el ceño.

—Puedo verlo, si eso tiene algún sentido para vos —indicó, desviando la mirada en dirección al suelo. No tengo claro si aquella revelación me inquietó o me sorprendió. ¿Podía mi hija percibirlo?

Luz. Sí, había encontrado mi luz.

—Lo tiene, pero es complicado.

—Siempre lo es.

—En cualquier caso, me demuestras, una vez más, cuán especial eres. —Me sonrió antes de desaparecer, dejándome sumido en mis propias reflexiones.



El primer paso siempre es el más difícil

Llegamos a mi casa cuando ya era de noche. Con todo, nunca la oscuridad gobernaba mi hogar: para los que eran como yo aquel lugar brillaba con luz propia, evidenciando la magia de Anam que lo protegía, aunque aquella noche se sentía más fuerte y brillante que nunca.

Grace había declinado la oferta de Mila de participar en la búsqueda del caldero, aunque creo que se moría de ganas. Lo hizo por Aislin, porque incluso si bromeaba y soltaba comentarios subidos de tono, las advertencias de Ares habían calado en ella y estaba asustada de que Grace pudiera correr peligro. Que no significaba que no le preocupara que participáramos el resto, pero Mila no podía simplemente no hacerlo. Igual que yo no podía no acompañarla y Marisa… ella no podía dejar de meter sus tacones de veinte centímetros en cualquier fregado.

Me senté en el porche para contemplar la noche en todo su esplendor: era magnífica. Las estrellas brillaban en el firmamento y aunque la temperatura había bajado unos grados, no era un frío de esos que cala en los huesos y hace que acabes refugiándote cerca de un radiador. Sí, soy de esas personas que aman disfrutar de una infusión caliente mientras me cubro con una manta y observo cómo llueve a través de la ventana.

¿Por cuánto tiempo podría seguir haciéndolo? Unos años más, con un poco de suerte. Apenas unos días si jugaba a ser alguien que no era.

No me sentía cómoda habiendo desafiado a Ares. No tanto porque aquello hubiera sucedido públicamente, sino por el hecho de que él, en el fondo, no había dicho nada que no fuera, en parte, real. Yo no era nadie, después de todo. Una mortal cuyo camino se cruzó con un ser superior y forjó con ella una buena amistad. Jamás aspiré a formar parte de aquello. Nunca me planteé la posibilidad de ser algo más que simplemente yo.

Había vivido mis propias aventuras; había sufrido como la que más y había conseguido sobrellevar el dolor y el duelo. Eso ni siquiera Ares me lo podía quitar: ese ímpetu que me caracterizaba y me impulsaba a seguir adelante, sin importarme lo que había perdido por el camino ni los años que arrastraba a mi espalda.

—¿Interrumpo?

Ni siquiera había sido consciente de que se había aparecido a unos pocos metros de donde estaba sentada, reflexionando sobre mi pasado, mi presente y mi futuro. Por corto que pudiera ser este último, no tenía intención de desperdiciarlo.

—Depende.

—¿De qué?

—De si pretendes seguir humillándome, recordándome que no soy nada ni nadie y que solo haré que estorbaros en vuestra búsqueda del caldero de Dagda —le contesté con el corazón cerrado en un puño. Es lo que tienen las verdades: duelen.

—¿Serviría de algo?

—No.

—Lo suponía —repuso fatigado. No tengo claro si esperaba que volviera a soltarme alguna frase denigrante o que empezara a alzarme el tono, así que supongo que ese tono resignado me sorprendió considerablemente. Ladeé la cabeza—. Lamento la dureza de mis palabras, pero pretendía que reconsideraras tu intención de participar en algo que bien podría costarte la vida. Te agradecería que no te expusieras a ese peligro.

Le miré, alzando una ceja, mientras él se acercaba y colocaba una mano sobre el respaldo de la silla de metal que había a mi lado, como si me pidiera permiso para sentarse en ella. Asentí.

—Solo quería traerte esto, por si no conseguía hacerte entrar en razón —murmuró mientras se sentaba, tras dejar un objeto sobre la mesa.

No sabría cómo definirlo, porque nunca había visto nada igual. Parecía un tejido, pero desprendía una sutil luz blanquecina y reflejaba todo lo que había a su alrededor emitiendo diminutos brillos iridiscentes.

—¿Qué es? —le cuestioné sorprendida.

—Una cota forjada con magia antigua. Teniendo en cuenta lo sucedido en el pasado y las decisiones sin criterio que has tomado, y que no pareces dispuesta a reconsiderar, cabe la posibilidad de que pueda resultarte de utilidad.

—Yo… no sé qué decir.

—Me basta con que te comprometas a llevarla puesta de aquí en adelante.

—Lo haré —afirmé mientras sentía un nudo en el estómago, como si deseara decirle algo y, al mismo tiempo, no supiera exactamente el qué. Un gracias supongo que hubiera sido apropiado, pero no parecía suficiente—. Hemos quedado para ir mañana a última hora.

—Llámame cuando estéis allí, Margaret. —Asentí y él se levantó. Me quedé en silencio mientras invocaba un portal y desaparecía en él. Me sentí extraña y un tanto perdida tras su ausencia; observé aquel objeto sin entender qué había sucedido exactamente.

Ares había dicho que se trataba de una cota forjada con magia antigua.

¡¿Me había traído aquello porque temía que corriera peligro?!

La dureza de sus palabras me pareció un poco menos insultante al ser consciente de que su preocupación por mi vida era algo real. Cogí aquel trozo de tela que se sentía cálido al tacto y cerré los ojos, dejando que su suavidad me arropara. Algo dentro de mí se quebró. No tengo claro si era el miedo a lo que podía venir, el dolor que había sentido por el menosprecio de Ares durante la reunión en la biblioteca de la tribu o la extraña sensación que me había invadido al verle de nuevo en mi casa.

Noté las lágrimas caer por mi mejilla mientras asumía que Ares me acababa de hacer un regalo. Uno que demostraba que pese a ser, como diría Marisa, «un capullo», se preocupaba por mí. Y eso, por algún absurdo motivo, hizo que lo que durante tanto tiempo había enterrado saliera a la superficie a marchas forzadas. Lloré. Por todo lo que había perdido. Por todo lo que había deseado y jamás había poseído. Porque, una vez más, el tiempo era mi enemigo. Ya no debería sentir de aquella manera, pero el amor era caprichoso. Así que sí, lloré entre triste y

abrumada, porque Ares me había hecho un maldito regalo.

Eamonn me pasó a buscar a media tarde. Aislin estaba en el hospital, pero Grace se despidió de mí con un gran abrazo, de esos que dicen más cosas que muchas palabras.

En el coche estaban los otros dos Mac Cuill, Conan y Connor. Uno era un hombretón de pocas palabras y aspecto afable pese a su tamaño, y el otro un atractivo varón de conversación amena cuya educación era exquisita. Fue este último el que se dedicó a entretenerme durante la hora que estuvimos allí metidos, haciendo que el viaje no se me hiciera tan asfixiante.

Me sentía nerviosa. Seguía temiendo que Ares estuviera en lo cierto. Tal vez yo no debería estar allí, pero solo me arrepentía de lo que no había hecho y no tenía intención de incrementar esa lista.

¿Que tal vez las cosas podían torcerse?

¿Que mi vida podía correr peligro?

Ya lo hacía cada día: si no me mataba un Sluagh o alguna de esas criaturas oscuras, lo haría un infarto o un maldito virus. Estaba dispuesta a asumir ese riesgo. Ya había vivido mucho, después de todo.

Jamás me perdonaría si a Mila o a Marisa les pasara algo y tuviera el cargo de conciencia de que quizá, si yo hubiera estado, hubiera podido evitarlo. ¿Que yo no era nadie y mi magia era insignificante en comparación a la de los druidas? Lo sabía. No era tan ciega ni necia como para negarlo, pero la vida tiene esas cosas: a veces solo se necesita una gota para que se derrame el agua del vaso. Tal vez yo sería esa última e insulsa gotita que, pese a ser diminuta, podía llegar a marcar la diferencia.

En el *parking* nos esperaba el resto de la tribu. Admito que su visión me impactó porque venían con corazas de escamas de criaturas de las cuales seguramente jamás había oído hablar, llevaban armas por doquier y la expresión fría del que se sabe cazador y no tiene intención de ser cazado.

Tragué saliva. Me había puesto la coraza que Ares me había regalado debajo de un blusón *beige* y, por una vez, me había decantado por unos pantalones y no una faldilla holgada. Mila se acercó a mí y me tendió un chaleco antibalas de esos que suelen lucir los policías en las series de acción. Estuve tentada de contarle lo del regalo de Ares, pero había tanta gente a nuestro alrededor y su expresión era tan solemne, que me sentí cohibida y acabé poniéndomelo encima. Solo por si acaso.

Colocarme aquello me arrancó un ataque de risa histérica. Marisa no tardó en unirse, así que se me hizo todo un poco menos surrealista, incluso si lo era.

Empezamos a caminar en dirección a la antigua tumba. Llegamos en apenas un paseo, cuando ya se había hecho de noche. Me extrañó que no nos cruzáramos con nadie ni que no nos vetaran el paso, pero no pregunté al respecto. No me sentía con ánimos de hacerlo y sospechaba que Colin o Mila tenían algo que ver con aquello.

—Cubriremos el perímetro —indicó Eamonn una vez llegamos a la enorme estructura rodeada por piedras blancas entre las que destacaban unos pequeños cantos de color oscuro. Su belleza era indescriptible, así como la sensación de sobrecogimiento que sentí en ese instante.

—Creo que ha llegado el momento de llamar a Ares —opinó Kevin colocándose a mi lado. Miré a Mila, que asintió. Froté el colgante y susurré su nombre. No necesité hacer más, porque un portal comenzó a formarse frente a nosotros.

—Margaret. —Inclinó la cabeza hacia mí antes de dirigirse a Mila—: Supongo que no habéis entrado.

—No lo haríamos sin ti —le aseguró ella con una sonrisa conciliadora, incluso si la tensión era evidente en todos y cada uno de nosotros. Ares se limitó a asentir.

Entramos por el túnel en procesión. Mila y Colin en primer lugar, cogidos de la mano, mientras Kevin y yo les seguíamos, detrás de nosotros estaban Kellan y Marisa y Ares cerraba la comitiva, acompañado únicamente por su báculo.

—Es aquí —susurró Mila. Nos acercamos y vimos una enorme piedra con un grabado idéntico al del pergamino.

—¿Y ahora? —cuestionó Kellan, que parecía incómodo en un espacio tan reducido.

—No lo sé —negó ella.

—Es posible que el pergamino abra un cierre —opinó Ares—. Como si fuera una llave.

—Prueba a ponerlo sobre la piedra —propuso Colin.

Mila asintió e hizo lo que Colin le sugirió, pero no sucedió nada. Nos miramos con la extraña sensación de que se nos escapaba algo.

—El solsticio. —Creo que Ares estaba pensando en voz alta, porque dudo que se lo dijera a nadie en concreto.

—¿Qué solsticio? —preguntó Marisa, que estaba al lado de Kellan y parecía inquieta, aunque no era la única a la que aquel espacio reducido la incomodaba.

—El solsticio de invierno —murmuró Kevin—. Este lugar se considera especial por ese motivo. Su orientación es única. La trampilla que hay sobre la puerta principal es una entrada para que la luz recorra el interior del túnel durante el solsticio de invierno.

—Pues eso nos queda lejos —masculló Mila—. ¿Creéis que ese es el problema? ¿No puede ser que tengamos que hacer algo más? ¿Qué decía exactamente aquel verso?

—«El gélido frío del metal deberás afrontar» —recitó Colin.

—No dice nada del solsticio —opinó Kellan.

—Pero es cierto que este lugar se caracteriza por su orientación, al margen de la estructura externa que también es única —insistió Kevin—. Es posible que lo que sea que esconde solo pueda ser revelado en el solsticio de invierno. Una medida de seguridad para abrir el cierre.

—Menuda patraña si hemos de esperar varios meses —protestó Marisa.

—Igual podemos simularlo —intervine tras morderme el labio inferior.

—¿Simularlo? —me preguntó Mila.

—Sé que suena extraño, pero ¿te acuerdas de Cara? ¿La que tiene la nieta…? Da igual, supongo que no viene al caso. Hace unos años le regalaron una visita guiada que salía en autobús desde Dublín.

—¿Podemos centrarnos en la maldita espiral? —masculló Kellan y Marisa le soltó un codazo.

—Podríamos, pero sería menos divertido —opinó Kevin tras reír por lo bajo—. Margaret, por favor, nos estabas contando algo sobre la encantadora Cara.

—No es de Cara de quien quería hablaros —negué, consciente de que con los nervios me estaba yendo por las ramas—. Todo el mundo quiere ver el Newgrange en el solsticio, así que usan unos focos anaranjados que lo simulan para que los visitantes se hagan una idea de cómo se ve por dentro cuando se ilumina el corredor.

—No creo que funcione con luz artificial —negó Ares.

—¿Y si no fuera artificial? —cuestionó Kevin.

—Tal vez, entonces, sí.

—¿Sabes algún conjuro para crear una esfera de luz solar? —le preguntó Mila a Colin.

—Solo esferas del tamaño de un puño, como las de la biblioteca, no creo que nos sirvan —reflexionó en voz alta.

—¿Probamos con los focos? —murmuró Marisa mientras cambiaba de peso de un lado al otro. Kellan la arrastró hacia su posición tras colocar un brazo en su cintura. Sonreí porque aquel contacto creo que la relajó un poco, aunque estaba claro que no se sentía cómoda bajo tierra. Él tampoco, pero fingía un poco mejor.

—Igual yo podría —susurró Kevin, a mi lado. Me giré para mirarlo—. No te metas en problemas, ¿de acuerdo?

—¿Qué pretendes hacer? —quise saber, preocupada.

—Tengo un algo de *gusiluz* —bromeó, acercando su rostro a mi oreja, como si pretendiera que aquel fuera un secreto entre nosotros—. Dadme cinco minutos. O más bien diez.

—¿Qué vas a hacer? —le cuestionó Colin.

—Si funciona, te prometo que lo sabrás —le contestó él, guiñándole un ojo.

Miré a Ares, como si esperara que él tuviera la respuesta, aunque no supe leer emoción alguna en su rostro. Esperamos allí. Cinco minutos, tal vez algo más, en un silencio que era hasta incómodo. La tierra que nos rodeaba no me agobiaba como aquella primera vez que nos adentramos en un túmulo, pero era innegable que sin Ares sujetando mi mano, no se sentía igual.

Intenté alejar ese pensamiento mientras mi mirada se desplazaba por los presentes. Colin y Mila estaban al lado de la gran piedra con la espiral tallada, Kellan y Marisa se habían ubicado en uno de los brazos del pasillo en forma de cruz y luego estaba Ares, a solo un par de metros de donde yo estaba. Demasiado lejos y, a la vez, demasiado cerca.

Una luz empezó a penetrar en el pasillo. Lentamente, poco a poco, como si fuera el mismísimo sol moviéndose con su característica majestuosidad.

—¡¿Qué diablos?! —masculló Kellan.

—Luz solar —admiró Ares, ladeando la cabeza, como si no acabara de dar crédito a aquello.

—Kevin siempre es una caja de sorpresas —murmuró Colin con una sonrisa llena de orgullo en su rostro.

—Un *gusiluz* —susurré divertida, consciente de que, de alguna forma, él tenía mucho que ver con aquello.

—Colócalo ahora —le pidió Ares a Mila.

Ella lo hizo con manos trémulas y, de repente, se escuchó la tierra temblar y las rodillas me fallaron, haciendo que me tambaleara. Estuve a tiempo de levantar las manos para evitar que fuera mi cuerpo el que golpeara con aquella superficie, pero el impacto parecía no acabar de llegar mientras el mundo a nuestro alrededor desaparecía y la luz que había entrado por el pasillo se consumía y nuestro alrededor se oscurecía hasta volverse negra noche.

Me estremecí cuando al fin mis manos golpearon una superficie dura y mis rodillas le siguieron. Sentí algo gélido que me rozaba el rostro y cómo mi aliento se volvía humo al desprenderse de mis labios. Solo unas pocas estrellas iluminaban el firmamento, aunque había luz a nuestro alrededor. Una luz de tonos azulados que latía con vida propia debajo de nosotros.

Observé mis manos y el espacio que había entre ellas.

Tardé un tiempo en descubrir qué era lo que nos sostenía. No, no había tierra ni piedra alguna, solo una superficie perfectamente pulida y brillante bajo la que una luz azulada iluminaba el lugar en el que estábamos.

—Hielo —masculló Kellan. Intenté incorporarme en el mismo momento en que alguien se

movía a pocos metros de mí.

—¡¡¡Que nadie se mueva!!! —Su tono no daba margen a ser negado. Me percaté entonces de que alrededor de la mano que había intentado mover habían aparecido varias grietas, como si el hielo estuviera desquebrajándose.

—Va a romperse —susurré, paralizada por el miedo. ¿Sería agua lo que habría abajo? ¿O tal vez Anam había preparado algo aún peor que un gélido abrazo que podía llevarte a la muerte?

Elevé la mirada para buscarle y vi que sus ojos me estudiaban. No me preocupó estar a cuatro patas, sino la posibilidad de que el hielo a mi alrededor se acabara quebrando y me engullera. Ni siquiera su coraza podría evitar que muriera de una hipotermia. Sospeché que había intentado acercarse a mí, pero a su alrededor también se habían formado varias grietas que apuntaban hacia todas las direcciones.

—¿Estamos todos bien? —cuestionó Colin, a tan solo un par de pasos de Mila.

—No puedo volar. Creo que mis alas se han congelado —murmuró Marisa que había empezado a titiritar pese a que Kellan la tenía agarrada por la cintura y su cuerpo prácticamente la envolvía.

Hacía frío. Mucho frío. Sentí la calidez de aquel tejido que Ares me había regalado contra mi piel. ¿Tal vez él lo había sabido? ¿Que el frío sería en sí mismo el peligro al que nos enfrentaríamos? Incluso si mi torso se sentía caliente, notaba pinchazos por mis brazos y mis piernas por culpa de aquel frío arrollador.

—*Dóiteán* —murmuró Mila elevando un brazo. No era la primera vez que la veía hacer aquel conjuro en el que invocaba al fuego y este cubría su mano sin llegar a dañarla, aunque aquella vez, sin embargo, las llamas no acudieron a su llamada.

Miró a Ares con una mezcla de sorpresa y pánico en su gesto. Él negó.

—Anam no lo habría hecho tan fácil —declaró—. Nuestra magia aquí no tiene cabida. Probablemente tampoco la vuestra, de ahí que no puedas alzar el vuelo.

—¿Y qué se supone que hemos de hacer? —cuestionó Kellan. Creo que todos esperábamos que Ares nos diera la solución, pero se quedó en silencio.

—El hielo debajo de nosotros es frágil —advirtió Colin y añadió, reflexionando en voz alta—: Tampoco tenemos magia.

—Marisa y Margaret van a acabar con una hipotermia más pronto que tarde —añadió Kellan, que no parecía especialmente dispuesto a que algo así sucediera.

—Te diría que la calentaras, pero creo que lo mejor será que nadie se mueva —intentó bromear Mila y Marisa se limitó a elevar una mano y hacerle una peineta.

—Tiene que haber una solución. Una salida —declaró Ares.

—Pues yo no veo nada —masculló Kellan con un tono enojado.

Busqué con cierta desesperación a mi alrededor. Los dedos de mis manos en contacto con el gélido hielo de tonos azulados empezaban a tomar un color blanquecino pese a que, gracias al regalo de Ares, seguía notando mi cuerpo templado, como si fuera capaz de repeler el frío polar que nos rodeaba. Tal vez perdería algún dedo, pero quizá sobreviviría. Si encontrábamos la salida.

Alcé la vista y fijé mi mirada en Marisa. Por pura casualidad, cuando desplazaba mis ojos para buscar a Mila para asegurarme de que estaba bien, vi algo que parpadeaba. Quizá no era nada, pero llamó mi atención. A diferencia del suelo azul que iluminaba aquel lugar dándole un aspecto tan hermoso como fantasmagórico, aquel brillo tenía matices blanquecinos.

—Creo que hay algo allí —les dije señalando con el mentón la dirección, sin atreverme a

separar las manos de aquel pedazo de hielo lleno de grietas. Tal vez tampoco sería capaz de hacerlo: sentía un extraño cosquilleo en mis dedos, pero estaban tan entumecidos que dudo que pudiera doblarlos.

—¿Qué se supone que hay? —cuestionó Kellan con un tono de voz irritado.

—Algo que brilla. —Fue Mila quien respondió, mientras observaba aquello frunciendo el ceño.

—No veo nada —negó él, molesto.

—Yo tampoco —admitió Colin y desvió la mirada en dirección a Ares.

Él negó con la cabeza antes de apretar la mandíbula. Cerró los ojos durante unos segundos, antes de darnos su opinión:

—No puedo verlo, pero sí sentirlo. Es posible que para ellas sea diferente por el hecho de que son sensibles.

—¿Tú puedes verlo? —le cuestionó Kellan a Marisa. Ella se inclinó un poco, porque el enorme hombre que la tenía abrazada estaba en su línea de visión, pero empezaron a formarse grietas debajo de ellos y se escuchó el hielo crujiendo a su alrededor.

—¡Quietos! —exclamó Colin con las pupilas dilatadas.

—Solo porque tú nos lo has pedido, querido primo, no es porque no nos apetezca darnos un delicioso y gélido baño —bromeó Kellan después de unos segundos en los que las grietas dejaron de avanzar sin que el hielo llegara a quebrarse por completo.

—Tiene que ser la salida.

—¿Estás seguro? —le preguntó Mila a Ares—. ¿Y qué se supone que hemos venido a hacer entonces aquí dentro?

—Anam nos ha puesto a prueba, pero no era persona de subterfugios. Es posible que sea otro pergamino o algo que nos lleve a la siguiente prueba; creo que, si llegamos hasta él, este lugar se cerrará y volveremos a la tumba mohosa en la que estábamos.

—¿Y ya está? —protestó Kellan.

—Ella nos advirtió que este sería el primer reto al que deberíamos enfrentarnos; no esperábamos encontrar aquí, en realidad, el caldero.

—Eso es cierto —murmuró Colin.

—Gracias, madre —masculló Mila entre dientes.

—Me estoy meando de frío —cuchicheó Marisa.

—Con el calor el hielo podría deshacerse, dudo que sea una buena idea en estos momentos —indicó Ares y creo que escuché a Marisa maldecirle por lo bajo.

—¿Cómo estás tú, Margaret? —me cuestionó Mila con un tono de voz preocupado.

—Hacía años que no estaba a cuatro patas, pero creo que no le encuentro el gusto —intenté bromear.

—No dirías eso si tuvieras un varón de metro ochenta detrás haciendo más interesante la velada —opinó Kellan en un ronroneo.

—En estos momentos preferiría una manta y una tumbona, gracias —le contesté. Escuché que reía por lo bajo.

—¿Cómo se supone que vamos a coger algo que no somos capaces de ver? —preguntó Colin a nadie en concreto.

—Sin magia —puntualizó Ares.

—Y sin poder volar —masculló Marisa.

—Eso es relativo —murmuró Ares y elevó el mentón. Vi cómo los estudiaba.

—¿Alguna idea? —le pregunté—. No es que quiera alarmaros, pero no siento los dedos de las manos.

—Tienes que coger lo que sea que emite ese brillo —le indicó Ares a Marisa.

—Perfecto —le contestó ella—. ¿Podrías tener el detalle de decirme cómo?

—Supongo que esos músculos no son de atrezo. —Ares se dirigió a Kellan y este se tensó—. Eres un guerrero, después de todo.

—¿A dónde quieres ir a parar? —intervino Mila.

—Es posible que tenga tiempo a lanzarla hacia el objeto brillante antes de que se quiebre el hielo debajo de ellos —sentenció Ares.

—Y entonces Kellan hará gluglú —rebatió Marisa.

—Pronto todos estaremos congelados o haremos *gluglú* si no accedemos a la salida —repuso él con un tono cortante.

—Es una locura —negó Mila.

—¿Cuánto tiempo podrías aguantar bajo cero? —le preguntó Colin a Kellan.

—El suficiente —repuso él—, pero no puedo lanzar a Marisa por los aires si ni siquiera sé a dónde he de dirigirla ni a qué distancia.

—¿Alguien me ha preguntado si estoy dispuesta a ser un puto proyectil humano?

—Mejor eso que un cubito, *mo Shaol* —le contestó Kellan.

—¡Joder! —masculló ella—, sabes que me pongo tontorrona cuando me dices eso.

—¿Mi vida? —le cuestionó Colin—. Pensaba que solías llamarla *mo chéasadh milis*.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Marisa.

—Mi dulce tortura. No me negarás que también te viene como anillo al dedo.

—Hablando de dedos… —intervine.

—No tenemos mucho tiempo. —Los apresuró Ares—. Kellan Mac Cecht, tienes que centrarte para poder sentir ese pulso de energía al que has de lanzar a tu mujer.

—De acuerdo, ¿cómo lo hago?

—Cierra los ojos y deja que todo lo que te rodea te sea mostrado. Estoy seguro de que Anam lo ocultó a la vista de todos, tienes que poder sentirlo. Busca una chispa de luz cálida que parece tener vida propia.

Kellan cerró los ojos y tardó su tiempo en mostrar alguna señal de vida, sumido en su mundo interior.

—Lo tengo.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Mila, ligeramente angustiada—. Un error en la trayectoria o la distancia…

—Y me daré el hostión del siglo, por no decir que después acabaré congelándome allí dentro —protestó Marisa mientras los dientes le castañeaban.

—No veo muchas más opciones —repuso Ares—. Tenemos una oportunidad; no sé si encontraremos otra, y el tiempo juega en nuestra contra.

—¿Preparada para volar, *mo Sholas*?

—No, pero supongo que no importa —masculló ella.

—No cierres los ojos —le advirtió Ares—. Tienes que poder verlo para llegar hasta él.

—¿Y si caigo a un par de metros de distancia? ¿Tendré tiempo de llegar hasta lo que sea que brilla?

—Es posible que el hielo se quiebre debajo de ti antes de que lo alcanzaras.

—¿No podrías, no sé, mentirme? —le preguntó Marisa enojada.

—¿Con qué finalidad? —repuso él.

—Animarme o algo.

—Puedes hacerlo —le contestó Ares y ella apretó la mandíbula. No sé si eso era lo que esperaba que le dijera, pero creo que le bastó.

Vi como Kellan asentía y empezaba a contar en voz alta. Yo no pude evitar dejar de respirar y cerrar los ojos cuando vi que salía despedida por el aire, pero volví a abrirlos en un acto reflejo cuando escuché el ruido del hielo romperse y vi como Kellan desaparecía debajo del hielo y era engullido por aquel líquido azul que brillaba sin pronunciar grito alguno, como si estuviera esperando que fuera eso lo que le sucedería y no quisiera distraer a Marisa del que era su objetivo.

Conseguí ahogar un chillido, presa del pánico, mientras Marisa acortaba por el aire los últimos metros hasta el brillo blanquecino que tintineaba con más intensidad, como si deseara ser encontrado. Cayó sobre aquella luz que parpadeaba, vi su cuerpo golpear el suelo con violencia y salir despedida varios metros, pero antes de que su cuerpo rebotara de nuevo sobre el hielo quedó suspendida en el aire y todo lo que nos rodeaba empezó a sucederse a cámara lenta: el frío gélido empezó a retraerse, mis manos se hundieron en la húmeda hierba y una oscura noche estrellada se mostró sobre nosotros en todo su esplendor.

Ya no había ese brillo azulado que era magia en estado puro y que pese a su belleza prometía un final mortal.

—¡Han vuelto! —Escuché que gritaba una voz mientras yo titiritaba, no tanto por el frío, sino por la ansiedad que en esos momentos comenzaba a salir a trompicones.

Apenas fui consciente de que estábamos encima del propio Newgrange, como si Marisa hubiera tocado un botón que nos hubiera expulsado del interior de la tumba y del gélido mundo al que este nos había enviado, tal y como Ares había vaticinado.

—¡¡Kellan!! —El grito ahogado de Marisa hizo que algo dentro de mí se rompiera en mil pedazos. Alguien llegó hasta mí y me levantó con sumo cuidado. Sentí que me envolvían desde detrás y rodeaban mis manos con algo cálido, pero apenas fui capaz de prestar atención a nada que no fuera el hombre que estaba en el suelo, a pocos metros de nosotros.

La luz de la luna iluminaba su cuerpo ensangrentado cubierto de miles de pequeños cristales de hielo que atravesaban su piel por infinidad de sitios, como si le hubieran estado torturando por miles de puntos al mismo tiempo.

—¡Joder! —soltó otra voz. Vi que era Colin quien estaba a su lado. Mila movía las manos y escuché que pronunciaba palabras que desconocía. Con el puñal que había sido de su madre, se rasgó la palma y vertió su sangre sobre el cuerpo de Kellan. Una luz violeta empezó a cubrirlo.

—Se pondrá bien —le aseguró Eamonn a Marisa, mientras la sujetaba para que no interfiriera en el proceso.

—¡No contesta! ¡No contesta! ¿Cómo coño quieres que me crea esa mierda?

—No… seas tan… dramática —susurró a duras penas el hombre que había tendido en el suelo. Creo que no fui la única que suspiró aliviada al ver que realmente seguía con vida. Su aspecto era horrible.

Escuché que Marisa lo maldecía e insultaba a partes iguales mientras Eamonn la liberaba y ella se dejaba caer a su lado. Las heridas habían comenzado a cerrar, pero seguía estando muy pálido, como si el efecto del frío aún no hubiera revertido por completo.

—Nos lo advirtió —murmuró Colin—. Esos fragmentos de hielo son como punzones de metal.

—Empiezo a pensar que mi madre era una sádica —masculló Mila mientras se dejaba arropar por Colin.

Respiré, agotada. Cerré los ojos y supe que la calidez que me rodeaba no era otra que la de Ares. Incliné la cabeza para observarle. Me tenía completamente abrazada, mi espalda enganchada a su pecho, sus brazos rodeándome para que mis manos acabaran entre la suyas y unas suaves llamas naranjas cálidas pero no ardientes, estaban ayudando a que mis dedos volvieran a recuperar su sensibilidad y un poco de color. Nuestras miradas se cruzaron y me limité a sonreírle a modo de agradecimiento. No es que suavizara su ceño fruncido, pero al menos no me soltó un discurso sobre quién tenía razón respecto a que podía ser algo demasiado peligroso para mí.

—¿Perderé algún dedo? —le cuestioné haciendo un mohín. Una sonrisa fugaz cruzó su mirada, pero se limitó a negar con la cabeza. Estábamos cerca. *Tan* cerca. Podía sentir el calor que desprendía su cuerpo contra el mío. El olor de su piel. Creo que pensar en eso me ayudó a que mi temperatura corporal aumentara un par de grados de golpe.

—Lo has hecho bien.

—¿Bromeas?

—No.

—He acabado a cuatro patas y aún no sé si acabaré con cinco dedos en cada mano —murmuré, sintiéndome un poco estúpida y sonrojándome al mismo tiempo. Tendría que ser delito que a mi edad siguiera pasándome eso, pero era imposible no ruborizarme con Ares abrazándome de aquella manera tan íntima.

—Has visto la salida antes que nadie.

—Eso sí.

—Aunque si el hielo se hubiera quebrado debajo de ti… Ni tú ni Marisa hubierais sobrevivido —me advirtió y su mirada se volvió dura—. Él es un dios inmortal, un guerrero. Vosotras no.

—Ha sido Marisa la que nos ha sacado de aquí —rebatí.

—No he dicho que vuestra aportación no haya sido importante —susurró acercando su rostro hacia mí y creo que sus labios rozaron mi cabello, haciendo que me estremeciera—. ¿Eres consciente del peligro al que te has expuesto?

—Sí —suspiré, temblando entre sus brazos, pero no de miedo—. Gracias por velar por mí.

—No podría no hacerlo. —Me estremecí porque su aliento rozó mi cuello y por un momento me olvidé de dónde estábamos. Quiénes éramos. Solo sentí. Me quedé quieta, perdiéndome en aquella calidez, la luz que Ares irradiaba y que, de alguna forma, me rodeaba y protegía, como si ambos formáramos parte de un único todo.

—Pues no sé tú, pero a mí cada vez me apetece menos encontrar el maldito caldero, pero supongo que si quieres seguir con esta locura, necesitarás esto —soltó Marisa, manteniéndose al lado de Kellan, mientras extendía el brazo y mostraba un pergamino que brillaba con luz propia. Mila lo cogió. Aquel trozo de cuero no era, en esencia, muy diferente al que había encontrado enterrado en mi jardín, envolviendo la daga ceremonial.

—No me veo con ánimos de más emociones hoy —murmuró, aunque lo abrió. Supuse que no vio nada, porque se encogió de hombros y tras enrollarlo, lo guardó dentro del chaleco antibalas que llevaba encima de su camiseta.

—¿Cómo has logrado crear el efecto del solsticio? —le cuestionó Colin a Kevin, que había llegado junto al resto de la tribu a la parte superior del túmulo.

—Del hada que parió a alguno de mis antepasados heredé algo más que mi bonito rostro.

—No te pareces en nada a ella —negó Ares.

—¿Ella? —le cuestionó Kevin, tensándose.

—Solo existió un hada con el poder del sol.

—¿Solo una? ¿La conociste? —le preguntó con voz apagada, como si aquello le impresionara.

—Fue una gran guardiana, igual que Beltane —le contestó por encima de mi cabeza, su cuerpo abrazándome y sus manos aún sobre las mías, transmitiéndome parte de su calor—. Cuando desapareció el portal no volvió a abrirse hasta que Beltane tomó su relevo.

—Una guardiana —murmuró él, sorprendido.

—Tal vez mi hija pueda darte más información sobre ella.

—¿Tu hija? —le pregunté a Ares, estremeciéndome de repente.

—Beltane. —Fue Marisa la que me respondió. Me giré para mirarla. Estaba de pie junto a un Kellan que parecía mucho más apagado, pero ya no era una masa parcialmente inerte cuyo cuerpo estaba atravesado por diminutos puñales de hielo en toda su extensión.

—Yo no… sabía eso.

¿Por qué me había sentado como si algo me desgarrara por dentro? Sentía el frío y el dolor hacer mella en mis maltrechos huesos y me sentí de repente débil y estúpida.

Beltane. El fantasma de la guardiana del Portal era su hija. O lo había sido. La que nos había enviado a Sligo a buscar la Triqueta que nos había convertido en lo que ahora éramos para que aquel lugar pudiera volver a ser abierto.

Ella era su hija.

Eso solo podía significar una cosa: Ares había encontrado a su amor verdadero, su alma gemela o lo que fuera, porque Dagda había condenado a la tribu a solo poder amar a una persona y Anam se había asegurado de que solo en esa persona pudieran engendrar y perpetuar su linaje. Era una estúpida por mil motivos, pero aquel quemaba por dentro.

—Necesito volver a casa —murmuré separando las manos de las de Ares e intentando alejarme de él, de aquel abrazo inesperado que había hecho que soñara despierta cuando la realidad era muy diferente.

Necesitaba alejarme de él. Y de cómo me hacía sentir.

Protegerme.

Porque lo que él despertaba en mi maltrecho corazón era un imposible y aunque siempre lo había sabido, quizá siempre había aspirado, en secreto, a que él pudiera llegar a sentir por mí cierto afecto.

Me dejó marchar y fue Kevin quien acudió a mi lado. Nos miró a ambos, confundido. Yo me limité a mirar el suelo, incapaz de sostenerle a Ares la mirada. De enfrentarme a nadie. Solo quería encerrarme en mi habitación y olvidarle.

—Nosotros la acompañaremos —le dijo Kevin a Ares.

Escuché que se despedía de Mila y sentí su mirada sobre mí, pero me negué a elevar la vista. No le vi, pero escuché su voz pronunciar mi nombre:

—Margaret.

En el último momento, encontré el valor de hacerlo y vi como su espalda desaparecía por un portal y me sentí menos que una mierda.

Estúpida, estúpida, estúpida. Yo no era nadie. Especialmente para alguien como él. Ni siquiera tenía el encanto de la juventud, algo que igual podría tentarle pese a ser poco más que una mortal. Desearía no sentirle así. Sí, había sido atento conmigo, pero yo jamás sería

importante para alguien como él. No era otra cosa que la compasión por un ser que consideraba inferior la que le había conmovido lo suficiente como para traerme aquella coraza o intentar que mis dedos recuperaran algo de calor. Debería agradecerle ese tipo de acciones, pero en vez de eso, me encontré soltando en voz alta:

—¡Que te jodan!

—Hoy vamos fuerte —se burló Aidan, que había llegado hasta nosotros. Me sonrió—. Si te soy sincero, creo que tienes razón y que a ese duende estirado le vendría bien un buen polvo.

Kevin empezó a reír por lo bajo mientras se inclinaba para cogerme entre sus brazos y llevarme a volandas hasta el coche.



Sueña conmigo

Era irónico que alguien como yo, un ser superior que representaba la luz en un mundo en el que solo existían el vacío, la oscuridad y las sombras, me refugiara precisamente en estas últimas en ese momento, como si fuera poco más que un intruso que debía esconderse. Algo que nunca antes había hecho y que ahora empezaba a convertirse en una malsana costumbre. Una un tanto despreciable que no me hacía sentir especialmente satisfecho, pero que no tenía intención de negarme.

Mi presencia allí no era apropiada y no había justificación plausible con la que excusarme públicamente, así que no pretendía ser visto, pero necesitaba saber cómo estaba. Tener la certeza de que se había recuperado por completo después de que su frágil cuerpo mortal se hubiera expuesto al gélido frío con el que Anam había decidido retarnos.

Una vez más me encontré frente al ventanal que daba a una sala en la que destacaba la tapicería floral de las cortinas y el aspecto desgastado de los sofás. Usé mi magia para abril el cerrojo y desplacé la puerta corredera hacia un lado sin hacer apenas ruido.

Recordaba perfectamente dónde se encontraba su dormitorio, como si todo lo relacionado con ella se marcara en mi memoria con infinita precisión. Creo que, si lo hubiera pretendido, podría haberme aparecido justamente allí. A su lado. Aunque cabía la posibilidad de que ella estuviera despierta pese a la hora que era y, en tal caso, debería justificar mi presencia en su casa, dentro de la supuesta intimidad que debía brindarle su habitación.

Apenas se escucharon mis pisadas mientras avanzaba en dirección a la escalera. Subí los escalones con pasos lentos porque sabía que algunos de ellos tenían cierta tendencia a crujir al ser pisados. Llegué al primer piso. Había estado esperando su llamada durante todo el día. Sentía curiosidad por lo que podían haber descubierto en el pergamino que mi descendiente consiguió extraer, pero lo que más me inquietaba era el recuerdo de aquellos dedos azulados que apenas habían recuperado el color para cuando yo había cruzado el portal. No me hubiera ido hasta tener la certeza de que estaba bien si ella no se hubiera alejado de mí, como si de repente me repudiara.

¿Quizá se debía a la proximidad de Kevin? ¿Acaso le molestaba que pudiera estar abrazándola y que él lo viera? Porque sí, justamente eso era lo que estaba haciendo. Sentir cómo encajaba su cuerpo con el mío, el olor de su cabello y la suave textura de su piel. Podía haberme limitado a que recuperara la sensibilidad de sus manos, pero después de verla tendida sobre aquella superficie de hielo y saber qué podía sucederle si se movía… solo quería encerrarla entre

mis brazos y retenerla allí hasta el fin de nuestros días. Protegerla. Amarla. Incluso si no podía permitírmelo.

La puerta estaba abierta y decidí considerar aquello como una autorización para entrar en su dormitorio, de nuevo. Si hubiera estado cerrada, admito que lo hubiera hecho de todas formas, pero me sentí un poco menos mal.

Nada de lo que había allí me era del todo indiferente: las flores sobre el escritorio, el estampado floral de las cortinas y del cubrecama. Margaret adoraba las flores.

La observé y me permití el capricho de estudiar su rostro. Estaba ligeramente agitada y eso me inquietó. Caminé en silencio alrededor de su cama hasta conseguir ver sus manos y me tranquilizó comprobar que no llevaban intrincados vendajes. Supuse que Mila se había ocupado de ella.

Se movió en la cama y escuché un ruido, como un ronroneo. Fruncí el ceño y me quedé mirándola, preso de la belleza de la silueta de aquel rostro. ¿Qué la inquietaba en sus horas de sueño?

La muerte, tal vez. Me había confesado que le tenía miedo. Ahora, yo también.

Pensé en mi padre. En el bote que tiempo atrás heredé. ¿Tal vez podría volver a verla cuando su corazón ya no latiera? Era absurdo, por no decir patético, aferrarme a ese pensamiento, pero sin darme cuenta lo hacía.

—Yo velaré tus sueños —le susurré cuando vi que se agitaba en la cama. Cerré los ojos y busqué entre mis recuerdos un viejo conjuro capaz de mostrarme lo que trascurría en la mente de una persona—. Muéstrame. *Taispeáin dom.*

Sentí cómo parte de lo que yo era abandonaba mi cuerpo para adentrarse en el suyo. Pocas veces había usado ese tipo de magia, porque la sensación de estar en alguien que no fuera yo mismo solía repugnarme. La mente es algo un tanto oscuro y tenebroso; tener acceso a los pensamientos de alguien, sin filtros que los suavizaran, podía ser una experiencia sumamente desagradable.

Adentrarme en la mente de Margaret, en cambio, se sintió como el tacto de la seda rozando mi cuerpo: sensual y hasta hipnótico. Tardé un tiempo en ser capaz de abrirme a ella y dejar que sus pensamientos me golpearan de lleno. Tenía intención de alejar los monstruos que la inquietaban para que su sueño fuera plácido antes de deslizarme fuera de su cabeza y volver a mi fortaleza con la tranquilidad de que tendría una noche de merecido descanso.

Solo eso.

No estaba preparado para encontrarme su rostro a apenas unos centímetros del mío. Sus labios estaban enrojecidos y ligeramente hinchados y su mirada cristalina me observaba con ferviente deseo. Sentí su cuerpo debajo del mío y nuestras pieles en contacto. Me estremecí ante aquella visión.

—No pares, Ares —me exigió con un jadeo roto.

Aquella exigencia rompió en mil pedazos muchas de las barreras que había construido en mi interior. Sus ojos brillantes de anhelo me observaban como si en ese momento yo fuera lo único que existía en el mundo. En *su* mundo. En el que había recreado su mente parcialmente inconsciente.

Intenté mantenerme neutral mientras percibía que, en su sueño, nuestros cuerpos ya estaban unidos físicamente. Una excitación como nunca antes había sentido se apoderó de todo mi ser, mezclando emociones que me eran propias con las que me transmitía ella.

La miré con la sorpresa y el deseo quemándome por dentro. Su rostro era el mismo, aunque

habían desaparecido las arrugas con las que la edad la había ido marcando; ella se veía a sí misma más joven dentro de su mente, pero no por ello no me pareció ni más ni menos hermosa. Siempre sería mi luz. *Mo Sholas.*

Cerré los ojos y la besé como si quisiera mostrarle en ese beso todo lo que sentía por ella, sabiendo que jamás llegaría a decírselo en palabras y me liberé de una pesada carga al hacerlo. Ella respondió con tal pasión que hizo que mi miembro se hinchara en su interior. La deseaba con tal voracidad que no pude hacer otra cosa que retirarme ligeramente para embestirla y dejarme llevar por la necesidad que me generaba. Gimió y arqueó el cuerpo, dejándome una visión más que placentera de la curva de su cuello y la silueta de sus pechos. Me gustaría tener todo el tiempo del mundo para descubrir cada centímetro de su cuerpo, pero sus uñas arañaron mi espalda exigiéndome que satisficiera su deseo con urgencia.

—Como desees —susurré y me acerqué a ella para capturar su labio inferior entre mis dientes. Su cadera se alzó, haciendo que a duras penas fuera capaz de controlar mi propia excitación.

No cerré los ojos mientras embestía con fuerza contra su cuerpo, notando cómo toda ella se estremecía con cada tentativa y cómo se retorcía por el placer mientras su mente se dejaba llevar por las sensaciones. Su ceño se frunció y empezó a jadear un tanto desesperada; me deleité con cada mota de sudor, con cada gesto, con cada contracción de su cuerpo buscando el mío, hasta que una vorágine de placer la consumió y pude ver cómo convulsionaba contra mi cuerpo cuando llegó a la cúspide.

Fue entonces cuando ella volvió a abrir los ojos y los clavó en los míos. Su mirada estaba turbia, como si estuviera confundida por sus propias emociones o las sensaciones que la estaban envolviendo. Me acerqué a ella para besarla, algo que jamás había hecho después de mantener una relación sexual con una mujer. Deseaba mucho más de ella y no podía contentarme solo con el placer de disfrutar de su cuerpo.

Se relajó entre mis brazos y percibí cómo mi beso hacía que se adentrara en una sensación placentera de calma y bienestar. Seguí besándola con suavidad hasta que mis labios rozaron apenas los suyos mientras ella reposaba, dormida entre mis brazos. Tardé más tiempo del que admitiría en encontrar la fuerza de voluntad para desprenderme del recoveco en el que me había infiltrado, dentro de su mente, para volver a mi verdadero ser.

Una vez allí, fui consciente del deseo encarecido que mi cuerpo sentía por ella. La erección evidente que deseaba ser el centro de atención de la mujer que dormitaba en la cama. Volver a hacerle el amor, pero sin que fuera solo una fantasía. Di un paso hacia la cama en la que dormía y observé su piel, ligeramente sudorosa, y cómo se enroscaba entre sus piernas, de una forma casi obscena, la sábana. El olor de su cuerpo y de su excitación me consumía de deseo. Me centré en su respiración, que empezaba a mostrarse más lenta y pausada, sabiendo que dormiría plácidamente durante unas horas.

La excitación de mi cuerpo contrastaba con el estado en el que ella estaba ahora.

Me obligué a contener el deseo voraz de hacer que aquel sueño en el que me había infiltrado se convirtiera en algo real. Ella y yo. Siendo solo uno.

No era con su difunto esposo con quien estaba soñando, sino conmigo.

Margaret me deseaba.

Creo que era lo último que esperaba descubrir aquella noche y, desde luego, no era algo para lo que estuviera preparado. Su indiferencia era algo que me hacía más fácil sobrellevar que jamás sería mía, pero ahora que sabía que ella me deseaba, que tal vez también sentía la conexión que

existía entre nosotros, ¿cómo se suponía que podría negarme al deseo que sentía por su cuerpo y la ansiedad que me generaba su ausencia?

Eso me llevaba a un gran dilema: ¿qué podía ofrecerle? Ella era luz y yo vivía sumido en un mundo de oscuridad. No había nada en el inframundo que se asemejara o estuviera a la altura de lo que ella podía disfrutar en la superficie. No había nada más que frías paredes inertes; allí no encontraría la belleza de las flores que tanto le gustaban, ni puestas de sol, ni frondosos bosques en los que pasear para poder escuchar el canto de las aves. Allí no había nada. Solo la soledad del destierro.

Incluso si era tentador reclamarla para poder gozar de su compañía en el inframundo, la amaba demasiado como para condenarla a vivir en esas condiciones los años que aún le restaban de vida. Saber que esa emoción que latía en mi interior me instaba a anteponer sus intereses a los míos me aturdía, aunque no podía simplemente ignorar lo que despertaba en mí o el hecho de que ella me correspondía de alguna forma.

Me deseaba.

Margaret *me deseaba*.

Una sonrisa fugaz se me escapó de los labios mientras invocaba un portal para volver a mi fortaleza. Incluso sintiéndome insatisfecho, y sin tener del todo claro qué haría con el descubrimiento que acababa de hacer, el simple hecho de saber que existía esa brecha en su apariencia indiferente respecto a mi persona me hizo sentir afortunado.

Escuché su voz llamarme a media tarde. Me deleité con el sonido y la forma en la que alargaba las vocales. Me aparecí junto a ella y no me sorprendió encontrarla, de nuevo, en aquel porche desde el que se podía ver todo el parterre posterior de su casa.

Era hermoso.

Las flores colgaban en racimos desde una estructura metálica con forma de arco que separaba el jardín ornamental del huerto que había plantado en la parte más alejada de la casa. Tardé mi tiempo en admirar aquello antes de centrar mi mirada en ella con la intención de evitar que percibiera el caos que existía en mi interior. El hecho de que ella era mi debilidad. Y que seguía deseando enterrarme en su cuerpo tanto como cuando la había dejado durmiendo en su cama, después de que ella alcanzara su propio clímax tras soñar que le hacía el amor.

—Margaret.

—Me ha llamado Mila —empezó a contarme, buscando un tema totalmente neutral que no tuviera nada que ver con un nosotros o con el hecho de que había estado soñando conmigo hacía apenas unas horas.

¿Recordaba haberlo hecho? ¿O acaso era uno de esos sueños tan profundos que quedan escondidos en algún recoveco del subconsciente y apenas somos conscientes de las señales que dejan sobre lo que realmente anhelamos?

Me senté al otro lado de la mesa.

—¿Quieres? —me ofreció mostrándome una tetera. Había dos pequeñas tazas junto a ella, así que supuse que esperaba que la acompañara. Asentí y dividió el contenido de la tetera entre las dos tazas. Tenía un color ambarino y supuse que estaba caliente por la ligera bruma que desprendía—. Han hecho lo del carboncillo y hay un relieve.

—Otro mensaje. ¿A qué nos enfrentamos esta vez?

—No me lo han dicho, pero quieren reunir a la tribu en unos días.

—Los eruditos deben estar intentando descifrarlo.

—¿Cómo supiste lo del metal?

—Anam era una druida y, como tal, solía observar y estudiar la naturaleza que la rodeaba —expliqué—. Encontró un fragmento de un mineral que provenía de la antigua Grecia al que ahora se conoce como magnetita.

—No sé mucho de geología.

—Podríamos decir que se trata de un imán natural —le conté—. Tardó tiempo en ser capaz de recrear y amplificar el efecto que ejercía aquel mineral con el metal, pero el resultado fue abrumador.

—¿En qué sentido?

—Podía desarmar a un ejército sin demasiada dificultad.

—Así de eficaz, ya veo.

—Anam solía pensar en grande —afirmé.

—A veces me parece imposible que sea la misma mujer de sonrisa fácil, siempre predispuesta a ayudar, que yo conocí.

—Supongo que las personas pueden cambiar. Aprendió a amar y eso para uno de los nuestros, es extraño. Tal vez la cambió por completo y, por lo que dices, al hacerlo encontró la felicidad. —Me quedé en silencio, pensando en mis propias palabras.

—¿Puedo preguntarte algo sobre tu hija?

—Vas a hacerlo igualmente. —Alzó el mentón y me retó con la mirada mientras me sonreía. Esa sonrisa…

—¡Uy! No sabía que teníamos visitas —indicó la mujer de pelo rizado, Aislin, tras aparecer por el ventanal del comedor. Me limité a observarla mientras se acercaba a nosotros y se dejaba caer en el único asiento libre que restaba, aunque ninguno de los dos la hubiéramos invitado a hacerlo—. Ha llamado Kevin.

—¿Sí?

—Malas noticias —afirmó la mortal—, no va a poder venir esta tarde. Por lo visto están intentando sacar algo en claro del pergamino y Ryan lo ha encadenado a la biblioteca.

—¿En serio?

—Lo de las cadenas es cosecha propia —admitió ella al contestarle—. Me sabe mal, sé que querías ir a lo de tu amiga.

—Otra vez será —murmuró ella encogiéndose de hombros, resignándose.

—Espera. ¿Tienes tiempo? —Tardé en darme cuenta de que era a mí a quien dirigía aquella pregunta la mujer.

—Soy inmortal.

—Me tomaré eso como un sí —declaró—. Perfecto. Él puede acompañarte. Creo que hay algo de ropa de Colin por el altillo, voy a ver si hay algo que pueda dejarle para que quede más o menos presentable.

—¿Perdona? —No tengo claro si llegué a tartamudear aquellas tres sílabas, pero la mortal se limitó a sonreírme y se metió dentro de la casa dando saltitos y canturreando una extraña melodía.

—Ni caso.

Miré a Margaret. Alguien con un poco de sentido común.

—¿Habías quedado con Kevin Mac Gréine? —me limité a preguntarle. Eso me molestaba.

—Hoy una amiga mía celebra su aniversario y nos ha invitado a merendar a su casa.

—¿A ti y a Kevin? ¿Acaso ahora sois pareja? —Me miró y empezó a reír mientras yo no podía evitar notar cierta tirantez en mi cuerpo mientras esperaba su respuesta.

—No puedo salir de casa sola —me recordó—. Kevin es uno de los pocos que de tanto en tanto pospone sus propios quehaceres para acompañar a una vieja decrépita a algo así.

—Tu amiga cree que yo podría acompañarte.

—Aislin es un amor. Ella quiere que todos seamos felices. Está preocupada por Grace, por todos nosotros, así que en vez de mostrar sus miedos se decanta por animarnos a que logremos esas pequeñas cosas que sí están a nuestro alcance porque sabe que hay otras que ya nunca más serán como eran antes.

Yo era el primero que le había exigido que viviera recluida en su casa, pero ahora me percataba de que al obligarle a aquello su situación no era muy diferente a vivir en la cárcel que regía mi propia vida.

—Te acompañaré —cedí en un impulso, incluso si una celebración entre mortales era una situación que me apetecía menos que un dolor de muelas, pero tenía ese punto de resignación y abatimiento en su mirada cuando me contaba aquello que no pude no ofrecerle mi ayuda. Se merecía eso, celebrar las pequeñas cosas. La mujer de pelo rizado era extraña, pero más sabia de lo que aparentaba a simple vista.

—No hace falta, Ares, no quiero que te sientas obligado.

—No podrías obligarme, Margaret.

Alargué la última sílaba de su nombre y sus ojos buscaron los míos. Nos quedamos así, mirándonos, sin mediar una sola palabra. Igual era algo estúpido por mi parte, pero esperaba que recordara aquel sueño. Cómo podíamos llegar a ser uno. Cómo podría llegar a ser el hombre que volviera a colmarla en todos los sentidos posibles. Cómo mis besos podrían acompañarla mientras caía rendida entre mis brazos.

Fue Aislin la que rompió aquel momento, colocando varias piezas de ropa sobre la mesa, ignorando la intensidad y la complicidad que compartíamos.

—No es lo más, pero teniendo en cuenta la túnica, cualquier cosa dará el pego.

—No voy a ponerme eso —negué al ver unos pantalones azules ligeramente gastados y una camiseta de manga corta con un dibujo estampado en el pecho.

—Déjalo, Aislin, no pasa nada.

—Él puede protegerte y no tiene nada que hacer —argumentó ella y añadió mirándome, como si fuera una leona dispuesta a enfrentarse a cualquier peligro, incluso si este era un druida milenario que podría matarla chasqueando los dedos—: Margaret necesita un poco de normalidad y créeme que se lo merece con creces.

—Estoy de acuerdo —murmuré, incluso si ponerme aquella ropa moderna cuyo tejido parecía rígido y molesto era un verdadero sacrificio—. Lo haré.

¿Sería consciente de que jamás haría algo así si no fuera por ella? Me levanté y cogí aquellas dos piezas de ropa, dispuesto a cambiar mi atuendo por uno mucho más vulgar y menos cómodo.

—No hace falta, Ares, en serio.

—¿Hay algún problema con que sea yo tu acompañante y no Kevin? —le cuestioné, molesto.

—No, claro que no.

—Deseas ir a esa celebración.

—Me gustaría, sí, pero entiendo que la situación es complicada.

—Me complacerá acompañarte, Margaret.

Me miró como si desconfiara de mis palabras. A punto estuve de acortar la distancia que

había entre nosotros y hacer algo. Sacudirla, tal vez, aunque lo más probable era que acabara decantándome por besarla.

—Vale. —Apenas un susurro, trémulo.

—Puedes ir al cuarto de baño —me indicó Aislin cuando vio que cogía la ropa que me había traído—. Y solo una cosa más: gracias.

—Hace mucho que no sociabilizo con mortales —declaré tras mirar fugazmente a Margaret. No es que me apeteciera hacerlo, pero no me importaba conocer un poco más de su mundo. Ese del que tendría que prescindir si decidía llevármela al inframundo. Si dejaba que esa ansia de hacerla mía prendiera sin control.

Mi esposa.

Mi prisionera.

¿En qué me convertía desear eso?

Le tendí el brazo, tal y como había visto que solía hacerlo Kevin, cuando salimos fuera de su casa. Lo cogió con una naturalidad que hizo que su proximidad aparentara ser algo habitual entre nosotros. Me gustaría que lo fuera. Que pudiéramos compartir cosas normales, como pasear juntos. No importaba a dónde ni si teníamos una meta o simplemente nos dejábamos llevar por el placer de hacerlo. Siempre que fuéramos juntos.

Llegamos frente a una casa pareada insulsa y sin magia. Margaret se paró frente a los pocos peldaños que daban a la puerta principal.

—¿Estás seguro de esto?

—Me he enfrentado a dioses antiguos, demonios y brujas —le contesté—. Creo que podré sobrellevar a un grupo de mortales.

—Se prohíbe matar a nadie —me advirtió con una media sonrisa en el rostro.

Asentí y creo que le correspondí, de alguna forma, porque sentí mis mejillas tensas y un cosquilleo en el rostro. Hacía mucho que no tenía la necesidad de sonreír, supongo. Margaret conseguía despertar emociones que prácticamente había olvidado.

Subimos la angosta escalera y tras apretar un botón se escuchó una ridícula campana. A veces me sorprendía la tecnología que habían conseguido desarrollar con el paso de los siglos los mortales. Admito que tenía su mérito lograr mediante ciencia lo que en tiempos pasados nosotros conseguíamos con magia.

La puerta se abrió y una mujer de rostro alegre y generoso volumen abrazó a Margaret como si fuera una de sus posesiones más preciadas. Aquello fue algo cómico, porque la mujer a la que acompañaba le sacaba una cabeza y media.

—Él es Ares —me presentó Margaret cuando la mujer me prestó atención—. Mila ha insistido en que no viniera sola por si tengo una recaída.

—Claro. Pasad, pasad —nos invitó la mujer. Diría que era anciana, porque su cabello era de color gris y las arrugas se habían acumulado alrededor de sus ojos, pero probablemente era más joven que Margaret. Compararla conmigo era algo absurdo.

Dentro de la casa había varias personas. Una decena de mujeres y apenas un par de hombres. No tardé en ser presentado a todos ellos como un amigo de Mila, algo que se me hizo cansino y que carecía de sentido, pero opté por no verbalizar mi opinión en favor de la que era mi acompañante.

Me preguntaron por mi trabajo y vi que las pupilas de Margaret se dilataban, como si le

preocupara qué pudiera contestar a aquello. Quizá esta no era una época que me fuera conocida en muchos aspectos, pero no era estúpido. Había interaccionado con humanos en el pasado y había fingido no ser lo que era en más de una ocasión, así que me decanté por contestar a sus preguntas con respuestas que se me antojaron aceptables para mi realidad y su época.

—Soy vigilante.

—¿Vigilante? —me cuestionó uno de aquellos hombres mirándome con cierta curiosidad, como si quisiera saber qué vigilaba. Supuse que contarles lo de los fomorianos y mi fortaleza en el inframundo era poco apropiado.

—Soy el responsable de una prisión.

—¿Una prisión?

—¿En Kilmainhan Gaol? —me preguntó el otro hombre y supe, por su expresión, que aquello pretendía ser algo así como una broma.

—Portlaoise —repuse y se tensaron al escuchar aquello.

—¿Allí no es dónde van los terroristas? —murmuró el que por lo visto era algo así como un enterado. Me encogí de hombros y les di la espalda.

Conocía ese lugar porque se construyó a principios del siglo XIX y llamó mi curiosidad cuando mi puca me lo contó. Lo que pretendía ser una prisión de alta seguridad acabó siendo burlada en un par de ocasiones, pero era innegable que con las ayudas que habían añadido mediante la tecnología del siglo XXI ahora era un lugar seguro en el que encerraban a los prisioneros más peligrosos. Ilusos y principiantes, si los comparaba a las criaturas que habitaban al otro lado del abismo, pero que intentaran menospreciar mi labor me volvía, por lo visto, un tanto quisquilloso.

—Tiene que ser de la armada. —Escuché que le decía uno de aquellos varones octogenarios al otro—. Sé que tienen una base militar allí.

—Tiene pinta de estar en forma.

—No más que yo a su edad —aseguró el otro. Absurda vanidad la de los mortales.

—Así que tú eres Ares. —Apenas había conseguido avanzar un par de pasos para acercarme a Margaret cuando me capturó una mujer que se agarró a mi brazo como si tuviera algún tipo de derecho sobre él.

Sentí el impulso de liberarme y petrificarla, pero recordé que Margaret esperaba de mí algo más que una rabieta.

Vi que soltaba mi brazo y se achicaba por la mirada asqueada y enojada que le lancé. Una cosa era no usar mi magia en ella. Otra fingir que no me molestaba cuando lo estaba haciendo.

—¿*Ese* Ares? —intervino otra mujer colocándose al lado de la que me había interceptado, creando una muralla que tal vez pensaban que era infranqueable. Las observé. Podría hacer que flotaran en el aire y acabaran en el techo como dos murciélagos; o hacer que sus piernas se volvieran de goma y acabaran tendidas en el suelo, sin poder levantarse de nuevo. Eran ideas tentadoras. Que Margaret desaprobaría. Chasqueé la lengua. Ir a ese evento igual no había sido una buena idea, después de todo.

—Supongo.

—¿No eres un poco joven para ella?

—¿En qué sentido? —le cuestioné frunciendo el ceño, molesto, porque no tenía ni la más remota idea de a qué se referían.

—Marisa, una de esas chicas encantadoras que han estado viviendo durante un tiempo en casa de Margaret…

—Esa que sale con un tipo grandote —añadió la otra mientras se abanicaba la cara y me

pareció que le subían un poco los colores. Seguramente tenía una enfermedad que alteraba su termorregulación, aunque debía admitir que Kellan era grande.

—Les dijo a unas amigas nuestras que estabais juntos —concluyó la otra. Ladeé la cabeza. Juntos. Eso no sonaba mal del todo.

—Si lo estuviéramos, ¿qué problema habría?

—Eres demasiado joven y apuesto. No nos gustaría que alguien intentara aprovecharse de ella.

No podía negarles que a mí sí que me interesaría hacer justamente eso. Aprovecharme de su cuerpo hasta saciar la necesidad que despertaba en mí. Me quedé quieto, en silencio, sin entender qué pretendían que respondiera a eso.

—¿Preferirían, entonces, que se relacionara con un hombre de aspecto anciano que fuera, a ser posible, feo? —les cuestioné. Rieron por lo bajo, incluso si mi intención no era esa.

—Entonces, ¿es cierto que estáis juntos? —presionó una de ellas elevando un dedo como si de una varita se tratara y tuviera el poder de obligarme a responder.

—No nos hemos acostado juntos. —Al menos no físicamente, me dije, sintiendo cierto placer al recordar aquel detalle—. Todavía.

—¡¿Qué pretendes insinuar?! —exclamó una de ellas escandalizada.

—Creo que a su edad debería saber lo que suele pasar cuando un varón y una mujer comparten ese tipo de intimidades.

—¿Me has llamado vieja?

—Más bien la considero inmadura e inexperta, por lo visto.

—¡Es lo más grosero que me han dicho nunca! —manifestó indignada. He de decir que, al menos, no había alzado demasiado el tono: solo nos observaban la mitad de los presentes, pero el resto parecían de lo más interesados en objetos al azar del mobiliario.

—Ha sido afortunada, en tal caso.

—Ares… —Margaret acudió a mi lado. Sentí su cuerpo junto al mío, como si quisiera defenderme. Dudo que fuera de aquellas dos mortales entradas en años que tenían muchas cosas, pero desde luego no sentido común. Tal vez las quería proteger a ellas de mí, eso sí tendría algún fundamento. Apenas fui consciente de que mi brazo rodeaba su cintura hasta que lo sentí justamente allí, abrazándola. Ya nada importaba. Solo sentirla así, a mi lado.

—Tus conocidas se estaban interesando por nuestra relación.

—¿Nuestra relación? —cuestionó Margaret y empezó a reír por lo bajo—. Marisa les llenó la cabeza a las amigas con las que te cruzaste en mi casa con historias absurdas.

—Ya les he comentado que no mantenemos relaciones sexuales —ronroneé ligeramente al pronunciar aquella última palabra y ella se estremeció ligeramente. Si mi brazo no estuviera rodeándola probablemente no me hubiera dado cuenta.

—Lo más probable es que se me desencajara la cadera —optó por soltar, arrancándoles una carcajada a aquellas mujeres que apenas hacía unos segundos parecían dispuestas a soltar una retahíla de amenazas.

—Lo dudo —le dije clavando mis ojos en los suyos. Vi como sus mejillas se ruborizaban y en ese momento supe que lo recordaba. Lo que habíamos compartido. Tensé mi brazo sobre su cintura, negándome a que se alejara de mí—. Creo que también estaban muy preocupadas por la diferencia de edad.

Me interesaba conocer su opinión al respecto, porque en lo referente a su cadera, ya me aseguraría de que lo único que tuviera que encajarse y desencajarse fuera mi virilidad entre sus

piernas. Si acababa sucumbiendo. Que no quería decir que fuera a hacerlo. Incluso si la deseaba porque, pese a las huellas que los años habían ido dejando en su apariencia, seguía siendo simplemente perfecta. Ciego era el que no fuera capaz de apreciar la genuina belleza que poseía.

—Es llamativa —optó por contestar.

—¿Te refieres a la real o a la que aparentamos? —le cuestioné, porque ese era un matiz interesante. A mí no me importaba su apariencia, pero no sabía si a ella el hecho de que yo hubiera vivido tantas vidas sí le incomodase. Lo que yo era. Mi verdadera naturaleza.

—La real la desconozco y casi que prefiero seguir haciéndolo —me contestó.

Nos miramos y creo que había cierta complicidad entre nosotros. Si aquello lo aprobaban o no aquellas mujeres que nos observaban, me traía sin cuidado, sin embargo, me giré para dirigirme a ellas:

—Lo cierto, señoras, es que creo que Margaret es una mujer sorprendente.

—¿En qué sentido?

—Es valiente y leal, dos cualidades poco habituales, aunque he de admitir que es demasiado testaruda.

—Pues va a ser que sí te conoce bien, después de todo —se burló una de ellas.

—Menos de lo que me gustaría. —Le sostuve la mirada a Margaret y ella no la retiró. Era demasiado tentador llevármela. Abrir un portal. Y que pudiéramos estar a solas ella y yo.

—Vigila, Margaret, que no le veo claras las intenciones a este muchacho —le advirtió la otra, la que se había ofendido cuando había comentado su escasa experiencia en la vida, aunque había pasado del enojo a esa falsa y extraña complicidad femenina.

—Nunca desvelaría mis verdaderas intenciones, por agradable que fuera la compañía —opiné y la mortal empezó a reír, como si todo estuviera bien.

El resto de la velada conseguí mantenerme en un segundo plano, totalmente consciente de que era la nota discordante en el ritmo melódico que ellos compartían. Mortales. Sin más preocupación que las absurdas minucias de sus allegados o del mundo que les rodeaba. Ignorantes que vivían ajenos a la verdad. Morirían de la misma forma, supuse. Todos ellos. Excepto Margaret.

Cuando salimos de aquella casa, cuyas paredes se me antojaban asfixiantes, Margaret me tomó del brazo. Caminamos en dirección a su casa en silencio. Creo que había tenido más que suficiente de mi compañía para una larga temporada.

El problema era que yo no.

Seguía anhelando la suya.

Para toda la eternidad.

—Ha sido un verdadero fracaso —admití a medio camino, sumido en mis propios pensamientos.

—Tanto como eso, no diría —negó ella—. No ha habido heridos.

—Así que tus expectativas eran muy bajas —me permití bromear y ella me sonrió. Se acercó más a mí, como si quisiera reconfortarme. Eso me gustó.

—Gracias, Ares, de verdad. Me hacía ilusión ir. Me lo he pasado bien.

—Dudo haber sido el mejor de los acompañantes —murmuré, molesto por esa realidad. Kevin seguro que habría sabido cómo actuar frente a aquel grupo de dentaduras postizas y brillantes cueros cabelludos carentes de pelo—. Este no soy yo.

—¿Qué quieres decir?

—Hace mucho que no estoy con los míos y apenas recuerdo la época en la que me entretenía

inmiscuyéndome en los asuntos de los mortales —empecé a contarle, sintiéndome vulnerable al hacerlo—. Ya no tengo edad de fingir ser alguien que no soy.

—No necesito que finjas ser alguien que no eres, Ares —me dijo con voz solemne—. Yo también creo que eres una persona valiente y leal.

—Igual no somos tan diferentes, después de todo —susurré mientras me giraba para observarla, deseando decirle tantas cosas, pero sabiendo que hacerlo podía quebrar la extraña complicidad que comenzaba a consolidarse entre nosotros.

—Excepto por eso de que eres un dios inmortal; un matiz insignificante —se burló ella, con intención de quitarle hierro a la conversación.

—Eso es cierto —murmuré a mi pesar, sabiendo lo que eso significaba. Lo que tarde o temprano el futuro me depararía. No quería verla partir. Perderla.

Llegamos a la entrada de su casa. Observé las pequeñas estatuas que abundaban en la parte frontal del jardín que daba a la puerta principal. Inertes. Sin vida. Un claro contraste con la luz que brillaba tras ellas. La magia de Anam y, ahora, también la mía.

—Llámame cuando te reúnas con la tribu —le indiqué tras ver como abría la puerta.

—¿No quieres pasar? —me preguntó con cierta timidez.

—Llevo demasiado tiempo lejos del inframundo —negué, incluso si deseara hacer justamente eso. Quedarme a su lado. Minutos. Horas. Días. Toda mi existencia.

—¿Qué pasaría si decidieras no volver y quedarte en la superficie? —me cuestionó con un hilo de voz.

Levanté la mirada para centrarla en sus ojos. Di un paso hacia ella. Mi altura dejaba en franca desventaja a la mayoría de las mujeres, pero no a Margaret. Era alta y pese a su edad seguía teniendo la pose de una maldita reina. La besaría. Si no conseguía partir en breve, ni los fomorianos podrían impedirme hacerlo.

—La luz de la fortaleza se debilitaría, el abismo pasaría a ser algo tangible que los fomorianos lograrían enfrentar de una u otra manera y, al final, volverían a resurgir para gobernar con su oscuridad la superficie.

—Pues entonces igual mejor que vuelvas allí —repuso ella con una pequeña sonrisa en el rostro, aunque parecía triste al decir aquello.

—Debería, sí.

—¿Por qué no lo haces? —me cuestionó y vi como alzaba un poco el mentón.

—Me gustaría… Echo en falta la vida que hay en la superficie.

—No creo que te refieras a la vida social —bromeó.

—Hace mucho que no contemplaba la belleza del mundo al que se supone que debo proteger.

—Yo podría… —Juntó las yemas de sus manos y en el suelo, a sus pies, empezó a crecer un hermoso rosal. El capullo de una rosa rojiza ganó tamaño y, poco a poco, floreció entre nosotros. Margaret se agachó para recogerla y me la tendió—. Siempre que me siento sola, las flores tienen un extraño efecto calmante en mi persona. Mirarlas es algo casi hipnótico; espero que su belleza y simplicidad te acompañe.

La cogí de sus manos con una emoción que me impedía respirar. Vi que al arrancarla del arbusto se había clavado una espina en un dedo. Tomé su mano y bajo su atenta mirada, la acerqué a mis labios. Susurré una palabra de curación antes de besar el lugar en el que se había clavado la espina. Creo que ninguno de los dos respiraba en ese momento. Si tiraba de ella…

Deseaba tanto hacerla mía.

Hasta el fin de sus días.

La liberé de mi contacto.

—Gracias —susurré. Sus ojos brillaban con el anhelo que había visto en sus sueños. Me deseaba. Y yo debía obligarme a partir.

Le di la espalda para adentrarme en un portal, inconsciente de que lo había convocado en un lugar en el que podría ser visto. No me importaba. La urgencia de huir era demasiado grande. Saber que podía cometer el mayor acto de egoísmo de mi vida y me convertiría en uno más de aquellos antiguos a los que despreciaba porque tomaban lo que deseaban sin reflexionar sobre las consecuencias.

El hijo de uno de ellos, un rey mortal, había violado a mi madre por un capricho. El deseo, primitivo, de un hombre por una mujer. Ese que yo sentía cuando Margaret clavaba sus ojos en los míos. Ella me deseaba, sí. Pero las consecuencias de arrastrarla a mi mundo…

No se merecía pasar sus últimos años de vida lejos de esas insulsas criaturas mortales a las que ella consideraba sus amigos. Añoraría la naturaleza que florecía a su alrededor, ese jardín que tanto amaba y la belleza del mundo de la superficie. Poco a poco su magia marchitaría y, con ella, su alegría, esa que me hacía vibrar y me tenía encandilado.

Fui directo a mis aposentos. Cerré los ojos antes de crear una esfera de vidrio en la que contener la hermosa rosa que Margaret me había obsequiado. Inerte, como todo lo que me rodeaba, pero al menos su belleza en aquel recipiente sería eterna. Lo primero que vería al despertar cada mañana y al acostarme cada noche. Era un triste consuelo, pero Margaret tenía razón: esa rosa me recordaría que ella existía, que había existido y que nuestros caminos habían llegado a encontrarse. Eso debería bastarme para no sentirme solo.



El fuego que prende en la hoguera

La semana pasó sin pena ni gloria. Mi labilidad emocional me irritaba y cabreaba al mismo tiempo. Me odiaba por lo que sentía por Ares porque, pese a saber que él había encontrado a la persona que le complementaba y que jamás podría llegar a fijarse en una mortal anciana a la que consideraba testaruda, seguía amándole.

A mi edad, ¿quién me iba a decir que me volvería a enamorar? Ares era la peor opción posible, quizá precisamente por eso era el único que había conseguido hacer que mi corazón volviera a latir de júbilo y en mi cuerpo despertara de nuevo un deseo que durante décadas había estado simplemente dormido. El amor es lo que tiene, no entiende de géneros, religiones, razas o edades: para él todos somos iguales.

Aceptar lo que sentía por Ares era el primer paso para asumir que él jamás me correspondería. Me gustaba fantasear con aquellos momentos en los que parecía existir un algo entre nosotros, pero sabía que no debía aferrarme a ellos esperando lo imposible. Sí, tenía la certeza de que, a su manera, se preocupaba por mí.

Ares estaba solo y aunque ese era el único nexo que compartíamos, hacía que, en algunos momentos, todo lo que nos separaba dejara de ser importante.

Le llamé cuando aparcamos frente al castillo de Ryan, incluso si Mila y Colin aún no habían llegado. Era un detalle estúpido, pero pensé que tal vez le gustaría ver aquel paisaje bucólico antes de acabar encerrado en una biblioteca atiborrada de dioses, pergaminos y esferas luminosas.

Me saludó con un gesto formal tras pronunciar mi nombre y observó el mundo que le rodeaba. La puesta de sol bañaba en tonos cálidos las copas de aquellos árboles ancianos que tal vez habían visto crecer a los mismísimos dioses. No sé qué tiene el ocaso, pero hay algo en los colores que tiñen el cielo que hace que cada uno sea único. Verle contemplar aquello, con el anhelo de alguien a quien le ha sido prohibido, me quebraba por dentro. El sacrificio que Ares hacía era enorme.

Era consciente de que hubo una época en la que su vida debió de ser plena, al menos. Encontró al amor que le había sido destinado en un hada y engendró en ella a Beltane; no podía haber sido de otra manera, suponía. Esperaba que esos recuerdos felices le siguieran acompañando, como solían hacer en mi caso, aunque el mundo, mi mundo, había cambiado tanto que el recuerdo de Alexander o de George apenas era un murmullo sordo, lejano, que no conseguía colmar el vacío que sentía ahora en mi pecho.

Entramos en el edificio con Mila y Colin. El resto ya estaban dentro, esperándonos. Fue Ryan el que comenzó la conversación una vez todos nos sentamos, Ares en su sillón y el resto alrededor de la mesa.

—Hemos descifrado las runas.

—¿Debería felicitaros? —cuestionó Ares. Kevin rio por lo bajo mientras varios de los presentes arrugaban el ceño.

—Podrías, sí —declaró con expresión alegre Ryan, sin dejarse intimidar por su presencia.

—Cuenta —le pidió Colin, sentado al lado de Mila.

Observé a Kellan y me sorprendió la palidez que aún podía verse en su rostro; Marisa, a su lado, tenía el aspecto de siempre, pero estaba más callada de lo habitual, lo que me hizo pensar que aún estaba preocupada por su pareja y lo que había pasado en la tumba.

—«Para superar el segundo reto, tres llamas danzando juntas deberéis evocar» —recitó Connor.

—Tres, ¡cómo no! —gruñó Aidan.

—Hay algo más —añadió con una sonrisa torcida Ryan. Se levantó con el pergamino en la mano y se acercó a las llamas de la chimenea. Lo acercó hasta el punto en el que, sobre el pergamino comenzaron a aparecer líneas dibujando una medialuna.

—Podíais haberlo quemado —apuntó Mila conteniendo la respiración.

—No ha sido el caso —repuso Connor con voz alegre.

—Aprendéis rápido. —Creo que nadie esperaba que Ares dijera algo amable, así que consiguió sorprenderlos.

—Este grabado está en uno de los pasillos de la tumba principal de Knowth —añadió Kevin.

—Brú na Bóine de nuevo —masculló Brian como si aquello le disgustara—. La afición que tenían los viejos con las tumbas se me hace molesta.

—Pues imagínate si fueras mortal —masculló Marisa entre dientes y Kellan la apretó contra su cuerpo.

—¿Alguien puede ponerme en contexto? —pidió Mila.

—Brú na Bóine fue donde se erigieron nuestros primeros poblados —le contestó Kevin—. Hay muchas ruinas neolíticas, entre las que destacan tres núcleos funerarios. Newgrange, donde fuimos para enfrentarnos a la primera prueba, está en uno de ellos.

—Knowth, donde está el grabado en forma de medialuna, es otro de esos núcleos, así que presuponemos que la última prueba será en el túmulo funerario de la zona: Dowth —concluyó Ryan.

—Aunque sabemos dónde, no tenemos tan claro a qué hace referencia la prueba en sí —admitió Kevin.

—Está claro que esta vez el fuego será el vehículo —opinó Colin. Mila asintió.

—Fuego mágico, sospechamos —remarcó Kevin—. No creo que unas cuantas antorchas sirvan.

—Tres llamas —reflexionó Ares en voz alta.

—No quería que una sola persona pudiera encontrarlo —intervine y Ares asintió con la cabeza, animándome a continuar con mi teoría—: Tres personas. Como las guardianas. Un poder y una responsabilidad compartida.

—Un mecanismo de seguridad añadido para que no cayera en malas manos —murmuró Kevin, reflexionando sobre aquello.

—Lo veo —corroboró Ryan.

—Tres druidas colaborando juntos es una apuesta muy arriesgada. Nunca hemos abundado entre los nuestros —murmuró Colin.

—Tal vez no quería que el caldero se encontrara. Fin —opinó Connor.

—No solo los druidas poseen la magia del fuego —remarcó Ares.

—Hadas —puntualizó Kevin.

—Y otras criaturas mágicas, algunas prácticamente extintas —añadió el druida.

—Tenemos tres druidas, en cualquier caso, estamos de suerte —opinó Eamonn.

—Estoy de acuerdo —asintió Ares antes de mirar a Mila—. Solo tienes que decirme cuándo, porque esto nos incumbe solo a nosotros tres.

—No quería decir exactamente eso… —murmuró Eamonn mientras Mila y Ares se sostenían la mirada en un pulso silencioso.

—Entiendo tu preocupación —intervino Colin—. Kellan aún no está al cien por cien y si hubieran sido Marisa o Margaret las que hubieran acabado debajo del hielo… Sin embargo, sin la fuerza de Kellan o la capacidad perceptiva de Margaret, tal vez ninguno de nosotros hubiéramos salido con vida de allí.

—Mila es una sensible. Sus ojos deberían bastarnos —sentenció Ares.

—Sé que tienes razón y me gustaría pensar que nos bastaríamos nosotros tres —murmuró Mila—, pero la realidad es que no lo sé. No quiero que nadie tenga que asumir semejante riesgo, pero cualquier ayuda… no podemos rechazarla cuando la seguridad de todos está en juego. Tú mismo nos dijiste que necesitábamos ese caldero.

Ares se mostró molesto, pero se quedó en silencio.

—Kellan no debería participar. —Fue Eamonn el que dijo aquello y este le gruñó a modo de respuesta—. Aún no está al cien por cien.

—Marisa no va a meterse en las entrañas de la tierra si no es conmigo a su lado —objetivó él con aspecto enojado.

—Tal vez deberíamos esperar a que se recupere —tanteó Ryan.

—O a que ataquen las brujas —murmuró con retintín Aidan.

Sí, también estaba eso.

—Kevin y yo tenemos un algo de sensibles —tanteó Mila mirando a Colin—. Tal vez con eso nos baste.

—¿Qué hay de la otra guardiana? —cuestionó Brian. Grace y Aislin se habían quedado en mi casa; no es que quisieran mantenerse al margen, pero implicarse era asumir un gran riesgo. Ares había tenido razón desde el principio. Sin embargo, yo había disfrutado de una vida larga y plena, así que era la que menos tenía que perder.

—Es la más sensata de las tres —bromeó Kevin—. Se quedará al margen excepto que le pidamos activamente lo contrario.

—Cuenta conmigo —intervine; por lo visto estaba decidida a meterme en problemas. Ares apretó los puños, pero no intervino. Fue Mila sin embargo la que mostró, por una vez, su cautela:

—¿Estás segura?

—No, para nada, pero si mis viejos ojos pueden servir de algo, mejor hoy que no mañana, que tal vez ya no estaré aquí para ayudaros —le solté. Vi cierta tristeza en sus ojos, la certeza de que mi existencia era finita y su desenlace estaba más próximo de lo que ambas desearíamos.

—Tres llamas. Deberíamos plantearnos ir en tres grupos —declaró Eamonn y varios rostros alrededor de la mesa asintieron—. Tres de tres: parece un buen número. Kevin será los ojos de Colin y Aidan los protegerá con su llama.

—Cuenta con ella.

—Mila irá acompañada de Conan y Brian —continuó—. Ares liderará el tercer grupo, Margaret será sus ojos y yo su escudo.

—¿Crees que funcionará? —le cuestionó Mila al druida que se mantenía al margen, con aspecto irritado.

—Más nos vale que lo haga.

—Así sea.

—Sigo pensando que eso implica exponer a las personas que… —Ares me miró antes de buscar de nuevo a Mila con la mirada— nos acompañan.

—¿Siempre tienes que decir la última palabra? —le cuestionó Aidan.

—Solo si la conversación merece la pena.

—Ayer vi a Beltane —intervino Marisa—. Me dijo que pronto será la fiesta de Lug.

—Lughnasadh —afirmó Ares.

—Me pidió que nos reuniéramos con ella —añadió mirándome, ignorando a Ares y su pequeña aportación—. Creo que quiere decirnos algo.

—Siempre ha sido un tanto críptica —opinó Colin.

—No sé a quién se parece —añadió Kevin con una sonrisa en el rostro mientras miraba a Ares, que se limitó a ignorarlos.

—Si quieres hablaré con Grace, ¿quizá podríamos ir mañana a la noche? —le propuse y ella asintió—. Solo espero que esa festividad sea un poco menos efusiva.

Varios de los guerreros empezaron a reír por lo bajo alrededor de la mesa.

—Os acompañaré al Portal —intervino Ares. Marisa le lanzó una mirada oscura, como si le repateara que se inmiscuyera en nuestras cosas, aunque no lo dijo en voz alta. No sé si porque estaba de bajón o porque, en el fondo, sabía que no le podía negar ese derecho al Príncipe de las Hadas—. Llámame llegado el momento. Supongo que pospondremos para después la visita a Knowth.

—No vendrá de unos días —indicó Ryan tras mirar a Mila y que ella confirmara.

Ares asintió y, tras aquello, sus ojos me buscaron, o tal vez fui yo la que buscaba desesperadamente los suyos. Debería hacerle caso. Mantenerme al margen. Dejar que la vida, los días, se sucedieran uno detrás del otro. Volver a mis rutinas. A mi pasado.

—Margaret. —Al girarse su túnica ondeó cual veleta antes de desaparecer por el portal que había invocado. Me quedé embelesada mirando el lugar en el que ya no estaba.

—Se ha de decir que el tipo tiene estilo —remarcó Eamonn.

Nos reunimos en el Portal de las Hadas a última hora, cuando ya no quedaba nadie. Me gustaba cómo estaba quedando aquel lugar: creo que hasta los que no eran sensibles percibirían cuán especial era ese sitio. Marisa había estado pendiente de todos los detalles y era evidente que ya no era solo un proyecto en el que realizarse a nivel profesional, ahora era mucho más que eso. Sería su hogar y, en cierto modo, también el nuestro. Me sorprendió que también estuvieran allí Brian y Aidan, además de Colin y Mila.

Kevin y Eamonn habían ido a recoger a las chicas mientras Marisa me había estado enseñando muestras de tapicería y bocetos de cómo quería que fuera la recepción del hotel mientras esperábamos a que llegara el resto del grupo. Era emocionante, aunque Kellan no parecía especialmente interesado en ese tipo de cosas.

Caminamos en procesión hasta el eje de aquel poder. Su núcleo estaba a pocos metros del edificio, justo donde Marisa planteaba poner una gran fuente que representara a las guardianas de antaño. Un recordatorio de las vidas sacrificadas protegiendo aquel lugar y un símbolo que nos inspirara a las que pretendíamos seguir sus pasos.

Llamé a Ares cuando ya estábamos todos, porque, aunque a mí me hubiera apetecido pasar un rato en su compañía, estaba claro que a Marisa le repateaba esa idea, así que lo pospuse hasta el último momento.

Ares parecía satisfecho de que las tradiciones antiguas fueran perpetuadas y sentí una cierta emoción contenida en él cuando observaba las mejoras que se estaban haciendo en el edificio. No tengo claro si le gustaba que acabara convirtiéndose en un hotel de lujo, pero teniendo en cuenta que Marisa se había jugado el cuello para liberarlo de aquella entidad maligna que lo

habitaba tiempo atrás, bien se merecía esa licencia.

—Voy a llamar a Beltane —nos advirtió Marisa, colocándose en uno de los vértices de un triángulo imaginario.

—¿Cómo pretendes hacerlo? —le cuestionó Ares ladeando la cabeza.

—Por mi cara bonita —repuso ella elevando el mentón. Conseguí contenerme una carcajada, pero Aislin no.

—Vas a llamar a un fantasma y simplemente vendrá a ti —concluyó.

—No es la primera vez que lo hago. A veces funciona.

—A veces.

—Beltane suele hacer lo que le da la gana —admitió Marisa y añadió con una sonrisa traviesa—: En eso no puedo negar que tenemos un aire.

Kellan rio por lo bajo y a mí me arrancó una sonrisa.

—¿No te has planteado usar tu sangre? —le cuestionó Ares y Marisa puso una cara de asco que hizo que Ailin y Grace empezaran a reír.

—Suerte que no trabajas en un hospital —masculló la primera, entre dientes.

—Un conjuro de sangre —murmuró Colin, como si reflexionara al respecto—. ¿Funcionaría?

—La sangre es el vínculo que las une —sentenció Ares y añadió mirando a Marisa—: Nos une.

A esa conclusión había llegado yo poco después de saber la relación que existía entre Ares y Beltane. Tiempo atrás Marisa me había contado que Beltane le había podido contactar porque su sangre latía en ella. Por ende, Marisa descendía de Ares y él tenía que saberlo, pero creo que esa era la primera vez que admitía en voz alta que Marisa y él tenían algo en común, al margen de su tendencia a la arrogancia. De tal palo, tal astilla.

—Yo paso de mierdas de esas —negó Marisa poniéndose a la defensiva.

—Tal vez deberías cambiar tu forma de pensar, teniendo en cuenta que las *mierdas esas* te han llevado al lugar en el que estás. —Ares estaba enojado, pero Marisa no era de las que se intimidan.

—Yo no lo pedí.

—No veo que estés descontenta con tu enlace —remarcó Ares y añadió, antes de que ella pudiera contestarle—: Toda decisión tiene consecuencias, buenas y malas. Siempre.

—Gracias por el sermón.

—Creo que Marisa necesita tiempo para reflexionar al respecto —intercedió Mila antes de que Ares cogiera un soberano cabreo.

—Como sensibles, podéis sentir su presencia, pero para el resto, no es más que una brisa cálida que recuerda al verano —continuó Ares—. Sin embargo, con un conjuro de sangre, el vínculo entre vosotros se fortalece y puede lograr algo que, de otra forma, sería imposible.

Caminó hasta colocarse en el eje central del triángulo que habíamos formado. Vi como sacaba una daga de entre los pliegues de la túnica. Sus ojos buscaron los de Marisa, como si pretendiera adoctrinarla pese a su mala predisposición.

—Beltane, escucha mi voz y sigue el rastro de mi sangre. Ven a mí.

Me impresionó cómo se rasgó la mano en un corte limpio, sin titubear. La sangre empezó a gotear sobre aquella tierra y sentí que temblaba debajo de mí. El poder de Ares era imponente, podía percibir cómo su magia crecía y enraizaba a nuestro alrededor y cómo aquel lugar sagrado le reconocía como parte de él. Su soberano. El Príncipe de las Hadas.

Me estremecí, pero creo que no fui la única. Las alas de Marisa brillaban con tonos plateados

y las de Grace habían tomado tonalidades turquesas. La magia de Ares despertaba también en nosotras, de alguna forma. Fue su madre la que creó a las primeras hadas, después de todo.

Estaba observando la belleza de aquel espectáculo cuando sentí la calidez de una brisa rozándome la mejilla. No fui la única en verla. La brisa tenía tonalidades rojizas y creó un pequeño remolino frente a Ares que, lentamente, formó una silueta femenina de sinuosas curvas y hermosas alas doradas.

Creo que era la primera vez que la veía así: más real, como si no fuera solo una sombra de grises apagados carentes de vida. El hada se arrodilló frente a Ares y él le colocó una mano sobre la cabeza, como si le diera su bendición. Lo que fuera. La magia que la rodeaba, ese fuego que parecía querer prender, empezó a perder fuerza mientras se levantaba y se convertía, de nuevo, en poco más que una sombra… solo que esta vez no éramos solo nosotras las que podíamos verla.

—Beltane —susurró Kellan, impresionado.

—Kellan Mac Cecht, no es la primera vez que te veo, pero me alegro de que esta vez tú puedas hacerlo —repuso ella tras mirar con expresión afable a Marisa.

—Es sorprendente —murmuró el guerrero y, colocando una mano sobre su pecho en señal de respeto, añadió—: Gracias por traerla hasta mí. Estoy en deuda contigo.

Creo que se me escapó un lagrimón por la emoción de aquel momento. Sí, Beltane era la culpable de que Marisa hubiera venido a Irlanda. Sin su influencia, tal vez Kellan jamás habría conocido a la mujer que le complementaba, tanto en carácter como en tozudez. Sonreí, feliz por aquel encuentro.

—Querías ver a las guardianas —intervino Mila con palabras suaves.

—Es un fantasma —masculló Aidan entre dientes, su tono era amargo.

—Eso no nos viene de nuevo, la única diferencia es que esta vez podemos verla —sentenció Brian a su lado. Beltane los miró y su expresión se volvió fría, recordándome a su padre. Ambos eran bellos y tenían una elegancia innata en su porte, pero también había ese rastro de frialdad que irradiaban, incluso si existía fuego en su interior.

El hada se giró para dirigirse a Marisa. Su rostro se suavizó mientras lo hacía.

—Tengo algo para ti. —Colocó sus manos frente a ella, las palmas enfrentadas, y las separó lentamente. Cerró los ojos y una bruma rojiza comenzó a aparecer entre ellas. Creo que no fui la única que dejó de respirar durante el proceso. Mostraba tal grado de concentración que todos temíamos romperlo si hacíamos algún ruido. No tardó mucho, segundos, pero que se hicieron lentos y pesados, hasta que un puñal tomó forma entre sus manos.

—Tómalo —le pidió Beltane abriendo los ojos. Marisa lo hizo, incluso si temblaba un poco mientras acercaba su mano para agarrarlo—. Fue un regalo de la Reina de las Hadas, uno muy preciado. Tuyo es.

—Gracias.

Dudo que a Marisa un puñal fuera el regalo que más ilusión pudiera hacerle, pero estaba claro que aquel objeto era importante para la que había sido su portadora y, por una vez, se calló su lengua mordaz y se mostró respetuosa. Que tuviera ese tacto con un fantasma y no con el druida que podía hacerla pedazos en un pestañeo demostraba que se dejaba llevar por su temperamento más que por su sentido común.

—Pronto será el 1 de agosto. Bailad alrededor de las hogueras para que la fuerza anidada en el Portal siga consolidándose —susurró Beltane, que estaba perdiendo parte de su aplomo y su cuerpo empezaba a volverse traslúcido, como si no fuera capaz de mantenerse en ese mundo

durante más tiempo.

—¿Qué le está pasando? —masculló Aidan, dando un paso hacia ella con el ceño fruncido.

—Esperaré de nuevo tu visita, padre —murmuró Beltane mirando a Ares; este inclinó la cabeza en su dirección y ella se desvaneció por completo.

Aidan gruñó mientras Kevin acudía a su lado y le golpeaba amistosamente el costado mientras le decía:

—Hagamos que hoy también prendan las hogueras para honrar a la guardiana a la que ni siquiera la muerte alejó del Portal.

—Prenderán —contestó el guerrero con un rictus severo, mientras invocaba una enorme hacha que el fuego rodeó por completo. Kevin le sonrió y sentí que existía una complicidad especial entre ellos en ese momento.

Miré a las que eran en parte mis hermanas. Nos sonreímos y elevamos las manos en dirección a las otras. La luz comenzó a fluir entre nosotras, como hacían tiempo atrás nuestras predecesoras, y abrimos el Portal de las Hadas. Varias hogueras empezaron a prender a nuestro alrededor mientras la magia nos rodeaba. Volveríamos a hacerlo pronto, pero podían pasar tantas cosas hasta ese momento que prefería centrarme en el presente.

Vi a Ares mantenerse en silencio, su mirada estaba perdida entre las llamas. No debía de ser fácil para él. ¡Había perdido a tantas personas! Cuando conseguimos que la magia del Portal se mantuviera estable por sí sola, me acerqué hasta donde él estaba.

—¿Estás bien?

—Siempre le gustó ver cómo prendía el fuego en las hogueras.

—La echas de menos —murmuré y él se giró para mirarme. Se limitó a asentir. Que lo admitiera me sorprendió tanto como la certeza de que también era vulnerable, como el resto de nosotros. Que él también había sentido la pérdida y había sufrido en silencio hasta superar el duelo.

Quizá era una estupidez, pero me coloqué a su lado y busqué su mano para enlazar mis dedos con los suyos, como él había hecho conmigo cuando nos adentramos en aquella tumba y yo estaba a punto de tener una crisis de pánico. Incluso un dios tenía que necesitar eso, sentir que no estaba solo. No retiró su mano, pero tampoco dijo nada al respecto. Nos quedamos allí, observando cómo la madera se consumía, hasta que se despidió para volver a la fría y solitaria fortaleza que era su morada.



Está que arde

Seguía con ese runrún en el estómago por el no saber si estás haciendo lo correcto. Una persona un poco menos testaruda y más sensata se hubiera quedado al margen, como Grace. Marisa no es que fuera un ejemplo para seguir en muchos aspectos y, si no fuera por el ultimátum de Kellan de que ella no pondría un pie dentro de otra tumba si él no la acompañaba, hubiera estado metida en el fandango.

El jardín me daba la paz que necesitaba. Podía sentir la conexión que existía entre la magia que contenía y mi persona, tal vez por el hecho de que empezaba a controlar algo mejor mi poder. La tierra era el origen de la vida. Quizá por eso me aferraba a ella con desesperación. Pese a mi edad, no quería morir. Creo que nunca se está realmente preparado para afrontar algo así.

Una luz parpadeó y se abrió un portal a pocos pasos de la silla en la que estaba reposando. Fruncí el ceño al ver a Ares salir de él porque tenía intención de llamarle cuando llegáramos al recinto funerario, pero no antes. ¿Tal vez desconfiaba de que no fuera a hacerlo?

—Vienes pronto —le indiqué antes de que pudiera saludarme, una extraña costumbre que me gustaba e irritaba a partes iguales.

—Necesitaba un poco de calma…

—Antes de la tempestad —concluí por él. Una pequeña sonrisa, ladeada, asomó en su rostro masculino. Me estremecí—. Siéntate. Kellan vendrá a buscarme de aquí a un rato, supongo que habrá sitio para uno más en su todoterreno.

—¿Al final va a participar?

—No exactamente. Se quedará fuera con Ryan y Connor, solo por si hubiera algún contratiempo, aunque a Marisa no le ha hecho mucha gracia quedarse sola en el castillo mientras él se expone, incluso si le ha prometido no entrar en la tumba. ¿Crees que será algo parecido a lo de la otra prueba?

—Da igual lo que crea —murmuró—. Anam era caótica en muchos sentidos.

Nos quedamos en silencio contemplando el jardín.

—Llevo la prenda que me diste, solo por si acaso. Creo que no llegué a agradecértelo en condiciones; me mantuvo caliente pese a las bajas temperaturas.

—Esa era la idea. Es mejor que la lleves, su magia es capaz de absorber el calor que la rodea y almacenarlo, de forma que mantiene caliente al que lo lleva, pero lo protege tanto de las altas como de las bajas temperaturas. Se forjó con magia.

—Es extraordinario —susurré—. ¿De dónde lo sacaste?

Era una pregunta absurda, supongo, porque podría haber sido algo que usaban los antiguos dioses de la tribu de forma habitual. Una reliquia familiar en el mejor de los casos. No es que esperara que lo hubiera comprado en un bazar, vamos.

—Le pedí a Beltane que lo extrajera del otro lado del Portal para ti —me contó—. Creo que saberse capaz de hacerlo la animó a invocar y entregarle a Marisa su vieja daga.

Tenía la mirada perdida en el jardín. Beltane. Su hija. Supongo que él nunca tuvo intención de ocultármelo. Solo era una de esas absurdas coincidencias que hacen que todo explote entre tus manos. Era algo natural que él hubiera encontrado a lo largo de su eterna existencia al hada que le complementaba y que de su unión hubiera nacido una mujer alada con la belleza y el poder que debía ostentar tiempo atrás Beltane. No era su culpa que a mí ese descubrimiento se me atragantara. Siempre pensé que, pese a que Anam no le había correspondido, él había tenido sentimientos profundos por ella, pero supongo que no estaba mentalizada de que hubiera habido alguien más.

Quizá por eso había tantas estatuas de hadas en la fortaleza que regía en el fin del mundo. Tal vez en realidad todas ellas hacían referencia a una sola. La que tiempo atrás había amado. Tenía sentido.

—Debió de ser una época feliz —le dije tras recordar la tristeza que le había embargado al contemplar las hogueras que habíamos encendido hacía unos días. Todo lo que había perdido. Vi como exhalaba una bocanada de aire, como si aquella realidad aún le doliera. Posiblemente lo hacía. No me respondió. Supongo que hacerlo era algo irrelevante.

Nos quedamos así, en silencio, hasta que se escuchó el timbre de la puerta a lo lejos. No me apresuré a levantarme porque sabía que Grace o Aislin harían lo propio. Esa era una de las muchas cosas buenas de tener gente joven y dispuesta en casa: ya no tenía que apresurarme cuando sonaba el teléfono de la cocina o el interfono de la entrada.

—Esta noche me gustaría que confiaras en mí.

Me giré para enfrentarme a su mirada y su ceño fruncido.

—¿Cuándo no lo he hecho? —le cuestioné, pero me sentí ligeramente incómoda cuando levantó una ceja, como si estuviera dispuesto a enumerar una larga lista y supuse que, probablemente, no sería capaz de rebatir todos y cada uno de los puntos de esta—. ¿Por qué me lo pides?

—No sabemos a qué nos vamos a enfrentar. Da igual si son grupos de tres o de quinientos; ¿hubiera tenido alguna utilidad que la tribu al completo hubiera estado durante la primera prueba?

—Supongo que no —cedí.

—La magia y los rompecabezas de Anam no me son totalmente ajenos y, precisamente por eso, prefiero ser precavido. Hay cosas que a veces pueden no tener sentido, incluso si lo tienen. Si te pido que hagas algo o dejes de hacerlo, prométeme que seguirás mis consejos.

—No me pidas que me tire por una ventana, porque si lo haces, mi instinto de supervivencia se negará a hacerlo —le contesté, consciente de que había usado la palabra *consejos* y no *órdenes*, pese a que era un hombre de tomar decisiones y no de hacer sugerencias.

—Si te pido que lo hagas, ten la certeza de que mi magia estará al otro lado, preparada para sostenerte.

—Eso sería confiar ciegamente en alguien.

—Cierto.

—No es algo fácil de hacer.

—No desearía quitarte el mérito.

—Yo… —inspiré profundamente—, lo intentaré.

—Supongo que deberé contentarme con eso.

—No es poco.

—Lo sé —admitió y añadió mientras se levantaba—: El problema es que yo quiero mucho más; lo quiero todo.

Le miré, un tanto confundida, porque su mirada en ese momento parecía fuego en estado puro y no ese témpano de hielo que solía caracterizarle. No me atreví a preguntarle nada porque Kellan y Ryan estaban cruzando los ventanales del comedor.

—¡Pero si ya estamos todos!

—Creo que nos vienen a buscar —murmuré ignorando el tono de Kellan. Ares me tendió una mano y la acepté. Tiró de mí con cuidado, ayudándome a abandonar la silla, pero retuvo mi mano durante todo el camino hasta el todoterreno de Kellan.

El viaje hacia el norte se me hizo más largo de lo que realmente fue: media hora en la que Kellan desgastó más el acelerador que no los frenos. Aparcamos en fila en el arcén de aquella carretera cuyo asfalto saltaba a pedazos. En cuanto los focos del todoterreno se apagaron, fui consciente de que la carretera no estaba alumbrada, así que la oscuridad regía todo lo que nos rodeaba.

Caminamos poco más de diez minutos antes de adentrarnos en uno de los terrenos que rodeaba el recinto. No era nuestra intención usar el acceso principal después de todo. Cruzamos entre los setos para encontrarnos con varios montículos que rodeaban un túmulo principal. Kevin se acercó a mí y me tendió el brazo, ayudándome a avanzar por un terreno que no era difícil pero que apenas era capaz de diferenciar con mis ojos. Ares se mantuvo cerca de nosotros, sumido en sus propios pensamientos.

—¿Dónde exactamente está la medialuna? —preguntó Brian que caminaba junto a Aidan, un poco más adelante.

—Hemos de buscar entre los guardacantones del túmulo principal —indicó Connor.

—Hay varias, pero es probable que busquemos una que no está a simple vista —añadió Ryan.

—¿Eso cómo se come? —cuestionó Aidan.

—A veces ocultaban los grabados en el dorso de las piedras —le contestó Ryan y añadió mirando a Ares—: ¿Tú sabes por qué lo hacían?

—No soy un artista —contestó él con voz seca.

—Tal vez fueran tímidos —bromeó Kevin, a mi lado, arrancándome una pequeña carcajada que me vino bien para liberar un poco de la tensión que estaba acumulando en mis entrañas.

—Espero que alguno de los sensibles presentes sepa apreciar cuál es diferente al resto, porque yo no sabría decirte —indicó Ryan.

—Aquí hay espirales de todo tipo —protestó Brian—, pero ni rastro de semilunas.

—Los antiguos eran amantes de la astrología y disfrutaban estudiando el cielo —intervino Colin—. Existen muchas interpretaciones sobre la dicotomía formada por la luz y la oscuridad, el bien y el mal, la vida y la muerte…

—Hoy va de instruido —masculló Kevin a mi lado.

—Aquí detrás hay una medialuna —murmuró Mila posando una mano sobre una de aquellas grandes piedras que rodeaban la base perimetral del túmulo después de que nos pasáramos un

buen rato rebuscando entre todos.

—Probemos a ver qué pasa. —Eamonn no parecía muy convencido de que fuera a suceder nada.

—Creo que deberíamos ir con cautela —susurré mirando a Mila y ella fijó sus ojos en los míos.

—¿Tú también lo sientes? —me preguntó con una pequeña sonrisa, tímida, en el rostro. Asentí.

—Cuidado, que los sensibles han hablado —se burló Aidan y Mila levantó la mano derecha para hacerle una peineta.

Eamonn se acercó a mí y Kevin asintió, dejándole el lugar que ocupaba al apuesto guardián de ojos azules. Ares se mantuvo quieto, a tan solo un par de pasos de nosotros, mientras el resto se agrupaba según lo que habían acordado previamente.

Miré a Kellan, ubicado junto a Ryan y Connor. ¿Cómo se suponía que ellos se quedarían fuera de la trampa mortal de Anam si estaban a nuestro lado?

No tuve tiempo de expresar en voz alta aquel pensamiento porque Mila sacó de debajo del peto que protegía su cuerpo el pergamino. Dejé de respirar durante el tiempo en el que se demoró colocándolo sobre la imagen de medialuna de la piedra. Sentí algo, un estremecimiento, pero no sucedió nada.

—Probemos con otra —declaró Brian mostrando cierta indiferencia.

—Es esta —negó Mila. Ares me miró y asentí.

—¿Y si le añadimos un poco de luz? —cuestionó con voz alegre Ryan sacando una pequeña esfera de metal de uno de los bolsillos de sus pantalones.

—¿Qué se supone que es eso? —le preguntó Conan con un tono osco.

—Una esfera de luz portátil, cortesía de Colin —repuso el otro.

—Tres llamas —murmuró Ares—. No puede ser una casualidad que la piedra no esté dentro del túmulo…

—Ni que haya dos pasillos en esta tumba en concreto —murmuró Colin.

—¿En qué sentido? —cuestionó Mila, mordiéndose el labio inferior.

—Dos más uno, tres —sentenció Ryan—. Los pasillos de este túmulo están orientados para que uno se ilumine en el solsticio de invierno y el otro en el de otoño.

—Es posible que debamos iluminarlos antes de colocar el pergamino para abrir el camino a la siguiente prueba —opinó Colin.

—Es un poco retorcido, pero me gusta —admitió Ryan tras frotarse el mentón con los dedos—. Después de todo, se supone que son tres personas las que deberán superar juntas la prueba. Tiene sentido que no se pueda activar de otra manera.

—Mejor será que os mantengáis lejos del perímetro —le recomendó Colin y él asintió mientras le tendía a Mila un par de esferas metálicas.

—Buena suerte —indicó Ryan y, tras hacerlo, Kellan, Connor y él se retiraron.

—Kevin, vosotros ocuparos del corredor occidental —organizó Mila mientras Colin, que la tenía abrazada por la cintura, besaba su cabeza a modo de despedida—. Yo iré con Conan y Brian al otro pasillo para iluminarlo. Espero ser capaz de hacer que esto funcione.

—Lo harás —aseguró con devoción ferviente su marido, separándose de ella y acercándose a Kevin y a Aidan.

—Ares, ¿podrás hacer los honores? —Mila le tendió el pergamino y ambos se sostuvieron la mirada hasta que él asintió y lo recogió mientras le advertía:

—Prepárate para enfrentarte a cualquier cosa.

Esperamos unos minutos hasta que la oscuridad que nos rodeaba fue rota por dos luces que iluminaron la noche en dos puntos enfrentados del túmulo de Knowth. Me estremecí, consciente de que podrían verse desde alguna de las casas que había en los alrededores y deseé, fervientemente, que sus habitantes estuvieran durmiendo con tranquilidad en sus respectivos dormitorios.

—Estad alertas —nos pidió Ares mientras se acercaba a la piedra y colocaba el pergamino sobre la medialuna. No necesitó iluminar el mundo a su alrededor porque el cielo rugió sobre nosotros, la tierra se sacudió y se alzó un viento furioso que empezó a rugir con violencia, arrastrándonos.

Grité. Sé que lo hice, incluso si no es que fuera algo muy resolutivo ni útil.

Una ráfaga árida me golpeó con fuerza y sentí que la corriente me engullía. Apenas era capaz de respirar como para poder enfrentarme a ella, pero algo tiró con fuerza de mi brazo, arrastrándome fuera de aquel remolino furioso que nos transportaba a un lugar que no existía en nuestra realidad. Conseguí tomar una bocanada de aire mientras la luz de Ares me rodeaba, protegiéndome de la espiral de caos brutal y furioso que habíamos despertado.

Anam no debía de tener un buen día cuando creó aquel lugar.

Escuché los rugidos, los ruidos que rasgaban el mundo a mi alrededor mientras me aferraba con desesperación a esa luz que me mantenía aislada de todo lo que sucedía en torno a mí. Ares. Podía sentir su esencia envolviéndome, anulando todo lo que nos rodeaba y bloqueando el pánico que había prendido en mi corazón tan solo unos segundos antes, cuando había perdido el control de mi propio cuerpo.

Pasaron segundos, o tal vez fueron unos pocos minutos.

Poco a poco, la calma hizo mella en mi interior. La calidez de la esencia de Ares y esa sensación de que formaba parte de ella, como si ese fuera el hogar que siempre había anhelado. Me olvidé del resto. De los miedos. Y de todo lo que nos rodeaba. Solo estábamos él y yo, siendo uno, hasta que su luz empezó a volverse más tenue y lentamente recuperé la consciencia de mi cuerpo y de mi ser.

Abrí los ojos lentamente, confundida por lo que acabábamos de compartir. Me encontré con que, en lugar de su magia, eran sus brazos los que me tenían acunada y era su pecho sobre el que reposaba mi cabeza. Me sentí extraña y un tanto estúpida porque ese era el lugar en el que quería estar. En ningún otro.

—¿Estás bien? —me preguntó con voz suave, apenas una caricia. Sentí su aliento sobre mi cabeza y supe que no debía eternizar aquel momento, incluso si lo retendría como un precioso recuerdo dentro de mi corazón.

—Creo que sí —murmuré, incómoda por todas las emociones que me embargaban y lo bien que se sentía nuestra proximidad. Sus brazos aflojaron su agarre sobre mi espalda, liberándome de una cárcel en la que no me importaría quedarme el resto de mis días.

—¿Estamos todos? —La voz de Aidan tronó a nuestro alrededor, obligándome a recordar dónde estábamos y por qué. Observé el rostro de Ares y me sorprendió verlo teñido de tonos rojizos, como si hubiéramos descendido al mismísimo infierno.

—¿Dónde estamos? —Sentí el calor pesado del aire que nos rodeaba, húmedo y empalagoso. Estábamos en un montículo de negra tierra que sobresalía de una superficie rojiza que se movía lentamente, como si de un mar de lava se tratara.

No era el único relieve. A pocos metros del lugar en el que estaba con Ares había otro saliente

de menor tamaño y, un poco más lejos, observé dos montículos más de negra piedra rodeados por aquel magma rojizo. En uno de esos dos montículos localicé a Kevin y en el otro a Eamonn. Intuí que habría más rodeando una estructura central que era de mayor tamaño y cuya altura me impedía ver más allá de ella. Vi metas rojizas deslizarse por la superficie de este último montículo, como si fueran ríos de lava y aquel fuera el cráter, el origen, de todo lo que nos rodeaba. Sentí la magia que había en aquel lugar: era fuerte y parecía tener vida propia.

—La distribución de los salientes creo que corresponde a las diferentes tumbas de Knowth, solo que Anam ha recreado una versión mucho más grande y peligrosa —repuso Ares a mi lado, estudiando aquel lugar con ojos ávidos, mientras los miembros de la tribu empezaban a decir sus nombres en voz alta para confirmar que estaban bien, uno a uno, porque no podíamos ver más allá de lo que teníamos a ambos costados.

—¡Ares y Margaret están aquí! —Escuché que decía Kevin a voz de grito, para tranquilidad del resto del grupo. O de Mila, para ser más precisos. Dudo que al resto de la tribu les preocupara mucho el destino que Ares o yo pudiéramos llegar a tener, excepto a Kevin, tal vez.

—¿Y eso? —cuestioné al ver una gran esfera de color rojizo sobre nosotros que daba tonalidades coloradas a la oscuridad que nos rodeaba.

—La luna carmesí —murmuró Ares—. Estrellas polares debajo del hielo y ahora una luna carmesí, casi puedo adivinar qué es lo que nos espera en el siguiente reto. Si es que llegamos a enfrentarlo y este lugar no acaba siendo nuestra cálida tumba.

—Te veo optimista —intenté bromear y él se limitó a fruncir el ceño.

—¡Esto está que arde! —exclamó Kevin, que se había acercado al margen de su montículo y había lanzado algo en él. Vi cómo las llamas lo devoraban y la lava lo engullía sin piedad.

—¡Veo la entrada a uno de los corredores! —advirtió Conan, aunque solo escuché su voz, porque no podía verle.

—Tres que son uno —murmuró Ares y añadió proyectando su voz con fuerza para que todos pudieran oírle—: ¡Tiene que haber tres pilas en las que prender las llamas!

—Veo algo sobre la colina —le dije inclinando la cabeza.

—Un nudo celta, tal vez. —Asintió, como si mis palabras hubieran tenido cierta utilidad y añadió alzando el tono, para que todos pudieran escucharle de nuevo—: Es posible que haya una pira en el interior de cada pasadizo del túmulo y otra sobre ellos.

Alzó las manos y entre ellas aparecieron unas hebras doradas que trazaron varios arcos hasta enlazarse unos con otros.

—Se podría interpretar como la unión de tres medialunas —añadió mirándome, como si esperara mi conformidad.

—De ahí el símbolo del pergamino y lo del mensaje que dejó para nosotros Anam. Tres. Supongo que ese siempre fue su número.

Una luz empezó a brillar sobre uno de los túmulos. Vi a Colin con una pequeña esfera dorada sobre una de sus manos y en dos montículos próximos al suyo vi dos siluetas, aunque tardé un tiempo en identificar a Aidan y a Brian. Separándolos estaba aquel magma de lava que parecía dispuesto a frenarnos el paso.

—Veo el otro corredor —sentenció Colin—. Creo que podré llegar hasta él.

—¿Y si está lleno de lava? —le pregunté a Ares pensando en Mila.

—Tendrán que encontrar la fórmula para atravesarlo.

—¿Cómo? —Se encogió de hombros y eso no es que me diera mucha tranquilidad.

—¡Intentaré llegar hasta el pasadizo en el que está Conan! —gritó Mila desde algún lugar.

—Nosotros iremos al de arriba —indicó Ares mirando el punto más alto de la gran elevación que parecía desafiarnos en la distancia.

—Primero tendremos que cruzar eso —murmuré señalando la lava con un dedo.

—Eso parece. —Me tendió una mano y la acepté.

Comenzamos a descender con pasos pequeños sobre un terreno que era irregular y que estaba repleto de fragmentos de roca volcánica. Tal vez aquellos salientes figuraban ser justamente eso. Pequeños volcanes. Me estremecí ante la posibilidad de que uno de ellos empezara a lanzar fragmentos de roca o que el nivel de la lava ascendiera, engullendo aquellas pequeñas elevaciones y a nosotros con ellas durante el proceso.

—Quédate detrás de mí y haz lo que te pida.

Esta vez no tenía intención de sacar a colación lo de la confianza y qué estaba dispuesta a hacer y qué no. Me limité a asentir. Ares liberó mi mano de su contacto cuando llegamos al margen del montículo. Apreté la mandíbula, dispuesta a seguirle hasta el mismísimo fin del mundo.



Mi último adiós

Ares cerró los ojos y colocó las manos frente a él. Escuché como entonaba un cántico y su voz de barítono me sedujo mientras las sílabas se seguían una detrás de otra. Me quedé hechizada mientras él mantenía una concentración férrea en lo que fuera que estaba haciendo. Ignoré lo que sucedía a nuestro alrededor, si bien las voces y los ruidos se escuchaban a lo lejos. Nada importaba. Nada que no fuera lo que estaba sucediendo delante de mí.

Lentamente, fue separando las manos y frente a nosotros se escuchó un crujido: piedras entrechocando las unas contra las otras mientras en medio de aquella marea de lava aparecía una pared invisible que la dividía en dos mitades. Observé cómo aquella línea conseguía quebrar por completo la masa de fuego y tierra que nos impedía el acceso hasta el gran túmulo de Knowth y cómo, a medida que Ares separaba las manos, la abertura que había creado empezaba a ensancharse hasta crear un pasillo.

La lava rugía rabiosa contra las paredes invisibles del camino que Ares había abierto frente a nosotros. Apenas podía contener la respiración mientras observaba aquel duelo de titanes: la magia del druida y las protecciones que Anam puso en aquel lugar tiempo atrás.

—Vamos —me pidió cuando sus brazos se encontraban totalmente extendidos a ambos lados de su cuerpo y disponíamos de algo más de metro y medio de ancho para poder atravesarlo.

Le seguí cuando comenzó a caminar. Tras dar unos pocos pasos se hizo evidente el calor que irradiaban las masas ardientes que se alzaban a ambos lados del corredor.

A medida que avanzábamos, el pasadizo quedaba cada vez más hundido. La lava sobrepasó nuestra altura, anulando cualquier imagen de lo que nos rodeaba y permitiéndonos ver únicamente aquella tierra candente de colores rojizos y anaranjados. Fuego sólido. Pese al peligro y el miedo que acechaba tanto fuera como en mi interior, no pude menos que admirar la belleza salvaje que nos rodeaba.

—Adelántate. —Hice lo que me pedía, mirando con cierto recelo las piedras que rodeaban el túmulo central de Knowth.

La pared de piedra y roca volcánica que se alzaba frente a mí era lo suficientemente alta como para que se necesitaran ambas manos para poder escalarlas. Me acerqué a ellas con menos entusiasmo que el que debería mostrar, intuyendo que Ares no podría contener la lava de forma indefinida. Busqué un par de agarres y grité cuando el calor de las piedras abrasó las palmas de mis manos y varios lagrimones saltaron de mis ojos por el dolor.

—Tienes que subir —me apremió Ares, obligándome a volver a intentarlo. Estábamos por debajo del nivel de la lava y si la magia de Ares claudicaba, nos engulliría en apenas unos segundos.

Corté con los dientes el pañuelo que llevaba anudado al cuello. Tiré con dificultad, sintiendo la piel de mis manos quejarse en forma de latigazos cada vez que algo las rozaba, pero me negué a quejarme mientras me vendaba las manos como buenamente pude, intentando no demorarme mientras lo hacía. El tejido convirtió el calor de las piedras en algo más tolerable, aunque el dolor era tal que las lágrimas surcaban de forma descontrolada mis mejillas mientras me obligaba a subir por aquellas piedras a las que odiaría hasta el fin de mi existencia.

Lo logré. Conseguí llegar a una superficie más plana y menos escarpada por la que seguí avanzando, paso a paso, hasta superar por varios metros la altura del nivel de la lava. Me apoyé sobre una roca para recobrar el aliento. Vi como Ares me observaba y asentía antes de girarse para enfrentarse a la lava. ¿Cómo diablos pretendía subir hasta el montículo si necesitaba las manos para escalar y mantener la lava a ambos lados del pasadizo al mismo tiempo?

Vi que hacía un movimiento brusco con las manos y en el extremo opuesto al que él estaba comenzaba a colapsarse el pasadizo, formando una gran ola de lava que empezó a ganar fuerzas mientras se dirigía, a toda velocidad, hacia él.

—¡¡¡Ares!!! —grité asustada.

Una columna de aire lo rodeó y una espiral blanquecina lo lanzó hacia arriba cuando la abrumadora ola de lava estaba llegando hasta él. Vi cómo chocaba con fuerza contra el suelo y salía despedido tras la colisión. Corrí hacia él, incluso si había olvidado cómo se hacía aquello. La desesperación, supongo, es capaz de ahondar en el ser humano cuando la necesidad apremia. Cuando llegué hasta él, Ares estaba parcialmente incorporado: tenía una rodilla en el suelo y su ropa estaba repleta de hollín y de pequeñas motas rojizas, como si el fuego quisiera prenderla, pero no fuera capaz de lograrlo.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras se levantaba.

—¿Qué hay de tus manos? —me cuestionó tras asentir.

—En vez de meter la pata, tengo tendencia a meter mano —intenté bromear—. Hoy me he llevado un chamuscón para compensar que casi se me congelan unos cuantos dedos el otro día.

—Ya veo… —Creo que una sonrisa se dibujó en su rostro, pero tal vez fueron imaginaciones mías—. ¿Qué ves?

Me extrañó que me diera ese crédito, pero para eso se suponía que había ido, ¿no? Mis habilidades de sensible debían de guiarle.

Me centré en todo lo que me rodeaba: una vasta extensión de un terreno irregular de roca volcánica de tonalidades negras que se volvía candente cuando estaba próxima a uno de los muchos riachuelos rojizos que la recorrían sin orden aparente.

—Lava, mucha lava.

—Antes te ha llamado la atención algo que brillaba —me indicó. Asentí mientras buscaba a mi alrededor hasta que pude localizar aquel brillo, más blanquecino que no rojizo, en la punta más alta de aquella colina.

—En la cúpula.

—Lo suponía —asintió—. Tendremos que caminar. Vigila dónde pisas.

Era un gran consejo, me dije, porque durante el camino que había recorrido para llegar a su lado había pisado en una de esas piedras parcialmente ardientes y quebradizas. Pequeñas partículas habían saltado en todas direcciones y, si bien podría haberme caído y las

consecuencias ni siquiera quería planteármelas, por una vez la suerte había estado de mi parte y solo me había llevado unas cuantas quemaduras en las piernas, donde aquellos fragmentos candentes me habían golpeado.

—Vamos.

Una corriente de aire llego hasta mí y me rodeó, empujándome a seguir caminando detrás de él. Aun sabiendo que era Ares, se sentía demasiado caliente, igual que el aire que respirábamos. Gotas de sudor empezaron a recorrer mi rostro y mi cuerpo a medida que avanzábamos. El calor era asfixiante.

—¡¡Aidan y Colin están dentro!! —gritó Brian.

—Falta Mila —murmuré.

—Lo logrará.

Deseé tener la fe ciega que Ares mostraba en ella. Para mí no dejaba de ser aquella pequeñaja repleta de delicadas pecas sobre el puente de la nariz que se sorbía los mocos cuando nadie la miraba.

—¿No deberíamos esperar a Eamonn? —le pregunté entre jadeos. Cada vez el aire se sentía más pesado y apenas era capaz de llenar con él mis pulmones.

—Tal vez no logre cruzar la lava.

—Tanto optimismo me abruma —mascullé entre dientes.

Ares ignoró mi comentario y siguió andando. No hubiera podido parar, aunque hubiera querido, porque seguía empujándome esa corriente de aire que me instaba a seguirle.

—¡Mila ha entrado! —gritó Conan.

—¿No puedes entrar con ella? —chilló Brian.

—¡Depende de si quieres que lo haga carbonizado o de una pieza! —le soltó el otro con un tono enojado—. ¡Si tienes alguna idea, soy todo oídos!

Nadie le contestó. Supongo que de esas no nos sobraban.

—¿Cómo sabrá Colin qué ha de hacer si no está Kevin con él? —le pregunté a Ares, nerviosa.

—Porque no es estúpido —me contestó, deteniéndose al fin. Habíamos llegado a la cumbre del túmulo y en el centro se veía una gran piedra en la que había un nudo celta grabado. El mismo que Ares me había mostrado usando su magia: tres medialunas superpuestas.

—Pues tenías razón.

—Suele ser algo bastante habitual.

—Tan modesto —me burlé antes de centrar mi atención en los grabados—. Verse, se ve.

El viento dejó de presionarme mientras Ares se acercaba a la enorme placa que había en el suelo. El druida la rodeó, como si la estudiara, mientras yo me mantenía a unos pocos pasos, recuperando el aliento. O intentando hacerlo. Aquel aire quemaba por dentro.

—Es un cierre. —Fuera lo que fuera, estaba claro que no le entusiasmaba la idea.

—¿Qué te preocupa?

—Que una vez se active es posible que se bloquee hasta que el resto de los cierres se activen.

—¿Y si Mila o Colin no son capaces de llegar hasta los suyos?

—Las cosas pueden complicarse —me contestó, alzando la mirada para centrarla en mí—. No solo aquí. Los fomorianos disfrutarían mucho volviendo a corretear por la superficie.

—Mala cosa.

—Mala cosa —repitió él, ladeando ligeramente la cabeza, con algo parecido a una sonrisa torcida en sus labios.

—¿Y si esperas a que ellos lleguen a los cierres primero?

—¿Cómo se supone que sabremos que lo han logrado? —Hice una mueca porque no tenía una respuesta válida para su pregunta—. Los cierres suelen aislarte del mundo y, al hacerlo, también del tiempo o de lo que pasa fuera. Dentro pueden sentirse como si fueran solo unos segundos y, en cambio, que pasen horas, días o incluso años en el exterior —continuó tras volcar de nuevo su atención en la piedra—. Aunque es posible que desde fuera se pueda interferir.

—¿Cómo?

—No lo sé, nunca antes me he encontrado en una situación parecida —admitió.

—No lo sabes todo, entonces.

—Jamás he pretendido dar esa impresión.

—A veces pareces…

—¿Qué parezco? —me cuestionó girándose hacia mí.

—Frío. Distante.

—Quizá debería empezar a acortar esa distancia —murmuró y se acercó a mí. Mucho. Apenas tenía su cuerpo a medio palmo y podía sentir su presencia. Levanté el mentón para poder observar su rostro. Su mano descendió y capturó mi barbilla con una suavidad que hizo que me estremeciera—. ¿Estoy lo suficientemente cerca? —Fui incapaz de contestarle mientras sus ojos descendían hacia mis labios para elevarse luego hasta mis ojos—. Prométeme que no vas a meterte en problemas.

—Ya estamos metidos en problemas —conseguí balbucear.

—Margaret…

—No voy a moverme de aquí —cedí.

—Bien —asintió sin liberarme de su contacto—. Si pasa cualquier cosa, házmelo saber.

—No podré si te metes en el cierre.

—Si eres tú quien me necesita, encontraré la forma de salir. —Sentí la tentación de alzarme sobre las puntas de mis pies para llegar hasta su rostro y posar mis labios sobre los suyos. El calor. Ya no tenía claro si la culpa era del fuego que nos rodeaba o del que me consumía por dentro. El deseo voraz de sentirle como solo en mis sueños.

Liberó mi mentón y se alejó de mí para dirigirse al cierre, pero, una vez estuvo encima de la piedra, se giró para mirarme mientras colocaba una mano frente a él y, clavando sus ojos en los míos, escuché que decía:

—*Dóiteán.* —Una llama rojiza apareció en su mano y empezó a bailar, como si una música que yo no fuera capaz de escuchar dirigiera sus movimientos. Los ojos de Ares se volvieron totalmente blancos, asustándome.

—¿Ares? —murmuré, pero él no me respondió.

Caminé alrededor de él mientras la piedra emitía una sutil luz blanquecina, como si su magia se estuviera activando. Un cierre.

—¡Ares está dentro! —chillé, sin tener del todo claro si alguien me había oído o no, porque mi corazón latía con tanta fuerza que sentía su pum pum como si fueran golpes sobre un tambor.

Me quedé a su lado, dispuesta a esperar a que Mila y Colin llegaran al lugar en el que deberían invocar su propia magia y Ares volviera de nuevo a ser libre. No tenía nada más que hacer. O eso era lo que pensaba hasta que escuché un chillido.

—¡¡¡Gólems de fuego!!!

¿Perdona? ¿Qué diablos se suponía que era eso?

Desde mi posición elevada podía ver todo el perímetro que rodeaba el montículo principal. Escuché algunos gritos y busqué en esa dirección. Eamonn había conseguido llegar hasta Kevin,

el cómo no sabría decirlo, pero tampoco importaba. Frente a ellos había una figura formada por rocas candentes que conformaban la silueta grosera de una persona: una piedra ligeramente ovalada y de cantos irregulares representaba una cabeza sobre varias piedras anchas que configuraban un torso del que salían unas prolongaciones que bien podrían interpretarse como cuatro extremidades.

La criatura no mediría más de metro y medio, pero era casi tan ancha como alta. Vi cómo se inclinaba y agarraba una roca que se volvió rojiza antes de que fuera lanzada contra Eamonn. No llegó a impactar contra el guerrero porque una reluciente cúpula dorada apareció frente a él, resistiendo el impacto, aunque el ruido resonó como si de un trueno se tratara.

—¡¡¡Aquí también!!! —gritó Conan.

—Al final sí vas a tener algo con lo que entretenerte. —Escuché que le gritaba Brian desde otro extremo.

—¡Proteged las entradas a los pasadizos! —ordenó Eamonn.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —gruñó Conan.

Me estremecí al ver cómo los guerreros empezaban a enfrentar a aquellas criaturas y, en un acto instintivo, me giré para contemplar a Ares. Fue entonces cuando lo vi, a varios metros de distancia, ranqueando más que no caminando hacia nosotros, una escultura de tonos naranjas y rojizos que en mi mente no podía ser otra cosa que inerte, por mucho que sus movimientos indicaran lo contrario.

—¡¡Aquí hay una!! —grité asustada, mientras mi instinto me instaba a alejarme de ella pero, al mismo tiempo, no me sentía capaz de dejar a Ares allí. Él desconocía el peligro que se acercaba.

—¿Y Ares? —Escuché que Kevin me gritaba.

—¡Está en una especie de trance! —La criatura se quedó quieta, como si mis gritos le hubieran advertido de mi presencia. Empecé a temblar. Quizá al menos podría alejarlo de Ares. Di unos pocos pasos y vi como cambiaba de dirección. Tenía un objetivo. El problema: que era yo—. ¡¡Viene a por mí!!

—¡¡¡Ven hacia nosotros!!! —me ordenó Kevin—. ¡Eamonn puede proyectar su escudo para cubrirte!

—Solo necesito acabar primero con este —masculló el susodicho entre dientes mientras se enfrentaba a la criatura de roca con dos espadas de filo azulado.

No es que yo supiera mucho de combate, pero aquel no parecía haberse decantado aún. Quizá Eamonn poseía alguna habilidad que yo desconocía, pero no estaba segura de que fuera capaz de enfrentar al que había en su montículo mientras proyectaba lo que fuera sobre mí, y había otro problema: si buscaba su protección, significaba alejarme de Ares. Dejarlo expuesto.

—¡Joder, joder, joder…! —Tantos tacos solo demostraban que Marisa era una pésima influencia.

—¡¡¡Acércate!!! —me exigió Kevin.

—¡Vale! —cedí, esperando que la criatura me siguiera. Si Eamonn conseguía protegerme con aquella cáscara brillante y alejaba a aquella cosa de un Ares que en esos momentos era totalmente vulnerable, tampoco podía ser tan mal plan. El problema vino cuando al poco tiempo cambió de nuevo su trayectoria, desviándose hacia él.

—No, no, no, no, no…

—¡¡Margaret!! —me llamó Kevin, consciente de que había parado de moverme.

—¡¡Va a por Ares!!

—¡Mierda! —gruñó Kevin—. ¡Eamonn!

—Clávale un puto virote en algún sitio y te presto atención —masculló este—. ¿No te has dado cuenta de que el filo de mis espadas apenas le hace muescas?

—¡No te alejes! —me pidió Kevin mientras amartillaba una ballesta y lanzaba un virote contra la criatura que enfrentaba su primo, pero para la mole de lava aquello debía de ser poco más que la picadura de un mosquito.

Escuché que el gólem que estaba aproximándose a Ares rugía y le lanzaba una roca candente. Me quedé sin aliento, pero la roca no llegó a impactar contra él. Alrededor de Ares se reveló tras el impacto que una cúpula de magia blanquecina le protegía. Hubiera respirado aliviada si no hubiera visto como aparecían varias grietas en el lugar que la piedra había impactado contra aquella barrera que le cubría. ¿Cuántos golpes sería capaz de soportar? ¿Despertaría Ares del trance en el que estaba si eso sucedía?

—¡¡¡Ares!!! —grité dejándome el alma. La criatura se volteó hacia mí. Tal vez mis gritos le molestaban—. ¡¡¡Aquí!!!

Moví los brazos como si fuera entre estúpida y gilipollas. ¿Quién en su sano juicio quería ser el centro de las ardientes atenciones de una criatura como aquella? Apenas jadeé mientras lo hacía, embebida en una energía que ni siquiera sabía que disponía.

—Ven aquí, cara de plato aplastado —lo provoqué, criticándome a mí misma por la carencia de imaginación en cuanto a los insultos que le había soltado. Probablemente lo importante fue el tono, y no tanto el contenido de estos, porque cogió una roca con intención de lanzarla contra mí.

¡Mierda!

¿Cuánto tiempo hacía que yo no jugaba a algo que implicara mi cuerpo moviéndose y algo parecido a una pelota? Desde luego, se me ocurrían muchas formas para iniciar de nuevo ese tipo de aficiones, pero incluso con ese chute de adrenalina, mis reflejos no eran los de un superhéroe.

Ares estaba aislado del mundo y del monstruo que quería aniquilarnos. Algo en mí despertó y, contra todo pronóstico, esquivé la primera roca. También la segunda, pero la tercera consiguió darme en un costado, haciendo que callera al suelo y gritara por el dolor del impacto, aunque el regalo de Ares evitó que mi piel se agrietara por el fuego y sufriera una considerable quemadura.

Me quedé en el suelo, retorciéndome por el dolor, esperando que aquella criatura acabara lo que había empezado, pero no lo hizo. Cuando levanté la cabeza, vi que volvía a lanzar rocas contra la frágil cúpula que protegía a Ares y que estaba quebrándose por varios sitios. No aguantaría.

Grité mientras me apretaba el costado para minimizar el dolor. Me ignoró mientras se acercaba a Ares. Me incorporé con dificultad y comencé a avanzar hacia allí.

—¡¡Ares!! —grité de nuevo su nombre mientras las lágrimas arrasaban de nuevo mis mejillas.

—¡¡Margaret, no!! —exclamó Kevin cuando vio que iniciaba la marcha a duras penas hacia ellos. El gólem se acercó hasta el escudo de Ares y empezó a golpearlo con ambos puños, como si supiera que estaba a punto de quebrarse y finalmente tendría acceso al hombre que había dentro. El ruido de aquellos golpes me erizó el vello mientras me esforzaba a llegar hasta ellos.

—¡¡Usa tu magia!!

¿Mi magia? Kevin tenía razón: yo tenía magia.

Miré a mi alrededor. Raíces. Me habían funcionado con un Sluagh, tal vez podrían hacerlo también con aquella masa ardiente. Sin embargo, no había plantas allí que pudiera hacer crecer para proteger a Ares o refugiarme. Me estremecí. No había nada en ese lugar que tuviera vida. Excepto el propio fuego.

Y las rocas.

Me quedé quieta, confusa, con aquella certeza. Me arrodillé en el suelo y coloqué mis manos sobre él. Apenas fui capaz de conectar con la tierra que existía bajo mis pies porque el fuego la controlaba a su antojo. No, el fuego no era mi elemento, pero la tierra sí. Siempre había conectado con la naturaleza que crecía y dependía de ella, pero yo era más que eso. Kevin tenía razón. Tenía que usar mi magia.

La tierra alrededor de mis manos se volvió polvo. Ceniza. Enterré mis dedos en ella y el calor empezó a trepar por mis brazos. La tierra ardía y no quería que la manipulara; era como si aquel lugar tuviera vida propia.

Cerré los ojos mientras sentía que mi voluntad se encontraba con la del fuego que regía aquel lugar. El fuego trepaba por mis brazos y empezaban a cubrirlos, haciendo que un dolor abrasador nublara en parte mi mente. Lloré mientras seguía luchando contra aquello, sabiendo que era la única baza que podía usar. Empecé a percibir la tierra que me rodeaba, incluso si parte de ella era líquida. Una brecha se abrió frente a mí y zigzagueó hasta encontrar a aquella criatura que amenazaba a Ares.

El gólem se giró para mirarme y una ráfaga de fuego salió de su boca con intención de abrasarme, pero una pared de roca se erigió frente a mí para contenerla. Las llamas empezaron a debilitarla y consumirla, hasta que ambas cosas, fuego y tierra, pasaron a ser una y se fundieron. Aquella masa me salpicó en el rostro y prendió sobre mi cabello. Gemí de dolor y de rabia, pero no desistí.

Mi magia siguió avanzando hasta llegar al gólem, impulsada por la desesperación, y la tierra trepó por sus piernas anclándolo con firmeza al suelo. Sentía el fuego que ardía en su interior y nos quemaba, pero no dejé de aferrarme a la tierra mientras mi magia seguía reptando sobre él, anulando su fuego o, al menos, conteniéndolo. Me esforcé en construir una coraza inerte sobre aquel cuerpo de lava con intención de apagar su fuego y convertirlo solo en un montón de piedras. La lucha entre nuestras voluntades se volvió titánica.

Las fuerzas me flaqueaban: apenas sentía mis dedos y el ardor en mis brazos era agónico. Jamás pensé que mi final sería así. Mi último adiós. Mi último aliento. Busqué con la mirada a Ares mientras hacía un último esfuerzo y la tierra envolvía por completo a aquella criatura. Exhalé un último suspiro, extrañamente satisfecha de que, pese a las consecuencias, lo había conseguido. El corazón de fuego se había detenido, pero, tras él, se detuvo también el mío.



Mo Sholas

Sentí un tirón. Algo que parpadeaba en mi interior. Desvié mi atención hacia ese lugar, uno muy próximo a mi corazón y a la que era mi alma. Una luz cálida que me era tan extraña como conocida, como si siempre me hubiera acompañado, pero no hubiera sido capaz de verla antes.

Tal vez nunca le había prestado atención o quizá no había estado preparado para aceptarla. *Mo Sholas*. Mi luz. La que jamás soñé llegar a encontrar, la que iluminaba mi camino. Margaret.

Fruncí el ceño, confuso, dentro del letargo en el que me había apresado el cierre. Su luz tintineaba, pero no lo hacía con fuerza, sino más bien al contrario, como si estuviera apagándose, pero luchara por mantenerse encendida.

¿Margaret? ¿Qué diablos estaba pasando?

Abrí los ojos y volví a mi cuerpo. Mi esencia, lo que yo era. Escuché gritos. Un combate. O tal vez varios. Mi escudo estaba parcialmente quebrado y frente a él había una estatua de fuego envuelta en piedra. Pude percibir que en su interior su corazón de fuego dejaba de latir de forma brusca, como si algo lo hubiera apresado hasta incapacitarle para seguir haciéndolo. Una grieta poco profunda llegaba hasta él y al seguirla con mi mirada, en sentido contrario, vi el frágil cuerpo de mi mujer tendido en el suelo.

—*Mo Sholas* —gruñí incapaz de contener el miedo y la rabia que se apoderaron de mí en ese momento—. ¡¡*OIGHIR*!! ¡¡*FEARTHAINN OIGHIR*!!

Invoqué el poder del hielo y de la lluvia para expresar la tempestad que había anidado en mi corazón y el dolor que me congelaba por dentro. Margaret… A mi alrededor se levantó una ráfaga de viento y hielo que salió en todas direcciones, cubriendo el suelo que me rodeaba y arrasando con todo cuanto encontró a su paso. Todo menos ella. Porque ella formaba parte de mí y mi magia la reconocía. El hielo lo envolvió todo y ni siquiera la lava candente fue capaz de derretirlo mientras acortaba la distancia para llegar a su lado.

Jamás había sentido tanto miedo como en ese momento. La volteé con dificultad y su cuerpo no opuso resistencia alguna. Rasgué mi muñeca con una daga y dejé que mi sangre la cubriera mientras susurraba palabras antiguas de conjuros olvidados que tiempo atrás me había mostrado mi padre. La vida. La muerte. Existe una barrera invisible entre ellas y yo, mejor que nadie, la conocía.

—¡Joder! —Escuché una voz a mi lado. La ignoré.

—Ha luchado hasta su último aliento —susurró Kevin, dejándose caer al otro lado del cuerpo

de Margaret. El dolor contenido en su voz no era ni de cerca parejo al que yo sentía, incluso si él también lo lamentaba. No le contesté. Me limité a seguir vertiendo mi sangre sobre ella sin dejar de pronunciar palabras en un viejo idioma muerto que jamás habrían escuchado los jóvenes miembros de la tribu que me acompañaban.

—¿Podrá hacer algo? —Debía de ser Eamonn. ¿No podían simplemente callarse?

—Ella dio su vida para protegerle. —Oí que le susurraba Kevin a su primo y sentí que aquella verdad me quebraba por dentro. ¿Por qué había cometido semejante estupidez?

—Mila y Colin han activado sus sellos —murmuró una nueva voz.

—Necesita unos minutos —declaró Kevin.

—Igual no los tenemos —repuso el otro—. Este hielo no va a contener el fuego eternamente.

Mi hielo. El dolor de que me la hubieran arrebatado. La explosión de poder sin control. Saberla en ese estado me había hecho enloquecer. Intenté mantener la calma mientras sentía la conexión que nos unía. En mi interior. Su luz. Seguía allí. Tiré de ella.

—*Téigh siar* —le pedí—. Vuelve.

Su cuerpo se estremeció y sus pulmones se hincharon de golpe haciendo que resoplara de forma brusca.

—¡¿Cómo coño?! —soltó la tercera voz que me rodeaba.

—¡Ha vuelto! —exclamó Kevin, que se apresuró a acercarse a ella.

No le di tiempo a que valorara su estado, porque la cogí entre mis brazos y la estreché contra mi cuerpo. Sentía que mis fuerzas empezaban a menguar. A nuestro alrededor la escarcha que todo lo cubría se resquebrajaba, advirtiendo que pronto no quedaría más que vapor y frágiles pedazos de hielo.

—Tienes que prender tu llama, Ares —me pidió Kevin, pero apenas era capaz de escucharle. El corazón de Margaret latía contra mi pecho, pero lo hacía lentamente, casi como si cada latido le supusiera un gran esfuerzo. Sus brazos estaban cubiertos de una gruesa capa de roca y sus dedos estaban parcialmente carbonizados.

—Yo velaré por ella, con mi vida si es necesario. —Una mano presionó mi hombro. Me giré para observar a aquel hombre—. Soy el guardián de la tribu y siento que ella… también forma parte de nosotros.

—Cuidaremos de Margaret —murmuró Kevin, acercándose a mí. Extendió sus brazos para que le tendiera el cuerpo aún inconsciente de Margaret—. Solo hay una forma para sacarla de aquí, Ares, y está en tus manos.

Apreté con fuerza la mandíbula mientras me resistía a dejarla, pero Kevin estaba en lo cierto. No había otra forma de poder llevarla a un lugar seguro donde curar sus heridas. Tenía que activar el tercer cierre. Y salir de aquella trampa mortal.

Con sumo cuidado la deposité en sus brazos tras estudiar el rostro de aquel hombre. Me levanté y me dirigí a la pira.

Las llamas me rodearon cuando invoqué el primitivo poder del fuego. Una explosión de luz nos arrastró a la realidad que tiempo atrás habíamos abandonado. Mi mente estaba embotada por la magia que había usado y la sangre que había derramado para traerla de vuelta.

—¡¡Margaret!! —Fue Mila la primera en liberarse de aquel trance y su chillido desesperado fue el que me obligó a distanciarme de aquella bruma para aclarar mi mente y poder ir a su encuentro.

Kevin la sostenía en sus brazos y aunque estaba muy débil, podía sentir que seguía aferrándose a la vida que le había sido devuelta.

—Está bien. —Fue Eamonn el que interceptó a Mila, abrazándola para contenerla, mientras Kevin se acercaba a mí, sosteniendo a mi mujer entre sus brazos. Intenté erguirme, no mostrarme débil, incluso si en esos momentos era así como me sentía.

Tenía una flaqueza que me convertía en alguien voluble incapaz de controlar su temperamento. Había roto barreras que jamás pensé que llegaría a cruzar para recuperar a Margaret y, sin embargo, me traía sin cuidado. Quizá eso era lo que más debería preocuparme.

—Está viva —aseguró Kevin.

—Está quemada y cubierta de sangre —tartamudeó Mila. Colin había llegado hasta Margaret mientras Eamonn contenía a la hija de Anam, que temblaba de pies a cabeza.

—La mayor parte de la sangre no es suya —murmuró Colin y elevó la mirada hacia Kevin, como esperando que este le brindara algún tipo de respuesta.

—Ares —repuso, sin ningún tipo de tapujo.

—¿Qué sucedió? —cuestionó Colin.

—Un gólem de fuego intentaba llegar a Ares mientras él estaba en trance. —Fue Eamonn el que respondió—. Kevin intentó que se mantuviera al margen para que yo pudiera protegerla con mi escudo desde el montículo en el que estábamos, pero ella decidió enfrentarse a él por su cuenta.

—Margaret… —susurró Mila, que parecía estar quebrándose por dentro.

—Siempre ha demostrado ser una mujer temperamental —opinó Kevin con una sonrisa tierna. Desvió su mirada para centrarse en mí—. Ella eligió. Usó su magia para contener a la criatura para proteger a Ares. —Kevin me sostuvo la mirada, como si me estuviera examinando—. Cuando él despertó del trance rompiendo su vínculo con el cierre, creó esta brutal tormenta de hielo que congeló la lava y nos permitió llegar hasta el montículo central, pero Margaret ya estaba muerta.

—¿Muerta? —Mila se tensó. Tenía las pupilas dilatadas y las lágrimas caían por sus mejillas—. ¿¿Está muerta??

Su grito de lamento me emocionó. Su rabia no era difería mucho de la que yo podía haber sentido, incluso si el vínculo que las unía era distinto al que nosotros compartíamos.

—*Estaba* muerta. Ares la ha traído de vuelta —contestó Kevin.

—Eso es imposible —murmuró Colin, pero ignoré su pregunta mientras levantaba los brazos y Kevin depositaba a Margaret en ellos, con sumo cuidado. Sentí que mi corazón se calmaba con aquel contacto. Debía volver a mi fortaleza. Ambos necesitábamos recuperarnos.

—Debemos llevarla a casa —sentenció Mila, que estaba sumamente nerviosa, como si tuviera miedo a perderla. Podía entenderla.

—No sabía de ningún druida que fuera capaz de devolverles la vida a los muertos —remarcó Colin frunciendo el ceño mientras me estudiaba—. ¿Cómo…?

—No sabéis nada, en realidad, sobre mí.

—No es que nos hayas dado la oportunidad de conocerte tampoco, pese a que a algunos no nos importaría hacerlo —intervino Kevin.

—Los druidas no pueden hacer algo que atenta contra las leyes naturales de la vida y la muerte, contra la naturaleza —sentencié, sosteniéndole la mirada a Colin. Las palabras de Kevin me habían sorprendido, pero no tenía ni tiempo ni interés en reflexionar sobre ellas en esos momentos. Necesitaba volver a casa. Con Margaret.

—¿En qué te convierte, entonces, lo que has hecho? —cuestionó Eamonn.

—En digno hijo de mi padre.

—¿Un fomoriano, tal vez? —me preguntó Colin. Supongo que siendo él quien hacía esa aportación, no debía de tomármelo como un insulto. Negué su suposición.

—No fui elegido para proteger la entrada del inframundo por casualidad —les confesé mientras la calidez del cuerpo de Margaret me reconfortaba.

—¿Quién era tu padre? —Eamonn me observó, había curiosidad en sus ojos.

—Mac Lir, aunque es posible que oyerais hablar de él como Manannán —repuse.

Las pupilas de los miembros de la tribu que me rodeaba se dilataron. Supuse que sí que habían oído hablar de él, después de todo.

—Esa revelación es sorprendente —murmuró Kevin—. Supongo que eso explica muchas cosas.

—Yo me ocuparé de ella —sentencié mirando a Mila.

—Nosotros lo haremos —negó la hija de Anam mientras Colin se acercaba a ella y la tomaba de la cintura, estudiándome, y asegurándose de que su mujer no se acercara demasiado a mí. Supongo que tardaría tiempo en asimilar la realidad de quién era yo. No podía negarle ese derecho.

—Margaret estará bien con Ares —intervino Kevin, sorprendiéndome.

—Pero… —Mila no parecía conforme con esa decisión, pero en esos momentos, me traía sin cuidado y no tenía intención de demorarme para explicarle algo que solo nos afectaba a Margaret y a mí.

Incliné la cabeza hacia Kevin a modo de agradecimiento; tal vez no perdía nada en volver a interesarme en la tribu. Los que quedaban distaban mucho de los ancianos que habían gobernado Eyre en tiempos pasados.

Dejé que mi magia fluyera y se abrió un portal a la que era mi casa.

—Ares —me llamó Mila—. Margaret es muy importante para mí.

—Cuidaré de ella —le aseguré—. Ahora y siempre.

Atravesé el portal, dejando a la hija de Anam más confundida que otra cosa.

El portal nos llevó directamente hasta el remanso de sanación y paz que suponían las aguas termales de mi fortaleza.

Descendí cargando a Margaret entre mis brazos, incapaz de separarme de ella y sentir su corazón palpitando de nuevo. Noté que las perneras de los pantalones que llevaba bajo mi túnica se empapaban a medida que bajaba los peldaños, pero nada de aquello importaba. Dejé que el agua rodeara a Margaret, manteniendo su cabeza apoyada sobre mi pecho.

La luz de las esbeltas columnas parecía palpitar con más fuerza, como si quisiera transmitirnos parte de su fortaleza. La necesitábamos, ambos. Entoné un cántico antiguo. Una llamada de auxilio formulada en versos arcaicos. La magia respondió a mi voz y la luz comenzó a cubrirnos.

Sentí mi cuerpo más liviano mientras observaba cómo las placas de lava reseca que cubrían sus brazos comenzaban a deshacerse. Me impactó ver su carne, carente de piel, y supe la agonía que había vivido. ¡Ojalá pudiera encontrar la forma de hacer que olvidara el dolor que había sufrido!

La ropa maltrecha que aún la cubría empezó a caerse a pedazos mientras la magia sanadora envolvía con delicadeza su cuerpo, cubierto únicamente con la cota forjada con la magia de Beltane, que al menos había protegido su torso del apetito voraz del fuego. Ni siquiera eso había

sido suficiente para protegerla. La había perdido durante unos segundos, tal vez unos minutos…

Jamás sería capaz de aceptar ese sino, incluso si su naturaleza era mortal.

El agua a nuestro alrededor se tiñó de tonos oscuros por los restos de tierra, ceniza y sangre que cubrían su cuerpo, pero la magia de aquel lugar la purificaba, volviéndola de nuevo cristalina. Observé con cierto nerviosismo cómo el tejido sano se regeneraba a una velocidad prodigiosa sobre sus quemaduras. Contemplé aquel milagro con devoción, sintiendo como su luz, poco a poco, brillaba con mayor intensidad. Me mantuve allí, abrazándola durante el tiempo que duró aquel proceso, hasta que cada centímetro de tejido carbonizado fue restituido. Minutos, tal vez horas.

Antes de que abriera los ojos supe que estaba despertándose de aquel letargo, pero no fue hasta que vi su mirada confusa fijarse en mis ojos, que no me sentí totalmente tranquilo. Si pudiera, me gustaría encerrarla en una cúpula de cristal que la protegiera del mundo, pero sabía que jamás me perdonaría que hiciera eso. ¿Cómo podría vivir sabiendo que tarde o temprano la perdería? Fuera la magia de Anam o la crueldad del tiempo… yo… no podía simplemente aceptarlo.

—No deberías haberlo hecho —le critiqué, recordando la rabia y la frustración que había experimentado cuando supe que su corazón no latía.

—¿El qué?

—Arriesgarte.

—El gólem —murmuró, como si recuperara poco a poco sus recuerdos—. Lo logré, ¿verdad?

—Lo venciste, sí —afirmé, con un deje de orgullo, incluso si aún estaba enojado con ella.

—Así que Ares está bien —murmuró.

Fruncí el ceño. ¿Acaso había perdido la memoria y no me recordaba?

—Estoy bien —le aseguré, mirándola con atención, buscando una chispa de reconocimiento por su parte—. Quiero que me prometas que jamás volverás a exponerte así. —Sentí una calidez extraña en el pecho al verla entre mis brazos y decidí sincerarme, finalmente, con la que sentía como mi mujer—. No podría volver a perderte.

—¿Qué lugar es este? —me cuestionó, ignorando mi petición y la desesperación impresa en cada una de aquellas palabras.

Dolía… La distancia que se sentía entre nosotros en esos momentos, incluso si estaba acunada entre mis brazos y su rostro apenas a unos pocos centímetros. Mi necesidad por ella. Por saberla a salvo.

No sabía qué había hecho mal durante el proceso. Me estremecí, apretándola contra mi cuerpo. Nunca había traído a alguien del más allá, antes. Incluso si su alma apenas se había alejado de su cuerpo, tal vez ya existían consecuencias que me eran desconocidas. ¿Era por eso por lo que no me reconocía ni recordaba haber estado antes en mis termas?

—Ya has estado antes aquí, *mo Sholas* —le susurré, dispuesto a reponer todos y cada uno de los recuerdos perdidos y construir nuevos juntos.

—¿Me has insultado?

—¿Por qué piensas eso?

—Ares me dijo una vez que era terca.

—Y lo eres —murmuré, sintiendo un dolor sordo en el pecho—. ¿Acaso no me reconoces? ¿No sabes quién soy?

—Eres como Ares, así que supongo que al final sí existe algo después.

—¿Después?

—De la muerte.

—Crees que estás muerta.

—Estoy muerta —afirmó con vehemencia—. Pero está bien. Todo está bien.

—No tiene sentido nada de lo que dices.

—Ares está vivo y yo estoy justo donde siempre he querido estar.

—¿En las puertas del inframundo? —le pregunté sin conseguir entender el curso de sus pensamientos.

—En tus brazos.

—*Mo Sholas*, mi luz. Te dije la noche del solsticio que eras luz. Lo cierto es que eres la única capaz de iluminar mi camino.

—Lo recuerdo —murmuró antes de mostrar una pequeña sonrisa, tierna, como si aquello la emocionara—. Ares dijo que era luz.

—¿Y si te dijera que no estás muerta?

—No te creería. —Genial. Ella recordaba, solo que daba por sentado algo que, en realidad, sí había pasado. Sonreí, porque la situación era ridícula; con lo terca que era, no sabía lo que tardaría en hacerle entender que la había traído de entre los muertos porque no era capaz de vivir sin ella. Era mi todo.

—Ares no solía sonreír.

—Eso era antes de conocerte. Eres mi luz, Margaret, *mo Sholas*. No podía dejarte marchar: tú quisiste salvar mi vida y luchaste contra el gólem, yo hice lo propio contigo cuando me necesitabas.

—Eso no tiene mucho sentido. Da igual. Este momento, este lugar… Es simplemente perfecto.

—Tú eres perfecta.

—¿No vas a besarme?

—Yo… —Sus manos se cerraron sobre mi túnica y se incorporó ligeramente mientras cerraba los ojos al aproximarse a mí.

Descendí a su encuentro mientras el fuego del deseo despertaba en mí con demasiada urgencia. Me encontré besándola como jamás había besado a una mujer antes: con la necesidad de atesorar cada momento y la avidez del sediento al encontrar una fuente de agua fresca.

Abrió ligeramente la boca y mi lengua buscó la suya mientras mi cuerpo se tensaba preso de la excitación de sentirla de aquella forma. Se removió entre mis brazos para incorporarse y colocó una pierna a cada lado de mi cadera. Avancé con ella abrazándome con todo su cuerpo hasta una de las columnas para apoyar su espalda en ella mientras devoraba su boca y deseaba…

—Has de saber que esta vez no es un sueño —ronroneé cuando la escuché jadear—. Ni estás en un lugar más allá de la vida o la muerte. No voy a mentirte, Margaret, moriste, sí, pero te traje de vuelta porque ahora que te he encontrado no puedo… Eres mía, *mo Sholas,* siempre lo fuiste, pero estaba ciego y no supe verlo antes. Perdóname.

—Ares.

—Dime que tú también me deseas, que estás dispuesta a formar parte de todo esto, de lo que soy. Que te mantendrás a mi lado y que seremos uno. Sé que es pedirte mucho, pero no podría seguir viviendo con menos.

—Esto no puede ser real.

—¿Cómo puedo demostrártelo?

—¿Hace falta que lo hagas? ¿No podemos simplemente…? —Su boca buscó la mía y el deseo

venció mi propósito de explicarle con sumo detalle cuáles eran mis intenciones respecto a ese «nosotros».

Poco sabía de su pasado, pero sí lo suficiente como para querer hacer las cosas según sus propios principios. Sí, podía dejar que la necesidad de sabernos vivos se manifestara entregándonos el uno al otro en ese momento, pero lo cierto es que quería más: la quería a ella y hacerlo implicaba respetar sus antiguas creencias, aquellas que hicieron que tiempo atrás se entregara a un hombre, uno solo, el que fue su marido.

—Solo dime que me aceptas y seré tuyo —le supliqué mientras mis manos apretaban sus nalgas para aproximarla a mi cuerpo, necesitando sentirla de todas las formas posibles.

—Claro que te acepto —ronroneó con voz seductora mordiéndose el labio inferior. Gruñí, incapaz de contenerme, pero sabiendo que ella aún no se creía que, si dábamos un paso adelante, ya no había vuelta atrás.

—Si nos acostamos juntos, Margaret, tu sino y el mío pasarán a ser uno. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí. —Esta vez alzó el mentón y sus ojos se clavaron en los míos. Esa era la única respuesta que ansiaba escuchar.

—Así sea, *mo Sholas, anois agus i gcónaí*, ahora y siempre. —La besé con fiereza antes de alzarla de nuevo para llevarla entre besos apasionados y jadeos hasta uno de los laterales de la terma. La coloqué con cuidado sobre el margen de mármol para poder buscar entre los pliegues de mi túnica mi vieja daga.

Vi que sus ojos miraban el filo del metal y aproveché ese momento para deslizar la túnica por encima de mi cabeza, lanzándola al frío suelo de mármol unos metros más allá de donde estábamos. Sentí el agua sobre mi piel, pero lo que me hizo estremecer fue su mirada ardiente y cómo sus manos empezaron a recorrer la piel de mi torso desnudo.

Me aproximé a ella para depositar apasionados besos por su cuello mientras buscaba los límites de la cota para tirar de ellos y desnudarla. Deseaba sentir su piel contra la mía. Notar sus pechos rozando mi torso.

Gruñí y busqué a tientas la daga. La necesidad apremiante de fundirme dentro de su cuerpo. Apenas me separé porque no quería dejar de sentirla, pero tomé la daga y la coloqué sobre la palma de mi mano mientras ella me contemplaba excitada. Alcé la mirada para observarla mientras le decía:

—Un pacto de sangre. Tú y yo, siendo uno.

Ladeó la cabeza y deslizó su mano sobre mi esternón, una sensual caricia que retaba a mi capacidad de control. Usé el filo de la daga sobre mi mano y aguardé a que ella me tendiera la suya. Lo hizo, con una mezcla de ferviente lujuria y miedo tiñendo su mirada. Dibujé en su palma una fina línea con la daga y al momento vi que se teñía con un fino hilo de su sangre. Lancé la daga al suelo de piedra antes de unir mi palma con la suya.

Exhalé un suspiro, sobrecogido por una extraña emoción.

Ya estaba hecho.

Margaret me pertenecía.

Y yo a ella.

—Espero que te hayas recuperado por completo —susurré mientras desplazaba su mano hacia el agua para que sellara su herida; y cuando vi que había cicatrizado la levanté y empecé a deslizar mis labios por la piel desnuda de su brazo y ascendí hasta llegar a la curva de su cuello—. Porque necesitarás estar en plena forma para todo lo que deseo hacerte.

—Ah, ¿sí?

—Ya lo creo —mascullé mientras deslizaba mis manos para amasar sus pechos, haciendo que se arqueara por la excitación—. Ya lo creo.

Sin dejar de tocarla, busqué el lóbulo de su oreja mientras pellizcaba sus pezones; sus gemidos eran adictivos. Sentirla así. Tan vulnerable y expuesta; tan mía. Tal vez debería marcar con mis labios todos y cada uno de los centímetros de su piel para que, cuando mirara su cuerpo desnudo, fuera consciente de que no era un sueño caliente lo que habíamos compartido. Que era real. Tan real como lo éramos ella y yo.

—Ares…

La apreté contra mi cintura y jadeó al notar cómo me afectaba tenerla parcialmente desnuda entre mis brazos. El deseo quemaba más que el fuego al que acabábamos de enfrentarnos.

Busqué su boca mientras mis brazos la alzaban para que se anclara alrededor de mi cintura. Presioné mi pelvis contra su cadera. Mi miembro erecto estaba ansioso por hundirse en ella. Tanto como yo. Escuché como se reía, nerviosa y excitada. Su risa me volvía loco de deseo. Me tomé solo unos pocos segundos para observarla, desnuda y desinhibida, dispuesta a entregarse a mí.

—Tan bella…

—Me parece que te falla la vista o hace demasiado que estás solo —se burló. Observé su rostro, sus ojos brillantes y su mentón altivo. Su rostro estaba cambiando, pero no me importaba, porque seguía siendo ella. Mi luz.

—No me importa haber vivido una eternidad solo, porque ahora todo tiene sentido —le aseguré mientras volvía a apoderarme de su boca y me liberaba de los pantalones que solía usar debajo de la túnica.

Me aproximé lentamente a ella, colocándome entre sus piernas, mientras nos sosteníamos la mirada el uno al otro. El agua a nuestro alrededor era testigo de las promesas que nos habíamos hecho y nos acompañaría mientras culminábamos físicamente nuestra unión.

Empecé a susurrarle palabras de amor en una lengua antigua que ella no conocía mientras buscaba el hueco entre sus piernas y presionaba con mi miembro para adentrarme en su cuerpo. Jadeó, presa en parte por la excitación, pero también por el dolor.

—Yo no… —tartamudeó, incómoda, mientras se removía, como si mi presencia en su interior, sentirme realmente dentro de su cuerpo, hubiera hecho que tomara conciencia de que era real.

Hacía mucho que no estaba con un hombre, y yo siglos desde la última vez que me había acostado con una mortal. Ambos teníamos nuestras necesidades, supongo. Le mordí el lóbulo de la oreja mientras comenzaba a moverme con embestidas duras en su interior. Tal vez no era la mejor forma para que se habituara a mi presencia, pero el deseo me estaba consumiendo y apenas era capaz de controlarlo.

—Dime que pare si te duele.

—¿Lo harías?

—Haría cualquier cosa que tú me pidieras —mascullé embistiéndola de nuevo, sin dejar de mirarla mientras nuestros cuerpos convulsionaban el uno contra el otro.

—¡No quiero que pares! —gimió y jadeó al mismo tiempo mientras decía aquello. No pude menos que reír por lo bajo, porque su necesidad era pareja a la mía.

Incluso si el deseo me apremiaba, me obligué a moverme más lentamente para que aquello no acabara demasiado pronto. Quería disfrutar de sus jadeos, de sus risas, de sus miradas vidriosas y

de sus gemidos agónicos. Verla perderse en su propio orgasmo y que me acompañara también en el mío. Quería que aquel momento no acabara nunca.

La quería a ella.

Anois agus i gcónaí.

Ahora y siempre.



El paraíso

Bostecé. Me sentía aturdida, cansada y dolorida, pero nunca había estado mejor que en ese momento. Me resistía a abrir los ojos. No tenía claro qué me encontraría y los recuerdos eran demasiado dulces como para abandonarlos. Ares estaba vivo y yo había ido a parar a un lugar en el que no me importaría quedarme para siempre.

Era absurdo.

Después de tanto tiempo temiendo a la muerte, ahora podía afirmar que el más allá era un premio. Uno de lo más excitante, de hecho. Reí por lo bajo, incluso si me debía de ver ridícula. Era imposible mantener aquella locura contenida.

Mis manos se movieron y sentí un tejido suave y fresco al tacto. Seda. Suspiré, intentando aferrarme a los recuerdos, a los besos, a las palabras emotivas compartidas y a la perfección de lo que había vivido. Sabía que muchas personas me criticarían por aferrarme a algo que solo estaba dentro de mi cabeza, pero me traía sin cuidado.

Suspiré, sabiendo que no me podría esconder eternamente. Después de la calurosa bienvenida que había tenido, estaba claro que aquello tenía que ser lo más parecido al cielo que podía existir para alguien como yo: medio sensible y medio hada, antes mitad viva y mitad muerta y ahora… lo que fuera.

Abrí los ojos y la luz del lugar me deslumbró durante unos segundos.

Estaba estirada en una cama que no me era del todo desconocida. Dosel con hebras de plata y sábanas de seda del mismo color. Los cojines estaban revueltos y varios de ellos habían acabado en el suelo; recordaba exactamente el momento y el porqué, aunque supuse que eso no venía al caso.

Me fijé en la decoración solemne de aquella enorme estancia de blancas paredes de mármol con grabados en plata y en los enormes espejos cuyos marcos eran obras de arte. Al lado de mi cama había una silla con una túnica cuidadosamente doblada sobre ella. Era blanca, pero de una tonalidad tan pura que parecía brillar por sí misma. Busqué mi maltrecha ropa, pero no había señal de ella. Una pena que no hubiera caminado sola, desde las aguas termales en las que el Ares de mi imaginación me había desnudado antes de besar prácticamente todos los rincones de mi cuerpo.

Me sonrojé. Era estúpida por recordarlo de aquella manera, supongo, pero se había sentido tan real, esa mezcla de desenfreno, crudo y hasta desesperado que se intercalaba con delicadas

caricias y besos trémulos del descubrirse, el uno al otro, dos amantes.

Me levanté y sentí mis piernas más fuertes. Más ágiles. Me encogí de hombros mientras pasaba la túnica por encima de mi cabeza. Me anudé una cinta plateada a modo de cinturón y contemplé mi reflejo en uno de los espejos de aquel lugar. Era una versión de mí misma más joven, aunque mis mejillas sonrojadas seguían siendo las mismas.

Busqué unas sandalias o algo que ponerme en los pies, pero no encontré nada cerca de la cama y no me sentí capaz de empezar a husmear tras las puertas de lo que parecía un armario.

Me quedé paralizada cuando vi que sobre una mesa había una cúpula de cristal que contenía una rosa de pétalos rojos. Una casualidad, tal vez, pero era innegable el parecido que tenía con la que le regalé a Ares en un momento de debilidad. Me negué la posibilidad de que fuera la misma. Al fin y al cabo, yo estaba muerta.

Me dirigí a la puerta de dos hojas y tras empujarla con ambas manos me encontré en un pasillo. Ladeé la cabeza, recordando vagamente cómo me había llevado en brazos por un lugar similar, pero no fui capaz de recordar exactamente el camino. Tal vez no hacía falta hacerlo y solo se trataba de imaginarlo. Desear llegar hasta allí. Sonreí. Quizá la muerte me premiaba dándome todo aquello que siempre había anhelado. No pensaba quejarme al respecto.

Me quedé quieta observando una de las muchas estatuas que decoraban aquel infinito corredor hasta que un carraspeo me obligó a dar un bote. Me giré, ligeramente asustada, para encontrarme al Ares de mis sueños. ¡Era tan sumamente atractivo! Se mordió el labio inferior mientras me estudiaba.

—Estás preciosa. —Reí al escuchar aquel comentario y opté por hacer una ridícula reverencia. Se acercó a mí con pasos lentos y mirada de depredador, recordándome cómo había conseguido enloquecerme mientras entraba y salía de mi cuerpo. Me sonrojé cuando aquel recuerdo en concreto volvió a ser el centro de mi atención.

—Supongo que tendrás hambre, *mo Sholas* —susurró al llegar frente a mí. Su mano buscó mi barbilla y la elevó ligeramente. Me sorprendió descendiendo poco a poco hasta que sus labios se posaron sobre los míos, besándome con suavidad.

—Sí, tengo hambre —murmuré—. ¿Es normal que tenga hambre? Soy nueva en esto.

—¿Por qué no deberías tener hambre? —me cuestionó tras liberar mi mentón y buscar mi mano. Se sentía bien tenerle tan cerca. Entrelazó sus dedos con los míos.

—No sé. No me imaginé que los muertos organizaran grandes banquetes.

—Los muertos.

—Me gusta este lugar, ¿sabes? —continué—. Y me gusta que tú me acompañes.

—Me alegra oírlo.

Caminamos uno al lado del otro, en un silencio que era sumamente agradable.

—Margaret, ¿qué te hace pensar que estás muerta?

—Lo sentí. El frío y el vacío; sé que morí.

—No negaré esa parte, pero ya te advertí ayer que te traje de vuelta.

—Míranos —le dije elevando nuestras manos enlazadas—. Estamos juntos y tengo el cuerpo de una mujer de menos de treinta años. Más muerta no puedo estar, pero supongo que al final he sido lo suficientemente buena como para ganarme el cielo.

Un ruido extraño me hizo girar para mirarle. Ares estaba riendo por lo bajo. Riendo. Ese no podía ser Ares, realmente, pero se sentía como si lo fuera. Estaba bien así.

—¿Cuántas veces tendré que decírtelo, *mo Sholas*? —me cuestionó con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Depende del qué. Alguien dijo que era testaruda.

—Lo sigo opinando —masculló entre dientes, aunque no parecía enfadado—. Vamos a exponer tu situación a ver si consigo hacerte entrar en razón.

—Puedes probar —le reté mientras él chasqueaba los dedos y dos puertas se abrían para mostrarnos un gran salón en el que había varios candelabros encendidos a modo de centros de mesa. Escuché mi estómago rugir al ver varias bandejas repletas de deliciosa comida.

—Creo que mi puca quiere adular a la señora de la fortaleza —declaró en voz alta y escuché un crujido en un extremo. Allí estaba aquella criatura recubierta de pelo.

—Es un gran cocinero —opté por defenderle y el puca dejó de mirar la punta de sus pezuñas para mirarme.

—El amo no podía haber encontrado a una mejor esposa —opinó con voz alegre. Le sonreí, porque todo aquello era un absurdo.

Sí, recordaba todo lo que había pasado la noche anterior. Tenía intención de recrearme en aquellos recuerdos si mi actual presente se disolvía y me encontraba, no sé, encima de una nubecita de algodón con gusto a azúcar. Prefería los polvazos de anoche con ese Ares que me acompañaba que no la música de unas cuantas arpas y unos pocos angelitos celestiales medio en pelotas.

—Tal vez Margaret necesite algunas de sus antiguas pertenencias —intervino Ares acercándose a una silla de regio respaldo que separó de la mesa antes de mirarme. Me acerqué y la ajustó mientras me sentaba—. ¿Qué quieres que te traiga?

—¿Que me traiga?

—¿Ropa quizá? Tal vez te sientas más cómoda con lo que solías usar en la superficie que no vestida con una túnica.

—No, esta túnica me gusta, es perfecta —negué, decidida a quedarme con aquella prenda cuyo tejido me tenía cautivada. Ares me sonrió.

—Bien. —Sus ojos brillaron con cierta satisfacción—. Cuando consiga volver a estabilizar todas las defensas de la fortaleza iremos a la superficie. Sé que Mila estará preocupada y necesitarán nuestra ayuda con la tercera prueba.

Ladeé la cabeza. ¿Mila preocupada? ¿La tercera prueba? ¡Mierda! Mila estaría más que preocupada. Incluso sin pretenderlo, era como una segunda madre para ella y hacía demasiado poco que había tenido que enterrar a su padre. La tercera prueba, el caldero de Dagda, ¡todo parecía tan lejano!

—Pero no podemos…

—¿Qué no podemos?

—Estoy muerta.

—¿Quién está muerto? —cuestionó el puca.

—Tiene la extraña teoría de que está en algo parecido al paraíso.

El puca rio por lo bajo y en el rostro de Ares apareció una sonrisa ladeada.

—Solo un poco muerta —sentenció aquella criatura, señalándome—. Esas alas son vestigios del pasado, se siente la muerte en ellas, de la misma forma que se siente la vida en la ama.

—No tiene sentido —negué, recostándome en la silla. Ares cogió una tostada y la untó de mermelada con un cuchillo de plata.

—No estás muerta —insistió tras dejar la tostada en mi plato y empezar a untar otra que colocó después en el suyo.

Me quedé en silencio, reflexionando sobre aquello. ¿Y si era verdad? ¿Y si no había muerto?

¿Y si Ares había conseguido salvarme de alguna manera?

—¿No estoy muerta? —titubeé. ¿Era eso posible?

—No lo estás.

—Entonces tú y yo…

—Intimamos ayer, sí.

Intimar era una forma muy cortés de decir todo lo que habíamos estado haciendo anoche. Una cosa era pensar que no eran más que fantasías, pero la posibilidad de que hubiera sido real… Podría decir que me ruboricé, pero lo cierto era que mi cara y mis orejas se pusieron de color escarlata.

Ares miró al puca y este hizo una reverencia antes de desaparecer. El hombre a mi lado bebió de su copa antes de dirigirse a mí:

—¿Te incomoda hablar de ello?

—Preferiría sufrir amnesia —murmuré deseando hundirme en la silla o volverme invisible.

—En tal caso tendría el deber moral de ayudar a tu memoria a recordar todos y cada uno de los detalles recreándolos de nuevo —ronroneó con sensualidad, haciendo que mi cuerpo se estremeciera ante sus palabras.

—Yo no…

—He tenido dudas esta mañana de si era más correcto despertarte entre caricias y besos con la intención de volverme a enterrar entre tus piernas o si debía dejarte descansar y permitirte asumir lo que ha sucedido, al margen de lo que por lo visto sí recuerdas.

—¿Qué ha sucedido? —tartamudeé aquello, porque pensar en el resto me escandalizaba y excitaba en partes iguales. Sí que recordaba, sí, la parte del sexo.

—Nuestros votos.

—¿Qué votos?

—Los que pronunciamos anoche, antes de acostarnos juntos.

—Yo recuerdo algo, pero no entiendo; no es posible.

—Eres mi luz, *mo Sholas*, la única mujer a la que he amado y amaré. —Era un buen momento para tener un infarto, pero mi corazón parecía más fuerte que nunca, el traidor.

¿Acababa Ares de decirme que me amaba, así, como si nada, a la cara, con la firmeza y seguridad que siempre desprendía y que hacía incuestionable la veracidad de sus palabras? ¿Me amaba? Pero ¿que había de Anam? ¿De la madre de Beltane?

—Pero yo no… Anam era… —tartamudeé.

—Ella era mi amiga, mi compañera. Nuestra amiga, nuestra compañera, después de todo. Es cierto que mi relación con ella no fue meramente fraternal, pero jamás sentí el deseo absurdo de dejarlo todo para seguirla ni la necesidad irracional de hacerla mía.

Me quedé en silencio, mirándole, sin acabar de dar crédito a sus palabras. Levantó la palma de su mano y me mostró una cicatriz. De forma instintiva, busqué mi mano y encontré una muy similar a la suya.

—Podría haber usado mi magia para hacer que no fueran visibles, pero quiero recordar ese momento para toda mi eternidad. Nuestro vínculo.

Tragué saliva. Magia de sangre, antigua. Había aprendido lo suficiente sobre la tribu de los Tuatha dé Dannan como para sospechar que aquello implicaba algo importante. Un pacto. Él y yo, me había dicho, siendo uno.

—No sé si ella lo sabía —continuó Ares—. Lo que tú podías llegar a significar para mí. La vida a veces es caprichosa, pero al final cada uno encuentra su destino. Solo lamento no haber

sido capaz de verlo antes. Estaba encerrado en mis responsabilidades y en mis obligaciones; no supe apreciar lo que había frente a mí. Siempre hubo algo. No podía simplemente ignorarte, incluso si se suponía que no eras más que una mortal —me confesó—. Me gustaba cómo sonaba tu nombre en mis labios y cómo, cuando lo usaba, tus ojos buscaban los míos. Supongo que por eso siempre alargaba ese momento en el que sabía que sería el centro de tu mirada, incluso si no entendía por qué esos segundos me hacían sentir más vivo.

Me puse una mano en la boca, incapaz de decir nada. Apenas podía dar crédito a sus palabras, pero, al mismo tiempo, tenía la sensación de que realmente era la verdad que Ares había atesorado en silencio. Que se abriera a mí me impresionaba tanto como el hecho de lo que me decía.

—Hace tiempo que yo también sentía algo por ti —murmuré antes de levantar las manos, cuya piel firme y tersa, sin arrugas ni manchas, no podían pertenecerme—. Me gustaría que esto fuera real, pero es imposible. Morí. Esta no soy yo.

—Sí lo eres —me contradijo.

—Era así hace muchos más años de los que me gustaría admitir. Esto no puede ser otra cosa que una fantasía. Un sueño, en el mejor de los casos, si es que realmente no he muerto.

—Entiendo tus argumentos y no puedo darte más que una firme suposición para justificar tu aspecto —me contestó tras asentir—. Tu cuerpo empezó a cambiar una vez sellamos nuestro juramento; creo que es algo que tiene que ver con lo que eres y lo que yo soy.

—No te entiendo.

—Las hadas se forjaron con la sangre de mi madre, así que los sensibles tenéis sangre de la tribu, Margaret. Creo que al formalizar nuestro vínculo ese remanente ha cobrado más fuerza. Tal vez se alimente de mi magia o de lo que yo soy, no lo sé, pero creo que mientras yo exista, tú también lo harás.

—Pero eso…

—Piénsalo. Si solo podemos amar a una única mujer y esa descendiera de la tribu, pero su sangre al mismo tiempo fuera mortal, ¿cómo soportaríamos su pérdida cuando pasaran apenas unas pocas décadas?

—Pero el padre de Mila, él murió.

—Porque Anam ya no estaba a su lado, así que prevaleció su propia naturaleza.

—¿Crees que ahora soy inmortal?

—No lo sé, pero dadas las circunstancias no descarto esa posibilidad que, por cierto, me tranquiliza bastante. No puedes imaginar la angustia que sentía ante la certeza de que en unos años tendría que superar tu pérdida. Temía que, si te hacía mía, el vacío de tu ausencia cuando partieras me condenaría el resto de mi existencia. Ese era uno de los motivos que me retenían a expresar abiertamente el afecto que te profeso.

—¿Había otros?

—Daba por sentado que no me correspondías.

—No pensé que a mi siglo cumplido pudieras pensar en mí como algo que no fuera un vejestorio arrugado y desvaído.

—Soy mucho más viejo que tú, Margaret, insisto.

—Pero siempre has sido apuesto, Ares, y nunca te han dolido los huesos al despertarte ni has necesitado pararte a recuperar el aliento cuando tan solo estás caminando.

—Mi magia habría calmado tus dolencias y me hubiera sentado a tu lado cuando requirieras una pausa. Si una cosa no tengo, Margaret, es prisa. Te amo por lo que eres, no por lo que

aparentas. Tu luz brilla con la misma intensidad que hace unos días. Sigues siendo la misma mujer. Y yo seguiría enamorado de ti.

—Es real.

—Es real —confirmó Ares.

—Hay algo que sigue sin tener sentido. Tú ya encontraste a tu alma gemela, la mujer que tenía que acompañarte a lo largo de tu vida.

—Anam nunca fue esa persona.

—No me refería a ella, sino a la madre de Beltane.

—¿Qué tienen que ver Beltane y su madre en esto?

—¡Engendraste en ella! —exclamé irritada, enfadada porque sus palabras me quemaban por dentro y me dolía creer y no creer en ellas al mismo tiempo.

—Eso fue mucho antes de que mi madre muriera o que Dagda maldijera a la tribu.

—¡Mierda! —solté de repente, en *shock*—. Eso no me lo esperaba.

Ares rio por lo bajo, sus ojos brillaron con algo que no podía ser otra cosa que diversión.

—Soy viejo, Margaret, y creo que ya deberías empezar a asimilarlo. Anam y yo éramos los únicos que quedábamos de los antiguos. La madre de Beltane era un hada cuya belleza no está a tu altura.

—Pelota —le solté, aunque una sonrisa entre coqueta y vanidosa asomó a mi rostro.

—¿Tienes alguna otra duda que necesite resolverse?

—Entonces, tú y yo…

—Estamos casados.

—¿Casados? ¿Estamos casados? —me atraganté, no tengo claro con qué, porque desde que Ares había empezado a hablar no había sido capaz de probar bocado.

—Dadas las circunstancias, pensé que era lo más adecuado.

—¿Adecuado? ¿Circuns-qué?

—Eres mi luz. La única. He intentado ser bastante preciso en lo que siento por ti y tú anoche me aceptaste. Sé que no tenías del todo claro que todo era real, pero no me pareció correcto tomarte sin desposarte primero.

—¿Por…?

—Me contaste lo de tu antiguo esposo. Que solo habías intimado con él. Me pareció que formalizar nuestro enlace era lo más correcto antes de ¿cómo describiría tu amiga Marisa lo de anoche?

—Follar como dos salidos —solté de golpe y Ares sonrió. ¡Mierda! ¿Lo había dicho en voz alta?

—Eso.

—Estoy viva y estamos casados.

—Correcto.

—Creo que tardaré un tiempo en hacerme a la idea.

—Es posible que tengamos toda la eternidad, excepto que vuelvas a cometer alguna insensatez, aunque, si lo hicieras, creo que volvería a buscarte entre los muertos para traerte de vuelta, pero que eso no te sirva de precedente, así que no vuelvas a arriesgar tu vida otra vez, ni por mí ni por nadie —me recriminó alzando una ceja.

—¿Puedes hacer eso? ¿Traer a la vida a alguien que ha muerto?

—Lo cierto es que nunca antes lo había hecho —murmuró, ligeramente incómodo—. Mi padre era un dios poco habitual.

—¿En qué sentido?

—Poseía la capacidad de caminar entre los vivos y los muertos.

—Suena un poco siniestro.

—Solía acompañar a las almas de los antiguos dioses hasta el lugar que les correspondía en el más allá. Digamos que todos, guerreros, druidas o reyes, le temían.

—¿Has estado alguna vez allí?

—No —negué—. Nunca me han interesado los muertos, hasta que por poco pierdo a la que ahora es mi esposa. —Por su gesto, creo que pretendía ser una mezcla entre recriminación y broma—. La magia que poseo para crear portales a mi antojo es la única herencia que creía tener de él. Por lo visto hay más, aunque preferiría no tener que explotar esa parte de mi potencial otra vez.

—Oído cocina —mascullé y añadí con una amplia sonrisa—: Tomo nota, nada de intentar salvarte otra vez, ya te apañarás solo.

—Nunca más vas a volver a exponerte de esa forma, *mo Sholas* —me advirtió con gesto solemne—. Con todo, supongo que sería descortés por mi parte no agradecerte que intentaras velar por mí.

Sus ojos brillaron con expresión traviesa y su mirada se desplazó a mis labios. Me sonrojé un poco, como si pudiera predecir lo que sucedería a continuación.

—Muy descortés —ronroneé con expresión inocente. Ares rio por lo bajo.

—Pensaba que tal vez querrías desayunar primero, pero quizá debería mostrarte primero mi agradecimiento y, además, es posible que te ayude a abrir el apetito.

—¿En serio?

—Creo que ya estás recuperada.

—No sabría decirte.

—Vamos a descubrirlo. —Se levantó de la silla para poner las manos sobre los reposabrazos de la mía y se acercó lentamente, como si fuera un depredador y yo la presa.

—Estás preciosa con esa túnica, pero preferiría volver a tenerte desnuda entre mis brazos.

—Pues no sé a qué esperas —le contesté con un tono de lo más descarado.

Sus ojos brillaron. Susurró algo y la luz de la sala se apagó, haciendo que solo los candelabros nos iluminaran. Sus brazos me rodearon y me alzaron como si no pesara nada mientras sus labios buscaban los míos y nos fundimos en un apasionado beso. De nuevo.



No puede ser

—¿Vas a vestirte o pretendes ir desnuda? —me preguntó Ares mientras empezaba a abotonarse la parte frontal de una túnica de color gris marengo con bordados en los puños de las mangas.

Le saqué la lengua, aún tendida en la cama. Las sábanas estaban arrugadas y ligeramente humedecidas por el sudor de nuestros cuerpos. En el tiempo que llevábamos allí metidos, no sé cuántas veces había tenido que cambiarlas el puca. Me sentiría culpable si no fuera porque irradiaba tanta felicidad que me era imposible albergar algo que no fueran buenas vibraciones.

—Hacía tanto que no tenía las tetas caídas que casi es un delito cubrirlas —opiné mirando las dos protuberancias turgentes y ligeramente enrojecidas por las raspaduras de la barba incipiente que cubría su rostro. Puso los ojos en blanco al escuchar mi comentario y se limitó a seguir vistiéndose. Me quedé allí, intentando no babear demasiado, pero haciéndolo.

—¿Te gusta lo que ves? —me cuestionó divertido.

—Eres un presuntuoso, estaba admirando la túnica.

—Ya.

—Ajá.

—¿Puedes hacerme el favor de vestirte?

—Podría.

Ares bufó mientras fruncía el ceño y yo seguía tirada en la cama, contemplándole.

—Por favor, amada esposa, ¿puedes cubrirte antes de que decida postergar aún más la maldita reunión con el resto de la tribu y decantarme por deleitarme de nuevo con placeres mucho más mundanos?

—¿Reunión? ¿Hemos quedado?

—Fui a ver a Ryan mientras dormías.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —le increpé, incorporándome de un salto de la cama.

Ahora podía hacer ese tipo de cosas, había estado correteando por los pasillos, extasiada por la sensación de ligereza de aquel nuevo cuerpo que había sido el mío tiempo atrás, aunque apenas recordaba cómo era ser así. Joven. De nuevo.

—Intenté contártelo —masculló molesto—, pero acabaste desnudándote en medio de la sala y mis intereses cambiaron de objetivo.

—Kevin siempre se quejaba de que Marisa y Kellan se pasaban el día… —No acabé la frase y me limité a sonrojarme mientras su mirada se volvía ardiente.

—¿Vas a vestirte o envío al puca a decirles que aún estás indispuesta? —me preguntó haciendo alusión a que de tanto comer me había pasado media hora vomitando en el baño. Por lo visto mi estómago aún no le seguía los pasos al resto de mi cuerpo.

—Vooooy —gruñí mientras me cubría con una túnica y debajo de ella me enfundaba unos pantalones ajustados como los que Ares solía usar. Tensé un cinto y vi que la túnica en cuestión tenía dos largas aberturas a ambos lados de mi cadera para facilitar mis movimientos.

Un cosquilleo me recorrió cuando atravesamos el portal y me recordó a cómo se sentía el aliento de Ares rozando mi piel cuando me susurraba en un lenguaje antiguo que desconocía. Si eran palabras de amor o guarradas, no sabría decir, pero me excitaban igualmente.

No nos aparecimos en la biblioteca de la tribu, sino en el jardín de mi casa, ese detalle me sorprendió casi tanto como ver a tantas personas allí metidas, esperándonos.

—Pero ¿qué…?

No tengo claro quién había dicho aquello, pero podría haber sido cualquiera de ellos. Sonreí mientras observaba a Aislin y a Grace, una al lado de la otra, a Mila junto a Colin y Eamonn, a Marisa sentada al lado de Kellan y, a pocos metros del resto, a Kevin y Ryan. Todos ellos amontonados en el jardín de mi casa, como si fuera el nuevo centro social de los Tuatha dé Dannan. Inspiré profundamente al sentirme en casa. En mi pequeño remanso de paz. El que durante tanto tiempo había sido mi hogar. Las conversaciones se apagaron mientras todos nos miraban.

—¿Eres tú? ¿Margaret? —Fue Mila la que dijo aquello, mientras daba pequeños pasos, dubitativos, hacia mí.

—Mi pequeña —susurré emocionada, separándome de Ares y abriendo los brazos. Mila se lanzó a la carrera hasta que llegó hasta mí. La abracé y escuché que hipaba, como si estuviera conteniendo a duras penas el llanto.

—¿Margaret? —masculló Marisa, acercándose mientras ladeaba la cabeza—. ¡Joder!, pedazo de *spa* ha de tener Ares.

—Eso no me lo esperaba —murmuró Kevin, acercándose a nosotros, levanté la mirada y él me sonrió antes de añadir—: Lo otro cantaba.

—¿Estás bien? ¿Seguro que estás bien? —me preguntó Mila separándose ligeramente de mí, pero sin abandonar la calidez de mi abrazo—. Se te ve bien, pero…

—Estoy bien —le aseguré—. Aunque Ares tardó un poco en convencerme de que no estaba muerta.

—Estás mejor que viva, pimpollo —soltó Aislin, haciendo que Mila riera.

—Eres una caja de sorpresas, Ares. —Mila le miró antes de añadir—: Gracias por traerla de vuelta y por lo que sea que le hayas hecho.

—Eso ya podría explicártelo yo —murmuró Kevin por lo bajo, entre risas suaves muy masculinas.

—¿Otra de esas habilidades poco conocidas del que era tu padre? —le cuestionó Ryan a Ares, pero él se limitó a encogerse de hombros y no le contestó.

Sospeché que no les había contado aquello, lo que había pasado entre nosotros. ¿Acaso no quería que lo supieran? Esa posibilidad hizo que me achicara un poco.

—¿Qué habéis encontrado? —les pidió Ares, que no parecía estar dispuesto a quedarse mucho rato. Me asaltaron mil dudas. ¿Qué pasaría entonces? ¿Se marcharía sin más? ¿Me pediría que le acompañara? Me sentí un poco incómoda; mientras habíamos estado en su fortaleza todo parecía fácil. Ahora, sin embargo, me carcomía el no saber.

—Mila recuperó un pergamino en la última tumba. Hemos conseguido desvelar el grabado, un dibujo de una flor, pero el texto aún es un misterio —empezó Kevin—. Sospechamos que tiene algo que ver con la magia eléctrica, porque complementa a las magias primigenias, igual que el hielo o el fuego.

—Queremos recrear una corriente artificial para desvelar el texto —añadió Ryan.

—Un poco arriesgado, pero menos que valernos de nuestra magia —concluyó Colin.

—El poder eléctrico es uno de los más difíciles de dominar —admitió Ares—. Muchos druidas murieron intentando hacerlo.

—Por eso te necesitamos —sentenció Colin y Ares asintió.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como sea posible —repuso Kevin.

—Esta vez sí voy a pedirte que te quedes al margen —intervino Mila mirándome—. No puedo volver a perderte, Margaret.

—Esta vez no tomaré ninguna decisión precipitada —intenté tranquilizarla—. Tu madre dejó esa pista en mi jardín por algún motivo. Somos los sensibles los que podemos ver el brillo que emiten los pergaminos, después de todo. Anam no hacía las cosas al azar.

—Tal vez esa fue desde el principio su intención —murmuró Ares—. Solo un druida podría desvelar el camino al caldero, pero jamás sería capaz de llegar a él si actuaba solo.

—¿Significa eso que no vas a oponerte a que participe? —le cuestioné.

—Soy tu esposo, no tu amo.

—¿Per… do… na? —tartamudeó Mila, las pupilas dilatadas y su cuerpo temblando de la impresión.

—¡Hay que joderse! —soltó Marisa.

—Pues creo que eso justamente es lo que han estado haciendo esos dos —añadió Kevin entre risas.

—¿Esposo? ¿Esposo? ¿De qué diablos está hablando? —exclamó Mila que tartamudeaba y se removía inquieta.

—Ya sabes, es eso que pasa cuando un hombre y una mujer y luego ñaca-ñaca —añadió Ryan que parecía estar a punto de morirse de la risa—. ¿Sorprendente? Bastante. Supongo que nuestro duende no era tan altruista como para arriesgarse a cruzar el velo para traerla de vuelta si no hubiera tenido un interés personal, después de todo.

Ares los ignoró y Mila empezó a andar de un lado al otro, como si no supiera cómo gestionar emocionalmente aquello.

—Lo importante es que está viva —opinó Colin, intentando calmarla.

—Y buenorra —añadió Kellan, que se llevó un codazo de su propia esposa.

—Creo que así no ayudas, Kellan —le recriminó Eamonn, que se acercó a Mila, interceptándola en su caminar funesto—. ¿Qué es lo que te enoja? ¿Que haya encontrado su propia felicidad o el miedo a que al hacerlo puedas perderla?

—¡Vete a la mierda! —masculló enojada y se giró para enfrentar a Ares. Elevó un dedo en su dirección—. ¿La has coaccionado? Si has usado en ella algún maldito conjuro mental o una mierda de ese tipo para obligarla a que te acepte, te juro que…

—¿Qué exactamente? —la retó Ares dando un paso hacia ella. Su magia le rodeó cuando Mila comenzó a emitir un brillo entre violeta y plateado. Vi que Colin se tensaba.

—¿Podéis dejar de comportaros como dos críos? —me interpuse, colocando las manos en jarra sobre mi cadera. Miré a Mila—. ¿Amas a Colin?

—¿A qué viene eso? —balbuceó ella y, viendo cómo le sostenía la mirada, añadió entre dientes—: ¡Claro que lo amo!

—¿Y cómo sé que no te ha hecho un conjuro mental o *alguna mierda*? —usé sus propias palabras.

—Por favor, Margaret, no es lo mismo —protestó ella.

—Sí lo es. Anam y Dagda se aseguraron de que así fuera.

—No puedes estar hablando en serio. Ares no puede amarte.

—Gracias por la confianza, hija —le contesté poniendo los ojos en blanco, pero sonriéndole al mismo tiempo—. Es un poquito lento de reflejos, así que se tomó su tiempo en darse cuenta, pero sí lo hace.

—¿Y si te ha dicho eso solo para complacerte? —me preguntó indecisa, como si no confiara en Ares. Supongo que compartía alguna de sus dudas, pero no podía bajar la guardia y que ella pudiera presentirlas. Debía mostrarme firme.

—Te aseguro que eso lo ha hecho varias veces y no me quejo —le solté y Marisa y Aislin empezaron a reír, aunque intentaron contenerse al ver la mirada enojada de su amiga—. Hay muchas cosas que no sé, Mila —admití acercándome a ella. Coloqué mi mano sobre su mejilla y la magia que palpitaba a su alrededor se suavizó un poco—. Solo sé que te quiero, muchísimo, como si fueras la hija que nunca tuve y siempre deseé. También sé que desde que le conocí, Ares caló muy hondo dentro de mí. Nunca pensé que fuera a existir un nosotros, probablemente él tampoco, hasta que todo cobró sentido.

—Pero…

—Yo tampoco estoy del todo mentalizada; un cambio así requiere tiempo. La verdad es que cuando desperté en su fortaleza di por sentado que estaba muerta y que todo formaba parte de una fantasía maravillosa, como si me estuvieran premiando por mi buen comportamiento en vida, dándome todo lo que hacía tiempo que deseaba.

—Que se resumiría en un buen revolcón —indicó Kellan antes de soltar un par de carcajadas.

—O unos cuantos —murmuró Ryan con expresión de hastío.

—Correcto —concluyó Kevin con una amplia sonrisa en el rostro.

Al fin Mila sonrió. Una de esas sonrisas pequeñas, trémulas, inseguras, pero supe que lo estaba haciendo. Estaba entendiendo.

—Sospecho que tu madre lo sabía. Que él y yo compartíamos ese algo que tú compartes con Colin, pero, por lo visto, Ares es lento y yo nunca le di más importancia que el hecho de que tenía un cierto encaprichamiento —bromeé—. Sé que es complicado. No importa. Será lo que tenga que ser. Ares ha demostrado que está dispuesto a luchar por mí. Me siento feliz, Mila. Todos los peros no importan.

—Estoy en *shock*. Necesito tiempo para asimilarlo —murmuró—. Pero si estás bien, yo también me siento feliz por ti.

Volvimos a abrazarnos.

—Un desenlace de lo más sorprendente —opinó Ryan.

—No tanto —negó Kevin—. Hace tiempo que estaba esperando que acabaran sucumbiendo.

—¿En serio? —cuestionó Ryan elevando una ceja, incrédulo.

—Pude verlo.

—¡Joder con los sensibles! —masculló el erudito.

—Ya que abundáis, espero que podáis ver lo que nos espera en la tercera prueba, porque Marisa se queda fuera —declaró Kellan.

—Porque tú lo digas —le soltó ella mostrándole una peineta.

—No vas a volver a meterte en una mierda que puede matarte.

—¡Mira quién fue a hablar!

—Marisa…

Escuché como se enfrentaban el uno al otro con una amplia sonrisa en el rostro. Ares se acercó y me separé de Mila.

—Tenemos que volver, *mo Sholas* —susurró. Asentí. Miré a Aislin y a Grace, al jardín que con tanto empeño había cuidado durante toda mi vida. Creo que él pudo ver la tristeza que me embargaba al despedirme de aquello, incluso si no llegué a decirlo con palabras, pero sabía que aquel ya no sería mi hogar. No más.

—No podría atender la fortaleza si mi mente está pendiente de todo lo que podría pasarte en la superficie —intentó justificarse y me emocionó que lo hiciera. No desearía quedarme allí, sin saber cuándo podría volver a verle, aunque desprenderme de la persona que había sido también me dolía.

—Lo sé.

—Te traeré siempre que me lo pidas. —Apenas fue un susurro, su aliento sobre mi piel, una promesa.

—Está bien así —le aseguré, incluso si dolía—. Grace, Aislin, cuidad de mi casa. Ahora es vuestra.

—¿Vas a quedarte allí? —me cuestionó Mila, que no parecía especialmente contenta con aquella idea. Yo tampoco tenía claro qué sentir al respecto.

—Iremos viendo cómo gestionarlo poco a poco —repuse, esforzándome en sonreír.

—Es irónico —murmuró Ryan—. ¿Os suena la historia de Hades y Perséfone?

Ares le gruñó mientras abría a nuestro lado un portal. Se giró para contemplarme.

—Margaret —susurró aquellas tres sílabas, alargándolas. Le sonreí y los miedos que empezaban a acechar en mi interior se aplacaron.

Cruzamos el portal y nos encontramos en uno de los balcones que daban al vacío del inframundo. La luz de aquel lugar contrastaba con la oscuridad que habitaba en el exterior.

—¿Por qué te ha molestado el comentario de Ryan? —le cuestioné mientras él se colocaba a mi espalda y me abrazaba.

—Hades representa al dios del inframundo, solo que, en las historias de los antiguos dioses griegos, allí habitan los muertos. Era mi padre el que podía cruzar el velo y llegar hasta ellos, pero no estoy en condiciones de negar que poseo su destreza ni los paralelismos que existen entre lo que hay al otro lado del abismo y la propia muerte —reflexionó en voz alta—. Desde que fui consciente de lo que sentía por ti, me inquietaba pensar que, amándote, te encadenaría a este lugar y, al final, es justamente lo que he hecho. Como hizo Hades.

—No me has encadenado, Ares, tu amor me hace sentir viva.

—Margaret, yo no puedo rechazar mis obligaciones porque si lo hiciera correrías peligro, pero tampoco soy capaz de prescindir de tu compañía y dejar que sigas con tu vida en la superficie, pero me duele saber que te privo de contemplar ese jardín que hace que tu mirada se ilumine de satisfacción.

—Estaré bien aquí, contigo, y podremos disfrutarlo, juntos, de tanto en tanto, cuando volvamos a la superficie —argumenté, acariciándole mientras él me mantenía abrazada—.

Entiendo que tu vida es compleja y, por ende, ahora también la mía. Quiero seguir viendo a las personas a las que quiero, pero tampoco me imagino viviendo en la superficie si tú no me acompañaras. Estaremos bien. Si estamos juntos.

Prescindir de la vida que había dado por sentado que me acompañaría hasta el fin de mis días se me hacía difícil. Debía hacerlo porque le amaba, pero también amaba las puestas de sol, sentir el aroma de las flores en primavera o reír con las personas que durante mi vida me habían acompañado. Sabía que seguiría contando con Mila y el resto, pero me vinieron a la mente Eilis y Cara. No podía arrastrarlas a esa locura; les había podido ocultar las alas que había a mi espalda, pero no podía justificar el que ahora era mi cuerpo sin contarles la verdad y dudaba de que estuvieran preparadas para escucharla.

Cerré los ojos, recordando la visión de Ares con su madre: él había sacrificado su vida para proteger Eyre de los fomorianos; había llegado el momento de que alguien se sacrificara por él.

—Te quiero, Ares.

—Haré lo que esté en mi mano para compensarte —susurró besándome en el cabello, emocionado.

—Ya lo has hecho. Si no fuera por ti, estaría muerta. De hecho, tal vez ha llegado el momento de que Margaret Spencer deje de existir. Hay personas que no están preparadas para la verdad.

—Y otros son *lentos* —se burló, usando la palabra que yo había utilizado para describirle—. ¿Estás segura? ¿Quieres fingir tu propia muerte?

—Las personas necesitan despedirse de aquellos que les son queridos —declaré, pensando en la vida que había llevado tiempo atrás. En Alexander. En George. Asentí—. Se merecen poder hacerlo y seguir adelante. Yo también lo he hecho. Hemos avanzado juntos, Ares.

—Te amo, Margaret, *mo Sholas*, ahora y siempre.

Me acerqué a él y sus brazos me rodearon.

Descansé mi cabeza sobre su pecho, sintiendo que ese era el único y verdadero lugar en el que quería estar. Nos quedamos allí durante unos minutos que se hicieron largos, incluso si fueron simplemente perfectos.

Entramos en la fortaleza, dejando atrás aquel balcón desde el que se podía observar el vacío que nos rodeaba. Sentí la calidez de Ares rodearme mientras caminábamos en dirección a un ala en la que no había estado nunca.

—Hay algo que me gustaría regalarte. ¿Qué sabes de mi padre?

—Lo poco que me has contado. No recuerdo que Anam me hablara de él.

—Nadie solía nombrarle si podía evitarlo. Frecuentar el mundo de los muertos es algo que hasta a los dioses antiguos les daba cierto reparo.

—Comprensible.

—Fue de los dioses que acompañaron a Nuada y su corte cuando llegó a Eyre, aunque su ascendencia nunca fue bien conocida.

—¿En qué sentido?

—Se cree que su padre pertenecía a otra estirpe de dioses antiguos que gobernó el norte tiempo atrás.

—¿Un fomoriano? —le cuestioné sorprendida por aquella posibilidad. Sabía que era habitual que tuvieran idilios con dioses de otras etnias, haciendo que hubiera híbridos como Lug o Bres. O, para ser más precisos, era algo frecuente hasta que Anam limitó la descendencia de la tribu.

—No, aunque sus extrañas habilidades facilitaban esa confusión y creo que él disfrutaba con ese punto de misterio.

—¿Y cuál era en realidad su linaje?

—Provenía de una raza de dioses caídos en el olvido más antiguos que la tribu y también más poderosos, aunque poco más puedo decirte.

—No fue una relación fácil, por lo que veo.

—¿En qué sentido? —me preguntó.

—De padre e hijo. No creo que fuera muy cercano.

—No lo fue, no, pero tampoco le necesité a mi lado. Eobagail, el padre de mi madre, veló por mí en cuanto mis habilidades empezaron a evidenciarse, pero no es esa la historia que quería contarte.

—Perdona, yo…

—Nunca te disculpes. Cada pedazo de mi vida, de lo que soy, también te pertenece. No me importa mostrarte todos y cada uno de los fragmentos que me componen, pero eso nos llevaría bastante tiempo.

—Supongo que una versión resumida me vale —bromeé y él me sonrió. Su pulgar comenzó a dibujar círculos sobre el dorso de mi mano mientras caminábamos por uno de los muchos pasillos de mármol blanco.

—Mi padre tenía algunas posesiones únicas que eran bastante envidiadas dentro de la tribu. De todas, la más conocida era un bote capaz de navegar sin velas ni remos.

—¿Un bote?

—Uno que podría llevarte a cualquier parte, Margaret —susurró con una emoción contenida en su voz—. Surcaría el mar embravecido, pero también el vacío.

—¿Como el que rodea la fortaleza? —exclamé asombrada.

—Justamente.

—Entonces ¿podrías llegar hasta el otro lado del abismo? ¿A la tierra de los fomorianos?

—Solo un loco cometería semejante travesía, pero podría hacerla, sí. Ese bote me permite controlar el vacío y asegurar que nadie intente cruzarlo. La fortaleza puede advertirme si algo así sucede, pero es mi responsabilidad llegar hasta ese foco de insurgentes y anularlo.

—Suena peligroso.

—Lo es.

—¿Sucede a menudo?

—En contadas ocasiones, pero solo se necesitaría un intento exitoso para que el mundo que conoces pudiera convertirse en el caos.

—Ya veo.

Seguimos caminando en silencio hasta que se paró frente a una enorme puerta de color blanco. Sobre su superficie había cientos de grabados que no supe descifrar. Ares liberó mi mano y colocó ambas palmas sobre ella. Su luz palpitó y los grabados se iluminaron y cubrieron por completo su superficie. Se escuchó un ruido sordo y la puerta empezó a abrirse.

—Mac Lir, mi padre, tenía también un casco y una coraza que se decía que eran invulnerables, pero nunca se hallaron tras su partida. Sin embargo, además del bote me dejó a *Fragarach*, su espada, y una capa muy especial.

La habitación en la que entramos no tenía ventanas, pero Ares chasqueó los dedos y varios apliques en las paredes emitieron aquella luz blanquecina que le caracterizaba. En el centro de la estancia había una gran piedra con una espada clavada que me hizo pensar en la leyenda del rey Arturo. Cuando nos acercamos, la espada comenzó a lanzar un suave destello plateado.

—Es preciosa —susurré observando la elegancia del pomo y el brillo que desprendía.

—Jamás la he empuñado —me confesó—. Mi padre era un hechicero, más que un druida. Su magia y la mía no tienen mucho en común, incluso si llevo su sangre. Desconozco cuántas vidas ha sesgado *Fragarach*, pero es un arma mágica venerada por los ancianos de la tribu. Convierte al portador en señor de la niebla, algo que sería más propio de la magia que proviene de la oscuridad que de la luz.

—Por eso te negaste a usarla.

—En todas las personas existe una dicotomía: luz y oscuridad, bien y mal. Creo que pocas personas son tan conscientes como yo de esa realidad. Mi madre era luz. Mi padre… ni siquiera yo tengo claro qué era exactamente.

—Siempre he visto tu luz brillar con fuerza, Ares. No sé mucho de vuestro mundo, pero la luz, en ti, es fuerte. —Él se limitó a asentir. Se colocó cerca de la espada y cerró los ojos. Sentí una brisa fresca revoloteando a mi alrededor y cómo esta se volvía algo más furiosa al cabo de un momento—. ¿Pasa algo?

—Es complicado encontrar algo que no se ve —me dijo y, de repente, algo me rozó. Vi que un tejido extraño aparecía entre sus manos—. Este es el regalo que quería hacerte, *mo Sholas*. La capa de mi padre.

—¿Estás seguro? —susurré impresionada, porque sentía que aquel tejido latía con una magia cuya esencia parecía tener vida propia. Supe que era un objeto muy especial. Único. Y yo solo era yo, después de todo.

—Tómala —me pidió mientras se acercaba y me la ponía sobre los hombros con movimientos lentos, dándole una solemnidad épica a aquel momento—. Si colocas su capucha sobre tu cabeza te convertirás en apenas una sombra y nadie, mortal o dios, podrá verte.

—¿Una capa de invisibilidad? —mascullé totalmente sorprendida.

—Algo así —afirmó—. Su magia va más allá de las capas que solían usar los dioses antiguos en la tribu o los conjuros de mimetismo que usamos los druidas para no ser vistos. No solo oculta tu imagen, sino también la calidez de tu cuerpo o el rastro que puede dejar tu olor.

—Es increíble.

—No te protegerá del filo de un arma ni de un ataque mágico, ten eso presente: sigues siendo vulnerable y frágil, Margaret. —Ares se quedó quieto, observándome, con gesto satisfecho—. Solo espero que sea suficiente. No puedo perderte, *mo Sholas*, ahora que te he encontrado. Eres mi luz.

—Prometo brillar para ti —afirmé en un susurro antes de añadir con expresión traviesa—: Siempre y cuando consigas encontrarme.

Ares sonrió mientras yo elevaba las manos hacia la capucha y me la colocaba sobre la cabeza. Sentí una extraña frialdad cubriéndome y me sujeté con fuerza a los hombros de Ares, sintiendo que su calidez me reconfortaba.

—No hagas que me arrepienta de haberte entregado este regalo, ocultándote de mí cuando eres mi todo.

—¿Y si quiero jugar?

—En tal caso, podrías besarme. —A tientas, buscó mi mentón para sujetarlo mientras profundizaba un beso que lo significaba todo.

Quizá a Mila le costaría un tiempo entenderlo, pero yo tenía la certeza de que me amaba.

Tanto como yo a él.



Confesiones

Dejé a Margaret en su antigua casa, junto al resto de las medio hadas.

Su rostro era un reflejo de la emoción que la embargaba: aquellas personas eran su familia. Yo había tenido una, tiempo atrás. Mi madre, Anam, Eogabail y Beltane. Ella aún tenía ese tipo de vínculos y yo no podía menos que respetarlos. Tal vez con el tiempo perderían parte de su fuerza, tal vez la distancia haría que se fortalecieran. No importaba. No mientras nuestras vidas estuvieran en juego. Entendía el sacrificio que suponía renunciar a ellos para compartir conmigo el que era mi mundo y también mi carga. Se había convertido, igual que yo, en una prisionera.

Me molestó la presencia de los mortales que vagaban por el castillo edificado en el Portal de las Hadas. Margaret me había contado mucho más de lo que sabía sobre aquel lugar y sobre el futuro que le deparaba. Tenía sentimientos contradictorios al respecto: que los descendientes de la tribu deambularan por allí como si fuera una posada de lujo no tenía claro si ensalzaba o negaba los deseos de mi madre. En cualquier caso, ella no llegaría a verlo.

Beltane, sí.

Para ella, esa era la única casa que había conocido. Su todo.

Incluso si no era tan solo un hada, porque mi sangre siempre fue evidente en su temple y carácter, vivió como si fuera una de ellas, riendo y llorando junto al resto de las hadas de mi madre. Quería ser yo el que le explicara todo lo que había sucedido. La segunda prueba que habíamos vencido y cómo el destino de Margaret se había cruzado con el mío.

Usé mi sangre para reclamar su presencia y se apareció frente a mí. Se inclinó y aunque parecía triste, no mostró interés en compartir conmigo lo que la afligía y yo no tenía intención de presionarla. Suficientes desgracias había vivido como para que no le dejara lamentarse de ellas.

—Hemos superado la segunda prueba —le conté mientras empezaba a caminar; se colocó a mi lado. Quería alejarme de los mortales, que se oían demasiado cerca, invadiendo el que tiempo atrás fue un lugar privado para los que éramos diferentes.

—Marisa y su marido estuvieron aquí hace unos días —me contó—. Estaban preocupados por una de las guardianas. Oí que la llevasteis a vuestra fortaleza. —Asentí y ella ladeó la cabeza—. ¿Me equivoco o la reclamasteis? ¿Es ahora vuestra esposa?

Me giré para observarla y ella me respondió con una pequeña sonrisa, cómplice. Siempre había visto más que las que eran sus iguales.

—¿Cómo lo sospechaste? —No dudé en que ella lo había sentido, de alguna forma. Ella lo

sabía. Lo que Margaret era para mí.

—Su luz y la vuestra, padre, tienen un patrón común —me confesó—. Siento que ella brilla más fuerte en vos y supongo que también debe de suceder a la inversa.

—Su cuerpo ha vuelto a la juventud —le conté—. Creo que tiene que ver con la formalización del vínculo. Tengo la esperanza de que, mientras yo viva, ella seguirá a mi lado, incluso si nació siendo una mortal.

—La magia de Dagda siempre fue poderosa —admitió ella, reflexionando sobre mis palabras—. Igual que la de Anam.

—Y tú siempre supiste más cosas de las que aparentabas saber.

—Aprendí del mejor.

Nos miramos y seguimos caminando, uno al lado del otro.

—¿Qué os preocupa? Deberíais sentiros dichoso.

—Es difícil ser feliz cuando sabes que acechan tantos peligros. —No me importaba mostrarme débil frente a ella—. Temo por lo que pueda suceder en la tercera prueba de Anam; no puedo negarle participar en ella, pero estuve a punto de perderla una vez.

—¿De qué se tratará esta vez?

—Electricidad —sentencié con voz dura—. La magia del rayo es caprichosa e incontrolable; nunca me sentí cómodo en su presencia.

—La Reina nunca dejó que ese tipo de magia llegara hasta su reino —murmuró Beltane, dándome la razón, a su manera. Mi madre siempre desconfió del rayo sibilante que sesga una vida a traición, sin apenas advertir de su llegada.

—Muy propio de Anam quebrar las normas inquebrantables.

—Cierto. —Sonreí a mi hija.

—Lamento no poder ayudaros; sabéis que protegería con mi vida a vuestra esposa si me fuera posible.

—Lo sé. Yo también lamento que no puedas hacerlo.

Seguimos caminando en silencio durante algunos minutos.

Me gustaría que pudiera volver a ser ella, tal y como había sido tiempo atrás. Una verdadera guardiana, rodeada de aquel fuego salvaje que decía mucho de su apasionado carácter.

—¿Sabes que pretenden convertir el edificio en un hotel? —le comenté.

—Lo sé.

—¿Qué opinas al respecto? Este es tu hogar, después de todo.

—¿Intercederíais por mí?

—Sabes que lo haría.

Se quedó en silencio, reflexionando sobre mi oferta.

—No será muy diferente a como fue —sentenció al fin y yo asentí.

Fue su último amante el que edificó aquella construcción para poder mantenerse cerca de ella. Si hubiera sido cualquier otro, mi madre se hubiera opuesto y hubiera encontrado la forma de ahuyentarlo, sin embargo, sentía cierta debilidad por el hijo que Beltane tuvo con aquel mortal. Dejar que se establecieran allí fue la forma de que Beltane pudiera saber en qué tipo de hombre se convertía su descendiente.

Varias generaciones de nuestro linaje vivieron allí hasta que fueron expulsados tras la interferencia de las brujas y de aquel ente oscuro; a partir de allí, aquel castillo se convirtió en maldito y las hadas se extinguieron.

Si Marisa y Kellan vivían y regentaban aquel lugar, sería como el hijo que, tras un largo

remanso de tiempo, volvía a casa. Ella era sangre de mi sangre porque descendía de mi única hija, después de todo.

—Así sea —sentencié—. Debo partir. Quiero hablar con los eruditos de la tribu sobre el tercer pergamino.

—El último. —Asentí—. Tal vez debería haberos comentado mi intención de darle a Marisa, nuestra descendiente, la daga que heredé de vuestra madre.

—Era tuya, mi querida hija, así que solo a ti te corresponde decidir sobre quién debe empuñarla; solo espero que sea digna del honor del que le has hecho partícipe.

—Lo es —aseguró Beltante—. Es valiente y generosa.

—Madre aprobaría tu decisión —le dije—. Marisa y Margaret serán dos guardianas fuertes. ¿Qué hay de la tercera?

—Grace es dulce y amable. No es una guerrera, padre, pero quizá eso es lo que la hace tan especial —opinó Beltane—. Su magia se vuelve débil cuando está lejos, pero el Portal ya la reconoce. Desde el solsticio su poder fluye con más fuerza.

—Si por mí fuera, preferiría que las guardianas se quedaran al margen de la tercera prueba.

—Marisa aún se arrepiente de no haber estado en el segundo reto, después de lo que le pasó a vuestra Margaret. Nada la detendrá. Su determinación es férrea.

—Me recuerda a la de alguien. —Vi en sus ojos una chispa de ese brillo que solía caracterizarla.

—Hace que me sienta orgullosa —admitió—. Aunque temo que se exponga a algún peligro.

—Kellan velará por ella, es un buen guerrero —le aseguré a mi hija, aunque no lo haría frente al Mac Cecht en cuestión.

—Lo sé. Y vos velaréis por Margaret, como siempre habéis hecho.

—Estuvieron a punto de arrebatármela. Mi mente estaba bloqueada en un cierre y enfrentó sola a una criatura de lava y fuego.

—¿Qué pasó? —me cuestionó tensándose.

—Consiguió cubrirla con su magia de tierra, pero las quemaduras que sufrió fueron demasiado graves para ella. Murió, Beltane, ella murió. —Mi hija se quedó petrificada, mirándome. Desvié los ojos para centrarlos en el horizonte—. Supongo que, al final, sí soy hijo de mi padre.

—Cruzasteis el velo.

—Apenas lo había traspasado —susurré—. Su luz iluminó mi camino. Ni siquiera tengo del todo claro cómo lo hice, pero la traje de vuelta.

—Tal vez no se habría ido —susurró mi hija—. Incluso muerta.

—¿Qué quieres decir?

Se quedó callada, y esta vez fue ella la que rehuyó mi mirada. Respeté su silencio.

—Me gustaría reunirlas pronto en el Portal —afirmó tras tomarse un tiempo.

—Margaret no desatenderá sus obligaciones. —Sonreí—. Cualquier excusa que le permita subir a la superficie para reunirse con las guardianas o con Mila, no va a desaprovecharla. Este lugar volverá a estar repleto de magia y de vida.

—Ya no quedan hadas —negó mi hija, mirándome como si deseara poder creer en mis palabras, pero sin ser capaz de hacerlo al mismo tiempo.

—Quedas tú y existen tres nuevas guardianas a las que deberás instruir —afirmé—. Quizá son solo mitad hada y mitad sensible, pero la sangre de mi madre corre por sus venas y la magia de las guardianas les fue entregada. El mundo ha cambiado. Tal vez ellas son el inicio de algo

nuevo.

—El sensible de la tribu…

—Kevin.

Beltane asintió antes de continuar:

—Me habló de una profecía.

—¿Suele venir a visitarte? —le pregunté con curiosidad. Kevin parecía tener la costumbre de visitar a todas las mujeres que me importaban.

—Siente curiosidad por su origen, aunque no le he contado nada.

—La historia de su madre —asentí—. Su luz solar brilla también en él.

—Así que fue vos quien le informó sobre quién era ella —me recriminó mi hija con una mirada de sabidilla que me arrancó una pequeña sonrisa y, al hacerlo, hizo que ella sonriera a la par mientras ironizaba—: Gracias por advertirme al respecto, padre.

—Me hablabas de una profecía.

—Hace referencia al resurgir de la tribu. Sobre la restitución del primer linaje.

—Mila.

—Sí, yo también creo que hace referencia a que el linaje de Nuada ha vuelto al poder a través de la hija de Anam.

—¿Qué más sabes de la profecía? —le cuestioné. Prácticamente había olvidado que la habían mencionado los eruditos hasta ese momento.

—No me dijo las palabras exactas, padre, pero tal vez sí lo haga si sois vos quién se lo pedís.

—Insinuaron algo sobre una profecía una de las veces que fui a su encuentro —admití—, pero opté por ignorar sus palabras.

—Fingisteis que ya la conocíais —afirmó mientras me miraba con expresión inteligente.

—Han tenido más de un milenio para estudiar el contenido de los pergaminos más modernos, yo solo tuve acceso a los de los antiguos.

—Habla del pasado, el presente y el futuro y cómo la tribu resurgirá de nuevo.

—Es algo muy ambiguo.

—Lo sé, pero tengo la sensación de que es algo importante. Algo que os afecta. Tal vez también al Portal.

—¿Por qué piensas eso?

—Vos formáis parte del pasado de la tribu, pero también sois su presente. —Miré a mi hija y decidí que en algún momento reflexionaría al respecto, incluso si era una teoría de lo más ambigua.

—Tal vez debería hablar con Kevin. Algún día. —Me despedí de ella para dirigirme a la biblioteca de la tribu antes de volver a por Margaret. No tenía intención de regresar solo al inframundo. Nunca más.

Los eruditos podían ser muchas cosas, pero no podía negarse que se tomaban sus deberes al pie de la letra: había decenas de libros y pergaminos abiertos por las mesas y los púlpitos.

El famoso Kevin estaba con ellos y fue él quien optó por saludarme:

—Dichosos los ojos que te ven, Ares. —Le saludé con un movimiento de cabeza.

—Me han dicho que has estado bastante entretenido en el inframundo —se burló Connor, pero opté por ignorarle.

—¿Qué tenéis?

—Mucha mierda —me contestó Ryan—. ¿Útil? No sabría qué decirte.

—Hemos encontrado algo sobre las brujas. —Miré a Connor, dispuesto a escuchar lo que tuviera que decirme—. Creemos que su padre era un fomoriano, de ahí que Carman, su madre, se decantara por ellos durante la batalla. Fue la esposa de Nuada quien mató al fomoriano y ella juró vengarse.

—Creemos que en realidad fue Dagda el que mató a Carman —añadió Kevin—, pero para entonces ya había tenido a la tríada, aunque hay quién refiere que fue también la esposa de Nuada la que los mató a ambos.

—Un encanto de mujer, ella —se burló Ryan.

—Es posible que las criaran los fomorianos y que conocieran a Bres antes de su reinado. Cuando Lugh ascendió al trono debieron de escabullirse y no llegaron a ser deportadas al inframundo.

—Lo que las hace muy viejas —sentenció Ryan tras la exposición de Connor.

—Y unas zorras implacables —continuó Kevin—. Usaron la maldición de Dagda como eje de su jodida venganza. Matando a las diosas nos condenaron a extinguirnos.

—Porque no nos planteamos que unas sensibles pudieran ser nuestras iguales, pese a que descendían de la tribu —matizó Connor haciendo una mueca. Creo que esa posibilidad nos había sorprendido a todos. No pensaba quejarme al respecto.

—¿Cómo supieron lo de Dagda? —cuestioné—. Llevaban mucho tiempo exiliadas para cuando Lug mató a su hijo y decidió maldecirnos.

—Tengo una teoría al respecto —opinó Kevin—. Una que a mis queridos primos no les gusta lo más mínimo.

—Te escucho.

—¿Qué sabemos realmente de lo que le pasó al druida?

—¿Qué quieres decir?

—Maldijo a la tribu, le pidió a Anam que escondiera su caldero y a los eruditos de la tribu que custodiaran este lugar, en el que dejó su grimorio, y nada más se sabe de él —empezó—. Muchos dieron por sentado que murió tras hacer aquel conjuro, pero hay algunos escritos que sugieren que emprendió un viaje a territorios lejanos.

—Que lo hiciera sin sus pertenencias más preciadas hace que sea poco probable —reflexioné en voz alta.

—Nadie encontró a Uaithne, su arpa, ni tampoco su maza —puntualizó Connor—. Quizá agotó su magia o se cansó de ser un druida y quiso ser un mero peregrino o un trovador.

—Supongamos que no murió tras realizar el conjuro de vinculación —reflexioné—. Continúa contándome cuál es tu teoría.

—Carman había vivido en Grecia durante mucho tiempo —intervino Ryan—. Creemos que tal vez se refugiaron allí y un Dagda cuyo corazón estaba quebrado por la muerte de su hijo se las encontró casi por casualidad.

—Lejos de Eyre su poder se vería afectado, convirtiéndole en alguien vulnerable.

—¿Cómo sino podrían haber matado al gran Dagda? Porque está claro que no volvió. —sentenció Kevin—. Creo que así descubrieron lo de la maldición y, en su sed de venganza, decidieron acabar con las diosas.

—Es una teoría plausible, pero sigue siendo solo eso, una teoría.

—Eso es cierto —intervino Ryan mirando a su primo.

—¿Habéis encontrado algo en el diario de Anam que pueda orientarnos sobre a lo que

tendremos que enfrentarnos durante la tercera prueba? —les cuestioné.

—No, pero esperamos traducir pronto el texto, y tenemos la corazonada de que se tratará de algo relacionado con la magia de las tormentas y los rayos. —Asentí.

—Hay una entrada al respecto, pero creemos que hace referencia al momento en el que declinó la balanza a favor de los milesianos y traicionó a su tribu —susurró Connor, como si no se sintiera cómodo hablando de aquello.

—Los antiguos líderes les pidieron tregua y los milesianos se la dieron, pero en vez de honrar a sus muertos, usaron esa pausa para invocar una tormenta cuya finalidad era que murieran en alta mar, sin volver a pisar tierra. Muy honorables no fueron sus acciones —sentencié.

—¿Estás justificando que Anam controlara la tormenta y la girara en contra de los suyos? —Ryan se tensó, sus puños apretados mientras la rabia le consumía.

—No lo hago —negué—, pero los que se hacían llamar los tres grandes reyes no tenían honor alguno. Le negaron a mi madre una compensación tras haber sido violada por uno de sus descendientes mortales y también a Anam cuando solicitó un castigo ejemplar contra el mismo mortal que, cegado por la rabia, acabó matándola. No se merecen mi respeto.

—Los ancianos eran lo peor —susurró Kevin colocándose al lado de su primo—. No te lo tomes a mal en lo que a ti refiere.

—No me considero uno de ellos.

—Pero lo eres, Ares, lo eres —me dijo mirándome fijamente. Supongo que no podía negarlo, incluso si me asqueaba. Jamás me representaron.

Tampoco a Anam.

Me mordí el labio inferior, pensativo.

—Ese pasaje. El de Anam calmando la tormenta. Tal vez sea justamente lo que necesitamos.

—¿Qué quieres decir?

—Si estamos en lo cierto, Anam usó tres formas de evolución de la magia para demostrar que estaba por encima de los que fueron sus predecesores —empecé—. Ella permaneció siempre a la sombra, incluso si su destino era, tal vez, ser nuestra Reina. A veces el poder no reside en lo que se hace, sino en saber controlarlo. Fue así como decantó aquella batalla, después de todo.

—Quieres aprender a contenerla —sentenció Kevin.

—Es lo que hizo ella.

—Buscaré ese pasaje —declaró Connor con ojos brillantes mientras yo asentía—. Te prepararé una copia, por si necesitas algo de tiempo para estudiarla. Deberíamos de concretar un día para reunirnos y planear cómo enfrentarnos a este tercer reto.

—Cuando tengamos el texto del pergamino —remarcó Ryan y añadió mirándome—: Hemos tenido una idea para desvelar su contenido, pero dependemos de que nos lleguen unas cuantas cosas…

No quise interesarme ni alargar la conversación, aunque era consciente de que tal vez el contenido de aquel texto podría orientarnos más que todo aquel montón de suposiciones.

—Dime cuándo y vendremos.

—Tres días —sentenció Ryan—. Yo creo que ese tiempo nos bastará.

Asentí. Estaba dispuesto a invocar un portal cuando Kevin me cuestionó:

—¿Puedo preguntarte por Margaret?

—Puedes hacerlo, pero no significa que vaya a contestarte.

—Solo quería saber cómo le están sentando todos estos cambios. Sé que no hace falta que te lo diga, pero es una gran mujer que, con su carácter, se ha ganado a más de uno de nosotros.

—Está adaptándose —cedí al ver la sinceridad de sus palabras—. Ahora está en su antigua casa, con las guardianas y, por lo que he oído, Mila también tenía intención de reunirse allí con ella.

—Una fiesta de pijamas —bromeó Kevin—. Si vas allí, me gustaría acompañarte.

—¿Para verla?

—Verlas, a todas ellas —me contestó—. El Portal y las guardianas también forman parte de mí, ¿recuerdas?

Me tomé mi tiempo en tomar aquella decisión. Cruzar un portal con alguien requería un sobreesfuerzo, pero también implicaba un cierto grado de confianza porque, durante el proceso, podía convertirme en un blanco vulnerable. Asentí. Si Kevin entendía que aquello era una concesión por mi parte, no lo tenía del todo claro.

—De hecho, hay algo de lo que quería hablarte.

—¿Sobre las sensibles? —Negué—. ¿Mi ancestro con alas?

—Hay algo que podrías hacer por mí. Tal vez entonces podría recordar algo sobre la guardiana que te precedió.

—Suena a chantaje.

—Considéralo más bien una oportunidad.

—Acepto, no tanto por lo que puedas aportarme de luz sobre mi pasado, sino porque la curiosidad me puede. ¿Qué podría querer un druida como tú de alguien como yo?

—¿Qué sabes de botánica? Sé que ayudabas a Margaret con su jardín.

Quizá era una idea absurda, pero si existía la posibilidad, merecía la pena probarlo, incluso si necesitaba la ayuda de Kevin. Y también su magia. Las puertas de la biblioteca se abrieron y comencé a caminar mientras le contaba cuáles eran mis intenciones y lo que pretendía que hiciera. Se limitó a escucharme antes de aceptar participar en el plan que había trazado, con una sonrisa en el rostro. La apreciaba, realmente.



El amargo sabor de las despedidas

Si una cosa no esperaba era ser yo quien acabara organizando mi propio funeral. Tenía amigas de todo tipo y mentiría si dijera que era la primera persona que conocía que hacía eso. Una conocida del club de lectura había elegido hasta la música que sonaría cuando su féretro entrara en la capilla. Puestos a preparar algo, yo casi que prefería una fiesta de esas locas de las que a veces hablaba Marisa.

La parte buena era que tenía intención de compartirlo con Mila, Marisa, Grace y Aislin. Tenía la esperanza de que aquello lo hiciera más llevadero, especialmente después de que hubiéramos acabado en el patio de la que había sido mi casa vaciando las últimas botellas de alcohol que quedaban en la despensa entre risas absurdas y mucho buen rollo.

Llevaba algo así como una semana en el inframundo, adaptándome al mundo de Ares y a la que sería mi nueva vida. He de admitir que se esmeraba en que me sintiera cómoda e intentaba pasar el máximo de tiempo posible conmigo, pero lo cierto era que la magia del castillo no se sostenía por sí misma. Poco a poco había ido descubriendo cómo funcionaba: Ares me había explicado cada detalle con mimo, para que pudiera comprender algo que, en realidad, me venía grande.

El castillo se sustentaba en cinco núcleos de poder. Cuando me lo contó, bromeé de que hasta en eso tenía tendencia a llevarles la contraria al resto de la tribu, porque tres solía ser el número que usaban para cualquier cosa que fuera importante. En vez de arrancarle una sonrisa, algo que conseguía hacer de tanto en tanto, había acabado soportando una clase magistral sobre las diferencias entre el tres y el cinco.

Me explicó que el cinco era algo así como la evolución natural de los principios más arcaicos de la magia de los antiguos. Que Ares fuera un moderno para su época me hizo reír lo mío; creo que no se lo tomó a mal, porque acabamos desnudos sobre el suelo de mármol al lado de uno de esos cinco ejes de magia en los que Ares se pasaba varias horas, a lo largo del día.

Cuando lo hacía, entraba en una especie de trance similar al que presencié cuando conectó con aquel cierre en el mundo de lava y fuego de Anam. Cuando aquel núcleo de poder estaba totalmente recargado, Ares solía verse agotado y algo más pálido. Admito que nunca pensé que sus obligaciones fueran tan reales ni me planteé la dependencia que existía entre aquel lugar y su persona. Podía entender su obsesión por volver al inframundo cuando estaba en la superficie, porque si lo que decía de los fomorianos era real, si emergían de nuevo a la superficie, tal vez

sería el fin del mundo. O, al menos, de Eyre, como él solía llamar a Irlanda.

Durante aquellos días nos fuimos abriendo el uno al otro. Yo le hablé de Alexander, pero también de George. Él me explicó historias de su juventud y de cómo había presenciado la evolución de la magia con el paso de los siglos.

Hablamos también de Anam e, inevitablemente, de lo que tal vez nos depararía la última prueba. Esto último no lo hacíamos demasiado, porque creo que ambos queríamos aferrarnos al presente, vivir el momento, solo por si acaso.

Ya me había muerto una vez aquel mes y, la verdad, no me apetecía volver a hacerlo, incluso si estaba a punto de preparar mi velatorio con aquel grupo variopinto que ahora era mi familia.

—Ya no podré llamarte vieja verde —se burló Marisa alzando su copa con una sonrisa traviesa en el rostro.

—Sigo siendo la misma —aseguré con una amplia sonrisa.

—Ares, en serio, ¡¡¡Ares!!! —exclamó Mila, que había necesitado aquellos días para hacerse a la idea. Ahora le daba la risa tonta cada vez que me miraba y pensaba en el excéntrico druida y yo en versión arrumacos.

—Tu madre tenía buen gusto —le solté, guiñándole un ojo. Ella hizo como que tenía una arcada mientras ponía los ojos en blanco.

—Pues tengo que decir que yo la veo estupenda —aseguró Grace con ese tono alegre y cantarín que la caracterizaba.

—Gracias, cielo.

—Tardaré mi tiempo en acostumbrarme —admitió Mila, aunque su sonrisa era amplia.

—La verdad es que jamás pensé… —Me quedé a medias y ellas se quedaron en silencio, sonriéndome mientras me miraban.

Supongo que no hacían falta las palabras.

No solo se trataba de mi aspecto, aunque este era, sin duda, el cambio más llamativo a simple vista. Mitad sensible y mitad hada. No importaba que solo unos pocos pudieran apreciar las alas doradas que había a mi espalda ni que la magia que disponía fuera ínfima en comparación a la de Ares o Mila.

No había cambiado solo lo que yo era. También lo había hecho mi vida, porque ahora él formaba parte de ella. Ese hombre que me atrajo desde que le conocí, pese a sus palabras cortantes y escasas. Saber que me amaba era algo increíble. Casi más que el hecho de no tener arrugas y poder lucir una túnica sin necesidad de llevar sujetador.

—El otro día hablé con Ares de que deberíamos despedirnos de Margaret Spencer.

—¿Qué quieres decir? —Mila se tensó y Marisa le colocó una mano en el hombro, como si pretendiera calmarla con su tacto. Lo curioso es que lo logró. Supongo que por eso de que llevaban siendo amigas desde que eran poco más que dos crías compartiendo mocos.

—Esta casa, mi pasado… Mírame, no puedo volver a ver a Eilis o a Cara. ¿Qué diablos se supone que tengo que contarles?

—¿No saben nada? —me preguntó Grace, como si hubiera valorado la posibilidad de que le hubiera contado algo sobre lo que me había pasado. No tanto sobre Anam o el caldero, pero, quizá, sobre las alas que lucía por encima del culo.

—No son sensibles; no tuve la necesidad de hacerlo —me justifiqué—. Supongo que, si alguna de mis amistades lo hubiera sido no habría tenido otro remedio que explicárselo, pero ¿para qué explicarles algo que puede ponerles en peligro o que decidan ingresarme en un manicomio?

—Me decanto por lo segundo —aseguró Marisa elevando la copa hacia mí.

—Te entiendo —admitió Mila—. El mundo de la tribu no es un camino de rosas.

Asentí. Ella había tardado su tiempo en perdonarme. Le había ocultado la historia de su madre, de su pasado y su legado. Lo hice por Anam, sí, pero le había negado la verdad sobre una parte muy importante de quién era.

Si su padre no hubiera muerto y ella no hubiera venido a Irlanda para conectar con sus raíces creo que jamás habría descubierto que formaba parte de los Tuatha dé Dannan. No habría estado expuesta a Bres ni a las brujas a las que tal vez algún día debería enfrentar, aunque tampoco habría conocido a Colin ni habría descubierto todo lo que era capaz de hacer con la magia que había heredado de su madre. No sería, en esos momentos, la nueva líder de todos aquellos dioses celtas.

Toda decisión tiene dos caras, como una moneda. Siempre hay luz y oscuridad, solo se trata de intentar quedarse con la parte que nos representa.

—Quiero que me organicéis un funeral.

Ale, ya estaba dicho.

—¡¿Perdona?! —Aislin se atragantó.

—A mí pídeme una despedida de soltera y te prometo que será memorable —declaró Marisa con una mirada cómplice.

—¿Un funeral? —cuestionó Mila, ignorando a su amiga.

—Quiero que la gente que me ha acompañado durante todo este tiempo pueda despedirse de mí de una u otra forma. Me gustaría llamarlos a todos, al menos una última vez, pero tarde o temprano… no puedo fingir que nada de todo esto ha pasado.

—No puedes, no —murmuró Aislin asintiendo.

—Es importante poder decir adiós a los que se van. Orquestar mi propia muerte no es que me haga ilusión, pero creo que ayudará a muchas personas a las que aprecio a seguir avanzando. —Miré a Mila—. Además, me gustaría asegurar que esta casa pasa a ser propiedad tuya, aunque sean Grace y Aislin quienes vivan y cuiden de ella, porque sé que tu lugar está con Colin, en la arboleda, pero tal vez algún día uno de vuestros hijos acabe viviendo con ellas, aquí, cuando se haga mayor y quiera un poco de normalidad. —Vi como Mila se emocionaba—. Hace años lo dejé todo atado en un testamento en una notaría del centro, pero hasta que no esté considerada muerta oficialmente, no hay nada que hacer.

—Lo veo, pero tenemos un problemita y es que en realidad no estás muerta —intervino Marisa señalándome—. De hecho, estás más viva que nunca.

—Eso podríamos solucionarlo.

—¿Te has vuelto loca, Mila? —masculló Grace, las pupilas dilatadas, cuando soltó aquella frase con un tono un tanto siniestro.

—¡Capulla! —exclamó ella a la defensiva, entre risas—. No quiero matar a Margaret, merluza, pero sé de alguien que podría hacernos un favor.

—Sé en quién estás pensando, pero falsificar un parte de defunción es mucho pedir —murmuró Aislin.

—¿De quién estamos hablando? —cuestionó Marisa.

—Jason Parker. —Mila asintió cuando Aislin dijo aquel nombre.

—Es un buen amigo y es geriatra.

—Se la quería follar, así que fue especialmente amable con Mila —remarcó Aislin con una sonrisa traviesa.

—*Ese* geriatra, ya veo —murmuró Marisa, divertida.

—Colin sufrió un accidente, un derrumbamiento, y lo trajeron a mi hospital. La cuestión es que Jason nos vio usar nuestra magia.

—Esa parte no la sabía —murmuró Aislin tapándose la boca con ambas manos.

—Tardé un tiempo en encontrar el momento, pero al final quedamos para tomar unas pintas, después de lo de Bres, y le conté lo de Colin. Y lo de mi madre.

—Así que nuestro geriatra *sexy* sabe que eres lo que eres. El cabrón no me ha soltado prenda y mira que lo veo cada dos por tres —masculló entre dientes.

—Bueno, fue antes de lo de las alas de Grace y, la verdad, os dejé al margen. Supongo que se limita a guardar nuestro secreto, sin más.

—¿Crees que lo haría? —le pregunté a Mila—. Firmar mi defunción.

—Solo hay una forma de saberlo. —Cogió su teléfono y tras tocar un par de botones se escuchó que había línea; dejó el terminal encima de la mesa, con el altavoz puesto.

—Al parecer hoy la fortuna me sonríe. —Se escuchó una voz masculina al otro lado.

—Más va a sorprenderte —le contestó Mila usando un tono alegre—. Sé que debería haberte llamado antes, así que me disculparé en primer lugar.

—¿Te ha dejado el vejestorio ese?

—No, Colin está estupendamente, gracias por el interés —le contestó ella entre risas—, pero necesito que vuelvas a ponerte la capa de superhéroe.

—¿Qué ha pasado? —Su voz se volvió más dura, más seca. Mila frunció el ceño, consciente de que había preocupación tiñendo sus palabras. Sonreí, porque me alegraba de que Mila hubiera encontrado gente así, verdaderos amigos que se preocupaban por ella.

—Estoy en mi antigua casa, ¿puedes pasarte un rato y te lo cuento?

—Esta vez me cae más cerca. —Fue su respuesta—. Tardo veinte minutos. Treinta si quieres que vaya guapo.

—Solo con que vengas es suficiente.

—Nos vemos, mi diosa.

—Hasta ahora, Jason. —Escuchamos como se cortaba la línea.

—Menuda voz *sexy* tiene. ¿Ese era el médico buenorro?

—El mismo.

—¡Qué pena!

—¿Por?

—No hay nadie para tirarle los trastos.

—Poder, puedes hacerlo —le contestó Mila—, pero si luego Kellan lo mata nos quedamos sin parte de defunción.

—Ya, supongo que tendré que comportarme.

—Solo un poco —le dijo Mila guiñándome un ojo y me dio por la risa tonta.

Jason Parker era en verdad un hombre apuesto. Y agradable. Entendía que Mila hubiera sentido cierta debilidad por él. Era divertido ver cómo se manejaba entre nosotras cinco siendo el único gallo del gallinero. Estuvimos un rato hablando de banalidades antes de que Aislin, Mila y Jason nos contaran anécdotas del hospital.

Después de lo de Bres, Mila estuvo un tiempo trabajando allí, pero era obvio que su futuro no era sondar abuelos, así que al final decidió dejarlo y centrarse en recuperar su legado y el lugar

que le correspondía dentro de la tribu.

Jason no le preguntó sobre su vida con Colin más allá de lo que serían un par de cuestiones impersonales y prudentes. Dejamos que llevaran la conversación y se pusieran al día y me satisfizo especialmente que pudieran hacerlo. Las despedidas son importantes. Aunque duelan.

—Me alegro mucho de haberte visto —confesó Jason—. ¿Y aquella anciana tan agradable que vivía aquí?

Al menos me había llamado agradable, así que se había ganado un par de puntos.

—¿Te refieres a Margaret? —le preguntó Mila con media sonrisa, ligeramente incómoda.

—No me lo digas; lo siento, sé que era importante para ti.

—Era bastante pesada —intervino Marisa y Jason Parker le lanzó una mirada airada, como si le pidiera un poco de solemnidad y respeto.

—Hay un dicho: mala hierba nunca muere —añadió Aislin, haciendo que Marisa explotara en carcajadas. Puse los ojos en blanco.

—Eres muy amable por preguntar por mí —intervine—. Aunque admito que ya me ganaste trayendo el desayuno aquel día.

Jason Parker frunció el ceño y me miró. Se limitó a hacer eso durante un buen rato: estudiarme. Más de lo que sería políticamente correcto o educado. Escuché a Marisa y Aislin reírse por lo bajo mientras le sostenía la mirada, esperando que llegara a sus propias conclusiones. Apretó los labios, inseguro, y se dirigió a Mila:

—¿Esto es cosa tuya? —le preguntó, sin delatarla pero evidenciando que sopesaba la posibilidad de que yo fuera la misma persona, aunque no acababa de creérselo.

—¿Lo de Margaret? —le cuestionó Mila y negó con la cabeza—. Se ha vinculado a un miembro de la tribu, sospechamos que esa es la causa de su cambio de aspecto.

—¿Vinculado? —repitió aquella palabra como si no acertara a entender su significado. Marisa empezó a mover un dedo dentro del puño de la otra mano de una forma un tanto grosera, aunque Aislin se puso a reír y Jason Parker fruncía el ceño—. Creo que lo he pillado, gracias.

—A disponer.

—Marisa está casada con uno de los primos de Colin —añadió Mila y la susodicha hizo un mohín al escuchar la palabra «casada», pero no lo negó, que ya era un avance en lo referente a aceptar su relación.

—¿Y vosotras? —les preguntó Jason a Grace y Aislin.

—Seguimos juntas —aseguró Aislin con una sonrisa amplia—. Aunque Grace tiene un par de alas invisibles encima del culo, que solo algunos pueden ver, y es capaz de invocar una tormenta. No te sientas mal, que yo sigo siendo solo yo.

—Creo que al final sí que aceptaré un trago —sentenció Jason mientras se recostaba en su asiento—. ¿Esto qué es? ¿Un aquelarre?

—Eso es cosa de brujas —negó Marisa, con una sonrisa cómplice—. Que son las que nos quieren matar.

—¿Brujas? —Se tensó y miró a Mila—. ¿Matar? ¿Lo dice en serio?

—Es una larga historia.

—Otra más —criticó él con gesto severo.

—Sí, por lo visto salimos de una y nos metemos en otra —admitió ella—. No quiero que te preocupes más de la cuenta, lo tenemos más o menos controlado.

—Menos que más —matizó Marisa—. Una mierda, créeme.

—Ya veo, así que todas vosotras sabéis lo de Mila.

—El clan de las celtas locas —bromeó Aislin.

—En tal caso, falta una. Para loca, Beltane. Con sus frases crípticas nos supera con creces —remarcó Marisa.

—¿Quién es Beltane?

—No la conoces —repuso Mila antes de que Marisa se viniera arriba.

—Ni lo harás, está muerta, aunque podemos ver a su fantasma.

—Un fantasma.

—De un hada —matizó ella con una amplia sonrisa. Jason estaba un poco más pálido.

—La cuestión es que necesitamos un favor —intervino Mila.

—¿Un favor? ¿Qué se supone que puede hacer alguien como yo contra unas malditas brujas o un puñado de hadas muertas? —masculló entre dientes—. No me lo digas, las brujas van de negro y montan en escoba.

—Pues no lo sé —admitió ella—. Por fortuna aún no nos las hemos cruzado.

—Pero, por desgracia, tarde o temprano lo haremos —murmuró Marisa que, por una vez, no parecía tan dicharachera.

—Sobre lo del favor —recuperó la dirección de la conversación Mila—. Margaret quería dejar sus cosas pendientes atadas y, para eso, tendría que legalmente morir.

—No te sigo.

—Durante décadas he sido una persona normal, viviendo una vida normal —intervine—. Conocí a la madre de Mila, esa fue la única cosa excepcional que me sucedió hasta que ella nació. —La miré con esa devoción que siempre me inspiraba—. Pero ahora todo ha cambiado: no puedo seguir siendo Margaret Spencer por más tiempo, no con este aspecto. Hay personas a las que quiero y me gustaría poder despedirme de ellas, pero no puedo hacerlo porque eso sería desvelar verdades que no están preparadas para escuchar.

—Eso puedo entenderlo —murmuró entre dientes.

—No puedo darles la verdad, pero sí puedo ayudarles a que se despidan de la mujer que fui. Que soy.

—Quiere fingir su muerte. Montar un velatorio y ese tipo de cosas —le contó Aislin a Jason Parker—. Se lo merece. Ella y la gente que le ha acompañado a lo largo de todo este tiempo.

—¿Qué necesitáis? —nos preguntó.

—Un médico que firme un acta de defunción —sentenció Mila, sosteniéndole la mirada.

—Podría ser peor —repuso tras tomarse su tiempo—, al final sigo siendo tu superhéroe.

—Eso siempre —le aseguró Mila con una pequeña sonrisa, cómplice.

—A partir de ahora, ¡¡¡nuestro superhéroe!!! —exclamó Aislin alegremente, elevando la copa.

Sentí la magia de Ares antes de que el portal se abriera. Apreté los labios, sin saber si advertir al resto o no.

—Ares —murmuró Mila, sorprendiéndome que fuera capaz de sentir su magia. Estaba mejorando mucho en sus habilidades de sensible, al margen de su potencial druídico.

—¿Quién es…? ¡Joder! —A pocos metros de nosotros la luz de Ares creó una superficie lisa que se antojaba la superficie cristalina y reflectante de un lago en calma. Me sorprendió porque no lo cruzó a solas. Kevin estaba a su lado.

Ares levantó una mano y un humo rosado apareció en ella.

—Es un amigo, Ares —le advirtió Mila y él ladeó la cabeza.

—Es un mortal.

—No me preguntéis por qué, pero me huelo a que sé quién no lo es —masculló Jason Parker mirando a Ares. Estaba vestido con una imponente túnica de color celeste que ondeaba a su alrededor por la magia que él irradiaba, dándole un aspecto tan terrible como seductor.

—Jason, te presento a mi marido, Ares. —Fui consciente de que era la primera vez que era yo la que usaba esa palabra refiriéndome a alguien que no fuera Alexander. Me sorprendió lo bien que se sentía decirlo.

—Vale, encantado, supongo. —Nuestro acompañante intentó mostrarse cortés, pero era obvio que recelaba de los hombres que habían aparecido de la nada. Tenía su mérito que no hubiera entrado en una crisis de pánico.

—Jason nos ayudará a fingir la muerte de Margaret —les contó Mila. Kevin cogió una silla y se sentó en ella, al lado de Grace, con aspecto informal, mientras Ares cruzaba los brazos sobre su pecho y se mantenía al margen, sin decidirse a unirse al grupo. Le sonreí y vi que su mirada parecía más curiosa que enojada—. Es médico.

—Una especie de sanador —puntualizó Kevin mirando a Ares.

—Sé lo que es un médico.

—Ares es de los viejos —le contó Kevin a Jason, como si con eso justificara su comportamiento, pero creo que eso le dio más mal rollo que otra cosa—. Soy Kevin Mac Gréine, por cierto. —Miró las botellas vacías que había en la mesa—. ¿Os habéis bebido todo eso?

—Estamos de fiesta —le retó Marisa con la mirada.

—Ya veo —murmuró Kevin y añadió mirándome—: Creo que Ares tiene prisa, no sé si lo notas por su gesto severo y sus ganas de compañía.

—Volveré en cuanto pueda —me despedí de mis amigas, levantándome. Mila hizo lo propio y nos abrazamos antes de que me fuera a reunir con Ares.

Kevin me obligó a mirarle justo antes de cruzar el portal.

—Margaret, creo que este sería un momento tan bueno como cualquier otro para dejar el alcohol.

Le miré sin entender qué quería decir antes de agarrarme al brazo de Ares y cruzar, junto a él, el portal que nos llevaría de nuevo a la fortaleza del inframundo.

El que sería, el que era, mi nuevo hogar.



Divide y vencerás

Tardé un par de días en que mi estómago se asentara después de la tarde que me había pasado con las chicas. Al menos, para cuando fuimos a la biblioteca, estaba algo mejor.

Aislin y Grace habían venido, aunque la idea no era que participaran en la prueba. Estaba bien que al menos una de las guardianas fuera sensata, porque Marisa y yo éramos dos casos aparte. ¿Qué sentido tenía arriesgar nuestras vidas para conseguir un caldero que nada nos aportaba? La respuesta debería ser «ninguno», pero nosotros lo percibíamos como un todo, quizá porque muchas de las personas que había allí eran las más importantes en nuestras vidas.

Aquel lugar siempre conseguía sorprenderme. Kevin me había contado de su naturaleza mágica y de cómo se adaptaba a las necesidades del momento, pero cuando vi aquel sofá idéntico al que había usado Ares en ese rincón, no pude menos que sorprenderme: era como si supiera que yo le acompañaría y que me correspondía un asiento a su lado.

Sin embargo, Ares me acompañó hasta la peculiar mesa redonda que había aparecido en el centro de la biblioteca y me senté allí, entre Kevin y él.

Observé al resto de los miembros de la tribu distribuirse en los asientos y sonreí cuando Eamonn ocupó la silla libre al lado de Ares. Mejor él que no uno de aquellos guerreros que tenían especial predilección en tentar la frialdad de su carácter.

—Hemos desvelado el pergamino —empezó Ryan—. Tardamos un poco porque tuvimos que hacer algunas pruebas para asegurar que no se nos fuera de las manos.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Eamonn.

—La electricidad ya no es solo de druidas y magos —afirmó con una amplia sonrisa Connor—. Hemos creado un circuito eléctrico con diferentes baterías, usando el pergamino como si fuera un conductor.

—Suena extraño, pero lo cierto es que acabó funcionando —admitió Kevin y añadió mirando a Ryan con expresión cómplice—: Después de algo así como una docena de intentos.

—La perseverancia es una virtud —se defendió el erudito.

—¿Su contenido confirma nuestras sospechas? —cuestionó Ares, haciendo que Ryan perdiera su sonrisa.

—Por desgracia, sí —repuso—. El símbolo corresponde a uno de los grabados de Dowth.

—Por una vez que la vieja druida nos lo pone fácil, mejor será no quejarnos —puntualizó

Eamonn.

—¿Qué hay del texto? —quiso saber Colin.

—«Para dominar el tercer desafío, desarmados la rabia deberéis aplacar» —citó Ryan con voz solemne.

—¿La rabia? —preguntó Eamonn.

—Seguimos pensando que hace referencia a la electricidad —consideró Connor—. No solo por cómo hemos desvelado su contenido, sino también porque en muchos textos existe un paralelismo entre la rabia y las tormentas o, más concretamente, los rayos.

—¿Y lo de desarmados?

—El metal los atrae —respondió Ryan a uno de los guerreros—. Sospechamos que es una advertencia más que una obligación.

—Creemos que Ares tenía razón —añadió Connor—. Él nos aconsejó que miráramos los pasajes sobre cómo Anam redirigió la tormenta; es posible que Anam pretenda que hagamos algo así.

Sonreí al ver que Connor se incluía en aquello, incluso si dudaba que sus primos le permitieran meterse dentro del meollo en cuestión. Igual que Ryan, no les faltaba valor, pero eran eruditos y no guerreros. Con todo, se sentían parte de aquello y eso era bonito, que, pese a las diferencias entre sus ancestros de antaño, los apellidos que llevaban o las habilidades que se les dieron de niños, trabajaran como si fueran un verdadero equipo.

—¿Redirigir una tormenta? —cuestionó Mila, incómoda.

—O contenerla, tal vez —intervino el aludido.

Miré a Mila y una extraña emoción me embargó. Éramos una familia. Una de la que yo también formaba parte. Tuve que retener las lágrimas, que parecían querer salir a borbotones sin demasiado sentido. Últimamente me notaba un poco así, como si a veces me costara aceptar todo lo bueno que me estaba pasando y necesitara llorar a moco tendido, incluso si me sentía dichosa. Por mucho que las pruebas de Anam me asustaban, no justificaba aquel vaivén emocional en forma de montaña rusa.

—Hemos pensado en cosas que nos puedan dar alguna ventaja, por una vez —añadió Ryan—. De hecho, nos avanzamos a los hechos y en cuanto se planteó la posibilidad de que fuera algún tipo de magia eléctrica encargamos ropa sin cierres metálicos con propiedades aislantes.

—Tenemos uniformes de técnicos que trabajan con altos voltajes eléctricos, aunque dudo que pueda protegeros del impacto directo de un rayo —admitió Kevin.

—Esperamos que con esa ropa, y sin metal, paséis desapercibidos—indicó Connor.

—Servirá de poco si algo o alguien tiene un interés en dirigirlos contra nosotros —opinó Kellan.

—En tal caso, estamos jodidos —admitió Colin.

—Eamonn puede repelerlos —declaró Connor y todos le miraron con atención, pero fue mi marido el que intervino:

—Su escudo —sentenció frotándose el mentón—. ¿Estás seguro de que serías capaz de mantenerlo incluso si un rayo te alcanza?

—Hubo una época en la que me gustaba ponerme a prueba —declaró el aludido encogiéndose de hombros mientras asentía.

—Eamonn está dentro, entonces —sentenció Colin—. ¿Ares?

—¿Lo dudabas?

—A estas alturas, la verdad es que no. Esta vez le apoyaré en eso de que sería mejor exponer

el mínimo número de personas posibles.

—Y yo creo que eso es una estupidez —le cortó Aidan—. En esta mierda estamos todos. Cuantos más seamos, más objetivos a los que alcanzar y si con eso ganamos un poco de tiempo para que juguéis a ser druidas, al resto nos vale.

—Que un rayo te alcance, créeme que no ha de ser agradable —le advirtió Eamonn.

—Me imagino, pero no vamos a quedarnos de brazos cruzados.

—Tengo una idea —intervino Kevin—. Tal vez, Aidan tiene razón.

—Si no lo dijeras como si fuera algo anecdótico, hasta te lo agradecería.

—Bien visto —se burló el guerrero sentado a su lado. Brian.

—Pensadlo. Si os encontráis en medio de una tormenta eléctrica no sería una mala idea darle objetivos a los que atacar y sé exactamente cómo podríamos hacer eso.

—¿Cómo? —cuestionó Marisa.

—Virotes metálicos. Solo tenemos que construir algunas ballestas rudimentarias con madera y cuerda, sin nada metálico, para lanzarlos.

—¿Y dónde cojones pretendes que llevemos los virotes para que no nos fría un rayo? —le preguntó Conan.

—Bolsas aislantes. He visto algunas por internet.

—Genial, vamos a jugarnos el pellejo llevando metal en una tormenta eléctrica en unas bolsas que ha visto Kevin en internet —ironizó Aidan.

—¿Alguien tiene una idea mejor? —contratacó él sin inmutarse por su tono.

—Compro —sentenció Kellan y en su mano apareció una ballesta de madera.

—Podemos usar la cambiante de Kellan a modo de referencia —opinó Ryan.

—¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Mañana a la noche estará todo listo.

—Nos veremos entonces en Dowth. —Ares se levantó. Inclinó la cabeza en dirección a Mila y me tendió la mano—. Margaret.

Sonreí, porque me encantaba cómo alargaba las sílabas de mi nombre, como si fuera una caricia que quería dilatar todo el tiempo posible. Supongo que había cosas que no habían cambiado, solo que ahora podía darles un sentido mucho más profundo.

—Nos vemos mañana —le dije a Mila.

—¿Estás segura? —Vi la preocupación en su mirada y cómo buscó el apoyo de Ares—. ¿Estáis seguros? ¿No sería mejor que…?

—Fueron las guardianas las que consiguieron que superáramos las dos primeras pruebas —le contestó él—. Por mucho que me pese, Anam quería que contáramos con ellas.

—En ese caso, quizá yo también debería ir —murmuró Grace, tensa, en su asiento.

—¿Te has vuelto loca? —masculló Aislin por lo bajo.

Ares miró a la tercera de las guardianas y una pequeña sonrisa asomó a su rostro mientras le decía:

—Alguien tiene que asegurar que el legado de las hadas persista, pase lo que pase. Creo que esa es tu labor, guardiana.

Grace asintió con expresión solemne. Admiré a mi marido porque, pese a no ser la persona más empática que se había cruzado en mi camino, acababa de darle a Grace una responsabilidad que la haría sentir tan especial como en realidad ella ya era.

Ares invocó el portal y lo cruzamos, dejando atrás la biblioteca y al resto de la tribu.

—¿Crees que podemos quedarnos allí atrapados? —opté por usar aquellas palabras en vez de

usar la palabra «muertos».

—Podría ser, aunque Anam creó esas pruebas para que alguien las superara. Si Anam hubiera querido matarnos, ya lo habría hecho, sin más.

—Lo que le has dicho a Grace…

—Correremos un grave peligro metiéndonos en medio de una tormenta mágica, pero esa chica y su extraña tendencia a perder el conocimiento más que ayudarnos sería un lastre.

Miré a Ares y empecé a reír. Me sorprendía la delicadeza que había usado para hablar con ella y la forma en la que había conseguido alejarla del peligro, pero haciendo que se sintiera importante al mismo tiempo. Siendo él, podría haberle dicho que sería un estorbo, mostrando esa frialdad que en general le caracterizaba, pero en vez de eso le había dado un objetivo.

—Has tenido más tacto con ella que conmigo —me burlé—. A mí viniste a llamarme inútil.

—Estaba desesperado por alejarte del peligro y sobreactué. Te confieso que también me planteé encerrarte en mi fortaleza hasta que todo se hubiera resuelto, incluso si al hacerlo hubieras acumulado suficiente resentimiento como para odiarme hasta el fin de los tiempos.

—Pues podrías haber optado por hacer eso, igual hasta hubiéramos acabado haciendo buenas migas —bromeé antes de mirarle con expresión neutra—. Aquel día, durante la reunión, me ofendiste.

—Lo lamento, pero me pudo el temor a que te pasara algo. No quería que asumieras ese riesgo.

—¿Y ahora?

—Prefiero luchar a tu lado que no que lo hagas a mi espalda. Sé que eres testaruda y perspicaz, encontrarías tu propio camino. Solo te pido que me escuches, Margaret, no podría, no puedo, perderte. —Me acerqué a él y dejé que sus brazos me rodearan mientras apoyaba la cabeza sobre su pecho.

—Ahora no podría excusarme diciendo que me fallan los oídos —bromeé mientras él me acariciaba la espalda—. ¿Sabes qué? Creo que a medida que voy conociéndote, me gustas aún más.

—Podrías demostrármelo.

—No se me ocurre cómo —murmuré con una amplia sonrisa y él buscó mis labios para besarme con devoción.

Caminar de noche por lugares que habían sido de la tribu tiempo atrás ya no me impresionó tanto como las otras veces. Quizá me estaba convirtiendo en una persona un poco más dura y menos quejosa. No arrastrar una artrosis de caballo, ayudaba.

La tribu al completo nos acompañaba, aunque no todos entraríamos en el túmulo de Dowth: los tres eruditos se quedarían fuera controlando el perímetro. Como en las ocasiones anteriores, no es que esperáramos que hubiera alguna interferencia externa, pero supongo que no se sentían cómodos quedándose con los brazos cruzados esperando en sus respectivas casas.

El lugar estaba cercado, pero lo superamos sin demasiada dificultad. Aquella zona no estaba abierta al público porque muchas de las tumbas estaban en mal estado y había riesgo de derrumbamientos, algo que esperaba no presenciar en primera persona.

Por una vez, no buscamos el túmulo principal, sino una tumba algo más pequeña en cuyas paredes estaba el grabado en forma de flor.

—Estamos de suerte —murmuró Eamonn—. El corredor de la tumba principal, por lo que he

leído, está en ruinas.

—Vine aquí hace un par de siglos —intervino Kevin y añadió, como si pretendiera justificarse—: Siempre me ha llamado la atención la historia de nuestro pasado.

—¿Y qué encontraste?

—Había una parte obstruida en la que tenías que arrastrarte sobre piedras sueltas. Un trozo más adelante se abría un corredor lateral cuyo estado también era lamentable.

—¿Os habéis planteado que las otras dos construcciones tal vez aguantan de pie gracias a la magia de Anam? —cuestionó Eamonn.

—Pues podría ser —reconoció Ryan.

—¿Por qué elegiría en este caso una tumba menor? —intervino Colin.

—Porque ella nunca pretendió ocupar un lugar principal en nuestra jerarquía —opinó Kevin.

—Una teoría interesante —murmuró Eamonn. Ares, a mi lado, se limitó a asentir, como si estuviera de acuerdo con él.

—Esto va a estar muy concurrido —masculló Aidan con gesto molesto.

—No te preocupes, que Anam se ocupará de solucionar eso en breve —le contestó Brian—. Solo tendrás que intentar que no te deje frito.

—Que lo intente.

Sonreí, viendo la arrogancia que caracterizaba a aquel par de guerreros.

Entramos en procesión. Admito que meterme bajo tierra seguía incomodándome un poco, pero mucho menos que a Marisa. Cuando estuvimos dentro del corredor, vi la calidez de la luz solar que Kevin era capaz de invocar avanzando por el pasillo.

Aquella orientación era un poco diferente a las de los dos túmulos que habíamos recorrido previamente, tal vez porque este era el último. O eso esperábamos. Cerré los ojos cuando Mila colocó el pergamino sobre la piedra grabada y sentí el tirón de la magia de Anam arrastrándonos a un lugar que solo existía en parte, pero Ares me cogió de la cintura y me atrajo hacia él haciendo que aquella transición fuera mucho menos violenta, mientras el mundo a nuestro alrededor cambiaba por completo.

Cuando el caos se apaciguó, lo primero que percibí fue una luz de tonos amarillentos que iluminaba todo a nuestro alrededor y se intensificó durante unos segundos en los que algo rasgó el aire, emitiendo un chasquido agudo que se convirtió en una explosión a pocos metros de donde nosotros estábamos.

—¡Joder!

—¡¡¡A cubierto!!!

Apenas fui consciente de lo que pasaba mientras una cúpula de tonos entre dorados y blanquecinos nos cubría a todos. Me giré y vi a Eamonn con dos espadas cruzadas frente a él. Supe que había invocado aquel escudo que nos protegía a todos. Ares me había dicho que el poder de Eamonn superaba a muchos otros guardianes de la tribu a los que había conocido tiempo atrás, aunque dudo que ese detalle en concreto lo hubiera compartido con el susodicho.

—Al menos esta vez estamos juntos —opinó Colin mientras observábamos el mundo que nos rodeaba.

Estábamos en una especie de gran gruta de piedra, cuyo techo se alzaba a varios metros de altura. Las irregularidades de la piedra reflejaban la luz dorada que brillaba intensamente en el centro de aquella enorme estancia, donde había una esfera que emitía rayos zigzagueantes que se movían de forma frenética y caótica con intención de alcanzar tres pilones de piedra en cuyo vértice había una forma puntiaguda de metal que recordaba el filo de una lanza. Los rayos que

impactaban contra los pilares salían de nuevo despedidos con violencia en dirección a otro de los pilares o hacia la esfera central, sin mostrar un orden lógico que pudiera predecir cuál sería su dirección.

—No siguen un patrón —observó Colin, llegando a la misma conclusión que yo.

—La magia del rayo siempre fue instintiva y errática —puntualizó Ares.

—Forman un triángulo perfecto —susurró Mila—. ¿Creéis que el caldero está dentro de la esfera central?

—Es posible —repuso Ares.

—Sería todo un detalle por parte de la maldita druida —opinó Aidan y añadió mirando a Mila—: Con todo mi cariño.

—¿Qué se supone que hemos de hacer? —cuestionó Conan.

—Es imposible llegar a la esfera sin que los rayos nos alcancen —reflexionó Colin mordiéndose el labio inferior.

—Hay algo que se nos escapa —murmuró Ares, reflexionando en voz alta. Se giró para mirarme—. ¿Qué ves?

Me sorprendió que me convirtiera en el centro de atención de todos. ¿Qué veía? Lo mismo que el resto, ¿no?

—Rayos —murmuré—. Creo que nacen de la esfera y se distribuyen hacia los tres pilares de forma aleatoria y desde allí rebotan, por decirlo de alguna forma.

—¿Hay algo más que te llame la atención?

—Las puntas.

—¿Qué puntas? —cuestionó Brian.

—Las de metal —intervino Marisa.

—¿Puntas de metal? —Kellan frunció el ceño mientras estudiaba aquello.

—Hay una en cada pilar —sentencié, asintiendo—. Quizá no se ven a simple vista por la intensidad de la luz de los rayos, pero brillan.

—Tres núcleos receptores —susurró Ares—. Tal vez son solo visibles para los sensibles. Es posible que ellos sean nuestros objetivos, quizá si los anulamos conseguiremos calmar la tormenta eléctrica.

—Se trataba de eso, después de todo: «… la rabia deberéis aplacar» —citó Colin.

—No se lo pienso decir, pero es posible que estos trajes sirvan de algo, después de todo. No me gustaría que uno de esos me friera por dentro —masculló Aidan.

—Igual después de eso no se te vuelve a levantar —se mofó Kellan—. ¡Qué gran pérdida!

—Capullo.

—Somos tres —intervino Mila—. Divide y vencerás.

—Es peligroso —advirtió Ares.

—Incluso con estos trajes, no quiere decir que un rayo no decida ir a nuestro encuentro —murmuró Colin, cuyo rostro mostraba preocupación, más por Mila que no por su propia persona.

—Dime algo que no sepa —masculló ella entre dientes—. No creo que haya muchas más opciones. Cuánto menos tiempo estemos allí expuestos, mejor.

—Coincido con ella —opinó Conan.

—¿Podréis hacerlo? ¿Contener su magia? —les cuestionó Ares. Colin y Mila se miraron antes de asentir. No me pasó desapercibida su tensión. Hacía poco que habían empezado a conectar con su magia druídica y aquella prueba era para alumnos aventajados. ¿Serían capaces de realizar

aquella proeza?

—Quédate con Eamonn —le pidió Kellan a Marisa y esta se acercó a él para planificarle un sonoro beso en los labios.

—No seas más gilipollas de lo que acostumbras y ten cuidado —le advirtió ella.

—Me quedaré aquí y no haré ninguna estupidez —le dije a Ares y él se limitó a asentir.

—Alguien tendrá que ser el primero en salir —murmuró Aidan y, tras inclinar la cabeza hacia Mila, traspasó la seguridad que nos daba el escudo de Eamonn.

Todos nos quedamos quietos, conteniendo la respiración, cuando el pilar más próximo comenzó a brillar con más intensidad, la energía palpitando mientras se concentraba en aquel pilar.

—¡Vuelve a entrar, Aidan! —le llamó Colin, tenso.

—Puede sentirnos —advirtió Aidan, moviéndose con pasos lentos—. Hemos de calcular el tiempo que tenemos; solo espero que los eruditos no la hayan cagado con sus presunciones o estamos jodidos del todo.

Vi como tensaba la ballesta de madera que llevaba, aunque los virotes seguían ocultos en una bolsa hermética que tenía sujeta al muslo.

—Está loco, va a hacer que lo maten —susurró Marisa.

—He de admitir que suele ser un poco kamikaze —admitió Kellan—, pero para ser él, hoy se está superando.

—Lleva unos días un poco raro —murmuró Brian y añadió entre dientes—: Voy a por él. Lo meteré dentro, aunque sea a la fuerza.

—Eso solo hará que acabéis los dos fritos —intervino Conan, colocando una mano sobre su hombro—. Confía en él.

Vi como Aidan metía la mano en la bolsa de los virotes y, en un movimiento que a duras penas fui capaz de seguir, colocaba ese virote cuya punta metálica brilló al tiempo que captaba la atención de los rayos. El pilar se iluminó con más vigorosidad y el ruido de la electricidad acumulada reverberó cuando salió disparada hacia Aidan. Grité, impresionada, pero el impacto no alcanzó al guerrero y se quedó a medio camino, en un punto cualquiera en medio del aire, aunque la explosión fue impresionante.

—Es un hijo de puta con suerte —soltó entre carcajadas Brian.

—¡Funciona! —exclamó Aidan—. ¡Los virotes atraen a los rayos!

—Son unos genios —murmuró con expresión alegre Mila.

—No se lo digas, que luego están insoportables —bromeó Colin y miró al resto del grupo—. Brian, Aidan, cubrid a Mila. Kellan, acompaña a Ares.

—Te sigo —intervino Conan colocándose al lado de Colin, ballesta en mano.

—Vamos a desconectar esta trampa mortal —murmuró Mila—. Espero que mi madre esté a la altura y no nos la juegue.

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—Si no encontramos el caldero…

—Lo haremos —sentenció Ares—. Anam siempre fue una persona de palabra.

—Eso espero.

Vi como salían de la cúpula que nos cubría. Eamonn tenía las espadas alzadas, frente a él, pero los rayos no eran capaces de sentirlas, como si el escudo que nos cubría fuera capaz de aislarnos de todo lo que nos rodeaba. Tensé los puños mientras miraba lo que sucedía y me limitaba a ser solo eso, un observador.

Los rayos empezaron a surcar el aire en todas direcciones, buscándolos mientras se acercaban a los pilares, pero los virotes los interceptaban a medio camino, haciendo que las explosiones no llegaran a impactar en ellos mientras llegaban a sus posiciones, aunque alguno de los estallidos envió pequeñas virutas ardientes que impactaron contra sus ropas.

Les observé enfrentarse a aquellos pilares que contenían la magia de Anam latiendo con fuerza propia. Extendieron las manos y contuve el aliento. Estaban demasiado cerca. Aunque los guerreros los acompañaban, apenas tendrían tiempo para interceptar un rayo furioso que intentara alcanzarlos. El margen de tiempo del que disponían para proteger a los druidas era mucho más pequeño al acortar la distancia que les separaba de aquellos tres núcleos.

Alrededor de los pilares empezó a brillar una sutil luz blanquecina mientras pronunciaban palabras que desconocía, como si se tratara de un cántico. Sabía que esos salmos los habían encontrado en el grimorio de Anam, pero nadie tenía la certeza de que aquel ritual fuera suficiente para contener la cólera de aquella poderosa druida.

Los guerreros comenzaron a lanzar virotes hacia el aire para asegurar que la magia del pilar se centrase en ellos y no en los druidas que estaban a unos pocos metros de ellos. Me sorprendió al principio, pero pronto vi que era una forma de mantener controlados los pilares y que siempre tuvieran un objetivo que no fuera uno de los druidas.

¿Lograrían hacerlo?

¿Su magia podría contener una tormenta eléctrica?

—¿Lo conseguirán? —preguntó Marisa, mientras enlazaba su mano a la mía. Supongo que ambas estábamos pensando en lo mismo, después de todo.

—Eso espero.

—Se os ve bien.

—Ares es una buena persona, aunque a veces aparente lo contrario.

—No sabría decirte.

—¿Por qué le tienes tanta tirria?

—¿Vas a ponerte de su parte?

—Marisa…

—No me vengas con esas, que te acuestas con él —se defendió ella.

—Si te dijera que Kellan es arrogante y un bruto, ¿qué me dirías?

—Que tienes razón —masculló—. Vale, me repatea pensar que él y yo somos familia. Con Beltane, mira, es pasable. Me metió en el fandango del Portal de las Hadas por interés, seamos sinceras, pero jamás habría entrado en el mundo de Mila si no hubiera sido por ella.

—¿Tan malo te parece que Ares sea un antepasado tuyo?

—Es un estirado.

—Eso no puedo negarlo —admití con media sonrisa, ladeada, mientras seguía rezando por dentro para que consiguieran superar la prueba de Anam.

—Es altivo y arrogante. Además, se cree mejor que el resto.

—Es viejo, Marisa, y lleva mucho tiempo solo.

—No dejes que te arrastre hasta su fortaleza y te aleje de nosotras. Mila te necesita. Y yo también.

—No lo hará —le aseguré—. Encontraremos un equilibrio, pero ahora le preocupa demasiado la amenaza que nos acecha en la superficie. Las brujas.

Marisa asintió.

—Ares lo ha conseguido —nos advirtió Eamonn.

Las corrientes eléctricas que antes circulaban libremente por el pilar de Ares habían desaparecido, haciendo que los rayos ahora danzaran tan solo entre la gran esfera central y los dos restantes. La pureza de la luz de Ares rodeando aquel pilar me emocionó. Entendía que Marisa viera solo lo que mostraba a simple vista, pero ella y mi esposo tenían mucho más en común de lo que se pensaba. Ambos eran leales, valientes y protectores. Nobles.

—A este paso, se quedarán sin virotes —masculló Eamonn.

—Gracias por ponerme más nerviosa de lo que ya estoy —protestó Marisa. Le apreté la mano para recordarle que no estaba sola.

—¡Colin lo está consiguiendo! —El druida tenía la frente perlada de sudor, pero su luz estaba abriéndose camino sobre la punta de metal y los rayos estaban perdiendo parte de su potencia y vitalidad. Vimos el proceso, paso a paso, hasta que simplemente dejó de captar aquella energía luminosa que zigzagueaba en todas direcciones, igual que había pasado con el de Ares.

—Venga, Mila —murmuró Marisa, animándola, incluso si ella no podía oírla. Los rayos ahora solo tenían un lugar al que dirigirse y la corriente se había vuelto más intensa y caótica. La electricidad iba y venía a un ritmo frenético entre aquel núcleo y la pieza de metal frente a Mila.

—No lo conseguirá —susurró Eamonn.

—En serio, a este paso voy a acabar golpeándote —le advirtió enojada Marisa.

—Ares… —Vi como mantenía una mano hacia el pilar que había frente a él y como, poco a poco, separaba el brazo para dirigir la palma de la mano hacia el pilar de Mila, a varios metros de distancia.

—¿Qué se supone que está haciendo? —me preguntó Marisa al ver que la energía del pilar que Ares contenía tintineaba ligeramente, como si en el pulso de poder entre la magia de Anam y el suyo empezaran a estar a la par, aunque la luz de Ares consiguió prevalecer, pese a que su intensidad era más sutil.

—Creo que está intentando ayudar a Mila —susurré, emocionada, al ver que la luz de Ares envolvía la magia con tintes violetas de la hija de Anam.

—Demuestra que es tan poderoso como le gusta aparentar —murmuró Eamonn—. O muy estúpido; si pierde el control, las posibilidades de que un rayo le alcance son muy altas.

—¿Lo hostias tú o lo hago yo?

—Mejor déjalo para después —opiné mientras el corazón me latía a mil por hora—, no sea que el rayo nos alcance a nosotras.

—Lo veo —masculló entre dientes mi amiga mientras Eamonn se centraba en lo que sucedía a nuestro alrededor ignorando nuestras vagas amenazas.

Las tonalidades entre lilas y púrpuras de la magia de Mila se tiñeron con el blanco ancestral de Ares y poco a poco el brillo fue haciéndose más fuerte hasta que lo consiguieron. Juntos.

Todos nos quedamos quietos, esperando ver qué sucedería a continuación. La energía acumulada en la esfera empezó a hacer pequeñas explosiones y al poco comenzaron a desprenderse finas láminas doradas, como si fuera un gran capullo floreciendo gracias a aquella energía eléctrica un tanto furiosa, que parecía consumirse a lo largo del proceso.

Esperamos fascinados, conteniendo el aliento.

Los tonos ambarinos que nos rodeaban fueron atenuándose y la luz blanquecina de la magia de los druidas iluminó la gruta. Una lágrima surcó mi mejilla cuando vi que allí, dentro de la esfera cuyos pétalos se habían desprendido, había un objeto de color negro. Un caldero que no sería mucho más grande que una de esas cazuelas que usaba para hacer sopa, aunque su valor no era bien bien el mismo. No sé por qué me lo imaginaba enorme, pero supongo que el tamaño no

siempre es lo único que importa.

—Lo han logrado —susurró Marisa, emocionada, y me sentí pletórica. Ambas lo estábamos, supongo.

Los miembros de la tribu se acercaron al caldero. Creo que Marisa y yo estuvimos tentadas de aproximarnos a ellos, pero no encontramos el valor de movernos. Eamonn seguía con las espadas cruzadas frente a él y mantenía en alto su escudo, como si aún recelara de todo lo que nos rodeaba y sopesara que aquello no fuera más que una trampa.

Colin se acercó a Mila, que parecía agotada, mientras Conan se acercaba al caldero con pasos lentos, bajo la atenta mirada de todos. Miró a Mila antes de cogerlo y sostenerlo sobre su cabeza, como si de un gran trofeo se tratase. Sonreí, incluso si una corriente furiosa nos rodeó para arrastrarnos. Mi cabello se removió un poco, pero el escudo de Eamonn nos protegió del furioso torbellino que nos trajo de regreso. Me sentí orgullosa cuando mis nuevas piernas me sostuvieron, sin demasiada dificultad.

Tardé unos segundos en adaptarme a la negra noche que nos rodeaba en el exterior. Un gemido salió de mi boca cuando vi tres cuerpos tendidos en el suelo que reconocí al instante: Ryan, Kevin y Connor.

—¿Qué diablos…? —Marisa se quedó a media frase cuando unas notas sonaron a nuestro alrededor. Alcé la mirada para buscar a Ares y vi cómo se desplomaba y caía al suelo, su luz volviéndose solo un rumor prácticamente inexistente. No fue el único. Mila. Colin. Kellan. Todos y cada uno de ellos.

Escuché con mayor claridad la melodía de un arpa y el escudo que Eamonn aún mantenía a nuestro alrededor vibró, como si estuvieran golpeándolo.

—¿Qué está pasando…? —susurré, temblando.

Fue el guerrero que nos acompañaba el que respondió mientras mantenía el ceño fruncido y aspecto de que necesitaba toda su concentración para seguir manteniendo alzada la barrera que nos protegía:

—No estamos solos.



Un arpa y una arpía

Hay momentos en la vida en que todo cambia. El día en que descubrí que mi compañera de casa era una diosa con habilidades druídicas fue uno de esos. Cuando Ares me confesó que me amaba y, tras ciertos reparos, conseguí creérmelo, fue otro. Atesoraba ambos instantes como algo bonito, luminoso, incluso si todo tenía sus sombras y contrastes. La historia de Anam, el mundo siniestro en el que Ares vivía…

Ahora, sin embargo, estaba viviendo el momento más oscuro de toda mi vida, uno que jamás sería capaz de olvidar y que, si sobrevivía a lo que nos acontecía, reviviría con agonía como si formara parte de una vívida pesadilla. Ojalá fuera solo eso. Un sueño. Una pesadilla. Pero no lo era. Era real.

Chillé por el dolor, sintiendo que me rompía por dentro al ver a Ares allí tendido, inconsciente, incapaz de defenderse, mientras aquella mujer danzaba entre los cuerpos de mi atípica familia, manipulando las cuerdas de un arpa pequeña, tal vez una lira. Vi a Mila junto a Colin, tendidos en el suelo el uno al lado del otro.

Entre lágrimas agónicas, miré a la bruja.

Vestía ropa negra y parecía sacada de una película de terror, pero no tanto por la ropa desgastada y su aspecto siniestro, sino más bien por esa aura oscura que proyectaba y las sombras que bailaban a su alrededor, sin seguir sus pasos, evidenciando que no era humana.

La falda negra era abultada y le llegaba hasta las rodillas, haciendo que resaltaran unas botas de caña alta con múltiples hebillas de metal, a juego con las que había en el ajustado corpiño que usaba de cuero negro. En la cabeza lucía algo parecido a una diadema de la que caían tiras de gasa negra a su alrededor, recordando al velo de una novia, solo que en ella todo en vez de luminoso era tenebroso.

Centré mi mirada en su rostro tras desgarrarme de dolor por dentro al ver como la bruja se reía de las personas inconscientes a sus pies. Sus ojos estaban enmarcados por una sombra oscura y sus labios eran negros, no tengo claro si por un efecto cosmético o por su naturaleza.

—¡¡¡Retén a Marisa!!! —me exigió Eamonn, su rostro perlado en sudor. Reaccioné a tiempo, anulando mi propio dolor y la pena que me consumía por dentro. Marisa estaba chillando e insultando a la mujer que correteaba entre los cuerpos caídos de los que eran nuestros amigos y parecía dispuesta a salir de la seguridad que nos proporcionaba el escudo de Eamonn para llegar

hasta ella y estrangularla, si era necesario, con sus propias manos.

Hice lo que me pedía y acabé dándole a Marisa una sonora bofetada en el rostro. Conseguí que me mirara y dejara de forcejear conmigo para intentar atacar a la bruja o, tal vez, limitarse a acudir junto al cuerpo caído de Kellan.

No importaba el esfuerzo que habíamos hecho todos juntos. Ya nada tenía sentido.

—¡Mírame! —le exigí—. ¡¡Mírame!!

—Pero qué tenemos aquí —se burló la bruja mientras se acercaba a nosotros y nos estudiaba; me temblaron las piernas al ver las extrañas siluetas que se formaban a su alrededor—. Un guardián, claro, no podía ser de otra manera.

Eamonn no le contestó y se limitó a mantener su posición, aunque tenía el ceño fruncido y todo su cuerpo estaba en máxima tensión. La mujer se plantó frente a nosotros y jugueteó con las cuerdas del instrumento. Creo que esperaba que la música quebrara el escudo, pero no logró hacerlo. Eamonn lo mantuvo alzado, protegiéndonos, mientras Marisa y yo temblábamos.

Que pudiera contrarrestar la magia de su música no le gustó a la bruja, que gruñó antes de fingir indiferencia. Ladeó la cabeza para mirar a Eamonn, como si estuviera estudiándole.

—Todos han caído, guardián. ¿No vendrás a jugar conmigo? ¿No intentarás honrar al resto de la tribu? Estás solo, muy buen guardián no debes de ser, después de todo.

—Quiere provocarte —le advertí—. No la escuches.

Eamonn gruñó, pero mantuvo las espadas frente a él y no se dignó a contestarle, aunque sé que en esos momentos se sentía destrozado por dentro. Como nosotras.

—¿Y qué se supone que son esas criaturas a las que proteges? Mitad hadas, mitad vivas y mitad muertas. Supongo que ellas tienen mucho que ver con la intervención del Príncipe de las Hadas y lo que le pasó a nuestra mascota.

Sentir la mirada de aquella criatura sobre nosotras hizo que se nos erizara el vello y tembláramos de forma aún más evidente. Afortunadamente, nos dedicó apenas unos segundos antes de volver a dirigirse hacia Eamonn. Supongo que menospreciaba lo que éramos o el poder que podíamos ostentar.

—¿Qué harás, guardián? ¿Intentarás ser el valioso guerrero que todos creen y lucharás contra la malvada bruja Dut o te limitarás a esconderte detrás de tu escudo como el cobarde que en realidad eres?

—No lo hagas —le pedí a Eamonn, acercándome a él—. Es lo que ella quiere.

—Lo sé.

—Está bien —sentenció con dureza al ver que Eamonn no tenía intención de caer en sus provocaciones—. Los Tuatha dé Dannan siempre fueron unos cobardes. Vamos a ver qué tenemos por aquí. Espero que disfrutes de lo que tengo pensado hacerles, es mucho más excitante si hay público.

Nos dio la espalda y Eamonn se tensó, como si tuviera serios problemas para contenerse e ir a su encuentro. Dut empezó a reír, sosteniéndole la mirada a Eamonn, antes de girarse y comenzar a alejarse de nosotros mientras daba saltitos, como si de una niña de pocos años se tratara.

Colocó una de las botas sobre una piedra y dejó el instrumento a su lado. Se desabrochó unos pocos cierres de aquel botín y sacó una daga cuyo filo era negra noche.

—¿Qué va a hacer?

—Acabar lo que ha empezado.

—¡No, no, no…! —murmuró Marisa convulsionando. Acudí de nuevo hasta ella para abrazarla.

—Aún están vivos —susurró Eamonn—. Si no intervengo…

—¿Vivos? —Vi una chispa de esperanza en sus ojos.

—No por mucho tiempo, ya la habéis oído.

—¿Qué ha pasado entonces? —cuestioné aferrándome a la posibilidad de que pudiéramos salvarlos.

—Creo que ese instrumento es la mítica arpa de Dagda —susurró Eamonn y recordé lo que me había contado Kevin sobre ella—. Su melodía puede hacer que cualquier persona quede profundamente dormida.

—¿Estás seguro de que no están muertos? —inquirió Marisa tensándose, como si estuviera recuperando su habitual tesitura y estuviera dispuesta a interferir.

—Lo estarán pronto si no hacemos nada —aseguré, mi corazón latiendo a mil por hora mientras la bruja caminaba entre los cuerpos, entre risas siniestras, cuchillo en mano.

—¡Pues hagamos algo! —exclamó Marisa—. ¡Lo que sea!

—Voy a enfrentarla —decidió Eamonn—. Intentad volar lo más lejos que podáis.

—¡¡Espera!! —le pedí a Eamonn antes de que bajara sus espadas y, al hacerlo, el escudo—. ¿Por qué no nos ha afectado su música?

—El escudo nos protege también de la magia.

—Entonces, en cuanto lo bajes, si vuelve a por ella y la toca no serás más que otro cuerpo tendido en el suelo y nosotras también. —Nadie me contestó y supuse que nadie tenía argumentos para contradecirme. Observé a Dut y, alejando los miedos que se ceñían en mi corazón, empecé a valorar qué posibilidades reales teníamos de enfrentarla. Ninguna, seguramente, si no conseguíamos que Ares y el resto despertaran.

—No tenemos muchas más opciones. Quizá tendréis tiempo suficiente para huir —sentenció Eamonn, tras tomarse su tiempo analizando la situación, dispuesto a sacrificarse para darnos una vía de escape.

—Tal vez hay una alternativa —reflexioné, mirando el instrumento que reposaba sobre una piedra—. ¿Y si puedo apoderarme del arpa?

—Antes de que llegues a ella estarás muerta.

—No podrá matarme si no me ve —le contradije—. Puedo hacerlo. Sé que puedo.

—Déjame que lo dude —masculló Eamonn.

Busqué la capucha para cubrirme y desaparecí frente a ellos. Sus expresiones sorprendidas evidenciaron que la magia de la capa me cubría por completo.

—¡¿Qué coño?! —susurró Marisa, que aún estaba sujetándome y me palpaba, sin entender que me hubiera convertido en un cuerpo invisible.

—Shhhh —les advertí, mirando a la bruja y deseando fervientemente que no fuera consciente de nuestras maquinaciones. En esos momentos se dirigía hacia Conan: el caldero de Dagda estaba a su vera.

—¿Margaret? —titubeó Eamonn.

—Un regalo de Ares —resumí—. Voy a hacer desaparecer el arpa. En cuanto lo logre, Eamonn tendrá una oportunidad para enfrentarla y tú, Marisa, intenta despertar a Ares. Le necesitamos, él sabrá qué hacer.

—¿Despertarle? ¿Cómo pretendes que haga eso?

—Incluso si consigues hacerte con el arpa, no sé cuánto tiempo podré contenerla —murmuró Eamonn, analizando las posibilidades reales de mis maquinaciones—. En cualquier caso, la magia del arpa es muy poderosa, no creo que consiga hacer que vuelva en sí dándole un par de

sacudidas.

—No creo que sea más poderoso que la magia de sangre —opiné, deseando estar en lo cierto—. Su sangre corre por tus venas, Marisa, si él pudo llamar a Beltane, tú puedes despertarle.

—Es una locura.

—Lo sé —admití.

—Planes peores nos han servido anteriormente —sentenció Eamonn—. Tal vez Ares sabrá cómo anular la magia del arpa.

—Seguro —intenté sonar convincente, aunque no tenía ni idea de qué podía hacer en realidad el druida. En cualquier caso, de todos los presentes, era el que tenía más posibilidades de poder enfrentarse a la bruja y creo que eso lo sabíamos los tres.

—Tampoco podré mantener eternamente el escudo, siendo realistas.

—No perdamos el tiempo. —Abracé a Marisa antes de separarme de ella.

—Ten cuidado —susurró.

—Tú también.

Inspiré profundamente antes de cruzar la barrera y abandonar la protección que me ofrecía el escudo de Eamonn.

Mis primeros pasos fueron trémulos, pero pronto me encontré prácticamente corriendo. Escuchaba la risa de aquella mujer, sus extraños cánticos, pero los ignoré para que el miedo no pudiera cegarme hasta que un grito masculino hizo que me helara por dentro. Temblando, me giré mientras escuchaba las risas agudas y dementes de la bruja. Vi como el cuerpo que estaba a sus pies convulsionaba. Tenía el puñal de negra empuñadura clavado en el vientre y las sombras parecían querer trepar por su cuerpo, alimentarse de él. Me estremecí al ver a Conan en aquel estado, retorciéndose por el dolor, solo consciente en parte, como si el sufrimiento formara parte de una oscura pesadilla, pero no hubiera llegado a despertarse.

Vi como la bruja cogía el caldero y escupía después encima del cuerpo del guerrero, aún con la daga clavada en su vientre.

—Tú debes de ser el nuevo líder de la tribu —murmuró entre risas, sosteniendo el caldero—. ¿Cómo te sientes ahora? ¿Notas cómo la vida se te escapa? ¿El agónico placer del dolor quemando tu cuerpo?

Me obligué a alejar la mirada de la tortura a la que estaba sometiendo al guerrero para fijarla en mi objetivo. Las lágrimas delataban el camino que trazaban mis pasos. El dolor de Conan, las risas de la bruja… ¿Cuánto tiempo aguantaría? ¿Quién sería el siguiente? ¿Tal vez Ares? ¿Mila?

Llegué hasta la piedra y cogí el arpa con manos trémulas. La oculté debajo de la capa y empecé a alejarme de aquel lugar, sabiendo que la bruja no tardaría en darse cuenta de que había desaparecido. No era inmune a su magia ni al filo de su daga, Ares me había advertido al respecto, así que solo podía esconderme para que no pudiera dar con ella de nuevo. Eamonn apenas tardó unos segundos en hacer desaparecer su escudo y lanzarse contra la bruja.

Aquello la sorprendió, pero no tardó en usar la única mano libre que tenía para lanzar una esfera de fuego contra el guerrero, pero Eamonn invocó su escudo para que las llamas impactaran en él mientras seguía acortando la distancia que le separaba de Dut.

La bruja gruñó y su mano se levantó para dirigirse al lugar en el que debería de estar el arpa. Gruñó al no encontrarla allí y buscó con cierta desesperación, como si no entendiera qué había sucedido, pero se decantó por algo diferente al ver que tenía a Eamonn prácticamente encima.

Se inclinó sobre Conan y arrancó la daga de su cuerpo. Las sombras la rodearon, como si un

ejército hubiera acudido a su encuentro. Me estremecí, consciente de que Eamonn, no tendría que enfrentarse solo a un oponente, sino a tantos como ella decidiera invocar.

Busqué con la mirada a Marisa. Estaba en el suelo, junto a Ares. Temblé, pero me negué a que el miedo me pudiera. Me acerqué a Mila y a Colin mientras Eamonn se enfrentaba a la furiosa magia de la bruja y apenas era capaz de avanzar. Su escudo repelía su magia, pero ella era sumamente poderosa. Cogí la daga que había al lado de Mila, la que había sido de Anam, con la intención desesperada de usarla para defender sus cuerpos inconscientes, si era necesario.

Marisa también enarbolaba una daga, la que Beltane le había regalado. No dudó en cortarse la palma de la mano antes de colocarla sobre el pecho de Ares, dejando que su sangre empapara su túnica. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas, una mezcla de miedo y rabia, pero también esperanza.

—Siento si he sido una arpía; sé que no debería odiarte por el simple hecho de que existes, pero, por una vez, vamos a intentar dejar a un lado nuestras diferencias, ¿vale? Es estúpido, lo sé, pero me jode pensar que tú eres algo así como mi tatara-tatara lo que sea, pero si nos salvas el culo, te juro que me esforzaré, un poco, al menos. —Para ser ella, era una concesión, pero no tenía yo muy claro si serviría de algo—. Ares, por favor, escucha mi voz. Te necesitamos. Margaret. Mila. Yo. Todos. Ven a nosotros, Ares. Escucha mi voz. Mi sangre, tu sangre, somos uno.

Escuché cómo empezaba a llorar y su cuerpo se sacudía, desesperada. No le tuve en cuenta las dos bofetadas que le dio, quizá porque hacía un momento yo había hecho justamente lo mismo con ella. Fue entonces cuando, de repente, Marisa salió disparada. Sus alas batieron con fuerza, sosteniéndola en el aire, antes de que pudiera impactar contra el suelo.

Comencé a temblar cuando vi que Ares se incorporaba. Su magia le rodeaba mostrándose furiosa mientras fruncía el ceño. Supe que él había sido el culpable de que Marisa hubiera salido lanzada contra el aire, quizá en un acto reflejo.

—¿Qué diablos?

—No soy yo tu jodido enemigo, duende de pacotilla —escupió Marisa, aún en el aire, mientras se pasaba el brazo por encima de la boca para limpiarse un hilo de sangre, como si se hubiera mordido el labio tras el estallido de la magia de Ares— . Todos os habéis quedado dormidos. Una de las brujas tenía un arpa. ¡Eamonn no aguantará mucho!

Marisa estaba en lo cierto. La magia de la bruja palpitaba con fiereza. Las sombras atacaban al guerrero que se defendía a duras penas. Sin ese escudo capaz de repeler cualquier tipo de magia, apenas habría resistido unos pocos segundos.

—¿Y Margaret? —Su aura palpitó enojada mientras me buscaba, sin encontrarme. Quise decirle algo, gritarle que estaba bien, pero eso delataría mi posición. Y la del arpa.

—Creo que está bien. Robó el arpa sin que la bruja pudiera verla.

—¿Tiene el arpa de Dagda? —La mirada de Ares se iluminó—. ¡Toca algo, Margaret!

—¿Te piensas que por ser vieja me enseñaron en el colegio a tocar una maldita arpa? —mascullé entre dientes, incluso si era poco probable que pudiera oírme.

—¡El conjuro se romperá si en el arpa suena otra melodía! —exclamó Ares mientras dejaba que la magia se expandiera a su alrededor—. ¡Toca lo que sea, Margaret, pero hazlo ya!

—Vale, puedo hacerlo —murmuré para mí misma mientras buscaba a tientas las cuerdas del instrumento, debajo de la capa. Me delataría, probablemente, pero si Ares me lo pedía, implicaba que no hacerlo era una opción aún peor.

—Busca un lugar seguro —le indicó Ares a Marisa antes de que un haz de luz se proyectara

contra la bruja, que usó el cuchillo para que las sombras que dependían de él crearan una barrera de siniestra oscuridad, protegiéndola.

Mis dedos empezaron a recorrer las cuerdas. Yo no llamaría melodía a los sonidos agónicos que proyectaba, pero en apenas un par de pasadas Mila y Colin comenzaron a moverse en el suelo. Las lágrimas cubrían mis mejillas mientras dejaba a mis dedos recorrer las cuerdas sin orden ni sentido alguno.

—¡Está funcionando! —gritó Marisa, pero su excitación se rompió por el grito agónico de Eamonn.

Me estremecí al ver el cuerpo del guerrero suspendido en el aire. Bridas negras salían de la mano de la bruja, como si fueran tentáculos, y llegaban hasta él, envolviéndole en un abrazo funesto que estaba haciendo que agonizara. La magia de Ares salió como un gran rayo de luz que impactó de lleno en el eje de aquellos tentáculos invisibles, liberando al guerrero, que cayó al suelo. Vi cómo se volteaba y, aun tosiendo, se incorporaba de nuevo, pero con ciertas dificultades.

—¡Continúa, Margaret! —me exigió mientras su luz se expandía, convirtiéndole en un auténtico faro en medio de la oscuridad que nos envolvía.

Empezó a caminar hacia la bruja que había abandonado su interés en Eamonn y toda su atención estaba presa en Ares, sabiendo que estaba a punto de enfrentarse a un enemigo mucho más poderoso que el guerrero. Parecía un faro luminoso, capaz de desafiar a la oscuridad que proyectaba la bruja y a las sombras que se habían aliado a ella.

Seguí tocando las cuerdas de forma aleatoria, los dedos me temblaban, pero aquellos cuerpos tendidos en el suelo empezaron a incorporarse lentamente, como si despertaran de un largo letargo.

—Dut, una de las hijas de Carman, tenía el arpa de Dagda —les dije a Mila y a Colin.

—¿Margaret? —susurró ella, frunciendo el ceño. Recordé que no podían verme, así que coloqué mi mano sobre su esternón, aunque solo conseguí sobresaltarla.

—Llevo una capa invisible —le dije—. Tengo el arpa, pero Ares no sé si aguantará mucho. Creo que ha matado a Conan, le ha apuñalado con una daga.

—Sigue vivo —me contradijo Colin, levantándose—. Polvo al polvo. Si su cuerpo no nos abandona, existe la posibilidad de sanarlo.

—Ha usado una daga extraña. Las sombras parecían querer engullirlo —les conté mientras Ares se enfrentaba a la bruja en un combate mágico en el que luz y oscuridad parecían tener un poder similar. Le cogí a Mila su mano y coloqué en ella la daga de su madre.

—Huye —me pidió Mila tras observar la daga de Anam y alzar el mentón, como si aceptara el peso y la responsabilidad que le correspondía como líder de la tribu—. Esconde el arpa. No puede encontrarla.

—Tiene el caldero —murmuró Colin—. No podemos dejar que lo use.

—Ni que huya con él —afirmó la hija de Anam con convicción.

Asentí, incluso si no podían verme. Me alejé de ellos, como me habían pedido, pero decidí acercarme a Marisa para obligarla a reaccionar y que se alejara también del centro de la batalla. No me sorprendió encontrarla junto a Kellan. Lloraba de felicidad porque el guerrero había vuelto a alzarse. En su mano había una larga espada, de aspecto imponente.

—¡Marisa! —la llamé cuando llegué hasta ellos.

—¿Margaret?

—Capa invisible —acorté mi explicación —. Tenemos que irnos.

—¡Lo has hecho! ¡Les has despertado! —celebró ella.

—Tú también. Gracias por traer de vuelta a Ares.

—Su magia es increíble —murmuró. Levanté la mirada para ver la luz de Ares colisionar contra la oscuridad de la bruja. Me estremecí. Prefería no verlo porque sentía ansiedad: el miedo a perderle me consumía.

Mila y Colin habían llegado hasta Ares. Vi como la magia de los tres druidas latía con fuerza y luchaban juntos, como si sus esencias se reconocieran las unas a las otras. Una columna de oscuridad rodeó a la bruja y las sombras salieron disparadas hacia varias direcciones. Una de ellas impactó a pocos metros de donde estábamos y vimos cómo empezaba a crecer y alzarse, convirtiéndose en la silueta de una criatura aterradora.

—¡¡Aulladores!! —gritó Kellan—. ¡Alejaros de aquí!

La sombra que se había alzado frente a nosotros no era la única. A nuestro alrededor había varias criaturas como aquella: oscuras escamas cubriendo su cuello en el que se alzaba la cabeza triangular que se parecía a las de las serpientes, pero su cuerpo manchado recordaba al de los leopardos y sus extremidades eran las de un león.

Vi la llama blanca de Ares enfrentarse de nuevo a solas contra la bruja mientras Mila y Colin luchaban juntos contra una de aquellas criaturas. Kellan se lanzó contra la sombra que se alzaba a pocos metros de nosotras.

—Hemos de irnos, Margaret —dijo en voz alta Marisa, creo que sin la certeza de si seguía allí o ya me había ido.

—Conan sigue vivo —murmuré.

—Kellan ha dicho que nos fuéramos.

—Y claro, tú haces siempre lo que dice tu marido —la reté, incluso si sabía que meternos en medio de aquel caos era una mala idea.

—Vale, ¿qué pretendes hacer?

—Salir de aquí, pero con él.

—No podrás cargarlo sola.

—Doy por sentado que estás tan loca como yo.

—Cuando Ares sepa que te has metido en medio de ese caos, va a pillar un rebote que ni te cuento. Me gusta. Vamos.

—Si salimos de esta con vida, igual es él quien acaba matándome.

—No sé con el estirado de tu marido, pero con Kellan basta con ponerte delante en pelotas y se le acaba la tontería.

Me arrancó una pequeña sonrisa, incluso si me temblaba todo el cuerpo mientras en otro extremo la luz y la oscuridad seguían combatiendo con fiereza.



Cada uno elige su destino

El latigazo de energía llegó duro, pero mis defensas consiguieron aplacarlo y los remanentes de lo que pretendía sesgar mi vida solo rasgaron el tejido de mi túnica y abrieron una fina herida sobre mi piel. Aquel golpe, ese tipo de magia oscura y tenebrosa, era la evidencia de que Dut no era una bruja que se recreara en nimiedades y me quería muerto.

Pese al tiempo pasado en el inframundo, hay cosas que no se olvidan. Luchar para sobrevivir y proteger a las personas que amas era una de ellas. La bruja era poderosa, pero yo también. Dudo que pudiera enfrentar a Dut y a sus hermanas al mismo tiempo, pero la suerte, por una vez, estaba de nuestra parte.

Lancé contra ella varias dagas afiladas de hielo y aunque su oscuridad consiguió anular la mayor parte, una le rasgó la mejilla. No es que aquella herida fuera mortal, pero rugió con rabia, sabiendo que el rival al que enfrentaba era su igual. Algo a lo que no estaba acostumbrada.

—Pensaba que ya no quedaban druidas en la tribu —masculló invocando a las sombras para que arremetieran contra mí.

—Y yo que las brujas tenían una verruga en la nariz. —No le hizo gracia aquello, pero menos aún que mis ondas luminosas atravesaran sus sombras haciéndolas desaparecer al instante y siguieran avanzando hasta llegar a ella. Vi como la explosión la lanzaba por los aires, pero aterrizó de pie, su cabello revuelto y un gruñido furioso en su garganta.

—Druida presuntuoso, lamentarás…

No le dejé acabar la frase. Mi magia fue a su encuentro, pero las sombras se alzaron antes de que pudiera llegar hasta ella. Era tenaz y su magia poderosa, pero yo había luchado en las guerras de antaño. Había acompañado a Lugh y a Dagda en la ardua tarea de expulsar a los fomorianos; ella, en cambio, era de ese tipo de criaturas que acostumbran a atacar a traición, como había hecho usando el arpa de Dagda. En un enfrentamiento directo, las posibilidades de victoria estaban de mi parte, aunque no podía confiarme porque las personas como ella solían usar trucos sucios para decantar una batalla.

Conseguí ganar algo de terreno, alejándola de los cuerpos tendidos en el suelo de la tribu. Vi de reojo que algunos de ellos empezaban a moverse y supe que Margaret estaba consiguiendo romper el embrujo. Apenas se oían las notas del arpa, pero decidí asegurarme de que la bruja no tuviera oportunidad de localizar el origen de estas. Que no la viera no significaba que no pudiera llegar a lastimar a mi valiente esposa o que buscara la forma de apoderarse de nuevo de aquel

instrumento que podía anularnos en apenas un suspiro. Ninguna de aquellas opciones era asumible.

Usé mi luz para anular sus barreras de magia oscura antes de arremeter contra ella con una ola atronadora. La fuerza del trueno la golpeó de lleno y salió despedida varios metros. Cuando se incorporó, la sangre goteaba por sus orejas y sus ojos brillaban con una rabia contenida. El caldero colgaba de su cintura, sujeto a una cinta de cuero que le cruzaba el pecho, pero no parecía tener intención de usarlo. Al menos de momento.

Aquel objeto tenía sus particularidades, en cualquier caso. No respondería a su llamada sin recibir algo a cambio. Tal vez ella lo sabía y no estaba dispuesta a arriesgarse a que tomara de ella y pudiera debilitarla, algo que era bastante probable porque el caldero se nutría de luz y no de oscuridad, incluso si estaba seguro de que esa tendencia podría llegar a ser corrompida, como la misma naturaleza.

La oscuridad a su alrededor se volvió más densa. Palpable. Alzó el puñal de negro metal y varias sombras se desprendieron de ella. No era un puñal cualquiera. Parte de su poder dependía de él. Ese descubrimiento era sumamente interesante.

Una llama violeta acompañó a una de color rojiza y una de las sombras se volatilizó. Sentí a Mila y a Colin sin necesidad de verlos, porque su magia ya no me era desconocida, más bien al contrario. La balanza se decantaba a favor nuestro.

—Creo que llevas las de perder.

—¡Eso nunca! —rugió enojada.

—¡Tiene el caldero, Ares! —me advirtió Mila, aunque era perfectamente consciente de ese detalle.

—No por mucho tiempo —aseguré mientras la atacaba con un torbellino de viento furioso. Intentó contenerlo, pero Colin lanzó una ráfaga de fuego que se fundió con mi magia, creando una tormenta ardiente. La bruja gritó, furiosa e impotente. Una ola de oscuridad explotó a su alrededor, liberándola de nuestra magia. Su cuerpo temblaba ligeramente mientras sostenía la daga frente a ella.

—Así que eres Ares… —repitió mi nombre la bruja tras escupir una mezcla de sangre y saliva contra el suelo—. ¿Dónde habré oído yo ese nombre antes?

—En tu mortuorio.

—El Príncipe de las Hadas, cómo no —susurró ella, pero su tono parecía más alegre, como si saber quién era le diera algún tipo de ventaja—. Mi hermana me advirtió sobre ti, pero no te hacíamos en la superficie, sino en un lugar mucho más siniestro.

—Me gusta llevar la contraria.

—Como a tu padre, entonces. —No le contesté, porque no me gustaba la dirección que estaba tomando la conversación. Mila le lanzó un proyectil que esquivó sin mucha dificultad, pero consiguió llamar su atención—. Druidas. ¿Acaso tu oscuridad no te condenó como al resto de la tribu? ¿Son tus crías?

—No exactamente —negó Colin invocando a Assal. El fuego de la lanza de Lugh ardía furioso, la sed de sangre de un arma milenaria. La bruja la reconoció y vi el miedo tiñendo sus pupilas.

—No podrás escapar —remarqué—. Tienes algo que pertenece a la tribu.

—¿La tribu? —Su mirada se desplazó hacia nuestro alrededor. La mayoría se habían levantado y parecían estudiar la situación, como si finalmente salieran del trance del conjuro al que habían sido sometidos—. Todos ellos no son nada. Poco más que cabos sueltos que siguen

con vida porque son insignificantes.

Un virote cruzó el aire. Algo tan pequeño y banal, insignificante, pero sutil al mismo tiempo. Carente de magia. No fue capaz de detectarlo, quizá porque no le prestaba atención al resto de los presentes, como si realmente pensara que eran inofensivos pese a que varios de ellos eran guerreros formidables.

Escuché su grito cuando el virote le atravesó la mano y el puñal se desprendió de su palma. Vi como la desesperación teñía su rostro y se lanzaba contra el suelo para recuperar el arma.

—Insignificantes, pero podemos joder como un grano en el culo cuando nos lo proponemos, chata —sentenció Brian con la ballesta alzada, a varios metros de distancia. Vi como Eamonn alzaba sus espadas y Aidan invocaba un hacha cuyo filo estaba impregnado con la magia del fuego.

Sentí la oscuridad en la tierra antes de verla propiamente.

—¡A cubierto! —les advertí mientras invocaba mi luz.

La bruja se rasgó el antebrazo con el puñal y su sangre se fusionó con las sombras que la acompañaban. Una explosión de oscuridad nos asoló. Alcé mi luz para protegerme y vi que Colin hacía lo mismo, aunque la expandió para cubrir también a Mila. El resto de los que estaban cerca de la bruja salieron despedidos varios metros, pero volvieron a levantarse en cuanto golpearon el suelo, solo que a nuestro alrededor varias sombras crecían y se volvían corpóreas.

—¡¡Aulladores!! —Fue Kellan el que les puso nombre mientras invocaba a la cambiante del rey Mac Gréine. Aquellas criaturas eran tan temibles como abominables, quizá por eso los magos y los druidas oscuros sentían cierta predilección por ellas.

—Yo me ocupo de la bruja —sentencié mientras me lanzaba contra ella, dejando atrás a Colin y a Mila y al resto de la tribu.

Los había visto luchar antes contra ese tipo de criaturas y sabía que serían capaces de vencerlas, aunque existía la posibilidad de que hubiera alguna baja durante el proceso. La bruja gozaría si eso pasaba, así que no tenía intención de darle mucho margen para que pudiera disfrutarlo. No sería la primera criatura oscura cuyo poder se ensalzaba con la sangre derramada.

Apenas tuvo tiempo de incorporarse para cuando llegué hasta ella. Le lancé un filo mágico que intentó contener mientras acortaba los últimos metros que nos separaban. Sus escudos, esta vez, no consiguieron frenar mi magia y vi con cierto deleite cómo se abría una brecha en su vientre y parte de su torso. No era una herida lo suficientemente profunda como para arrebatarle la vida, pero sí para que la cinta de cuero de la que pendía el caldero fuera seccionada.

Escuché el sonido del metal chocando contra el suelo mientras a nuestro alrededor el ruido de los combates se acrecentaba. ¿Cuántos aulladores había invocado? ¿Serían capaces de contenerlos? Sabía que tenía que centrarme en la bruja y recuperar el caldero, pero temía por la vida de todos los que me acompañaban. Solo esperaba que Margaret hubiera sido lo suficientemente sensata como para alejarse de la pelea con el arpa, no como mi descendiente, que parecía incapaz de alejarse del peligro y pululaba cerca de su marido.

Dut intentó agarrar mi brazo con un látigo de espinas, pero mi luz las disolvió antes de que llegaran a tocar mi cuerpo.

—Tanta luz —masculló la bruja que se había inclinado para sostener el caldero con la mano herida y usaba su siniestra para alzar el puñal—. ¡No eres más que una ilusión, Príncipe de las Hadas!

—Pues me siento muy real —argumenté mientras mi magia volvía a estallar contra ella—. ¿Cómo acabó el arpa de Dagda en tus manos?

Tal vez Kevin tenía razón y el camino de las brujas se había cruzado con el de Dagda. No había muchas más teorías para justificar que estuviera en posesión de aquel objeto místico y, aunque dudaba que tuviera la gentileza de responderme, no perdía nada probando suerte.

—Le sedujimos —afirmó alzándose de nuevo. Su risa oscura y tenebrosa reverberó a nuestro alrededor—. La luz se siente atraída por la oscuridad, ¿verdad, Príncipe? Ese viejo necio y lujurioso… su muerte fue tan placentera. ¿No te tienta? ¿Saber que podrías ser mucho más? Yo podría mostrarte el camino.

—No, gracias.

—¿No sientes la tentación? —Ladeó la cabeza mientras las sombras se arremolinaban a su alrededor, destilando una oscura y siniestra sensualidad con la que supuse habría sido capaz de cegar a más de uno de sus oponentes. Tal vez incluso al gran Dagda.

—Jamás podrías tentarme —negué dejando que mi magia se expandiera.

La luz a mi alrededor se volvió más intensa y sus sombras prácticamente se desvanecieron ante mi poder. Volví a avanzar hacia ella y me satisfizo observar que daba un par de pasos hacia atrás, el miedo teñía su rostro.

—¿Hasta dónde serías capaz de ir para recuperarlo? —murmuró la bruja antes de pronunciar palabras antiguas, de un idioma casi olvidado, el que fue de mi padre.

No me esperaba aquello. Que conociera ese tipo de lenguas muertas ni que fuera capaz de invocar, en el suelo, un portal muy parecido a los míos, solo que destilaban esa oscuridad funesta que caracterizaba a la mujer que había delante de mí.

Lanzó el caldero contra él y vi cómo desaparecía. Podía haberlo enviado a cualquier sitio. No dudaba que su elección no sería al azar. Tal vez sus hermanas estaban al otro lado del portal.

—Si me matas, el portal se cerrará y jamás podrás recuperarlo.

—¡Bruja! —rugí enfurecido y ella se encogió cuando mi poder me envolvió, mostrándose en todo su esplendor, pero sonrió con malicia. Ambos sabíamos que no mentía.

—Tic-tac, Ares, cada vez está más lejos, si no te apresuras, no podrás recuperarlo —me advirtió.

Observé el portal que había entre nosotros antes de fijar mis ojos en la mujer que me había tendido una trampa. Su magia había perdido parte de su esplendor y sus heridas eran lo suficientemente graves como para que Colin pudiera alcanzarla con Assal, la lanza de Lugh, si intentaba volver a hacerse con el control de la batalla. No lo haría, intuí. Huiría, si no le daba muerte, como la rata rastrera que era, pero ella tenía razón: solo teníamos una oportunidad para recuperar el caldero. Ella lo sabía. Yo también.

Incluso si eso implicaba caer en su trampa.

Lancé mi magia como si del filo de una espada se tratara. No era su vida la que pretendía sesgar, pero no tenía intención de dejarla marchar para que luego su amenaza se alzara de nuevo. Mi magia atravesó las frágiles barreras que intentó levantar e impactó contra el brazo que sujetaba la daga de negro filo. La sangre empezó a brotar a borbotones cuando el antebrazo con el que sostenía la daga fue amputado de un solo corte certero. Sus gritos fueron agónicos, pero seguía viva.

—¡Que no recupere la daga! —le indiqué a Aidan, que se estaba acercando a nosotros, antes de lanzarme contra el portal. Lo último que escuché fue esa mezcla de gritos, teñidos por la risa propia de una demente y el llanto agudo de un infante.

El portal se cerró al poco de cruzarlo.

Tal vez le habían dado muerte, tal vez ella pretendía retenerme allí mientras huía o se

enfrentaba al resto de la tribu. Sin la ayuda de sus hermanas no podría hacerles frente, pero no podía descartar que ellas acudieran a auxiliarla y entonces la tribu se vería en una situación de lo más comprometida.

Tenía que encontrar el caldero y volver junto a ellos lo más pronto posible.

Busqué en mi interior para sentir la luz de Margaret latiendo con fuerza. Saber que estaba bien me tranquilizó y me centré en el vacío por el que seguía cayendo, como si aquel lugar no tuviera fondo ni final.

Infinito.

Me recordó al abismo sobre el que estaba construida mi fortaleza aunque aquí, sin embargo, no había luz alguna iluminando el camino, solo oscuridad, el viento rasgando mis ropas mientras seguía cayendo. Sin fin.

Pero no solo.

Lo supe, incluso si no había nadie.

Usé mi magia para frenar aquella caída, aunque seguía sin ver el suelo. Invoqué un aura de luz que me rodeó mientras mi cuerpo levitaba y se sustentaba en aquel lugar que existía, pero no lo hacía al mismo tiempo.

Algo me rozó el brazo y me estremecí, no tanto por la sensación de aquel contacto frío y húmedo, sino por la posibilidad de que lo que allí habitaba fuera capaz de traspasar la barrera mágica que me rodeaba.

Y entonces lo escuché.

Un nombre.

Alguien que me llamaba.

Descendí, intentando focalizar mi vista con la intención de localizar el caldero, pero sin ser capaz de hacerlo. Impulsé mi magia y el aire a mi alrededor gimió, como si mi luz le incomodara. O tal vez no era aire.

Era algo más.

Y, entonces, las vi. Siluetas sin vida de hombres y mujeres, sombras, que fluían en un sentido único, como si fueran poco más que una corriente de vidas muertas, de espíritus que buscaban un camino, el camino. Fue como si ellas también me vieran en ese momento. Algunas empezaron a rodearme, dando vueltas a mi alrededor. No tenían rostros, pero era como si conociera a cada uno de ellos.

—*Al fin.*

Me estremecí al escuchar aquella voz mientras algo me rozaba la mejilla.

—*Ha vuelto.*

Lo supe. El lugar al que la bruja me había enviado. Ese sitio entre la vida y la muerte en el que vagan las almas eternamente hasta que encuentran su destino. El lugar que mi padre frecuentaba y en el que solía jugar a ser un dios para aquellos que ya lo tenían todo perdido.

Elegía las almas a las que llevar al otro lado y condenaba a las que le caían en desgracia, dejándolas allí para que vagaran afligidas y extraviadas, para el resto de su eternidad. Sentí que la presión de aquellas almas en pena tiraba de mí.

—*Es él.*

—No lo soy —mascullé mientras me obligaba a proyectar mi luz a mi alrededor y, al hacerlo, conseguí que la corriente dejara de arrastrarme. Busqué con cierta desesperación el caldero.

—*Lo es.*

—*Su oscuridad.*

—Está en su interior.

—Desterrado.

—Inframundo.

—Este siempre fue su lugar.

—Ha vuelto.

—No soy mi padre —negué, aferrándome a mi luz, mientras sentía todos aquellos espíritus perdidos intentando llegar hasta mí, pero sin atreverse a cruzar la luz que proyectaba.

Mi voluntad comenzó a flaquear. Eran cientos. Miles. No dejé que me llevaran y me enfrenté a ellos mientras tomaba pie en una superficie que parecía agua cristalina, pero era sólida al mismo tiempo. Empecé a caminar, sintiendo que cada paso que daba la esencia de mi padre despertaba en mi interior, reconociendo aquel lugar y el poder que ostentaba en él. Me negué a dejar que su ambición me corrompiera mientras seguía avanzando, buscando el caldero que sabía que estaba allí. Incluso si no podía verlo. Tenía que encontrarlo.

Desconocía si las brujas tenían la costumbre de vagar por ese lugar, pero el hecho de que lo conocieran me hacía pensar que su esencia tenía más de lo que me gustaría admitir de la de mi padre. No quise pensar en la posibilidad de que él fuera quien las hubiera engendrado, algo que tampoco era descabellado, así que me limité a plantearme que Carman procedía de la misma tribu de dioses antiguos que mi padre.

Poco sabía de ellos, solo que se dispersaron y que sus poderes eran un tanto siniestros, incluso si no todos eran malvados. Manannán mac Lir, mi padre, era un dios un tanto particular, pero no había en él la maldad que caracterizaba a los fomorianos. O a las brujas.

Ella tenía que saberlo.

Quién era mi padre.

Cómo aquel lugar intentaría llegar hasta la oscuridad que existía en mi interior, debilitando mi luz. Mi mayor enemigo. Mi propia dualidad. Una trampa que podría llegar a ser mortal si no buscaba un camino para salir de allí pronto, pero no estaba dispuesto a hacerlo sin el caldero. Si ellas se apoderaban de él.

Pulsé contra las almas liberando mi magia y conseguí que se retiraran varios metros. Fue en ese momento, cuando todos aquellos espíritus se alejaron de mi cuerpo y de la necesidad de que mi oscuridad se abriera a ellos para guiarlos, cuando conseguí verlo. Con un esfuerzo titánico, avancé hasta él, luchando contra aquella corriente de almas perdidas que pretendían, de nuevo, arrastrarme. Prefería no saber hacia dónde.

—Oscuridad.

—Compañía.

—Para siempre.

—Recluido.

—Abandonado.

—La oscuridad siempre fue fuerte en él.

—Porque es hijo de su padre.

—Su destino es seguir guiándonos.

Llegué hasta el caldero y lo agarré. Me sentía demasiado agotado para invocar un portal, por no decir que no tenía la certeza de que algunas de aquellas almas decidieran cruzarlo, aprovechando las circunstancias.

—Cada uno elige su destino —murmuré mientras sentía que la presión era cada vez más fuerte y mi magia empezaba a quebrarse con sus embestidas.

—*Oscuridad.*

—*Un camino.*

—*Nuestro.*

—*Nos pertenece.*

—*Exiliado.*

—*Para siempre.*

Apenas tenía fuerza para resistirme a esa sensación de que querían arrastrarme con ellos. Afortunadamente, tenía el caldero de Dagda. Metí la mano en su interior y cerré los ojos, buscando la poca magia que aún latía en mi interior. Mi luz. Pensé en Anam, en el pasado que habíamos compartido, en Margaret, la esperanza de un futuro a su lado.

—Ayúdame. *Cabhrú.* —Sentí la magia del caldero en mi mano y como algo se depositaba con suavidad sobre mi palma; una estructura alargada, fría al tacto, pero cálida al mismo tiempo.

Saqué la mano del caldero y observé una flor de rojizos pétalos hecha de cristal. Margaret. Era algo absurdo, pero sentí un tirón, la consciencia de que alguien me esperaba en la superficie. Mi luz. Su luz.

La flor empezó a brillar, emitiendo luces iridiscentes a nuestro alrededor cuya belleza era indescriptible. Las almas en pena se alejaron de aquellos reflejos. Escuché sus sollozos, la tristeza del ver y del sentir de nuevo. Aquella flor mágica era un reflejo de la pureza del amor que compartíamos.

—No fui exiliado ni desterrado. Mi luz ilumina el camino y protege al mundo de la oscuridad —afirmé mientras tomaba consciencia de que aquel lugar había ido consumiendo la luz que existía en mi interior—. Hay algo más poderoso que la magia que fluye por mis venas. Una tan antigua como los primeros hombres. El amor.

Proyecté la escasa luz que aún me quedaba sobre la flor de cristal y esta lo amplificó a nuestro alrededor. Cientos de colores tiñeron la oscuridad que me rodeaba y las almas comenzaron a alejarse asustadas. Sentí la calma volver a mí. Como si al alejarlos, la angustia de aquellos espíritus dejara de contaminar mi esencia.

Abrí un portal y lo traspasé con el caldero en una mano y la flor de cristal en la otra. Sus pétalos caían a medida que cruzábamos la distancia infinita entre la dimensión a la que me había enviado la bruja y el lugar al que pertenecía. La superficie donde estaba mi esposa. Sabía que *mo Sholas*, mi luz, la que iluminaría el resto de mi vida, estaría al otro lado, esperándome.

—¡Ha vuelto! —Escuché que gritaba Colin. No fueron los brazos de Margaret los que me rodearon cuando me tambaleé, pero agradecí que el guardián interviniera porque, sin la magia de la flor de cristal, mis fuerzas flaquearon de nuevo y estuve a punto de caer al suelo.

—Te tengo. —Miré a Eamonn y asentí.

—He traído el caldero. —Me sonrió.

—¡Tenemos el caldero! —chilló con tono alegre mientras todos se acercaban a nosotros.

—¡¡Ares!! —Margaret llegó a mí corriendo a trompicones.

Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero sus alas intercedieron a su favor, haciendo que fuera poco más que un pequeño traspié. Se quedó paralizada, a mi lado, mirándome con genuina preocupación. Admito que mi semblante no era apropiado: tenía la ropa rota, varias heridas cubrían mi cuerpo y estaba cubierto de sangre, aunque no toda era mía.

—Estaré bien —le aseguré mientras le tendía a Mila el caldero y, tras hacerlo, me valía de mí mismo para abrazar a Margaret. Sentir su cuerpo contra el mío era la única recompensa que quería en esos momentos. Le acaricié la espalda cuando escuché que sollozaba.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Colin.

—¿La bruja? —cuestioné alzando la mirada hacia el druida, sin dejar de acariciar la espalda de Margaret.

—Huyó justo después de que desaparecieras —repuso con gesto apesadumbrado.

—Tenemos el puñal —intervino Kevin y levantó una mano repleta de hebras negras que parecían tener vida propia—. No te aconsejo que lo empuñes.

—Parte de su magia dependía de él —puntualicé, observando las marcas en la piel de Kevin. No tenían buen aspecto—. Al menos la habremos debilitado.

—Vimos cómo desaparecías —indicó Kevin, encogiéndose de hombros—. Así que hicimos lo que nos pediste y fuimos a por la bruja.

—Al margen del brazo que le amputaste, conseguí alcanzarla en el abdomen, una herida fea, bastante profunda —intervino Aidan—. Es posible que haya muerto si no ha podido encontrar a un sanador.

—Mejor no darlo por sentado. —El guerrero asintió.

—¿Qué sucedió?

—Me tendió una trampa —admití—. Abrió un portal y lanzó dentro el caldero. Si le hubiera dado muerte, nunca hubiéramos podido recuperarlo.

—Podía haberte enviado a cualquier sitio —murmuró Mila—. Al otro lado podrían haber estado sus dos hermanas.

—Yo también me planteé esa posibilidad, pero la realidad fue que la bruja es mucho más retorcida.

—Lo de desarmarla, bien pensado —me alabó Colin.

—Tenemos que estudiar qué mierda de puñal es ese —intervino Ryan—. Y cómo eliminar su rastro en Kevin.

—Esa parte la secundo —opinó el aludido—, pero primero deja que Ares acabe su historia.

—Y tenemos que pensar dónde vamos a esconder esa maldita cazuela ahora que sabemos que las brujas van tras ella —añadió Connor.

—No hay mucho que contar. —No tenía intención de compartir la experiencia que había vivido con el resto de la tribu. La historia de mi padre. La oscuridad que existía en mi interior. Era mi guerra. No la suya—. Tenemos el caldero. Eso es lo que importa.

—Será mejor que vayamos a un lugar seguro —sentenció Kellan mientras mantenía a la cambiante en su mano diestra y rodeaba a su esposa con el otro brazo—. Una de tres. En estos momentos, no tengo claro que estemos en igualdad de condiciones si se aparecen las otras dos.

—Especialmente si llevan la maza de Dagda —murmuré y añadí, mirando a Kevin—: Tenías razón. Sus caminos se cruzaron. Fueron ellas quienes le dieron muerte.

—Odio cuando tienes razón —masculló Ryan.

—Por eso tenía el arpa —declaró Connor, llegando a la conclusión lógica. Asentí.

—Preferiría haberme equivocado —admitió Kevin—. Tendremos que estudiar qué propiedades tenía esa maza, porque no dudo de que acabarán sacándola a escena.

—Insisto en largarnos de aquí. ¿Cómo está Conan? —le preguntó Kellan a otro de los guerreros. Vi que le llevaba en brazos; su aspecto no era bueno, pero estaba vivo. La magia de Colin brillaba sobre su piel y supuse que había conseguido estabilizar sus heridas.

—Podemos discutir dónde esconderemos el caldero en mi fortaleza —decidí ofrecerles. Debía volver allí, en cualquier caso. Hacerlo con la tribu al completo no es algo que me ilusionara, pero el guerrero sanaría más rápido en mis aguas termales y las brujas no podrían acceder a ese lugar

que estaba protegido con mi magia—. Necesito cambiarme de ropa.

—Antes muerto que sencillo —masculló Marisa entre dientes, pero cuando le lancé una mirada enojada, se limitó a sonreírme.

No había ese deje enojado que solía reservar ante mi presencia y recordé que fue ella la que me había despertado del trance del arpa. No me había gustado encontrarla prácticamente tumbada sobre mi cuerpo cuando desperté de aquella bruma en la que me había sumido el arpa de Dagda, pero tal vez sobreactué al lanzar mi magia en su contra. Quizá debería disculparme o, al menos, intentar darle algo de crédito, si había una próxima vez.

—¿Quién nos dice que no será una trampa? —cuestionó uno de los guerreros, Aidan, sosteniéndome la mirada.

—Se habría largado con el caldero si hubiera querido —opinó Eamonn—. Dale un voto de confianza.

—Tu fortaleza a mí me vale —aceptó Mila con una sonrisa cómplice, mirándome no solo a mí, sino también a la mujer que estrechaba entre mis brazos.

—¿Aceptarás que en tu fortaleza vague un medio fomoriano? —me cuestionó Colin.

—Esta vez no tengo intención de matarte, si esa es la pregunta.

—Es una mejora considerable, en tal caso —repuso él, sonriéndome—. ¿A qué estamos esperando?

—Tal vez deberíamos llevarnos a Conan al castillo para que le atiendan —planteó Connor—. Lo que consideréis, estará bien para nosotros.

—Se recuperará más rápido en mi fortaleza —negué—. Traedlo.

Abrí un portal haciendo acopio de la poca magia que me restaba. Creo que el guerrero no sería el único que debería adentrarse en el agua sanadora de las termas después de todo. Me gustaría más hacerlo a solas con mi esposa, para revivir lo que compartimos allí hacía unos días, pero supuse que debería posponer ese momento para más adelante. Para cuando todos estuviéramos recuperados y el caldero oculto en un lugar seguro.

Si pretendía que confiaran en mí, también debería intentar aprender a confiar en ellos. Por la tribu. Y por Margaret.



La profecía

—Tenemos invitados —le indiqué al puca en cuanto cruzamos el portal.

—Pero ¿qué lugar es este? —murmuró mi descendiente al ver aquel remanso de paz y la belleza de las termas.

—Un lugar de sanación —susurró Kevin—. Es increíble.

Asentí mientras me descalzaba. Margaret me ayudó a bajar los peldaños y el agua calmó el dolor de las heridas abiertas sobre mi piel. Observé a los miembros de la tribu titubear. Me sorprendió que fuera Kevin el que encabezara la procesión; cogió en brazos a su primo y descendió para que el agua le cubriera.

Cerré los ojos, liberándome de la carga que arrastraba y dejando que la oscuridad volviera a lo más profundo de mi ser para que la luz siguiera siendo mi única y verdadera guía. Los labios de Margaret buscaron los míos y la recibí con ansias. Sentirla allí, conmigo, viva, era saber que había esperanza. Un nuevo mañana.

Poco a poco todos fueron entrando en las termas. Afortunadamente, el lugar era enorme y apenas nos molestábamos los unos a los otros. Poco después de que notara mi cuerpo completamente recuperado, el guerrero caído despertó. Creo que la sorpresa de encontrarse en aquel lugar hizo que pasara a la vigilia de forma un tanto traumática y sopesé que, al igual que Margaret, daba por sentado que había muerto y que aquel lugar era el más allá. Aquellos recuerdos me produjeron cierta ternura.

Escuché la llamada de mi puca. Tenía algunas dotes de telepatía, las justas para enviarme palabras aisladas. Di un par de brazadas para llegar a la orilla de mármol y me alcé sin demasiada dificultad. Me giré para observar aquel lugar, mi remanso de paz, colmado de dioses. Mis iguales, hasta cierto punto. Desvié la mirada hasta Margaret y moví una mano para elevarla por encima del agua con mi magia. La acompañé con suavidad hasta que sus pies tocaron el mármol blanco. El puca se apareció a mi lado.

—He dispuesto ropa limpia para nuestros invitados y he preparado el salón —me advirtió. Su rostro mostraba una satisfacción plena. Me había acompañado en mi soledad por mucho tiempo, pero su naturaleza era afable y amaba las multitudes.

—La visita será breve —le indiqué antes de que se ilusionara por tenerlos con nosotros una larga temporada.

—También está preparado el *eso* de la señora. —Asentí, satisfecho con aquello, aunque

tendría que posponer la sorpresa que le había preparado a mi esposa hasta que nos hubiéramos asegurado de que el caldero estuviera a buen recaudo.

—Ocúpate de nuestros invitados —le pedí—. Tras arreglarnos, les esperaremos en la sala.

Margaret se había reunido conmigo, así que moví una mano para que la enorme puerta de doble hoja se abriera y decidí dejarla así, una muestra de mi intención de confiar en ellos y darles acceso a la que era mi fortaleza. Los accesos a las salas en las que estaban los núcleos de poder estaban protegidos con mi magia y ni siquiera Assal podría quebrar esas defensas. Podía asumir que vagaran por el que era mi mundo, libremente, durante unas horas.

Cuando llegamos a mis aposentos, Margaret me rodeó con sus brazos. La besé sin más intención que sentirla viva, a mi lado, pero acabamos desnudándonos entre apasionados besos, llevados por la necesidad de compartir nuestros cuerpos. Ese momento de placer me ayudó a olvidar lo que había vivido en aquel lugar en el que las almas vagaban sin rumbo. Sentir no solo la calidez con la que me acogía, sino la forma en la que conectábamos en planos mucho más profundos y nuestra esencia se mezclaba para convertirse en una. Luz. Margaret siempre sería la luz que iluminaría mi camino. Incluso cuando la oscuridad que existía en mi interior quisiera hacer mella en mí.

Cuando acudimos a la sala, ya estaban allí varios de los guerreros. Miré a Margaret y me sonrió mientras se sonrojaba. Solo faltaban las dos parejas restantes y creo que ambos intuíamos cuál era el motivo de su tardanza.

La enorme mesa de cristal estaba repleta de comida, como si de un gran banquete se tratase. No tenía intención de recriminarle al puca aquel exceso de atenciones a favor de miembros de la tribu, incluso si él sabía que siempre los había despreciado, porque estábamos de celebración, después de todo.

Frente a Eamonn se encontraba un recipiente de color oscuro y aspecto antiguo que estaba vacío. El caldero de Dagda.

Kevin alzó su copa hacia nosotros cuando nos sentamos en la cabecera de la mesa. Dos tronos, uno al lado del otro, porque aquel era, al fin y al cabo, nuestro reino.

Las dos parejas restantes no tardaron en añadirse a la mesa. La conversación a nuestro alrededor era alegre y, aunque me limité a observarles, me satisfizo ver como Margaret interactuaba con ellos con esa complicidad que sugería que también la tenían en cuenta.

—He de decir que nunca pensé que acabaríamos celebrando haber encontrado el caldero aquí —admitió Ryan con una sonrisa torcida.

—¡Bebamos por ello! —exclamó Kevin, con esa alegría que le caracterizaba y que me molestaba al principio.

—¿Qué haremos con el caldero? —cuestionó Eamonn, al que tenerlo bajo su protección creo que le intimidaba un poco. La responsabilidad. Podía entenderle.

—Y con el arpa —añadió Aidan mirando aquel objeto, que también estaba sobre la mesa, como si fuera una criatura de aspecto horripilante—. Lo que ha pasado…

—No puede repetirse —sentenció Colin, asintiendo.

—Os ofrecería ocultarlos en mi fortaleza —reflexioné en voz alta—, pero dudo que muchos de vosotros os sintierais cómodos con esa oferta. —Vi que algunos en la mesa se removían ante aquellas palabras, pero Colin y Mila, entre otros, parecían dispuestos a plantearse esa posibilidad—. En cualquier caso, hay ya demasiados objetos mágicos recluidos entre estas paredes. Si algún día yo cayera, los fomorianos que osaran traspasar el vacío podrían hacerse con ellos.

—Eso nos pondría, sin duda, en un serio aprieto —opinó Connor. Asentí.

—¿La biblioteca de Dagda? —cuestionó Ryan—. Allí todos los miembros de la tribu son bienvenidos. —Supe, por sus palabras, que hacía referencia a mi persona más que al resto de sus primos.

—¿Y la arboleda de Colin y Mila? —propuso Kevin.

—¿Tú qué opinas? —Fue Mila la que me devolvió la palabra. Sentí el peso de las miradas de la tribu sobre mí. Algunos aún desconfiaban de mi persona, pero otros habían optado por intentar acogerme, incluso si yo no les había dado pie a hacerlo.

—Creo que hemos de separar ambos objetos —decidí, tras reflexionarlo—. Las brujas a las que nos enfrentamos, Dut, Dothur y Dain, no son solo fomorianas. La forma en la que abrió aquel portal y el lugar al que viajé me hacen pensar que Carman descendía de dioses antiguos, olvidados, anteriores a la propia tribu.

—El linaje del que proviene tu padre —sentenció Eamonn y me sorprendió que, pese a ser un guerrero, hubiera llegado a esa conclusión en tan poco tiempo. Asentí.

—Es cierto que la biblioteca de Dagda posee unas defensas que harían difícil su acceso para alguien que no fuera de la tribu. Con todo, existen criaturas capaces de hacerlo.

—Nadie puede extraer nada de ese lugar sin mi autorización —intervino Ryan, sosteniéndome la mirada.

—Si estás dispuesto a asumir el riesgo que eso implica, creo que el arpa debería custodiarse en la biblioteca. —Supo leer entre líneas y, pese a eso, asintió. Si alguien quería hacerse con el arpa, podría hacerlo si le mataba. La biblioteca tardaría un lapso de tiempo, no muy amplio, en determinar quién era el siguiente responsable de los secretos que contenía. Suficiente, en cualquier caso, para crear un portal y abandonar el lugar con ese preciado tesoro.

—¿Y el caldero? —cuestionó Kevin—. ¿En la arboleda?

—Su oscuridad podría contaminar la arboleda —negué—. Hay un sitio mejor. Uno que no forma parte de este plano y al que nadie puede llegar sin abrir un cierre previamente. No sería muy diferente a una de las pruebas que Anam creó para protegerlo.

—El Portal de las Hadas —susurró mi descendiente. La miré con cierto orgullo y creo que aquello la sorprendió.

—¿Eso no supondría un riesgo para ellas? —remarcó Kellan, removiéndose incómodo en su asiento. Podía entenderle, pero si el caldero caía en las garras de las brujas, no habría forma alguna para seguir protegiéndolas.

—Sí —admití—. Por mucho que me pese, nuestras esposas no son meras mortales. Ellas son las nuevas guardianas y, como tal, su misión es proteger el legado de mi madre, y eso implica velar también por el de la tribu.

—Es una gran responsabilidad —murmuró Mila, a quien exponer de esa forma a personas a las que amaba le pesaba en el pecho. Podía entenderla.

—Así es, pero, teniendo en cuenta hasta qué punto se han implicado en encontrar el caldero, dudo que tengan intención de mantenerse al margen por mucho que se lo pidamos amablemente. —Escuché un ruido de fondo, las risas apagadas de alguno de los guerreros. Opté por ignorarlas—. Además, si tenemos en cuenta el papel que han desempeñado a lo largo de las pruebas, no descarto que esa fuera la intención de Anam desde el principio. Que las hadas, las guardianas, lo custodiaran.

Mila me observó con atención.

—Lo haremos —sentenció mi descendiente.

—No lo haréis solas —y, mirando a la guardiana que descendía de mi hija, añadí—: Kellan y el resto de la tribu velará por ti, Marisa. —Era la primera vez que usaba su nombre, pero su valor bien merecía que la considerara por quién era y no únicamente por el hecho de que de mí descendía—. Tengo la certeza, igual que yo daría mi vida para proteger la de Margaret, ahora y siempre, *anois agus i gcónaí*.

—¿Qué hay de Grace y Aislin? —me preguntó mi esposa acariciándome la mano.

—Usaremos el caldero para ocultar su rastro, pero eso no bastará para garantizar su seguridad.

—Creo que ha quedado una habitación libre en esa casa —intervino Kevin—. Un cambio de aires me vendría bien, estar más cerca de mis raíces. Yo velaré por ellas.

—Esa responsabilidad debería recaer en mí —negó Eamonn—. Soy el guardián de la tribu, después de todo, y ellas han demostrado que forman parte de lo que somos.

—Hay dos habitaciones libres —les dijo Margaret con una amplia sonrisa, emocionada.

—Además, ese lugar posee protecciones suficientes como para contener a las brujas —opinó Colin—. Ahora más que nunca.

Me miró con una sonrisa latiendo en sus ojos. Él sabía que mi magia había potenciado las defensas que Anam había depositado tiempo atrás en esa tierra, pero, por lo visto, no tenía intención de delatarme.

—Desde la celebración del solsticio, el poder de Grace ha crecido —añadió Mila.

—Especialmente cuando está cerca del Portal —puntualizó Marisa.

—Es importante seguir las antiguas tradiciones para que la magia del Portal sea cada vez más fuerte y, con ello, también la de las guardianas —declaré.

—¿Bastará el cierre del Portal para mantener el caldero protegido? —preguntó Connor, titubeando—. Si tienen que abrirlo en los solsticios, podríamos ser vulnerables durante las celebraciones y las brujas podrían hacerse con el caldero.

—Buscaremos la forma de protegerlo durante las celebraciones —sentencié, entendiendo su posición—. Además, había pensado en añadir una protección extra.

—¿En qué tipo de magia estás pensando?

—Necesitaremos del poder del caldero —repuse mirando a Colin—. Hay alguien cuyo vínculo con el Portal ha prevalecido pese al paso de los siglos. Ni siquiera la muerte consiguió alejarla de allí.

—Beltane —susurró Mila. Uno de los guerreros se tensó—. ¿Quieres intentar resucitarla? ¿Como hiciste con Margaret?

—Me gustaría, sí —admití—. Pero ha pasado demasiado tiempo; ya no hay un cuerpo al que traerla de vuelta. Jugar con magia nigromántica no creo que sea la mejor de las ideas.

—Que no quiere decir que no pudieras hacerlo —sentenció Ryan, mirándome con atención—. Después de todo, eres hijo de tu padre.

No le rebatí aquello, pero sentí un estremecimiento al escuchar sus palabras y varias personas en la sala se removieron incómodas ante aquella posibilidad. El poder que ostentaba más allá de la naturaleza que fluía en la vida. La muerte. Lo que yo era. De dónde venía. Igual que Carman.

—Podríamos usar el caldero para dotarla de nuevo de su antiguo poder, aunque solo tendría acceso a él en el plano del Portal —le expliqué a Mila—. En nuestra realidad seguiría siendo solo un espectro.

—¿Podría hacerse? —cuestionó Aidan, uno de los guerreros.

—No sería muy diferente a lo que hizo Anam con los gólems de lava. Podríamos devolverle a Beltane su antiguo esplendor para que protegiera el caldero en la dimensión que antaño

habitaban las hadas.

—Así sea —sentenció Mila.

—¿Y qué hay de esto? —añadió Kevin colocando un trozo de tela sobre la mesa. Lo abrió, lentamente, para mostrar el puñal de la bruja. Sentí su aura de oscuridad palpitar con fuerza.

—Igual que Assal, esa arma tiene un espíritu propio —advertí y mi mirada se desplazó a la mano de Kevin, que estaba cubierta por un vendaje—. ¿No han desaparecido sus marcas?

Kevin negó y se hizo un silencio en la sala mientras todos mirábamos a Conan. El afectado se levantó y empezó a desabotonarse la parte delantera de la túnica con la que le había obsequiado mi puca, mostrándonos una cicatriz negra en el centro de su abdomen y varias vetas negras que salían de ella en todas direcciones y cubrían parte de su torso.

—No es el único que está jodido con esa mierda —sentenció.

—Nunca había visto algo igual —admití—, pero supongo que encontraremos una respuesta tarde o temprano. Hasta ese momento, deberíamos esconder el puñal en algún lugar cuya luz sea capaz de ocultar su esencia, no sea que la bruja quiera recuperarla.

—¿La arboleda? —tanteó Colin.

—Podría ser un buen lugar, sí, pero aseguraros de que no lo corrompe —les advertí. Creo que esa posibilidad les inquietó, pero incluso si dudaba de que un arma, por mágica que fuera, pudiera tener semejante poder, mejor no caer en el error de dar las cosas por sentadas.

—Si tuvieras la amabilidad de abrir un portal para volver a la biblioteca, me gustaría empezar a buscar sobre el puñal en cuestión —dijo Ryan levantándose.

—¿Alguien tiene especial afinidad por la música? —cuestioné.

—Connor. —Fue Kevin el que dijo aquello, pero el aludido no lo negó.

—Tal vez no sería mala idea buscar las partituras de Dagda —puntualicé—. Ahora que su arpa está en nuestro poder, el saber no ocupa lugar.

—Veré qué encuentro —asintió el erudito, levantándose.

—Deberíamos ir a hablar con Grace y Aislin —le dijo Mila a Marisa—. Contarles lo que ha pasado y lo que pretendemos hacer.

—¿Cuándo quieres que abramos el Portal para ocultar el caldero? —me preguntó esta última.

—A mediodía —contestó—. Eamonn, o quién consideréis oportuno, puede quedarse aquí, en mi fortaleza, con el caldero, hasta ese momento.

Hubo un intercambio de miradas a lo largo de la mesa. Fue Mila quien tomó la palabra:

—Colin y yo nos quedaremos con Eamonn. —Miró a mi descendiente—. ¿Podrás ocuparte tú de los preparativos?

—Sabes que lo mío es organizar eventos. Una boda, una orgía, abrir un portal para ocultar un caldero, ¡dalo por hecho!

Margaret rio por lo bajo.

—Pronto será la fiesta de Lugh, para entonces, las hogueras deberán arder y los antiguos rituales deberán celebrarse para que la magia del portal os haga más fuertes. —Asintió y, por primera vez desde que había coincidido con ella, creo que conectamos en un plano más profundo. No menospreciaría su responsabilidad, igual que tampoco lo haría Beltane con el caldero ni yo con las fronteras del inframundo. Nos venía en la sangre.

Me concentré para abrir un portal que los llevara a la biblioteca de Dagda. Uno a uno, la mayor parte de mis invitados lo cruzaron. Admito que fue un pequeño placer verme libre de su compañía; no recordaba cuándo me había sentado en una mesa tan concurrida.

Cuando se cerró el portal, solo quedábamos Mila, Colin, Eamonn, Margaret y yo. Creo que

exhalé un poco demasiado profundo, porque Mila me sonrió, como si entendiera el esfuerzo que había supuesto recibirlos a todos en la que era mi morada.

—Gracias.

—Si nos disculpáis. —Le tendí a Margaret mi brazo y ella lo tomó—. Cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en llamar al puca. Podéis usar una de las habitaciones de invitados si queréis descansar o quedaros aquí velando el caldero hasta que sea la hora de partir.

Salimos del salón y avanzamos por un largo pasillo. Margaret tal vez desearía descansar unas horas, pero había algo que quería mostrarle antes.

—¿A dónde vamos? —me cuestionó. Sonreí, porque empezaba a familiarizarse con la fortaleza. Nunca antes habíamos ido hacia el lugar al que ahora nos dirigíamos. Un área que llevaba demasiado tiempo vacía y a la que no le había encontrado utilidad hasta que ella irrumpió en mi vida.

—Tengo una pequeña sorpresa para mi dama.

—¿Una sorpresa? —Su voz sonó ilusionada. Solo esperaba no haberme equivocado….

Era extraño, sentirme así. Vulnerable. Podría enfrentarme a las brujas sin titubear, pero en todo lo referente a Margaret me sentía un tanto inseguro. Quería que fuera feliz a mi lado, incluso si no sabía cómo lograrlo.

Me paré frente a una enorme puerta blanca. Usé mi magia para que las hojas se abrieran y frente a ella se expuso la gran estancia de esbeltas columnas rodeada de cristaleras que en esos momentos estaba sumida en la oscuridad. Di un par de palmadas para que el lugar se iluminara.

Los ojos de Margaret centellearon mientras me miraba, como si no diera crédito a aquello.

Me sentí condenadamente nervioso, esperando algo. Una palabra. Una sonrisa.

En vez de eso, se descalzó y se adentró en aquel jardín que había creado para ella. El suelo estaba cubierto de tierra fértil envuelta por un manto de hierba y flores silvestres. Habíamos diseñado varias áreas, recreando en parte el jardín de Margaret, pero dándole un toque único mediante una fuente de piedra con la imagen de las tres guardianas y varias pérgolas en las que se encaramaban plantas trepadoras de tupido follaje y hermosas flores. Había varios caminos entre parterres llenos de árboles frutales y hierbas aromáticas. Muchas de aquellas plantas provenían de esquejes que Kevin me había conseguido del jardín de Margaret y arrastraban parte del poder que Anam y yo habíamos vertido en aquella tierra. Había usado mi magia para hacer que maduraran, pero aún eran brotes tiernos que requerirían de sus cuidados.

En el centro de aquel enorme invernadero había una vieja mesa de metal blanco y unas cuantas sillas a las que les vendría bien una mano de pintura. En ellas Margaret había visto los días, los años, pasar.

—Son… —susurró acercándose a una de las sillas y pasando su mano por el respaldo de metal.

—Sí. Apenas has traído recuerdos de tu antigua vida a la que ahora es tu casa y pensé que, tal vez, necesitarías un lugar que sintieras tuyo… —murmuré. Era un reto encontrar las palabras para hacerle saber cómo me sentía y todo lo que estaría dispuesto a hacer para que ella pudiera ser feliz conmigo. Que deseaba fervientemente que jamás se sintiera prisionera, incluso si mi condición nos condenaba a ambos—. Hay una esfera solar, como la que usamos en las tumbas, que iluminará tu jardín durante el día. En este lugar, el ciclo natural del día y la noche seguirá las pautas de la superficie.

Chasqueé los dedos y la luz blanquecina desapareció. Sobre nuestras cabezas, en la cúpula que cubría el invernadero, pequeñas luces tintineaban como si se trataran de infinidad de

estrellas.

—Es precioso.

—¿Te gusta? —Me sentí ligeramente cohibido. Se acercó a mí y se puso de puntillas para besarme antes de coger mi mano y tirar de mí. Se sentó en una de aquellas sillas regias y sonreí mientras me animaba a tomar asiento en otra, a su lado.

—¿Cómo lo has hecho? —quiso saber.

—Kevin me consiguió los esquejes de tu jardín y, con mi magia, hice que crecieran sanos y fuertes. El puca se ocupó de ultimar los detalles y de traer los muebles de tu casa. A partir de ahora, este lugar es tuyo.

—Es perfecto.

—Tú eres perfecta. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Por qué lloras?

—Porque soy feliz.

—Entonces yo también debería llorar.

—No te imagino haciéndolo —me dijo con una sonrisa ladeada, sorbiéndose la nariz de una forma absolutamente graciosa.

—¿Y haciéndote el amor el resto de mi existencia?

—No sé si podría imaginármelo, soy más de vivirlo en primera persona. —Me arrancó una sonrisa ver su mirada pícara, incluso si sus mejillas aún estaban húmedas.

—¿Quién soy yo para negarme a los deseos de mi amada esposa?

Nos reunimos en el Portal de las Hadas.

La rehabilitación del castillo había avanzado mucho y supe que ese tipo de reuniones, cuando el hotel estuviera activo, deberíamos hacerlas con algunas medidas de contención para no encontrarnos a algún mortal, turista, husmeando en nuestros quehaceres.

La tribu al completo había venido.

Rodearon a las guardianas mientras ocupaban sus posiciones, no tengo claro si para protegerlas a ellas y al caldero o como una muestra de respeto que se habían ganado a pulso. Su magia vibró en el aire, mucho más fuerte que la última vez que lo habían hecho. Las estudié, sintiéndome hasta cierto punto orgulloso. Eamonn colocó el caldero en el centro de poder que habían abierto.

—Hazlo —me pidió Mila.

—Si hemos de hacerlo, lo haremos juntos. Esa fue la última voluntad de tu madre, después de todo. —Creo que se emocionó.

Se acercaron al caldero y los tres pusimos nuestras manos sobre el metal y recitamos un salmo antiguo que les enseñé sobre la marcha. Tras hacerlo, usé mi sangre para llamar al espíritu de mi hija. Acudió, siendo solo una sombra, un espíritu, un vestigio del hada que había sido, incluso si, al ser mi sangre la que la invocaba, todos los presentes pudieron verla.

—Padre. —Se arrodilló frente a mí—. Habéis logrado encontrar el caldero.

—Así es, pero necesitamos de tu ayuda, Beltane.

Se levantó y colocó su brazo sobre su pecho, en un juramento de solemne lealtad.

—Hasta mi último aliento.

—Anam lo ocultó con tres pruebas y usó tres cierres —le conté—. Las guardianas han accedido a que el caldero permanezca oculto, en el Portal, para que las hijas de Carman jamás puedan acceder a él.

—No podrán llegar hasta él. —Percibí la sorpresa en sus ojos, pero asintió.

—La magia de tres druidas protegerá este lugar, tres guardianas velarán por el cierre, pero es a ti, mi querida hija, en quien recaerá la tarea de protegerlo si algún día pudieran llegar a atravesar todas esas defensas.

—Apenas soy poco más que un espectro —susurró ella—, pero pondré todo mi empeño.

—Serás más que eso —le dije y miré a Mila y a Colin. Ambos vertieron su sangre en el caldero, igual que yo había hecho cuando había llamado a Beltane—. Lo que eres. Lo que fuiste. Lo que serás. Pasado. Presente. Futuro. ¿Estás dispuesta a asumir esa responsabilidad?

—Lo estoy, padre —asintió ella, frunciendo el ceño, sin dejar de mirarme.

—Así sea. —Me acerqué al caldero y prendí fuego debajo de él. Esa era la esencia de Beltane, después de todo.

Llamas doradas y rojizas que crecieron con fuerza y vehemencia, creando un espectáculo visual fascinante. Del caldero empezó a emanar una bruma de color arrebol que el viento arrastró hasta Beltane, cubriéndola con ella y haciendo que su cuerpo de tonos grises recuperara la que antaño fue su naturaleza.

—Yo… —Se miró las manos, totalmente sorprendida al ver el fuego arder en ellas, sintiendo su magia y su cuerpo como si realmente hubiera vuelto.

—Serás la que fuiste al otro lado del Portal y siempre que ambos mundos sean uno, durante los solsticios —le indiqué—. Protegerás el caldero y ayudarás a las guardianas a controlar el poder que se les ha dado.

—Sí, padre.

—Llévatelo —le pedí, alejándome del caldero. Mila y Colin hicieron lo mismo.

Beltane se acercó a él con pasos delicados, como si fuera una criatura etérea. Sus alas doradas brillaban con la luz del sol mientras las llamas bailaban alrededor de su cuerpo. Se giró para contemplarnos. Kevin estaba al lado de uno de los guerreros. Ladeé la cabeza, porque había una tensión evidente en ellos.

—Padre. —Inclinó la cabeza en actitud solemne antes de coger el caldero con ambas manos y desaparecer.

—Ya está hecho —susurró Mila.

Asentí.

—Falta poco para el Lughnasad —indiqué—. Ese día usaremos el caldero para ocultar el rastro de las guardianas.

—¿Significa eso que podré volver a andar por el centro sin tener que preocuparme de quién me acompaña?

—Algo así —murmuré, aunque no quería que se confiara.

—No sé vosotros, pero creo que todo esto se merece que brindemos por ello —opinó Marisa.

—Me apunto.

Vi la felicidad tiñendo el rostro de mi mujer, pero Kevin intervino con expresión incómoda:

—Casi mejor dejar a un lado el alcohol.

—Tú mismo. —Se encogió de hombros y sonrió ampliamente a las otras guardianas. Por lo visto nuestra estancia en la superficie se alargaría más de lo que me esperaba, pero no tenía intención de privarla de festejarlo con sus amigas. Su familia.

—Podría afectar al bebé.

—¡¿Perdona?! —Margaret se quedó mirando a Kevin. Fruncí el ceño y los observé.

—Digo que beber alcohol podría afectar a tu bebé.

—Claro. —Mi esposa empezó a reírse y golpeó el brazo de Kevin con una familiaridad que en otros momentos me sería molesta, pero no en aquella ocasión. ¿Podía ser?

—Vómitos matutinos, labilidad emocional, ¿te suena? —Margaret empalideció—. Yo diría que eso es un sí. Estás embarazada. ¡Felicidades!

—Es imposible.

—Pues qué quieres que te diga, ¿acaso has estado usando algún método anticonceptivo?

—¿Método anticonceptivo? —Ahí empezó a reír a carcajadas hasta que de repente se quedó tiesa, como si aquella posibilidad acabara de golpearle de pleno. Kevin era un sensible. Uno muy especial, después de todo.

La posibilidad de que mi simiente hubiera enraizado en sus entrañas me conmocionó porque no era algo que me hubiera planteado. Su cuerpo había cambiado, sí, pese a los años mortales que había vivido. ¿Acaso aquello era posible? Creo que ella llegó a la misma conclusión. A la posibilidad de que las palabras de Kevin fueran certeras. Desvió su mirada hacia mi descendiente.

—Pero vosotros…

—A mí no me mires, que tomo la píldora hace años.

—Y eso significa… —murmuró Margaret que parecía sentirse acorralada.

Me acerqué a ella, sospechando que estaba a punto de entrar en una crisis de pánico. No me sorprendería que comenzara a chillar y saltar como si hubiera perdido la coherencia, como hizo el día que la conocí. Ese recuerdo me hizo sonreír. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

—La píldora sirve para no quedarte preñada de la noche a la mañana sin comerlo ni beberlo —sentenció mi descendiente.

—Follarlo, sí, que conste —añadió su marido, con una risa ronca y pretenciosa.

—¿Estoy embarazada? —soltó Margaret en estado de *shock*. No tenía claro si aquella idea le gustaba o, por el contrario, le horrorizaba. Acorté la distancia que me separaba de ella bajo su atenta mirada—. ¿Estamos embarazados?

—Es lo que sugieren, sí.

—¡Mierda!

—¿Tengo que interpretar eso cómo que no te alegras? —le pregunté.

—¿Y tú? —Que no me contestara supuse que no era buena señal. No me había planteado que algo así pudiera sucedernos, pero tal vez debería haber sido más cuidadoso. Decidí responderle con la verdad.

—Daba por sentado que no tendría más descendencia.

—No me has contestado —me retó, elevando el dedo índice y clavándolo en mi torso, como si de un arma se tratara. Era imposible no amarla.

—A mí lo que me hace feliz es que tú también lo seas, pero que hayamos sido capaces de crear una nueva vida juntos es un milagro, así que no puedo no alegrarme, aunque entiendo que tú no te sientas cómoda con ese descubrimiento.

—Estoy embarazada.

—¿Tan malo sería? —susurró Mila, acercándose a nosotros. Margaret la miró y empezó a llorar, pero sonreía de oreja a oreja, confundiéndome respecto a qué sentía en relación a nuestro hijo no nato.

—Sería un milagro.

—¿Significa eso que te alegras? —le pregunté, indeciso.

—¿Será un druida? —me cuestionó con ojos brillantes.

—No tengo la más remota idea —me sinceré con ella, divertido por sus altibajos emocionales. Kevin tenía razón, durante los últimos días algo en ella había cambiado—. Solo espero que se parezca a su madre y, ya puestos, que herede sus alas; sería una forma bonita de honrar la creación de mi madre.

—Un milagro —repitió de repente Margaret, como si estuviera emocionada—. Por eso Anam le puso a Mila ese nombre. Milagros. *Míorúilt*.

—¡Mierda! —exclamó de repente Kevin—. ¡La profecía!

—¿Qué profecía? —quiso saber mi esposa.

—«Pasado en presente y futuro en su vientre». La profecía. Hablaba de Margaret.

—¿Estás seguro? —preguntó Colin.

—Las alas de Margaret son vestigios del pasado y el futuro de la tribu está en su vientre: el primer infante de la nueva generación de los Tuatha dé Dannan.

—Técnicamente, esa sería Mila: ella es hija de Anam —opinó Marisa.

—El papel de Mila era reconstituir el primer linaje —negó Kevin—. Margaret y Ares van a ser los primeros.

—Pero no los últimos —añadió Kellan.

—¡No tengas prisa, vaquero! —exclamó Marisa haciendo una mueca.

—Estamos embarazados —afirmó con ojos brillantes de felicidad. La atraje hacia mí, para abrazarla con firmeza y besarla en la cabeza.

—Eso parece.

—Tardaré un tiempo en mentalizarme.

—No eres la única —admití.

—Al menos no os faltará espacio —bromeó Kevin, guiñándonos un ojo.

—Tal vez vengan tres —opinó Ryan.

—¿Tres? —Las pupilas de Margaret se dilataron mientras se tensaba entre mis brazos. No pude contener una pequeña carcajada ante su reacción. Creo que aquello sorprendió a muchos de los presentes. No me importaba mostrar mi debilidad por ella. Lo que despertaba en mí. Era mi esposa. La futura madre de mi hijo.

—Era algo bastante habitual en la tribu —le contó Colin, con una media sonrisa torcida.

—Hay cosas que es mejor no saber —sentenció Marisa—. Un zumito para Margaret, alcohol para el resto. ¿Quién se apunta?

—¿Tienes algo que pueda dejarme comatoso durante unas horas? —le cuestionó Aidan. El guerrero tenía la mirada perdida, como si algo le quemara por dentro.

—Podemos probar. —Kellan le sonrió y nos dirigimos, todos juntos, al castillo de Leap.

Pasado en presente. Futuro en su vientre. La profecía. Esa que tan solo conocía a medias. La que hablaba de la tribu. Del primer linaje. De la restitución de los Tuatha dé Dannan. Beltane lo había intuido, pero ahora la certeza era abrumadora. Pese a haber estado durante todo aquel tiempo encerrado en el inframundo, yo formaba parte de ellos. Y ellos de mí.

La tribu se había reunido. De nuevo.

Epílogo

Les observé partir juntos. Padre había encontrado la felicidad en aquella guardiana y yo solo podía alegrarme por él. Por ellos. Por la familia que estaban a punto de formar.

Su realidad contrastaba con la dureza de la mía.

Volví al que sería mi reino y noté mi cuerpo real de nuevo. Era un regalo que padre me había hecho. Me sentía honrada por la confianza que había depositado en mi persona. Observé el caldero de Dagda. Aquel artilugio que ofrecía a su poseedor un poder tan magnífico como peligroso. Velaría por él, sí, y pondría todo mi empeño.

Daría mi vida, pero lo cierto es que eso sería algo muy ambiguo.

Seguía muerta. Como todos los días desde aquella fatídica noche.

A veces lo recordaba. La sangre. Los gritos. El dolor.

Otras, fingía no hacerlo.

Con el paso de los años, había aprendido a apreciar la soledad. Supongo que, al menos en eso, me parecía un poco a mi padre.

Pero ahora…

Durante todo ese tiempo que había estado sola, vagando sin estar viva, sospechaba que el motivo por el cual no seguí al resto de mis hermanas era mi compromiso con el Portal. Vengar su muerte matando a aquella criatura oscura que nos lo había arrebatado todo.

Pero una vez logré mi objetivo, se evidenció que estaba equivocada.

Seguía allí, viva y muerta al mismo tiempo. Dejé que mis llamas me rodearan; al menos ahora me sentía otra vez yo. Incluso si solo era una falsa ilusión.

Ni siquiera me había hablado.

Si ignoraba el vínculo que nos unía y que me anclaba a ese plano, impidiendo que fuera libre para reunirme con el resto de mis hermanas, o si fingía hacerlo, no podría asegurarlo. Su indiferencia me hería, pero jamás podría perdonarle su comportamiento durante la noche del solsticio. Justo cuando yo estaba empezando a entender y aceptar el curioso destino que nos unía, verle con aquellas mujeres en una festividad que para mí era sagrada fue como si escupiera sobre mi rostro etéreo e insultara lo que yo era o debería haber sido.

Le odiaba. Incluso si se suponía que debería amarle.

Queridos lectores:

Hace mucho tiempo que quería contaros esta historia, pero tenía la esperanza de perderme por Irlanda y embeberme de su esencia antes de hacerlo. Sin embargo, el Covid nos obligó a anular la ruta que teníamos planeada y, aunque he ido retrasando escribir este libro con la esperanza de volver a esa tierra que tanto me fascina, al final Ares y Margaret se han negado a quedar en un segundo plano indefinidamente.

Cosas del destino, en junio del año que viene iré a Dublín por un evento profesional médico (de esa otra vida en paralelo que llevo, al margen de escribir historias). ¿Será una señal de que «Sensibles» quiere una cuarta parte más pronto que tarde?

Como siempre, os recuerdo que si queréis alguno de mis libros dedicados o una edición especial podéis adquirirlos en mi página web (de momento, solo envíos nacionales). Además, si queréis tener acceso a escenas inéditas, poder leer las primeras páginas de mis libros antes de su publicación y estar al día de todas mis novedades, no dudéis en suscribiros al blog de la web: recibiréis un mail mensualmente con mis novedades y un link de acceso para el contenido oculto de la web. ¿Aún no os he convencido? Pues os contaré que, entre otras muchas cosas, encontraréis la *playlist* que he utilizado al escribir este libro y un capítulo inédito de cuando Mila se reúne con Jason Parker para contarle la historia de su madre.

A continuación. os dejaré un resumen de todas mis sagas, por si alguna os llama la atención.

Dicho esto,

¡Feliz lectura!

Cristina

SIGUE DESCUBRIENDO A LA AUTORA:



ROM-CONTEMPORÁNEA-ADULT

CÓMO CONQUISTAR A UN GENIO

Sinopsis:

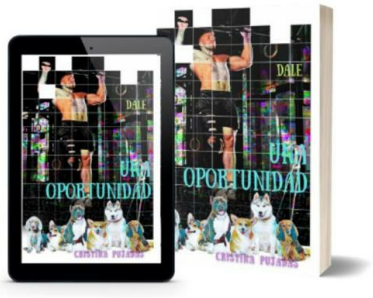
Tras trabajar en multinacionales y grandes centros científicos, Fa decidió buscar un poco de normalidad y sociabilizar con otros seres humanos, algo que no se le da especialmente bien. Musa esconde un pasado, se entretiene escuchando la radio de la policía mientras elabora complejos algoritmos y hace de dependienta en un *sex shop* para pasar el rato. La gran estrella deportiva, Math Damon, sonríe mucho en televisión, pero es solo cuando está detrás de una pantalla que su verdadera pasión se hace evidente. Nolan disfruta manipulando números, personas y todo lo que le venga en gana; para él la vida es un juego que sabe que va a ganar… aunque eso lo convierte, al mismo tiempo, en algo aburrido.

Cuatro amigos.

Cuatro genios solo parcialmente comprendidos.

¿Puede existir el amor para alguien como ellos?





Género: Novela romántica contemporánea.
Temática: Genios y robos informáticos.
Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

ROM-FANTASY-ADULT

IMPUROS

Sinopsis:

Siguiendo la estela de Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout, descubre el fascinante mundo de fantasía, intriga y romance de *Impuros*. ¡No puedes perderte este inicio de saga!

Jade es hija de una de las estirpes más importantes de guerreros Marcados, una raza de Halgboots que desciende de antiguos dioses que lucharon contra los demonios que intentaron dominar el mundo tras abrirse la Grieta al abismo. Desde niña sabe que su destino es convertirse en la esposa del futuro Rey y mantener así la hegemonía de los Marcados sobre otras razas inferiores con las que conviven a su pesar.

Pero Jade guarda un secreto que no puede desvelar, algo que podría torcer los planes de todos aquellos cuyo futuro depende de que se ciña a su destino y no se deje seducir por una pasión prohibida y sus deseos más oscuros.

Un linaje. Un secreto. Una pasión. A veces lo que nos condena también puede liberarnos.



Género: Novela fantasía romántica.

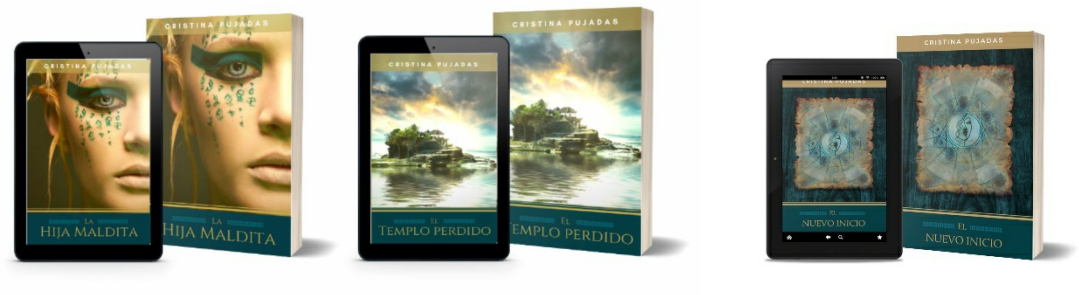
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-FANTASY-YOUNG ADULT

PUEBLOS PERDIDOS

Sinopsis:

Invisible. Su piel era dorada y sus ojos tenían el tono ambarino correcto de su raza, pero ningún dorado la vería como a un igual si miraba su cuello. Maldita. La Diosa Aurum la había condenado al nacer, al no marcar su piel con la runa de los dorados. Condenada a no ser una dorada en derecho pleno, había vivido encerrada dentro del Oráculo del Desierto sirviendo a las Videntes, protegida del mundo que había fuera. De los salvajes y de aquellos que podían despreciarla por no haber sido marcada. Sin embargo, la tranquilidad con la que ha vivido Aina se ve alterada cuando es convocada por el Consejo tras la muerte del Rey dorado de Do-Urh, para participar en los Juegos de Honor y enfrentarse al resto de jóvenes dorados para determinar quién será el nuevo Rey. Aina se ve obligada a alejarse de su hogar con la esperanza de conocer a su padre y descubrir el origen de su maldición. En ese fascinante viaje, no podrá evitar enamorarse de Dexter, un joven explorador dorado, mientras crea nuevos y extraños aliados. Maldita para muchos y especial para otros, Aina ha de intentar encontrar su sitio en ese mundo que se dibuja frente a ella porque para poder ser libre, para poder amar y ser correspondida sin reservas, primero tendrá que encontrar a su padre, romper su maldición, desafiar a una Diosa y encontrar su propio destino, junto a Dexter.



Género: Novela fantástica juvenil de aventuras con toques de romanticismo.
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.

ROM-URBAN-FANTASY-ADULT

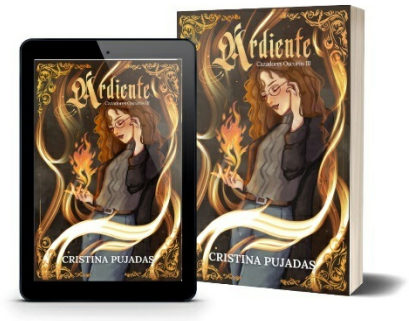
CAZADORES OSCUROS

Sinopsis:

Existe una guerra antigua. Casi tanto como el propio hombre.
Criaturas oscuras que se alzan a la noche y valerosos guerreros milenarios que tratan de contenerlas. Pero quedan pocos cazadores. Muy pocos. Y sin ellos, la humanidad está condenada a desaparecer.
Solo un milagro podría cambiar ese destino. Magia antigua. La magia elemental de las Místicas.









Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.
Temática: Demonios, monstruos y magia.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

SENSIBLES

Sinopsis:

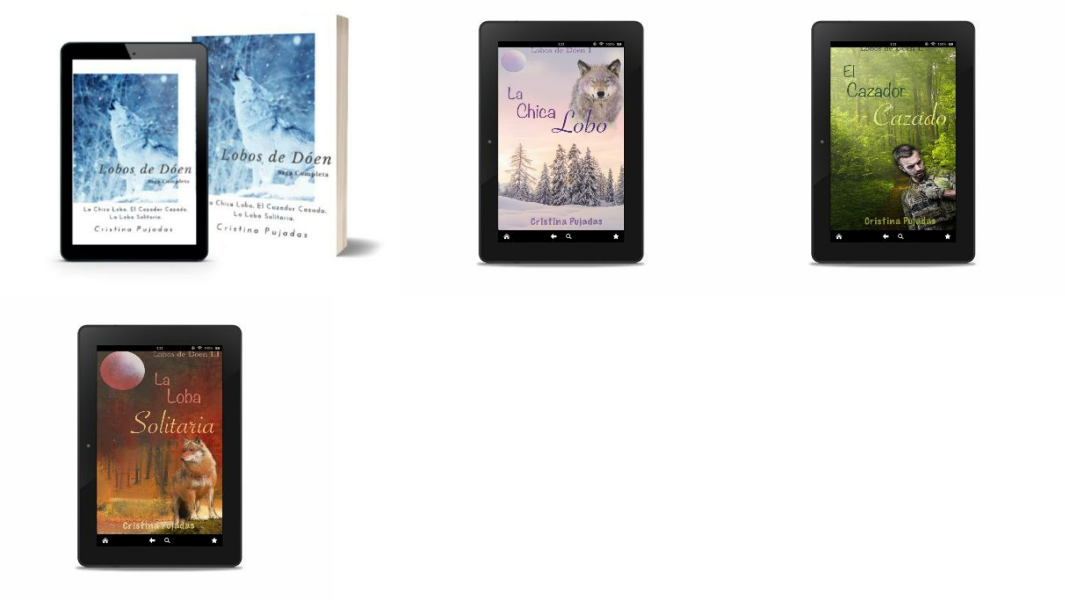
Según la antigua mitología celta, los Tuatha dé Dannan fueron dioses celtas que lucharon en Irlanda con los dioses de fomoré convirtiéndose durante parte de la Edad Media y la Edad de Hierro en los únicos señores de Irlanda.



Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea en Irlanda.
Temática: Dioses celtas, vikingos, hadas, magia elemental y brujas.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

LOBOS DE DÓEN

Si te gustan las historias de cambiantes y hombres lobo, te enamorarás de los Lobos de Dóen. ¡No te pierdas esta trilogía! Disfruta de las historias de La Chica Lobo, El Cazador Cazado y La Loba Solitaria individualmente o en un recopilatorio muy especial.



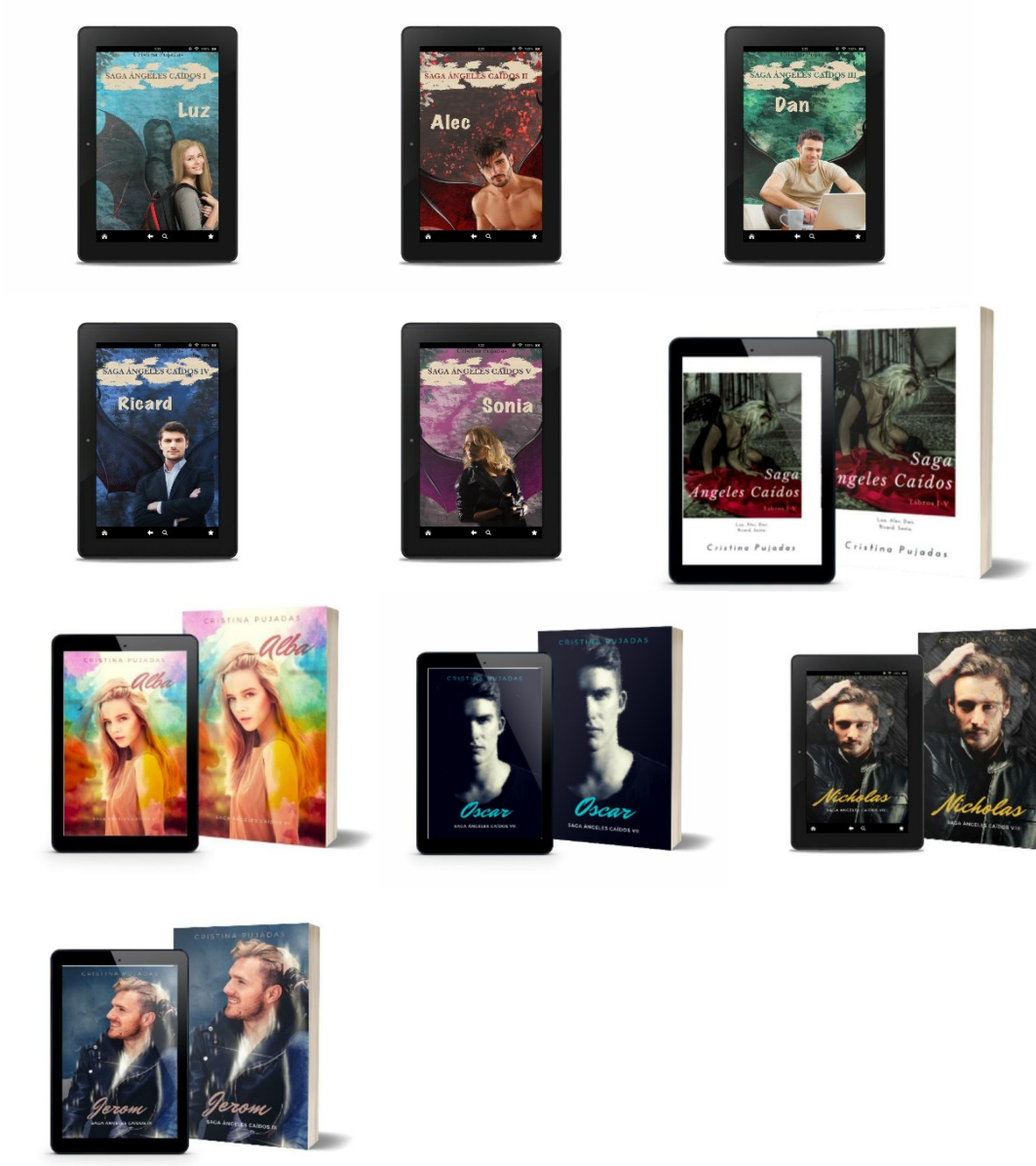
Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.
Temática: Hombres lobo.
Nivel de erotismo: Escenas eróticas suaves.

ROM-URBAN-FANTASY-YOUNG ADULT

ÁNGELES CAÍDOS

Sinopsis:

Ángeles y **d**emonios. Vínculos para toda la eternidad. ¿Qué pasaría si un ángel de la guarda acabara enamorándose de un demonio mayor rastreador?
¡Descubre las historias de todos los miembros de la familia Forns!



Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.
Temática: Ángeles y demonios.
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

DUALES

Sinopsis:

Sophie oye una voz. **S**am es una superviviente.
Un linaje antiguo extinguido.
Los secretos que pretendían ocultar serán desvelados.
Los fénix han vuelto y cambiarán el mundo de los duales.



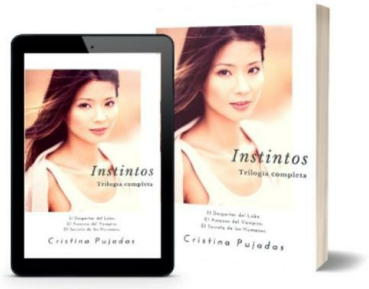
Género: Novela romántica fantástica con ambientación contemporánea.
Temática: Cambiantes.
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas / Escenas eróticas suaves.

INSTINTOS

¿Quieres la versión Kindle? Puedes acceder al recopilatorio o a los tres libros por separado: El Despertar del Lobo, El Ascenso del Vampiro y El Secreto de los Humanos.

Sinopsis:

Había pasado ya más de un siglo desde la Apertura, en la que algunas de las criaturas hasta entonces consideradas mitológicas, se convirtieron en una realidad en nuestras calles. Ser humano y vivir con criaturas capaces de convertirse en lobo y triplicar su fuerza o vampiros con cierta predilección por tu grupo sanguíneo, no es para nada fácil. Pese a vivir en un ambiente protegido, Atlantic se ve obligada a empezar a trabajar en una biblioteca cuando su universidad la invita a buscar otras perspectivas de futuro al no pasar los exámenes. Decepcionada con el mundo, y consigo misma, se deja llevar cuando conoce a un cambiante, mitad hombre y mitad lobo, casi por casualidad. Pero a veces las casualidades vienen marcadas por el propio destino y ninguno de los dos podrá evitar dejarse llevar por esa atracción que les vincula de forma permanente, pese a sus diferencias. Ni Atlantic ni Jan, su lobo, pueden imaginarse que todo lo que conocen, o creen conocer, está a punto de cambiar.



Género: Novela romántica fantástica en ambientación ciencia ficción.
Temática: Hombres lobo y vampiros.
Nivel de erotismo: Sensual (escenas eróticas suaves).

URBAN FANTASY-JUVENIL

TRILOGÍA AL OTRO LADO

Sinopsis:

Noelia y Gabriela son amigas desde la infancia, de esas amistades en las que a veces una sabe más de la otra que ella misma. Noelia sabe que Gabriela vive parcialmente escondida a su sombra, intentando ser normal. Aunque no lo es completamente. Ignorando esas diferencias y los secretos que oculta, han crecido juntas aspirando cosas normales de chicas normales, hasta que la aparición de Niloy, un chico de aspecto peligroso y carácter un tanto inestable, hace que Gabriela tenga que asumir que parte de lo que toda la vida ha estado ocultando es real, y no fruto de su imaginación. Porque desde su primer encuentro, Gabriela y Niloy han sabido reconocer que al margen de los sentimientos y la atracción que hay entre ellos, hay mucho más sobre lo que son y de cuál es su destino. Pero para poder seguir adelante en esta emocionante aventura, necesitarán de sus amigos y de las personas que, desde siempre, le han acompañado.









Género: Novela fantástica romántica con ambientación contemporánea.
Público: Juvenil
Temática: Dragones, sombras y poderes elementales.
Nivel de erotismo: Sin escenas eróticas.